



LOS
ADIVINOS

LIBBA BRAY



Lectulandia

Evie O'Neill ha dejado su aburrido pueblo natal para vivir en la fascinante Nueva York, repleta de música, bares clandestinos, coristas y carteristas libertinos. El único inconveniente es que tiene que vivir con su tío Will, un hombre obsesionado con las fuerzas ocultas. La mayor preocupación de Evie es que alguien descubra su secreto: un extraño don que no le ha traído más que problemas. Sin embargo, cuando la policía encuentra a una chica asesinada marcada con un símbolo críptico y llaman a Will para ayudar, Evie se da cuenta de que su habilidad podría atrapar a un asesino.

Lectulandia

Libba Bray

Los adivinos

Saga: Los adivinos - 1

ePub r1.0

Edusav 23.05.14

Título original: *The Diviners*
Libba Bray, 2012
Traducción: Ana Isabel Sánchez
Retoque de cubierta: Edusav

Editor digital: Edusav
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

PARA MI MADRE, NANCY BRAY,
QUE ME ENSEÑÓ A AMAR LA LECTURA CON SU EJEMPLO

¿Y qué bestia escabrosa, llegada al fin su hora,
se arrastra hacia Belén para nacer?

«La segunda venida»,
WILLIAM BUTLER YEATS

UNA NOCHE DE FINALES DE VERANO

En una mansión de una zona en boga en el Upper East Side de Manhattan, refulgen todas y cada una de las lámparas. Se está celebrando una fiesta, la última del verano. Fuera, en la terraza con vistas a las siluetas incandescentes de Manhattan, la orquesta disfruta de un muy merecido descanso. Son las diez y media. La fiesta lleva en marcha desde las ocho, y los invitados ya están aburridos. Las debutantes, vestidas a la moda con sus vestidos de gala de seda, languidecen hundidas en pequeños sillones de cuero, como *petits fours* glaseados que se derriten bajo el sol de julio. Un engréido estudiante de segundo año en Princeton quiere que sus amigos se acerquen con él al Greenwich Village, a un tugurio del que oyó hablar al amigo de un amigo.

La anfitriona, una jovencita hermosa y mimada, percibe la impaciencia de sus invitados con cierta sensación de alarma. Es su decimoctavo cumpleaños y, si no hace nada para que la fiesta se anime hasta que los muertos se levanten de sus tumbas, la comidilla de los próximos días será que su celebración fue tan aburrida como un festejo de la iglesia.

«Que los muertos se levanten de sus tumbas».

El fin de semana anterior la habían obligado a ir con su madre a comprar antigüedades al norte del estado, una actividad absolutamente odiosa hasta que se toparon con una vieja tabla de güija. Las tablas de güija están a la última; los médiums aseguran que reciben mensajes y advertencias provenientes del otro mundo utilizando la «tabla parlante» del señor Fuld. El vendedor de antigüedades le soltó a su madre una milonga acerca de que la tabla había llegado a sus manos en circunstancias misteriosas.

—Dicen que aún está poseída por espíritus traviesos. Pero tal vez usted y su hermana sean capaces de dominarla —le había dicho lisonjeándola en exceso; naturalmente, su madre había quedado encantada, por lo que terminó pagando demasiado por el objeto. Bueno, ella haría que el error de su madre la compensara en aquel momento.

La anfitriona se dirige a toda prisa hacia el armario del vestíbulo y le hace un gesto a la doncella.

—Sé buena y bájame eso.

La doncella coge la tabla al tiempo que sacude la cabeza.

—No debería jugar con esta tabla, señorita.

—No seas tonta. Eso es una simpleza.

Con un veloz giro digno de una actriz del cine mudo, la anfitriona irrumpe en el salón de las grandes ocasiones con la tabla de güija entre las manos.

—¿Quién quiere comunicarse con los espíritus?

Suelta una risita para mostrar que no se lo toma en serio. Al fin y al cabo, es una

chica absolutamente moderna... una *flapper*^[1] de los pies a la cabeza.

Las chicas languidecientes se levantan de un salto de sus sillones de cuero.

—¿Qué tienes ahí? ¿Es una tabla de espiritismo? —pregunta una de ellas.

—Sí, querida. Me la compró mi madre. Se supone que está encantada —contesta la anfitriona, y se echa a reír—. Bueno, yo no me lo creo, por supuesto. —La anfitriona coloca el puntero con forma de corazón en medio de la tabla—. Invoquemos un poco de diversión, ¿qué os parece?

Todo el mundo se reúne a su alrededor. George se sitúa justo a su lado. Es alumno de Yale, y de tercero. Muchas noches, la joven ha permanecido despierta en su habitación imaginando un futuro con él.

—¿Quién quiere comenzar? —pregunta, y coloca sus dedos cerca de los de George.

—Yo lo haré —anuncia un chico que luce un ridículo fez. La joven no se acuerda de su nombre, pero ha oído que tiene la costumbre de invitar a las chicas al asiento trasero de su coche para darse un buen banquete de arrumacos. El chico cierra los ojos y pone los dedos sobre el puntero—. Una pregunta para la eternidad: ¿está locamente enamorada de mí la dama que tengo a la derecha?

Las chicas sueltan grititos y los chicos ríen mientras el puntero forma con lentitud la palabra «S-Í».

—¡Mentiroso! —reprende la dama en cuestión al puntero en forma de corazón y con un oráculo de cristal transparente.

—No te resistas, querida. Podría ser tuyo a precio de ganga —afirma el chico.

Ahora se han levantado los ánimos, las preguntas se tornan cada vez más osadas. Están ebrios de ginebra, y de buenos ratos, y del estúpido entretenimiento de la adivinación.

—Venga, conjuremos a un espíritu de verdad —desafía George.

A la anfitriona se le forma un nudo de emoción e inquietud en el estómago. El vendedor de antigüedades la había prevenido precisamente contra aquello. Le advirtió que a los espíritus invocados también hay que devolverlos a su descanso rompiendo la conexión, despidiéndose de ellos. Pero el hombre buscaba sacarse un dinero con aquella historia y, además, estamos en 1926... ¿quién cree en hechizos y duendes cuando existen automóviles, y aviones, y el Cotton Club, y hombres como Jake Marlowe, que están llevando a Estados Unidos a lo más alto de la industria?

—No me digas que tienes miedo.

George esboza una sonrisa desdeñosa. Tiene una boca cruel que tan solo consigue hacerlo más deseable.

—¿Miedo de qué?

—¡De que nos quedemos sin ginebra! —exclama en broma el chico del fez, y todo el mundo rompe a reír.

George le susurra al oído con voz grave:

—Yo te mantendré a salvo.

Y le pone una mano sobre la espalda.

«¡Oh, sin duda esta es la noche más gloriosa de mi existencia!».

—¡Ahora invocamos al espíritu de esta güija para que atienda nuestra llamada y nos revele nuestra verdadera fortuna! —dice la anfitriona con una maravillosa entonación interrumpida por sus propias risitas—. ¡Debes obedecer, espíritu!

Se produce una pausa momentánea, y entonces el puntero comienza su lenta andadura para formar una palabra por el negro alfabeto gótico de la tabla rayada.

H-O-L-A.

—Ese es el espíritu —se burla alguien.

—¿Cómo te llamas, oh, gran espíritu? —insiste la anfitriona.

El puntero se mueve a toda prisa.

J-O-H-N-E-L-T-R-A-V-I-E-S-O.

George enarca una ceja con malicia.

—Eh, me gusta cómo suena eso. ¿Qué es lo que te hace tan travieso, viejo amigo?

Y-A-L-O-V-E-R-Á-S.

—¿Qué veré? ¿Qué estás tramando, oh, travieso?

Silencio.

—¡Quiero bailar! Vayamos a la parte alta, al Moonglow —farfulla una de las chicas, borracha y malhumorada—. ¿Cuándo vuelve a tocar la orquesta?

—Dentro de un minuto. No te pongas así —le dice la anfitriona con una sonrisa y una carcajada, pero ambas teñidas de advertencia—. Probemos con otra pregunta. ¿Tienes alguna profecía para nosotros, John el Travieso? ¿Alguna predicción?

Le lanza una mirada ladina a George.

El puntero permanece inmóvil.

—Dinos algo, por favor.

Por fin hay movimiento sobre el tablero.

—Yo... os... enseñaré... lo... que... es... el... miedo —lee la anfitriona en voz alta.

—Parece el director de un internado —se mofa el chico del fez—. ¿Y cómo lo harás, viejo amigo?

E-S-T-O-Y-E-N-L-A-P-U-E-R-T-A-Y-L-L-A-M-O.

S-O-Y-L-A-B-E-S-T-I-A.

L-A-G-U-A-R-I-D-A-D-E-L-D-R-A-G-Ó-N.

—¿Qué quiere decir eso? —murmura la chica borracha mientras se aparta un poco.

—No quiere decir nada, son tonterías. —La anfitriona increpa a su invitada, pero está asustada. Se vuelve hacia el chico con fama de liante—. ¡Eres tú el que está

haciendo que diga eso!

—¡No es cierto! ¡Lo juro! —asegura él al tiempo que cruza los dedos corazón e índice.

—¿Por qué estás aquí, viejo amigo? —le pregunta George a la tabla.

El puntero se mueve a tal velocidad que apenas pueden seguirlo.

G-U-A-R-D-O-L-A-S-L-L-A-V-E-S-D-E-L-A-T-I-E-R-R-AD-E-L-A-M-U-E-R-T
H-A-L-L-E-G-A-D-O-L-A-I-R-A-L-A-B-A-T-A-L-L-A-D-E-LF-I-N-D-E-L-M-U
D-O-P-U-T-A-D-E-B-A-B-I-L-O-N-I-A.

—¡Para ahora mismo! —grita la anfitriona.

P-U-T-A-P-U-T-A-P-U-T-A, repite la pieza. Las jóvenes resplandecientes apartan los dedos, pero el puntero continúa moviéndose.

—Haced que pare, haced que pare —chilla una chica, y hasta los muchachos pretendidamente duros palidecen y dan un paso atrás.

—¡Detente, espíritu! ¡He dicho que basta! —grita la anfitriona.

El puntero se queda inmóvil. Los invitados a la fiesta intercambian miradas erráticas. En la otra habitación, los miembros de la orquesta regresan a sus instrumentos y atacan una pieza de baile animada.

—¡Ah, aleluya! Vamos, cariño. Te enseñaré a bailar el Black Bottom.

La chica borracha se pone en pie con dificultad y arrastra al joven del fez tras ella.

—¡Esperad! ¡Tenemos que despedirnos de la tabla! ¡Ese es el ritual apropiado! —suplica la anfitriona mientras sus invitados la abandonan.

George le pasa el brazo alrededor de la cintura.

—No me digas que tienes miedo de John el Travieso.

—Bueno, yo...

—Ya sabes que era ese chico —le dice, y su aliento le roza la oreja con dulzura—. Tiene sus trucos. Ya sabes cómo son los de su calaña.

En efecto, ya sabe cómo son los de su calaña. Es probable que no haya sido más que ese chico espantoso, que los ha tomado por tontos. Bueno, pues ella no es ninguna tonta. Ahora ya tiene dieciocho años. Su vida será un torbellino infinito de fiestas y bailes. Sus temores previos han desaparecido. Parece que su celebración va a alargarse hasta la madrugada. Han recogido las alfombras y sus invitados bailan totalmente entregados. Las largas ristras de perlas rebotan contra los vestidos de talle bajo. Los zapatos de charol repiquetean desafiante sobre los suelos de madera. Los brazos extendidos, abriéndose paso en el aire... Y todo ello como una febril pintura dadaísta que hubiera cobrado vida.

La anfitriona guarda la tabla en el armario, donde pronto quedará olvidada, y se apresura hacia la sala y sus refulgentes luces eléctricas —la maravilla moderna del señor Edison— para unirse a la última fiesta del verano sin una sola preocupación.

Fuera, el viento merodea durante un instante ante las ventanas iluminadas;

después, con un estallido de energía racheada, se marcha y desciende hacia las aceras. Serpentea brevemente en torno a los sombreros de campana de dos señoritas elegantes que cotillean sobre la trágica muerte de Rodolfo Valentino mientras pasean a un caniche junto al East River. El viento avanza, entre cañones inundados de neón, sobre el tren elevado que traquetea por encima de la Segunda Avenida sacudiendo las ventanas de las pobres almas que intentan dormir antes de que llegue la mañana... La mañana, con sus bocinas de taxi, los tranvías y los trenes; los limpiabotas que lustran los zapatos de los hombres de negocios en Union Square; los vendedores de periódicos que pregonan los titulares del día en Times Square; las operadoras telefónicas que contemplan con anhelo los nuevos abrigos de solapa ancha que las tientan desde los escaparates de las tiendas; los majestuosos rascacielos que se ciernen sobre todo ello como dioses de acero brillante, ladrillo y cristal.

El viento remolonea un instante ante un club de jazz para escuchar aquella nueva música que interrumpe la noche. Se entusiasma ante el balido de las trompetas, los ritmos percutores del piano —nacidos del blues y el ragtime—, las cadencias sincopadas que imitan la emoción escarpada de la línea del horizonte de la ciudad.

Sobre el Bowery, en el ornamentado esqueleto de un antiguo y grandioso teatro de vodevil, se disputa una maratón de baile. Los concursantes, chicas jóvenes y sus novios, se aferran los unos a los otros decididos a dejar huella, a defender los sueños que se les han vendido en los anuncios del periódico y en la radio. Tienen llagas en los pies pero estrellas en los ojos. Al avanzar hacia la zona alta, el Great White Way, llamado así por la deslumbrante incandescencia de las luces de sus teatros, se vacía de clientes. Varios seguidores incondicionales del teatro aguardan en los callejones con la esperanza de divisar a las glamurosas chicas del coro o de cazar un autógrafo de una de las muchas estrellas de Broadway. Es una época de celebridad, de fama, fortuna y avaricia, y los jóvenes arden de secreta ambición.

El viento lo observa todo con indiferencia. Al fin y al cabo, no es más que el viento. No se convertirá en estrella de la radio o en pionero de la industria. No se presentará a las elecciones, ni se enamorará de un galán del cine, ni cantará las canciones del Tin Pan Alley, canciones de melancolía, arrepentimiento y buenos ratos. Así que sigue viajando, pasa ante los mataderos de la calle Catorce, ante las desgraciadas que se venden en los callejones oscuros. Cerca, la dama de la Libertad levanta su antorcha en el puerto, un faro para todos los que llegan a esta orilla escapando de la opresión, el hambre o la desesperanza. Por eso es la tierra de los sueños.

El viento se abalanza sobre los edificios de la calle Orchard, donde han muerto algunos de esos sueños de ojos llenos de estrellas mientras que, en aquel momento, nacen otros entre la mugre y la pobreza, un ascenso complicado. Le asesta un golpe a la colada tendida en las cuerdas que unen los edificios, sobre unas calles sucias, rotas,

en las que, incluso a aquella hora, los niños hambrientos rebuscan en las papeleras en busca de comida. El viento existe desde siempre. Ha visto mucho en este país de sueños y anuncios de jabón, viejos horrores y derramamiento de sangre. Ha sido el testigo mudo de sus brujas quemadas y ha caminado junto a los indios por el Sendero de Lágrimas de su traslado forzoso; ha visto a los barcos de esclavos soltar su carga humana en los puertos, parpadeante y asustada, con un dolor que jamás podrán perder como única posesión. El viento estaba allí cuando el presidente Lincoln cayó bajo la bala de un asesino. Olía a pólvora en la batalla de Antietam. Corrió con el búfalo y acarició con dedos vacilantes los altos sombreros negros de los puritanos. Ha transportado gritos de amor y ha secado lágrimas hasta convertirlas en senderos salados en más rostros de los que puede enumerar.

El viento se escabulle por el Bowery y se zambulle en el West Side, hogar de las bandas irlandesas como los Dummy Boys, que montan a caballo por la Novena Avenida para advertir a los contrabandistas. Avanza junto al inmenso río Hudson, deja atrás la vibrante vida nocturna de Harlem con sus grandes pensadores, escritores y músicos, y finalmente se detiene ante las ruinas de una vieja mansión. Las ventanas rotas están cubiertas con tablas putrefactas. La basura obstruye la alcantarilla de delante. Hace mucho tiempo, la casa albergó un mal innombrable. Ahora es una reliquia de una era pasada, olvidada entre las sombras del desarrollo y la prosperidad de la ciudad.

Los goznes de la puerta crujen. El viento entra con cuidado. Se arrastra por estrechos pasillos que giran y se retuercen de manera tortuosa. Las habitaciones infestadas, podridas por el abandono, surgen a izquierda y derecha. Las puertas desembocan en muros de ladrillo. Una trampilla da paso a un conducto que se vacía en una gran cámara de los horrores subterránea, una habitación aún más terrorífica. Todavía apesta: a sangre, orina, maldad y un miedo tan oscuro que ya forma parte de la casa, tanto como la madera, los clavos y la podredumbre.

Algo se agita entre las sombras espesas, algo terrible, y el viento, que conoce bien el mal, se desvanece de aquel lugar. Huye hacia la seguridad de esos magníficos edificios altos que prometen los cielos azules del futuro, de la industria y la prosperidad; el futuro, que no cree en el mal del pasado. Si el viento fuera un centinela, dispararía la alarma. Lanzaría un grito de advertencia por los horrores que se aproximan. Pero no es más que el viento, y sabe muy bien que nadie escucha sus gritos.

En las profundidades del sótano de la casa desvencijada, una caldera cobra vida con un estertor de muerte, como la última tos amarga de un moribundo que se ríe de su suerte con desdén. Un débil resplandor emana de aquella tumba de arcilla oscura y fétida. Sí, algo vuelve a moverse entre las sombras. El heraldo de un mal mucho mayor que está por llegar. John el Travieso ha vuelto a casa. Y tiene trabajo que

hacer.

EVIE O'NEILL, ZENITH, OHIO

Evie O'Neill se apretó la bolsa de hielo, ya fofa, contra la frente dolorida y maldijo la hora. Ya era mediodía, pero bien podrían ser las seis de la mañana, a juzgar por el martilleo de su cabeza. A lo largo de los últimos veinte minutos, su padre la había estado sermoneando por lo de la fiesta de la noche anterior en el Hotel Zenith. Había mencionado en varias ocasiones que Evie había bebido demasiado, aparte de lo de la desafortunada travesura en la fuente del pueblo. Y el lío que se produjo entre ambas cosas, por supuesto. Iba a ser un día verdaderamente bestial, y hasta qué punto. Su cabeza le dictaba órdenes: «Agua. Aspirina. Por favor, deja de hablar».

—Tu madre y yo no aprobamos el alcohol. ¿No has oído hablar de la Decimoctava Enmienda?

—¿La de la ley seca? Bebo a su salud siempre que puedo.

—¡Evangeline Mary O'Neill! —exclamó su madre.

—Tu madre es la secretaria de la Sociedad de Mujeres por la Abstinencia de Zenith. ¿Pensaste en eso? ¿Pensaste qué impresión podría causar que encontrasen a su hija de juerga y borracha por la calle?

Evie miró a su madre con los ojos congestionados. Estaba sentada con la espalda recta y los labios apretados, con el pelo largo recogido en la parte baja de la nuca. Un par de gafas —«lupas» las llamaban las *flappers*— descansaba al final de su nariz. Todas las mujeres Fitzgerald eran menudas, de ojos azules, rubias e irremediabilmente miopes.

—¿Y bien? —bramó su padre—. ¿Tienes algo que decir?

—Ostras, espero no necesitar lupas algún día —murmuró Evie.

La madre de Evie respondió con un suspiro de hastío. Desde la muerte de James, se había tornado cada vez más pequeña y ajada, como si aquel lejano telegrama de la oficina de guerra le hubiera robado el alma en el momento en que lo abrió.

—Los jóvenes de hoy en día os lo tomáis todo a broma, ¿no es así?

Su padre ya había cogido carrerilla —«responsabilidad, civismo, comportarte como una persona de tu edad, pensar más allá del mañana»—. Se sabía el estribillo de memoria. Lo que Evie necesitaba era una pequeña dosis de alcohol para minimizar la resaca, pero sus padres le habían confiscado la petaca. Era una petaca genial, además, plateada y con las iniciales de Charles Warren talladas. El bueno de Charlie, qué encanto. Le había prometido convertirse en su chica. Duró una semana. Charlie era un amor, pero también un aburrido de cuidado. Su idea de meterse mano era la de colocar una palma rígida sobre el pecho de una chica —como si fuera un tapete almidonado sobre la mesilla de una tía solterona— al tiempo que le daba piquitos, como un pájaro, en la boca. *Quelle tragédie*.

—Evie, ¿me estás escuchando?

La expresión de su padre era sombría.

Se las ingenió para esbozar una sonrisa.

—Siempre, papi.

—¿Por qué dijiste esas cosas tan horribles sobre Harold Brodie?

Por primera vez, Evie frunció el ceño.

—Se las había buscado.

—Lo acusaste de... de...

Su padre se sonrojó sin poder dejar de tartamudear.

—¿De hacerle un bombo a esa pobre chica?

—¡Evangeline! —dijo su madre con un grito ahogado.

—Disculpadme. «De aprovecharse de ella y de dejarla encinta».

—¿Por qué no puedes parecerte más a...? —Su madre se detuvo, pero Evie era capaz de completar la frase por sí misma: «¿Por qué no puedes parecerte más a James?».

—¿Quieres decir que por qué no estoy muerta? —contraatacó.

A su madre se le descompuso el rostro y, en aquel momento, Evie se odió un poco.

—Ya basta, Evangeline —le advirtió su padre.

Evie agachó la dolorida cabeza.

—Lo siento.

—Creo que deberías saber que, a no ser que ofrezcas una disculpa pública, los Brodie han amenazado con denunciarte por calumnias.

—¿Qué? ¡No pienso disculparme! —Se puso de pie con tal rapidez que el martilleo de la cabeza se le duplicó y tuvo que volver a sentarse—. Dije la verdad.

—Estabais jugando a...

—¡No era un juego!

—A un juego que te ha metido en un lío...

—Harold Brodie es un canalla y un mujeriego que hace trampas a las cartas y cada semana mete a una chica distinta en el asiento trasero de su coche. Ese cupé suyo es, to-tal-men-te, un templo del magreo. Y, por si fuera poco, besa fatal.

Los padres de Evie la miraron fija y silenciosamente, perplejos.

—O eso me han dicho.

—¿Puedes demostrar tus acusaciones? —insistió su padre.

No podía. No sin contarles su secreto, y no podía arriesgarse a eso.

—No voy a disculparme.

La madre de Evie se aclaró la garganta.

—Hay otra opción.

Evie miró primero a su madre y luego a su padre, antes de volver a centrarse en su madre.

—Tampoco me largaré a una academia militar.

—Ninguna academia militar te admitiría —masculló su padre—. ¿Qué te parecería marcharte a Nueva York durante una temporada, a casa de tu tío Will?

—Yo... como... pero... ¿a Manhattan?

—Supusimos que te negarías a ofrecer una disculpa. —Su madre acababa de lanzarle su última pulla—. He hablado con mi hermano esta mañana. Él se encargaría de ti.

«Él se encargaría de ti». Una carga de la que librarse. Un acto de caridad. El tío Will debía de haberse sentido indefenso ante la ración de culpa que le habría servido su madre.

—Solo durante unos cuantos meses —continuó su padre—. Hasta que esta situación se solucione.

Nueva York. Bares clandestinos y compras. Teatros de Broadway y cines enormes. Por la noche, iría a bailar al Cotton Club. Los días los pasaría con Mabel Rose, su queridísima Mabiesie, que vivía en el edificio de su tío Will. Evie y ella se conocían desde que tenían nueve años, cuando Evie y su madre fueron a pasar unos días a Nueva York. Desde entonces, las chicas habían mantenido su amistad por correspondencia. A lo largo del último año, las cartas de Evie se habían reducido a pequeñas notas esporádicas, aunque Mabel seguía escribiendo regularmente, sobre todo para hablarle del atractivo ayudante del tío Will, Jericho, que unas veces estaba «pintado por los pinceles de los ángeles» y otras era «una orilla lejana a la que espero arribar». Sí, Mabel la necesitaba. Y Evie necesitaba Nueva York. En Nueva York podría reinventarse. Podría ser alguien.

Se sintió tentada de soltar un «sí» apresurado, pero conocía bien a su madre. Si Evie no hacía que aquello pareciera un castigo que tenía que soportar, si no conseguía aparentar que «había aprendido bien la lección», terminaría atrapada en Zenith y pidiéndole disculpas a Harold Brodie pese a todo.

Suspiró y conjuró la cantidad justa de lágrimas; si se pasaba, sus padres podrían ablandarse.

—Supongo que sería un modo de actuar sensato. Aunque no sé qué voy a hacer en Manhattan con un viejo tío solterón de carabina y todos mis amigos aquí, en Zenith.

—Eso deberías haberlo pensado antes —repuso su madre con una presuntuosa sonrisa de triunfo moral dibujada en la cara.

Evie reprimió una carcajada. «Como robarle un caramelo a un niño», pensó.

Su padre consultó el reloj.

—Hay un tren a las cinco. Supongo que lo mejor será que empieces a hacer las maletas.



Evie y su padre fueron hasta la estación en silencio. Por lo general, montar en el Lincoln Boattail Roadster de su familia le suponía un orgullo. Era el único descapotable de Zenith, la flor y nata de la franquicia automovilística de su padre. Pero aquel día no quería que nadie la viera. Deseaba ser tan intrascendente como los fantasmas de sus sueños. A veces, después de haber bebido, se sentía de ese modo: la vergüenza provocada por su última escenita se entrelazaba con la rabia reprimida por cómo la hacían sentir siempre aquellos mezquinos de pueblo. «Oh, Evie, es que eres demasiado», le decían con una sonrisa educada. Y no era un cumplido.

En efecto, era demasiado... para Zenith, Ohio. A veces había intentado hacerse más pequeña, encajar con esmero entre las ordenadas líneas de lo que se esperaba de una joven como ella. Pero, de algún modo, siempre se las ingeniaba para decir o hacer algo escandaloso... Terminaba aceptando un reto para trepar a un asta, o haciendo un chiste ligeramente verde, o yéndose a montar en coche con los chicos. Y, de pronto, allí estaba otra vez «aquella horrible chica de los O'Neill».

Instintivamente, se llevó los dedos a la moneda que le colgaba del cuello. Era medio dólar que su hermano le había enviado de «por allí» durante la guerra, un regalo por su noveno cumpleaños, el día de su muerte. Evie recordaba el telegrama del departamento de guerra, entregado por el pobre señor Smith de la oficina de telegramas, que masculló una disculpa al dárselo. Se acordaba de que su madre había emitido un grito ahogado, mientras se desplomaba contra el suelo, aún aferrada al papel amarillento con la letra negra y desalmada. Recordaba a su padre sentado en el estudio, rodeado de oscuridad, mucho tiempo después de que debiera haberse acostado, con una botella de whisky prohibido abierta sobre el escritorio. Evie había leído el telegrama al cabo de un tiempo: LAMENTAMOS INFORMARLES... EL SOLDADO JAMES XAVIER O'NEILL... MUERTO EN ACCIÓN EN ALEMANIA... ATAQUE REPENTINO AL AMANECER... DIO SU VIDA PARA SERVIR A NUESTRO PAÍS... EL SECRETARIO DE GUERRA ME PIDE QUE LES TRANSMITA SU MÁS PROFUNDO PÉSAME POR LA MUERTE DE SU HIJO...

Adelantaron un caballo y una calesa que iban de camino a una de las granjas de las afueras del pueblo. Le resultaron pintorescos y fuera de lugar. O tal vez fuera ella quien estaba fuera de lugar allí.

—Evie —comenzó a decir su padre con su habitual dulce tono de voz—. ¿Qué pasó en la fiesta, cariño?

La fiesta. Al principio había sido genial. Ella, y Louise, y Dottie, con sus mejores galas. Dottie le había prestado a Evie su diadema de diamantes falsos, y le quedaba muy elegante sobre los suaves rizos. Habían disfrutado de un debate apasionado pero sin sentido acerca del juicio del señor Scopes en Tennessee, celebrado el año anterior y relacionado con la idea de que toda la humanidad descendía de los monos.

—A mí no me cuesta lo más mínimo creérmelo —había dicho Evie al tiempo que intercambiaba miradas coquetas con los estudiantes universitarios que acababan de

cantar una entusiasta duodécima ronda del típico himno de fraternidad. Todo el mundo estaba borracho y feliz. Y Harold se acercó con sus halagos.

—*Five-foot-two, eyes of blue, has anybody seen my Eeee-vieeee?* —cantó, y le dedicó una reverencia.

Harry era guapo, y terriblemente encantador, y, a pesar de lo que había dicho antes, besaba genial. Si a Harry le gustaba una chica, esa chica recibía atención. A Evie le gustaba ser el centro de atención, sobre todo cuando bebía. Harry estaba «comprometido a comprometerse» con Norma Wallingford. No estaba enamorado de Norma —Evie lo sabía—, pero sí de la cuenta bancaria de la chica, y todo el mundo sabía que se casarían cuando él terminase la universidad. Sin embargo, todavía no estaba casado.

—¿Te he contado que tengo poderes especiales? —le había preguntado Evie después de la tercera copa.

Harry sonrió.

—Eso ya lo veo.

—Lo digo muy en serio —repuso ella arrastrando las palabras, demasiado achispada como para no aceptar su reto—. Puedo adivinar tus secretos con tan solo sostener entre las manos un objeto al que le tengas cariño y concentrarme en él. —Hubo risas educadas entre los asistentes a la fiesta. Evie los taladró con una mirada desafiante de sus ojos azules, que brillaban bajo las pestañas exageradamente maquilladas—. Lo digo to-tal-men-te en serio.

—Estás to-tal-men-te borracha, eso es lo que te pasa, Evie O'Neill —vociferó Dottie.

—Lo demostraré. Norma, dame algo... un pañuelo, un alfiler de sombrero, un guante.

—No voy a darte nada. Puede que no lo recupere —dijo Norma entre risas.

Evie entornó los ojos.

—Sí, qué lista eres, Norma. Estoy empezando una colección de guantes de la mano derecha. Es tan burgués tener dos...

—Bueno, está claro que tú nunca querrías hacer algo normal, ¿no, Evie? —repuso Norma mostrando los dientes.

Todo el mundo rompió a reír y las mejillas de Evie enrojecieron.

—No, eso te lo dejo a ti, Norma. —Evie se apartó el pelo de la cara, pero enseguida volvió a taponarle los ojos—. Ahora que lo pienso, lo más probable es que tus secretos nos dieran sueño a todos.

—Bien —había intervenido Harold antes de que las cosas pudieran calentarse de verdad—, toma mi anillo de la universidad. Revéleme mis más profundos y oscuros secretos, madame O'Neill.

—Eres un valiente por darle a una chica como Evie tu anillo —gritó alguien.

—¡Silencio, *s'il vous plaît!* —exigió Evie con un deje dramático en la voz. Se concentró mientras esperaba a que el objeto se calentara entre sus manos. A veces ocurría y a veces no, pero esperaba por el alma de Rodolfo Valentino que aquella fuera una de las veces en las que funcionaba. Después, tendría dolor de cabeza a causa del esfuerzo «aquel era el inconveniente de su pequeño don», pero para eso servía la ginebra. De todos modos, ya se había entonado un poco. Evie entreabrió tan solo un ojo. Todos la estaban observando. Todos la observaban y no sucedía nada.

Entre risas, Harry estiró la mano para recuperar su anillo.

—Vale, amiguita. Ya te lo has pasado bien. Ha llegado el momento de que dejes de beber.

Evie apartó las manos.

—Descubriré tus secretos... ¡Espera y verás!

En opinión de Evie había pocas cosas peores que ser normal. Lo normal era para los paletos. Ella quería ser especial. Una estrella brillante. No le importaba ganarse el dolor de cabeza más horrible de la historia de las perforaciones craneales. Cerró los ojos con fuerza y apretó el anillo entre las manos. Aumentó mucho de temperatura, y le reveló sus secretos. La sonrisa de Evie se ensanchó. Abrió los ojos.

—Harry, qué travieso...

Todo el mundo se arremolinó en torno a ella, interesado.

Harold rio con incomodidad.

—¿Qué quieres decir?

—Habitación veintidós del hotel. Esa hermosa camarera... L... El... ¡Ella! ¡Ella! Le diste un buen montón de pasta y le dijiste que se ocupara de todo.

Norma se acercó.

—¿De qué va esto, Harry?

Harry tenía los labios apretados.

—No tengo ni idea de qué estás hablando, Evangeline. El espectáculo se ha acabado. Devuélveme el anillo ahora mismo.

Si Evie hubiera estado sobria, tal vez habría parado. Pero la ginebra la volvía estúpidamente atrevida. Le dedicó un gesto de desaprobación con los dedos.

—Le hiciste un bombo, chico malo.

—Harold, ¿es eso cierto?

Harold Brodie tenía la cara colorada.

—¡Basta, Evie! Esto ya no tiene ninguna gracia.

—¿Harold? —preguntó Norma Wallingford.

—Está mintiendo, cariño —contestó Harold, tranquilizador.

Evie se puso en pie y bailó un charlestón sobre la mesa.

—Eso no es lo que dice tu anillo, amigo.

El joven intentó agarrar a Evie y ella se zafó dando un gritito; a continuación, le

quitó a alguien la copa de la mano.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Es un ataque! ¡Un ataque de Harold Brodie! ¡Corred por vuestras vidas!

Dottie se había hecho con el anillo y se lo había devuelto a Harry. Entonces, Louise y ella prácticamente habían arrastrado a Evie al exterior.

—Chica, estás como una cuba. Vámonos.

—Permanezco *inflapperable* ante las advur... advar... las complicaciones. Oh, nos movemos. ¡Ehhhhh! ¿Adónde vamos?

—A que se te pase la mona —contestó Dottie, y lanzó a Evie a la fuente helada.

Al cabo de un rato, tras varias tazas de café, Evie estaba tumbada, temblando, con el vestido de fiesta empapado y cubierta por una manta en una esquina sombría del salón de señoras. Dottie y Louise habían ido a buscarle una aspirina y, sola y escondida, Evie se dedicó a escuchar la conversación de dos chicas que estaban frente a los espejos con marcos dorados cotilleando sobre la bronca que habían tenido Harold y Norma.

—Todo es culpa de esa horrible Evie O’Neill. Ya sabes cómo es.

—Nunca sabe cuándo parar y dejar a la gente tranquila.

—Pues esta vez sí que la ha liado. Está acabada en este pueblo. Norma se encargará de ello.

Evie esperó hasta que las oyó marcharse y después se acercó al espejo. La máscara de pestañas le había dejado unas buenas manchas negras bajo los ojos y los rizos húmedos le caían aplastados sobre la cara. Aquel maldito dolor de cabeza la estaba afectando de veras. Estaba hecha un desastre tanto por dentro como por fuera. Deseó poder romper a llorar, pero en realidad aquello no la ayudaría en nada.

Harold irrumpió en el salón, cerró la puerta a sus espaldas y se apoyó contra ella para que nadie pudiese entrar.

—¿Cómo lo has averiguado? —gruñó, y la agarró del brazo.

—Ya... ya te lo he dicho. Me... me lo reveló tu...

Harold apretó la mano con más fuerza.

—¡Deja de hacer el tonto y dime cómo lo sabes! Norma amenaza con dejarme gracias a tu truquito de magia. Exijo una disculpa pública para limpiar mi nombre.

Evie se sentía abotagada y mareada, las consecuencias de su lectura de objetos. Era como una mala borrachera seguida por la peor resaca que pudiera imaginarse. Harold Brodie no era un conquistador encantador y divertido, Evie acababa de darse cuenta de ello. Era un sinvergüenza y un cobarde. Lo último que haría sería pedirle disculpas a alguien de tal ralea.

—Lárgate y déjame en paz, Harry.

Dottie y Louise comenzaron a aporrear la puerta desde el otro lado.

—¿Evie? ¡Evie! ¡Ábrenos!

Harold le soltó el brazo. Evie notó de inmediato que iba a salirle un moratón.

—Esto no quedará así, Evangeline. Tu padre le debe su negocio al mío. Tal vez quieras replantearte lo de la disculpa.

Y entonces Evie vomitó encima de Harold Brodie.



—¿Evie? —la llamó su padre, y consiguió arrastrarla de vuelta al presente.

Ella se frotó la cabeza dolorida.

—No fue nada, papá. Siento que te hayan fastidiado por eso.

No la reprendió por decir «fastidiar».

En la estación, su padre dejó el motor al ralentí durante el tiempo suficiente para verla llegar al andén. Le dio una propina al mozo por cargar con el equipaje de la chica y se aseguró de que lo entregaran en el apartamento de su tío en Nueva York. Evie no llevaba más que su pequeña maleta de cuadros y un bolso de mano de cuentas.

—Bueno —dijo su padre, y bajó la mirada hacia el descapotable en reposo. Le entregó a su hija un billete de diez dólares y Evie se lo metió en el lazo del sombrero de campana de fieltro gris—. Solo es algo de dinero suelto.

—Gracias, papá.

—No se me dan bien las despedidas. Ya lo sabes.

Evie se obligó a esbozar una sonrisa de descuidada temeridad.

—Da igual. No pasa nada, papá. Tengo diecisiete años, no siete. Estaré bien.

—Vale.

Permanecieron de pie, incómodos, sobre el andén de madera.

—Será mejor que no dejes que el descapotable se vaya sin ti —dijo Evie al tiempo que hacía un gesto con la cabeza hacia el coche.

Su padre la besó ligeramente en la frente y, con una última exhortación al mozo, se alejó con el Lincoln. Cuando el vehículo se convirtió en un punto minúsculo en la carretera, Evie experimentó una punzada de tristeza, y algo más. Pavor. Aquella era la palabra. Un terror inescrutable, innombrable. Llevaba meses sintiéndolo, desde que comenzaron los sueños.

—Vaya, otra vez ese miedo que me pone los pelos de punta —dijo en voz baja, y se estremeció.

Un par de puritanas sentadas en el banco de al lado le lanzaron una mirada de desaprobación al vestido hasta las rodillas de Evie. Y ella decidió dedicarles un verdadero espectáculo. Se remangó la falda y, canturreando alegremente, se bajó las medias para dejar las piernas al aire. Aquello tuvo el efecto deseado sobre las puritanas, que se bajaron del andén sin dejar de cacarear sobre «la vergüenza de los jóvenes». No iba a echar de menos aquel lugar.

Un cupé de color crema serpenteó peligrosamente carretera arriba y se detuvo debajo de Evie, esquivando el andén por muy poco. Dos chicas vestidas con elegancia bajaron de él. Evie esbozó una gran sonrisa y comenzó a saludarlas con entusiasmo.

—¡Dottie! ¡Louise!

—Nos hemos enterado de que te marchabas y hemos venido a despedirte —explicó Louise mientras se encaramaba a la barandilla.

—Las buenas noticias se propagan rápido.

—¿En este pueblo? A la velocidad del rayo.

—Es fantástico. De todas formas, soy demasiado para Zenith, Ohio. En Nueva York me entenderán. Voy a salir en todos los periódicos y me invitarán al piso de los Fitzgerald a tomar copas. A fin de cuentas, mi madre es una Fitzgerald. Seguro que estamos emparentados.

—Hablando de copas... —Con una gran sonrisa, Dottie se sacó de la cartera lo que parecía un inocente recipiente de aspirinas. Estaba medio lleno de un líquido claro—. Toma. Solo un traguito para que no se te haga tan largo el viaje. Siento que no sea más, pero es que ahora mi padre marca las botellas.

—Ah, y una copia del *Photoplay* sacada del salón de belleza. La tía Mildred no la echará de menos —agregó Louise.

A Evie se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿No os importa que os vean con la paria del pueblo?

Louise y Dottie se esforzaron por dibujar unas débiles sonrisas, confirmación de que Evie era, en efecto, la paria del pueblo, pero aun así habían ido a verla.

—Sois unos verdaderos ángeles de primera categoría. Si yo fuera Papa, os canonizaría.

—¡Seguro que el Papa preferiría encañonarte a ti!

—¡Nueva York!

Louise hizo girar su larga ristra de cuentas.

—Norma Wallingford va a ponerse verde de envidia. Está cabreada como una mona por lo de tu escenita —dijo Dottie entre risitas—. Desembucha: ¿cómo te habías enterado en realidad de lo de Harold y la camarera?

La sonrisa de Evie se desvaneció durante un instante.

—Tan solo fue un golpe de suerte.

—Pero...

—¡Eh, mirad! Ahí llega el tren —anunció Evie, y acabó con cualquier posibilidad de que le hicieran más preguntas. Las abrazó con fuerza, agradecida por aquella última muestra de amabilidad—. La próxima vez que me veáis, ¡seré famosa! Y os pasearé por todo Zenith montadas en mi sedán con chófer.

—La próxima vez que te veamos, ¡te estarán juzgando por algún delito ingenioso!

—repuso Dottie con una carcajada.

Evie sonrió.

—Mientras hablen de mí...

Un mozo ataviado con un uniforme azul le pedía a la gente que subiera a bordo. Evie se acomodó en su compartimento. La atmósfera era sofocante, así que se puso de pie sobre el asiento con sus merceditas de satén verdes para abrir la ventana.

—¿La ayudo, señorita? —se ofreció otro mozo, un chico joven.

Evie lo miró tras unas pestañas que aquella mañana se había pintado con un rímel de color pastel y le obsequió con todo el poder de su sonrisa de lápiz de labios Coty.

—¿No le importaría, guapo? Sería genial.

—¿Se dirige a Nueva York, señorita?

—Ajá, eso es. Gané un concurso de Miss Belleza en Bañador y ahora voy a Nueva York a que me fotografíen para el *Vanity Fair*.

—Vaya, ¿no es estupendo?

—Lo es, ¿verdad? —Evie hizo aletear sus pestañas—. ¿La ventanilla?

El joven abrió los pestillos y bajó el cristal con facilidad.

—¡Ahí tiene!

—Genial, muchas gracias —ronroneó Evie.

Ya estaba de camino. En Nueva York, podría ser quienquiera que eligiese ser. Era una gran ciudad... El mejor lugar para los grandes soñadores que necesitaban brillar con fuerza.

Evie asomó la cabeza por la ventanilla del tren y les dijo adiós a Louise y Dottie. Su corta melena rizada se agitó en torno a su cara cuando el pueblo soñoliento, lentamente, comenzó a quedar a sus espaldas. Durante un instante, deseó poder volver corriendo a la seguridad de la casa de sus padres. Pero era como la niebla de sus sueños. Era una casa muerta... llevaba años siéndolo. No. No se pondría triste. Se mostraría magnífica y resplandeciente. Sería una verdadera estrella. Una luz radiante de Nueva York.

—¡Hasta pronto! —gritó.

—Seguro que sí.

Sus amigas iban convirtiéndose en pequeños puntos de color en la lejanía nublada por el humo. Evie les lanzó besos y trató de no llorar. Despacio, saludó con la mano a los tejados de Zenith, Ohio, donde a la gente le gustaba sentirse a salvo, cómoda y ufana, donde todos los días manejaban los objetos de la más ordinaria de las formas y jamás percibían destellos de los secretos que no deberían conocerse de otras personas ni tenían terribles pesadillas con hermanos muertos. Los envidiaba un poco.

—¿Va a quedarse ahí de pie todo el viaje, señorita? —le preguntó el mozo.

—Solo quería despedirme como es debido —contestó Evie. Giró la mano para lanzar su última bendición, diciendo adiós a las casas como si fuera una reina—.

¡Hasta pronto, pringados! ¡Estáis todos equivocados!

MEMPHIS CAMPBELL, HARLEM, NUEVA YORK

Era por la mañana en Harlem, y las mañanas pertenecían a los chicos de la lotería ilegal. Desde el norte de la calle Ciento treinta a la calle Ciento sesenta, desde la avenida Amsterdam en el West Side hasta Park Avenue, al este, decenas de corredores vigilaban su territorio, listos para escribirles los boletos a sus clientes y llevar a toda velocidad aquellas esperanzadas combinaciones de números a sus banqueros, que operaban desde las habitaciones traseras de las tiendas de tabaco y las barberías, los bares clandestinos y los sótanos de arenisca. Todo tenía que ocurrir antes de las diez de la mañana, cuando la cámara de compensación de Wall Street publicara el volumen diario de negociación y alguien ganara las apuestas de mil a uno y triunfara o, más probablemente, fracasara. Rara vez actuaba a favor de Harlem, pero ellos jugaban igualmente, con la vaga esperanza de que su suerte cambiara algún día.

Memphis Campbell, de diecisiete años, estaba apoyado bajo la farola en su puesto de la esquina de la avenida Lenox con la calle Ciento treinta y cinco, junto a la entrada del metro, para coger a sus clientes cuando se dirigían hacia el trabajo. Mantenía los ojos abiertos por si se acercaba algún poli mientras rellenaba un boleto tras otro. «Sí, señorita Jackson, quince centavos al trío de la lavandera». «Cuarenta y cuatro, once, veintidós. Lo tengo». «Un dólar al trío de la muerte, aunque lamento oír que el primo de su tía ha muerto». «Bueno, si lo vio en un sueño, sería un estúpido si no jugara ese número, señor».

Los números los rodeaban por todas partes, patrones a la espera de ser descubiertos y convertidos en riquezas, suerte conjurada de la nada, sacada de himnarios, de vallas publicitarias, de bodas, de funerales, de nacimientos, de combates de boxeo, de carreras de caballos, de trenes, de profesiones, de órdenes fraternales y de sueños. Sobre todo de los sueños.

A Memphis no le gustaba pensar en sus sueños. Al menos no últimamente.

Cuando el ajetreo de la hora punta se desvanecía, se acercaba en busca de clientes a los vestíbulos de los edificios de apartamentos y se metía los boletos en una talega de cuero que llevaba en el calcetín por si lo registraban. Hizo una parada en el Deluxe Beauty Shop, donde el negocio del pelo y los cotilleos iba viento en popa.

—Así que le dije, puede que sea especialista en cueros cabelludos, ¡pero no hago milagros! —entretenía la dueña, la señora Jordan, a las desternilladas clientas del salón—. Ah, hola, Memphis. ¿Cómo estás?

Las señoras se enderezaron en sus sillas.

—Señor, ese chico es guapísimo —cloqueó una de las jóvenes al tiempo que se abanicaba con una revista—. Cariño, ¿te has buscado novia?

—¡Una en cada esquina! —rió la señora Jordan.

Memphis sabía que era guapo. Medía más de un metro ochenta y tenía los hombros anchos, además de las mejillas marcadas gracias a algún antepasado taíno. Floyd, el de la Barbería de Floyd, se encargaba de que Memphis llevara siempre el pelo casi al rape y bien engominado, y el señor Lavine, el sastre, se aseguraba de que sus trajes fueran elegantes. Pero era en la sonrisa de Memphis en lo que todo el mundo se fijaba primero. Cuando Memphis Campbell decidía poner en marcha el poder de su encanto, siempre comenzaba con la sonrisa: tímida al principio, luego amplia y deslumbrantemente brillante, acompañada por una mirada de cachorrillo que incluso a veces lograba que su tía Octavia se ablandara.

Memphis utilizó su sonrisa en aquel momento.

—Se está haciendo tarde, señoras.

—Eso es cierto. —La señora Jordan no detuvo el peine alisador y continuó manipulando el pelo de la mujer de la silla—. Anota mi apuesta habitual. Saqué esos números de un libro. Algún día me haré rica.

—Algún día te harás pobre —anunció con desdén una mujerona que leía una copia del *New Amsterdam News*.

La señora Jordan la señaló con el peine alisador.

—Dará resultado. Ya lo verás. ¿Verdad, Memphis?

Memphis asintió.

—Justo la semana pasada, me hablaron de un hombre que llevaba jugando a los mismos números un año. Y se llevó el premio —dijo el joven. Memphis volvió a pensar en su inquietante sueño. Puede que al fin y al cabo significara algo. Tal vez fuese un presagio de buena suerte, y no de mala—. Dígame, señora Jordan, ese libro suyo, ¿dice algo acerca de una encrucijada o una tormenta?

—Eh, una tormenta significa que vas a conseguir dinero, creo. La tormenta es el cuarenta y cuatro.

—¡Eso no es así! Una tormenta quiere decir que se acerca la muerte. Y el número que juegas para esas cosas es el once.

Las señoras se pusieron a pelearse por las diferentes interpretaciones de los sueños y las combinaciones de números posibles. Nadie podía ponerse de acuerdo jamás en cuanto a la respuesta correcta. Aquello era parte de lo que hacía que el juego fuera tan emocionante: todas aquellas posibilidades.

—¿Y qué hay de un ojo con un rayo debajo? —quiso saber Memphis.

La señora Jordan se quedó inmóvil, con el peine alisador aún sobre el pelo de su cliente.

—No lo sé exactamente. Pero quizás otra persona podría aclarártelo. ¿Por qué lo preguntas, cielo?

Memphis se dio cuenta de que tenía el ceño fruncido. Se relajó y volvió a esbozar aquella encantadora sonrisa que la gente se había acostumbrado a esperar de él.

—Ah, no es nada, solo algo que vi en un sueño.

La clienta de la silla dio un respingo.

—¡Ay! Fifi, ¡estás a punto de abrasarme la cabeza con ese peine alisador!

—¡Qué va! Tu problema es que tienes la cabeza demasiado delicada.

—Que tengan un buen día, señoras. Espero que salga su número —dijo Memphis, y se batió en rápida retirada.

Sobre Harlem, las nubes grises de la mañana iban deshilachándose hasta convertirse en finas volutas que dejaban al descubierto un cielo azul y perfecto cuando Memphis pasó junto al Drugstore Lenox^[2], en el que a él y a su hermano pequeño, Isaiah, les gustaba ir a comer hamburguesas y a hablar con el dueño, el señor Reggie. Cruzó la calle para evitar la Funeraria Merrick, pero no pudo zafarse del recuerdo. Salió trepando de lo más profundo de su ser, todavía con el poder necesario para dejarlo sin el más mínimo aliento:

Su madre tumbada en la parte delantera, en el ataúd abierto y cubierto con un lirio de los valles, con las manos cruzadas sobre el pecho. Isaiah preguntándole: «¿Cuándo va a despertarse mamá, Memphis? Se está perdiendo la fiesta, y además toda esta gente ha venido para verla». Su padre sentado en la silla con respaldo de mimbre, mirándose con fijeza las manos enormes, hechas para tocar la trompeta, mientras los dolientes lloraban y gritaban y alguien entonaba un canto espiritual negro. La sensación de la tierra en los dedos de Memphis mientras el muchacho lanzaba terrones hacia el interior de la tumba. El ruido sordo y suave que hacía al golpear la tapa del féretro, la finalidad de aquel sonido. Recordó a su padre mientras embalaba todo lo que tenían en el apartamento de la calle Ciento cuarenta y cinco y mandaba a Memphis e Isaiah a compartir la atestada habitación trasera de la casa de la tía Octavia, a unas cuantas manzanas más hacia el norte, porque él se marchaba a Chicago en busca de trabajo. Les había prometido que mandaría a buscarlos cuando se instalara. Hacía dos años, diez meses y quince días de aquello, y ellos seguían compartiendo la habitación trasera de Octavia.

Memphis robó una botella de leche de un escalón de entrada y le dio un gran trago, como si así pudiera ahuyentar el pasado. Tenía una comezón en la piel, se sentía como si el mundo estuviera a punto de ser destripado. Y estaba convencido de que tenía algo que ver con el sueño.

Desde hacía dos semanas, siempre era igual: la encrucijada. El cuervo que volaba hacia él desde el campo. El cielo que se oscurecía y las nubes de polvo que se elevaban en el camino, justo por delante de lo que quiera que se estuviera acercando. Y el símbolo... siempre el símbolo. Estaba llegando al punto de tener miedo a quedarse dormido.

Una frase le llegó rápidamente. Memphis sabía que si no la apuntaba, después, cuando pudiera escribir, se le habría olvidado. Así que se detuvo y anotó aquel nuevo

fragmento de poesía que tenía en la mente en dos boletos de la lotería aún en blanco. Luego se los guardó en un bolsillo diferente. Más adelante, cuando pudiera encaminarse hacia el cementerio, donde le gustaba escribir, las copiaría en el cuaderno de cuero marrón que contenía sus poemas y cuentos.

Memphis dobló la esquina. Bill Johnson el Ciego estaba sentado en un escalón con su guitarra. Su sombrero descansaba del revés ante sus pies, y varias monedas pequeñas se desperdigaban sobre el forro desgastado de su interior. «Conocí a un hombre en un camino oscuro, tenía una marca en la mano —entonaba el cantante de blues con el susurro cavernoso que era su voz—. Conocí a un hombre en un camino oscuro, tenía una marca en la mano. Dijo que la tormenta se acercaba, que llovería con fuerza sobre la tierra». Cuando Memphis pasó ante él, Bill el Ciego lo llamó:

—¡Señor Campbell! ¡Señor Campbell! ¿Es usted?

—Sí, señor. ¿Cómo lo ha sabido?

El viejo arrugó la nariz.

—Floyd es bueno con las tijeras, pero esa gomina que usa podría despertar a un muerto. —Soltó una risa dura, áspera. Palpó con los dedos las monedas que contenía el sombrero y las fue tocando una por una hasta encontrar dos de diez—. Ponga veinte centavos a mi número, señor Campbell. Uno, siete, nueve. Venga, apúntelo ya. Anote ese número para el viejo Bill el Ciego —dijo ansioso.

Memphis quería decirle que debería guardarse el dinero para otras cosas. Todo el mundo sabía que Bill vivía en la misión del Ejército de Salvación, y a veces en la calle, cuando el clima se lo permitía. Pero no le correspondía a él decir nada, así que se guardó las monedas y escribió un boleto.

—Sí, señor, lo apuntaré.

—Solo necesito un cambio de suerte, nada más.

—Como todos —dijo Memphis, y siguió caminando.

A sus espaldas, el hombre volvió a coger su guitarra para cantar sobre hombres sombríos en caminos oscuros y trapicheos llevados a cabo bajo cielos sin luna y, aunque estaban en el corazón de la ciudad, con sus trenes atronadores y sus aceras atestadas, Memphis experimentó un extraño vuelco en el corazón.

—¡Memphis! —lo llamó otro chico de la lotería desde el final de la calle—. ¡Más te vale espabilar! ¡Son casi las diez!

Memphis se olvidó de sus pesadillas. Tiró la botella de leche vacía a una papelera, se echó su alforja al hombro y rompió a correr calle abajo hacia el Hotsy Totsy para esperar a que llegara el número del día.

Un cuervo graznó sobre una farola. Bill el Ciego detuvo su canción y se puso tenso, a la escucha. El pájaro volvió a graznar. Después agitó sus alas brillantes y ensombreció los pasos de Memphis Campbell.

EL MUSEO DE LOS ESCALOFRÍOS

Evie se bajó del tren saludando a los mozos y revisores con los que había estado jugando al póquer desde Pittsburgh hasta la estación de Pensilvania. En aquel momento estaba en posesión de veinte dólares, tres direcciones nuevas apuntadas en su agenda de cuero marrón y una gorra de mozo que llevaba ladeada sobre la cabeza dorada.

—¡Hasta pronto, chicos! Ha estado genial.

El revisor, un joven de veintidós años, se asomó por la escalerilla del tren.

—Te asegurarás de escribirme, ¿verdad, cielo?

—Por supuesto. En cuanto practique mi caligrafía —mintió Evie—. Mi tía me estará esperando. Es legalmente ciega, así que será mejor que me apresure a llegar a su lado. Mi pobrecita tía Martha.

—Creía que se llamaba Gertrude.

—Gertrude y Martha. Son gemelas, y ambas ciegas. Pobres, pobrecitas mías. ¡Adiós!

Con el corazón latiéndole a toda velocidad en el pecho, Evie subió con rapidez la escalera que la alejaba del andén. Nueva York... ¡Por fin!

El telegrama del tío Will había sido muy concreto: debía parar un taxi en la puerta de la estación de Pensilvania en la Octava Avenida y decirle al conductor que la llevara al Museo del Folclore Norteamericano, la Superstición y el Ocultismo en la calle Sesenta y ocho, cerca de Central Park Oeste. Evie estaba convencida de que no sería complicado. Pero en aquel instante, en medio del bullicio de la estación de Pensilvania, se sentía algo más que perdida. Escogió el camino equivocado en dos ocasiones, y al final se encontró en la enorme sala principal, con sus ventanas arqueadas desde el suelo hasta el techo y un gigantesco reloj situado en el centro, cuyas manecillas afiligranadas recordaban a los pasajeros que el tiempo volaba... y los trenes también.

Cerca, una mujer muy glamurosa, que lucía un abrigo de marta cibelina hasta los pies a pesar del calor, atraía a una multitud de seguidores y fotógrafos cada vez mayor.

—¿Quién es esa? —le susurró Evie con urgencia a uno de los admiradores.

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero su agente de prensa me ha pagado un dólar por merodear por aquí y mirarla boquiabierto como si fuera Gloria Swanson. El dólar más fácil de ganar de toda mi vida.

Evie apuró el paso para seguir el ritmo de la ajetreada muchedumbre y estuvo a punto de llevarse por delante a un pequeño que vendía periódicos.

—¿Valentino envenenado? ¡Léalo todo! ¡El plan bomba de los anarquistas se va

al garette! ¡Un profesor se cabrea como un mono para defender la evolución! ¡Todas las noticias aquí, aquí mismo! ¡Solo dos centavos! ¿Un periódico, señorita?

—No, gracias.

—Bonito sombrero.

El muchacho le guiñó un ojo y Evie recordó la gorra de mozo.

En el escaparate de una botica colgaba un espejo, y Evie se detuvo para arreglarse el pelo y sustituir la gorra de mozo por su propio sombrero de campana gris sin alas. Volvió la cabeza a derecha e izquierda para asegurarse de que tenía el mejor aspecto posible. Cogió el billete de veinte dólares que había ganado jugando al póquer y, tras un momento de deliberación, se lo metió en el bolsillo de su veraniego abrigo de viaje rojo.

—No la culpo por recrearse en la vista. Yo llevo mirando un rato.

Era una voz masculina, y un tanto áspera. Evie localizó su reflejo en el espejo. Tenía el pelo espeso y moreno, y en la frente un mechón más largo que se negaba a quedarse echado hacia atrás. Los ojos ambarinos y las cejas oscuras. Su sonrisa tan solo podía describirse como lobuna.

Evie se volvió despacio.

—¿Lo conozco?

—Todavía no. Pero espero solucionarlo pronto. —Le tendió una mano—. Sam Lloyd.

Evie realizó una pequeña reverencia.

—La señorita Evangeline O’Neill, de los O’Neill de Zenith.

—¿Los O’Neill de Zenith? Vaya, ahora me da la sensación de que he venido mal vestido para la ocasión. Deje que vaya a por mi esmoquin.

El joven volvió a sonreír y Evie experimentó una ligera confusión.

El chico era de estatura mediana y constitución fuerte. Llevaba las mangas de la camisa recogidas hasta los codos y los pantalones desgastados a la altura de las rodillas. Tenía las yemas de los dedos cubiertas de unos tenues borrones negros, como si hubiera estado brillantando zapatos. Un par de gafas de aviador le colgaban del cuello. El primer admirador neoyorquino de Evie era poco refinado.

—Bueno, ha sido agradable conocerlo, señor Lloyd, pero será mejor que...

—Sam. —El joven cogió la maleta de Evie a tal velocidad que ella ni siquiera lo vio mover la mano—. Deje que se la lleve.

—De verdad. Yo puedo...

Trató de agarrar su equipaje, pero él lo sostuvo en alto.

—Insisto. Mi madre me despellejaría por ser tan poco caballeroso.

—Bueno —Evie miró a su alrededor con nerviosismo—, entonces solo hasta la puerta.

—¿Adónde se dirige?

—¡Vaya! Hace un montón de preguntas.

—Deje que lo adivine: ¿es una chica Ziegfeld?

Evie hizo un gesto de negación con la cabeza.

—¿Modelo? ¿Actriz? ¿Princesa? Es demasiado hermosa para ser alguien corriente.

—¿Lo dice en serio?

—¿Yo? No podría decirlo más en serio.

La estaba adulando, pero a Evie le encantaba aquello. Le gustaba que le prestaran atención. Era como una copa del mejor champán: burbujeante y embriagador. Y, como con el champán, siempre quería más. Aun así, no quería parecer ingenua.

—Si tanto desea saberlo, he venido para ingresar en un convento —repuso Evie para ponerlo a prueba.

Sam Lloyd la miró de arriba abajo y sacudió la cabeza.

—Me parece un desperdicio. Una chica tan guapa como usted...

—Servir a nuestro Señor nunca es un desperdicio.

—Por supuesto. Claro que, ahora que tenemos a Freud y los vehículos a motor, dicen que Dios ha muerto.

—No está muerto; solo tremendamente cansado.

Sam curvó las comisuras de los labios en una sonrisa, divertido, y Evie sintió que el calor volvía a burbujear en su interior. Aquel Sam Lloyd, con su expresión de sabelotodo, la consideraba ingeniosa.

—Lo cierto es que es mucho trabajo —contraatacó—. Tanto castigarse y tener hijos. Dígame, ¿a qué convento se dirige?

—A ese con un montón de señoras vestidas de blanco y negro.

—¿Cómo se llama? Tal vez lo conozca. —Sam agachó la cabeza—. Soy muy devoto.

Evie contuvo una pequeña exclamación de incredulidad.

—Es... el de Santa María.

—Claro. ¿Qué santa María?

—La santa María más total que se le ocurra.

—Escuche, antes de que entregue su vida a Cristo, tal vez me permita mostrarle la ciudad. Conozco todos los sitios que hay que visitar. Soy un guía turístico genial.

Le cogió una mano entre las suyas, y Evie se sintió emocionada y desconcertada al mismo tiempo. No llevaba ni cinco minutos en la ciudad, y un joven —un joven que había que reconocer que era bastante atractivo— intentaba que saliera a solas con él. Era excitante. Y terrorífico.

—Escuche, tengo que contarle un secreto. —Sam miró a su alrededor—. Soy ojeador para algunos de los nombres del espectáculo más importantes de esta ciudad. Ziegfeld. Los Shubert. El señor White. Los conozco a todos. Me colgarían si no les

presentara a un talento como usted.

—¿Cree que soy un talento?

—Sé que lo es. Lo percibo. Tengo un don para estas cosas.

Evie enarcó una ceja.

—No sé cantar. No sé bailar. No sé actuar.

—¿Ve? Una verdadera amenaza triple. —Esbozó una amplia sonrisa—. Bueno, y con eso acaba el espectáculo de talentos de Santa María.

Evie se rio contra su voluntad.

—De acuerdo, entonces. A usted, con sus agudas observaciones, ¿qué es exactamente lo que le resulta especial de mí? —preguntó con coquetería, mirándolo tras sus pestañas, tal y como había visto hacer a las actrices de comedia.

—Es solo que tiene algo —contestó él sin decir nada en realidad, lo que la decepcionó.

Sam apoyó la mano en la pared sobre la cabeza de Evie y se inclinó hacia ella. Evie sintió mariposas en el estómago. No era que no supiera cómo comportarse con los chicos, sino que aquel era un chico de Nueva York. No quería montar una escena y quedar como una completa pueblerina. Era una chica que podía cuidar de sí misma. Además, si sus padres se enteraban de aquello, la arrastrarían de vuelta a Ohio de inmediato.

Así que Evie se escabulló de bajo el brazo del atractivo Sam Lloyd y le arrebató su maleta.

—Me temo que ahora debo marcharme. Creo que estoy viendo, eh, a la monja jefa de camino hacia el salón de señoras.

—¿La monja jefa? ¿Se refiere a la madre superiora?

—¡Por supuesto! La hermana... la hermana... eh...

—¿La hermana Benito Mussolini Fascisti?

—¡Exacto!

Sam Lloyd sonrió con superioridad.

—Benito Mussolini es el primer ministro de Italia. Y un fascista.

—Ya lo sabía —dijo Evie, y sus mejillas enrojecieron violentamente.

—Claro que sí.

—Bueno...

Evie permaneció inmóvil, desconcertada, durante unos segundos. Le tendió la mano para estrechársela. Con aire de suficiencia, Sam Lloyd la atrajo hacia sí y la besó con fuerza en los labios. La joven oyó a los lustradores de botas reírse cuando se apartó, colorada y desorientada. ¿Debería darle una bofetada? Se la merecía. Pero ¿era eso lo que hacían las modernas sofisticadas de Manhattan? ¿O pasaban de ello como si fuera una vieja broma de la que estaban demasiado cansadas como para reírse?

—No se puede culpar a un chico por besar a la muchacha más hermosa de Nueva York, ¿verdad, hermana?

La sonrisa de Sam expresaba de todo menos arrepentimiento.

Evie levantó la rodilla con rapidez y decisión, y él cayó al suelo como un saco de patatas.

—No se puede culpar a una chica por tener reflejos, ¿verdad, amigo?

Se dio la vuelta y caminó deprisa en dirección a la entrada. Con la voz ahogada, Sam Lloyd gritó a su espalda:

—Que tenga mucha suerte con las monjas. ¡Las buenas hermanas de Santa María no saben en la que se han metido!

Evie se limpió el beso de los labios con el dorso de la mano y se abrió camino hasta la Octava Avenida, pero cuando vio el esplendor de la ciudad todo recuerdo de Sam Lloyd desapareció de su mente. Un tranvía traqueteaba por el centro de la avenida sobre unos raíles de acero. Los automóviles daban volantazos en torno a la muchedumbre y a sí mismos con la furiosa elegancia de un cuerpo de ballet. Estiró el cuello para contemplar el panorama. Muy por encima del bullicio de las calles, varios hombres realizaban osados equilibrios sobre vigas de acero para erigir edificios como aquellos cuyas cimas ya horadaban las nubes, como si ni siquiera el cielo pudiera contener la ambición de sus chapiteles. Un sofisticado dirigible sobrevoló la zona, una mancha plateada recortada contra el cielo azul. Era como un paisaje onírico que pudiera desaparecer con un solo parpadeo. Un taxi viró con brusquedad en la esquina y Evie se montó en él.

—¿Adónde, señorita? —preguntó el conductor al tiempo que activaba el taxímetro.

—Al Museo del Folclore Norteamericano, la Superstición y el Ocultismo, por favor.

—Ah. Al Museo de los Escalofríos. —El taxista se echó a reír—. Qué bien que vaya a verlo mientras pueda.

—¿Qué quiere decir?

—Dicen que ese sitio lleva retraso en el pago de los impuestos. El ayuntamiento lleva años con las miras puestas en ese solar. Quieren levantar unos edificios de apartamentos en él.

—Oh, vaya...

Evie estudió la fotografía que le había entregado su madre. Era una imagen del tío Will —alto, desgarrado, con el pelo rubio— de pie delante del museo, una grandiosa mansión victoriana rematada con torrecillas y ventanas con vidrieras y rodeada de una verja de hierro forjado.

—Si quiere saber mi opinión, cuanto antes mejor. Ese sitio hace que la gente se sienta incómoda... Hay un montón de objetos demenciales que se supone que están

llenos de magia.

Objetos. Magia. Evie tamborileó los dedos contra la portezuela.

—Ya sabe lo del tipo que dirige ese sitio, ¿verdad?

Evie cesó el tamborileo.

—¿A qué se refiere?

—Un tipo raro. Fue objetor.

—¿Que fue qué?

—Objetor de conciencia —contestó el taxista escupiendo las palabras como si fueran veneno—. Durante la guerra. Se negó a luchar. —El hombre sacudió la cabeza—. He oído que además podría ser un bolchevique de esos.

—Bueno, si es así, jamás me lo ha mencionado —comentó Evie mientras se estiraba las arrugas del guante.

El taxista la miró por el retrovisor.

—¿Lo conoce? ¿Qué hace una chica buena como usted con un tipo como ese?

—Es mi tío.

Y, tras aquellas palabras, el taxista se sumió en un dichoso silencio.

Al fin el taxi giró por una calle secundaria cerca de Central Park y se detuvo ante el museo. Embutido entre la grava y el acero de Manhattan, el mismo museo parecía una reliquia, un edificio fuera de lugar y de su época, con la fachada de piedra caliza empañada desde antiguo por el tiempo, el hollín y las trepadoras. Evie desvió la mirada desde la sombra triste y lóbrega que se alzaba ante ella hacia la hermosa casa de la fotografía.

—¿Está seguro de que este es el cruce?

—Aquí es. El Museo de los Escalofríos. Será un dólar con diez.

Evie se metió la mano en el bolsillo y no sacó nada más que el forro. Cada vez más alarmada, registró todos sus bolsillos.

—¿Qué pasa?

El taxista la miraba con suspicacia.

—¡Mi dinero! ¡Ha desaparecido! Tenía veinte dólares justo en este bolsillo y... ¡y han desaparecido!

El hombre negó con la cabeza.

—Debería haberlo sabido. Seguro que ha sido un bolchevique como su tío. Bueno, jovencita, ya he tenido a tres morosos durante la última semana. Y no estoy dispuesto a tener otro. O me paga un dólar con diez centavos o tendrá que contarle su historia a un poli.

El conductor señaló a un agente de policía montado a caballo unos metros más adelante.

Evie cerró los ojos y deshizo sus pasos: las vías. El escaparate de la botica. Sam Lloyd. Sam... Lloyd. Evie abrió los ojos de golpe cuando recordó su beso repentino y

apasionado. «Es solo que tienes algo...». Claro que sí: veinte dólares. No llevaba ni una hora en la ciudad y ya la habían engañado.

—Ese hijo de...

Evie terminó la frase con brusquedad y rapidez, y dejó al taxista sumido en un silencio asombrado. Furiosa, se sacó su billete de diez dólares para emergencias del sombrero de campana, esperó a que le devolvieran el cambio y después cerró la portezuela con fuerza a su espalda.

—Eh —la llamó el conductor—. ¿Qué hay de una propina?

—Desde luego —respondió Evie, y se encaminó hacia la vieja mansión victoriana con su largo pañuelo de seda ondeando a su espalda—: No bese a extraños en la estación de Pensilvania. Ahí va su propina.

Evie golpeteó la puerta con el llamador cobrizo en forma de cabeza de águila y esperó. Una placa colocada junto a las enormes puertas de roble del museo rezaba: AQUÍ DESCANSAN LAS ESPERANZAS Y LOS SUEÑOS DE UNA NACIÓN, CONSTRUIDOS SOBRE LAS ESPALDAS DE LOS HOMBRES Y ELEVADOS POR LAS ALAS DE LOS ÁNGELES. Pero ni hombres ni ángeles contestaron a su llamada, así que entró sin esperar respuesta. La entrada estaba ornamentada en exceso: suelos de mármol blanco y negro, paredes recubiertas con paneles de madera tenuemente iluminados por candelabros dorados. En las alturas, el techo azul pálido ostentaba un mural de ángeles que vigilaban un campo de soldados revolucionarios. El edificio olía a polvo y a viejo. Los tacones de Evie retumbaron sobre el mármol cuando avanzó por el largo vestíbulo.

—¿Hola? —llamó—. ¿Tío Will?

Una escalera ancha y tallada con esmero serpenteaba hasta un segundo descansillo iluminado por una gran vidriera y después continuaba zigzagueando hasta desaparecer de la vista. A la izquierda de Evie había una lóbrega sala de estar con las cortinas echadas. A la derecha, unas puertas correderas se abrían a un comedor enmohecido cuya larga mesa de madera y sus trece sillas cubiertas de damasco tenían aspecto de llevar años sin usarse.

—Por Dios. ¿Quién ha muerto? —murmuró Evie.

Continuó merodeando hasta llegar a una habitación alargada que albergaba una colección de objetos expuestos tras un cristal.

—El Museo de los Escalofríos, supongo.

Pasó de un expositor a otro leyendo las tarjetas mecanografiadas situadas debajo de ellos.

BOLSA DE GRISGRÍS Y MUÑECA DE VUDÚ,
NUEVA ORLEANS, LOUISIANA

FRAGMENTO DE HUESO DE UN TRABAJADOR DEL FERROCARRIL
Y REPUTADO HECHICERO CHINO, NORTE DE CALIFORNIA,
PERÍODO DE LA FIEBRE DEL ORO

BOLA DE CRISTAL UTILIZADA EN LAS SESIONES ESPIRITISTAS
DE LA SEÑORA BERNICE FOXWORTHY DURANTE EL PERÍODO
DEL ESPIRITUALISMO NORTEAMERICANO, C. 1848,
TROY, NUEVA YORK

TALISMÁN DE PROTECCIÓN OJIBWA,
REGIÓN DE LOS GRANDES LAGOS

TALLAS DE VUDÚ,
BATON ROUGE, LOUISIANA

HERRAMIENTAS Y LIBROS DE UN MASÓN, C. 1776,
FILADELFIA, PENNSILVANIA

Había una serie de fotografías espiritistas pobladas por figuras borrosas, etéreas como unas cortinas de encaje agitadas por el viento. Muñecos de trapo. El monigote de un ventrílocuo. Un grimorio con cubiertas de cuero. Libros sobre alquimia, astrología, numerología, hechizos, vudú, médiums y curanderos, y varios volúmenes de testimonios de apariciones fantasmagóricas en las Américas que comenzaban en la década de 1600.

El diario de Mercy Prowd, una de las brujas de Salem, descansaba abierto sobre una mesa. Evie ladeó la cabeza para intentar descifrar la letra manuscrita del siglo XVII. «Veo los espíritus de los muertos. Por eso me han tildado de bruja...».

—La colgaron. Solo tenía diecisiete años.

Evie se dio la vuelta, sobresaltada. El hombre que había hablado salió de entre las sombras. Era alto y tenía los hombros anchos y el pelo de un rubio ceniciento. Durante un instante, con la luz del viejo candelabro proyectándose sobre él, adquirió el aspecto de un ángel severo que hubiera cobrado vida y escapado de un cuadro renacentista.

—¿Qué delito cometió? —preguntó Evie, que ya había recuperado la voz—. ¿Convirtió la ginebra en agua?

—Era diferente. Ese fue su pecado. —Le tendió la mano y se la estrechó brevemente—. Soy Jericho Jones. Trabajo para su tío. Me pidió que le hiciera compañía mientras él imparte su clase.

Así que aquel era el famoso Jericho por el que Mabel estaba tan colada.

—¡Vaya, he oído hablar mucho de usted! —le espetó Evie. Mabel la mataría por ser tan indiscreta—. Es decir, tengo entendido que el tío Will estaría perdido sin... lo que quiera que sea que hace usted.

Jericho apartó la mirada.

—Lo dudo mucho. ¿Le gustaría ver el museo?

—Sería genial —mintió Evie.

Jericho la guio escaleras arriba y abajo y la invitó a entrar en habitaciones acotadas y enmohecidas que contenían más colecciones de reliquias aburridas y

polvorientas, mientras Evie se esforzaba por mantener una sonrisa educada en la cara.

—Y por último pero no por ello menos importante, este es el lugar en el que pasamos la mayor parte de nuestro tiempo: la biblioteca.

Jericho abrió un par de puertas corredizas de caoba y Evie dejó escapar un silbido. Nunca había visto una habitación como aquella. Era como si la hubieran trasladado hasta allí desde algún tenebroso castillo de cuento de hadas. Una enorme chimenea de piedra caliza ocupaba toda la pared del fondo. El mobiliario no era gran cosa: sillones de cuero marrón desgastados hasta dejar el relleno a la vista en algunos puntos y unas cuantas mesas viejas de madera, cada una de ellas provista de una lámpara de banquero que emitía un débil resplandor. En el segundo piso, una galería atestada de estantes rodeaba toda la habitación. Evie levantó la cabeza para contemplar el entorno. El techo tenía que estar a seis metros de altura, ¡y vaya techo! A lo largo de su superficie se desplegaba un panorama de la historia norteamericana: puritanos con sombreros negros que condenaban a un grupo de mujeres. Un chamán indio que contemplaba una hoguera con fijeza. Un curandero que sujetaba serpientes con una mano al tiempo que colocaba la otra sobre la frente de un hombre enfermo. Los padres fundadores, con sus pelucas grises, firmando la Declaración de Independencia. Una esclava que sostenía en alto una raíz de mandrágora. Varios ángeles y demonios pintados sobrevolaban las escenas históricas, vigilantes. A la espera.

—¿Qué le parece?

—Me parece que mi tío debería haber despedido a su decorador. —Evie se dejó caer sobre uno de los sillones y se ajustó la costura de las medias. Estaba impaciente por salir de allí y ver a Mabel y explorar la ciudad—. ¿Tardará mucho el tío Will?

Jericho se encogió de hombros. Se sentó sobre la mesa larga y sacó un libro de una pila alta.

—Esta es una excelente historia del misticismo del siglo XVIII en las colonias, si le apetece pasar el rato con un libro.

—No, gracias —contestó Evie, y tuvo que controlar el impulso de poner los ojos en blanco. No sabía qué veía Mabel en aquel chico. De lo que no cabía duda, era de que iba a costarle trabajo—. Oiga —Evie bajó la voz—, supongo que no llevará un traguito encima, ¿no?

—¿Un traguito? —repitió Jericho.

—Ya sabe... ¿Bebida? ¿Cócteles? ¿Aguardiente? —probó Evie—. ¿Ginebra?

—No.

—No soy exigente. El bourbon también me vale.

—No bebo.

—Entonces le debe de entrar una sed tremenda.

Evie se echó a reír. Jericho no.

—Bien, debería regresar al museo —dijo cuando ya se dirigía rápidamente hacia las puertas—. Póngase cómoda. Su tío se reunirá con usted en breve.

Evie se volvió hacia el oso pardo disecado que había junto a la chimenea.

—Supongo que usted tampoco tiene aguardiente, ¿verdad? ¿No? Quizá más tarde.

Aparte de Jericho, la chica no había visto ni un alma en el museo. Tenía hambre y sed, y se sentía un poco molesta porque la hubieran dejado sola sin que su tío le hubiera dicho siquiera hola. Si iba a vivir en Nueva York, tendría que empezar a valerse por sí misma.

Evie dio unas palmaditas sobre la piel apelmazada del oso.

—Lo siento, viejo amigo, te has quedado solo —dijo, y salió de la biblioteca en busca de algo de comer.

Oyó voces masculinas y siguió el rumor hasta llegar a una sala enorme, al fondo del museo, donde el tío Will, con unos pantalones grises, chaleco y corbata azules, y con las mangas recogidas hasta los codos, impartía una clase. Con los años, el pelo se le había oscurecido y se había tornado de un rubio sucio; además, lucía un fino bigote.

—La presencia del mal es un enigma que ha puesto a prueba las mentes de los filósofos y los teólogos por igual... —decía.

Evie se asomó desde la esquina para estudiar toda la sala. Una clase de universitarios tomaba notas de la clase de Will desde sus asientos.

—Esto ya me gusta más —susurró—. ¡Siento llegar tarde! —anunció mientras entraba despreocupadamente en la habitación.

Los universitarios volvieron las cabezas en dirección a Evie cuando la joven arrastró una silla por el suelo para unirse a ellos. El tío Will la observó por encima de sus gafas de carey redondas.

—Continúa, tío Will. No te preocupes por mí.

Evie se sentó en el borde de la silla junto a uno de los chicos e hizo cuanto estuvo en su mano por parecer interesada.

—Sí... —Durante un instante, la expresión desconcertada del tío Will amenazó con convertirse en permanente. Pero entonces recuperó el hilo de lo que estaba diciendo y comenzó a pasear por la sala con las manos a la espalda—. Como decía, ¿cómo se explica la presencia del mal?

Los alumnos se miraron los unos a los otros para ver quién respondía.

—El hombre hace el mal con sus decisiones —dijo alguien.

—Son Dios y el diablo, que se pelean. Al menos, eso es lo que dice la Biblia —argumentó otro chico.

—¿Cómo puede existir el diablo si existe Dios? —preguntó un alumno vestido con unos pantalones de golf—. Siempre me he hecho esa pregunta.

El tío Will agitó un dedo para señalar que aquello era algo importante.

—Ah, la teodicea.

—¿Es un cruce entre la teología y una odisea?

Will se permitió esbozar una pequeña sonrisa.

—No exactamente. La teodicea es una rama de la filosofía que se ocupa de la defensa de Dios ante la existencia del mal. Suscita un enigma: si Dios es una deidad omnisapiente, todopoderosa, ¿cómo puede permitir que exista el mal? O no es el dios omnipotente que nos han contado o, en efecto, es omnisapiente y todopoderoso y, además, cruel, porque permite que el mal exista y no hace nada para detenerlo.

—Bueno, eso explica, sin duda, la ley seca —bromeó Evie.

Los universitarios se rieron con ganas. El tío Will volvió a mirar a Evie como si fuera un asunto que aún tuviera que clasificar.

—Cualquier mundo bueno nos permitiría tener libre albedrío, ¿verdad? —continuó—. ¿Estamos de acuerdo en este punto? Pero, en cuanto los humanos comienzan a poseer libre albedrío, también adquieren la capacidad de tomar decisiones... y de hacer el mal. Así, esa cosa tan buena, el libre albedrío, permite la posibilidad de que el mal penetre en nuestro buen mundo. —La sala estaba en silencio—. Algo sobre lo que reflexionar. Pero, si retomamos nuestro debate anterior... —Los chicos se enderezaron en sus asientos, listos para tomar notas, y Will continuó paseando y hablando—: Estados Unidos tiene una rica historia de creencias, un tapiz tejido por hilos de culturas diferentes. Nuestra historia está repleta de elementos propios de lo sobrenatural, lo inexplicado, lo místico. Los primeros colonos vinieron en busca de libertad religiosa. Los inmigrantes que los siguieron introdujeron sus esperanzas y miedos, desde la leyenda vampírica de la Europa del Este hasta los «fantasmas hambrientos» de China. Los americanos oriundos creían en los chamanes y los espíritus. Los esclavos del África Occidental y del Caribe, despojados de cuanto tenían, aún llevaban consigo sus costumbres y creencias. No somos únicamente un crisol de culturas, sino también de espíritus y supersticiones. ¿Sí?

Un chico con un blazer azul marino levantó la mano.

—¿Usted cree en lo sobrenatural, doctor Fitzgerald?

—Ah. Parecería ilógico, ¿no es así? Al fin y al cabo, vivimos en la edad moderna. Ya es bastante difícil hacer que la gente crea siquiera en el metodismo. —Will sonrió y los alumnos soltaron unas risitas—. Y, sin embargo, existen los misterios. ¿Cómo se explican las historias de las personas que demuestran poderes inusuales?

Evie sintió un escalofrío que le recorrió la espalda de arriba abajo.

—¿Poderes? —repitió un chico con un tono de escepticismo rayano en el desdén.

—La gente que asegura que es capaz de hablar con los muertos, como los videntes o los médiums espirituales. La gente que dice que les han curado mediante la imposición de manos. Los que pueden atisbar el futuro o adivinar una carta antes de

que se juegue. Las crónicas tempranas de las Américas hablan de guías espirituales indios. Los puritanos conocían la magia y el curanderismo. Y durante la Revolución americana, Benjamin Franklin escribió acerca de sueños proféticos que influyeron en el desarrollo de la guerra y dieron forma a la nación. ¿Qué me dice de eso?

—Esa gente necesita los servicios de un psiquiatra... Aunque haré una excepción con el señor Franklin.

Otra ronda de carcajadas siguió al comentario del muchacho, y Evie se sumó a ella, pese a que aún estaba consternada. El tío Will esperó a que las risas disminuyeran.

—Este mismo museo, como puede que ya sepan, fue erigido por Cornelius Rathbone, que amasó su fortuna construyendo ferrocarriles. ¿Cómo supo que se acercaba la era del acero? —Will se detuvo ante el atril y esperó. Como nadie contestó, reanudó sus paseos con las manos a la espalda—. Él aseguraba que lo sabía debido a las visiones proféticas de su hermana, Liberty Anne. Cuando Cornelius y Liberty eran pequeños, pasaban horas en los bosques entretenidos con todo tipo de juegos. Un día, Liberty entró en el bosque y estuvo desaparecida durante dos días. Los hombres del pueblo la buscaron, pero fueron incapaces de encontrar ni en el más mínimo rastro de la muchacha. Cuando al fin reapareció, el pelo se le había puesto completamente blanco. Solo tenía once años. Liberty Anne explicó que había conocido a un hombre en el bosque, «un hombre extraño y alto, delgado como un espantapájaros, con un sombrero de copa y cuyo abrigo se abría para mostrar las maravillas y miedos del mundo». Cogió unas fiebres. Mandaron llamar al doctor, pero no pudo hacer nada por ella. Durante el mes siguiente, Liberty estuvo sumida en un trance onírico, vomitando profecías que su preocupado hermano transcribía en su diario. Aquellos augurios fueron asombrosamente precisos. La niña aseguró ver «que nos arrebataban al gran hombre de Illinois mientras visitaba a nuestro primo americano», una referencia al asesinato del presidente Lincoln en el palco del Teatro de Ford mientras presenciaba una producción de la obra *Nuestro primo americano*. Habló de «un gran dragón de acero serpenteando sobre la tierra y escupiendo humo negro», cosa que la mayoría cree que significa el Ferrocarril Transcontinental. Predijo la Proclamación de Emancipación, la Gran Guerra, la Revolución bolchevique y la invención del automóvil y el aeroplano. Incluso habló de la caída de nuestros bancos y el consecuente colapso de nuestra economía.

—Está claro que no podía verlo todo —intervino el joven de los pantalones de golf—. Eso no ocurrirá jamás.

Will golpeó el escritorio con los nudillos.

—Toquemos madera, como suele decirse. —El profesor sonrió y los alumnos se echaron a reír ante su broma supersticiosa. El tío Will comenzó a jugar con un encendedor de plata, dándole la vuelta una y otra vez, pasando el pulgar de vez en

cuando sobre la rueda de pedernal para que soltara chispas—. Liberty Anne murió un mes después del día en que regresó de los bosques. Hacia el final, sus profecías se volvieron bastante oscuras. Mencionaba una «tormenta cercana», un período traicionero durante el que se necesitaría a los Adivinos.

—¿Los Adivinos? —repitió Evie.

—Ese era el nombre que le daba a la gente que tenía poderes como los suyos.

—¿Y qué harían esos Adivinos? —quiso saber el alumno de los pantalones de golf.

Will se encogió de hombros.

—Si Liberty Anne lo sabía, no lo dijo. Murió poco después de hacer la profecía, y su hermano, Cornelius, quedó desconsolado. Se obsesionó con el bien y el mal, y con la idea de que los fantasmas acechaban este país. Con que había algo más allá de lo que vemos. Empleó toda su vida, y su fortuna, en intentar demostrarlo.

Los chicos se sumergieron en una discusión acalorada hasta que uno de ellos vociferó por encima de los demás:

—Sí, pero, profesor, ¿usted cree de verdad que hay otro mundo más allá de este y que las entidades de ese otro mundo pueden actuar para ayudarnos o lastimarnos? ¿Cree que nuestras acciones aquí, buenas o malas, son capaces de crear un mal externo? ¿Cree que hay fantasmas, demonios y Adivinos entre nosotros?

El tío Will se sacó un paño del bolsillo y se limpió las lentes de las gafas.

—«Hay más cosas entre el cielo y la tierra, Horacio, de las que sospecha tu filosofía» —contestó el profesor mientras volvía a ponerse las gafas sobre las orejas—. Esa cita es de William Shakespeare, que parecía saber un par de cosas tanto sobre la humanidad como sobre lo sobrenatural. Pero, para su examen, necesitarán saber los siguientes datos concretos...

Los universitarios se quejaron cuando Will empezó a lanzar una vertiginosa plétora de información y sus lápices tuvieron que esforzarse para seguirle el ritmo.

Evie se escabulló y fue a esperar a Will en su despacho. El tictac del reloj que descansaba sobre la chimenea le hizo compañía mientras echaba un vistazo a su alrededor. El escritorio de su tío estaba inundado de recortes de periódico y arriesgadas pilas de libros. Aburrida, Evie hojeó los recortes de periódico. Eran noticias procedentes de pequeñas ciudades de todo el país, acerca de visiones fantasmagóricas, espectros e incidentes tan extraños como la aparición de un familiar muerto en su silla favorita durante unos instantes o la de unos perros «demoníacos» de ojos rojos que asustaron al vigilante de un vertedero al norte del estado de Nueva York. Algunos de los recortes eran de hacía dos o tres años, pero la mayor parte eran recientes, del último año. Evie comenzó a leer un artículo sobre una chica que aseguraba ser capaz de hablar con los muertos y que había recibido una advertencia por parte de los «espíritus buenos» acerca de los problemas que se avecinaban.

Acababa de llegar al párrafo que narraba la repentina desaparición de la joven cuando el tío Will anunció su presencia aclarándose la garganta con suavidad.

Evie dejó los recortes a un lado.

—Hola, tío.

—Ese es mi escritorio.

—En efecto —repuso Evie alegremente—. Y muy bien ordenado que está, por cierto.

—Sí. Bueno. Supongo que no pasa nada por esta vez —murmuró el tío Will. Sacó un cigarrillo de una pequeña caja de plata que llevaba en el bolsillo de la camisa—. Tienes buen aspecto. —Encendió el cigarro e inhaló profundamente—. ¿Te ha enseñado Jericho el museo?

—Sí, lo ha hecho. Es muy... interesante.

—¿Has tenido un buen viaje?

—Genial, aunque me han robado en la estación de Pensilvania —dijo Evie, y de inmediato deseó no haberlo hecho.

¿Y si Will decidía que no era capaz de cuidar de sí misma y la enviaba de vuelta a Ohio?

El tío Will enarcó una ceja.

—¿De verdad?

—Un odioso jovencito llamado Sam Lloyd. Bueno, ese es el nombre que me dio antes de besarme y robarme mis veinte dólares.

Will entrecerró los ojos.

—¿Que hizo qué?

—Pero no te preocupes. Sé cuidarme sola. Si vuelvo a ver a ese tipo en alguna ocasión, deseará no haberse metido nunca conmigo —aseguró Evie.

Su tío expulsó una voluta de humo. Quedó pesadamente suspendida en el aire.

—Tu madre me ha dicho que estabas metida en un lío. Que habías cometido una travesura.

—Una travesura —masculló Evie.

—¿Y vas a quedarte hasta octubre?

—Diciembre, si es posible. Hasta que las cosas se aclaren por allí.

—Ah. —La expresión de Will se ensombreció—. Tu madre quería matricularte en la Escuela para Chicas Sarah Snidewell pero, como en estos momentos, no hay ninguna plaza disponible, la responsabilidad de tu escolarización, al parecer, recae sobre mí. Te proporcionaré libros y, por supuesto, puedes asistir a mis clases. Te sugiero que te sirvas de los muchos museos y clases de nuestra Sociedad para la Cultura Ética y demás.

Evie cayó en la cuenta de que la habían liberado del tedio de la escuela. El día no paraba de mejorar.

El tío Will ojeó distraídamente un libro.

—Tienes diecisiete años, ¿no es así?

—Según mi último cumpleaños.

—Bien. Lo cierto es que con diecisiete eres lo bastante mayor como para hacer más o menos lo que te plazca. No te ataré corto, siempre y cuando no te metas en líos. ¿Aceptas el trato?

—Acepto —respondió Evie, atónita—. ¿Seguro que estás emparentado con mi madre? ¿No habría una confusión en el hospital al nacer?

La sonrisa de Will titiló durante un instante y después desapareció.

—Tu madre no se ha recuperado del todo de la muerte de tu hermano.

—Ella no es la única que echa de menos a James.

—Para ella es distinto.

—Eso dicen. —Evie se tragó la rabia—. Eso sobre lo que estabas hablando ahí dentro... la gente que puede ver el futuro o... —respiró hondo— leer objetos. Adivinos. ¿Conoces a alguien así?

—No, personalmente no. ¿Por qué lo preguntas?

—Ah, por nada —repuso Evie con rapidez—. Supongo que si hubiera Adivinos, saldrían en todos los periódicos y en la radio, ¿no?

—O, si la historia es síntoma de algo, los quemarían en la hoguera. —Will hizo un gesto hacia las muchas librerías que los rodeaban—. Tenemos toda una biblioteca dedicada a tales historias, si es que te apetece leer más acerca de las creencias sobrenaturales de Norteamérica. —Apagó el cigarrillo en un cenicero a punto de desbordarse—. Me temo que se me está haciendo tarde, y estoy seguro de que te gustaría deshacer las maletas y refrescarte tras el viaje. El Bennington no está lejos de aquí... diez manzanas. ¿Le pido a Jericho que te acompañe?

—No —contestó Evie. Lo más probable era que hasta un paseo de diez manzanas con el estoico Jericho resultara dolorosamente aburrido—. Estaré genial por mi cuenta.

—¿Perdona?

—Genial. Estupenda. Eh... bien. Estaré bien. Iré a ver a Mabel. ¿Te acuerdas de Mabel Rose? ¿Mi amiga por correspondencia?

—Ajá —contestó Will, distraído con otro libro—. Muy bien. Aquí tienes tu llave. Hay un comedor justo al lado del vestíbulo del Bennington. Ve a por algo de comer y pídeles que lo apunten en mi cuenta. Jericho y yo deberíamos llegar a casa sobre las seis y media como muy tarde.

Evie se guardó la llave en el bolso de mano. En Zenith no tenía su propia llave; sus padres controlaban todos y cada uno de sus movimientos. Las cosas serían diferentes en Nueva York. Las cosas serían perfectas. Fue a darle un abrazo al tío Will, que estiró la mano para que se la estrechara.

—Bienvenida a Nueva York, Evie.

NO ES MÁS QUE EL BENNINGTON, QUERIDA

—¡Mabel! —Evie abrazó a su amiga y se puso a bailar el vals con ella alrededor del vestíbulo del Bennington, lo cual atrajo las miradas de los residentes del edificio de apartamentos—. ¡Oh, cómo me alegro de verte!

—¡Caramba, cómo has cambiado! —exclamó Mabel mientras admiraba el estiloso peinado corto y rizado de Evie y su atuendo a lo *flapper*, un vestido náutico de cintura baja y el abrigo rojo con su capita bordada con amapolas sobre los hombros.

—Tú no. Sigues siendo la misma Mabel de siempre. ¡Deja que te mire! —Con un gesto dramático, Evie dio un paso atrás para estudiar el vestido pardusco y ancho de Mabel, cuyo bajo sobrepasaba con creces las rodillas de la chica. Era fúnebre. De hecho, era un vestido que necesitaba un buen entierro—. Mabel, ¿todavía no te has cortado el pelo a lo bob?

La joven se pasó la mano sobre los rizos largos, espesos y cobrizos que llevaba ligeramente enroscados y recogidos en la nuca.

—Estoy ejerciendo mi individualidad.

—De eso no cabe duda. Al igual que el viejo Bennington.

Evie soltó un silbido que sobresaltó a un hombre que recogía su correo de los buzones de latón empotrados en la pared.

El Bennington poseía la belleza gastada de un edificio que antaño estuvo de moda. Los suelos de mármol tenían las esquinas desconchadas, el mobiliario estaba raído y la pintura decolorada, pero, para Evie, aquellas particularidades tan solo conseguían dotarlo de mayor encanto.

—Hogar, dulce hogar —comentó Mabel.

—¿Te lo puedes creer? Tú, yo y Manhattan. ¡Seremos las reinas de la ciudad!

Cuando Evie comenzó a exponer sus planes, que empezaban con una salida de compras a Bergdorf, una chica absolutamente deslumbrante entró en el vestíbulo. Llevaba un pijama de hombre debajo de una bata de seda azul también masculina y el pelo, negrísimo, cortado a lo bob por encima de la nuca y con flequillo. Sus ojos oscuros estaban manchados con restos de la máscara de pestañas y el lápiz de ojos de la noche anterior. Del cuello le colgaba una máscara de dormir de seda.

—¿Quién es esa? —susurró Evie.

—Esa es Zeta Knight. Es una chica Ziegfeld

—Por los clavos de Cristo. ¿Es amiga tuya?

Mabel negó con la cabeza.

—Me aterroriza. Nunca he conseguido reunir el valor de decirle más que «Hola» y «¿No hace un día bonito?». Vive aquí con su hermano. —Mabel esbozó un mohín de complicidad con los labios—. Bueno, ella dice que es su hermano. No se parecen

en nada.

—¿Es su amante? —murmuró Evie, emocionada.

Mabel se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo yo?

—Ha llegado esto para usted, señorita Knight.

El portero le entregó una docena de rosas rojas con el tallo largo. Zeta reprimió un bostezo mientras rasgaba el sobre que contenía la tarjeta.

—«Una rosa para una rosa. Con mi más profundo afecto, Clarence M. Potts». ¡Ostras, tío! —Zeta le devolvió las flores con brusquedad—. Dáselas a tu chica, Eddie. Pero tira la tarjeta, o te buscarás un buen lío.

—Eh, no puedes tirar esas rosas sin más. ¡Son la pera! —saltó Evie.

Zeta la miró con los ojos entornados.

—¿Estas flores? Son del escalofriante señor Potts. Tiene cuarenta y ocho años y ya va por la cuarta esposa. Yo solo tengo diecisiete, y ningunas ganas de caminar hacia el altar y convertirme en la esposa número cinco. Conozco a muchas coristas que se dedican a cazar fortunas, pero yo no, hermana. Yo tengo planes. —Le hizo un gesto con la cabeza a Mabel—. Hola. Madge, ¿verdad?

—Mabel. Mabel Rose.

—Encantada de conocerte, Mabel. —Zeta clavó su mirada líquida en Evie—. ¿Y tú eres...?

—Evangeline O'Neill. Pero todo el mundo me llama Evie.

—Zeta Knight. Puedes llamarme como quieras... pero no antes del mediodía. —Se sacó un cigarrillo del bolsillo del pijama y esperó a que el portero se lo encendiera, cosa que el hombre hizo de inmediato—. Gracias, Eddie.

—Evie ha venido a pasar una temporada con su tío, el señor Fitzgerald —le explicó Mabel—. Es de Ohio.

—Lo siento —dijo Zeta con ironía.

—Y que lo digas... ¿Tú eres de Nueva York?

Zeta enarcó una ceja fina como un hilo.

—En Nueva York todo el mundo es de algún otro lugar.

Evie decidió que le caía bien Zeta. Era difícil no dejarse atrapar por su glamour. En Ohio jamás había conocido a nadie que viviera como le diese la gana, llevara pijamas de seda masculinos en un vestíbulo público y tirase una docena de rosas como si fueran un vaso de la máquina de café.

—¿Es verdad que eres una chica Ziegfeld?

—Culpable.

—¡Eso debe de ser terriblemente emocionante!

—Es una forma de ganarse la vida —contestó Zeta tras una cortina de humo—. Deberías venir a ver el espectáculo alguna noche.

Evie se entusiasmó con solo pensarlo. ¡Un espectáculo Ziegfeld!

—Me encantaría.

—Genial. Decid qué noche queréis ir y os reservaré un par de entradas para las dos. Bueno, me encantaría quedarme y seguir de cháchara, pero si quiero estar a tope luego tengo que echarme un sueño reparador. Ha sido estupendo conocerte, Evil^[3].

—Me llamo Evie.

—Ya no —dijo Zeta por encima del hombro cuando ya desaparecía en el interior del ascensor.



—No me puedo creer que estés aquí de verdad —dijo Mabel. Evie y ella estaban sentadas en el desvencijado comedor del Bennington tomándose un par de sándwiches club y unas coca-colas—. ¿Qué has hecho para que te hayan echado de Ohio a tal velocidad?

Evie jugueteó con el hielo de su vaso.

—¿Te acuerdas de ese pequeño truco del que te hablé hace unos cuantos meses? Pues... —Evie le contó a Mabel la historia del anillo de Harold Brodie—. Y lo más terrible es que tengo razón, pero resulta que es él quien aparenta ser la parte agraviada, ¡qué hipócrita!

—Cielo santo —dijo Mabel.

Evie estudió el rostro de su amiga con detenimiento.

—Oh, Mablesie. Tú me crees, ¿verdad?

—Claro que sí.

—¿Y no piensas que sea una especie de atracción de feria?

—Jamás pensaría algo así. —Mabel hizo girar el hielo en el interior de su vaso, pensativa—. Pero me preguntó por qué has adquirido esa habilidad de repente. No te habrás caído y golpeado la cabeza o algo así, ¿no?

Evie enarcó una ceja.

—Gracias.

—¡No quería ofenderte! Solo es que se me ha ocurrido que quizás haya algún motivo médico. Una razón científica —repuso Mabel a toda prisa—. ¿Se lo has contado a tu tío?

Evie sacudió la cabeza en un enfático gesto de negación.

—No pienso levantar la liebre. Me va genial con mi tío, y quiero que siga así.

Mabel se mordió el labio.

—¿Y has conocido a Jericho?

—Sí, en efecto —contestó Evie, y se terminó su coca-cola.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Mabel tras inclinarse hacia ella.

—Es muy... recto.

Mabel dejó escapar un gritito.

—¿No es guapísimo?

Evie pensó en el Jericho que acababa de conocer: el Jericho callado, serio, sobrio. No tenía nada que pudiera calificarse de seductor.

—A ti te lo parece, y eso es lo que importa. Y ¿qué has hecho respecto a este asunto?

—Bueno..., el viernes pasado, cuando los dos estábamos junto a los buzones...

—¿Sí?

Evie movió las cejas insinuantemente.

—Me puse muy cerca de él...

—Ajá.

—Y le dije, así, sin más: «Qué día más bonito, ¿verdad?».

—¿Y?

—Y eso fue todo. Bueno, me contestó que sí. Así que ambos estuvimos de acuerdo respecto al clima.

Evie se dejó caer contra el respaldo de la banqueta.

—Por Dios santo. Es como una fiesta sin confeti. Lo que necesitamos es un plan, vieja amiga. Un ataque romántico de proporciones épicas. ¡Sacudiremos las murallas de Jericho! Ese chaval no sabrá por dónde le ha llegado la ofensiva.

Mabel se animó.

—¡Genial! ¿Cuál es el plan?

Evie se encogió de hombros.

—Ni idea. Solo sé que necesitamos planear algo.

—Ah —dijo Mabel.

—Eh, Mabiesie, cariño. No te preocupes por eso. Ya se me ocurrirá algo. Entretanto, saldremos de compras, iremos a ver a Zeta actuar en un espectáculo... Seguro que ella sabe todos los sitios que hay que visitar. Y bailaremos el charlestón hasta caernos de cansancio. ¡Vamos a vivir, muchacha! Pretendo convertir estos cuatro meses en los más emocionantes de nuestra vida. Y, si juego bien mis cartas, me quedará más tiempo. —Evie bailó sin levantarse—. Bueno, ¿y dónde están tus padres?

Mabel se sonrojó.

—Ah, hay una reunión por el recurso de los anarquistas Sacco y Vanzetti en el centro. Mi madre y mi padre representan a *The Proletariat* —contestó, y aquello le recordó a Evie el nombre del periódico socialista que dirigían y distribuían los padres de Mabel—. Yo habría ido, pero, bueno, ¡no podía no verte en tu primera noche en la ciudad!

—Vale, entonces supongo que los veré mañana.

El rostro de Mabel se ensombreció. Sacudió la cabeza.

—Mi madre irá a dar un discurso al sindicato de trabajadoras del textil. Y papá tiene que encargarse del periódico. Trabajan mucho para mucha gente.

Las cartas de Mabel estaban plagadas de historias de los esfuerzos militantes de sus padres en la ciudad. Estaba claro que se sentía muy orgullosa de ellos. Y también estaba claro que sus causas les dejaban poco tiempo y energía para su hija.

Evie le dio unas palmaditas a Mabel en la mano.

—No pasa nada. Los padres son un estorbo. Mi madre está imposible desde que enfermó.

Mabel pareció afectada.

—Vaya, querida. ¿Qué tiene?

Una lenta sonrisa curvó las comisuras de los labios de Evie.

—Abstinencia. Aguda.

Las carcajadas de las chicas se vieron interrumpidas por dos señoras mayores que se acercaron a ellas.

—Las damas jóvenes no deben comportarse así en el ámbito social, señorita Rose. Esta conmoción es de lo más indecorosa.

—Sí, señorita Proctor —contestó Mabel, avergonzada. Evie hizo una mueca que solo su amiga pudo ver, y esta tuvo que morderse el labio para evitar estallar de nuevo en carcajadas—. Señorita Lillian, señorita Adelaide, permitan que les presente a la señorita Evie O'Neill. La señorita O'Neill ha venido a pasar una temporada con su tío, el señor Fitzgerald.

Bajo la mesa, Mabel le pisó un pie a Evie en señal de advertencia.

La señorita Lillian sonrió.

—Oh, qué encantadora. Y qué carita más dulce. ¿No tiene una carita de lo más dulce, Addie?

—Sin duda, muy dulce.

Las señoritas Proctor llevaban el pelo largo y gris rizado a la manera de las colegialas de principios de siglo. El efecto que producía aquello era extraño y desconcertante, como si fueran muñecas de porcelana que hubiesen envejecido y se hubieran llenado de arrugas.

—Bienvenida al Bennington. Es un lugar grandioso y antiguo. Antiguamente, era considerado uno de los mejores edificios de la ciudad —prosiguió la señorita Lillian.

—Está genial. Eh... encantador. Un lugar encantador.

—Sí. Es posible que a veces oiga ruidos extraños por la noche. Pero no debe asustarse. Esta ciudad tiene sus fantasmas, ya sabe.

—Eso ocurre en todos los buenos lugares —repuso Evie con fingida seriedad.

Mabel se atragantó con su coca-cola, pero la señorita Lillian no le prestó atención.

—En el siglo XVII, este terreno acogía a los que estaban aquejados de la fiebre. Aquellas pobres almas trágicas gemían en sus tiendas, amarillentos y ensangrentados,

¡con vómitos tan negros como la noche!

Evie apartó su sándwich.

—Qué horriblemente fascinante. Justo ahora le estaba comentando a Mabel, a la señorita Rose, que no se habla lo suficiente sobre los vómitos negros.

Bajo la mesa, el pie de Mabel amenazaba con aplastar el de Evie contra el suelo.

—Después de los tiempos de la fiebre, enterraron a los indigentes y a los perturbados mentales aquí —continuó la señorita Lillian como si no hubiera oído el comentario—. Los exhumaron antes de que se construyera el Bennington, por supuesto... O eso dijeron. Aunque, si quiere saber mi opinión, no sé cómo podrían haber encontrado todos aquellos cadáveres.

—En efecto, los cadáveres dan mucha guerra —dijo Evie con un suspiro, y Mabel tuvo que volver la cabeza para no echarse a reír.

—Sin duda —cloqueó la señorita Lillian—. Cuando se construyó el Bennington, en 1872, se rumoreó que el arquitecto, que procedía de una larga estirpe de brujas, diseñó el edificio siguiendo antiguos principios ocultistas, de manera que siempre sería una especie de imán para lo ultramundano. Así que, como le he dicho, no preste ninguna atención a los ruidos o visiones extrañas que pueda experimentar. No es más que el Bennington, querida.

La señorita Lillian intentó esbozar una sonrisa. Una mancha de carmín rojo le marcaba los dientes como si fuera sangre. A su lado, la señorita Addie sonreía mirando al horizonte y asentía como si saludara a unos invitados invisibles.

—Por favor, discúlpennos, pero debemos retirarnos —anunció la señorita Lillian—. Esperamos compañía dentro de poco, y debemos prepararnos. Nos hará el honor de visitarnos una noche, ¿verdad?

—¿Cómo podría no hacerlo? —contestó Evie.

La señorita Addie se volvió repentinamente hacia Evie, como si acabara de verla de verdad por primera vez. Su expresión era sombría.

—Usted es una de ellos, ¿no es así, querida?

—La señorita O'Neill es la sobrina del señor Fitzgerald —apuntó Mabel.

—No. Una de ellos —repitió la señorita Addie con un susurro urgente que hizo que un escalofrío le recorriera la espalda a Evie.

—Venga, venga, Addie, dejemos cenar a estas chicas. Tenemos trabajo. *Adieu!*

Las hermanas Proctor apenas habían salido del comedor cuando Mabel prorrumpió en carcajadas.

—«Tras la fiebre, llegaron los indigentes» —la imitó aún entre risas.

—¿Qué crees que quería decir, con eso de «Es una de ellos»? ¿Les dice eso a todas las personas que conoce? —preguntó Evie con la esperanza de no aparentar tanta inquietud como sentía.

Mabel se encogió de hombros.

—A veces la señorita Addie merodea por los descansillos en camisón. Mi padre ha tenido que llevarla de vuelta a su piso en varias ocasiones. —Mabel se dio unos golpecitos en la sien con el dedo índice—. No está muy bien de aquí. Probablemente se refería a que eres una de esas *flappers* y no lo aprueba —bromeó agitando el dedo como una vieja institutriz—. Oh, lo cierto es que esta va a ser la mejor época de nuestra vida, ¿no es así? —comentó con tal entusiasmo que Evie se quitó inmediatamente de la cabeza el molesto comentario de la señorita Addie.

—¡To-tal-men-te! —exclamó Evie, y levantó su vaso—. ¡Por el Bennington y sus fantasmas!

—¡Por nosotras! —añadió Mabel.

Y entrechocaron sus vasos por el futuro.

Las dos amigas pasaron la tarde poniéndose al día, y cuando Evie volvió al apartamento de su tío ya eran casi las siete y Will y Jericho habían regresado. El apartamento era más grande de lo que recordaba, y sorprendentemente acogedor para ser un piso de soltero. Un enorme ventanal daba a la arbolada belleza de Central Park. Un canapé y dos sillas flanqueaban un enorme mueble que contenía una radio, y Evie emitió un suspiro de alivio. Había una pequeña cocina muy pulcra, con aspecto de ser utilizada en raras ocasiones. El baño ostentaba una bañera perfecta para sumergirse en ella, pero carecía de hasta los lujos más simples. Evie se encargaría de solucionarlo pronto. Tres habitaciones y un despacho no muy grande completaban la vivienda. Jericho la acompañó hasta una habitación estrecha con una cama, un escritorio y un armario con cajonera. La cama crujía, pero era cómoda.

—Eso lleva al tejado —dijo Jericho apuntando hacia la escalera de incendios que había al otro lado de su ventana—. Desde ahí arriba puede ver la mayor parte de la ciudad.

—Ah —logró contestar Evie—. Genial.

Pretendía hacer algo más que contemplar la ciudad desde el tejado. La exploraría a fondo. Su equipaje ya había llegado, así que deshizo las maletas y llenó los cajones vacíos y el armario con sus medias de colores, sombreros, guantes, vestidos y abrigos. Colgó de los postes de la cama sus largos collares de perlas. Lo único que no guardó fue el colgante con la moneda de James. Cuando hubo terminado, se sentó con Jericho y el tío Will en la sala mientras los hombres terminaban su cena, compuesta de unos sándwiches fríos envueltos en papel encerado que habían comprado en la tienda de comestibles de la esquina.

—¿Cómo llegó a convertirse en empleado de mi tío? —le preguntó a Jericho con teatral seriedad. El joven miró al tío Will, que tenía la boca llena. Ninguno de ellos pronunció palabra—. Bueno, es todo un misterio, supongo —prosiguió Evie—. ¿Dónde está Agatha Christie cuando la necesitas? Me veré obligada a inventarme historias sobre usted. Veamos... usted, Jericho, es un duque que ha renunciado a su

ducado (qué palabra más divertida, «ducado») y el tío le está ocultando de las fuerzas hostiles de su país nativo, que quieren su cabeza.

—Su tío fue mi tutor legal hasta que cumplí los dieciocho este año. Ahora trabajo para él, como ayudante de conservador.

Los hombres continuaron comiéndose sus sándwiches, sin satisfacer la curiosidad de Evie.

—Vale. Seguiré preguntando. ¿Cómo se convirtió el tío...?

—¿Tienes que llamarme así?

Evie reflexionó sobre ello.

—Sí. Creo que sí. ¿Cómo se convirtió el tío en su tutor?

—Jericho era un huérfano del Hospital de Niños.

—Vaya, lo siento. Pero ¿cómo...?

—Creo que la pregunta ya ha recibido respuesta —dijo el tío Will—. Si Jericho desea contarte más, lo hará como y cuando le plazca.

Evie quiso replicarle, pero era su invitada, así que cambió de tema.

—¿El museo siempre está así de vacío?

—¿Qué quieres decir? —preguntó el tío Will.

—Vacío, desprovisto de seres humanos.

—Últimamente hay poco movimiento.

—¿Poco movimiento? ¡Parece un mortuorio! Necesitas que vaya gente, o se irá a pique. Necesitamos un poco de publicidad.

Will la miró con suspicacia.

—¿Publicidad?

—Sí. Has oído hablar de ella, ¿verdad? Un invento moderno genial. Hace saber a la gente qué necesitan. Jabón, carmín, radios... o tu museo, por ejemplo. Podríamos empezar con un eslogan pegadizo, como «El Museo del Folclore Norteamericano, la Superstición y el Ocultismo... ¡Tenemos espíritu!».

—Las cosas están bien como están —repuso Will como si aquello zanjara el asunto.

Evie soltó un silbido.

—No por lo que yo he visto. ¿Es cierto que el ayuntamiento está intentando quitártelo por ir retrasado con los impuestos?

Will la miró por encima de las gafas, que se le habían resbalado por la nariz.

—¿Quién te ha contado eso?

—El taxista. También me ha explicado que fuiste objetor, y probablemente bolchevique. No es que me importe. Tan solo se me ha ocurrido que podría ayudarte a arreglarlo un poco. A atraer a unas cuantas almas. A forrarte.

Jericho miró primero a Will y luego a Evie solo para volver a desviar la mirada hacia Will. Se aclaró la garganta.

—¿Les importa si pongo la radio?

—Por favor —contestó su jefe.

La voz del locutor susurró a través de los cables: «Y, ahora, la Orquesta Paul Whiteman interpretando *Wang Wang Blues*».

El conjunto atacó una melodía alegre y Evie comenzó a tararearla.

LA CIUDAD DE LOS SUEÑOS

La chica estaba agotada y enfadada. Durante setenta y ocho horas seguidas, ella y su novio, Jacek, se habían afanado en la maratón de baile con la esperanza de ganar el gran premio, pero al final Jacek se había quedado dormido y casi la tira al suelo. El maestro de ceremonias les había dado una palmadita en el hombro para indicarles el final de su participación en el concurso y, con él, de sus sueños.

—¿Por qué has tenido que quedarte dormido, pedazo de vago?

La joven le dio un puñetazo en el brazo a su novio cuando abandonaron el concurso y él se tambaleó, apenas capaz de mantenerse despierto.

—¿Yo? He tenido que mantenerte en pie cuatro veces. Y no dejabas de pisarme con esas góndolas que tienes por pies.

—¡Góndolas!

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Le dio la espalda y tropezó, exhausta por el esfuerzo.

—Venga, Ruta. No seas así. Vámonos a casa.

—No pienso ir a ninguna parte contigo. Eres un holgazán.

—No lo dices en serio. Ven. Siéntate conmigo en este escalón. Cogemos el tren por la mañana.

El agotamiento que había combatido durante tanto tiempo la conquistó finalmente.

—No voy a volver así, ¡todo el mundo se reirá de nosotros como si yo no fuera nada especial y no fuese a serlo jamás! —medio sollozó. Pero Jacek no la oyó. Ya se había quedado dormido en el escalón de entrada de una pensión de mala muerte—. ¡Por mí puedes quedarte a vivir ahí! —gritó la chica.

Las vías de la línea elevada de la Tercera Avenida formaban una jaula sobre la cabeza de Ruta cuando caminaba hacia el sur por el Bowery en busca de una entrada al tren donde no hubiera vagabundos tumbados sobre las raquílicas escaleras, esperando sin más. Con cada paso exhausto, sentía la amarga decepción de volver con las manos vacías a Greenpoint, Brooklyn, donde su familia vivía en un apartamento de dos habitaciones, en un edificio medio desmoronado, en una calle donde casi todo el mundo hablaba polaco y los viejos fumaban cigarrillos ante los escaparates encortinados con gruesas tiras de *kielbasa*. Estaba a un mundo de distancia de las luces brillantes de Manhattan. Miró hacia el norte, hacia el resplandor distante y difuso de Park Avenue, donde vivía la gente rica. Ella tan solo quería su parte de todo aquello. Nada de seguir contestando la centralita telefónica en un despacho de abogados de segunda categoría todos los días, ganando apenas lo suficiente para ir al cine. Ruta tenía diecinueve años, y lo que mejor conocía era el anhelo: un constante deseo por la buena vida que veía a su alrededor.

Ruta Badowski. Ruta. Odiaba aquel nombre. Era demasiado polaco, sus padres lo habían llevado hasta allí, pero ella había nacido allí, en Brooklyn, Nueva York, Estados Unidos. Se cambiaría el nombre por algo más estadounidense, como Ruthie o Ruby. Ruby estaba bien. Ruby... Bates. Mañana, Ruta Badowski dejaría su trabajo en la centralita y Ruby Bates cogería el autobús hasta el teatro del señor Ziegfeld y se presentaría a una audición para ser corista. Un día, su nombre aparecería iluminado, y Jacek y los demás podrían verla desde las localidades baratas e irse a freír espárragos.

—Buenas noches.

Ruta ahogó un grito; la voz la había sobresaltado. Atisbó en la oscuridad.

—¿Quién hay ahí? Más le vale perderse. Mi hermano es poli.

—Siempre he sentido un gran respeto por la ley.

El extraño salió de entre las sombras.

Los ojos de Ruta debían de estarle jugando una mala pasada, porque el hombre parecía casi un fantasma bajo aquella luz. Su vestimenta era curiosa... estaba totalmente pasada de moda: un traje de tweed a pesar del calor, con chaleco y chaqueta, y un bombín. Llevaba un bastón con la cabeza plateada de un lobo en la parte superior. El lobo tenía la boca abierta como si rugiera y los ojos rojos como rubíes. Ruby... ¡ja! Aquello le provocó un pequeño escalofrío, aunque no fue capaz de averiguar por qué. Se dio cuenta de que no estaba en un lugar seguro. Aquellos maratones de baile solían celebrarse en malos barrios, donde no llamaran demasiado la atención del ayuntamiento.

—Este es un lugar espantoso para que una joven dama vaya sola —dijo el extraño como si le hubiera leído los pensamientos. Le ofreció su brazo—. ¿Podría servirle de ayuda?

Tal vez Ruby Bates estuviera a punto de convertirse en una estrella glamurosa, pero Ruta Badowski había crecido en las calles.

—Muchas gracias, señor, pero no necesito ayuda —contestó con sequedad.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, se le dobló el tobillo y la joven se retorció de dolor.

La voz del extraño era profunda y tranquilizadora.

—Mi hermana y yo dirigimos un negocio aquí cerca, una gran casa de huéspedes con cocina. Tal vez quiera esperar allí. Tenemos teléfono, si desea llamar a su familia. Seguro que mi hermana, Bryda, ha hecho *paczki* y café.

—¿*Paczki*? —repitió Ruta—. ¿Son polacos?

El extraño sonrió.

—Supongo que todos somos meros soñadores que intentan encontrar su camino en este extraordinario país, ¿no es así, señorita...?

—Ruta... Ruby. Ruby Bates.

—Encantado de conocerla, señorita Bates. Yo soy el señor Hobbes. —Se quitó el

sombrero para saludarla—. Pero mis amigos me llaman John.

—Gracias, señor Hobbes —contestó Ruta.

Sufrió un ligero mareo a causa del agotamiento.

—Tengo sales aromáticas, que tal vez pudieran serle de ayuda en estos momentos.

El hombre empapó su pañuelo y se lo tendió. Ruta inhaló. El olor era acre e hizo que la nariz le ardiera un poco. Pero se sintió más enérgica. El extraño volvió a ofrecerle el brazo, y ella lo aceptó en aquella ocasión. En apariencia, era un hombre corpulento, pero bajo el pesado abrigo su brazo era tan delgado como una cerilla. Aquel brazo tenía algo que hizo que Ruta se helara por dentro, así que apartó el suyo de inmediato.

—Ya estoy bien. Esas sales me han ayudado. Le aceptaré esa taza de café, de todas formas.

Él le dedicó una pequeña reverencia cortés.

—Como desee.

Caminaron, con el bastón de cabeza plateada del extraño marcando un ritmo hueco contra los adoquines. El hombre iba tarareando una melodía que Ruta no reconocía.

—¿Qué canción es esa? No la he oído nunca en la radio.

—No. Espero que no la haya oído —contestó el extraño.

Con el brazo izquierdo, el hombre hizo un gesto que abarcaba el destartado Bowery, con sus misiones cristianas y pensiones desvencijadas, sus hoteluchos pulgosos y salones de tatuajes, sus tiendas de equipamiento para restaurantes y productores de poca monta.

—«¡Ha caído, ha caído la gran Babilonia!». —Señaló hacia donde un par de borrachos dormían sobre el escalón de entrada a una pensión—. Terrible. Alguien debería acabar con esta chusma, devolverlos a las fronteras. No son como usted y yo, señorita Bates. Limpios. Buenos ciudadanos. Gente con ambiciones. Personas que contribuyen a esta ciudad resplandeciente sobre la colina.

Ruta nunca había pensado en ello antes, pero se sorprendió asintiendo con la cabeza. Miró a aquellos hombres con una repugnancia nueva. Eran diferentes a su familia. Extranjeros.

—No son de los nuestros. —El extraño sacudió la cabeza—. Antaño, el Bowery albergaba los restaurantes y teatros más formidables. El Teatro del Bowery... el gran teatro estadounidense, que era una china en el zapato para los elitistas teatros europeos. El gran actor dramático J. B. Booth, padre de John Wilkes Booth, pisó sus tablas. ¿Es usted una mecenas de las artes, señorita Bates?

—Sí. Bueno, sí. Lo soy. Soy actriz.

Por alguna razón Ruta se sentía algo mareada. Las calles lucían un hermoso

resplandor.

—¡Pues claro! Una joven tan hermosa como usted. Tiene algo realmente especial, ¿no es así, señorita Bates? De hecho, percibo que tiene que consumir un destino muy importante. «Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro y de piedras preciosas...».

El extraño sonrió. A pesar de lo tardío de la hora, lo insólito de las circunstancias y el dolor que sentía en las piernas, Ruta también sonrió. El extraño... No, no era un extraño en absoluto, ¿verdad? Era el señor Hobbes. Un hombre muy agradable. Un hombre muy inteligente... y con clase, además. El señor Hobbes pensaba que ella era especial. Veía lo que nadie más era capaz de ver. Era lo que su abuela llamaría un *wrózba*, un augurio. Ruta quería llorar de agradecimiento.

—Gracias —le dijo con suavidad.

—«Y en su frente un nombre escrito, un misterio» —continuó el extraño, y el rostro se le iluminó con un fuego singular.

—¿Es usted predicador, o algo así?

—Estoy convencido de que debe de estar ansiosa por llamar a su familia —dijo el señor Hobbes como toda respuesta—. No me cabe duda de que estarán preocupados.

Ruta pensó en el atestado apartamento de su familia en Greenpoint e intentó no echarse a reír. Su padre estaría despierto junto a su madre, tosiendo a causa de la humedad, los cigarrillos y el polvo de la fábrica que se acumulaba en sus pulmones. Sus cuatro hermanos y hermanas estarían embutidos, todos juntos, en la habitación de al lado, roncando. No la echarían de menos. Y no tenía prisa por volver.

—No quiero despertarlos —repuso, y el señor Hobbes sonrió.

Recorrieron una aturdidora cantidad de calles secundarias, hasta que Ruta se sintió bastante perdida. El Puente de Manhattan se alzaba en la distancia como la puerta de entrada a un submundo. Caía una ligera llovizna.

—Eh... Eh, señor Hobbes, ¿queda mucho?

—Ya hemos llegado. Su carruaje la espera —anunció, y Ruta vio un carro destartado, de los antiguos, tirado por un viejo jaco.

—Creí que había dicho que estaba cerca.

—Pero está cansada. Haremos el resto del camino en carro.

Ruta se encaramó a la calesa, y su agradable balanceo y el ruido de los cascos del caballo la mecieron hasta que se quedó dormida. Cuando el viejo carromato se detuvo, lo único que vio la joven fueron las voluminosas ruinas de una vieja mansión situada en la cima de una colina y rodeada de terrenos vacíos y cubiertos de maleza.

Ruta se encogió.

—Creí que me había dicho que tenía una casa de huéspedes. Aquí no hay más que escombros.

—Querida, sus ojos la engañan. Vuelva a mirar —susurró el señor Hobbes con

voz grave.

El hombre hizo un gesto con el brazo y, en aquella ocasión, Ruta divisó una encantadora manzana de casas adosadas, cálidas y acogedoras, y, al final, una sofisticada mansión de esas en las que viven los millonarios, las personas con nombres como Carnegie y Rockefeller. ¡Vaya, podría ser que el tal señor Hobbes fuera incluso millonario! La ligera llovizna se convirtió en lluvia. Los zapatos de Ruta, de terciopelo y cuentas y con las hebillas de diamantes falsos —su más preciada posesión, que le había costado la paga de una semana— se estropearían, así que siguió al hombre cuando cruzó la calle en busca de refugio. Un gato negro se cruzó en su camino y la sobresaltó, así que se echó a reír con nerviosismo. Se estaba volviendo tan supersticiosa como su tía Pela, que veía malos augurios por todas partes. La puerta se cerró de golpe con un chirrido a sus espaldas y Ruta dio un respingo. El hombre sonrió bajo su espeso bigote, pero aquel gesto aportó poca calidez a sus penetrantes ojos azules. Aquella idea le atravesó la cabeza fugazmente, pero la chica la descartó por estúpida. Estaba a cubierto de la lluvia y, dentro de un minuto, podría sentarse y descansar sus piernas agotadas.

Sin embargo, aquel lugar olía mal. Como a humedad, podredumbre y otra cosa que no era capaz de identificar, pero que le revolvió el estómago. Se llevó una mano a la nariz.

—Ay, un pobre gato desgraciado se perdió entre las paredes. Su «aroma», me temo, aún perdura —explicó el señor Hobbes—. Pero tiene frío y está cansada. Venga a sentarse. Encenderé el fuego.

Ruta siguió al hombre hasta otra estancia. Atisbando en la oscuridad, distinguió la silueta de una chimenea. Se tambaleó y estiró una mano para mantener el equilibrio. Al tocarla, notó que la pared estaba húmeda y pegajosa. Apartó la mano a toda prisa y se la secó en el vestido, con un escalofrío.

El señor Hobbes se colocó delante de la chimenea, fría y ennegrecida, y un segundo después en el hogar apareció un fuego vivo. Ruta intentó comprender las repentinas llamas que lamían el interior de la chimenea. «No», se dijo a sí misma. El señor Hobbes había metido leña y encendido una cerilla. Claro que sí. Ella no se acordaba, pero eso era lo que debía de haber ocurrido. Ostras, aquella maratón le había causado un buen estropicio en la cabeza.

—Cre... Creo que al fin y al cabo debería llamar a mi casa. Se cabrearán bastante si no lo hago.

—Claro, querida. Despertaré a mi hermana. Pero, antes, le prometí un café. —De pronto, la taza apareció entre sus manos—. Bébaselo. No tardaré nada.

Con una venia y un golpecito a su extraño sombrero, el gran hombre desapareció de su vista. No obstante, seguía oyéndolo tararear, y Ruta decidió que no le gustaba aquella canción. Por algún motivo, hacía que se le pusiera la carne de gallina. El café

estaba fuerte y caliente. Tenía un regusto amargo, pero le llenaba el estómago vacío, así que la joven se lo terminó. Aun así, no consiguió mermar su agotamiento. Los párpados se le cerraban mientras contemplaba el fuego. Cada vez más pesados...

Ruta se despertó con un repentino movimiento de la cabeza y sabor a cal en la boca. El fuego se había apagado. ¿Cuánto tiempo llevaba dormida? ¿Había llamado a su familia? No. No lo había hecho. ¿Dónde estaba el señor Hobbes? ¿Y qué había de su hermana? Una rata pasó corriendo por encima de su zapato. Ruta gritó y se levantó de un salto. Entonces se dio cuenta de que se sentía extrañamente observada, como si la propia habitación estuviera viva. Juraría que las paredes respiraban. ¡Pero aquello era imposible!

—¿Señor Hobbes? —llamó—. ¡Señor Hobbes!

El hombre no contestó. ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba ella? ¿Por qué había ido con él? Era una chica lista... ¿cómo se le había ocurrido marcharse con un completo desconocido? No, no era un extraño, se recordó a sí misma. Era el señor Hobbes, el bondadoso señor Hobbes que creía que ella era una muchacha hermosa y especial. El señor Hobbes, que tal vez estuviera emparentado con millonarios. Que podría ser su billete hacia el éxito.

Entonces ¿por qué se le entrecortaba así la respiración?

En torno a ella, la casa parecía estar infestada de maldad. Eso era. Al fin había dado con ello. Maldad. Aquella palabra acudió a sus labios justo cuando pasó por delante de la solitaria lámpara de gas. Su llama crepitante ponía en duda la verdadera naturaleza de las paredes. En un momento concreto, eran de una tonalidad intensamente dorada. Al siguiente, Ruta distinguía un papel mugriento que se desprendía del enlucido en tiras andrajosas. Unas manchas alargadas atravesaban una zona iluminada bajo la lámpara. Se acercó a mirarlas y vio que eran las marcas de unos dedos sucios. No. No era suciedad. Era sangre. Una huella de la mano ensangrentada. Cuatro. Solo cuatro dedos. Faltaba uno.

A Ruta se le desbocó el corazón y le temblaron las piernas. Aquello había sido un tremendo error. Se marcharía de inmediato. Se dio la vuelta y contempló con horror que los últimos restos de su delirio se desmoronaban y la casa se transformaba ante sus ojos en un agujero oscuro y en descomposición, que la podredumbre trepaba por las paredes para toparse con ella. El olor la golpeó como un puñetazo y le provocó arcadas. Y había ratas. Dios, cómo odiaba las ratas. Con un grito, Ruta avanzó tambaleante, como si pudiera dejar atrás la oscuridad que pretendía atraparla. ¿Dónde estaba la puerta? ¡No había forma de encontrarla! Era casi como si la casa se la estuviera ocultando. Como si quisiera mantenerla en su interior.

—«Y en su frente un nombre escrito, un misterio: Babilonia la Grande, la Madre de las Rameras...».

No veía al extraño, pero lo oía silbando aquella canción tan horrenda. ¡Tenía que

haber otro modo de salir de allí! Justo a su derecha, vio una ventana de aspecto prometedor, así que corrió hacia ella. A través de los listones de madera que tenía clavados, vislumbró a un vagabundo que entraba tambaleándose en el terreno vacío que había al otro lado de la calle para orinar.

—¡Eh! ¡Eh, señor, ayúdeme! ¡Por favor, ayúdeme! —gritó.

Como no la oía, golpeó la madera con las palmas de las manos. Ruta forcejeó con los inamovibles tablones hasta que se le llenaron las uñas de sangre y las manos de arañazos provocados por las astillas. Fuera, el borracho, ajeno a todo, finalizó su tarea y se perdió de nuevo en la noche. Y ella se desmoronó entre sollozos sobre el suelo mugriento.

Cuando Ruta tenía tres años, su madre la había encerrado en un baúl para que el casero no averiguara que habían tenido otro hijo y los echara a la calle. Se había quedado allí sentada, sola, encogida y completamente aterrorizada. Le pareció que pasaban horas antes de que le permitieran salir y, desde entonces, cualquier sensación de estar atrapada hacía que se sintiese de nuevo como una niña asustada. El pánico vació su cerebro de toda lógica. Merodeó por la caótica casa con desesperación. Los pasillos laberínticos la hacían desembocar en habitaciones escuálidas; las puertas se abrían a muros de ladrillos. Oía por todas partes el terrible silbido del hombre. Al fin divisó una puerta que no había probado. Puso la mano en el pomo. El suelo cedió bajo sus pies y se precipitó por un largo conducto hasta el agujero olvidado y fétido que hacía las veces de sótano. Se le dobló el tobillo y notó un dolor sordo que la obligó a gritar. Intentó dar un paso, pero fue una agonía, así que se desplomó de nuevo sobre el suelo duro, frío y sucio.

Sobre su cabeza, los suelos crujían. Oía el silbido lejano del desconocido. En la mente de Ruta no quedaban más pensamientos que los relacionados con la supervivencia. Parpadeó en la oscuridad para forzarse a enfocar la mirada. Había caído un buen trecho; aquel sótano estaba a gran profundidad, probablemente a unos seis metros por debajo del nivel de la calle. Estaba segura de que podría pasarse el día gritando y nadie la oiría. Lo que necesitaba era un arma. Se arrastró centímetro a centímetro, tanteando con la mano en busca de algo, de cualquier cosa que pudiera servirle. Finalmente, su mano topó con un palo suave. Pesaba poco, pero si se empleaba con la fuerza suficiente contra un ojo o una garganta, podía provocar grandes daños. Sujetó el palo con fuerza contra su pecho y esperó. Muy por encima de ella, una puerta se abrió con un ruido metálico y permitió la entrada de un delgado rayo de luz. La joven vio una escalera tras una pared, pero no había forma de que pudiera alcanzarla en el estado en que se hallaba. El palo era su mejor oportunidad. Tal vez tuviera que hacer algo más que provocar grandes daños.

El señor Hobbes cerró la puerta y la luz desapareció. Aquello la sumergió de nuevo en la más absoluta oscuridad, como en el baúl. Ruta se esforzó por respirar en

silencio, pero lo que en realidad deseaba era gritar con todas sus fuerzas. Los pasos del extraño retumbaban leve pero regularmente en dirección a la chica, y esta se percató de que el hombre ya no llevaba el bastón. Su canción resonaba contra las paredes del sótano. En aquella ocasión, añadió la letra: «John el Travieso, John el Travieso, hace su trabajo con el delantal puesto. Te corta el cuello y te saca los huesos, los pone a la venta por un par de ceros».

La saliva comenzó a acumularse en la boca de Ruta; estaba demasiado asustada como para tragar. La vieja caldera cobró vida repentinamente y llenó la habitación de una luz naranja que proyectaba sombras macabras.

Ruta se escabulló tras los restos de una cortina de gasa que colgaban de un tendedero olvidado y trató de observarlo tras la tela granulada. No veía al señor Hobbes, pero aún podía oírlo.

—«... Babilonia la Grande, la Madre de las Rameras y de las Abominaciones de la Tierra, engalanada y arrojada al mar. Y aquella fue la quinta ofrenda, como había ordenado Dios nuestro Señor».

La joven sintió que la lengua le pesaba en la boca. En los límites de su visión, percibía el movimiento de cosas inquietantes, pero cuando volvía la cabeza, habían desaparecido. La pierna izquierda se le había entumecido.

—«Y vi un nuevo cielo y una nueva tierra, pues el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar dejó de existir. Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: “He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios”». ¿Me estás escuchando, Ruby?

Ruta se aferró con fuerza al palo y permaneció en silencio.

El hombre lanzó algo a la caldera y esta destelló.

—«Y el que estaba sentado en el trono dijo: “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida. El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo”».

El hombre recorría el perímetro de la habitación mientras hablaba.

—«Pero los incrédulos, los abominables, los fornicadores y los idólatras tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre. Pues solo los elegidos se levantarán con la Bestia. Y el mundo se reducirá a cenizas».

El extraño estaba en el extremo más lejano de la habitación; Ruta lo sabía por su voz. La visión de la chica se tornó borrosa y el estómago se le revolvió. Horrorizada, se dio cuenta de que no podía mover las piernas. ¿Qué le estaba pasando? Recordó el pañuelo empapado y el café que se había tomado, y el corazón se le desbocó. ¿Qué les habría echado? Volvió a mirar el palo que tenía en la mano y vio que era un hueso.

Gritó y lo dejó caer asqueada. La cortina se apartó de golpe. El señor Hobbes se alzó ante ella como un dios exaltado.

—No te dejes amedrentar por mi apariencia, querida. Acabo de empezar a manifestarme.

Tenía los brazos y el cuello marcados por extraños tatuajes, símbolos que Ruta no entendía. Los tatuajes se revolvían y abultaban. La carne del señor Hobbes se movía como si algo culebreara justo por debajo de su superficie. El miedo tan solo podía expresarse en su lengua materna, así que Ruta comenzó a susurrar oraciones en polaco.

El hombre frunció el ceño.

—¿Rezos? Pensaba que eras una chica moderna en una época moderna.

Iluminado desde atrás por la caldera, el desconocido era un demonio oscuro. El entumecimiento ya había alcanzado los brazos de la chica. A Ruta le castañeteaban los dientes.

—Po... Por favor... No... No se lo diré a nadie.

—Claro que sí. —El extraño arrastró a Ruta agarrándola por uno de sus brazos inutilizados—. Te dije que tenías que consumir un destino importante, y eso harás: tú, Ruby Bates, eres el principio del fin. «John el Travieso, John el Travieso, hace su trabajo con el delantal puesto...».

Cuando llegó a la pared que había justo detrás de la caldera, la palpó con unos dedos pálidos como huesos. Se abrió una puerta oculta que dejó a la vista otra sala secreta.

—*Nie, nie, nie* —susurró Ruta como si pudiera obligar a la puerta a mantenerse cerrada.

—«Soy el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves del Hades y de la muerte».

Le dedicó una sonrisa a la joven, y Ruta vio en sus ojos el fuego y el eterno remolino negro. La vejiga de la joven cedió.

—El ritual comienza de nuevo —dijo el extraño.

Tiró de Ruta hasta la habitación oculta y lo único que ella pudo hacer fue gritar.

UN EXTRAÑO DE PASO

—¡El famoso Club Hotsy Totsy de la ciudad de Nueva York presenta a la Orquesta Conde Carruthers y a las hermosas Chicas Hotsy Totsy!

Entre bastidores, Memphis Campbell observaba a las coristas, escasamente vestidas, mientras se lanzaban a un número de baile muy enérgico. El club estaba atestado aquella noche. La trompeta de Gabe bramaba, y los dedos del Conde arrasaban con las ochenta y ocho teclas del piano. Gabe tocó unas cuantas notas de *America the Beautiful* y durante un instante la convirtió en un canto fúnebre al dejar que su trompeta se sumiera en la desesperación antes de volver a recuperar el ritmo. Los blancos del público no lo pillaron, pero los rostros de los negros se llenaron de sonrisas.

Gabe tocó su última nota ensordecedora. El público aplaudió y las coristas saludaron y salieron del escenario entre charlas y risas. Una voluptuosa chica llamada Jo le acarició la mejilla a Memphis al pasar a su lado.

—Hola, Memphis.

—Hola, tú.

La compañera de Memphis, Alma, puso los ojos en blanco al tiempo que se colocaba la parte delantera del uniforme.

—¿Esta noche estás ganando dinero o ganando tiempo, Memphis?

—Ambas cosas, espero.

Jo soltó una risita y le hizo cosquillas con los dedos en el brazo. Memphis empleó su sonrisa con Jo.

—«¡Desconocido QUE PASAS! —dijo al tiempo que se llevaba la mano al corazón—. No sabes con cuánto ardor te contemplo, / debes de ser el que busco, o la que busco (esto me viene como en sueños), / seguramente he vivido contigo en alguna parte una vida de gozo».

—¿Eso lo has escrito tú? —ronroneó Jo.

Memphis sacudió la cabeza.

—Es de Walt Whitman en *Hojas de hierba*. «A un desconocido». ¿Has leído alguna vez sus poemas?

—No lee nada que no sean las columnas de cotilleo —intervino Alma.

Jo le lanzó una mirada asesina.

—Pues te pierdes algo estupendo —dijo Memphis, y le dedicó a la corista una sonrisa de alto voltaje.

—Este chico vive en la biblioteca de la calle Ciento treinta y cinco. Quiere ser el siguiente Langston Hughes —informó Alma a todo el mundo.

—¿En serio? —preguntó Jo.

—Podría leerte unos cuantos poemas alguna vez.

—¿Qué te parece el domingo? —quiso saber Jo. Se pasó la lengua por los labios.

—Los domingos siempre fueron mis días de suerte.

Alma volvió a poner los ojos en blanco y empujó a Jo para que regresara a la fila.

—Venga, chicas, no tenemos tiempo para tonterías. Tenemos que cambiarnos antes del número de la luna.

—Hasta luego, cariño.

Jo le lanzó un beso a Memphis y él fingió atraparlo entre las manos.

—¡Memphis! —vociferó el director de escena tras el puro que sujetaba entre los dientes—. No te pago para que tontees con las chicas. Papá Charles quiere verte. Vete volando.

En el estrecho pasillo Memphis pasó junto a Gabe y el Conde, que se dirigían hacia el exterior.

—Eh, jefe —lo llamó Gabe, que le agarró la mano a Memphis—. ¿Vamos a esa fiesta del sábado? Habrá muchas chicas elegantes y whisky.

—¿Whisky de quién? No pilles priva de alguien que no conozcas y nos metas a los dos en el depósito de cadáveres.

Era un hecho conocido que los contrabandistas de mala reputación mezclaban el alcohol con queroseno o gasolina.

Gabe separó las manos, se encogió de hombros y sonrió.

—Déjasele a Gabe, hermano.

Memphis se echó a reír. Aparte de Isaiah, Gabe había sido la única presencia constante de su vida. Se habían conocido en cuarto curso, cuando Gabe se había metido en problemas con el director por vender cigarrillos detrás del colegio y a Memphis le habían encargado que fuese su amigo y lo metiera en vereda. Aquello marcó el tono de su amistad: Memphis seguía estando allí para sacar a Gabe de los líos, y Gabe seguía estando allí para ayudar a Memphis a meterse en ellos. La única cosa que Gabe se tomaba en serio era la música. Era uno de los trompetistas más de moda de la ciudad. No cabía duda de que se estaba corriendo la voz acerca del muchacho delgaducho cuya música tan bien sonaba. Incluso Duke Ellington había ido a escuchar tocar a Gabe. Era una de las razones por las que Papá Charles lo mantenía en el club. Gabe era un vacilón y un alborotador, pero, una vez que empezaba a tocar aquel instrumento, todo aquello merecía la pena.

—Vamos fuera a fumar. ¿Quieres un poco de maría? —preguntó Gabe. Él ya tenía los ojos un poco rojos.

Memphis negó con la cabeza.

—Tengo que mantener la cabeza despejada, Gabe.

—Como quieras, abuelita.

—Claro que haré lo que quiera —contestó Memphis.

Pasó una mano por la lámpara de techo y sintió el calor de la bombilla; después

recorrió un túnel que desembocaba en el edificio de al lado, donde estaban todos los despachos. Había varias secretarías sentadas a largas mesas contando el dinero de la recaudación de la lotería de la mañana. Memphis las saludó dándose un toquecito en la gorra y, a continuación, se coló en el despacho de Papá Charles. Sentado tras su escritorio de caoba, el hombre le hizo un gesto a Memphis para que ocupara una silla y esperara mientras él concluía una llamada telefónica.

Papá Charles era el indiscutible rey de Harlem. Controlaba la lotería ilegal, las carreras de caballos y los combates de boxeo. Dirigía el contrabando de alcohol y arreglaba las cosas con los polis. Si necesitabas un préstamo, acudías a Papá Charles. Cuando una iglesia necesitaba un edificio nuevo, Papá Charles le daba el dinero. Colegios, organizaciones fraternales e incluso el equipo profesional de baloncesto de Harlem, el New York Renaissance, o los Rens, estaban financiados en parte por Papá Charles, el Caballero Sofisticado. Y en varios clubes y bares clandestinos, como el Hotsy Totsy, presentaba a algunos de los mejores músicos y bailarines de la ciudad.

—Bueno, pues mientras sea yo quien se encargue de la lotería en Harlem, seguirá siendo negro —le aseguró Papá Charles con firmeza a su interlocutor—, y puedes decirle a Dutch Schultz y sus socios que lo digo yo.

Colgó enérgicamente y abrió la tapa de una caja plateada para escoger un puro. Mordió el extremo y lo escupió en la papelera. Memphis le dio fuego e intentó no toser cuando las primeras bocanadas de humo inundaron el aire.

—¿Problemas?

Papá Charles hizo un gesto con la mano para disipar el humo y aquella idea al mismo tiempo.

—Ahora los contrabandistas de alcohol blancos quieren hacerse cargo de la lotería ilegal de Harlem. No tengo ninguna intención de permitirselo. Pero se están esforzando mucho en ello. Me he enterado de que la policía hizo una redada en uno de los tugurios de Queenie anoche.

—Creía que tenía a la policía untada.

—Y así es. —Papá Charles dejó que sus palabras calaran en Memphis mientras le daba al puro unas cuantas caladas que tornaron el aire espeso y oloroso—. Los blancos perderán el interés en nuestros juegos. Ya tienen el contrabando para mantenerse ocupados. Aun así, tal vez deberías tener más cuidado ahí fuera. Se lo estoy diciendo a todos mis chicos. ¿Cómo está tu tía Octavia?

—Bien, señor.

—¿E Isaiah? ¿Se las arregla bien?

—Sí, señor.

—Bien, bien. ¿Y en las calles?

—Suave como los lametones de Gabe.

Papá Charles sonrió.

—La mejor forma de aprender el negocio es empezando desde la calle. Algún día podrías terminar trabajando justo aquí, a mi lado.

Memphis no quería trabajar para Papá Charles. Quería leer sus poemas en uno de los salones de la señorita A'Lelia Walker, junto con Countee Cullen, Zora Neale Hurston y Jean Toomer... puede que incluso junto al propio señor Hughes.

—¿Estás bien, hijo? ¿Pasa algo?

Memphis se esforzó por sonreír.

—Ya me conoce, señor. No me van las preocupaciones.

Papá Charles esbozó una sonrisa en torno a su puro.

—Ese es el Memphis que yo conozco.

El bueno de Memphis. El Memphis de confianza. El Memphis encantador, despreocupado. El Memphis de «cuida de tu hermano». Memphis había sido una estrella una vez. El hombre del milagro. Y aquello había acabado en amargura. No volvería a arriesgarse a que sucediera algo así. Ahora, confinaba sus sentimientos a las páginas de su cuaderno.

—Es hora de recoger las propinas de nuestros agradecidos amigos —dijo Papá Charles. Aquel era el código que se refería al dinero que todos los negocios pagaban al Caballero Sofisticado si querían continuar abiertos y contar con su protección. La ciudad dependía de la corrupción tanto como de la electricidad.

—Sí, señor.

—Memphis, ¿estás seguro de que estás bien?

El joven volvió a ofrecerle una sonrisa.

—Nunca he estado mejor, señor.

Mientras salía del club, Memphis saludó con un gesto de la cabeza al chófer de Papá Charles, que hacía guardia junto a su recién estrenado Chrysler Imperial. Luego se mezcló entre la multitud que había salido a divertirse por la avenida Lenox. Reclamó el pago en los diversos clubes nocturnos que dirigía Papá Charles —el Yeah Man, el Tomb of the Fallen Angels y el Whoopee— y en algunos de los bares clandestinos más pequeños, escondidos en sótanos de arenisca situados en calles secundarias y bordeadas de árboles. Memphis siguió a hombres corpulentos por habitaciones traseras grises a causa del humo de los cigarrillos donde la gente se sentaba a mesas de fieltro verde para jugar a las cartas, hacer trampas al billar o lanzar los dados. Las mujeres le acariciaban la barbilla, lo llamaban guapo y le pedían bailar. Él se excusaba y utilizaba su sonrisa para suavizar el rechazo. A veces, los dueños del club le ofrecían una copa o le permitían escuchar jazz o ver bailar a las chicas de la revista. En otras ocasiones, le hacían esperar en el piso de arriba en un despacho escasamente iluminado, en el que Memphis nunca estaba seguro de si volverían con el dinero o con una pistola. En las pulcras columnas del libro de contabilidad, apuntaba la cantidad pagada mientras evitaba las preguntas acerca de si

Papá Charles sabía si se había amañado ese combate o aquel juego.

—No soy más que el chico de los recados —decía, y utilizaba su sonrisa.

Por la calle, se mantenía vigilante por si había policías de paisano. Si lo arrestaban, Papá Charles lo sacaría al cabo de unas cuantas horas, pero aun así no quería jugársela.

Eran bien pasadas las once cuando Memphis regresó al Hotsy Totsy. Gabe se acercó corriendo a él.

—¿Dónde has estado, jefe?

—Fuera, trabajando. ¿Por qué?

—¡Ven, deprisa! Es Jo. Se ha caído y se ha hecho daño.

—Entonces llamad a un médico.

—Pregunta por ti, Memphis.

Jo estaba sentada al final de las escaleras del escenario, llorando y rodeada de coristas preocupadas. A través de la rendija del telón, Memphis vio que el público se estaba inquietando. Había llegado el momento de que empezara el siguiente número, y a Jo ya se le estaba hinchando el tobillo.

—Se me ha quedado pillado el tacón en el segundo escalón y me lo he torcido —balbució entre lágrimas—. Por favor, Señor, que no me lo haya roto.

—Será mejor que le digáis a Francine que tiene que actuar —dijo una de las coristas.

Jo hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Tengo que actuar esta noche. ¡Necesito el dinero! —Levantó la mirada hacia Memphis, con los ojos llenos de esperanza—. Me he acordado de ti. De lo que podías hacer. Por favor, ¿puedes ayudarme, Memphis?

Memphis apretó los dientes.

—Ya no puedo hacerlo.

Jo sollozó y Gabe le puso una mano sobre el brazo a su amigo.

—Venga, hermano. Inténtalo...

—Ya os lo he dicho, ¡no puedo!

Memphis se quitó de encima la mano de Gabe y se marchó a toda prisa escaleras abajo mientras el director de escena cogía a Jo en brazos y se llevaba a la inconsolable muchacha a otra parte. En el escenario, el maestro de ceremonias anunció el siguiente número, el Black Bottom, y las otras chicas, con Francine, salieron a él correteando y luciendo poco más que una sonrisa. Memphis les entregó a las secretarias el dinero que había recogido durante sus rondas. Volvió a salir a la noche con la mente turbada por los recuerdos de una época en la que era otra persona, un chico de oro con manos sanadoras: Memphis el Milagro, el Curandero de Harlem.

Memphis había adquirido el poder de curar tras caer enfermo cuando tenía catorce años. Durante días, había permanecido en un estado de semiinconsciencia y

padecido alucinaciones mientras la fiebre le abrasaba el cuerpo. Su madre no se apartó de su lado en ningún momento. Cuando se recuperó, fueron directos a la iglesia a dar las gracias. Aquel domingo por la mañana, en la vieja Iglesia Episcopal Metodista Madre Africana Sion, Memphis curó por primera vez. Su hermano de siete años de edad, Isaiah, se había caído de un árbol y se había fracturado un brazo. El hueso sobresalía bajo la piel del pequeño en un ángulo terrible. Memphis tan solo intentaba calmar los gritos del muchacho cuando le puso las manos encima. No se esperaba en absoluto el intenso calor que de pronto brotó entre la piel de Isaiah y sus propias manos. El trance le llegó con violencia y rapidez. Se le pusieron los ojos en blanco y se sintió como si hubiera abandonado su cuerpo y estuviera atrapado en un duermevela. Vio cosas en aquel espacio extraño y vacío que habitó durante aquellos largos segundos, cosas que no comprendió: caras entre la niebla, sombras espectrales y un extraño hombre con un sombrero alto cuyo abrigo parecía estar hecho de la misma tierra. Percibió una luz brillante y un batir de alas, y cuando Memphis recuperó la conciencia, tembloroso, una multitud se había reunido a su alrededor a la salida de la iglesia. Isaiah había escapado del contacto de su hermano y trazaba círculos perfectos con el brazo.

—Me lo has arreglado, Memphis. ¿Cómo lo has hecho?

—No... No lo sé.

A pesar del calor veraniego de Nueva York que le empapaba el cuello del traje de los domingos, Memphis temblaba.

—Es un milagro —dijo alguien—. ¡Alabemos al Señor!

Memphis vio a su madre de pie junto a la atónita congregación, tapándose la boca con una mano, y tuvo miedo de que le diera una torta por haber hecho algo así. Sin embargo, lo abrazó con fuerza. Cuando se separó de él, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Mi hijo puede curar —susurró al tiempo que le sujetaba la cara con ambas manos.

—¿Lo habéis oído? Este chico es un sanador —gritó alguien—. Recemos.

Todos agacharon las cabezas y extendieron los brazos hacia él, y cuando Memphis sintió que le bendecían la cabeza y los hombros con las manos, los dedos de su madre entrelazados con los suyos, su miedo se tornó en entusiasmo. «Lo he hecho yo —pensó asombrado—. ¿Cómo lo he hecho?».

La única que mostró su escepticismo fue la tía Octavia.

—¿Por qué iba a concederle el buen Señor ese don a un muchacho? —le había preguntado a su madre después, en la casa de la calle Ciento cuarenta y cinco. Estaban en la salita delantera, sentadas junto a la radio y partiendo judías para la comida del día siguiente. Hacía demasiado calor como para dormir bien, y Memphis se había levantado a por un vaso de agua. Cuando las oyó hablar, se escondió en el

pasillo oscuro y escuchó—: A veces un don es en realidad una maldición disfrazada, Viola. Una prueba del buen Señor. Podría ser el mismísimo diablo quien se ha metido en ese niño.

—Calla, Octavia —le había dicho su madre. Era extraño que le plantase cara a su hermana mayor, y Memphis se sintió orgulloso de ella aun cuando las palabras de su tía sembraron la duda en su interior—. Mi hijo es especial. Ya lo verás.

—Bueno, espero que tengas razón, Vi —había contestado Octavia tras una pausa, y después no se oyó nada más que el ruido de las judías al partirse en dos y aterrizar en un cuenco.

La noticia de los poderes de Memphis se propagó a toda prisa por las iglesias de Harlem. Cuando el pastor Brown se opuso a utilizar el don de Memphis durante los servicios de la Iglesia Episcopal Metodista Madre Africana Sion —«No somos esa clase de religión, Viola»—, la madre de Memphis lo llevó a las diversas iglesias pentecostales y espiritualistas más vanguardistas pese a las objeciones de Octavia: «Feligreses exacerbados y de clase baja... Y algunos hablan con los muertos, Vi. Hazme caso, de esto no va a salir nada bueno».

Así, el cuarto domingo de cada mes, durante ocho meses seguidos, Memphis se colocó junto al púlpito para contemplar unas caras tanto esperanzadas como escépticas. Mientras el coro cantaba himnos relacionados con la sanación y la gente rezaba y a veces gritaba a Dios, los miembros de la congregación se acercaban a él con sus dolencias y Memphis les imponía las manos, notaba el calor que se concentraba bajo sus palmas, veía aquel otro lugar de su mente, el territorio de los rostros vagos en la niebla. Memphis el Milagro. Y entonces, cuando más importancia tenía, el milagro le había fallado. No, no le había fallado sin más... se había vuelto contra él.

De vez en cuando, pillaba a Octavia mirándolo desde el umbral de la puerta con una expresión a medio camino entre el desdén y el miedo.

—No hace falta mucho para que el diablo se meta dentro de uno, Memphis John. Recuérdalo.

Memphis solía pensar que las ideas obsesivas de su tía respecto al diablo eran una locura. Pero ¿y si tenía razón? ¿Y si había algo terriblemente malo, una sombra a su lado que buscaba su oportunidad, al acecho? Aquel pensamiento era como su sueño, inquietante e indescifrable.

El lío con Jo en el club había puesto nervioso a Memphis y, como ya había acabado con el trabajo por aquella noche, se subió en el autobús de dos pisos de la Fifth Avenue Coach Company que iba hacia el norte y se bajó cerca de la calle Ciento cincuenta y cinco. Caminó varias manzanas aún hacia el norte, y después hacia el oeste, en dirección al río, donde las casas comenzaban a escasear. Finalmente llegó a un pequeño cementerio africano situado en un peñasco, el último lugar de descanso

de los esclavos liberados y los soldados negros. Allí, en medio de la paz y el silencio de sus posibles ancestros, era donde a Memphis le gustaba sentarse a escribir. El joven encontró el farol que guardaba escondido en el interior del hueco de un roble. Encendió una cerilla del paquete que había sisado en el club Yeah Man. La llama del farol emitió un resplandor reconfortante. Memphis se sentó en el suelo frío y abrió su cuaderno. A su manera, escribir era como sanar: una cura para la soledad que sentía. A veces la cura funcionaba; otras no. Pero él seguía intentándolo. Incluyó la cabeza sobre el cuaderno y escribió a la luz del farol, persiguiendo las palabras como si intentase atrapar las colas de los cometas. A su alrededor, Harlem estaba plagado de escritores, músicos, poetas y pensadores. Ellos estaban cambiando el mundo. Memphis quería formar parte de aquel cambio.

El graznido de un cuervo posado sobre una lápida cercana rompió su concentración. La madre de Memphis le había explicado que los pájaros eran heraldos. Advertencias. Era una estupidez, claro está..., nada más que los restos de alguna superstición africana. Los pájaros solo eran pájaros. Durante un instante le acudieron a la memoria los cuervos de su sueño, pero fue un pensamiento fugaz. Ya era tarde y a Memphis le ardían los ojos de agotamiento. No habría más palabras aquella noche. Apagó el farol, lo guardó todo en su alforja y echó a andar por la calle vacía, que solo contaba con una farola de gas. La luna brillaba, llena y dorada, sobre las ruinas de la vieja casa de la colina, la antigua mansión Knowles, ahora empequeñecida frente a las hileras de edificios de apartamentos que se divisaban en la distancia. Desde que Memphis iba al cementerio, nadie había vivido allí. Aquella casa le provocaba escalofríos, y por lo general solía caminar por el medio de la calle, alejado de ella.

Una luz fría bañaba las ventanas cubiertas con tablones y el césped lleno de basura. Se acumulaba sobre los miembros marmóreos de una escultura con forma de ángel, rota, y hacía que los árboles muertos parecieran vivos. Memphis le echó un vistazo rápido a la casa y se detuvo. Por el rabillo del ojo, creyó percibir movimiento. Había algo distinto en aquella casa, aunque no era capaz de identificar el qué.

El fastidioso cuervo pasó revoloteando junto a él e hizo que Memphis diera un respingo, así que el joven aceleró el paso. Ya de vuelta en las bulliciosas calles de Harlem, Memphis sacudió la cabeza y se rio en voz baja de lo asustadizo que era. Las luces de neón y los alocados fragmentos de jazz que salían del interior de los clubes cada vez que las alegres pandillas, vestidas con sus mejores galas, empujaban las puertas le sirvieron de consuelo. Bill Johnson el Ciego arrastraba los pies calle arriba mientras tanteaba el camino con su bastón. A Memphis no le apetecía charlar con el viejo, así que se internó en una calle secundaria y echó a correr. Sentaba bien hacerlo en aquella cálida noche de septiembre. Tenía su cuaderno de poemas, sus libros y dinero en el bolsillo. ¿De qué había que preocuparse? Había llegado el momento de

dejarse de preocupaciones y seguir con la vida. Con su mundo colgado a la espalda, Memphis anduvo durante el resto del camino de regresó a Harlem. Pasó ante las casas de Sugar Hill y atisbó desde lejos la cálida luz ambarina de unas ventanas y unas vidas que esperaba que algún día fueran suyas, y después se encaminó hacia su casa.

Su hermano, Isaiah, estaba dormido en el estrecho camastro que había junto a la ventana de la habitación trasera. Memphis se quitó los zapatos, se desvistió y se metió en su cama tan silenciosamente como pudo. Isaiah se incorporó y Memphis contuvo el aliento con la esperanza de que su hermano se diera la vuelta y volviera a dormirse. Esperaba no haberlo despertado.

Isaiah se mantuvo inmóvil, observando la oscuridad con fijeza.

—Soy el dragón. La bestia antigua —dijo.

Memphis se apoyó sobre los codos.

—¿Hombre de Hielo? ¿Estás bien?

Isaiah no se movió.

—Estoy en la puerta y llamo.

Unos cuantos segundos después, volvió a caer sobre la almohada, profundamente dormido. Memphis le tocó la frente a su hermano, pero estaba fría. Una pesadilla, supuso. Él sabía unas cuantas cosas de aquel tipo de sueños... Se colocó de lado y permitió que su cuerpo se relajara. Los párpados comenzaron a pesarle y el sueño lo invadió de inmediato.

En el sueño, Memphis estaba en un camino polvoriento bordeado de campos de maíz. Por encima de él, las nubes se habían convertido en un amasijo oscuro y furibundo. A lo lejos había una granja, un granero rojo y un árbol nudoso desprovisto de hojas. Un cuervo graznó desde un buzón clavado sobre un poste de madera. Después echó a volar hacia los campos y se posó en el hombro de un hombre alto con un sombrero extraño. Tenía la piel tan gris como el cielo y los ojos negros y brillantes. Las medias lunas de sus uñas estaban cubiertas de mugre, y lucía un anillo en cada dedo.

—Ha llegado la hora —dijo el hombre, aunque Memphis no vio que moviera los labios.

El sueño cambió. Memphis estaba de pie en un pasillo largo. Al final había una puerta de metal, y en la puerta estaba el símbolo: el ojo rodeado por los rayos del sol, con un relámpago justo debajo, como una larga lágrima zigzagueante. Oyó el suave batir de alas, y luego se encontró perdido en medio de una niebla espesa, y la voz de su madre lo llamaba: «Oh, hijo mío, hijo mío...».

Memphis no era consciente de las lágrimas que le empapaban las mejillas. Gimió suavemente entre sueños, se dio la vuelta y se sumió en una ensoñación distinta, de hermosas coristas que agitaban abanicos de plumas, que le lanzaban besos y le prometían el mundo.

EL SUEÑO DE EVIE

El sueño de Evie comenzó como lo hacía a menudo: con la niebla, la nieve y el bosque. James estaba de pie junto a los árboles con su uniforme caqui almidonado, pálido y adusto. Los labios de Evie articulaban el nombre de su hermano mientras dormía, pero en el sueño no había sonido. Con un brazo, James le hacía un gesto para que lo siguiera.

El bosque se iba haciendo menos espeso a medida que se acercaban a un pequeño claro lleno de soldados. Un chico con galones de sargento empezaba a gritar órdenes y el campamento se desdibujaba a causa del repentino movimiento: cigarrillos aplastados bajo las botas, tazones de latón abandonados con café en su interior, máscaras de gas puestas sobre las caras, posiciones tomadas, todos y cada uno de los hombres alerta y a la espera. Las nubes oscuras se arremolinaban por encima de sus cabezas. Los destellos de los relámpagos rompían el cielo gris como una descarga... ¡Uno, dos, tres! Alguien tiraba de ella hacia una profunda trinchera y Evie se deslizaba por las paredes terrosas, como las de una tumba, para esconderse de un enemigo al que no veía. Reinaba un silencio persistente, igual que si el mundo contuviera la respiración, y entonces Evie contemplaba con horror cómo una furiosa ola de luz hiriente se extendía por el cielo, seguida segundos después por una fuerza violenta que la aplastaba contra el suelo como el puñetazo de un gigante invisible.

El aire se llenaba de remolinos de humo y ceniza. Evie salía trepando de la trinchera y caía sobre un soldado cuyos huesos se desintegraban hasta transformarse en polvo. Era como si lo hubieran dejado completamente hueco por dentro. Sus ojos habían desaparecido, en su boca se dibujaba una sonrisa espantosa. Unas lágrimas ensangrentadas serpenteaban por sus mejillas marchitas y hundidas como si fuesen cicatrices. Evie gritaba y avanzaba tambaleándose por la tierra chamuscada, donde los cadáveres desperdigados de los soldados descansaban sobre el suelo como flores silvestres pisoteadas. Los hermosos árboles ya no eran más que volutas ennegrecidas. De vez en cuando, vislumbraba a soldados fantasmagóricos en los límites neblinosos del campo, pero cuando volvía la cabeza para mirarlos, se habían esfumado. Evie llamaba a James, y allí estaba, algo más adelante, en el camino, ¡a salvo! Corría hacia él, pero la expresión de su hermano era de advertencia. Él le decía algo, pero Evie no podía oírlo. Sus ojos. Le ocurría algo a sus ojos. James estiraba los brazos y echaba la cabeza hacia atrás. Se producía otro destello cegador.

Evie se despertó reprimiendo los inicios de un chillido. El pequeño ventilador que había junto a su cama zumbaba, pero la chica estaba empapada en sudor. Con dedos temblorosos, buscó a tientas el interruptor de la lámpara y después parpadeó ante la luz repentina. Al no reconocer su nueva habitación, se puso nerviosa. Tenía que respirar. Salió a la desvencijada escalera de incendios y a continuación se encaramó

al tejado, donde hacía fresco y no se sentía encerrada. Jericho estaba en lo cierto, la vista era maravillosa desde allí arriba. Manhattan se desplegaba ante ella como el terciopelo de un joyero adornado con diamantes. Los trenes seguían traqueteando sobre las vías, incluso a aquella hora. La ciudad estaba tan inquieta como ella misma. Sobre la cornisa, una paloma arrullaba y picoteaba migas de pan.

—Tú y yo, muchacha, vamos a arrasar esta ciudad —bromeó Evie al tiempo que se secaba las lágrimas que convertían el horizonte de la ciudad en una luz difusa—. No seas boba, amiga —se regañó—. Arriba esos ánimos.

Evie dejó que el viento le besara las mejillas. Abrió los brazos como si quisiera abarcar todo Manhattan. A partir del día siguiente, se dijo a sí misma, las cosas serían diferentes. Habría compras, y un espectáculo de cine con Mabel. El sábado podrían coger el metro hasta Coney Island, mojarse los pies en el Atlántico y montarse en la montaña rusa Thunderbolt. Por la tarde, encontrarían una fiesta y bailarían como si no existieran los hermanos muertos o los sueños terribles. Todo iba a ser la pera.

Evie volvió a recoger los brazos para abrazarse. Se secó la nariz con una manga y canturreó una melodía de moda con voz suave para darse ánimos.

El tren pasó con gran estrépito y sobresaltó a la paloma, que emprendió el vuelo.



Entre los centelleantes cañones de ladrillo y neón, la ciudad seguía adelante. La gente se encontraba y se separaba, apresurada y ociosa. Los metros rugían. Los cláxones de los coches balaban. Los semáforos pasaban del verde al amarillo y después al rojo solo para volver a empezar.

En Harlem, Bill Johnson el Ciego permanecía tumbado sobre su catre del albergue en una larga habitación llena de camastros, a la espera de que el sueño lo atrapara. Hacía calor en la sala, como cuando el sol le apretaba en la nuca mientras trabajaba en los campos de algodón de Misisipi. Todavía veía aquel leve recuerdo del sol, cómo había roto las nubes de lluvia y centelleado sobre el coche oscuro que llevaba a los hombres de las sombras.

Mabel Rose leía a Tolstói a la luz de una lámpara y trataba de ignorar el ruido de la discusión de sus padres en la habitación de al lado. Al final se tumbó boca arriba y se quedó mirando el techo mientras imaginaba que, unos cuantos pisos por encima del suyo, Jericho estaba en su cama, también despierto, pensando tan solo en ella.

En el cementerio africano, las hojas de los árboles se deslizaban entre las tumbas siempre silenciosas y sobre el césped de la casa de la colina. La estatua del ángel roto no sintió la frialdad de la sombra alargada que atravesaba el jardín. Sus ojos ciegos no percibieron al extraño que se limpiaba la sangre de las manos mientras contemplaba la majestuosidad del cielo estrellado. Y sus oídos sordos no oyeron el escalofriante silbido de la antiquísima melodía, que quedó brevemente suspendido en

el viento antes de perderse entre el jazz frenético y anhelante de la ciudad.

La señorita Addie estaba de pie ante su enorme ventanal, que daba al lago Reservoir de Central Park y al castillo Belvedere, ambos bañados por el resplandor ligeramente anaranjado de la luna. Se mecía con suavidad sobre los talones y cantaba una canción que conocía desde la niñez.

—El té está casi listo —le dijo la señorita Lillian cuando se situó a su lado—. Vaya, mira cómo la luna ilumina el Belvedere. Es hermoso.

—Sí que lo es. —La señorita Addie puso una mano sobre el cristal, como si con ella pudiera abarcar todo el castillo—. ¿Notas el cambio, hermana?

La señorita Lillian asintió con solemnidad.

—Sí, hermana.

—Están de camino.

La señorita Addie volvió a dirigir la mirada hacia el parque y continuó vigilando la noche hasta que la luna palideció contra el cielo del amanecer y el té, intacto, se hubo quedado helado en la taza.

LOS CUATRO JINETES DEL APOCALIPSIS

La primera semana de Evie en Nueva York había resultado ser justo tan emocionante como ella esperaba. Por las tardes, Mabel y ella cogían la línea elevada hasta el cine para ver películas de Douglas Fairbanks, Buster Keaton y Charlie Chaplin, y un día especialmente caluroso habían cogido la línea de la avenida Culver en dirección a Coney Island. Allí, se mojaron los pies en el frío oleaje del Atlántico y pasearon ante las máquinas recreativas y las atracciones carnalescas fingiendo no oír las llamadas de los Romeos del Paseo Marítimo, que les suplicaban un poco de atención. Cuando Mabel acababa con sus deberes y Evie con la lectura recomendada por Will, se iban a Gimbels a mirar escaparates, se probaban abrigos de solapa ancha rematados con pieles y sombreros de campana sin alas que hacían que se sintieran como estrellas del cine. Después, compraban cacahuetes recién tostados en Chock Full O’Nuts o entraban a comerse un sándwich en el Horn & Hardart Automat, donde Evie se entusiasmaba al coger su comida del pequeño compartimento de cristal tras haber insertado la moneda y pulsado el botón.

Más tarde, Evie y Mabel bajaban al ajado comedor del Bennington y se sentaban bajo sus luces chisporroteantes a beber nata de huevo y planear sus magníficas aventuras por Manhattan. Una noche en que Mabel tuvo que ayudar a sus padres en una reunión de trabajadores, Evie se tomó la libertad de ir a visitar a Zeta y Henry en su piso. Henry le había abierto la puerta vestido con una chaqueta de esmoquin sobre un par de pantalones marroquíes holgados y una camisa de traje desabrochada. Bastaba una mirada para darse cuenta de que Zeta y él no podían ser parientes: el rubio pecoso del joven contrastaba claramente con el aspecto oscuro y ahumado de la chica. Pero asimismo resultaba obvio, por la forma en que se comportaban el uno con el otro, que tampoco eran amantes, sino solo buenos amigos. Henry había enarcado una ceja al ver a Evie y se había apoyado contra el marco de la puerta para decirle con su acento pausado y marcado:

—Me da la sensación de que no has venido por lo de la fuga del fregadero, ¿verdad?

Evie se había echado a reír y le había prometido masticar la cantidad de chicle de menta que se necesitase para arreglarla, así que Henry le había abierto la puerta de par en par con un grandilocuente:

—*Entrez, mademoiselle!*

Zeta estaba tumbada sobre un diván de terciopelo, ataviada con su pijama masculino de seda y un pañuelo con estampado de pavo real atado dramáticamente alrededor de la cabeza.

—Ah. Hola, Evil. ¿Cómo te va?

Los tres se habían bebido unos cuantos chupitos de ginebra robados de una fiesta

en el Hotel Waldorf-Astoria a la que Zeta había asistido y se habían dedicado a inventar canciones estúpidas que Henry tocaba en el ukelele. Y nadie se había quejado de que Evie no supiese entonar. Después jugaron a las cartas hasta las tantas y Evie se arrastró escaleras arriba hacia el apartamento de Will justo antes de que saliera el sol, sintiendo que todo era posible en Manhattan y que la esperaba una gran aventura... en cuanto durmiera la mona.

Ahora, los primeros indicios de rojo y dorado bosquejaban las copas de los árboles de Central Park y un sol de otoño veraniego brillaba sobre Manhattan. Evie, Mabel y Zeta se pusieron sus trajes más elegantes y se subieron a un vagón atestado para ir de excursión vespertina al cine. Las tres corrieron hacia la parte de atrás y se encajonaron en un asiento doble sin parar de hablar, entusiasmadas.

—Evie, ¿cómo le va a Jericho últimamente? —preguntó Mabel, y se mordió el labio.

Intentaba parecer espontánea, pero era incapaz de poner cara de póquer, y Evie sabía que debía de estar muriéndose por dentro.

—¿Quién es Jericho? —quiso saber Zeta.

—El ayudante de mi tío —le explicó Evie—. El tipo alto y rubio.

—Es la perfección absoluta —añadió Mabel, y Zeta enarcó sus dos estrechísimas cejas.

—¿Te pone tonta? —preguntó.

—Y de qué manera —le confirmó Evie—. Es mi solemne misión hacer que estos dos tortolitos acaben juntos. Hemos empezado despacio, pero estoy segura de que a partir de ahora apretaremos el acelerador de la Operación Jericho.

—¿Sí? —Zeta evaluó a Mabel con frialdad—. Lo que necesitas es una visita a la peluquería, muchacha.

Mabel se llevó una mano protectora a la trenza que llevaba recogida en la nuca.

—Vaya. Vaya, no creo que pudiera.

—Bueno, claro, si te da miedo...

Zeta le guiñó un ojo a Evie.

—Sí, claro. No todas podemos ser valientes.

Evie chasqueó la lengua y le dio unos golpecitos a Mabel en la mano.

—Podría cortarme el pelo en cuanto me lo propusiera —protestó Mabel.

—No tienes que hacerlo, Carita de Pan —repuso Evie batiendo las pestañas.

—No si te asusta —la provocó Zeta.

—Debéis saber que me he enfrentado a muchedumbres furiosas en las reuniones políticas de mi madre, y atravesado piquetes. ¡Está claro que no me da miedo el peluquero! —exclamó Mabel con desdén.

—Bien. Juguémonos la pasta. Soltaré un dólar si te cortas el pelo hoy.

—Dos dólares —intervino Evie.

Mabel palideció. Pero a continuación levantó la barbilla tal y como hacía su madre, nacida en el seno de la alta sociedad.

—¡De acuerdo! —dijo, y le hizo un gesto al conductor para que se detuviera.

Mabel miró con nerviosismo el escaparate de la Peluquería Esquire, con un cartel que proclamaba: ¡HACEMOS CORTES BOB! ¡TE PARECERÁS A LAS ESTRELLAS DEL ESCENARIO Y LA PANTALLA!, junto a un dibujo de una hermosa *flapper* con un tocado de plumas.

—Mabesie, ese estilo te quedaría genial —le dijo Evie—. Jericho lo adoraría.

—Jericho es un pensador profundo y un erudito. No le presta atención a los peinados —repuso Mabel, pero parecía aterrorizada.

Zeta se retocó el carmín mirándose en el escaparate de una tienda.

—Hasta los eruditos tienen ojos, niña.

Evie pasó la mano ante una pantalla imaginaria.

—Imagínatelo: entras en el museo como una Mabel totalmente nueva... ¡Mabel la Encantadora! ¡Mabel la *Flapper*! ¡Mabel la Nena del Jazz Caliente!

—Mabel A La Que Más Le Vale Decidirse O Nos Perderemos La Película —agregó Zeta.

—Lo haré.

—¡Esa es mi chica! —exclamó Evie.

Empujó a Mabel hacia la peluquería. Evie y Zeta se acercaron al escaparate y pegaron la cara al cristal para observarla. Mabel habló con el peluquero, que la acompañó hasta una silla. Miró a las chicas con nerviosismo. Evie la saludó con la mano y esbozó una sonrisa de triunfo.

—No lo hará —dijo Zeta.

—Yo digo que sí.

—Bien. Subamos la apuesta. Diez dólares.

Diez dólares era una cantidad espléndida, pero Evie no tenía intención de echarse para atrás.

—¡Hecho!

Se estrecharon las manos para sellar el trato y volvieron a centrarse en el escaparate. Dentro, Mabel seguía en la silla del peluquero y permitió que el hombre le pusiera un paño alrededor del cuello.

—Voy a comprarme unas medias elegantísimas con tus diez dólares, Zeta.

Zeta sonrió con superioridad.

—Todavía no ha terminado, muchacha.

Mabel se aferró a los reposabrazos acolchados de la silla del peluquero cuando el hombre presionó el pedal para elevarla. Acercó las tijeras al pelo de la joven. Mabel abrió los ojos como platos y se levantó de la silla de un salto, tiró el paño al suelo y se apresuró hacia la puerta. Al abrirla, la campanilla que había sobre ella comenzó a

tintinear como el trineo de Papá Noel.

—¡Qué estupidez! —siseó Evie.

Zeta estiró la mano.

—Seré yo quien disfrute de esas medias, Evil.

—Lo siento... No... no he podido —tartamudeó Mabel cuando echaron a andar hacia Times Square—. ¡Vi las tijeras y creí que iba a desmayarme!

—No pasa nada, Mabiesie. No todo el mundo puede ser una *flapper* —dijo Evie, y entrelazó su brazo con el de su amiga.

—Si voy a ganarme a Jericho, tengo que hacerlo siendo tal como soy.

—¡Y lo harás! —la tranquilizó Evie—. De algún modo.

En la calle Cuarenta y dos con la Quinta Avenida, saludaron al policía apostado en el recinto de cristal que coronaba la torre de tráfico, con sus señales rojas, verdes y amarillas. El hombre se dio un golpecito en la gorra como respuesta y las chicas rompieron a reír, animadas por las multitudes que avanzaban entre los coches y los autobuses de dos pisos. El vapor salía a borbotones a través de las rejillas de las alcantarillas, como si la ciudad y sus gentes bulliciosas no fueran sino parte de un mecanismo gigantesco accionado por una maquinaria invisible. Mientras esperaban para cruzar la calle, un hombre harapiento en una silla de ruedas desvencijada sacudió su lata ante ellas. Iba vestido con un mugriento uniforme del ejército; tenía las piernas amputadas a la altura de la rodilla.

—Un poco de caridad para un soldado que sirvió en el ejército —rogó con voz áspera.

Evie metió la mano en su monedero y sacó un dólar, que metió en la lata del hombre.

—Ahí tiene.

—Gracias —contestó el veterano. Miró a Evie y murmuró con suavidad—: Ha llegado la hora, ha llegado la hora, ha llegado la hora. Cuidado... cuidado...

—Si picas con cada historia lacrimógena que te encuentres por la calle, estarás en la ruina antes de que pase una semana, Evil —le advirtió Zeta mientras cruzaban hacia el otro lado de la calle.

—Mi hermano estuvo en el ejército. No regresó.

—¡Ostras, niña! Lo siento —dijo Zeta.

—Fue hace mucho tiempo —la tranquilizó Evie. No quería comenzar su amistad con una nota tan amarga—. ¡Eh, mirad el vestido de esa mujer! ¡Es la pera limonera!

Cuando llegaron al cine Strand, las chicas compraron entradas de veinticinco centavos, y un acomodador de guantes blancos y traje rojo las acompañó hasta sus asientos del anfiteatro, situado frente al enorme escenario bañado en oro con su telón dorado. Evie jamás había visto algo tan magnífico. Los asientos eran de terciopelo afelpado. Las paredes estaban decoradas con frisos y murales. Las columnas de

mármol llegaban hasta los palcos y galerías profusamente decorados. En la esquina, un hombre tocaba un órgano Wurlitzer y, más abajo, había un foso para una orquesta completa.

Las luces de la sala se atenuaron. La luz que brotaba de la cabina del proyector jugueteó sobre el telón, que empezó a abrirse lentamente. Evie oía el traqueteo de la película al avanzar paso a paso. Unas palabras titilantes llenaron la pantalla: PATHE NEWS. GINEBRA, SUIZA. REUNIÓN DE LA SÉPTIMA ASAMBLEA GENERAL DE LA LIGA DE LAS NACIONES. Unos hombres con aspecto serio y vestidos con traje y sombrero aparecían ante un bello edificio. LA ASAMBLEA DA LA BIENVENIDA A ALEMANIA A LA LIGA DE LAS NACIONES.

—¡Queremos a Rudy! —le gritó Evie a la pantalla. Mabel abrió los ojos de par en par, alarmada, pero Zeta esbozó una sonrisa de complicidad, y Evie sintió una ligera emoción al ver que su rebeldía había conseguido su objetivo. Un hombre sentado cuatro asientos más abajo pidió silencio—. Búscate un trabajo, anciano decrepito —musitó Evie, y las chicas intentaron sofocar sus risas.

En la pantalla, un hombre con un atractivo digno de las estrellas del cine inspeccionaba una fábrica y estrechaba las manos de los trabajadores. La imagen desapareció para dar paso a unas letras blancas sobre fondo negro: EL EMPRESARIO E INVENTOR ESTADOUNIDENSE JAKE MARLOWE ESTABLECE UN NUEVO RÉCORD DE PRODUCCIÓN INDUSTRIAL.

—Estoy segura de que ese Jake Marlowe es un jeque —murmuró Evie con admiración.

—A mis padres no les cae bien —susurró Mabel a su lado.

—A tus padres no les cae bien nadie que sea rico —replicó su amiga.

—Dicen que no permite que sus trabajadores se sindiquen.

—Es su empresa. ¿Por qué no iba a hacer lo que considere más oportuno? —dijo Evie.

El hombre contrariado llamó a un acomodador. Las chicas se callaron de inmediato y trataron de parecer inocentes. El noticiario finalizó y empezó la película. «Metro presenta la producción Rex Ingram de la obra maestra literaria de Vicente Blasco Ibáñez *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*». Las palabras destellaron en la pantalla y se hizo el silencio, las chicas estaban embelesadas por el brillo del reflector y la belleza de Rodolfo Valentino. Evie se imaginó en la pantalla plateada besando a alguien como Valentino, y su foto en la revista *Photoplay*. Tal vez viviera en una mansión de estilo árabe en las colinas de Hollywood, decorada con alfombras de piel de tigre. Aquello era lo que más le gustaba a Evie de ir al cine: la oportunidad que le ofrecía de imaginarse viviendo una vida distinta, más glamurosa. Pero entonces la película llegó a las escenas de guerra. Evie observó a los soldados en las trincheras, a los jóvenes que reptaban por la tierra de nadie, empapada de lluvia, que era el campo

de batalla, que caían tras las explosiones. Se sintió mareada al pensar en James y en sus terribles pesadillas. ¿Por qué la perseguían? ¿Cuándo acabarían? ¿Por qué James nunca le hablaba en ellas? Daría cualquier cosa por oír su voz.

Cuando terminó la película, todas tenían los ojos llenos de lágrimas: Mabel y Zeta lloraban por el protagonista muerto, Evie por su hermano.

—Nunca habrá otro como Rudy —dijo Mabel al tiempo que se sonaba la nariz.

—Yo no lo habría dicho mejor, hermana —ronroneó Zeta cuando salieron al sol de media tarde. Se detuvo al ver la cara airada de Evie—. ¿Qué pasa, Evil?

—Sam. Lloyd —gruñó Evie.

Salió corriendo a toda prisa hacia un grupo de gente que observaba un juego del trile.

—¿Quién es Sam Lloyd? —le preguntó Mabel a Zeta.

—No lo sé —contestó esta—. Pero estoy bastante segura de que es hombre muerto.

—Fíjense en la reina de Corazones, amigos. Es la carta del dinero. —Sam colocó tres naipes sobre una caja de cartón y comenzó a moverlos con tal rapidez que no eran más que un borrón—. Bien, señor, señor... sí, usted. ¿Le gustaría hacer una apuesta? Esta primera ronda es gratis. Solo para demostrarle que se trata de un juego honesto.

Evie le dio la vuelta a la caja y tiró las cartas y el dinero.

—¿Te acuerdas de mí, Casanova?

Sam tardó unos instantes en reaccionar, pero luego sonrió.

—Vaya, pero si es mi monja favorita. ¿Cómo está la madre superiora, hermana?

—No me llames «hermana». Me robaste el dinero.

—¿Quién, yo? ¿Acaso tengo pinta de ladrón?

—¡Por supuesto!

La multitud contemplaba la discusión con interés, y Sam miró a su alrededor con nerviosismo. Se ajustó la gorra de pescador griego sobre la frente.

—Muñeca, lo lamento si te desplumaron, pero no fui yo.

—Si no quieres que llame a un poli para que venga de inmediato y le cuente que acabas de intentar aprovecharte de mí, devuélveme mis veinte dólares.

—Pero, hermana, tú no serías...

—¡To-tal-men-te capaz! ¿Conoces el Museo del Folclore Norteamericano, la Superstición y el Ocultismo?

—Sí, lo conozco, pero...

—Podrás encontrarme allí. Más vale que me lleves mis veinte dólares, si es que sabes lo que te conviene.

—¿O qué? —se burló Sam.

Evie divisó la chaqueta de Sam colgada sobre una toma de agua para los

bomberos. Se hizo con ella y metió los brazos en las mangas.

—¡Devuélvemela! —rugió Sam.

—Veinte dólares y es toda tuya. En el museo. ¡Hasta pronto!

Entre risas, Evie se alejó corriendo.

—¿Quién es ese? —le preguntó Mabel cuando llegó hasta ellas y se refugiaron en una cafetería.

—Sam Lloyd. —Evie casi escupió el nombre.

Les contó su encuentro con él en la estación de Pensilvania, que la había besado y le había robado el dinero.

Zeta le dio un sorbo a su café y dejó un perfecto arco de Cupido en la taza de cerámica blanca.

—Tiene pinta de poder escaparse con algo más que tus veinte dólares, no sé si me entiendes... Será mejor que te andes con ojo con él, Evil.

—No tengo ojos suficientes para vigilarlo —refunfuñó Evie.

—Regístrale los bolsillo. Mira a ver si puedes recuperar tu dinero —sugirió Mabel.

—¡Vaya, Mabel! ¡Qué buena idea! ¿Eso es lo que te ha enseñado la educación progresista de tu colegio?

Evie rebuscó en los muchos bolsillos de la chaqueta, pero no encontró más que un montón de pelusas, medio paquete de caramelos y una postal coloreada con montañas y árboles altos. Había algo garabateado en ruso en el dorso. Evie sabía que podía intentar leer cualquiera de aquellos objetos para averiguar algo más sobre Sam Lloyd, pero el dolor de cabeza posterior no lo merecía. Confiaba en que el chico iría a buscar la chaqueta. Estaban en septiembre, y el tiempo cambiaría dentro de poco.

Cuando Evie regresó al museo, el tío Will y Jericho estaban sentados a la mesa hablando con un hombre grueso y de unos ojos marrones y tristes, como los que solían verse en los cachorros de las tiendas de mascotas que no habían sido elegidos para la Navidad, y con una nariz que parecía haberse encontrado en el bando equivocado en unas cuantas peleas. Llevaba una insignia de detective sujeta al traje.

—¡Tío! ¿Por qué te han pillado? ¿Necesitas que te pague la fianza?

—Terrence, esta es mi sobrina, Evie O'Neill. Evie, este es el detective Malloy.

Pese a los ojos tristes, el detective Malloy tenía una sonrisa cálida. Le tendió la mano.

—Soy un viejo amigo de los tiempos en que su tío trabajaba para el gobierno.

—¿Eh? ¿Cuándo fue eso, tío? —preguntó Evie.

Will la ignoró.

—Sé que te dije que iríamos a Chinatown a cenar, pero me temo que debo ir un rato al centro con el detective Malloy.

—O sea, que sí que necesitas que te pague la fianza —le contestó Evie.

—No, no lo necesito. La policía ha solicitado mi colaboración. Ha habido un asesinato.

—¡Un asesinato! Dios mío. Deja que me cambie de zapatos —dijo Evie emocionada—. No tardaré nada.

—Tú no vienes —ordenó el tío Will.

Evie daba saltitos sobre un pie mientras se quitaba los zapatos para ponerse sus nuevos Oxford.

—¿Quieres que me pierda una escena del crimen de verdad? ¡Ni loca!

—Es desagradable, señorita. No es apta para una dama —intervino el detective Malloy.

—No me asusto con tanta facilidad. Prometo que seré tan dura como Al Capone.

Evie se ató el primer zapato.

—Te quedas aquí.

Will le dio la espalda y la ignoró.

—Tío, prometiste llevarnos a Jericho y a mí a cenar a Chinatown. No tiene sentido volver hasta aquí a recogerme.

—Evangeline...

—Te prometo que no causaré ningún problema. Me quedaré en el asiento de atrás del coche y esperaré a que terminéis —aseguró Evie.

Will suspiró.

—¿No te importa, Terrence?

—En absoluto. —El detective sujetó la puerta para que Evie saliera—. Pero después no me venga con quejas si tiene pesadillas, señorita O'Neill.

Evie reprimió una carcajada sarcástica ante aquellas palabras.

LA RAMERA ENGALANADA SOBRE EL MAR

El puente de Manhattan se hacía cada vez más grande a medida que subían por la calle Pike. Ante los edificios de apartamentos, un enjambre de niños jugaba al béisbol. Cuando el coche pasó entre ellos, lo observaron con suspicacia y los ojos entrecerrados.

—Futuros vándalos —dijo el detective Malloy tras aparcar el vehículo policial al final de la calle—. Si cualquiera de vosotros, mier... —miró a Evie—, pequeños mocosos, toca este coche, os prometo que tendrán que dragar el río en busca de vuestros dientes.

Los hombres bajaron del vehículo y Evie los siguió.

—Ibas a esperar en el coche —le recordó Will.

Evie había logrado que la dejaran ir hasta allí sirviéndose de artimañas. No tenía ninguna intención de llegar tan lejos y no ver la verdadera escena del crimen. ¡Un asesinato en Manhattan! Ya se imaginaba escribiendo a Dottie y Louise para contarles sus aventuras: «Mis queridísimas queridas, no vais a creer lo que he visto hoy... Evidentemente, como cualquier chica moderna, no he tenido miedo...». Sería exactamente igual que en las novelas de Agatha Christie que tanto le gustaban. Pero solo si conseguía acercarse más.

—Ya, tío Will, pero a una chica que espera sola en el coche podría pasarle cualquier cosa. —Evie miró con determinación a los niños que jugaban al béisbol—. ¿Qué diría mi madre?

Adoptó una expresión de inocencia absoluta.

—Entonces Jericho esperará contigo.

Evie le lanzó una mirada rápida a Jericho.

—Me sentiría mejor estando a tu lado, tío Will. Te prometo que no interferiré. Y no tienes que preocuparte de que sea una de esas debiluchas que se marean y se desmayan cuando ven sangre. Mira, el año pasado, cuando Betty Hornsby estuvo a punto de amputarse el dedo intentando hacer malabarismos con cuchillos de cortar carne en una fiesta, yo fui la única que no se cayó redonda al ver la sangre por todas partes. Fue un desastre total, pero yo aguanté ab-solu-ta-men-te firme como una roca. Te lo prometo.

Hizo cuanto estuvo en su mano para no parecer desconcertada, como si viera cadáveres a diario. El tío Will comenzó a oponerse, pero el detective Malloy se encogió de hombros.

—Siempre y cuando prometa no desmayarse, por mí no hay problema. Pero esto no es una novela de misterio, señorita O'Neill. La aviso de antemano.

En el embarcadero se había congregado una multitud de mirones. Unos polis vestidos de uniforme azul con botones metálicos intentaban echarlos. Tres barcos de

ostras se mecían al final del embarcadero, al que estaban amarrados con calabrotos.

—El cuerpo de la chica estaba por aquí —anunció Malloy—. La encontró un pescador. Por lo que hemos averiguado, abandonaron el cadáver ayer. Estaba oculto por un montón de conchas de ostras, y por eso nadie lo había visto antes. ¿Estás bien, Fitz?

El tío Will había palidecido.

—Odio el olor a pescado.

—Anímate. Lo que vas a ver hará que te olvides del olor. Lo del cadáver es una carnicería. —Malloy miró a Evie con fijeza. Ella se negó a darle la satisfacción de reaccionar—. También le han hecho algún tipo de abracadabra extraño, por eso he recurrido a ti. Te lo aseguro, Fitz, nunca había visto nada igual.

Malloy los condujo hasta un enorme montón de conchas de ostras vacías, rosadas bajo la luz del sol de última hora de la tarde. Un fotógrafo de la policía había montado el trípode. Disparó el flash de lámpara que llevaba en la mano y el resplandor cegó a Evie. El polvo de magnesio abrasó el aire y dejó un regusto intenso en la boca de la muchacha. A medida que se acercaban, los olores a pescado, orina y carne putrefacta comenzaron a abrumar a la joven. Una violenta náusea se formó en su interior, pero ella la contuvo. Respiró disimuladamente por la boca. El lugar estaba infestado de moscas negras, y Evie trató de espantárselas de la cara.

—Hasta aquí llega usted, señorita —le dijo el detective Malloy, y le quedó claro que se trataba de una orden.

Después, el policía le hizo un gesto con la cabeza a Jericho, una especie de tácito código masculino que indicaba que el joven debería quedarse con Evie, pero aquello tan solo consiguió enfurecerla más.

El detective Malloy acompañó a Will hasta el otro lado de la muralla de conchas de ostras y Evie se percató de que el rostro de su tío palidecía aún más, lo vio llevarse una mano a la boca para contener un grito o una arcada. El tío Will se dio la vuelta durante un minuto y se agachó para poder respirar. Evie se dio cuenta de que aquella era su oportunidad.

—Tío, ¿estás bien? —preguntó, y echó a correr hacia él.

—Evie... —comenzó a decir él, pero ya era demasiado tarde. Su sobrina se había dado la vuelta.

Tan solo podía recordar otra ocasión en la que se hubiera quedado sin respiración tan de golpe, y era el día en que había llegado el telegrama del departamento de guerra. A su cerebro le costó un instante procesar que lo que descansaba deslavazado sobre el viejo embarcadero de madera había sido un ser humano. Lo asimiló por fases: un zapato medio quitado. Las medias mugrientas, hechas jirones, arremolinadas en torno a unos tobillos hinchados y ennegrecidos. El vestido rasgado y los miembros magullados. La piel de los párpados flácida y hundida en unas

cuencas vacías.

Los ojos. El asesino se había llevado los ojos de la chica.

El zumbido del malestar se apoderó de Evie como si alguien hubiera golpeado con un martillo la campana de una atracción de feria. Se clavó las uñas en las palmas de las manos para permanecer alerta.

Habían colocado el cadáver maltratado de la chica sobre el embarcadero, con las piernas y los brazos estirados. Le habían esquilado todo el pelo de la cabeza, a excepción de unos cuantos mechones que habían escapado a las tijeras. Unas perlas baratas, bagatelas, le rodeaban el cuello, y unos anillos de juguete le adornaban los dedos. Su rostro totalmente drenado de sangre estaba maquillado de manera estridente, muy empolvado y con un colorete intenso. Un tajo de carmín rojo ocultaba a duras penas el azul de sus labios muertos. Le habían garabateado la palabra «RAMERA» en mitad de la frente.

Un policía le había ofrecido a Will sales aromáticas y este se había incorporado, aún un poco aturdido. Evie no se había movido ni un centímetro. En el apartamento le había parecido muy emocionante —una escena del crimen de verdad, algo que contarle a los nuevos amigos—. Pero en aquel instante, mientras miraba aquel cuerpo ultrajado, Evie dudó de si querría contarle alguna vez. Deseó no haberlo visto. Una lágrima solitaria le rodó por la mejilla. Se la enjugó rápidamente y bajó la mirada hacia sus propios zapatos.

—Lleva muerta una semana, más o menos —informó el detective Malloy. Su voz parecía llegar hasta Evie a través de un túnel—. Tiene una etiqueta en la cartera con un nombre y una dirección. Ruta Badowski, de Brooklyn. Diecinueve años. Hemos contactado con la familia. Hace algo más de una semana, Ruta fue a una de esas locas maratones de baile con su novio formal, Jacek Kowalski. Lo hemos interrogado, pero no hemos averiguado nada. Asegura que se quedó dormido en un portal y que fue a trabajar a la fábrica de ladrillos a la mañana siguiente. Su jefe ha corroborado su coartada.

Evie se arriesgó a lanzarle otra mirada al rostro desfigurado de la joven. Diecinueve. Solo dos años más que ella. Había salido a bailar. Y ahora estaba muerta.

—Esto es lo que quería que vieras.

Malloy abrió el vestido de la chica. En el pecho, por encima del sujetador desgastado, había una enorme marca hecha con un hierro candente con forma de estrella de cinco puntas y rodeada por una serpiente que se mordía la cola.

—¿Qué es eso, Fitz, una especie de hechizo vudú? —preguntó Malloy.

—No tiene nada que ver con el vudú. Y el *voudon* no es más que el espiritualismo del África Occidental y el Caribe, que se basa en la naturaleza —repuso el tío Will con impaciencia.

Malloy hizo un gesto de disculpa.

—Vale, vale. No te enfades, Fitz. ¿Qué es, entonces?

Will se agachó para verlo mejor. Evie no sabía cómo podía hacerlo sin echarse a gritar.

—Es un pentáculo, un símbolo del universo —explicó Will—. Muchas religiones y órdenes los usan... los paganos, los gnósticos, las religiones orientales, los antiguos cristianos, los masones. El Sello de Salomón es el símbolo de este tipo más famoso. Normalmente se utiliza como forma de protección.

—Pues a ella no la ha ayudado mucho —comentó Malloy.

El tío Will rodeó el cuerpo caminando.

—Este está invertido. —Señaló que había dos puntas hacia arriba y una hacia abajo—. He oído decir que el pentagrama invertido sugiere una falta de equilibrio, el triunfo de lo material sobre lo espiritual. Algunos aseguran que tales pentáculos pueden ser utilizados para propósitos más oscuros, hechicería o magia prohibida... para invocar a demonios o ángeles. —Will se puso de pie y apartó la cara durante un instante. Cogió tres grandes bocanadas de aire y volvió a soltarlas—. Pescado. Odio el olor del pescado.

—Toma, tío —dijo Evie, y le pasó un minúsculo frasco de perfume caro que llevaba en el bolso.

Will lo olió y se lo devolvió. Evie se lo llevó también a la nariz. Volvía a sentirse débil, así que se obligó a mirar hacia el magnífico arco de metal que se elevaba sobre el río hasta Brooklyn.

—¿Es posible que el asesino trabaje en una fábrica o con ganado? —dijo Jericho, rompiendo su silencio.

Evie ni siquiera se había dado cuenta de que el joven ayudante de su tío se había colocado a su lado.

—Ya hemos preguntado por la ciudad para ver si la marca de hierro le resultaba familiar a alguien. Hasta ahora, nada —respondió Malloy—. Hay algo más.

El detective le hizo un gesto a uno de los agentes, que le llevó un trozo de papel amarillento. Se lo pasó a Will. Evie se acercó a su tío y lo leyó a su espalda.

—«La Ramera, la Puta de Babilonia, estaba adornada con oro y joyas y tesoros mundanos, y contempló la gloria de la Bestia en todo su esplendor y gritó, pues ya tenía los ojos abiertos y conocía la crueldad del mundo que debe ser redimido por la sangre y el sacrificio. Y la Bestia se llevó sus ojos y lanzó a la Ramera Engalanada al mar eterno del interior de la Marca. Esa fue la quinta ofrenda».

—¿Eso es de la Biblia?

—De ninguna que yo haya leído.

Will sacó su cuaderno y garabateó unas notas.

Evie señaló una serie de símbolos dibujados en la parte inferior del papel.

—¿Qué es eso? —Su voz le sonó rara.

Will le dio vueltas al papel arriba y abajo.

—Todavía no estoy seguro. Algún tipo de signo mágico, supongo. Terrence, me gustaría hacerte unas cuantas preguntas. En privado, si no te importa.

Los hombres se dirigieron hacia un punto ventoso del embarcadero para hablar. Evie volvió a mirar el cadáver de la joven y se concentró en sus zapatos. Estaban desgastados y estropeados por el agua, pero Evie percibía que eran especiales, probablemente el mejor par de la muchacha. Aún conservaban una hebilla de diamantes falsos, que colgaba suelta de la correa. Era una última humillación, y Evie quería corregirla. Intentó volver a abrocharla, pero no se quedaba en su sitio.

—Por favor —susurró a punto de echarse a llorar.

Con renovada determinación, la ajustó con fuerza. El objeto reveló sus secretos con tal rapidez que Evie no tuvo tiempo de reaccionar. Las imágenes se sucedían veloces, como una película acelerada: una tira de papel amarillo que se desprendía de la pared. Una caldera. Un delantal de carnicero. Una cerradura que gira. El hierro candente. Unos ojos azules circundados de rojo. Unos ojos terribles, ventanas del infierno. Silbidos..., una alegre melodía horriblemente fuera de lugar, como una nana en un campo de batalla. Y, a continuación, la cabeza se le llenó de gritos.

Resollando, Evie soltó la hebilla. Se tambaleó hasta el borde del embarcadero y vomitó la tarta que se había comido en el Automat. A su espalda, los policías estallaron en carcajadas.

—No es sitio para una chica —dijo uno de ellos.

Alguien le pasó un pañuelo.

—Gracias —dijo avergonzada.

—De nada —contestó Jericho, y la dejó limpiarse en paz.

En el río, un ferry dividía el agua gris en cumbres ondulantes que se propagaban hasta volver a sumirse en la calma. Evie lo observó continuar su camino resoplando e intentó encontrarle un sentido a lo que acababa de ver. Probablemente aquellas terribles imágenes que había visto en su cabeza fueran pistas. Pero ¿cómo iba a explicarle a alguien cómo las había obtenido? ¿Y si no la creían? ¿Y si la creían y la obligaban a sujetar aquella hebilla para volver a sumergirse en la pesadilla? No podría soportarlo. Nadie debía saber lo que había visto. El tío Will solucionaría aquel caso. No había necesidad de que ella dijera nada.

—Evie. Nos vamos —la llamó el tío Will.

—Voy enseguida. —Trató de imprimirle fuerza a su voz.

Un fuerte viento sopló desde el East River y levantó el borde del pañuelo beis de la chica muerta. Lo elevó como si fuera una mano pidiendo ayuda. Evie se dio la vuelta y escogió el camino más largo para evitar verla.

MANTENER A LOS FANTASMAS ALEJADOS

—Te dije que no era una buena idea —la reprendió el tío Will.

Estaban sentados en un restaurante de Chinatown. El dolor de cabeza de Evie iba a más. Lo único que podía hacer era perseguir con la cuchara las bolitas relucientes que flotaban en su cuenco de sopa.

—¿Quién haría algo así? —preguntó al fin.

—Dado el curso de la historia humana, la pregunta más acertada es: ¿por qué no hay más gente que haga cosas de ese tipo? —contestó Will.

Después, se llevó un trozo de ternera a la boca diestramente con los palillos.

—Podría ser un ajuste de cuentas. Tal vez su familia le debiera dinero a alguien —sugirió Jericho.

—Pero, entonces ¿por qué tomarse tantas molestias? —musitó Will—. ¿Por qué hacer que parezca de naturaleza ocultista... y extrañamente ocultista, además?

Will y Jericho consideraron varias ideas y descartaron la mayoría. Evie guardó silencio. Estaba desesperada por echar un trago.

—¿Está sacado del libro del Apocalipsis? —quiso saber Jericho—. La Ramera. La Puta de Babilonia.

—Sí, yo también lo he pensado. El Apocalipsis menciona a la Puta de Babilonia. Pero «la Ramera Engalanada...». Es una frase muy concreta. No estoy seguro de haberla oído antes. —Negó con la cabeza y tomó otro bocado de comida—. Al menos no me viene a la cabeza.

Evie miró con fijeza su cuenco y pensó en las cosas terribles que había visto al sujetar la hebilla del zapato de Ruta Badowski. ¿Y si eran importantes?

—¿Habéis... habéis oído alguna vez esta melodía? —preguntó, y a continuación silbó la canción que había oído durante el trance.

Will frunció los labios mientras lo pensaba.

—¿Qué es? ¿Algo de un programa de radio? ¿Si la adivinas, ganas un premio de una marca de jabón o algo así?

Evie sacudió la cabeza. Y le dolió.

—No es más que una canción estúpida que escuché el otro día. Me preguntaba si podría significar algo y... —¿Y qué? ¿Qué podía decir que tuviera algún tipo de sentido?—. No es nada.

—Lo que tú digas. ¿Te apetecería probar el pato?

Evie contuvo una oleada de náuseas e hizo un gesto para rechazar tanto los palillos como la desagradable comida. Pero también experimentó una sensación de alivio. Tal vez las imágenes desconcertantes que había visto y la canción que había oído no tuvieran nada que ver con el asesinato de la chica. En realidad podrían haber sido cualquier cosa. Cualquiera sabía.

Un discreto revuelo en la parte delantera del local llamó la atención de Evie. La camarera, una chica con un vestido rojo, de más o menos la misma edad que ella, reprendía a un joven al que se dirigía en chino. Su voz tenía el tono de una orden que no debía ser contradicha. Bajo la mirada penetrante de la chica, el joven se escabulló dejando que la puerta de la cocina se cerrara con estrépito a su espalda. La muchacha del vestido rojo apareció junto a la mesa que ocupaban con una bandeja de plata de galletas de la suerte. Evie se fijó en sus ojos verde pálido.

—¿Querrán algo más? —preguntó con un dejo de educado enfado.

—No, gracias.

El tío Will pagó la cuenta mientras Evie sacaba el trocito de papel de una galleta.

—¿Qué dice? —le preguntó Jericho.

—«Tu vida pronto cambiará». —Dejó el papel a un lado—. Tenía la esperanza de que dijera «Vas a conocer a un extraño alto y moreno». ¿Qué dice la tuya, Jericho?

—«Para ganar confianza debes arriesgar secretos».

—Intrigante. ¿Tío Will?

El hombre dejó la suya sobre la bandeja, intacta.

—Nunca leo las predicciones, si puedo evitarlo.

Salieron a los adoquines estrechos y sinuosos de la calle Doyers, conocida como «el ángulo maldito» por su curvatura y la cantidad de asesinatos de la mafia cometidos en ella. Pero aquella noche la calle estaba tranquila. Al otro lado de la estrecha y tortuosa franja de adoquinado, un grupo de hombres encendían velas en el interior de unos farolillos blancos y los observaban elevarse hacia el cielo oscuro. El viento arrastró el olor a incienso a lo largo de la calle.

—La Fiesta del Medio Otoño —explicó el tío Will—. Es una tradición cultural importante, la celebración de la cosecha.

Más adelante, unos farolillos de papel adornaban la entrada de una tienda: Mee Tung Co., Importadores. Oscilaban con la brisa nocturna. Junto a la tienda, en una pared de ladrillo, habían pegado trozos de papel con letras chinas. Los hombres de la calle lanzaban miradas subrepticias a los carteles al pasar ante ellos.

—¿Qué es eso? —susurró Evie.

—Listas de los negocios que no están alineados con los tongs.

—¿Los tongs?

—Los tongs son hermandades o asociaciones de gobierno, y en Chinatown hay dos: el Hip Sing Tong y el On Leong Tong. Llevan décadas dirigiendo Chinatown y, de vez en cuando, también se han enzarzado en guerras sangrientas. Los comerciantes cuelgan esos carteles como declaración de neutralidad, para que no los involucren en las luchas.

—¿Qué ocurre ahí? —preguntó Evie.

Una luz brillaba en el escaparate de una tienda donde se había formado una fila de

hombres.

—Lo más probable es que estén enviándoles cartas a sus esposas.

—¿Sus esposas no viven aquí con ellos?

—La Ley de Exclusión de los Chinos de 1882. —El tío Will la miró con fijeza, a la espera de una respuesta—. ¿Qué os enseñan hoy en día en los colegios? Vamos a tener una nación de creacionistas sin la más mínima idea de historia.

—Entonces supongo que es una suerte que tú seas mi tutor.

—Sí. Bueno... —dijo con cierta inseguridad antes de hacer las funciones de profesor—. La Ley de Exclusión de los Chinos fue proyectada para evitar que vinieran más chinos una vez que hubieran terminado de construir nuestros ferrocarriles. No pudieron traerse a sus familias. No estaban protegidos por nuestras leyes. Se quedaron solos.

—Eso no parece muy estadounidense.

—Al contrario, lo es, y mucho —repuso Will con amargura.

Habían rodeado la parte trasera de la casa de té y vieron al muchacho al que la camarera había intimidado en el restaurante. Estaba de rodillas ante una fuentecilla de fuego en la que introducía finas hojas de papel de colores.

—¿Qué está haciendo? —inquirió Evie.

—Mantener a los fantasmas alejados —contestó el tío Will.

No le dio ninguna explicación más.

UN LUGAR EN EL MUNDO

En la salita trasera de la casa adosada de la hermana Walker, Memphis esperaba en el prístino sofá azul mientras su hermano, Isaiah, permanecía sentado a la mesa del comedor concentrado en una tirada de cartas del revés. La hermana Walker sujetaba una en la mano de manera que ella era la única que podía ver el anverso del naipe.

—¿Qué carta es esta, Isaiah?

—El as de tréboles.

La hermana Walker sonrió.

—Muy bien. Has acertado diecinueve de veinte. Muy bien, Isaiah, de verdad. Puedes coger lo que quieras de la bombonera.

—La próxima vez, acertaré las veinte, hermana.

Isaiah metió la mano en la bombonera que descansaba sobre el tapete bordado que había en medio de la recién encerada mesa del comedor de la hermana Walker, pescó dos caramelos de miel y les quitó el envoltorio azul y rojo.

—Bueno, ya veremos, pero hoy has hecho un buen trabajo. ¿Te encuentras bien, Isaiah?

—Sí, señora —farfulló el niño con la boca llena de caramelos.

—No hables con la boca llena —lo reprendió Memphis.

—Bueno, ¿y cómo se supone que debo contestar? —dijo Isaiah con el ceño fruncido.

No hacía falta mucho para sacarlo de sus casillas, Memphis ya lo sabía.

—Gracias, hermana —agradeció el mayor con énfasis y mirando a Isaiah, que lo estaba ignorando.

—De nada. Ahora, Isaiah, te acuerdas de lo que tienes que decirle a tu tía Octavia, ¿verdad?

—Que me ha estado ayudando con la aritmética.

—Cosa que he hecho, así que no es mentir. Recuerda que es mejor no contarle nada a tu tía del otro trabajo que hacemos con las cartas.

—No se preocupe —intervino Memphis—. No se lo contaremos, ¿no es así, hombrecito?

—Me gustaría poder decírselo a todo el mundo para que sepan que soy algo —graznó Isaiah.

—Claro que eres algo, Isaiah —le aseguró la hermana Walker, y le dio otro caramelo de miel.

—Algo más —bromeó Memphis. Le puso una mano en la cabeza a Isaiah y se la agarró con fuerza—. Tienes cabeza de balón. Y con bultos, además.

—¡Eso son mis sesos!

Isaiah se zafó de la mano de Memphis.

—¿Es por eso? Yo siempre había creído que te dedicabas a esconder caramelos ahí arriba.

Isaiah le lanzó un puñetazo a su hermano. Entre risas, Memphis lo esquivó e Isaiah cargó de nuevo. Estuvo a punto de tirar una lámpara al suelo.

La hermana Walker los empujó a los dos hacia la puerta.

—Muy bien, caballeros, por favor, llévense sus estupideces a otra parte y dejen mi casa de una sola pieza.

—Perdone, hermana —se disculpó Memphis. Isaiah ya tiraba de él hacia la entrada—. Hasta la semana que viene.

La tía Octavia los estaba esperando en la salita en penumbra cuando volvieron. Tenía el delantal puesto y no parecía muy contenta.

—Vosotros dos, ¿dónde habéis estado? Sabéis que la cena es a las seis y cuarto, y que si llegáis tarde no cenáis.

—Lo lamento, tía. La hermana Walker quería asegurarse de que Isaiah entendía bien la aritmética —dijo Memphis al tiempo que le lanzaba a su hermano una mirada de advertencia.

—Margaret Walker —masculló Octavia. Señaló a los dos muchachos con un cazo de servir—. No sé si quiero que sigáis relacionándoos con esa mujer. Últimamente he oído unas cuantas cosas de ella que no me han parecido bien.

—¿Como qué? —quiso saber Isaiah.

—No va a la iglesia, para empezar.

—¡Sí que va! Es miembro de la Iglesia Bautista Abisinia.

—¡Ja! —exclamó Octavia con desdén—. Selma Johnson va a esa iglesia y dice que Margaret Walker apenas aparece por allí. El Señor no la reconocería si le enseñáramos una foto. Hay más posibilidades de encontrar en la iglesia a ese viejo loco de Bill Johnson el Ciego que a Margaret Walker.

Memphis deseó poder distraer la atención de su tía de lo que sonaba como el comienzo de una rabieta. A veces lanzaba diatribas contra la gente por faltas de respeto que solo ella percibía u ofensas imaginarias. «El Señor no reconocería a la señorita Tal y Cual si le enseñáramos una foto». «Barnabas Damson tiene el mismo cerebro que el Señor le ha dado a las galletitas para perros, si quieres saber mi opinión». «Corinne Collins no pinta nada dando catequesis. ¡Si ni siquiera es capaz de controlar a sus propios hijos, que corren como un puñado de locos en un manicomio!». «¿Sabes? He visto a Swoosie Terell en la tienda, y se ha comportado como una engreída, y eso que le hice una tarta cuando su madre estuvo enferma». El muchacho se preguntó qué nimio pecado habría cometido la hermana Walker para activar el mecanismo de Octavia.

—Dicen que Margaret Walker se metió en líos hace unos años —continuó su tía—. Estuvo en la cárcel y se mudó aquí para comenzar una nueva vida. Si no fuese

una vieja amiga de vuestra madre, no le daría ni la hora.

—¿La hermana Walker estuvo presa?

Isaiah tenía los ojos abiertos como platos.

—No sabes si es verdad, así que no vayas repitiéndolo por ahí, Hombre de Hielo —le advirtió su hermano.

—¡No lo sabes todo, Memphis John! —La tía Octavia se había pegado a su cara —. Me lo dijo Ida Hampton, ¡y supongo que ella sabe mucho más de la vida que tú!

Memphis se preguntó si Ida Hampton se tomaba la molestia de contarle a alguien lo que tan bien sabía acerca de su pequeña adicción a las apuestas.

—Me he enterado de que se dedica a todo tipo de cosas que no *son* bien.

«Están», la corrigió Memphis en silencio.

—Tal vez hasta se dedique al vudú.

—La hermana Walker no practica el vudú. Ayuda a Isaiah con los números y los cálculos.

—Bueno, no sé si está bien que os relacionéis con ella. —La tía Octavia se volvió hacia Isaiah con las manos apoyadas en las caderas, como si fuera en serio—. ¿Hace algo de eso contigo, Isaiah? ¿Te obliga a hacer magia con las cartas o a poner las manos en una bola de cristal y hablar con los espíritus? ¿Algo de ese estilo?

Memphis trató de transmitirle una advertencia con la mirada a su hermano pequeño: «No digas nada...».

—No, señora.

—Mírame a la cara cuando digas eso. Mírame a los ojos y dímelo otra vez. — Isaiah hizo un mínimo movimiento de cabeza para intentar mirar a Octavia sin perder a Memphis de vista, pero su tía lo pilló y se interpuso entre ambos para bloquearle la vista al pequeño—. No mires a tu hermano. Soy yo la que te está haciendo la pregunta. Mírame a mí.

Memphis contuvo la respiración. Oía el retumbar de sus propios latidos contra su cráneo.

—Me ayuda con la aritmética —dijo Isaiah.

La tía Octavia permaneció inmóvil durante unos instantes.

—Bueno. Ten cuidado con ella, ¿me oyes?

Memphis soltó el aire con un ligero silbido.

—Sí, señora —contestaron Isaiah y él al unísono.

—Memphis, sé que no dejarías que tu hermano se metiera en ese tipo de cosas demoníacas —le dijo Octavia casi atravesándolo con la mirada—. No después de todo lo que esta familia ha tenido que pasar.

El chico tensó la mandíbula.

—No, tía. No lo permitiría.

La mujer le mantuvo la mirada durante unos segundos más y después les sirvió té

helado en los vasos.

—Le prometí a vuestra madre que cuidaría de vosotros. No podría vivir conmigo misma si os ocurriera algo a cualquiera de los dos. —Octavia rodeó con ambas manos la cara de Isaiah y le dio un beso en la cabeza—. Id a lavaros para la cena. Memphis, hoy bendices tú la mesa. Y, después de cenar, coge la Biblia de la vitrina de la porcelana para que la estudiemos. —Como Memphis no le contestó, Octavia vociferó desde la cocina—. ¿Me has oído, Memphis John Campbell?

—Sí, señora —refunfuñó el joven.

Algún día conseguiría que los dos salieran de casa de su tía.

Cuando se hubieron aseado a satisfacción de Octavia, se sentaron en torno a la vieja mesa de madera que su abuelo, carpintero de profesión, había creado como regalo de bodas para su joven esposa, e inclinaron las cabezas.

—Querido Dios, te damos las gracias por esta recompensa que estamos a punto de recibir...

Memphis pronunció las palabras sin sentimiento. No estaba pensando en mostrarse agradecido por la cena, sino en la recompensa que esperaba recibir para sí mismo. Rezaba por su lugar en el mundo: sus propias palabras estampadas en un libro y una lectura en un salón de Striver's Row, un sitio a la mesa junto a Whitman, Cullen y el señor Hughes.

—... Oremos en el nombre del Señor. Amén.

Octavia les pasó una cazuela de patatas asadas.

—Quiero que los dos tengáis mucho cuidado ahí fuera. ¿Habéis oído lo de ese asunto de debajo del puente?

Los chicos sacudieron la cabeza.

—Espero que no. Yo me he enterado por Bessie Watkins, que se lo oyó contar a Delilah Robinson, cuyo marido trabaja en los muelles. La llamó hace tan solo un ratito. Un loco ha cortado a una mujer en pedacitos.

—¡Esa es una conversación inapropiada para la cena! —exclamó Isaiah con la boca llena de patatas.

—Baja los codos de la mesa. Y no hables con la boca llena. Eso es lo que es inapropiado. —Octavia hizo un gesto de negación con la cabeza mientras untaba mantequilla en un trozo de pan—. No sé adónde va a ir a parar este mundo. Da la sensación de que se está precipitando con demasiada rapidez hacia el Día del Juicio Final.

Memphis odiaba los momentos en que a su tía le daba por hablar así. Nunca dejaba escapar una sola oportunidad de preocuparse por la cercanía del fin... y nunca dejaba escapar una sola oportunidad de inquietar a los demás con sus pensamientos.

—Bueno, en cualquier caso, quiero que tengáis cuidado. Isaiah, no quiero que vayas solo a ningún sitio cuando haya anochecido. Memphis, encárgate de ello.

Memphis tragó un bocado de patatas.

—¿Yo? Marvin te dejó a ti al cargo, ¿no es así?

—No emplees ese tono conmigo. Y no llames Marvin a tu padre.

—Se llama así, ¿no?

—De hecho, hoy he recibido una carta de vuestro padre.

—¿Va a volver? —preguntó Isaiah.

Octavia esbozó su sonrisa de «no hieras sus sentimientos» y Memphis supo lo que decía la carta sin siquiera leerla.

—Todavía no, cariño. Aún está instalándose.

—Lleva instalándose casi tres años —dijo Memphis mientras se servía en el plato un cazo de judías casi inmanejable.

—Está trabajando muy duro, y envía dinero para vosotros dos. No lo sabes todo, Memphis John.

—¿Qué le pasó a la señora de debajo del puente? —preguntó Isaiah, y Memphis le lanzó a su tía una mirada asesina.

—No te preocupes ahora de eso. Cómete las judías. Y bébete la leche o no crecerás.

—Y entonces tendremos que llamarte Retaco. El Viejo Retaco Campbell —lo provocó Memphis con la intención de distraerlo—. Tan diminuto que tenían que llevarlo de un lado a otro sobre un trozo de tostada. Tan pequeño que llevaba un sombrero hecho con un diente. Tan increíblemente raquítico que les daba pena hasta a los renacuajos.

Isaiah, entre risas, tragó un poco de leche. Octavia empezó a reñirlos, pero ni siquiera ella pudo contener las carcajadas. Así que Memphis siguió con la broma, alargándola hasta el infinito, como si pudiera envolverlos a todos y mantenerlos inmóviles en aquel momento con hebras de palabras.



En la quietud de su cocina, la hermana Walker encendió la radio. El aparato emitió zumbidos y siseos y finalmente cobró vida con la voz de un hombre que proclamaba los beneficios de un seguro dental. La dejó encendida. Aquella tos tan molesta había vuelto, así que cogió una pastilla de una lata cercana al azucarero y después encendió una cerilla para poner la tetera a hervir. El trabajo con Isaiah era prometedor. Muy prometedor. Hacía mucho que no veía a alguien como él. Pero se dijo que debía ser cautelosa y no emocionarse demasiado. Sabía muy bien que aquel tipo de promesas podía estallar y luego apagarse hasta desaparecer por completo, como se decía que había ocurrido con Memphis.

La hermana Walker volvió a la salita y encendió una lámpara. La bombilla expulsó de la habitación las sombras del anochecer. La mujer descolgó un cuadro de

París de su clavo y lo apoyó en el suelo contra la pared. Detrás del lugar que ocupaba la imagen, se distinguía un cuadrado pequeño, apenas visible, recortado sobre el yeso. La hermana Walker lo retiró y sacó un archivador grueso del hueco de la pared. Tras sentarse en el prístino sofá, hojeó los archivos, revisó el material en busca de algo que pudiera habersele pasado por alto. En la cocina, la tetera empezó a silbar. La mujer se sobresaltó y después se rio de lo asustadiza que era. Guardó los documentos y cerró el hueco de la pared. Colocó el cuadro de nuevo. El té estaba caliente; le calmó los ruidos del pecho mientras echaba un vistazo a los recortes de periódico que había ido acumulando.

Si no se equivocaba con respecto a Isaiah Campbell, el poder había vuelto. ¿Qué significaba aquello? ¿Cuántos más había como él? ¿De qué serían capaces?

¿Y cuánto tiempo transcurriría hasta que los encontraran?

LOS CORAZONES DE LOS HOMBRES

Ya era tarde cuando Evie, Will y Jericho regresaron al museo. Arriba, en las altas pilas de libros de la biblioteca, el tío Will fue avanzando de estantería en estantería sobre la escalera rodante mientras pasaba un dedo por los lomos ajados y le iba dando volúmenes a Jericho. Desde allí, le gritó a Evie:

—A ver si encuentras una Biblia. Debería haber una en la sala de colecciones.

A Evie no le entusiasmaba entrar en aquella sala, especialmente de noche.

—¿No puede ir Jericho? Conoce el museo mejor que yo.

—Jericho me está ayudando y, hasta donde yo sé, tú sabes andar. Te empeñaste en venir hoy, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Entonces sé útil.

Evie atravesó a toda prisa las salas del museo encendiendo lámparas a su paso. No le importaba en absoluto que la factura de la luz fuera gigantesca; quería tantas luces como en Broadway. Se detuvo a la entrada de la sala de colecciones y buscó con la mirada; albergaba la esperanza de localizar lo que necesitaba sin tener que recorrer cada centímetro de aquel espacio sepulcral lleno de objetos misteriosos. Cuando se hizo obvio que tendría que entrar, giró la manivela de la antigua gramola para que le hiciera compañía y ahuyentara los escalofríos. Era una grabación metálica de alguien que tocaba el piano al estilo ragtime. La alegre melodía la ayudó a calmar sus miedos mientras procedía con el registro de la sala. En la esquina que había junto a la chimenea, tropezó con algo que había bajo la alfombra persa. La levantó un poco y vio una argolla de hierro sobre una puertecita en el suelo, como las de los refugios para tornados. Pesaba demasiado para abrirla, y parecía que nadie la hubiese tocado desde hacía años. Volvió a colocar la alfombra. Sobre una mesa lateral, Evie vislumbró una Biblia que sujetaba una maceta con un helecho.

—Y mi madre dice que yo soy una pagana.

La música se había detenido. El disco crujió durante unos segundos de silencio y entonces la voz de un hombre comenzó a hablar. «He podido ver a los muertos toda mi vida —dijo arrastrando las palabras—. Algunos solo quieren paz y descanso. Pero no todos. Ni de lejos. Hay maldad en este mundo, maldad en el corazón de los hombres, maldad que vive de...». Evie quitó la aguja del disco y salió corriendo de la sala sin apagar las luces.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó Will cuando entró jadeando en la biblioteca.

Jericho y él habían seleccionado un montón de libros que estaban embutiendo en el maletín de su tío.

—He ido hasta Jerusalén a buscar la Biblia. Sabía que querías una copia original

—le espetó Evie—. ¿Sabías que hay una puerta en el suelo?

—Sí —contestó Will.

—Bueno, ¿y adónde lleva? —preguntó Evie, irritada.

—Son unas escaleras que conducen a un sótano secreto y un túnel. Era una parada del Ferrocarril Subterráneo. Ahí se escondieron antiguos esclavos —le explicó Will. Cogió la Biblia y la guardó en el maletín—. Probablemente ahora no albergue más que ratas y polvo. ¿Nos vamos?

Evie y Jericho esperaron en la escalinata larga y ancha de la entrada mientras el tío Will cerraba el museo con llave. Se habían encendido las farolas, que le conferían a Central Park un aspecto inquietante. Por el rabillo del ojo, Evie divisó algo que le hizo volver la mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó Jericho.

El joven siguió la mirada de la chica en dirección al parque.

—Me ha parecido ver a alguien observándonos —respondió Evie sin dejar de escudriñar el parque. Pero ya no veía nada—. He debido de equivocarme.

—Ha sido un día muy largo —le dijo Jericho con amabilidad—. No me sorprendería que tus ojos te jugaran malas pasadas.

—Supongo que tienes razón —concedió Evie, pero seguía teniendo la molesta sensación de haber atisbado nada más y nada menos que a Sam Lloyd.

Le daba la impresión de haberlo visto apoyado contra un árbol en aquella postura arrogante que tanto la fastidiaba. Pero Jericho tenía razón... Allí no había nadie, tan solo las farolas y el parque.



Sam permaneció escondido detrás de una ladera rocosa e irregular hasta que se marcharon. Lo había visto. Solo un instante, pero ya era suficiente. ¿Qué tenía aquella chica que lo hacía perder sus habilidades callejeras? Se había acercado al museo con la esperanza de engatusarla para que le devolviera el abrigo, pero entonces había visto al detective y había decidido volver cuando el museo estuviera vacío para robar la chaqueta... y cualquier otra cosa que pudiera necesitar.

Sam había hecho tiempo en el ajetreo de Times Square. Había puesto sus miras en un marinero que merodeaba con inseguridad por la esquina de Broadway con la calle Cuarenta y tres. Las calles estaban atestadas de personas que regresaban a sus casas tras el trabajo. La mayor parte de los carteristas consideraba que aquella era una buena hora para ejercer su oficio, porque la gente iba distraída. Pero Sam contaba además con otra pequeña ventaja de su parte: una espeluznante habilidad para moverse entre los demás pasando desapercibido. No es que fuera invisible; era más bien que lograba redirigir los pensamientos de la gente hacia otro lugar, de modo que sus ojos ni siquiera lo registraban. No tenía más que pensar «No me veas», y la

persona elegida no lo vería. Y también era rápido, pues se movía con la ligereza de un gato. En aquellos momentos, lo único que oía era su propia respiración rítmica mientras extraía una cartera de un bolsillo, birlaba un monedero de la mesa de un restaurante o robaba pan de la estantería de una tienda. No sabía por qué funcionaba, ni cómo... solo que así era. Era la forma en que había sobrevivido por su cuenta a lo largo de los dos últimos años.

Conservaba un recuerdo nítido de la primera vez que había sucedido. Era pequeño..., tendría unos diez u once años, más o menos. Había pasado un tiempo desde la marcha de su madre. Su padre tenía un reloj que había pertenecido al abuelo de Sam. Al niño le habían dicho que no lo tocara, y fue precisamente aquella orden la que convirtió el reloj en algo tan atrayente. Un día lo había sacado a hurtadillas del cajón de su padre y se lo había guardado en el abrigo para mostrarle aquel tesoro a los demás niños en el patio del colegio, con la esperanza de que se percataran de su valor y dejaran de meterse con él por su acento, su ropa, su pequeñez. Sin embargo, lo ridiculizaron: «¿Esto. No es más que un reloj barato?», dijo el líder, y lo estampó contra el suelo. A Sam le daba miedo volver a su casa y enfrentarse a su padre. Mientras lo esperaba sentado en el sofá, no paraba de pensar que ojalá tuviera un lugar donde esconderse. Cuando su padre llegó a casa, Sam estaba tan asustado que volvió a sentirse como un niño pequeño e imaginó que, como en el juego del escondite, podía limitarse a cerrar los ojos y así la otra persona no lo vería. Oyó los pasos de su padre acercándose, lo oyó pronunciar su nombre. «No me veas», pensó Sam. «No me veas», susurró una y otra vez como si fuera una plegaria. Y entonces, extrañamente, su padre lo miró a los ojos y siguió caminando, llamándolo como si fuera un fantasma.

Sam no era capaz de explicarlo. Se acordaba de algo raro que su madre le había dicho una vez. Ambos estaban en el baño y ella le estaba limpiando los arañazos que le habían hecho los abusos del colegio al perseguirlo hasta casa dándole empujones por la calle.

—No te preocupes, *lyubimiy*. Tú posees dones que ellos jamás tendrán.

—¿Qué quieres decir? —le había preguntado con un mohín de dolor cuando le puso un paño húmedo sobre la barbilla rasguñada.

—Ya lo verás con el tiempo.

Con el tiempo lo vio, pero se preguntaba si era a aquello a lo que se refería su madre en verdad y, en tal caso, cómo podía haberlo sabido.

Tratando de mantenerse calentito cuando ya empezaba a refrescar, Sam había observado al marinero cuidadosamente y pensado en su propia chaqueta. No era la prenda de lana en sí lo que le importaba, sino la postal que llevaba escondida en el bolsillo. A nadie más le parecería relevante... no era más que un dibujo desvaído de unos árboles y unas montañas majestuosas de cumbres nevadas. No llevaba ningún

matasellos que resultase útil. En el dorso había tres palabras garabateadas en ruso. La postal era lo único que Sam se había llevado consigo de la casa de su padre en Chicago cuando escapó buscando refugio en un circo ambulante que se dirigía hacia el este. En los seis meses que habían pasado desde que llegara a Nueva York, apenas se las había arreglado para sobrevivir. Pero la suerte podía cambiar rápido. Los periódicos estaban llenos de historias de hombres hechos a sí mismos, como Henry Ford y Jake Marlowe. Sam también haría su propia fortuna, y luego encontraría el lugar de la postal. La encontraría a ella.

Estaba claro que Evie, su tío y el gigante teutónico se habían marchado definitivamente, así que Sam abrió su navaja del ejército suizo y forzó con facilidad la cerradura de la puerta del museo. Para ser un lumbrera, aquel profesor era bastante tonto a la hora de salvaguardar sus tesoros. La luz de la calle incidía sobre las ventanas con vidrieras del museo. Le confería al lúgubre interior un resplandor ambarino y cálido. Sam esperó a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra y luego se internó en la vieja y silenciosa mansión en busca de su chaqueta. Podría haberse evitado todo aquel jaleo si hubiera utilizado su habilidad con Evie O'Neill en la estación de Pensilvania. Pero, por alguna razón, había querido que la chica lo viera. Había querido hablar con ella. Y, cuando llegó el momento, había deseado besarla tanto como su dinero. Aquella había sido su perdición. Y ahora, allí estaba, en el Museo de los Escalofríos buscando su chaqueta en la oscuridad.

Había resultado mucho más sencillo con el marinero. El hombre rondaba por la esquina, sin saber si seguir adelante o girar a la derecha o a la izquierda, y en aquel momento Sam había leído al pobre pringado a la perfección. Cuando al fin el marinero se había decidido a cruzar la calle, Sam se había cruzado con él. «No me veas», había pensado, e incluso cuando alguien se volvía en su dirección lo hacía con una mirada borrosa, desenfocada. Sam se movió con soltura entre la multitud y le robó la cartera al hombre del bolsillo del pantalón con facilidad. Después, se alejó sin que nadie reparara en él.

¿Dónde estaba su chaqueta? El joven se arriesgó a encender una lámpara de mesa. La luz recayó sobre un montón de recortes de periódico de más de seis centímetros de alto. Les echó un vistazo a las noticias con una expresión de desdén. Historias de fantasmas. Cuentos siniestros inventados por gente que tenía miedo de vivir. O que quería llamar la atención. Conocía a ese tipo de personas. Pero la sonrisa de superioridad de Sam se desvaneció cuando su mirada topó con un pequeño artículo de un periódico de Kansas acerca de una chica de quince años que había contraído la enfermedad del sueño. Justo antes de morir, repitió una frase que desconcertó a su familia. Eran las dos mismas palabras una y otra vez: «Proyecto Búfalo».

El muchacho devolvió el artículo al montón con las manos repentinamente temblorosas. Si aquel tal profesor Fitzgerald sabía algo al respecto, tendría que

encontrar la manera de acercarse a él. Tal vez poniéndose cariñoso con su sobrina, proposición que, por otro lado, sonaba bastante genial. A no ser que aquella chica lo matara en un ataque de resentimiento. Sin duda parecía ser el tipo de muñeca capaz de hacer algo así. Sam sonrió al pensar en ello. Le gustaban los desafíos. Y estaba claro que aquella joven lo sería. Lo único que necesitaba era una forma de aproximarse.

Las vislumbró colgadas en la pared de la sala de colecciones: DAGA Y VAINA CEREMONIALES MASÓNICAS DE LOS CABALLEROS TEMPLARIOS, PERTENECIENTE A CORNELIUS T. RATHBONE, M. 1855. «Esto debería bastar», pensó Sam, y se las guardó en la camisa. Dejó el museo tal como lo había encontrado. Al día siguiente, a aquella misma hora, tendría su chaqueta, y tal vez también una pequeña recompensa monetaria.

COSAS QUE NO SE CUENTAN

Evie fue directamente al apartamento de Mabel y las chicas atravesaron a toda prisa la salita, llena de humo de cigarrillos, donde los padres de Mabel celebraban una reunión política. Cuando cerraron la puerta de la habitación de Mabel, oyeron a los adultos discutir acerca de los derechos de los trabajadores respecto a las tazas de café.

—¿Qué te ha pasado? Tienes una pinta horrible —empezó a decir Mabel.

—Ha sido una joyita de día, amiga.

Evie le contó a Mabel lo del macabro asesinato de Ruta Badowski, aunque omitió la parte relacionada con la hebilla del zapato. Conocía a Mabel..., le gustaban tanto las cruzadas como a sus padres. Probablemente obligaría a Evie a acudir a la comisaría de policía más cercana y confesarlo todo. Pero Evie no quería revivir ni por un instante las cosas tan terribles que había visto.

—¡Qué horror! ¿Crees que tu tío Will puede ayudarlos a encontrar al asesino?

—Si alguien puede hacerlo, ese es mi tío. Es un genio.

—¿Y tú vas a ayudarlo?

Evie se estremeció.

—Ni loca.

En la otra habitación, las discusiones aumentaron de intensidad hasta convertirse en gritos. Alguien dio un puñetazo en la mesa y vociferó:

—¡Tenemos que hacer más!

La señora Rose pidió silencio y calma.

—Mabel, ¿podría dormir hoy aquí?

Mabel abrió los ojos de par en par.

—¿Quieres dormir aquí con este barullo?

Evie asintió. Necesitaba aquel ruido. Tal vez fuera suficiente para aplacar las pesadillas.

Mabel se encogió de hombros.

—Tú misma. Toma, aquí tienes un camisón.

Evie lo cogió y lo examinó con el ceño fruncido. Era casto, de cuello alto.

—Si me muero durante la noche, por favor, quítame esto.

—¿Podrías hacerme el favor de recordarme por qué somos amigas?

—Porque me necesitas.

—Creo que lo has entendido justo al revés, Evie O'Neill.

—Es probable. —Evie le dio un beso en la mejilla—. Eres una amiga absolutamente magnífica, Mabel, querida.

—No lo olvides.

Se encaramaron a la cama de Mabel y contemplaron las siluetas que la luz dibujaba sobre el techo en la oscuridad. Hablaron sobre la Operación Jericho y del

pobre y difunto Rodolfo Valentino. Y también hablaron de su futuro, como si pudieran trazar el resplandeciente curso de sus destinos con confesiones secretas ofrecidas como plegarias a la benévola quietud de la habitación. Hablaron hasta que el sopor dispersó sus palabras.

—¿Alguna vez has guardado algo para ti que te diera miedo contar? —preguntó Evie.

Estaba más agotada de lo que recordaba haberlo estado jamás.

—¿Qué quieres decir? —masculló Mabel.

—No estoy segura —murmuró Evie.

Quería decir más, pero no sabía cómo empezar, y su amiga ya estaba profundamente dormida.



Bajo un alero desmoronado de la vieja casa, una araña esperaba y observaba a una desventurada mosca que se adentraba en su tela. Cuando se hizo evidente que la mosca estaba irremediablemente atrapada, la araña se precipitó hacia ella y momificó a la criatura con un sudario de seda.

Como la araña, la casa también estaba alerta. A la espera. Llevaba muchos años esperando, había visto morir presidentes y disputarse guerras. Había esperado cuando el primer vehículo a motor rugió por las calles polvorientas y el avión desafió a la gravedad. Ahora la espera había llegado a su fin.

En la profundidad de las entrañas del viejo sótano, la llama de la caldera cobró vida con un estertor. Tras la caldera se extendía un pasaje secreto que llevaba a una habitación oculta cuyas paredes destellaban débilmente con símbolos pintados hacía tiempo, a modo de preparación. El extraño hizo girar una manilla y, allá en lo alto, una reja de metal, oxidada por el abandono, chirrió hasta abrirse y mostrar un cielo nocturno al que no afectaba la fosforescencia de las luces de la ciudad. Era el lugar perfecto para contemplar el transcurrir de las nubes lánguidas. Para observar las estrellas. O para apreciar la gran gloria de un cometa vaticinado a su paso de fuego. El extraño se colocó desnudo bajo aquel cielo. Su piel centelleante también era un tapiz de símbolos. Depositó los ojos sobre el altar e inclinó la cabeza, a la espera, como la araña, como la casa.

Los susurros llenaron la habitación, suaves al principio, más fuertes después, como el eco de un millar de demonios liberados en el desierto. La penumbra se movió. Las sombras estallaron y se proyectaron sobre el extraño y la ofrenda mientras las estrellas, frías y distantes, apartaban la mirada.

AUGURIOS

El *Daily News* de la mañana vendía la historia de la muerte de Ruta Badowski con un titular destacado —ASESINATO EN MANHATTAN— encima de una fotografía granulada de sus dolientes padres. Evie leyó los reportajes de todos y cada uno de los periódicos mientras esperaba a que Will regresara de la comisaría de policía. Los relatos mencionaban que se trataba de un homicidio ritual y que el asesino había dejado una nota con una cita de la Biblia y símbolos ocultistas, pero no daban a conocer qué eran aquellos símbolos. Estaba claro que el detective Malloy se había reservado ciertos detalles. Evie deseó no haber conocido tales pormenores. Se había despertado con aquella horripilante melodía silbada en la cabeza.

Ninguno de los artículos periodísticos comentaba que se hubiera recurrido a Will, y Evie pensó que ojalá lo hubiesen hecho. Era terrible, lo sabía, pero no había nada como la mala publicidad, así que una alusión al tío Will en relación con una investigación de asesinato podría haber atraído a la gente al museo. Era casi la una. Llevaba abierto desde las diez y media y el único visitante que habían tenido era un hombre de Texas que había intentado venderles unas parcelas en el cementerio. Evie había visto las facturas que se acumulaban sobre el escritorio del tío Will, además de la carta de la Agencia Tributaria y otra de una empresa inmobiliaria. Si no empezaban a conseguir una afluencia continua de visitantes, se encontrarían todos en la calle. Y Evie, de regreso a Ohio.

—¿Esto es siempre así? —le preguntó Evie a Jericho, que estaba absorto leyendo un texto religioso que olía a polvo.

El joven levantó la mirada, desconcertado.

—¿Así, cómo?

—Como si estuviera muerto.

—Es bastante tranquilo —concedió Jericho.

Evie no podía hacer mucho respecto al museo en aquel preciso instante, pero sí en cuanto a la Operación Jericho. Acercó su silla a la del chico y adoptó su mejor expresión pensativa.

—¿Sabes a quién se le darían to-tal-men-te de maravilla estas cosas? A Mabel.

—¿Mabel?

En los ojos de Jericho apareció la mirada lejana de un hombre que intenta recordar algo.

—¡Mabel Rose! La que vive en el Bennington —apuntó Evie. Jericho siguió pareciendo perdido—. Viene a visitarme a menudo y habla en voz alta con frases completas. Has oído su voz. Intenta recordarla.

—Ah, esa Mabel.

—Exacto. Ahora que nos hemos aclarado entre todas las Mabeles, ¿qué piensas

de ella? Yo creo que es una chica genial. ¡Y brillante! ¿Sabías que sabe latín?
¡Conjuga mientras come lechuga!

Evie se echó a reír.

—¿Quién? —preguntó Jericho al tiempo que pasaba una página.

—¡Mabel! —replicó la joven irritada—. Y tiene una figura envidiable. Te lo prometo. La lleva escondida bajo trágicos vestidos, pero existe, te lo aseguro.

—¿Te refieres a Mabel la del dieciséis-E?

—¡Sí, claro!

Jericho se encogió de hombros.

—Parece una chica maja.

A Evie se le iluminó el rostro.

—¿A que sí? Es muy, muy simpática. ¿Por qué no salimos los tres juntos a cenar una noche?

—Vale —contestó Jericho ausente.

Evie sonrió. Al fin la Operación Jericho había llegado a su emocionante comienzo. Ya se le ocurriría un plan para el museo más adelante.



—¿Qué vas a hacer, escritor?

Gabe se interponía entre Memphis y la red, con los brazos estirados, con los dedos preparados para el robo. Los zapatos de ambos muchachos rechinaban sobre los suelos de madera del gimnasio de la iglesia. Sobre sus cabezas, los ventiladores zumbaban, pero no conseguían evitar que los chicos sudaran. Memphis se pasó el antebrazo por los ojos para limpiarse, sin dejar de pensar en su próximo movimiento.

—¿Piensas quedarte ahí todo el día? —se burló Gabe.

Memphis amagó hacia la izquierda. Gabe picó el anzuelo y se lanzó hacia allá. Su movimiento permitió que Memphis echara a correr y lo sobrepasara por la derecha. Rápido y ágil, avanzó por la pista y hundió la pelota con facilidad.

Gabe se dejó caer sobre el suelo.

—Me rindo.

Memphis lo ayudó a ponerse en pie.

—Buen partido.

Su amigo rompió a reír mientras salían de la pista.

—Por supuesto que ha sido un buen partido para ti. Has ganado.

Se vistieron y se encaminaron hacia el drugstore para comer algo. Gabe se aclaró la garganta.

—Me he enterado de que Jo tan solo tiene un esguince en el tobillo.

—Qué bien —dijo Memphis.

No quería entrar en aquel tema.

—Aun así, estará sin trabajar otras dos semanas.

—Una pena.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—¿Y qué más debería decir?

—Ni siquiera intentaste...

Memphis frenó en seco.

—Ya te lo dije. Ya no soy capaz de hacerlo. No desde lo de mi madre.

Gabe levantó las manos en el aire.

—Vale, vale. No te cabrees. Si no puedes, no puedes.

Caminaron una manzana en silencio. Memphis vio un cuervo que revoloteaba de farola en farola siguiendo sus pasos.

—Te juro que ese pájaro me persigue —dijo.

Gabe soltó una carcajada e hizo girar su pata de conejo de la suerte, que colgaba de una cadena alrededor de uno de sus dedos. Juraba que era un amuleto de la buena suerte, y nunca jugaba un partido sin ella.

—Te lo he dicho, Casanova, tienes que dejar de regalarles caramelos y flores a esas pájaras. Si no, nunca te dejan en paz.

—No estoy de broma. Lo he visto todos los días desde hace dos semanas.

Gabe enarcó las cejas y curvó los labios en una sonrisa.

—¿Y sabes que es el mismo cuervo? ¿Tiene nombre? Tal vez se llame Alice. ¡O Berenice! Sí, señor, me parece que tiene pinta de Berenice.

Memphis supo de inmediato que Gabe le sacaría partido a aquel chiste durante semanas.

—Memphis... No es más que un pájaro. Los pájaros revolotean por ahí, hermano. Se dedican a eso. No te está siguiendo, y no es ninguna señal. A no ser que de verdad le hayas regalado caramelos y flores, en cuyo caso eres un hermano raro.

Memphis rio y se sacudió de encima la mala sensación como si de un abrigo innecesario se tratase. Gabe tenía razón: se estaba asustando por nada. Era aquel sueño loco que no lo dejaba en paz. No era de extrañar que viera augurios por todas partes.

Se acomodaron en un reservado en el establecimiento del señor Reggie y pidieron unos sándwiches y café.

—Ayer por la noche escribí un poema nuevo —anunció Memphis.

—¿Cuándo piensas enseñarle esos poemas a alguien que no sean los muertos de ese cementerio?

—Todavía no son lo bastante buenos.

Gabe estiró la mano por encima de la mesa y cogió el pepinillo del plato de Memphis.

—¿Cómo lo sabes, si no los ha leído nadie? Uno día de estos, tienes que mover el

culo hasta la casa de la señorita A'Leila Walker y decir: «¿Cómo está, señora? Soy Memphis Campbell, y le estaría muy agradecido si leyera mi trabajo». —Gabe se terminó el pepinillo y se limpió las manos en la servilleta de Memphis—. La vida no viene a buscarte, Memphis. Tienes que ir tú a por ella. Los dos tenemos que ir a por ella. Porque nadie va a servirnosla en bandeja. ¿Me entiendes? Bien —Gabe se recostó contra el respaldo del pequeño reservado y estiró los brazos—, ahora, pregúntame por qué sonrío.

Su amigo puso los ojos en blanco.

—¿Por qué sonrías, Gabe?

—Adivina quién va a tocar la trompeta en el nuevo disco de Mamie Smith.

—¡Eh, hermano!

—Clarence Williams, de Okeh Records, me lo dijo ayer por la noche en el club. Quieren que vaya mañana. —Gabe sacudió la cabeza en un gesto de negación—. Yo, tocando para la señorita Mamie Smith...

—¿Qué pasa con Mamie Smith?

Alma se dejó caer en el banco junto a Gabe y cogió un poco de la ensalada de patata del muchacho.

—¿Acaso te he invitado a sentarte? —la provocó el joven.

—Ya me invito yo sola. He pensado que esta mesa necesitaba un poco de clase.

—El señor Gabriel Rolly Johnson, aquí presente, es ahora uno de los artistas de grabación de Okeh Records, y tocará la trompeta para nada menos que la señorita Mamie Smith.

Alma dejó escapar un gritito de entusiasmo y rodeó a Gabe con los brazos.

—¿Sabes qué quiere decir eso, cariño?

—¿Qué?

—Que puedes invitarme a comer. ¡Eh, señor Reggie! —gritó—. Póngame un sándwich de carne y apúntelo a la cuenta de Gabe. ¡Y añade un batido! —Miró a Memphis con los ojos entornados—. ¿Y a ti qué te pasa?

—Es que últimamente no duermo mucho.

—¿Y eso? —preguntó Alma, que frunció los labios juguetonamente—. ¿Cómo se llama la afortunada?

—Se llama Berenice, y es una pájara muy persistente —bromeó Gabe, muerto de risa.

Dio una palmada en la mesa que hizo que la pata de conejo saltara por los aires.

—No hay nadie —se apresuró a desmentir Memphis.

—Ese es precisamente tu problema, hermano —dijo Gabe mientras se secaba las lágrimas de los ojos. Llenó su sándwich de unos pepinillos picantes que hacían que a Memphis le goteara la nariz—. Tienes que sacar la cabeza de ese cuaderno tuyo y venir conmigo al club el sábado por la noche. Te encontraremos una chica.

Alma esbozó una mueca.

—¿Cómo puedes comerte eso, Gabriel?

—Me ayuda a mantener la línea, cariño.

Memphis removió el minúsculo montículo de azúcar del fondo de su taza de café.

—No quiero una chica. Quiero a la chica.

Alma estiró el dedo meñique y levantó la barbilla.

—Oh. La chica.

Gabe imitó el tono arrogante de su amiga.

—Vale, colega. Pues dale recuerdos de mi parte.

Alma y Gabe entraron en la rutina de siempre burlándose de Memphis como si fuera un esnob. Memphis sabía que era mejor no mostrar que sus chanzas le molestaban, así que esbozó una gran sonrisa y cogió su alforja.

—Tengo que ir a San Juan Hill a ocuparme de unos asuntos de Papá Charles. Ah, y gracias por la comida, Gabriel.

Oyó a Gabe decir «¡Eh, tú!» cuando salió por la puerta y lo dejó tirado con la cuenta.

—Eh, eh, señor Campbell. ¿Es usted? —lo llamó Bill el Ciego desde una silla delante de la barbería de Floyd. A veces Floyd sacaba una vieja silla y lo dejaba sentarse y tocar para los clientes, o simplemente empaparse de sol—. Sé que es usted. No juegue con el viejo Bill. ¿Ha salido mi número hoy?

—No, señor. Lo siento. Buena suerte para la próxima vez.

—He oído que alguna gente ha jugado los números de ese asesinato de debajo del puente.

—Sí, señor. Varias personas han apostado por eso.

—Uf. —Bill el Ciego escupió—. Nada bueno puede salir de ahí. No se juegan los números de un asesinato, si quiere saber mi opinión.

—Yo tan solo relleno los boletos.

—No dejo de ver un número. En sueños, ya sabe. Veo una casa, y hay un número, pero nunca puedo distinguirlo.

Memphis nunca había pensado en los sueños del ciego. ¿Cómo podía el viejo Bill ver una casa y un número si era totalmente invidente? Pero corrían rumores sobre él: que había perdido la vista por beber un whisky adulterado. Que le habían propinado una paliza y dado por muerto debido a una deuda de juego. Que había traicionado a una mujer y que ella se había vengado con una maldición. Algunos decían que había perdido la vista jugando a las cartas con el demonio y que ahora huía para conservar su alma. La gente decía todo tipo de cosas.

El cuervo chilló de nuevo. Bill el Ciego orientó el oído hacia el animal.

—Parece que tenemos un mensajero. La pregunta es ¿por quién habrá venido, por usted o por mí?

Bill soltó una de sus carcajadas, estruendosas y graves. La risa se entrelazó con el insistente graznido del cuervo, una sinfonía discordante.



Zeta entró a toda velocidad en el Teatro Globe con su abrigo de estampado de leopardo colgando de un hombro y un cigarrillo prendido entre los labios pintados. Se dejó las gafas de sol puestas y avanzó a tientas por el pasillo entre las hileras de asientos. El resto de la compañía estaba en mitad de un ensayo para el número de la Geisha, que Zeta pensaba que era una de las rutinas más estúpidas e insultantes que habían realizado jamás... y eso que habían hecho muchos números estúpidos e insultantes.

El director de escena le lanzó una mirada asesina.

—Bueno, bueno, bueno. Pero si es Su Excelencia, que al fin se ha decidido a honrarnos con su presencia. ¡Llegas una hora tarde, Zeta!

—Relájate un poco, Wally. Ya estoy aquí.

Zeta intercambió una mirada furtiva con Harry, sentado al piano. Él sacudió la cabeza y ella se encogió de hombros.

—Se cree que es mejor que nadie —rezongó una de las coristas, una pequeña bruja llamada Daisy.

Zeta la ignoró. Dejó caer su abrigo en la primera fila, sumergió su cigarrillo en la taza de café del director de escena y ocupó su lugar en el escenario.

—Cualquier día de estos, Zeta —dijo él echando humo—, vas a hacer algo que ni siquiera Flo Ziegfeld tolerará, y será todo un placer para mí ponerte de patitas...

—¿Vas a pasarte el día de cháchara o vamos a trabajar? —le espetó Zeta.

La joven ejecutó sus pasos a la perfección. Era capaz de hacer aquel número hasta dormida. Sin embargo, solo para fastidiarla, chocó contra Daisy. Su compañera estaba resentida porque Zeta había conseguido buenas críticas en los periódicos por un número que se suponía que era de Daisy.

—Ese baile era mi especialidad —le había espetado ella hecha una furia en el vestuario la noche siguiente—. Y tú me lo has robado delante de mis narices.

—No puedo robarte lo que no es tuyo —le había contestado Zeta, y Daisy le había lanzado un bote de crema, aunque el recipiente había pasado a un kilómetro de su objetivo... Su puntería era tan cuestionable como su habilidad para bailar.

Como de costumbre, Daisy había ido con el cuento lacrimógeno a Flo, que se había derrumbado y le había dado a la joven el papel principal en el número de la Adoración de Baal que cerraba el espectáculo. Zeta estaba cansada de permanecer siempre a la sombra de otras... sobre todo cuando esa otra no actuaba ni la mitad de bien que ella.

Hicieron un descanso de cinco minutos y Zeta se sentó en el banco del piano

junto a Henry.

—Tienes pinta de haberte escapado de un internado —dijo para tomarle el pelo. Su amigo llevaba un cárdigan y un sombrero de paja con una cinta alrededor.

—Esto es estilo, querida.

—Los dos somos mejores que este espectáculo asqueroso, Hen.

Henry continuó tocando suave, casi reflexivamente. Siempre era el hombre más feliz del mundo con los dedos sobre las teclas y una canción brotando de su interior.

—Cierto, querida. Pero aun así tenemos que pagar el alquiler.

Zeta se ajustó la costura de las medias para que ascendiera recta por sus piernas.

—¿Cómo ha ido cuando le has dado a Flo tu nueva melodía?

La perpetua sonrisa de Henry se torció. Tocó un acorde amargo con violencia y después se detuvo.

—Más o menos como esperaba que fuera.

Zeta le dio un tirón al ala de su sombrero de paja.

—A Ziegfeld solo le gustan las canciones tontas y pegadizas, muchacho.

—«La gente paga para que la entretengan, jovencito —dijo Henry imitando a la perfección al gran hombre del espectáculo—. Quieren marcharse felices y tarareando. Y, por encima de todo, ¡no quieren pensar demasiado!». —Suspiró—. Juro que podría escribir una canción sobre el estreñimiento y, siempre y cuando rimara, al señor Ziegfeld le gustaría. —Henry atacó una melodía alegre con el piano. Con exagerado ímpetu romántico, entonó con su voz de tenor, suave y dulce—: «Querida mía, estaría a tu disposición, si pudiera librarme de esta deposición, ¡oh, el ESTREÑIMIENTO, qué maldición!».

Zeta estalló en carcajadas.

—¿Qué os hace tanta gracia?

Daisy se acercó a ellos.

—Acabo de recordar un chiste que Henry me contó el miércoles pasado.

Zeta aproximó una cerilla a su cigarrillo y lanzó el humo en dirección a Daisy, que no pilló la indirecta.

—¿Qué estás leyendo? —La corista miró con desagrado la copia de *The Weary Blues* que descansaba sobre el bolso de Zeta—. ¿Poesía de negros?

—No esperaba que lo entendieras, Daisy. Tú no lees nada que no sea la *Photoplay*... Y aun así alguien tiene que explicarte las fotos.

Daisy abrió la boca de par en par, furiosa.

—¡Jamás!

—Ya, eso es lo que le dices a todos tus novios, pero los demás no nos lo creemos. Y ahora lárgate, Daisy. ¡Fuera, bichejo!

Zeta hizo un gesto despectivo con la mano y Daisy se marchó hecha una furia para empezar a soltarle a cualquier bailarina que quisiera escucharla una parrafada

sobre lo engreída que era Zeta.

Los dedos de Henry volvieron a hallar su lugar sobre las teclas.

—Sin duda, no hay quien te gane haciendo amigos, cielo.

—No me interesa hacer amigos. Ya tengo al mejor —dijo mientras le daba unas palmaditas en la rodilla. Se metió la mano en el sujetador y sacó un billete de cincuenta dólares. A continuación, se lo metió a Henry en el bolsillo de la camisa—. Toma. Para el fondo del piano.

—Te he dicho que te olvides de eso.

Zeta suavizó la voz.

—Nunca olvido un favor. Ya lo sabes.

—¿De dónde has sacado esa pasta?

—De un bróker de Wall Street con más dinero que juicio. Me compró pieles solo para que me vieran con él en una cena. Y eso es lo único que consiguió... compañía en una cena.

—Todos quieren casarse contigo.

—Por una vez, me gustaría conocer a un tío que no sea un hipócrita. A alguien que no quiera comprarme pieles para poder presumir de mí ante sus amigotes.

—Cuando conozcas a ese tipo, pregúntale si tiene un hermano —bromeó Henry.

—Creía que estabas colado por Lionel —dijo Zeta para provocarlo.

El pianista hizo una mueca.

—Tanto como colado... Suelta una risita cada vez que lo beso.

—Entonces, puede que tus besos sean graciosos.

Zeta sonrió. Le encantaba que Henry siempre encontrara alguna razón quisquillosa para mandar a paseo a todos sus novios.

Henry entonó una canción de desamor.

—Algún día, Henry DuBois, vas a conocer a un tipo que te deje a ti, y entonces no sabrás qué hacer —le aseguró Zeta.

El director de escena reapareció dando palmadas para reclamar la atención de los presentes.

—Atento todo el mundo. El número de Baal desde el principio. A vuestros puestos, por favor. Señorita Knight, eso también va por usted.

—No me lo perdería por nada del mundo, Wally.

Sonrió con tanta dulzura como si fuera a aparecer fotografiada en el cartel de la gloriosa chica Ziegfeld, el epítome de lo norteamericano, justo antes de lanzar su segundo cigarrillo a la nueva taza de café de Wally.

EL ETERNO RETORNO

Evie y Jericho estaban sentados a una mesa larga con pilas de libros, informes policiales, dibujos y gran variedad de papeles ante ellos. Jericho había encendido el fuego en la enorme chimenea de piedra de la biblioteca. Crujía y chisporroteaba a medida que iba mellando la madera seca. Llevaban una hora trabajando en ello, buscando en los libros mohosos alguna pista que pudiera proyectar algo de luz sobre la desconcertante naturaleza ocultista del asesinato. Evie estaba cansada e irritable. No quería pensar en lo que había visto el día anterior, y mucho menos regodearse en los detalles. Pero Will no parecía tener intención alguna de detenerse. Mientras hablaba, rodeaba el perímetro de la habitación dejando tras de sí un rastro de ceniza de cigarrillos.

—Bien. Hagamos un repaso. ¿Qué sabemos hasta ahora? —preguntó Will.

—El asesino siente fascinación por el ocultismo y la religión, posiblemente por el Libro del Apocalipsis —contestó Jericho desde su puesto en un extremo de la mesa.

—¿Y cómo hemos descubierto eso?

—Su nota menciona a la Ramera, la Puta de Babilonia, y a la Bestia, una posible referencia al Anticristo.

—En efecto —ratificó Will—. Pero el pasaje solo procede de la Biblia parcialmente. No se corresponden con exactitud.

—Se parecen mucho —puntualizó Jericho.

—Cualquier bibliotecario o erudito te diría: parecerse no es lo mismo que ser idéntico. Y no olvides que además están los símbolos. Eso indica algún tipo de magia ceremonial o misticismo más que cristianismo.

Will señaló los garabatos que rodeaban los márgenes de la nota. Para Evie, no eran más que eso, garabatos..., cruces elaboradas, rayas, letras extravagantes y patrones geométricos.

—Ahora bien... —Will apagó la colilla de su cigarrillo en un cenicero rebosante e, inmediatamente, sin dejar de caminar, metió la mano en su pitillera de plata para coger otro—. Tenemos un símbolo, ¿no es así?

—Un pentáculo —respondió Evie.

—Sí. Yo no tengo ninguna habilidad artística. Evie, ¿podrías...? —Su tío le pasó un trozo de tiza que había sacado de una vieja caja de puros llena de cachivaches. A Evie le costó unos segundos comprender que Will pretendía que dibujase el símbolo en la pizarra—. No, lo has dibujado a derechas. Invertido, por favor.

Con un suspiro, Evie borró su estrella de cinco puntas y volvió a dibujarla con dos puntas hacia arriba y una hacia abajo.

—¿Qué diferencia hay? —gruñó.

—Ya te lo he dicho: invertida significa que la materia triunfa sobre Dios. Que el

espíritu se convierte en carne en lugar de lo contrario. Y ahora la serpiente, si no te importa, por favor.

Evie completó el esbozo. Se parecía bastante a una serpiente, si es que a alguien le importaba su opinión. Tampoco es que su tío le diera las gracias. Evie se sacudió el polvo de tiza de las manos.

—¿Qué significa la serpiente?

—Ah. Es un símbolo muy antiguo, sin duda. La serpiente que devora su propia cola, no hay principio, no hay final. Ha existido en todos los tiempos y culturas. Lo vemos en el Jörmungander noruego, el uróboros griego, el gnosticismo, los ashanti, los egipcios. Representa los ciclos, la idea de que el universo no se crea ni se destruye, sino que se repite infinitamente para desarrollarse una y otra vez.

—El eterno retorno, lo llama Nietzsche —intervino Jericho.

—¿Y eso quiere decir que me veré obligada a vivir esta tarde otra vez? —bromeó Evie.

Nadie se rio, así que se entretuvo dibujando un elegante sombrero en la cabeza de la serpiente.

Will cogió un montón de pastillas de menta de un plato y las agitó en la mano al tiempo que retomaba su paseo con el cigarro aún en la otra mano.

—Podríamos asumir, entonces, que nuestro asesino posee cierto conocimiento del ocultismo, del simbolismo mágico y religioso, y que lo más probable es que provenga del Libro del Apocalipsis. Pero se refiere a la Puta de Babilonia como la «Ramera engalanada sobre el Mar». —Will se detuvo durante un instante—. Una frase extraña. Desconcertante. Es posible que pertenezca a una religión creada por el propio asesino.

—¿Cómo se inventa uno una religión? —preguntó Evie.

Will la miró por encima de los cristales de sus gafas.

—Dices «Dios me ha dicho lo siguiente», y luego esperas a que la gente se apunte.

Hasta aquel momento, Evie no se había parado a pensar mucho en la religión. Sus padres eran católicos convertidos en episcopalianos. Asistían a los servicios los domingos, pero era todo bastante rutinario, como lavarse los dientes y bañarse. Se hacía lo que se esperaba de uno. Sin embargo, Evie no se había sentido siempre de aquel modo. A lo largo del año que siguió a la muerte de James, la joven sujetaba entre las palmas de las manos el colgante de la moneda de medio dólar y rezaba con fervor pidiendo un milagro, que llegara un telegrama que dijese: ¡BUENAS NOTICIAS! SE HA COMETIDO UN TERRIBLE ERROR Y EL SOLDADO JAMES XAVIER O'NEILL HA SIDO HALLADO, A SALVO, EN UNA GRANJA DE FRANCIA. Pero nunca llegó un telegrama de aquel tipo, y cualquier brote de fe que pudiera haber florecido en Evie se marchitó y murió. Ahora lo veía simplemente como otro anuncio de una vida que pertenecía a una generación

anterior y que no tenía el más mínimo significado en la suya.

—No hemos contestado la pregunta más básica de todas: ¿por qué? ¿Qué propósito cumplen estos asesinatos? —inquirió Jericho, que sacó así a Evie de su ensimismamiento.

—Es un monstruo —dijo la chica—, ¿verdad?

Will metió la mano en un cuenco de frutos secos recubiertos de chocolate. Agitó los dulces en la mano sin llegar a comérselos.

—Por supuesto. Pero eso es un «qué», no un «por qué». No hay nada que se haga sin un propósito, por muy retorcida que pueda ser tal intención.

—¿Por qué le sacó los ojos? —quiso saber Evie.

—Tal vez los guarde como recuerdo.

Evie hizo una mueca.

—Tío, un recuerdo es un molinillo de Coney Island.

—Para nosotros sí. Pero ¿para un loco? Tal vez no. En cualquier caso, también es posible que los necesite de algún modo para el ritual. Ciertas culturas creen que ingerir la carne de tus víctimas te hace inmortal. Los aghori de la India se comen la carne de los muertos porque consideran que otorga poderes sobrenaturales, mientras que los miembros de la tribu de los algonquinos creen que cualquiera que consuma carne humana se convertirá en un espíritu demoníaco llamado el Wendigo.

A Evie se le revolvió el estómago.

—Bueno, la Biblia no dice nada acerca del canibalismo sagrado.

—¿La transustanciación? —dijo Jericho—. ¿Comed de mi cuerpo, bebed de mi sangre?

—Tienes razón —concedió Evie—. Está claro que no volveré a sentirme igual respecto a la comunión.

—Como ya he dicho antes... Estados Unidos es un país joven compuesto por todo tipo de pueblos. Las creencias convergen y se transforman en algo nuevo constantemente.

Will terminó su segundo cigarrillo y Evie se dio cuenta de que sus dedos se retorcían en busca de un tercero, impulso que, por suerte, su tío resistió. El ambiente ya estaba lo bastante cargado de humo sin necesidad de más pitillos.

—Hay algo que no entiendo. La nota... —Evie rebuscó entre el caos de papeles de la mesa y cogió la fotografía de la nota que habían dejado junto al cadáver de Ruta—. La nota dice: «Esa fue la quinta ofrenda». ¿Por qué la quinta? ¿Por qué no la primera?

—Sí. Inquietante. —Will rodeó la mesa con la pitillera aún aferrada entre los dedos—. Jericho, ¿podrías telefonear al detective Malloy y preguntarle si hay algún homicidio sin resolver que pudiera tener una naturaleza similar?

—¿No crees que te lo habría comentado? —preguntó Evie.

—Nunca supongas nada —contestó el tío Will, y quedó claro que aquella era su última palabra sobre el asunto.

—Es casi la hora de tu clase en la Asociación de Mujeres del club de la Antigua Orden del Fénix —le recordó Jericho.

Will entornó los ojos y miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea como si pretendiera reprenderlo por marcar la hora equivocada; a continuación, hizo dos escuetos gestos de asentimiento con la cabeza, como si fuera un director que por fin acepta el argumento erudito de un alumno en clase.

—En efecto. Será mejor que vaya a por mis notas.

—Las has dejado arriba —apuntó Jericho.

—Ah. Bien. Bien. —Will permaneció inmóvil unos instantes más, escudriñando la habitación con la mirada—. No puedo evitar sentir que se nos escapa algo. Algo importante.

El fuego proyectaba sombras sobre el rostro de Will. El profesor sacudió la cabeza para librarse de sus recelos y se marchó.

Llamaron a la puerta. ¡Por fin, un cliente! Jericho se puso en pie primero. Por el modo en que reaccionó, Evie supo que no era la única a quien le preocupaba el museo. Oyó voces, y un momento después Jericho regresó con nada más y nada menos que Sam Lloyd tras él.

Evie entrecerró los ojos.

—Bueno, bueno, bueno. Supongo que vienes a traerme mis veinte dólares.

Jericho no paraba de mirar alternativamente a Evie y a Sam.

—¿Es que os conocéis?

—En realidad, he venido a ver al señor William Fitzgerald. ¿Está aquí?

Sam estiró el cuello.

—Es «doctor» Fitzgerald. ¿Y qué tienes tú que ver con mi tío?

—¿Tu... tu tío? —Sam sonrió, sorprendido—. ¡No me digas! Vaya, qué coincidencia.

—¿Qué es una coincidencia? —dijo el tío Will, que acababa de entrar de nuevo en la sala.

Llevaba puesto el sombrero y cargaba con su maletín. Del brazo izquierdo le colgaba un paraguas a pesar de que el día era soleado.

Sam se acercó a él y le estrechó la mano con entusiasmo.

—¿Cómo está, señor? Sam Lloyd. Tengo algo que creo que le pertenece.

—¿Ah, sí?

—Bueno, señor, me temo que es una historia que no me hará quedar como un tipo muy genial... Verá, ayer por la noche estaba en una casa de empeños intentando conseguir unos cuantos pavos por mi reloj... Corren tiempos un tanto difíciles. Y de repente oigo a un tipo que dice que tiene una mercancía que vender. Tesoros

excepcionales sacados del Museo de los Escalofríos. —Sam se encogió de hombros a modo de disculpa—. Así es como lo llaman, profesor.

—Continúe —dijo el tío Will.

Si estaba molesto, no lo demostró.

Sam abrió su bolsa y sacó la daga masónica de Cornelius Rathbone. Will la acercó a la luz y la analizó.

—Es nuestra, cierto.

—Le ofrecí al tipo mis últimos veinte dólares por ella, y aceptó, porque el prestamista no estaba muy dispuesto a quedársela por más de diez. No sabía si habría una recompensa por devolverla sana y salva. —Sam se detuvo y elevó la mirada rápidamente hacia Will solo para volver a bajarla a sus manos—. Pensé que, bueno, una cosa es coger lo que necesitas para comer, o sisar a un contrabandista, y otra muy distinta robar tesoros de un museo. Vaya, eso está muy mal.

Evie lo miraba con fijeza y la boca ligeramente abierta. Sam le guiñó un ojo y le dijo:

—Eh, hermana, ten cuidado... No querría que se te cayera la lengua.

Evie lo fulminó con la mirada.

—Si me desaparece la lengua, ¡sabré en qué bolsillos mirar primero! ¡Qué historia más ridícula! Tío, tienes que echarlo de aquí. Es un tramposo, un mentiroso, un ladrón, un mentiroso...

—Eso ya lo has dicho —señaló Sam.

—Bueno, ¡pues lo repito! ¡Este es el hijo de perra que me robó los veinte dólares en la estación de Pensilvania!

—Evangeline, no todo el mundo está acostumbrado a tu encanto barriobajero —le recriminó el tío Will tras unos segundos de silencio—. ¿Es eso cierto, joven?

Sam le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Verá, profesor, esto no es más que una enorme confusión.

—Como lo de tu padre —le escupió Evie.

Sam adoptó una expresión dolida.

—No quería decirlo y meter en líos a la joven señorita, pero ella me robó el abrigo.

—Y no vas a recuperarlo hasta que me des mis veinte dólares.

Jericho se colocó junto a Evie, cerniéndose sobre Sam.

—Hola, grandullón. ¿Eres su hermano? —preguntó Sam.

—No.

El chico miró primero a Jericho y luego a Evie.

—¿Estáis casados?

—¡No! —dijeron los dos a la vez, aunque no antes de que Sam notara el rubor que ascendía por las mejillas de Jericho.

—Escucha, hermana, no sé qué tipo de situación tenéis aquí. Yo no soy de los que juzgan. Me alegro de comprobar que estás sana y salva con tu tío y tu... —señaló a Jericho con la cabeza— enorme amigo. Tan solo intentaba realizar una buena acción, pero ya veo que no hay buena acción que quede impune. Así que si me das mi abrigo, lo consideraremos un empate y me largaré. Ni siquiera te denunciaré por robarme mis pertenencias.

Evie titubeó durante un segundo y después echó a correr en pos de Sam. Lo persiguió alrededor de la mesa, derribando pilas de libros a su paso.

—Voy a matarlo. ¿Quién quiere mirar?

Jericho levantó la mano.

Will se interpuso en el camino de Evie para detenerla.

—Perdonadme, pero estoy bastante confuso, y además —comprobó el reloj otra vez—, llego seis minutos y medio tarde a mi clase. No me molestan los ladrones, pero aborrezco a los mentirosos y a la gente que me impide conducir mis asuntos de una manera eficiente. Bien. ¿Le robó de verdad veinte dólares a mi sobrina? Responda con cautela, jovencito.

Por primera vez, Sam pareció ponerse nervioso. Se pasó una mano por el pelo y se aproximó tan solo unos centímetros a la puerta.

—Bueno, señor, un gran hombre dijo una vez «La subjetividad es verdad; la verdad es subjetividad».

—Kierkegaard —dijo Will, sorprendido. Su tono de voz se suavizó—. Aun así. Los hechos son hechos.

Sam bajó la mirada hacia sus zapatos.

—Lo siento. Estaba pensando en devolverle el dinero cuando vi a ese tipo en la casa de empeños y le di hasta mi último centavo para recuperar ese cuchillo. Creí que podría valer como ofrenda de paz.

—Venga ya, ¡cierra el pico! —murmuró Evie—. Seguro que lo robó él mismo.

Sam se obligó a no levantar la mirada.

—Estoy tan arruinado que he tenido que saltar el tornio para coger el tren. Puede llamar a la poli, si quiere. De hecho, no le culparía en absoluto. Pero soy sincero en cuanto a lo de haber encontrado la mercancía robada, señor. Espero que eso cuente para algo.

—Tengo entendido que en Sing Sing te dan de comer —masculló Evie—. Tres buenos platos al día.

—Evangeline —la reprendió el tío Will con un suspiro—, la caridad comienza en casa.

—Igual que los trastornos mentales.

Will tamborileó los dedos contra el respaldo de una silla.

—Estuvo mal quitarle el dinero a Evangeline, con independencia de lo graves que

fueran sus apuros en aquel momento. Sin embargo, ha actuado de un modo bastante noble al devolver la propiedad del museo cuando no tenía ninguna obligación de hacerlo. Nunca había pensado en la seguridad del museo hasta ahora.

Will se rascó la cabeza mientras echaba una ojeada a los valiosos libros que lo rodeaban.

—Si no le importa que se lo diga, señor, hoy en día nunca se es lo bastante cuidadoso.

—Y que lo digas.

Evie le lanzó una mirada asesina a Sam.

Will asintió, sin dejar de pensar en ello.

—Muy bien. ¿Qué le parecería tener un trabajo honesto en el museo? Hay mucho que hacer, y podría pasar aquí las noches para desalentar a los posibles ladrones.

Evie se volvió como un torbellino para encararse con Will.

—¡Tío! ¡Él es el ladrón!

—Sí. En efecto. ¿Es usted un buen ladrón, Sam?

El joven sonrió.

—El mejor, señor.

—Un buen ladrón que necesita un empleo —musitó Will—. Supongo que podría empezar de inmediato.

—Will, Evie tiene razón. No lo conoces, y no será más que un estorbo —aseguró Jericho con calma—. Yo mismo podría hacer guardia en el museo si lo consideras necesario.

—No creo que eso sea muy inteligente, Jericho —respondió el profesor tranquilamente. Evie no entendió a qué se refería con aquellas palabras, pero el rostro de Jericho se torno pétreo—. Siempre viene bien algo de ayuda, y más ahora que estamos investigando un homicidio.

—¿Un homicidio? —repitió Sam—. Suena emocionante.

—Puede que dentro de poco estén investigando el tuyo, chaval —le advirtió Evie.

—Sí, bueno, espero que no te disguste el trabajo duro, muchacho —le dijo Will.

—No hay nada mejor que una honesta jornada de trabajo, eso es lo que siempre digo, señor.

Will volvió a mirar su reloj.

—Ahora voy nueve minutos tarde. Jericho, ¿podrías devolverle el abrigo al señor Lloyd y acompañarlo al archivo, por favor?

Un Jericho a todas luces irritado sacó la chaqueta de Sam del armario y se la entregó con cierta brusquedad.

—Es gigantesco —le susurró Sam a Evie—. ¿Qué le dais de comer?

Evie se inclinó hacia él para susurrarle:

—Te tengo calado, amigo. Comete el más mínimo error, silba una sola nota fuera

de tono, y te prometo que yo misma me encargaré de echarte de aquí personalmente. No tendrás tiempo ni de coger el sombrero.

—De acuerdo. —Sam asintió al tiempo que se ponía la chaqueta—. La verdad es que me gusta mucho este sombrero. Encantado de volver a verte, hermana.

—El placer ha sido todo tuyo —repuso Evie, y salió corriendo detrás de Will.

A sus espaldas, oyó a Sam silbar una canción titulada *¿Acaso estoy malgastando mi tiempo contigo?* Silbaba fuera de tono, y la joven fue perfectamente consciente de que lo hacía a propósito.

—¡Tío! —llamó Evie.

Consiguió alcanzarlo junto a la puerta de entrada.

—Evie, sea lo que sea, ¿no puede esperar? Las señoras de la Antigua Orden de cómo se llame...

—Del Fénix —le recordó su sobrina.

—Eso, del Fénix, me están esperando, y si no consigo parar un taxi, pasaré de llegar tarde a aparecer indignantemente tarde.

—Tío, no puedes permitir que Sam Lloyd trabaje aquí. ¡No con todos esos artefactos de valor incalculable! Seguro que se pone las botas robando.

—Son precisamente esas cualidades las que podrían resultarnos útiles.

—¿A qué te refieres?

—De vez en cuando el museo tiene que ser... hábil a la hora de dar con objetos, historias y personas antes de que otros los descubran. Es algo delicado.

—¿Esperas que me crea que hay más gente interesada en esas cosas escalofriantes?

—Te sorprenderías.

—Pero sigue siendo un ladrón.

—Un ladrón que lee a Kierkegaard es sin duda un ladrón interesante.

—Pero, tío...

—Evangeline, no todo el mundo comienza su vida en una acogedora casa de una acogedora calle de Ohio —repuso Will con tono incisivo.

Aquel comentario le dolió. ¿Por qué defendía su tío a Sam Lloyd, un delincuente común, frente a ella? Al fin y al cabo, Sam era un extraño; ella formaba parte de su familia. ¿No se suponía que la familia protegía a sus miembros? Pero su tío se había aliado con el enemigo, al igual que su padre y su madre se habían aliado con Harold Brodie en lugar de defender a su propia hija. Si el tío Will quería comportarse como un idiota, bien, era su problema. Había sido una estúpida al intentar intervenir.

—Espero que no te equivoques con él —le dijo, y regresó a la biblioteca.

Fulminó a Sam con la mirada una vez más y luego se acomodó otra vez junto a la mesa larga para revisar montones de reportajes periodísticos y libros en busca de cualquier cosa que pudiera proyectar algo de luz sobre el extraño asesinato de Ruta

Badowski.

Cuando se cansó, sacó a hurtadillas su ejemplar de la revista *Photoplay*.

—Entonces ¿Clara Bow va a escaparse con Charlie Chaplin? —leyó Sam por encima de su hombro.

Evie no levantó la mirada.

—¿Por qué no la coges y la lees tú solito? Parece que se te da muy bien lo de llevarte las cosas sin permiso. De hecho, ¿por qué no te la llevas y te largas?

Sam dejó escapar una risilla.

—¿Y por qué iba a abandonar un trato tan ventajoso? Además, odiaría que me echases de menos, hermana.

—La ausencia hace crecer el cariño. ¿Por qué no ponemos el dicho a prueba? Te traeré el sombrero.

—No puedo hacerlo. Tu tío necesita mi ayuda. Mira todas estas cosas... ¿Quién iba a saber que había tantos amuletos supersticiosos? Como este... talismán de amor de los hopi. Eh, será mejor que no lo toques, hermana. Podrías perder la cabeza por mí.

—Ya puedes esperar sentado.

—Lo espero con impaciencia.

—Pues yo espero que tengas mucha —replicó Evie.

Sam se acercó un poco más a ella. La joven vislumbró las manchas ambarinas de los ojos del muchacho.

—Admítelo... Aquel beso te encantó.

—Me debes veinte dólares.

—¿En cheque o en efectivo? —preguntó alegremente.

Hasta las chicas más sosas de Ohio conocían el significado de aquella frase: «¿Nos besamos ahora o más tarde?».

—El banco está cerrado, chaval.

Sam asintió.

—En cheque, entonces.

Silbando, se encaminó hacia las puertas de la biblioteca. Evie lo siguió por la escalera ancha y curvada que llevaba al segundo piso del museo.

—¿Puedo ayudarte, hermana?

—Me estoy asegurando de que no te largas con la mitad del museo en el bolsillo.

—Solo tengo que ocuparme de un asuntillo —dijo, y señaló con la cabeza hacia el aseo de caballeros situado al final de la escalera.

Cuando llegó a la puerta del baño, Evie se quedó al otro lado de la misma, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Sinceramente, te invitaría a entrar, pero me las he ingeniado para evitar que me arresten por hurto. Odiaría que me encerraran por perversión.

—Lo que haga falta para sacarte del museo de mi tío —remachó Evie—. Te esperaré.

—Tú misma, muñeca.

En el húmedo baño del museo, Sam se lavó las manos y dejó el grifo abierto. Silbando, se sentó en el suelo de baldosas resquebrajadas y observó la sombra de los pies de Evie, que caminaba de un lado a otro, por la rendija que quedaba bajo la puerta. La chica terminaría por aburrirse. Sam abrió la cartera de Jericho, pues se la había birlado mientras el gigantón se afanaba con los libros. Era un tío confiado. Aquella era una costumbre peligrosa, la de la confianza. Sam le quitó un billete de cinco dólares y lo sustituyó por dos de uno. Era el truco más viejo del mundo: si robabas los cinco pavos sin más, el otro tipo podía acusarte de ladrón. Pero si te llevabas un billete grande y dejabas alguno más pequeño, la víctima pensaría que se había gastado el grande y no recordaba dónde había recibido el cambio.

De los bolsillos de la chaqueta, Sam se sacó un par de pequeños ceniceros de plata que se las había arreglado para afanar de la biblioteca sin que nadie se diera cuenta. Esperaba vendérselos más tarde a un usurero del Bowery con bastante mala fama por unos cuantos dólares. De momento, los envolvió en una de las toallas de mano del lavabo y los escondió tras la taza del váter. Tenía grandes planes, y los planes requerían tiempo y dinero.

La sombra de Evie desapareció. Sam entreabrió la puerta y vio que el descansillo estaba vacío. Volvió a cerrar la puerta del baño de caballeros, cerró el grifo y se quedó mirando su reflejo en el espejo alto de madera. A cada lado de sus ojos con manchas doradas caía un mechón de pelo oscuro. La expresión despreocupada había desaparecido en favor de una de total determinación.

—Encantado de conocerle. Soy Sam Lloyd. Dígame dónde está o...

Sam se quedó callado. Aunque había interpretado la escena un montón de veces en su mente, en realidad nunca había estado seguro de lo que diría cuando llegara el día. Solo sabía que no iría a ciegas. Se levantó la pernera del pantalón y sacó la pistola que llevaba sujeta a la pierna con una correa. La sopesó entre las manos, examinó el cañón y sintió la tensión del gatillo. Abrió la recámara y la hizo girar. Todavía no tenía balas. Con los ceniceros sacaría suficiente para comprarlas. Aquel puesto de trabajo en el museo había sido un golpe de suerte, era más sencillo que estafar a la gente con trucos de magia en las calles de Times Square. Tan solo tenía que aguantar un poquito más... lo bastante como para descubrir quién tenía que pagar por lo que le había sucedido a su familia. Y se las pagarían, sin duda.

En el espejo, Sam tenía el ceño fruncido. Parecía tener más de diecisiete años. Estiró el cuello, relajó el ceño hasta transformarlo en una sonrisa dura y levantó la pistola apuntando a su reflejo.

—Encantado de conocerle. Soy Sam Lloyd. Dígame dónde está y tal vez le

perdone la vida.

Sam oyó pasos y volvió a esconder la pistola en su funda a toda prisa. La puerta se abrió de golpe y Jericho entró en el baño. Sam fingió que se lavaba las manos.

—¿Pasa algo?

—Parece que he perdido mi cartera.

—Oh, vaya. Mala suerte, amigo —dijo Sam—. ¿Te ayudo a buscarla?

Jericho lo miró con los ojos entrecerrados mientras evaluaba su ofrecimiento.

—Gracias.

Sam acompañó a Jericho por el museo simulando buscar, señalando lugares donde la cartera podría esconderse. Cuando llegaron a la biblioteca, la dejó caer por la pernera del pantalón cerca de una de las muchas estanterías. No bastaría con que Sam la encontrara de repente; necesitaba hacer que Jericho se creyera que la había encontrado él mismo.

—¿Has mirado aquí arriba, grandullón?

Jericho puso mala cara ante el apelativo de «grandullón». Subió por la escalera de caracol hasta el segundo piso y caminó ante los estantes hasta que divisó su cartera en el suelo.

—La he encontrado —gritó. Abrió la cartera y frunció el ceño—. Habría jurado que tenía cinco dólares. Pero aquí solo hay dos.

—Vaya, qué chasco. Será mejor que te agarres a ese par de pavos —contestó Sam sin alterarse.



Evie hojeaba las páginas de un libro titulado *Fervor religioso y fanatismo en las regiones centrales y occidentales del estado de Nueva York*. El autor parecía haberlo escrito con el expreso propósito de ayudar a dormir a su público, y a Evie le costaba retener cualquier dato que leyera. Optó por pasar las páginas sin más, pero se detuvo de repente cuando llegó a una ilustración cerca del final. En ella aparecía el mismo símbolo que el utilizado en el asesinato. La inscripción decía: EL PENTÁCULO DE LOS HERMANOS, BRETHREN^[4], ENUEVA YORK, C. 1832.

El teléfono comenzó a sonar y su eco se extendió por todo el museo vacío. Evie dobló la esquina de la página para enseñársela más tarde a Will y corrió a cogerlo.

—Espere un momento —dijo la operadora.

Se oyó un clic y después un crujido. A continuación, la voz de Zeta restalló a través de los cables.

—Hola, Evil. Soy Zeta. Escucha, ¿aún quieres ver el espectáculo?

—¡Claro que sí!

—Genial. Dejaré un par de entradas reservadas en el teatro para el de esta noche, para Mabel y para ti. Después hay una fiesta en el Greenwich Village, si no es

demasiado tarde para ti.

—Nunca me acuesto antes del amanecer.

—¡Esa es mi chica! Y, Evie, ponte tu mejor modelito.

—Será el mejor que hayas visto nunca.

En la intimidad del despacho de Will, la joven se puso a dar saltos. ¡Por fin! Aquella noche, Mabel y ella saldrían con Zeta y su elegante pandilla. Regresó bailando a la biblioteca, tarareando una canción de jazz.

—¿Qué acaba de pasarte? ¿Has ganado el concurso de Miss América o algo así? —preguntó Sam, y cogió el libro de Evie y lo añadió a una pila de volúmenes que debía volver a colocar en las estanterías.

—Esta noche seré la invitada de la señorita Zeta Knight en el Teatro Globe para ver la última revista del señor Ziegfeld, y después iré a una fiesta privada.

—Qué nivel. ¿Necesitas acompañante?

—¡Fiesta privada! —canturreó Evie.

Cogió su pañuelo y su sombrero de la mastodóntica garra del oso disecado, donde los había dejado colgados antes.

—Oye, una pregunta, ¿alguno de vosotros sabe algo de esto?

Sam señaló el recorte de periódico que coronaba el montón, el de la chica de la enfermedad del sueño.

Evie le echó un vistazo mientras se ataba el pañuelo al cuello con un lazo suelto.

—Es uno de los recortes raros del tío. Colecciona esas extrañas historietas de fantasmas. Es su trabajo, supongo. ¿Por qué lo preguntas? —dijo Evie.

Sam forzó una sonrisa.

—Por nada. Solo intento ponerme al día.

Evie le dio unas palmaditas en la mejilla.

—Pues buena suerte, Lloyd.

La joven salió del museo y caminó junto a Central Park Oeste. Diez manzanas más arriba, divisó los chapiteles góticos del Bennington, que se asomaban por encima de los tejados y los árboles. Hacía una tarde agradable, y un optimismo repentino se apoderó de Evie: la sensación de que todas las cosas buenas eran posibles y de que podía sacar sus más profundos deseos del aire, como hacían los magos con las monedas.

En un puesto de periódicos, un muchacho vendía la última edición del diario gritando los titulares, pero Evie estaba demasiado entretenida pensando en la perfecta velada que la aguardaba como para prestarle atención. Soñando con lo que iba a ponerse, pasó junto a madres atareadas reuniendo a niños en los límites del parque, y también al lado de un organillero acompañado de un mono diminuto vestido de botones. El animal hacía chascar los dientes y chillaba a los transeúntes hasta que lo recompensaban con unas monedas para su tacita de latón. Dos chicas con capas a

juego le ofrecieron un folleto que anunciaba un club nocturno.

—¿Qué es esto? —preguntó Evie.

—Para el Club Nighthawks. ¡Vamos a celebrar una fiesta por el cometa de Salomón!

—¿Una qué?

—Mujer, ¿no has oído hablar del cometa? —le preguntó la más alta de las dos con un marcado acento neoyorquino—. Pasará por encima de la ciudad dentro de un par de semanas. Pasa una vez cada cincuenta años, o algo así. Se supone que es un... ¿cómo lo llaman, Bess?

—Un acontecimiento de importancia celestial —pronunció con cuidado la otra chica—. Mágico, o algo así. Todos los magos y fanáticos religiosos creían que era una señal. En cualquier caso, el club va a celebrarlo con una fiesta realmente genial. Deberías venir. ¡Vaya, tu abrigo es la pera limonera!

—Gracias —contestó Evie, halagada.

Le echó un vistazo al folleto. Era una caricatura de una *flapper* bailando como una loca y vertiendo con sus movimientos el contenido de la copa de cóctel que sujetaba en la mano. Sobre ella, un majestuoso cometa trazaba un arco por encima de los rascacielos de Nueva York. El artista le había dibujado cara al cometa, que sonreía a la encantadora muchacha. Su cola ardiente derramaba chispas sobre la ciudad.

—No querrás perderte la noche más mágica del año, ¿verdad? —quiso saber la chica más alta.

—Ni loca —contestó Evie.

El cometa de Salomón. Un acontecimiento de importancia celestial. Tal vez le diera suerte. De todos modos, era un motivo fantástico para acudir a una fiesta, así que, pensando en la noche que la esperaba y en las noches venideras, continuó su camino alegremente, aferrada al folleto. En la esquina, esperó a que el policía de tráfico le diera paso con sus manos enguantadas. El hombre hizo sonar el silbato y espoleó a la multitud para que se pusiera en movimiento. Evie giró hacia casa.

Tras ella, el muchacho de los periódicos sujetaba en alto la edición vespertina y gritaba el titular para cualquiera que pudiera tener una moneda: «¡Extra! ¡Extra! ¡El loco amenaza con matar de nuevo!».

CORTINA DE HUMO

Fuera del Teatro Globe, en la calle Cuarenta y dos, la marquesina iluminada resplandecía con las palabras: FLORENZ ZIEGFELD PRESENTA SIN TONTERÍAS: UNA REVISTA MUSICAL QUE ENSALZA A LA CHICA NORTEAMERICANA, escritas con grandes letras. La gente, vestida de noche, iba entrando en el magnífico teatro neoclásico, con ganas de ver a estrellas como Fanny Brice, Will Rogers y W. C. Fields, además de a cantantes de talento, a las bailarinas de la revista y a las famosas chicas Ziegfeld, hermosas modelos que cruzaban el escenario ataviadas con tocados elaborados y trajes elegantes y escuetos. Era el epítome del glamour, y Evie apenas podía creerse que estuvieran ocupando sus propios asientos en el palco curvado, junto a la gente bien cubierta de pieles y joyas.

Evie le dio un codazo a Mabel.

—Eh, mira, ahí está Gloria Swanson. —Señaló con la cabeza hacia el nivel inferior, donde la joven y seductora estrella del cine, envuelta en armiño y terciopelo, disfrutaba de las miradas de sus seguidores—. Es la pera limonera —cuchicheó Evie con admiración—. ¡Vaya joyas! Debe de dolerle el cuello.

—Por eso Bayer hace aspirinas —le contestó Mabel también en un susurró, y Evie sonrió, consciente de que ni siquiera una socialista era inmune al brillo de una estrella de cine.

Las luces se atenuaron y las chicas se agarraron de las manos, emocionadas. El director levantó la batuta y del foso de la orquesta brotó una animosa canción de bienvenida. El telón se abrió y una bandada de coristas sonrientes vestidas con trajes de baño de colores brillantes comenzó a bailar claqué en perfecta sincronía mientras un caballero vestido de esmoquin cantaba acerca de muchachas hermosas. Evie jamás había estado tan entusiasmada. Le encantó todo lo relacionado con aquel espectáculo, desde el divertido número de canto a la tirolesa ambientado en los Alpes hasta el baile insinuante que se desarrollaba en el harén de un jeque de Arabia. Deseó que no terminara jamás, pero en el programa pudo ver que se aproximaban al cierre. Se decía que el señor Ziegfeld siempre se reservaba el número más espectacular para el final. Las luces parpadearon para imitar a los rayos. Del foso de la orquesta surgieron el estruendo de los platillos y el agudo chillido de los violines sobre un violento redoble de tambores. El humo se acumuló junto a las candilejas y comenzó a extenderse hacia el público. Sobre el escenario, unas chicas descalzas, apenas vestidas y luciendo unos tocados altos y llenos de cuentas se contoneaban de forma sugerente bajo una réplica de un altar de oro. Una belleza rubia provocativamente envuelta en seda dorada bailaba sobre el altar. Se movía como si estuviera en trance mientras la música incrementaba su volumen y los rayos destellaban. La hermosa joven cantaba con

dulzura suplicándole al mundo de los espíritus que no la ofreciera como sacrificio al ídolo de oro. A lo largo de una pasarela, las elegantes chicas Ziegfeld deambulaban como fantasmas. Era cautivador, y Evie se echó hacia delante en su asiento, extasiada.

—Ahí está Zeta —murmuró Mabel.

Sin apartar la mano de su regazo, señaló con discreción a una corista, la segunda por la derecha. Aunque estaba vestida y maquillada para parecerse a todas las demás chicas, Zeta tenía algo especial, pensó Evie. Las expresiones plácidas de las demás bailarinas sugerían que no pensaban en nada más inquietante que lavar sus medias tras el espectáculo. Pero Zeta conseguía que te creyeras que era una adoradora de Baal entregada al frenesí.

Justo cuando la acción alcanzaba su punto álgido y el sacerdote se disponía a clavarle el cuchillo en el corazón a la rubia del sacrificio, el héroe cargaba contra el altar y luchaba contra las adoradoras. Derribaba al sacerdote, destrozaba el ídolo y cargaba escaleras abajo con la chica embrujada para ponerla a salvo. Una miríada de coristas se deslizaba por el escenario con unos enormes abanicos de plumas y, de pronto, la escena se transformaba en una boda. Las bailarinas lanzaban pétalos de rosas rojas mientras los ya marido y mujer, vestidos de blanco virtuoso, se cantaban el uno al otro un juramento de amor eterno antes de que el telón se cerrara y el espectáculo acabase.

—¡Has estado maravillosa! —exclamó Evie poco tiempo después, cuando los cuatro, Evie, Mabel, Zeta y Henry, avanzaban por la acera curvada, estrecha y cubierta de árboles de la calle Bedford, en el Greenwich Village, camino de la fiesta que ofrecía una de las chicas.

—Ya. Es mi especialidad: «Segunda chica a la izquierda del escenario» —dijo Zeta con ironía.

Henry entrelazó su brazo con el de su amiga.

—Sigue trabajando, cariño, y tal vez llegues a ser la «primera chica a la izquierda del escenario».

—Bueno, pues a mí me parece que lo has hecho genial —insistió Evie—. Mabel y yo nos fijamos en ti enseguida. ¿Verdad, Mablesie?

—¡Claro que sí!

—Te agradezco los ánimos, niña. Este es el tugurio.

Se habían detenido ante un edificio de ladrillo rojo. La fiesta se había extendido hasta el portal, donde una chica con una boa de plumas y una boquilla de fumar larga sujeta entre dos dedos ya estaba borracha. Les bloqueó el paso con la pierna.

—¿Cuál es la contraseña?

—Long Island —contestó Henry.

—Tenéis que pronunciarlo con mejor acento —les ordenó.

—Long Island —repitieron todos.

—*Entrez!*

La joven dejó caer la pierna con brusquedad y los cuatro se abrieron camino hacia el vestíbulo para subir los tres pisos de escaleras salpicados de grupos de gente que parecían bandadas de pájaros. Llegaron a un apartamento cuya puerta se mantenía abierta gracias a un cubo de hielo. Dentro, la radio emitía una pieza de jazz. La anfitriona pasó a su lado contoneándose con un «¡Habéis llegado!», y a continuación desapareció en otra habitación como si cabalgara una marea invisible. Había una lámpara en el suelo, y un busto de Thomas Jefferson tocado con un sombrero de campana los observaba desde uno de los quemadores del minúsculo fogón de la diminuta cocina. Un tipo les cantaba *Conquistaré Manhattan* a varias de las coristas y a sus amigas, que permanecían sentadas a sus pies acompañándolo en voz baja.

Mabel le tiró de la manga a Evie.

—No voy bien vestida para esta fiesta.

—Nada que no podamos arreglar con una pequeña cortina de humo, Carita de Pan —contestó Evie. Con un suspiro, se quitó la diadema de diamantes falsos con plumas de pavo real y se la puso a su amiga en la cabeza—. Toma, Mablesie. Pareces un escaparate de Navidad de Gimbels. ¿Y a quién no le gustan esos escaparates?

—Gracias, Evie.

—¡Brindemos! —dijo Zeta al tiempo que les entregaba una copa a cada uno.

Mabel se quedó mirando la suya con fijeza.

—Yo no bebo.

—El primer sorbo es el peor —le advirtió Henry.

La muchacha probó la bebida y esbozó una mueca de desagrado.

—Está asqueroso.

—Cuanto más te emborrachas, mejor sabe.

Evie estaba tan nerviosa que se terminó su cóctel de dos largos tragos; después, se rellenó la copa.

Henry arqueó una ceja.

—Veo que eres una profesional.

—¿Qué otra cosa puede hacerse en Ohio?

En la salita, una discusión iba ganando en intensidad, y la voz estridente de una mujer resonó en el apartamento:

—¡Si no te callas ahora mismo, yo misma llamaré a ese asesino ocultista y le pediré que te haga un trabajito, Freddie!

Todo el mundo comenzó a parlotear acerca del asesinato de debajo del puente y de la última amenaza.

—Un amigo mío que tiene un primo que es poli me ha dicho que fue un delito sexual.

—Yo he oído que es una bronca entre los mafiosos italianos y los irlandeses, que la chica era la novia de uno de ellos y se puso demasiado cariñosa con el tipo equivocado.

—Sin duda es una especie de vudú extranjero. No deberían dejar que todos esos inmigrantes siguieran entrando en el país. Esto es lo que ocurre entonces.

—El tío de Evil está ayudando a los polis a encontrar al asesino —los informó Zeta.

Todo el mundo se arremolinó en torno a Evie para asediarla a preguntas: ¿tenían algún sospechoso? ¿Había perdido la víctima los ojos, tal y como decían los periódicos? ¿Era cierto que la chica asesinada era prostituta? Evie ni siquiera había tenido la oportunidad de contestar a una sola de aquellas cuestiones cuando una chica gritó desde la puerta:

—¡Ronnie ha sacado el ukelele! ¡Bup, bup, a di di, duduá!

Y así, sin más, pasaron al siguiente asunto, de una cosa excitante a la siguiente, sin tiempo para parar. Evie se sentía pequeña y aburrida en comparación con el voltaje de los que la rodeaban. Todos eran muy glamurosos y fascinantes. Eran gente del mundo del teatro, que sabían cantar y bailar y actuar, que conocían a banqueros y ricachones de las apuestas. ¿Qué sabía hacer Evie? ¿Qué talentos tenía que la hicieran destacar?

La joven era vagamente consciente de que ya estaba un poco borracha. Una voz de la razón, insignificante, urgente, le decía que bajara el ritmo y cerrara la boca. Que lo que estaba a punto de hacer sería, probablemente, una mala idea. Pero ¿desde cuándo había escuchado ella a la razón? La razón era para los pringados y los presbiterianos. Evie se acabó de un trago el resto de su copa y se abrió camino hacia el grupito que cantaba con el ukelele.

—Jamás adivinaríais lo que soy capaz de hacer —dijo alegremente cuando terminaron de cantar *If You Knew Susie*—. Os daré una pista: es como un truco de magia, pero mejor. —Ronnie dejó de mover los dedos sobre las cuerdas del ukelele. Evie había conseguido llamar la atención de su público, y aquello le gustaba—. Puedo leer los secretos con tan solo tocar algún viejo trasto. Bup, bup, a ding dong... Ding dong.

Zeta le arrebató la copa de las manos y la olió.

—¡En serio, puedo hacerlo! Mira. —Estiró la mano y cogió el pendiente de una chica haciendo caso omiso de sus protestas. Para conseguir un efecto más dramático, Evie se llevó el pendiente a la frente. Durante un momento, titubeó... ¿Y si oía aquel horrible silbido, como le había ocurrido con Ruta Badowski? Pero, en cuanto lo pensó, aumentó su determinación de quitarse de la cabeza aquella imagen de debajo del puente, y el zarcillo pronto reveló sus secretos—. Tu verdadero nombre es Bertha. Te lo cambiaste por Billie antes de mudarte aquí desde... ¿Delaware?

La chica se quedó boquiabierta. Dio unas palmaditas de júbilo.

—¡Vaya, eso es la pera! ¡Eh, coge algo de Ronnie!

Evie pasó de uno a otro revelando pequeños cotilleos, mejorando a medida que avanzaba. «Tu cumpleaños es el 1 de junio y tu novia se llama Mae». «Para cenar, has ido al Sardi y has tomado la cecina de ternera». «Tienes una periquita llamada Gladys».

—Eh, eso está genial. ¡Deberían darte una actuación, niña! —dijo Ronnie, el chico del ukelele.

—¡Tendré mi propia actuación! —repuso Evie casi a gritos, permitiendo que la ginebra hablara por ella—. Convertiré mi sala de estar en un salón de actos y, todas las noches, la gente vendrá y averiguaré lo que han comido. Todos los periódicos hablarán de mí. Seré la Swami de los Sándwiches.

Todo el mundo se echó a reír, y sus carcajadas envolvieron a Evie como la más cálida de las mantas. Aquella era la mejor ciudad del mundo, y ella se estaba zambullendo de cabeza en sus profundidades. En menos de una hora, había obtenido la lectura de alrededor de una docena de objetos, así que estaba bastante aturdida. Ya era muy tarde... o temprano, dependiendo de cómo se mirara. Un chico cualquiera le había puesto una corbata de rayas en torno a la cabeza y se la había atado con media lazada. Mabel se había quedado dormida en el sofá. La anfitriona le había colocado una bandeja de sándwiches sobre el estómago y, de vez en cuando, alguno de los invitados se acercaba tambaleándose y cogía uno. Junto a sus pies, una pareja apasionada se fundía en un beso interminable.

Henry se situó junto a Evie.

—Eh, cariño, ese truco tuyo es fantástico para las fiestas. Dime la verdad: eras la ayudante de un mago.

—No, no —dijo Evie con una gran sonrisa.

—Bueno, ¿cómo has aprendido a hacerlo? —insistió Henry—. ¿Siempre has podido...?

Le puso un dedo en la frente y fingió leer sus pensamientos.

Evie se echó a reír. Estaba lo bastante borracha como para confesarle la verdad, pero en su interior una voz diminuta le decía que no lo hiciera. La velada había sido absolutamente perfecta. ¿Y si se agriaba, como su última fiesta?

—Una dama nunca revela sus secretos —contestó arrastrando las palabras.

Henry parecía estar a punto de preguntarle algo más. Evie lo presentía. Pero entonces el joven volvió a esbozar una sonrisa irónica.

—Por supuesto que no.

—¿Quieres que averigüe tus secretos, Henry?

—No, gracias, querida. Me encanta vivir en el suspense. Además, si me contara a mí mismo todos mis secretos, perdería el misterio.

Enarcó una ceja y frunció los labios como John Barrymore en *Don Juan*, y Evie supo que había actuado como debía.

Soltó una risita.

—Me caes bien, Henry.

—Tú también me caes bien, Evil.

—¿Somos amigos?

—Por supuesto.

Zeta se derrumbó junto a ellos sobre la gruesa alfombra de piel de cebra.

—Estoy cocida.

—¿Borracha hasta no poder más?

—Totalmente alcoholizada. Hora de irse a casa.

—Como quieras, vampirita.

—Zeta. —Evie señaló con un dedo más o menos hacia donde se encontraba su amiga—. No has dejado que cuente tus secretos.

La bailarina dudó durante unos instantes, pero estaba demasiado borracha como para decir que no.

—Ahí tienes, Evil —dijo, y le dio una pulsera de ónice con forma de jaguar—. Mi cumpleaños es el 23 de febrero y hace un millón de horas que cené uno de esos bocadillos blanduchos de la cocina.

Evie estrujó la pulsera y experimentó una abrumadora sensación de tristeza y un poso de miedo. Vio a Zeta corriendo en mitad de la noche, con el vestido hecho jirones y la cara hecha un desastre. La joven estaba asustada, muy asustada.

Evie tuvo que soltar el brazalete. Cuando abrió los ojos, Zeta la estaba mirando de una manera extraña, y Evie no era capaz de ver más que a la otra Zeta, a la chica aterrorizada que corría para salvar su vida.

—Lo... lo siento. No he podido ver nada —mintió Evie.

—Menos mal —dijo Zeta al tiempo que recuperaba la pulsera.

Pero le lanzó una mirada recelosa a su amiga, y Evie pensó que ojalá no se hubiese excedido demasiado. Tal vez de momento fuera mejor mantener oculto lo del truco de magia.

Un jarrón pasó volando justo por encima de sus cabezas y se estrelló contra una pared. Lo había lanzado la rubia del número de Baal. Daisy no sé qué. La chica estaba chillando.

—¡Nadie aprecia lo que hago por el espectáculo! ¡Ni Flo ni nadie! ¡Soy una estrella y podría largarme a Hollywood y salir en las películas en cuanto quisiera!

—La vieja Daisy de siempre —comentó Henry con tono de complicidad.

—Hora de marcharse —anunció Zeta.

Evie despertó a la agotada Mabel y Henry fue a coger sus abrigos. Evie intentó introducir el brazo izquierdo en la manga una y otra vez, pero no acertaba, así que

finalmente Henry tuvo que echarle el abrigo por encima de los hombros.

La chica le dio unas palmaditas en la cara.

—Mándame la factura de tus servicios, Henry.

—Son gratis.

Agarrados del brazo, los cuatro serpentearon por las bohemias calles del Greenwich Village, pasaron ante los minúsculos clubes nocturnos y las buhardillas de los artistas. Y, entretanto, iban cantando una canción que se había inventado Henry, una tonadilla ridícula cuyo estribillo decía «plantó el pandero encima de un muchacho llamado Danny» y que hacía que Zeta se desternillara cada vez que lo repetían. Los primeros tentáculos de un monstruoso dolor de cabeza iban trepando por la nuca de Evie, se tensaban alrededor de su cráneo y hacían que le dolieran los ojos. No podía olvidarse de lo que había sentido al sostener la pulsera de Zeta. No sabía de qué horror había huido su amiga, y tampoco estaba segura de querer saberlo, así que cantó con más fuerza para ahogar las voces de su cabeza. Al llegar a Washington Square Park, Henry se detuvo y se encaramó a uno de los bancos del parque.

—¿Sabíais que antiguamente esto era una fosa común? Hay miles de cuerpos enterrados bajo esta tierra.

—Podría unirme a ellos dentro de poco —aseguró Zeta con un bostezo.

—Mirad eso.

Henry había levantado la mirada hacia la luna dorada que derramaba su luz pálida sobre el entintado fragmento de cielo que cubría el arco de Washington Square. Todos echaron la cabeza hacia atrás para absorber la enorme belleza de la escena.

—Qué bonito —dijo Evie.

—Y que lo digas —concedió Zeta.

—Ay, Dios —gimoteó Mabel.

Se volvió hacia la alcantarilla y vomitó.

DOLOR COMO PLUMAS

Memphis estaba sentado en el cementerio, cerca de la lápida que decía: EZEKIEL TIMOTHY. NACIDO EN 1821. MUERTO LIBRE EN 1892. Sacó el farol de su escondite y, junto a su resplandor amarillo, se puso a trabajar en un nuevo poema. «Luce su dolor como un abrigo de plumas demasiado pesadas para volar». Tachó la palabra «pesadas» y la sustituyó por «plomizas». Después decidió que era un término demasiado pretencioso y volvió a escribir «pesadas». Allá en el Hudson, un barco acariciaba la superficie del río y dejaba tras de sí serpentinas de luz. Memphis lo contempló durante un rato tratando de inspirarse, pero estaba cansado y, al final, apoyó la cabeza sobre los brazos y se quedó dormido.

En aquel sueño ya familiar, Memphis se encontraba en una encrucijada. El terreno era plano y de un marrón dorado. En el camino que se extendía ante él, el polvo se levantaba para formar una pared brumosa que oscurecía el día. Había una granja, un granero y un árbol. Un molino de viento giraba con violencia impulsado por el torbellino polvoriento. El cuervo graznó desde el campo y batió las alas con frenesí justo delante del hombre alto y cenecño que transformaba el trigo en cenizas con cada paso que daba.

Memphis se despertó sobresaltado. La vela del farol se había consumido. Todo estaba muy oscuro. Volvió a colocar el farol en la abertura secreta del árbol y se alejó del cementerio pasando por delante de la casa de la colina. «No mires, sigue caminando», pensó Memphis cuando llegó a la altura de la verja. Vaya, ¿por qué había pensado algo así? ¿Por qué la piel de los brazos se le estaba poniendo de gallina? Superstición. Una superstición estúpida y antigua. No iba a tolerarla, así que, como para desafiarse a sí mismo, para apartarse de una larga línea de ancestros temerosos, cruzó la verja con decisión y se encontró en el sendero agrietado y lleno de malas hierbas que llevaba hacia la ruinosa mansión. Se obligó a avanzar para acercarse cada vez más a las puertas principales, llenas de cicatrices. Puede que hasta entrara en la casa, que se librara de aquellas tonterías de una vez por todas. Ya casi había llegado. Solo cinco pasos más. Cuatro. Tres...

Las puertas se abrieron de golpe para liberar un sonido que Memphis tan solo pudo describir como un quejido infernal. El muchacho retrocedió a toda velocidad y echó a correr lo más rápido que le permitieron las piernas. No se detuvo hasta alcanzar las brillantes luces de Harlem.

«Ha sido el viento, nada más», trató de razonar mientras se colaba en casa de Octavia. Había dejado que una ráfaga de viento lo atemorizara. Hizo un gesto de negación con la cabeza al pensar en su cobardía y luego tuvo que ahogar un grito al toparse con Isaiah en el umbral de su habitación.

—¡Por Dios santo, Hombre de Hielo! —susurró—. Casi me da un infarto. ¿Qué

estás haciendo fuera de la cama? ¿Quieres un vaso de agua?

Isaiah tenía la mirada perdida.

—Ungid vuestra carne y preparad las paredes de vuestras casas. El Señor no tolerará la debilidad entre sus elegidos.

—¿Hombre de Hielo?

—Y la sexta ofrenda será una ofrenda de obediencia.

Memphis notó un escalofrío que le recorría los brazos y el cuello. No reconocía lo que decía su hermano. Era casi como si el pequeño estuviera «recibiendo» aquellas palabras. Memphis no estaba seguro de qué debía hacer. Si acudía a Octavia, su tía los arrastraría a ambos hasta la iglesia y los tendría allí todo el día y toda la noche, rezando.

La hermana Walker. Tal vez la hermana Walker supiera qué hacer. Se lo preguntaría al día siguiente. Memphis cogió a Isaiah de la mano y lo llevó de vuelta a la cama. El niño seguía mirando hacia el infinito.

—Ha llegado la hora. Están en camino —dijo Isaiah, y se sumió de nuevo en el mundo de los sueños con una palabra apenas susurrada—: Adivinos.

UNA RASPA DE LUZ DE LUNA

A varias manzanas y un millar de años de distancia de los sofisticados teatros y clubes nocturnos de la ciudad, una raspa de luna sudaba en el cielo, pero su resplandor no alcanzaba la lobreguez de los edificios de apartamentos de la Décima Avenida, donde Tommy Duffy y sus amigos agradecían el frescor del aire nocturno mientras se pavoneaban por Hell's Kitchen. Se hacían llamar los Reyes de la Calle, pues eran los gobernantes de los montones de escombros y las terminales ferroviarias. Vándalos. Los sultanes del maldito West Side.

—... me han dicho que por aquí hay un sótano donde cogen cosas robadas —graznó uno de los chicos—. He oído que el suelo está lleno de dientes a los que puedes sacarle el oro y vendérselo al de la casa de empeños de la Octava con la Cuarenta.

—Eres tan imbécil como tu viejo.

—Retira lo que acabas de decir de mi padre.

—¡Sí, su viejo de lo único que sabe es del whisky de Owney!

Los dos muchachos se lanzaron el uno contra el otro entre puñetazos y palabrotas, más por costumbre que por sentido del honor, hasta que Paddy Holleran los separó.

—Reservaos —ordenó—. Puede que necesitemos los nudillos para lo que vamos a hacer esta noche.

Paddy tenía catorce años y ya dirigía varios chanchullos de poca importancia para la pandilla de Owney Madden, así que los chicos lo siguieron sin dudarlo y gritando «¡Reyes de la Calle!» mientras derribaban cubos de basura y lanzaban piedras contra las ventanas. Nadie podía tocarlos. Aquello era lo que significaba pertenecer a una pandilla. Sin tus chicos no eras nada. Un pringado. Un don nadie.

Cuando llegaron a los astilleros vacíos, junto al Hudson, donde los almacenes hacían guardia, Paddy los mandó callar.

—Tenemos que estar atentos. Tienen un perro guardián, un pastor alemán enorme con unos colmillos de treinta centímetros y que siempre está alerta. Se os comerá la cara.

—¿Cuál es el plan, Paddy? —preguntó Tommy. Solo tenía doce años y tenía al mayor en un pedestal.

—¿Ves ese almacén del final? He oído que los hombres de Luciano tienen ahí escondido su whisky canadiense. Y también una destilería. Robamos algo de whisky, nos cargamos el alambique, y seguro que Owney estará encantado. Apuesto a que nos vería con buenos ojos. Les haremos saber a esos italianos cabrones que los irlandeses estábamos aquí primero.

—¿No fue Colón quien descubrió América? —dijo Tommy. Lo había aprendido en el colegio, antes de dejarlo en quinto curso.

Paddy le dio un puñetazo en la nariz al pequeño.

—¿Qué pasa contigo? ¿Ahora quieres largarte con los italianos? ¿Es eso?

—N... no.

—¡Eh! ¡Tommy Gun quiere ser italiano! ¡Es demasiado bueno para nosotros!

—¡No! —gritó Tommy tratando de hacerse oír por encima de los insultos de los demás.

—¿No? Demuéstralo. —Los ojos de Paddy destellaban crueldad—. Entra tú primero. Quédate dentro cinco minutos, luego sal con algo y te creeremos.

Tommy desvió la mirada hacia el extremo sombrío del astillero donde se hallaba el almacén. Allí dormían borrachos. Y también pervertidos. A veces alguna pandilla rival patrullaba cargando con tuberías de plomo. Y luego estaba la amenaza del perro guardián que había mencionado Paddy. A Tommy se le formó un nudo de miedo en el estómago.

—Hazlo, o dejarás de pertenecer a los Reyes de la Calle.

No había peor destino. Incluso la idea de que un viejo le enseñara sus partes era mejor que la de que lo expulsaran de la pandilla, ser un don nadie.

—Vale, vale —dijo Tommy.

Echó a andar con las piernas temblorosas hacia el amenazador almacén del río. Los gatos salvajes se escabullían entre las malas hierbas con cosas atrapadas entre los dientes. Uno le siseó, con los ojos cristalizados en la oscuridad. «Rey de la Calle, Rey de la Calle», repetía Tommy para sí. Ante las enormes puertas del almacén, titubeó durante un instante. No estaban cerradas con llave. No había más que una barra de madera embutida a través de los tiradores. Uno de los muchachos aulló como un perro y a Tommy se le aceleró el corazón al pensar en lo que podría haber al otro lado de las puertas.

«Rey de la Calle...».

El niño se coló en el interior de la nave y se dio cuenta de inmediato de que aquello no era una destilería secreta, sino un matadero. Aquel lugar apestaba a agua del río y carne putrefacta. A su espalda, Tommy oyó que volvían a deslizar la barra de madera entre los tiradores. Se precipitó contra las puertas y las golpeó con los puños.

—¡Dejadme salir! ¡Os mataré!

—Dale recuerdos de nuestra parte a los italianos, pringado —vociferó Paddy desde el otro lado, y el resto de los chicos se sumó a la algarabía con sus propios insultos.

Tommy oyó que sus carcajadas se alejaban del almacén, al igual que sus rápidas pisadas. El muchacho volvió a lanzarse contra las puertas, sin suerte. Excepto que pudiera encontrar otra salida, permanecería allí encerrado hasta que llegase alguien. Y aquel alguien podría ser uno de los hombres de Lucky Luciano, lo que daba más miedo que pasar la noche a solas en el viejo almacén. Desde la orilla del río, la luna

se abrió camino por encima de los edificios y chocó contra las ventanas estrechas. Su luz fracturada cayó primero sobre las cadenas y los garfios que colgaban del techo, luego sobre los esqueletos pálidos de los cerdos que se desangraban en largas filas al final del matadero. Una rata pasó corriendo por encima de su pie y el niño gritó.

—Un ejemplar grande, ¿verdad? —dijo una voz masculina.

Tommy se volvió sobresaltado.

—¿Quién anda ahí? ¿Quién ha dicho eso?

El hombre salió de entre las sombras. Era tan corpulento como un boxeador, y parecía un tipo importante, fuera de lugar en el matadero con su traje y su bombín. Tommy tragó saliva con dificultad. ¿Y si aquel tipo era uno de los matones de Lucky Luciano?

—Ha sido un reto. Mi... Mis amigos me han dejado aquí encerrado —consiguió decir al fin—. Se lo juro, señor. No quiero líos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el hombre.

—Tommy.

—Tommy —repitió él saboreando el nombre. Había algo extraño en los ojos de aquel tipo. El muchacho lo atribuyó a la débil luz de la luna—. Tomás, como el discípulo. El dubitativo Tomás, que tuvo que ver para creer.

—¿Eh?

El extraño sonrió. Fue una sonrisa inquietante, pero Tommy se sintió atraído hacia ella.

—Dado que parece estar de humor para tratos, yo también te propondré algo. Esta noche es la clase de noche en la que pueden forjarse hombres de gran arrojo. Pero tendrás que dejar tus dudas a un lado, Tomás.

El hombre se sacó del bolsillo un billete de cien dólares nuevecito y lo alisó entre los dedos, llenos de marcas negras azuladas. Tommy abrió los ojos como platos.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó con cautela.

—Lo único que debes hacer es caminar hasta el otro extremo del almacén y traerme mi bastón. Tiene la cabeza de plata.

El hombre hizo un gesto con la mano y Tommy divisó el mango plateado del bastón, que destellaba en la distancia detrás de los cerdos.

—¿Cuál es el truco?

—Ah. Eso sería revelar demasiado, ¿no crees? La vida es un juego de azar para los hombres de arrojo, Tomás. Debes estar dispuesto a arriesgarte para recibir recompensas. ¿Qué me dices?

Tommy se lo pensó. A lo largo de su corta vida, había descubierto que la mayor parte de los tratos no lo eran en absoluto. Y la idea de caminar entre aquellos pálidos cadáveres de cerdo para llegar hasta el bastón le resultaba aterradora. Después recordó que estaba allí porque sus supuestos amigos lo habían encerrado para echarse

unas risas. No volvería sin aquellos cien dólares para restregárselos por la cara.

—De acuerdo, señor. Lo haré.

El hombre esbozó su desasosegante sonrisa.

—Al fin un hombre de arrojo. ¿Podrías enseñarme las manos?

Tommy frunció el ceño.

—¿Para qué?

—Un hombre de mi posición debe tomar precauciones. Las manos, por favor.

Tommy las estiró con las palmas hacia arriba y luego les dio la vuelta y le mostró el dorso. Los ojos del extraño resplandecieron.

—Ya puedes bajarlas.

El hombre se sacó del bolsillo una bolsita de cuero y la sacudió para verterse en la mano algo que parecía polvo. Lo sopló en dirección al rostro de Tommy.

—¿Por... por qué hace eso? —balbució el muchacho al tiempo que se limpiaba la nariz y la boca.

—Subo la apuesta —contestó el extraño, y le tendió el billete de cien dólares sujetándolo entre los dedos índice y corazón, como si fuera una ofrenda—. Juego de azar. Hombres de arrojo.

Tommy le arrebató el billete de los dedos y se lo metió en el bolsillo. Los ojos del hombre parecieron iluminarse con un fuego extraño, y Tommy desvió la mirada de inmediato. La fijó en el bastón del otro extremo del almacén. Respiró hondo y se adentró en el túnel largo y oscuro que formaban los cerdos sacrificados. Todos aquellos cuerpos muertos, con los ojos abiertos e inmóviles, las bocas abiertas en un último grito silencioso, hacían que se sintiera un tanto aturdido y mareado, así que se esforzó por mantener la vista clavada en la cabeza plateada, que parecía estar a un millón de kilómetros de distancia. Tommy repetía para sí como un ensalmo «Rey de la Calle, Rey de la Calle, Rey de la Calle».

—Eso es, Tomás. Sigue caminando. Lo estás haciendo muy bien. Pronto te librarás de todas esas dudas.

Tommy continuó avanzando. Cien pavos eran un dineral. Cuando apareciera en casa de Paddy con ropa nueva, el pelo recién engominado y pasta en el bolsillo, les enseñaría a los demás quiénes eran los verdaderos pringados. Nadie volvería a encerrarlo en un almacén.

El extraño comenzó a cantar una canción perturbadora: «John el Travieso, John el Travieso, hace su trabajo con el delantal puesto...».

La cantinela hizo que Tommy se empapara de un sudor frío y recorriese a toda prisa los últimos pasos que lo separaban del bastón. Lo habían clavado en el suelo como una espada. Junto a él había un folleto de algo llamado «El Buen» no sé qué. La última palabra empezaba por «C», pero a Tommy siempre le había costado mucho leer. Las letras se le mezclaban en la cabeza. El muchacho agarró el bastón con ambas

manos y tiró, pero no hubo forma de liberarlo, y la canción del extraño estaba empezando a sacarlo de sus casillas. Parecía llegarle desde todas partes y, bajo la melodía, juraría que oía, muy bajito, gruñidos y siseos terribles, como voces salidas de las mismísimas entrañas del infierno. Tenía el dinero en el bolsillo. Podía largarse corriendo. Pero algo le decía que lo mejor sería acabar con aquello. Tommy tomó posiciones sobre el bastón, se secó las manos en los mugrientos pantalones y volvió a probar. No consiguió que cediera. Hizo un tercer intento y tiró con tanta fuerza que se cayó de espaldas sobre las virutas de madera. Notó que el suelo estaba húmedo, y una gota de algo le golpeó la mejilla, seguida de otra. Tommy se secó la cara. Cuando apartó la mano, la tenía manchada de sangre. Todavía tumbado de espaldas, levantó la mirada y vio a un pastor alemán colgando del garfio que se cernía sobre él. El asesinato era tan reciente que el animal todavía convulsionaba. Le habían abierto la barriga en canal y las tripas le sobresalían.

Tommy se puso en pie rápidamente. Las carcajadas del extraño lo sobresaltaron. De repente, estaba justo allí, delante de Tommy, que retrocedió hasta chocar con uno de los cerdos y mandarlo oscilando hacia los demás. Con las manos temblorosas, Tommy detuvo el movimiento del cerdo muerto, como si así pudiera poner orden en aquel horripilante giro de los acontecimientos. El extraño estaba justo allí. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía haber recorrido el camino que lo separaba de aquel punto del almacén?

—No... no puedo sacarlo —susurró Tommy.

No era consciente de que no dejaba de retroceder.

—Una pena. Tal vez él pueda ayudarte —contestó el hombre haciendo un ligero gesto con la cabeza hacia el perro muerto. Luego frunció el ceño juguetonamente—. No. Supongo que no.

Sacó el bastón del suelo sin esfuerzo.

Tommy sintió que la cabeza le daba vueltas. Ya no veía con claridad. Las patas de los cerdos se agitaban como marionetas. Se movían, se retorcían en los ganchos y chillaban, hasta que Tommy comenzó también a gritar. Los ojos del hombre ardían con un fuego aterrador y parecía ser aún más corpulento que antes.

—Un juego de azar, muchacho. Ya has tirado tus dados.

—¡Paddy! ¡Liam! —gritó Tommy—. ¡Johnny! ¡Estoy aquí!

—Tus amigos te han abandonado.

Tommy lanzó una mirada en dirección a la puerta atrancada del otro extremo del almacén, que en aquel momento estaba ligeramente entreabierta. ¿A qué distancia estaría? ¿A unos doscientos metros? ¿Trescientos?

—Ah, un último juego, por lo que estoy viendo —dijo el extraño como si pudiera leer los pensamientos de Tommy—. Adelante, Tomás. Haz tu apuesta. Tira los dados. —Su voz retumbó en el cavernoso matadero—. ¡Corre!

Tommy salió en estampida. Sus rodillas se movían como pistones; tras él, sus codos golpeaban el aire viciado. La puerta saltaba en su campo de visión mientras sus piernas engullían la distancia. Todo el mundo sabía que él era el muchacho más rápido de la Décima Avenida. Había escapado de polis, curas, pandillas y de su propia madre, que era rápida con el cinturón cuando la hacía enfadar, lo que ocurría a todas horas. Una cadena de las que colgaban del techo se precipitó contra él y Tommy la apartó de un golpe. Notó el escozor en la muñeca, donde recibió el impacto, pero no redujo la velocidad. A lo lejos, a su espalda, oía la voz del extraño por encima del estrépito de las cadenas del matadero. «Y la sexta ofrenda fue una ofrenda de obediencia...».

Tommy distinguía la puerta. Estaba a unos sesenta metros de distancia, y seguía sin haber ni rastro del extraño. Cuando superó el último cadáver de cerdo, en la cabeza del niño retumbó un estribillo frenético: «Rey de la Calle, Rey de la Calle, Rey de la Calle». Cincuenta metros. Cuarenta. La hermosa luz de la luna se filtraba por la rendija de la abertura de la puerta. Tommy no se paró a preguntarse cómo se había abierto. Tan solo podía pensar en atravesarla en dirección a la libertad, en correr a toda velocidad hacia el atajo que llevaba a la calle Treinta y nueve.

Treinta metros. Veinte...

Tommy ya no veía la puerta. Acababa de tenerla a su alcance, pero de repente había desaparecido. El extraño se había interpuesto en su camino. Al muchacho no le costó más de un instante frenar, pues la señal que su cerebro le enviaba a sus piernas era que había un obstáculo delante de él... El borde de un acantilado con forma de hombre de ojos ardientes. Había corrido en la dirección equivocada. ¿Cómo era posible? ¿Cómo se había desorientado tantísimo? Ya nada le parecía estar en su sitio. Tommy se dio la vuelta y vio unas sombras espantosas trepando por las paredes y el techo del matadero, como si lo estuvieran devorando por completo, y al extraño caminando por delante de todas ellas, igual que un charlatán de feria a la cabeza de un desfile de oscuridad.

«¿Cómo?», pensó Tommy. Viró hacia la izquierda sin reducir la velocidad y se abrió camino entre los cerdos que lo asfixiaban solo para encontrarse frente a una pared de ladrillos que, sin duda, no estaba allí hacia un segundo. Giró a la derecha y había otra pared. Cuando volvió a correr hacia el frente, se encontró de nuevo con el extraño delante de él, de pie en medio de un fragmento de terrorífica luz de luna. Estaba desnudo hasta la cintura, y Tommy contempló su piel reluciente, los tatuajes que parecían marcas de ganado y que serpenteaban sobre la carne del hombre, y también por debajo, como si su piel fuera falsa y la cosa que había debajo estuviera a la espera de salir.

—Has perdido, Tomás.

Los aullidos demoníacos llenaron el almacén. La oscuridad se arremolinó tras el

extraño y borró las paredes y cualquier esperanza de escapar.

—«Yo soy él, la Gran Bestia, el Dragón Antiguo. Y todos me contemplarán y temblarán...».

El hombre continuó hablando, pero Tommy ni siquiera podía escucharlo. Mantenía la mirada clavada en la oscuridad que se movía y en las cosas atroces que la habitaban, en la silueta cambiante del extraño que se cernía sobre él.

—Po... Por favor —graznó.

El extraño se limitó a sonreír.

—Tienes unas manos perfectas —dijo mientras la oscuridad descendía sobre él.

Y LA MUERTE HUIRÁ DE ELLOS

Evie estaba recostada en la bañera, con dos gruesas rodajas de pepino colocadas sobre los ojos hinchados, y cantaba sin ninguna consideración por su dolorida cabeza. «Conquistaremos Manhattan, el Bronx y también Staten Island...».

—No cabe duda de que conquisté Manhattan —masculló Evie—. Y ella... me... conquistó a mí.

Se sumergió bajo el agua y dejó que la meciera hasta que unos golpes violentos la obligaron a emerger.

—Me estoy bañando —vociferó.

—¿Vas a tardar mucho? —preguntó Jericho.

Evie sacó del agua un dedo del pie que parecía una pasa y lo acercó al grifo del agua caliente.

—Es difícil de decir.

—Necesito el... el..., eh...

—Ay, por Dios —dijo Evie con un suspiro—. Vale, vale. No quiero que mueras de peritonitis como Valentino. Solo un minuto. —Evie aclaró las rodajas de pepino bajo el grifo y a continuación se las comió. Quitó el tapón y dejó que el agua se sumiera por el desagüe mientras se ponía la bata y abría la puerta con una reverencia—. Todo tuyo —dijo cuando Jericho pasó a su lado a toda velocidad.

En la cocina, Evie exprimió una naranja en un vaso, sacó las pepitas que habían caído y se bebió de un trago el preciado zumo, acompañado de dos aspirinas.

—Virgen santa...

Un minuto después, Jericho salió del baño con el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

El joven se sentó en el sofá y se ató un zapato en silencio, pero su descontento flotaba en la habitación como el persistente aroma de las sales de baño perfumadas de la chica. A Evie le daba igual que le gritaran, pero odiaba sentirse juzgada. La irritaba, y hacía que se sintiera pequeña, fea y sin arreglo. Se puso a cantar, como reproche tanto a la actitud de Jericho como a su dolor de cabeza.

—Solo me preguntaba si esta va a ser tu rutina habitual —dijo Jericho al fin.

—Rutina habitual. Eh... Bueno, puede que añada un mono amaestrado. Le gustan a todo el mundo.

—¿Esto es todo lo que hay para ti? ¿Una gran fiesta constante?

Aquello enfadó a Evie. Al menos a ella no le daba miedo salir y vivir. Jericho no parecía conocer la vida más allá de las páginas de un viejo libro polvoriento, y tampoco parecía tener ningún interés en conocerla.

—Es mejor que pasarse las noches rumiando como si fueras el difunto hermano

de Byron. No pongas esa cara de ofendido... ¡Te pasas el día dándole vueltas a la cabeza! ¿Y qué bien te hace eso? Tienes dieciocho años, no ochenta, chaval. Vive un poco.

Jericho se levantó del sofá.

—¿Que viva un poco? ¡Que viva un poco! —Soltó un amargo «¡Ja!»—. Si supieras que... —Se detuvo de inmediato, y Evie se percató de que el joven se obligaba a adoptar una calma casi mecánica—. Da igual. No lo entenderías. Tengo que irme al museo.

Cogió su manoseada copia de Nietzsche y se marchó dando un portazo.



Evie estaba sentada en la cama de Mabel. Las aspirinas no la habían ayudado mucho, pero, como una chica moderna de verdad, no tenía ninguna intención de pasarse el día metida en la cama, al contrario que la pobre Mabel, que había sucumbido a una terrible resaca. Estaba tumbada, hecha un ovillo, aferrada a una palangana por si sentía la necesidad de vomitar.

—Recién salidos del horno, los titulares de hoy: el amor de tu vida no aprueba mi forma de vida de *flapper* descarriada —dijo Evie con voz de afectado misterio—. De verdad, Mabiesie. Tal vez quieras replanteártelo... es un poco aguafiestas.

—Mi estómago tampoco aprueba tu forma de vida —repuso Mabel, abatida. No había levantado la cabeza de la almohada—. No voy a volver a beber jamás.

—Eso es lo que decimos todas, Carita de Pan.

Mabel gimió.

—Va en serio. Me encuentro fatal. Voy a poner fin a mi relación con el alcohol. —Levantó la mano derecha—. Puedes actuar como notario que da fe de esta declaración.

—De acuerdo. Doy fe.

Mabel dejó caer la mano y su rostro se contrajo en una expresión de renovada tristeza. Evie se levantó de la cama de un salto.

—¿Qué pasa? ¿Estás a punto de vomitar?

Mabel metió la mano debajo de la cama y sacó lo que quedaba de la diadema de Evie. Estaba medio rota por el medio, donde resultaba evidente que alguien la había pisado. Le faltaban varios diamantes falsos y las plumas de pavo real languidecían como coristas acabadas.

—Lo siento.

—Oh... —Evie contuvo una palabrota. Mabel frunció la boca y Evie se dio cuenta de que su amiga estaba a punto de convertirse en un legendario mar de lágrimas. Tiró la diadema al suelo como si no fuese más que basura—. ¿Ese viejo chisme? Ya estaba cansada de ella, de todos modos. Me has hecho un favor, amiga,

liberándola así de su sufrimiento.

Mabel enarcó una ceja.

—Estás mintiendo, ¿verdad?

—Sí.

—Solo para que me sienta mejor.

—No, para sentirme mejor yo. Si no, me echaré a llorar.

—Gracias. —Mabel consiguió esbozar una vaga sonrisa. Le ofreció a Evie un meñique curvado—. ¿Amigas para siempre?

Evie entrelazó su meñique con el de Mabel.

—Para siempre. —Le dio un beso en la frente a su amiga y apagó la lámpara de la mesilla—. Duerme un poco, Carita de Pan.

Evie salió del Bennington y bajó por Broadway, paseando por delante de las tiendas. Un establecimiento de venta de radios había puesto en marcha su último modelo y el sonido se expandía por las aceras para tentar a los clientes. Evie se detuvo a escuchar durante un instante, mientras se pintaba los labios mirándose en el escaparate.

«... Aquí Cedric Donaldson informando desde Roosevelt Field, Long Island, donde hace tan solo unos instantes Jake Marlowe ha aterrizado con su American Flyer, un avión de su propia invención. Puede oírse el entusiasmo de la multitud que se ha reunido aquí, en este hermoso día de otoño, para ofrecerle la bienvenida de un héroe a este multimillonario inventor e industrial. Y aquí está la banda de música del Instituto Bayside tocando la marcha nacional de Estados Unidos».

El hombre de la tienda miró a Evie con desaprobación desde el otro lado del cristal. La muchacha levantó las piernas y los brazos imitando el desfile de la banda y le dedicó un saludo al hombre. Después, continuó su relajado deambular hacia el museo. En el quiosco, Evie frenó en seco. La portada del *New York Daily Mirror* anunciaba: ¡EL LOCO DE MANHATTAN ATACA DE NUEVO! Cogió el periódico y pasó la publicidad de las gafas cometa de Salomón para leer la noticia en la página dos.

—Eh, muñeca, ¿piensas pagarlo?

El hombre del quiosco le tendió la mano.

Evie le entregó una moneda y, aferrada al periódico, corrió hasta llegar al museo.

Will estaba sentado en la biblioteca con Sam y Jericho. Parecía pálido.

—A... Acabo de enterarme... —dijo Evie, casi sin aliento.

Levantó el periódico.

—Tommy Duffy. Doce años —la informó Will en voz baja—. El asesino se ha llevado sus manos.

Aquel horror hizo que a Evie se le retorciera el estómago.

—¿Es el mismo asesino?

Su tío asintió.

—Primero envió una nota de aviso a los periódicos.

Jericho abrió la última edición del *Daily News* de la tarde anterior.

—«Y en aquellos días los hombres buscarán la muerte, y no la hallarán; y desearán morir, y la muerte huirá de ellos. Pues la Bestia se alzaré cuando el cometa vuele».

—Parece que a este tipo le gusta llamar la atención —comentó Will—. Dejó otra nota junto al cuerpo.

Evie desenrolló el delgado pergamino, que se parecía al primero, lleno de símbolos mágicos en la parte baja.

—Ten cuidado con eso... Nos lo ha prestado el detective Malloy —le explicó su tío.

—«Y en aquellos tiempos, los jóvenes eran perezosos. Sus manos estaban ausentes de los arados y no las elevaban en oración y alabanza al Señor nuestro Dios. Y el Señor estaba furioso y exigió a la Bestia una sexta ofrenda, una ofrenda de obediencia» —leyó Evie—. Las manos. Con Ruta, se llevó los ojos, y con Tommy Duffy, las manos. ¿Por qué?

—No tiene ningún sentido —concedió Will.

—El asesinato de un niño jamás podría tenerlo.

—Me refería a la simbología. —Will se puso en pie y comenzó a caminar de un lado a otro por la habitación—. Tommy Duffy estaba colocado en una postura determinada. Lo colgaron del revés con una pierna doblada. Ese símbolo no es cristiano. Es pagano. El Colgado, como en el tarot. Es un indicio de magia o misticismo. Sin embargo, encontraron esto metido en el bolsillo trasero del muchacho.

Con brusquedad, Will depositó un folleto sobre la mesa. En la cubierta, un hombre con una túnica blanca y un sombrero puntiagudo aparecía bajo una cruz y una Biblia abierta tocando una campana de la libertad mientras el rostro fantasmagórico de George Washington lo observaba con aprobación.

—*El Buen Ciudadano* —leyó Evie—. ¿Qué es esto?

—Es una publicación mensual de la Iglesia Columna de Fuego —contestó Will—. Que además es un gran apoyo para el Ku Klux Klan.

—¿Crees que el Klan podría haber matado a ese muchacho?

—Es posible. Claro, que también es posible que el panfleto estuviera en la escena antes del crimen. No obstante, hay que tener en cuenta que Tommy Duffy era irlandés. Ruta Badowski era polaca. Tal vez el asesino odie a los extranjeros.

—Podría ser anticatólico —señaló Jericho.

—No necesitan muchos motivos —gruñó Sam.

En Zenith había hombres que pertenecían al Klan, Evie lo sabía. Y había personas, como el padre de Harold Brodie, que los apoyaban. Pero los padres de Evie

habían sido católicos. Los O’Neill irlandeses. Y su padre despotricaba a menudo contra el Klan y la intolerancia asesina que defendían sus miembros.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó Evie.

—¿Irnos adónde, muñeca? —quiso saber Sam.

—Vamos a ir a esa Iglesia Columna de Fuego a husmear un poco, ¿no es así?

—No puedo —dijo Will—. Una vez ayudé a presentar cargos contra su Gran Dragón del Klan. Me conocen.

—¿Y qué hay del detective Malloy? —preguntó Jericho.

Will dejó escapar un prolongado suspiro.

—Ha enviado a unos cuantos hombres allí esta mañana, pero me parece que no ha servido de mucho. Alma Bridwell White, la obispo de Columna de Fuego, amenaza con poner una demanda cada vez que alguien susurra una palabra contra su iglesia.

Evie se puso en pie.

—¿Y si Jericho y yo nos hacemos pasar por recién casados interesados en unirnos a la Iglesia? Así podríamos fisgar un poco y ver qué podemos encontrar.

Jericho levantó la vista.

—¿Tú... y yo?

—¿Me estás tomando el pelo? —intervino Sam—. A nuestro amigo el Gigantón se lo comerían vivo.

—Puedo arreglármelas solo, gracias.

—No te enfades, Grandullón. Eres un buen tipo. Pero para esto se requiere a alguien capaz de manejar la situación. Necesitáis a un estafador. Además, alguien tiene que conducir.

—Yo sé conducir —lo interrumpió Evie.

—Evie sabe conducir —dijo Jericho. Su mirada era desafiante.

—Muy bien. Iremos los tres —concluyó Sam—. Pero si yo consigo el coche, yo llevo el volante.

—Como queráis —dijo Will—. Evie, ¿podría hablar contigo un segundo en mi despacho, por favor?

—Nunca me dejan conducir. Se me da bien —gruñó la joven de camino al despacho de su tío.

Will sacó una petaca plateada de un cajón del escritorio y le dio un trago.

—De modo que sí que tienes alcohol —comentó Evie.

—Siento decepcionarte; es leche de magnesia de Phillips. Tengo el estómago revuelto... lo cual no resulta sorprendente después de lo que he visto esta mañana. No es necesario que te sientes. Seré breve. Evangeline, yo no soy tu madre, pero eso no significa que no tenga normas de comportamiento. No volveré a tolerar que llegues a casa borracha a altas horas de la madrugada.

Will la miró directamente a los ojos. A Evie se le pasó por la cabeza que nadie la

había estudiado con tanto detenimiento hasta entonces.

—Pero, tío...

Will levantó una mano para frenar su queja antes de que pudiera cobrar impulso.

—Tal vez deba recordarte que los trenes viajan en ambas direcciones entre Nueva York y Ohio, Evangeline. ¿Entendido?

Evie tragó saliva con dificultad.

—Lo pillo.

—No me importa que disfrutes de lo que Nueva York tiene que ofrecer, pero deberías tener cuidado. Al fin y al cabo, hay un asesino suelto en la ciudad.

De pronto, Evie recordó la página que había marcado el día anterior para enseñársela a su tío.

—¡Ostras! Se me olvidaba decirte... Creo que he encontrado nuestro símbolo en un libro de la biblioteca. Algo relacionado con una orden religiosa... Los Hermanos, la Hermandad... ¿Cómo era?

De regreso en la biblioteca, Evie comenzó a revisar las estanterías desbaratando el cuidadoso trabajo de Jericho, que la seguía reordenando las cosas.

—¡Aquí está! —Evie bajó a toda prisa las escaleras de caracol—. *Fervor religioso y fanatismo en las regiones centrales y occidentales del estado de Nueva York*. El libro es, sin duda, una cura para el insomnio, pero contiene esto. —Lo abrió por la página con el dibujo del emblema del pentáculo y la serpiente—. ¡Los Hermanos! ¡Eso es! ¿Sabes qué es esto?

—No, pero conozco a alguien que podría saberlo: el doctor Georg Poblocki, de la Universidad de Columbia. Es profesor de religión, y un viejo amigo. Lo llamaré de inmediato —dijo Will mientras salía de la biblioteca a paso ligero.

Jericho se aclaró la garganta.

—¿Quieres hacerte cargo tú del primer turno o lo hago yo? —preguntó como si los visitantes fueran a inundar el museo de un momento a otro.

—¿Dónde está Sam? —preguntó Evie.

—Ha ido a llamar a un amigo para hacerse con un coche.

—Seguro que sí —dijo Evie con desdén.

—Podría ocuparme yo del primer turno, si lo prefieres —se ofreció Jericho.

—No, lo haré yo —repuso la joven.

Seguía molesta por la pequeña charla que Jericho le había soltado aquella mañana, y no tenía ninguna intención de permitir que se hiciera el mártir.

Evie recorrió las salas del museo pensando tanto en el asesinato como en la fiesta de la noche anterior. Probablemente, no debería haber sido tan explícita respecto a su capacidad de leer objetos. ¿Y si ahora esperaban que lo hiciera en cada ocasión? ¿Y si, a la sobria luz del día, la tomaban por un bicho raro o aterrador, alguien que podría ser capaz de adivinar los secretos que tanto se habían esforzado en ocultar? Se

prometió a sí misma que tendría más cuidado en el futuro.

Pero sentía curiosidad por los Adivinos que su tío había mencionado el primer día de Evie en el museo, así que buscó el libro de Liberty Anne Rathbone y se acurrucó junto a la estufa de leña de la sala de colecciones para leerlo.

Las profecías de Liberty Anne Rathbone,

recogidas por su hermano y fiel servidor,
Cornelius T. Rathbone.

Hoy, la dulce Liberty Anne yace en el mismo estado de hechizamiento en el que se halla sumida desde su paseo por los bosques. A veces, habla con impreciso asombro de las maravillas que contempla; en otras ocasiones, se muestra inquieta y murmura advertencias sobre terribles cosas por venir. Es como si viera el interior de ese abismo vasto y celestial que solo los ángeles y el ojo omnisciente de la Providencia pueden visitar. He recogido sus palabras de inmediato.

«Somos los Adivinos. Hemos sido y seremos. Es un poder que procede de la gran energía de la tierra y de sus gentes, un reino compartido para un conjuro, durante el tiempo que sea necesario. Vemos a los muertos. Hablamos con los espíritus inquietos. Caminamos en sueños. Leemos el significado de todo lo que sostenemos. El futuro se nos revela como el mapa de un marino y nos muestra mares que aún debemos navegar».

Evie pasó la página, emocionada.

«No puede haber seguridad a costa de la libertad. El corazón de la unión no lo tolerará... Los cielos están iluminados con un fuego extraño. La puerta eterna está abierta. El hombre del sombrero de copa regresará con la tormenta... El ojo no puede ver».

Al final de la página había un pequeño boceto de un ojo rodeado por los rayos del sol, con un relámpago debajo.

«Los adivinos deben resistir, o todo caerá».

Evie cerró el libro y lo dejó a un lado. Estaba claro que Cornelius Rathbone había querido mucho a su hermana. ¿Soñaría con ella cuando se marchó, al igual que Evie soñaba con James? Buscó con la mano el consuelo del colgante de la moneda de medio dólar. Estaba agotada por haber trasnochado. El sol de la tarde entraba por las ventanas y, combinado con el calor de la estufa de leña, hacía que la habitación estuviera caldeada. Evie apoyó la cabeza en los brazos y se quedó dormida.

Soñó con la ciudad. Las calles, que parecían desfiladeros, estaban vacías y el sol del atardecer tornaba las ventanas anaranjadas, pero a lo lejos se divisaba una masa amenazante de nubes oscuras. Evie gritaba, pero no había nadie. Los periódicos se arrastraban por el suelo y trepaban por las paredes de los edificios silenciosos. Entonces la joven se percataba de otras presencias. Sombras que se escapaban de su campo de visión. Gente espectral. Volvía la cabeza justo a tiempo para verlas desaparecer en la creciente oscuridad. Susurraban: «Ella es uno. Es uno de ellos. No podéis detenernos. Nada puede detenernos».

Evie dobló una esquina y se sorprendió al ver también a Henry recorriendo las calles, como si buscara a alguien. Su amigo abrió los ojos de par en par cuando la vio.

—Evie, ¿qué estás haciendo aquí? No me recuerdes —le dijo.

Y, cuando la chica volvió a mirar, Henry había desaparecido.

Pero otra persona se dirigía corriendo hacia ella, y Evie se dio cuenta de que no podía moverse ni lo más mínimo. Estaba paralizada de miedo. La figura se acercó. Era una chica con el pelo negro y brillante y los ojos verde botella. La muchacha tenía algo que a Evie le resultaba vagamente familiar. Juraría que la conocía de algo. Y entonces cayó en la cuenta: era la camarera del restaurante de Chinatown. La chica llevaba una daga extraña en una mano. Parecía furiosa, alarmada, cuando gritó:

—¡No deberías estar aquí! ¡Despierta!

—Evie, ¡despierta! —Sam la sacudía agarrándola por el hombro. Evie abrió los ojos en el museo. La luz del sol seguía entrando a raudales por las ventanas con vidrieras de la sala de colecciones—. Estabas soñando.

—¿Ah, sí? —dijo Evie al tiempo que se estiraba. El corazón todavía le latía deprisa.

—Debía de ser una joyita de sueño. Estabas gritando.

Evie asintió.

—Una verdadera pesadilla.

—Vaya, muñeca. No es de extrañar con tanto hablar de asesinatos. Cuéntaselo todo a tu colega Sam. Yo te salvaré.

Sam se colocó a su lado en la silla. Con cariño, le apartó un rizo de la cara, pero su sonrisa tenía la misma naturaleza lobuna que Evie había visto por primera vez en la estación de Pensilvania.

Evie lo miró con ojos grandes e inocentes.

—Bueno, soñaba que estaba en Nueva York, completamente sola...

—Pobrecita.

Sam le rodeó los hombros con un brazo.

—Caminaba por las calles en busca de gente... pero no había nadie...

—Terrible...

Sam estaba tan cerca que Evie podía percibir su aroma.

—De pronto, me encontré en la estación de Pensilvania... —La joven hizo una pausa—. Y después me ocurrió algo horrible.

—¿Qué pasó, muñeca? —ronroneó Sam.

—Un canalla sin escrúpulos me robó veinte dólares —contestó, y empujó a Sam con fuerza a la altura del pecho.

El chico estuvo a punto de caerse de espaldas, pero consiguió enderezarse en el último segundo.

El muchacho esbozó una sonrisa desdeñosa.

—Vaya, es una buena forma de darle las gracias al tipo que acaba de conseguirte un coche recién lavado.

Evie le hizo una pequeña reverencia.

—Solo he venido a decirte que tenemos un cliente de verdad, de los que pagan, que quiere una visita guiada del museo.

—Díselo a Jericho —repuso Evie, y volvió a estirarse.

—El tipo ha preguntado por su tío, pero le he dicho que era usted quien estaba al mando, alteza.

Sam le devolvió la reverencia.

Evie le contestó poniendo los ojos en blanco.

—¿Crees que podrás contenerme y no robar nada mientras no esté?

—Lo único que intento robar es tu corazón, muñeca.

Sam sonrió con socarronería.

—No eres tan buen ladrón, Sam Lloyd.

Evie llegó al vestíbulo para encontrarse, de pie junto a las puertas principales, a un joven ataviado con un traje arrugado y dándole vueltas a su sombrero entre las manos. Del bolsillo del pecho le asomaba un cuaderno.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó Evie con la más amable de sus sonrisas.

El hombre detuvo el movimiento del sombrero y le tendió la mano como si fuera un vendedor.

—¿Cómo está? Harry Snyder. Soy de Wisconsin. Había oído hablar de su museo, y tenía que verlo con mis propios ojos. Estoy impaciente por contarles a mis paisanos todo lo que vea cuando regrese a casa.

Si Harry Snyder era de Wisconsin, Evie era monja. De hecho, si se llamaba Harry Snyder, ella se haría monja por segunda vez.

—Bienvenido al Museo del Folclore Norteamericano, la Superstición y el Ocultismo, señor Snyder —lo saludó Evie alargando la pronunciación del apellido—. Por aquí, por favor.

La chica guio al visitante de sala en sala dándole explicaciones sobre los distintos objetos, soltándole el discurso histórico que le había oído a Will en numerosas ocasiones y añadiendo algunas florituras de cosecha propia. Entretanto, el hombre tomaba notas en su libreta y miraba a su alrededor como si esperara que en cualquier momento se manifestase un espíritu.

—Un amigo me ha dicho que están ayudando a la policía con esa investigación de asesinato... ese asunto del Loco de Manhattan. Suena horrible. ¿Tienen alguna pista? —preguntó.

Después, cogió una extraña figurilla del siglo XVII como si fuera un salero.

Evie se la quitó de las manos y volvió a depositarla sobre la mesa.

—¿Le ha contado algo al respecto su tío? ¿Es cierto que el asesino está llevando a

cabo un ritual ocultista satánico? ¿Qué opina él?

—Me temo que las órdenes del detective Malloy me comprometen a guardar silencio.

El hombre se acercó a ella.

—No he podido evitar fijarme en que el buen agente Malloy no está aquí. Dígame, ¿qué hizo el asesino con los ojos de esa pobre chica? Me han dicho que se los envió por correo a la policía con una nota. ¿Es eso cierto?

Evie entornó los ojos.

—¿Quién es usted en realidad?

—Harry Snyder, de...

—¡Venga ya! —le espetó Evie.

El hombre esbozó una amplia sonrisa. La señaló juguetonamente con el dedo.

—Me ha pillado. —Le estrechó la mano con firmeza—. Soy T. S. Woodhouse, reportero del *Daily News*. He intentado conseguir en varias ocasiones que su tío haga alguna declaración sobre el caso para nuestro periódico, pero es más tacaño que un político con sus comentarios. Pero, vaya, puede que haya estado ladrándole al miembro equivocado de la familia, ¿verdad?

El lápiz de T. S. Woodhouse sobrevolaba su libreta a la expectativa.

—Me alegro de haberle cobrado a la entrada, señor Woodhouse. Lo acompañaré a la salida.

Evie se encaminó hacia la puerta y sus tacones repiquetearon sobre el mármol. El señor Woodhouse corrió a su lado.

—Llámeme T. S., por favor. Venga, ¿no le gustaría ver su nombre en los periódicos? ¿Enseñárselo a todos sus amigos cuando vuelva a casa? Incluso podríamos incluir su foto, es una muchacha preciosa. Vamos, sería la estrella de Manhattan.

Evie se detuvo. Con todo lo que estaban trabajando, ¿por qué no hacerse con la fama y la recompensa? ¿Por qué no deberían hacerse famosos por ello? Sin embargo, si el tío Will lo descubría, se pondría furioso. Ya le había prometido que no se metería en más líos. Y aquello era, sin duda, buscarse un buen lío.

—Lo siento, señor Woodhouse, no puedo.

T. S. Woodhouse se llevó el sombrero al pecho.

—Escuche, voy a ser sincero con usted, señorita O'Neill. Necesito esta historia. Podría ser mi pasaporte hacia el éxito. ¿Ha deseado algo con todas sus fuerzas alguna vez?

A Evie aquel hombre le recordó a un escolar demasiado crecido y caprichoso. T. S. Woodhouse era alto y delgado, y rebosaba una energía palpable y vibrante; tenía la cara afilada y pecosa y, bajo su mata de pelo castaño alborotado y sus cejas rectas, un par de ojos azules parecía estar observando, analizando constantemente. Pero en

aquellos ojos también había una determinación que Evie no podría entender mejor.

—Eso no es de mi incumbencia.

—Podría serlo. —El hombre concentró su mirada azul directamente en ella—. ¿Qué quiere? Pídamelo. ¿Quiere aparecer en todas las páginas de cotilleos? ¿Quiere columnas que afirmen que los millonarios se pelean por casarse con usted? Puedo hacer que ocurra.

—Ni siquiera es capaz de hacer que ocurra esta historia, señor Woodhouse. ¿Cómo iba a ayudarme?

—Triunfo a lo grande con esta historia, le proporciono al *Daily News* algo de información confidencial, y entonces estaré en posición de darle lo que necesite. Favor por favor. En igualdad de condiciones..., un trato equitativo.

El periodista volvió a tenderle la mano. Evie la ignoró.

—No hay mucho movimiento por aquí —señaló el señor Woodhouse dejando bastante claro lo que quería dar a entender.

—No es más que el receso de la tarde.

T. S. Woodhouse volvió a darle forma a su sombrero como si aquella fuese su única preocupación.

—Por lo que he oído, hay muchos recesos de este tipo. De hecho, tengo entendido que el ayuntamiento podría cerrar este sitio en primavera. Excepto que, claro está, comience a producir beneficios.

Evie se mordió el labio mientras se lo pensaba. Llevaba un tiempo preguntándose cómo podrían convertir el museo en algo importante, y ahora la oportunidad se le presentaba en bandeja de plata. Will era un genio, pero no se le daban muy bien los negocios. Era obvio que si alguien iba a salvar aquel lugar, tendría que ser Evie. Ayudaría al museo... y si de paso se ayudaba a sí misma, bueno, ¿qué problema había?

—Haré un trato con usted, señor Woodhouse. Necesitamos visitantes en este museo. Yo le contaré lo que sé, como fuente anónima, y usted no dejará de escribir sobre lo genial que es este lugar y sobre que todo el que es alguien viene a visitarlo. Por supuesto, también puede mencionar que el tío Will cuenta en la investigación de estos crueles crímenes con la ayuda de su sobrina, la señorita Evie O'Neill. Y si una foto mía apareciera por casualidad en los periódicos, bueno, no es algo que yo pueda evitar, ¿verdad?

—No. Por supuesto que no. —El señor Woodhouse sonrió abiertamente y se encajó el sombrero en el cogote—. Es un hecho comprobado que los periódicos venden más cuando una chica guapa adorna sus páginas.

—¿Trato hecho, entonces?

—Trato hecho. —Se estrecharon las manos. El lápiz de T. S. Woodhouse volvió a sobrevolar la libreta—. Estoy listo, cuando quiera. Sabemos que el asesino deja

símbolos ocultistas. ¿Cuáles son?

—Se trata de un pentáculo rodeado por una serpiente que devora su propia cola. El asesino lo marca con un hierro candente en los cadáveres. Y deja notas religiosas. Mi tío piensa que podría estar relacionado con el Libro del Apocalipsis.

T. S. Woodhouse garabateó con el lápiz sobre las páginas de su cuaderno.

—Eso es bueno. ¡El asesino del Apocalipsis! Me gusta.

—Todavía no sabemos si es cierto...

—No importa. —La expresión de T. S. Woodhouse era de total determinación—. Soy la prensa. Yo lo convertiré en verdad. ¿Qué más?

—Eso es todo de momento. Estaré esperando esa noticia, señor Woodhouse.

El periodista se colocó el lápiz detrás de la oreja, se metió la libreta en el bolsillo del traje y volvió a estrecharle la mano a Evie.

—Lo ha hecho muy bien, Evie. No se preocupe..., yo siempre cumplo mis promesas.

Evie esperaba que aquellas palabras fuesen verdad. Si Will no era capaz de convertir el museo en un referente, tal vez ella sí lo consiguiera. Y si quería quedarse en Manhattan cuando se terminaran sus tres meses, tenía que empezar a hacerse con un nombre y un sitio. Tener un amigo como T. S. Woodhouse podría resultarle muy útil.

ES CURIOSO CÓMO SON LAS COSAS

Henry se despertó de su sueño con un grito ahogado. Se había adentrado en él con la esperanza de encontrar a Louis. No obstante, a quien había visto era a Evie... y resultaba obvio que ella también lo había visto a él. Aquello era muy extraño, y eso que Henry sabía bastante de cosas raras... Llevaba ya dos años caminando en sueños, y nunca le había sucedido algo así.

Henry se acercó al lavamanos agrietado. Se salpicó la cara con agua de la jofaina y se echó el pelo hacia atrás con las manos mojadas. Después volvió a ponerse el viejo sombrero de paja en la cabeza y observó su reflejo pálido en el espejo. Apoyó la frente contra el cristal y cerró los ojos.

—¿Dónde estás, Louis? —le preguntó a la habitación vacía sin esperar respuesta alguna.



—Hermana —llamó Memphis en voz baja—. ¿Podría hacerle una pregunta en privado?

—¿Vais a hablar de mí? —preguntó Isaiah desde la mesa del comedor de la hermana Walker, donde estaba haciendo sumas después de dar por finalizadas sus tareas con la hermana y las cartas por aquel día. Memphis siempre se sorprendía ante el talento de su hermanito para fijarse precisamente en las conversaciones que no eran asunto suyo.

—¿Y por qué iba a ponerme a hablar de ti? La hermana y yo tenemos cosas más importantes en las que pensar.

Isaiah frunció el ceño.

—¡Yo también soy importante!

—Claro que lo eres —lo tranquilizó la hermana Walker—. ¿Por qué no coges otro caramelo, Isaiah? Memphis, vayamos a la cocina.

El joven siguió a la hermana Walker hasta la parte trasera de la casa, de planta larga y estrecha. Llegaron a una cocina pequeña y alegre donde unas cortinas de flores enmarcaban una ventana que daba a un patio comunitario lleno de cuerdas de tender. La mujer le ofreció una galleta al tiempo que se sentaba a la mesa frente a él. Memphis mordisqueó el dulce. A la hermana no se le daba muy bien la repostería; sus galletas siempre estaban demasiado secas y poco dulces, pero las cogía por educación.

—¿Hay algo que te inquiete, Memphis?

—Estoy preocupado por Isaiah.

—¿Ha pasado algo?

Memphis no estaba seguro de cuánto debía contarle. ¿Y si la hermana Walker ya no quería volver a trabajar con Isaiah? Su hermano se quedaría destrozado. No obstante, si algo no iba bien, tenía que hacérselo saber a alguien, y estaba claro que no podía ser a Octavia.

—Se despierta por las noches. Es como si estuviera en trance. Y dice cosas raras.

La frente de la hermana Walker se llenó de arrugas.

—¿Qué tipo de cosas?

—«Soy el dragón. La bestia antigua». Y algo que se parecía a las Escrituras, pero nada que me resultara familiar.

—«Soy el dragón. La bestia antigua» —repitió la hermana Walker—. Eso es del Apocalipsis, si recuerdo bien la catequesis. No me gusta lanzar calumnias, pero ¿podría tratarse de Octavia? —sugirió con amabilidad.

Memphis frunció el ceño. Sería muy propio de Octavia asustar a Isaiah con imágenes del juicio de Dios.

—Dijo otra cosa curiosa. Repitió muchas veces una misma palabra: «Adivinos».

La calidez desapareció del rostro de la hermana Walker y Memphis tuvo miedo de haber dicho algo equivocado.

—¿Qué es? ¿Es algo malo?

—Hacía mucho tiempo que no oía utilizar esa palabra —contestó, y Memphis pensó que la hermana parecía algo triste—. Es una forma de referirse a las personas con dones extraordinarios.

—¿Como el de Isaiah?

La hermana Walker se encogió ligeramente de hombros.

—Depende de en lo que creas, supongo. Pero sí, alguna gente se referiría a Isaiah como un Adivino.

Memphis rompió la galleta en trocitos más pequeños.

—Pero ¿dónde habrá oído eso?

—Los niños oyen todo tipo de cosas, supongo. —La hermana Walker hizo girar el hielo de su vaso de agua con gran lentitud—. El nombre procede de las profecías de una vidente del siglo pasado, Liberty Anne Rathbone. No era más que una niña, en realidad. Su hermano, Cornelius, construyó una gran mansión cerca de Central Park. Ahora es el Museo del Folclore Norteamericano, la Superstición y el Ocultismo. Algunos lo llaman el Museo de los Escalofríos.

—Ah. He oído hablar de él. Pero ¿por qué iba Isaiah a saber algo de esos Adivinos?

La hermana Walker fue un momento a la otra habitación, regresó con el periódico del día y lo extendió sobre la mesa.

—Los homicidios. El hombre que dirige el museo, el doctor Fitzgerald, está ayudando a la policía a buscar al asesino. Apostaría a que Isaiah ha oído a la gente

hablar de ello. Es probable que le diera miedo y se lo llevase directamente a la cama. No es raro que los niños caminen sonámbulos o hablen en sueños cuando se han asustado de algo durante el día. Y los dones de Isaiah lo hacen incluso más sensible. Es como una radio que capta señales de todas partes.

En el barrio se había hablado mucho de los asesinatos, e incluso la tía Octavia había sacado el tema. Memphis quería creer que, en efecto, aquello era lo que ocurría, pero las palabras de Isaiah eran tan extrañamente concretas, y su hermano entraba como en trance... Era inquietante. Pero ya le había robado demasiado tiempo a la hermana Walker, y no quería molestarla con imprecisas corazonadas de que las cosas no iban bien.

—Seguro que es eso. Gracias, hermana Walker.

—No he hecho mucho. ¿Pasa algo más?

Memphis pensó en su propio sueño recurrente, pero no se decidió a contárselo a la mujer. Le parecía tan estúpido..., no era precisamente el tipo de tema por el que debería preguntar una persona adulta.

—No, señora. Nada más.

La hermana Walker asintió despacio.

—De acuerdo, entonces. Memphis, ¿cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—Diecisiete —repitió la mujer como si aquello significara algo, aunque Memphis no podía imaginarse el qué—. ¿Y alguna vez has podido leer las cartas como Isaiah? ¿Hacer algo de ese estilo?

El chico no estaba seguro de si la hermana Walker conocía su pasado de curandero. Nunca habían hablado de ello, y no le encontraba sentido a contárselo en aquel momento. No era lo mismo que los talentos de Isaiah y, además, había desaparecido.

—No, señora. Supongo que Isaiah recibió todos los dones —dijo sin amargura, tan solo constatando un hecho—. Gracias por la galleta.

La hermana Walker se echó a reír.

—Memphis, no hace falta ser Adivino para darse cuenta de que la galleta no te ha gustado nada.

—Es que no tengo mucha hambre, señora. Eso es todo.

Memphis le dedicó su famosa sonrisa, aunque estaba bastante seguro de que la hermana Walker también podía ver más allá de ella.

De vuelta en el comedor, Memphis le acarició la cabeza a Isaiah y le dijo:

—Hora de irse, canijo.

—Isaiah —intervino la hermana Walker—, ¿has tenido algún sueño interesante últimamente?

Le guiñó un ojo a Memphis con disimulo.

—¡Sí, señora! Soñé que cogía una rana. Era la rana más grande del mundo, y me dejó montarme en su lomo... ¡Solo yo, nadie más!

La hermana Walker miró a Memphis como diciéndole «¿Lo ves? No hay nada de lo que preocuparse».

—Bueno, es una pena que esa rana no esté aquí para llevarte a casa. Y no te olvides el libro, toma.

Le pasó el libro a Isaiah y le dio un cariñoso apretón en los estrechos hombros. Isaiah cogió las manos de la mujer entre las suyas y levantó la mirada hacia ella, preocupado.

—Debería tener cuidado con esa silla, hermana.

—¿Con qué silla?

—Con la de la cocina.

—Isaiah, vámonos.

Memphis le tiró de la manga a su hermano.

—De acuerdo. Tendré cuidado. Ahora vete a casa, antes de que nos metamos en problemas con tu tía.

La hermana Walker les dijo adiós con la mano mientras los observaba alejarse discutiendo sobre cosas sin importancia, como hacen los hermanos. Memphis le estaba ocultando algo, lo notaba. La vieja Margaret habría sido capaz de descubrir de qué se trataba sin mucho esfuerzo. Pero aquello pertenecía al pasado, y a ella le preocupaba el futuro. Cuando llegó a Harlem seis meses atrás en busca de Memphis Campbell, creía que él era ese futuro. Qué curioso cómo eran las cosas. Pero ahora tenía a Isaiah. Y si estaba en lo cierto respecto a lo que se avecinaba, tenía que prepararlo para el porvenir.

Mucho más tarde, fue a sacar un plato de un armario alto y acercó la silla de la cocina para alcanzarlo. Cuando se puso de pie sobre ella, una pata cedió y la mujer cayó sobre el suelo de la cocina. Se hizo daño en el hombro y la rodilla. Estaba bien, solo temblorosa y dolorida, pero la silla quedó destrozada. Y, con un escalofrío, recordó las palabras que Isaiah le había dedicado: «Debería tener cuidado con esa silla, hermana».

EL BUEN CIUDADANO

La Iglesia Columna de Fuego estaba situada en ochenta bucólicos acres de antigua tierra de cultivo en Zarephath, Nueva Jersey. La evangelista Alma Bridwell White había establecido allí una comunidad junto al río Millstone, lejos de lo que ella consideraba la influencia corruptora del mundo. Sus seguidores tenían todo lo que necesitaban: una forma de vida comunal, una universidad y una iglesia. Las personas ajenas a la comunidad no eran bienvenidas.

Sam condujo por el largo camino de entrada, sin asfaltar y bordeado por filas de abetos, que desembocaba en un conjunto de edificios blancos de dos pisos localizados en un campus con aspecto de parque. Varios hombres y mujeres que lucían ropas modestas merodeaban por allí, saludándose los unos a los otros con sonrisas agradables.

—No tienen mucha pinta de asesinos —señaló Evie.

—Nunca la tienen —masculló Sam.

En el edificio de administración, los recibió un tal señor Adkins, un hombre corpulento, casi calvo, con la mandíbula cuadrada y un apretón de manos muy firme.

—La Iglesia Columna de Fuego les da la bienvenida.

Jericho y Evie se presentaron como el señor y la señora Jones, y Sam era el señor Smith, el primo de Jericho, que se había ofrecido amablemente a llevarlos hasta allí en su coche.

—Qué familia más bonita —comentó el señor Adkins—. Justo nuestro tipo de gente.

Los acompañó en una breve visita por los terrenos y los llevó a la iglesia, con su enorme órgano de tubos. Ya de vuelta en el edificio de administración, pasaron por un salón comedor donde varias señoras con idénticas faldas azules y blusas blancas estaban sentadas a una mesa larga doblando panfletos. Les sonrieron y saludaron como si estuvieran en una cena de la iglesia y Evie, Sam y Jericho fueran sus invitados estrella. Evie no pudo evitar imaginarse aquellos mismos rostros iluminados por las llamas de una cruz ardiente en mitad de la noche. Una gota de sudor le recorrió la espina dorsal bajo el vestido.

El señor Adkins los guio hasta un despacho pequeño y desocupado. De la pared colgaba un sencillo cuadro de punto de cruz: LA VIGILANCIA ETERNA ES EL PRECIO DE LA LIBERTAD. Evie tomó asiento justo en el borde de la silla que le ofrecieron. Jericho se sentó junto a ella. Sam se quedó de pie a sus espaldas, con las manos en los bolsillos y mirada escrutadora.

—¿Qué puede hacer hoy por ustedes la Iglesia Columna de Fuego, señor y señora Jones?

—El señor Jones y yo estamos tremendamente impresionados por su piadosa forma de vida. Estamos pensando en marcharnos de Manhattan, sobre todo con esos terribles asesinatos que se están produciendo. —Evie se estremeció para conseguir un mayor efecto—. Simplemente, no nos sentimos a salvo, ¿no es así, señor Jones?

—Yo... eh...

Evie le dio unas palmaditas en la mano.

—Es cierto. ¿No cree que es horrible, señor Adkins?

—Por supuesto que sí. Pero no puedo decir que me sorprenda. Es el elemento extranjero el que entra en juego, ya saben... Está contaminando nuestra raza y nuestra forma de vida blancas. Los anarquistas judíos. Los bolcheviques. Los italianos e irlandeses católicos. Los negros, con su música y su baile. No se atienen a nuestro mismo código moral. No comparten nuestros valores norteamericanos. Nosotros creemos en el americanismo cien por cien.

—¿De qué tribu? —murmuró Sam.

Evie fingió un ataque de tos. Hizo que sonara como si estuviese a punto de perder un pulmón.

—Señor Adkins, ¿podría ofrecerme un vaso de agua, por favor?

Evie volvió a toser para no dejar dudas.

—Por supuesto. Tendré que, eh... Tendré que ir a la cocina a por él. No tardaré más que un minuto. Por favor, pónganse cómodos.

En cuanto salió de la habitación, Evie se puso en pie de un salto.

—Eso es justo lo que pretendo hacer. Chicos, vosotros registrad esta habitación. Yo voy a echar un vistazo por ahí.

Jericho hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No es una buena idea, Evie. ¿Y si vuelve?

—Decidle que he ido al baño —contestó Evie poniendo los ojos en blanco—. Los hombres os quedáis to-tal-men-te paralizados ante la mención de mujeres en el baño.

Evie salió al pasillo y comenzó a abrir puertas en busca de cualquier cosa que pudiera darles una pista. Una nueva remesa de panfletos de *El Buen Ciudadano* descansaba apilada sobre una mesa junto a la escalera. La imagen de la cubierta mostraba al mismo hombre encapuchado colgando a un católico boca abajo, del mismo modo en que habían colocado el cadáver de Tommy Duffy. Evie se guardó un folleto en el bolsillo para enseñárselo después a Will.

—Eh —llamó Sam a Evie desde la puerta de un despacho.

—¡Sam! ¿Qué estás haciendo? —susurró Evie.

—Lo mismo que tú. Echando un vistazo.

Evie echó a correr hacia el otro extremo del pasillo. No vio a nadie por allí, así que se apresuró a entrar en la habitación y cerró la puerta tras ella.

—¡Se suponía que debías quedarte con Jericho!

—A estas alturas ya deberías saber, muñeca, que nunca hago lo que se supone que debo hacer.

—Da igual. ¿Has encontrado algo?

—Todavía no. Miraré aquí. Tú busca por allí.

Evie registró los cajones de una mesilla y examinó una estantería, pero no encontró nada de valor. Se acercó al armario. En su interior, varias túnicas y capuchas blancas colgaban de unos ganchos como pieles huecas de fantasmas. Evie cerró la puerta a toda prisa y volvió corriendo junto a Sam, que estaba abriendo los cajones de un enorme secreter de roble.

—Mira en los cajones de abajo —le pidió.

Sam abrió el cajón de la derecha, que era un batiburrillo de papeles y cartas. Cogió un anuncio sobre una reunión de la Sociedad Americana de Eugenésia. Debajo descansaba una fotografía de un magnífico castillo envuelto en la niebla. Aquel castillo tenía algo que a Sam le resultaba familiar, aunque no era capaz de detectar qué exactamente. Se metió la foto en el bolsillo justo cuando la puerta se abrió con un clic.

Un hombre alto y delgado se detuvo, vacilante, en el umbral. Llevaba un sombrero oscuro, un mono de granjero y una camisa vaquera de trabajo. Alrededor del cuello, lucía un colgante plano y redondo sujeto con una tira de cuero.

—Estoy buscando a la señorita White —dijo el hombre con la voz entrecortada—. ¿La han visto?

Con cuidado, Evie cerró el cajón.

—¿Quién debería anunciarle que la busca? —preguntó.

—El hermano Jacob Call.

El hombre dio dos pasos inseguros hacia el interior del despacho. El colgante llamó de inmediato la atención de Evie: era una estrella de cinco puntas rodeada por una serpiente que se devoraba la cola. Se le aceleró el corazón. Con las manos a la espalda, se lo señaló a Sam. Él le apretó los dedos como respuesta.

—Vaya, qué colgante más curioso. ¿Es muy antiguo?

El hombre se llevó la mano al cuello.

—Es la marca del Señor. Una protección para su pueblo en los tiempos de la Bestia.

A Evie le recorrió un gélido cosquilleo desde el cuello hasta el brazo. El colgante, la mención de la Bestia... Era muy posible que Sam y ella estuvieran en la misma habitación que el Asesino del Pentáculo.

—¿CÓ... cómo ha dicho que se llamaba? —volvió a preguntar Evie.

El hombre los miró con repentina suspicacia. Se volvió bruscamente y casi derriba a una mujer de constitución voluminosa y ataviada con un vestido negro y sobrio que miraba con asombro a los dos jóvenes tras unas gafas de montura

metálica.

—¿Qué narices están haciendo aquí? —exigió saber la mujer.

Tenía una voz digna de ser escuchada desde un púlpito.

—¿Quién quiere saberlo, hermana? —la desafió Sam.

La mujer entrecerró los ojos.

—Yo soy la señora Alma Bridwell White. Cabeza de la Iglesia Columna de Fuego. Y ustedes están en mi despacho sin haber sido invitados.

Llamó a dos hombres corpulentos, tristes, para que los acompañaran —con bastante brusquedad— de vuelta al despacho del señor Adkins. Jericho continuaba allí sentado. Abrió los ojos de par en par y Evie le lanzó una mirada de advertencia para que guardase silencio.

—Señor Adkins, ¿puede explicarme qué hacían en mi despacho estos dos intrusos sin invitación ni supervisión?

—Lo siento, señora White. Han venido a interesarse por la comunidad. Fui a buscarle un vaso de agua a la señora Jones y, al volver, el señor Jones me ha dicho que tanto su esposa como el señor Smith habían ido al baño.

—¡Espías! Eso es lo que son. ¿Qué estaban haciendo, les ruego que me expliquen, en mi despacho? —insistió la señora White—. ¡Exijo una respuesta!

Unos cuantos hombres habían entrado en la habitación. Todos parecían estar dispuestos a empezar una pelea. Evie tragó saliva con dificultad. Si no se les ocurría algo, estaban acabados.

—No quería hacerlo, pero las mentiras ya han llegado demasiado lejos —dijo Sam de pronto.

De la forma en que el muchacho sacudía con la mano las monedas que llevaba en el bolsillo, Evie dedujo que estaba nervioso.

—¿Ah... ah, sí?

La chica estudió la cara de Sam en busca de algún indicio que le explicara a qué estaban jugando.

—Sí, por supuesto. No puedo ocultarlo durante más tiempo, cariño. —Sam le rodeó los hombros a Evie con un brazo y la atrajo hacia sí. Le dio un beso en la mejilla mientras Jericho los observaba, atónito—. Siento que sea así como hayas tenido que enterarte, primo. Hemos entrado en ese despacho para estar solos. Estoy loco por ella, y ella también lo está por mí. ¿Verdad, carita de muñeca? Vamos a ir a Reno para conseguir la anulación, y después nos casaremos. La verdad es que no te culparía si me dieras un puñetazo aquí y ahora por lo que he hecho.

Los murmullos de asombro y crítica se propagaron entre la pequeña multitud de la Columna de Fuego que se había reunido en el despacho. Oculto tras la envergadura de Jericho, Sam hizo un pequeño movimiento con el puño, con la esperanza de que el grandullón cogiera la indirecta.

Por fin, la expresión de Jericho mostró síntomas de comprensión.

—Pues es mi esposa, y no puedes tenerla —proclamó torpemente.

Retrocedió y golpeó a Sam. Lo alcanzó a la altura de la mandíbula y el labio inferior. El joven se tambaleó y cayó de rodillas, con la boca llena de sangre.

—Hijo de... —graznó Sam.

—¡Oh, Sam! —Evie se dejó caer a su lado. Le secó la boca con su pañuelo—. Nunca quise que llegáramos a esto.

La mirada de la señora White era dura y fría.

—Creo que será mejor que se marchen. Somos una organización honorable y no queremos formar parte de sus sórdidos asuntos urbanos.



—Una «organización honorable» —gruñó Sam, sentado de nuevo al volante, mientras deshacían el camino de entrada. La mejilla ya se le estaba hinchando y tenía la camisa manchada de sangre seca. Evie le dio unos ligeros toques en la herida con el pañuelo y el muchacho esbozó una mueca de dolor—. Ay.

—Siento lo del puñetazo —se disculpó Jericho desde el asiento trasero, pero lo cierto era que parecía bastante satisfecho de sí mismo.

—Ese golpe nos ha sacado de ahí. Buen trabajo, Grandullón. Aunque, la próxima vez, sé más delicado conmigo.

Cuando llegaron al final del camino, vieron que un grupo de hombres bloqueaba la vía para impedir su salida. Evie se aferró a la manecilla de la portezuela cuando rodearon el coche. Sam no apartó las manos del volante y, por segunda vez, Evie deseó ser ella la que conducía.

Un hombre corpulento que llevaba un sombrero de paja apoyó ambos brazos en la ventanilla abierta de Evie.

—Vosotros, gentuza de la ciudad, sabemos lo que habéis traído hasta aquí y no queremos saber nada de ello. ¿Entendido?

Evie asintió con seriedad. El corazón le golpeaba las costillas con fuerza. Mantuvo la mirada clavada en la carretera que se extendía ante ellos.

—No volváis a aparecer por aquí. No necesitamos a los de vuestra ralea.

Uno de los hombres acercó la cara a la de Jericho. Le sonrió de forma agradable, como si fueran dos viejos amigos que compartían una excursión de pesca y se daban consejos el uno al otro.

—Si yo estuviera en tu lugar, hijo, me llevaría a ese al bosque y le enseñaría lo que les ocurre a los tipos que intentan llevarse lo que es de uno por derecho propio.

Se sacó un paquete de cerillas del bolsillo y encendió una. Observó cómo estallaba en un diamante naranja y luego se la lanzó a Sam, en el asiento delantero. Evie soltó un pequeño alarido al ver que aterrizaba sobre los pantalones del joven,

pero él la apartó de inmediato. No obstante, parecía aterrorizado. El Sam fanfarrón al que estaba acostumbrada no se veía por ningún sitio. Los hombres se apartaron. El tipo de delante quitó la mano del capó y Sam arrancó el coche con ímpetu. Las ruedas traseras provocaron una lluvia de guijarros cuando iniciaron la marcha. Tomaron la siguiente curva a tal velocidad que no vieron al hombre hasta que casi lo tuvieron encima.

—¡Sam, cuidado! —gritó Evie.

El chico pisó el freno con brusquedad y el coche se estremeció hasta detenerse. Delante de ellos, el hermano Jacob Call tenía ambas manos levantadas, como si esperase que lo atropellaran. Los señaló con un dedo largo.

—Lo que se empezó hace tiempo terminará ahora, cuando el fuego abra el cielo —dijo—. Arrepentíos, pues la Bestia ha llegado.

Entonces se dio la vuelta y comenzó a caminar colina arriba con zancadas largas y rápidas.



Ya era media tarde cuando Evie, Jericho y Sam regresaron al museo y le contaron a Will que habían escapado por los pelos de la Iglesia Columna de Fuego y su curioso encuentro con el hermano Jacob Call.

—¿Crees que podría ser nuestro asesino? —quiso saber Jericho.

—Sin duda informaré al detective Malloy de inmediato —contestó Will—. Lo habéis hecho muy bien. Puede que este fuera el cambio que necesitábamos.

—Dijo otra cosa muy curiosa. —Evie apoyó los pies descalzos sobre una pila de libros que había en el suelo—. Dijo algo como «lo que se empezó hace tiempo terminará ahora». ¿Qué se empezó hace mucho tiempo? ¿Cuándo?

El teléfono comenzó a sonar y su tío lo cogió.

—William Fitzgerald. Entiendo. ¿Quién debería anunciar que la llama, por favor? Un momento. —Will le tendió el auricular a su sobrina—. Es para ti, Evie. Un tal señor Daily Newsenhauser.

Evie cogió el teléfono y dijo:

—No necesito una Electrolux, y ya soy cliente de Colgate, así que a no ser que estén regalando un visón, me temo que...

—Eh, reina de Saba. ¿Cómo va el Museo de los Escalofríos? —dijo T. S. Woodhouse.

Evie les dio la espalda a Will y los chicos.

—Genial. El fantasma del señor Lincoln acaba de invitarme a tomar el té. Me encantan los fantasmas educados. Un alias muy astuto.

—¿Daily Newsenhouser? Eso he pensado.

Evie tapó el micrófono con una mano.

—Un pedido que le hice a un comercial de los almacenes B. Altman. No tardaré nada.

—No me gusta que te apropiés del teléfono del museo para atender llamadas personales, Evangeline —señaló Will, pero no levantó la mirada de su montón de recortes de periódico.

—¿Debo deducir que no puede hablar libremente? —preguntó Woodhouse.

—Lo ha pillado.

—Tal vez podríamos vernos.

—Lo dudo.

—Venga, Saba. Sígale el juego a su viejo amigo T. S. ¿Tiene algo para mí?

—Eso depende. ¿Qué tiene usted para mí?

—Un reportaje sobre el museo en los periódicos de mañana. Una mención a una tal señorita Evie O'Neill. La muy atractiva señorita O'Neill.

Evie sonrió.

—Espere un segundo. Jericho —llamó—, tengo que encargar prendas íntimas. Sé bueno y cuelga aquí por mí, yo cogeré la llamada en el despacho de Will. —Evie pasó a toda prisa junto a Sam, que meneó las cejas sugerentemente ante las palabras «prendas íntimas». Evie lo miró irritada, puso los ojos en blanco y se precipitó sobre el teléfono del despacho de su tío—. Ya está, Jericho, querido. —Aguardó el clic delator y comenzó a hablar en voz baja—. Creen que el asesino podría estar relacionado con el Klan. Se encontró una copia de *El Buen Ciudadano* en el cadáver de Tommy Duffy.

—¿En serio? No me extrañaría viniendo de esa bazofia.

—Lo sé. Vaya, son incluso peores que los periodistas.

—Me cae bien, Saba.

—Y a mí me gusta lo que usted puede hacer por mí, señor Woodhouse.

—¿Qué más?

—Ni de broma. Esperaré a ver ese artículo primero.

—Evie, por favor, cuelga ya —le ordenó Will desde la puerta.

La muchacha habló en voz alta y alegre por el micrófono.

—Ponte un emplasto de mostaza y quédate en la cama, Mabiesie, querida, ¡y mañana estarás como nueva! Ahora tengo que dejarte. ¡Adiós! —Colgó el auricular y se volvió hacia su tío con un suspiro profundo—. La pobrecilla estaría totalmente perdida sin mí.

Will parecía confuso.

—Creía que estabas hablando con un comercial de B. Altman.

—¡Ha habido dos llamadas! —mintió Evie con una gran sonrisa—. Ay, tío, ¿de verdad no has oído que el teléfono volvía a sonar? Supongo que en estas mansiones viejas la acústica no es tan buena como debería. Bueno, da igual. Yo sí lo he oído.

¿Qué querías, tío?

Will metió los brazos en las mangas de su abrigo y se puso el sombrero.

—Acabo de recibir noticias de mi colega de Columbia, el doctor Poblocki. Esa página que descubriste ha resultado ser de gran utilidad. Ha averiguado algo importante. ¿Y bien?

Evie cogió su abrigo.

LAS ONCE OFRENDAS

Evie y Will atravesaron la larga plaza de Columbia de camino a la biblioteca Low Memorial, un enorme edificio de mármol cuyas icónicas columnas le conferían el aspecto de un templo griego. A su derecha, los tejados irregulares y amontonados de los edificios de apartamentos de Morningside Heights destacaban en relieve contra el cielo gris del otoño. La campana de una iglesia repicaba en algún lugar. El día estaba desapacible, pero aun así los estudiantes ocupaban los escalones que conducían a la biblioteca desde la plaza. Las cabezas se volvían al paso de Evie. La chica se permitió pensar que era porque estaba increíblemente guapa con su vestido de seda rosa y sus medias con estampado de pavo real, y no porque fuese una de las pocas mujeres del campus.

El despacho del doctor Georg Poblocki se hallaba al final de un largo pasillo en un edificio que olía a libros viejos y melancolía. El profesor era un hombre grande con las mejillas arrugadas y los ojos hinchados bajo unas cejas tan gruesas y rebeldes que Evie sintió el impulso de recortarlas de inmediato.

—La historia que se escondía tras ese dibujo que me mandaste ha sido bastante difícil de descubrir, William —comenzó a decir el doctor Poblocki con un ligero acento alemán. Sonrió con un regocijo casi travieso—. Pero hallado la he.

Sacó un libro de una estantería y lo abrió por una página marcada que mostraba el emblema de la estrella rodeada por la serpiente.

—Observa: el Pentáculo de la Bestia.

—La policía debería haberte consultado a ti en lugar de a mí, Georg.

El doctor Poblocki se encogió de hombros.

—Yo no tengo un museo. —Y entonces, dirigiéndose a Evie, añadió—: Tu tío fue alumno mío en Yale antes de empezar a trabajar para el gobierno.

—Eso fue hace mucho tiempo. —Will le dio unos golpecitos a la página con el dedo—. Cuéntame algo más de este Pentáculo de la Bestia, Georg. ¿Qué es? ¿Qué significa?

—Es el emblema sagrado de los Hermanos, un culto religioso propio del norte del estado de Nueva York y ya desaparecido.

—Siempre me olvido de que Nueva York es, además, un estado. Parece innecesario teniendo Manhattan —bromeó Evie.

—¡Encantadora! —El doctor Poblocki sonrió—. Me cae bien esta chica.

—¿Los Hermanos? —insistió Will como si reclamara la atención de un alumno rebelde.

—La Más Sagrada Alianza de los Hermanos de Dios. Se formó durante el Segundo Gran Despertar, a principios del siglo XIX.

—¿El segundo qué? —preguntó Evie.

—El Segundo Gran Despertar fue una época durante la que el fervor religioso conquistó el país. Los predicadores viajaban por todo el territorio lanzando exaltados sermones sobre las llamas del infierno y la condenación, advirtiéndoles de las tentaciones del diablo mientras salvaban almas durante resurrecciones y ceremonias celebradas en carpas —explicó el doctor Poblocki activando la actitud didáctica que Evie supuso que empleaba con sus alumnos—. Dio lugar al nacimiento de nuevas religiones, como la Iglesia de los Santos de los Últimos Días, la Iglesia de Cristo y los Adventistas del Séptimo Día, así como la que nos ocupa. —El profesor señaló el libro con un dedo—. Los Hermanos fue creada por un joven predicador llamado John Joseph Algoode. El reverendo Algoode estaba cuidando de un rebaño de ovejas, algo que suena bastante bíblico, cuando vio un gran fuego en el cielo. Era el cometa de Salomón, que estaba atravesando el hemisferio norte.

Evie recordó repentinamente a las dos muchachas que le habían dado el folleto de la fiesta por la calle.

—El mismo cometa de Salomón...

—Que se está acercando a nosotros como cada cincuenta años. Eso es —concluyó el doctor Poblocki. El hombre se acomodó en una silla y esbozó una mueca de dolor—. Esta rodilla mía... es espantosa. La vejez nos llega a todos, me temo.

—Yo me habré hecho viejo antes de que nos cuentes la historia, Georg —presionó Will, y Evie se sintió un poco avergonzada por su falta de tacto.

—Tu tío. Jamás pudo esperar por nada. Me temo que esa impaciencia terminará por salirte cara, William —señaló el doctor Poblocki escudriñando a Will de un modo un tanto amenazante, y Evie tuvo la sensación de que su tío parecía algo abochornado—. El pastor Algoode aseguró que había tenido una visión: que las viejas iglesias de Europa eran una corrupción de la palabra de Dios. Era necesario que surgiera una nueva fe americana, afirmó. Solo este grandioso experimento de país podría generar creyentes lo suficientemente puros y devotos como para someterse por completo a la palabra y el juicio de Dios. Los Hermanos serían esa fe. Ellos gobernarían la nueva América. La verdadera América. Cumplirían la gran promesa del país. —El profesor se quitó las gafas, empañó las lentes con su aliento y las limpió con un paño hasta que quedó satisfecho; después, volvió a colocarse las patillas sobre las orejas—. El pastor Algoode condujo a su pequeño rebaño hasta las montañas de Catskills en 1832. Se instalaron en quince acres y construyeron una iglesia en un viejo cobertizo. En ella se reunían a rezar todas las tardes, y los domingos durante todo el día. Pintaban sus casas y su iglesia con símbolos religiosos siguiendo su libro sagrado y además cultivaban la tierra. Tenían un extraño sistema de creencias, una mezcla de la Biblia, en especial del Apocalipsis, y el ocultismo. Se consideraba que su Libro de los Hermanos Sagrados era, por un lado, doctrina religiosa y, por el otro, un grimorio.

—¿Un grimorio? —preguntó Evie.

—Un libro de hechicería —le aclaró el doctor Poblocki.

—Eso explica los símbolos mágicos, supongo —musitó Will.

Su colega asintió.

—En efecto. Corrían rumores, como siempre ocurría en tales casos, de que los Hermanos llevaban a cabo todo tipo de prácticas, desde ciertas aberraciones sexuales hasta el canibalismo y los sacrificios humanos. Es una de las razones por las que vivieron tan aislados en las montañas, para escapar de la persecución. Poseían amplios conocimientos sobre alucinógenos, probablemente adquiridos gracias a las tribus nativas que utilizaban tales elementos para alcanzar la trascendencia en sus ritos religiosos. El relato de un trampero francocanadiense que visitó la zona habla de «un humo magnífico y un vino dulce que, cuando se consumen, provocan que la mente imagine todo tipo de ángeles y demonios». Bien. Los Hermanos eran un culto escatológico.

—Pero ¿eso es legal? —quiso saber Evie.

—¡Qué señorita más encantadora! —El doctor Poblocki se echó a reír y le dio unas palmaditas a Evie en la mano—. ¿Estás segura de que estás emparentada con ese de ahí?

Señaló a Will con la cabeza y Evie tuvo que contener una carcajada.

—La escatología —continuó el profesor—, del griego *eschatos*, que significa «lo último», está relacionada con el fin del mundo y la segunda venida de Jesucristo. Ah, ¡y aquí es donde las cosas se ponen interesantes!

Evie abrió los ojos de par en par.

—¿Más interesantes que lo de las drogas y la hechicería?

—¡Por supuesto! Veréis, los Hermanos no solo creían que el final del mundo estuviera cerca, sino que además consideraban que era su deber divino ayudar a provocarlo.

—¿Cómo pensaban hacerlo? —preguntó Will.

—Despertando al Anticristo. A la mismísima Bestia.

El doctor Poblocki hizo una pausa para permitir que asimilaran sus palabras. A Evie se le puso la piel de gallina.

—¿Por qué iban a hacer algo así si eran cristianos? —preguntó.

—La línea entre la fe y el fanatismo está en constante movimiento —respondió el profesor—. ¿Cuándo se convierte la fe en justificación? ¿Cuándo se transforma el derecho en lógica y la cruzada en delito?

—¿Cómo pretendían despertar a la Bestia, Georg? —intervino Will.

—Con esto. —El doctor Poblocki buscó entre su montón de libros y cogió un volumen deformado y con las tapas de cuero—. Las once ofrendas. Es un ritual sacrificial, de origen tanto mágico como religioso, para manifestar a la Bestia aquí, en la tierra.

El libro era muy antiguo, y Evie notó en los dedos el tacto correoso del papel fino y nervado. Se le parecía mucho a una especie de Biblia iluminada macabra. En cada página figuraba una pequeña y colorida ilustración de un asesinato ritual, acompañada de un pasaje que recordaba a las escrituras. En torno a los márgenes de las inscripciones del libro, aparecían los mismos símbolos mágicos que habían encontrado en las notas del asesino.

Evie leyó las ofrendas en voz alta siguiendo el orden marcado:

—El Sacrificio del Fiel. El Tributo de los Diez Sirvientes del Señor. El Jinete Pálido Montando a la Muerte ante las Estrellas. La Muerte de la Virgen. La Ramera Engalanada y Lanzada al Mar... —El dibujo representaba a una mujer ciega, enojada, rodeada de agua y perlas. Sobre su cabeza destacaba el símbolo de un ojo—. Tío —dijo Evie temblorosa—, es justo como encontraron el cuerpo de Ruta Badowski.

Will se acercó a su sobrina y pasó la página.

—La sexta ofrenda, el Sacrificio del Hijo Holgazán... —La ilustración mostraba a un muchacho colgado boca abajo con una pierna doblada, como el Colgado del tarot. Al chico le faltaban las manos, y el símbolo dibujado sobre la imagen era el de un par de manos colocadas en actitud de oración—. Tommy Duffy.

Evie continuó leyendo:

—La séptima ofrenda, la Expulsión de los Falsos Hermanos del Templo de Salomón. —Levantó la cabeza, sumida en sus pensamientos—. Es un patrón de los asesinatos. —Prosiguió—: La octava ofrenda, la Veneración del Heraldito Angélico. La novena, la Destrucción del Ídolo de Oro. La décima, el Lamento de la Viuda. La undécima ofrenda, la Boda de la Bestia y la Mujer Vestida de Sol.

Aquella última página contenía el dibujo de un hombre de aspecto animal, con cuernos, patas de cabra, dos alas enormes y cola. Estaba sentado en un trono y le ardían los ojos. En la mano sujetaba un corazón chorreante. A sus pies había una mujer que lucía una corona y un vestido dorados, con el pecho desgarrado y abierto de par en par. El símbolo que aparecía debajo era el de un cometa. Evie sintió un escalofrío.

—¿Dice cómo se suponía que llegaría la Bestia a este mundo?

—No queda claro. Solo afirma que necesitaban un elegido.

—¿Un elegido para cometer los asesinatos? —quiso clarificar Evie.

El doctor Poblocki se encogió ligeramente de hombros.

—En cuanto a eso, me temo, no puedo ofrecer más que conjeturas.

—¿Qué es esto? —La chica señaló una página cercana al final del libro. Representaba a un hombre arrodillado ante otro hombre vestido con ropas oscuras, posiblemente un ministro religioso. El Pentáculo de la Bestia se cernía sobre ambos como un sol, y unos espíritus celestiales flotaban a su alrededor. Había varios

montones de astillas. El ministro le estaba imponiendo un colgante alrededor del cuello al hombre arrodillado—. Es idéntico al colgante que llevaba Jacob Call —informó Evie—. ¿Para qué sirve?

—Es probable que para indicar a los demás que son miembros de la misma tribu, al igual que las cruces o las estrellas de David —contestó el doctor—. Aunque no puedo afirmarlo con total seguridad.

—¿Cuál es la siguiente ofrenda? —preguntó Will.

Evie pasó unas cuantas páginas hacia atrás.

—«La séptima ofrenda: la Expulsión de los Falsos Hermanos del templo de Salomón». A saber qué quiere decir eso. —La joven se volvió hacia Poblocki—. ¿Cree que nuestro asesino considera que el cometa es una especie de señal?

—Era habitual pensar que los cometas eran presagios sagrados. Mensajeros de Dios. Se dice que cuando Lucifer, el portador de la luz, cayó, descendió por el cielo como una cola de fuego.

—¿Cuándo pasará el cometa por encima de Nueva York?

—El 8 de octubre, en torno a la media noche —contestó Will.

—Eso es dentro de menos de dos semanas. —Evie se mordió el labio, seguía pensando—. Nos ha dicho que el culto de los Hermanos está extinguido. ¿Qué les sucedió?

—Toda la secta murió abrasada en 1848. —El doctor Poblocki abrió un chirriante cajón archivador repleto de papeles—. Veréis, se había producido un brote de viruela. Varios de los Hermanos habían fallecido por dicha causa. Al parecer, el pastor Algoode se convenció de que se trataba de una señal del juicio de Dios y de que debían prepararse para desatar el Armagedón. Nadie sabe qué sucedió con exactitud, pero se cree que Algoode reunió a sus seguidores y empapó el templo con queroseno... Entre las ruinas se encontró un recipiente de esa sustancia. Las puertas estaban atrancadas. Un cazador que había por las inmediaciones vio las llamas y el humo. Relató que pudo oír cómo las oraciones y los himnos se convertían en gritos.

Evie se estremeció.

—Qué horror. ¿No sobrevivió nadie?

—Ni un alma —contestó el profesor con gravedad—. Más abajo, en el valle, a unos ocho kilómetros del emplazamiento original en la montaña, se construyó el pueblo de New Brethren. Dicen que los espíritus inquietos aún acechan los bosques de los Hermanos originales. Se han oído ruidos terribles y visto luces en los árboles de la montaña. Nadie se atreve a internarse en la zona. Ni siquiera los cazadores.

Evie trató de imaginarse a todas aquellas personas encerradas en el templo, cantando y rezando, a las madres aferradas a sus hijos mientras las llamas se propagaban.

—Abrasados hasta morir. ¿Por qué harían algo así?

—¿Por qué hace las cosas cualquier persona? Fe. Fe en que sus acciones son buenas y justas. Abraham estaba dispuesto a sacrificar a su hijo, Isaac, porque creía que Dios se lo había ordenado. Matar a tu hijo es impensable. Un delito. Pero si actúas con la convicción de que tu Dios, tu deidad suprema a la que debes obediencia, te lo ha exigido, ¿sigue siendo un crimen?

—Sí —contestó Will.

El doctor Poblocki sonrió.

—Sé que tú no eres creyente, Will. Pero imagina por un instante que crees fervientemente que eso es cierto. En ese contexto, tus acciones están justificadas. Incluso santificadas. Están *inculpatus*, libres de culpa. Si ese es el caso de tu asesino, entonces se halla en una misión sagrada, y nada le impedirá llevarla a cabo.

—¿Qué es esto? —preguntó Evie.

Había avanzado hasta la última página del Libro de los Hermanos, que había sido arrancada. Tan solo quedaban los bordes irregulares.

El doctor Poblocki se acercó y atisbó el volumen por encima de las gafas, con los ojos entrecerrados.

—Ah. Eso. Puedo decirte lo que se supone que es. Según se comenta, el Libro de los Hermanos contenía un hechizo para atrapar el espíritu de la Bestia en un objeto, en alguna especie de reliquia sagrada, y después destruir dicho objeto y devolver a la Bestia al infierno una vez que se hubiera logrado la misión de los fieles.

—No lo entiendo —dijo Evie.

—Es como el *jinn* o genio árabe. Un espíritu o demonio puede ser retenido en un objeto y después destruido —explicó Will. Parecía preocupado.

—No parece sernos de mucha ayuda —repuso Evie—. Aunque tampoco importa, porque la página ha desaparecido.

—No ha desaparecido sin más, sino que la han arrancado a propósito —le recordó el doctor Poblocki.

—Pero ¿quién lo habrá hecho? ¿Y por qué?

—Parece que, al fin y al cabo, alguien no quería que destruyeran a la Bestia.

—Georg, ¿puedo quedarme con esto? —preguntó Will levantando el libro.

—Sírvete tú mismo. Tan solo prométeme que no iniciarás tu propio culto del día del Juicio con él.

Ensimismado en las páginas ilustradas del volumen, William no contestó.

—Bueno, ya es hora de que me reúna con la señora Poblocki para nuestro ágape del domingo. —El profesor le dio un caballeroso beso a Evie en la mano—. Os deseo lo mejor con vuestra investigación. Mantén a tu tío a raya.

Fuera, había empezado a llover. El tío Will abrió el periódico del día y le ofreció la mitad a Evie. Se cubrieron las cabezas con las endeble páginas y caminaron a toda prisa por el césped en dirección a Broadway.

—Si nuestro asesino está siguiendo las once ofrendas del culto de los Hermanos, tiene que haber oído hablar de ellos de algún modo. ¿Es posible que proceda de esa región? —Evie contempló la vasta extensión de la ciudad—. ¿No opinas lo mismo? ¿Will? Tío, ¿me estás escuchando?

—¿Eh? Sí —contestó distraídamente. Tenía el ceño fruncido y la mirada cansada. Estaba claro que aquel caso le estaba afectando más de lo que dejaba traslucir—. Una buena observación, Evie. —La joven no pudo evitar sonreír. Viniendo de su tío, aquello era todo un halago—. Pondré en conocimiento del detective Malloy que es posible que tengamos una pista, que el asesino quizá sea de la zona de New Brethren. Tal vez él pueda hacer unas cuantas preguntas por el norte del estado y ver si ha ocurrido algo fuera de lo normal en New Brethren o alrededores. Pero ahora tenemos una ventaja.

—¿Cuál? —preguntó Evie.

Había empezado a llover con más fuerza. El periódico goteaba y la muchacha tenía la nuca mojada.

—Si estamos en lo cierto y nuestro asesino actúa según este Libro de los Hermanos, entonces su próxima ofrenda será la séptima..., la Expulsión de los Falsos Hermanos del Templo de Salomón.

—Pero ¿qué puede querer decir eso?

—Nuestro trabajo consistirá en averiguarlo a tiempo —contestó Will.

Un taxi apareció al doblar una esquina y el tío Will levantó la mano para llamarlo, arrebatándose a dos estudiantes.

—Lo siento. Mi sobrina está enferma —les dijo a modo de explicación, y Evie sintió cierta emoción ante aquella mentirijilla.

Se montaron en el taxi justo en el momento en que las nubes descargaron un terrible chaparrón. Evie reclinó la cabeza contra el respaldo de su asiento y contempló cómo caía la lluvia.

—Tío, ¿qué pasará cuando el asesino haya completado las once ofrendas? Está claro que no va a sacar a un demonio mítico y bíblico de las profundidades del abismo. Así que, ¿qué es lo que anda buscando?

—Pero él cree que sí lo conseguirá. Una creencia tan sólida es una fuerza poderosa.

—Entonces ¿qué tipo de creencia poderosa se necesita para detener a alguien así?

—Por favor, gire aquí a la izquierda, y no coja la avenida —le pidió Will al conductor, que decidió ponerse a discutir, al más puro estilo neoyorquino, sobre qué ruta era mejor tomar a aquella hora.

No fue hasta un buen rato después de que hubieran llegado al museo cuando Evie se dio cuenta de que su tío no le había contestado a la pregunta.

ÜBERMENSCH

Jericho estaba sentado en el comedor privado del Hotel WaldorfAstoria de la Quinta Avenida. De camino hacia allí se había percatado de que los bordes de las hojas estaban pasando del verde a un rojo ligeramente dorado. Aquello le recordaba a la granja y la cosecha. Pensar en esas cosas siempre lo ponía melancólico, así que concentró su atención en añadirle leche a su té. Un momento después, un empleado con guantes blancos abrió las puertas y Jake Marlowe entró en la habitación como un príncipe benevolente.

—No te levantes —le dijo Marlowe al tiempo que se sentaba a la mesa. Se le consideraba un hombre guapo. Los periódicos vertían tanta tinta para hablar de su aspecto oscuro y atractivo, su mandíbula vigorosa y su constitución alta y atlética como de su último invento industrial o avance científico—. ¿Cómo estás, Jericho?

—Bien, señor.

—Bueno. Eso es bueno. Parece que estás sano.

—Sí, señor.

Marlowe señaló el maltratado volumen de *Así habló Zaratustra* de Jericho.

—¿Algo bueno?

—Ayuda a matar el tiempo.

—Tengo entendido que tienes mucho tiempo que matar trabajando en el museo. ¿Cómo está tu amigo Will?

—Bien, señor.

—Eso es bueno. Puede que Will y yo hayamos tenido nuestras diferencias, pero siempre lo he admirado. Y estoy preocupado por él y por sus... obsesiones.

El silencioso empleado de los guantes blancos reapareció y sirvió café en la taza de porcelana de Marlowe.

—Tomaré la ensalada Waldorf. ¿Jericho?

—Yo tomaré lo mismo, por favor.

El empleado asintió y, después, desapareció.

—¿Cómo le van los negocios, señor? —preguntó Jericho sin el más mínimo rastro de interés.

—Los negocios van bien. De hecho, van estupendamente. Estamos haciendo cosas muy emocionantes en Industrias Marlowe. Y California es precioso... te encantaría.

Jericho contuvo el impulso de decirle a Marlowe que no tenía ni la más mínima idea de lo que a él le encantaba o dejaba de encantar.

—La oferta sigue en pie... Si te cansas de colocar libros de magia y fantasmas en las estanterías del museo, siempre podrás venir a trabajar para mí.

Jericho examinó la cuchara que descansaba sobre su platillo. Era de plata de

verdad, y llevaba el sello del hotel grabado en el mango.

—Ya tengo un empleo, señor.

—Sí. Tienes un empleo. Yo te estoy hablando de una profesión. De una oportunidad de formar parte del futuro en lugar de marchitarte en un museo polvoriento.

—Ya sabe que el señor Fitzgerald es bastante inteligente.

—Lo fue —dijo Marlowe, y dejó que sus palabras quedaran suspendidas en el aire—. Nunca ha vuelto a ser el mismo después de lo que pasó con Rotke. —Marlowe sacudió la cabeza—. Toda esa inteligencia malgastada en perseguir historias de fantasmas. ¿Y para qué?

—Es parte de nuestra historia.

—No somos un país con pasado, Jericho. Somos un país del futuro. Y yo pretendo moldear ese futuro. —Marlowe apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante con expresión seria. Su mirada de ojos azules era penetrante—. ¿Cómo estás, Jericho?

—Ya se lo he dicho, señor, estoy bien.

Marlowe bajó la voz.

—¿Y no has experimentado ningún síntoma?

—Ninguno.

Marlowe se reclinó en la silla con una sonrisa satisfecha dibujada en la cara.

—Bien. Eso es prometedor. Muy prometedor.

—Sí, señor.

La cuchara devolvía la imagen distorsionada del rostro de Jericho.

Marlowe se puso en pie y se situó junto a uno de los altos ventanales.

—Mira eso. ¡Qué ciudad! Y no para de crecer. Este es el mejor país del mundo, Jericho. Un lugar donde un hombre puede ser cualquier cosa que sueñe ser. ¿Te imaginas que otros países tuvieran los mismos ideales y libertades democráticos de los que nosotros disfrutamos? ¿Cómo sería el mundo?

—El idealismo no es más que una forma de escapar de la realidad. No hay utopía.

Marlowe esbozó una gran sonrisa.

—¿Ah, no? No podría estar más en desacuerdo. ¿Es Nietzsche quien lo dice? Ay, los alemanes. Tenemos una fábrica en Alemania, ya lo sabes. De hecho, Alemania es un buen ejemplo, así que sirvámonos de él: los destrozaron en la Gran Guerra. Su deuda era asombrosa. ¡Una libra de pan costaba casi tres mil millones de marcos! El marco imperial apenas tenía valor... Tendrías más suerte empapelando las paredes de tu casa con ellos que intentando utilizarlos para comprar productos o pagar las facturas. Pero Industrias Marlowe va a contribuir a que vuelvan a ponerse en pie. Vamos a cambiar el mundo. —Marlowe sonrió alegremente; aquella era la sonrisa que hacía que los periódicos se entusiasmaran hablando de sus cualidades dinámicas

—. Tú podrías cambiar el mundo, Jericho.

—Nadie elegiría algo así —repuso Jericho con amargura.

—Oh, venga ya. Tampoco es tan malo, ¿no? —Marlowe volvió a ocupar su asiento frente al joven—. Mírate, Jericho. Eres un milagro andante. La gran esperanza.

—No soy uno de sus sueños.

El joven golpeó la mesa con el puño e hizo añicos un platillo.

—Ten cuidado —le advirtió Marlowe.

—Lo... lo siento.

Jericho comenzó a recoger los fragmentos, pero a un gesto de Marlowe el empleado acudió para limpiar la mesa con una pequeña escoba de mano.

—Tienes que tener cuidado —dijo Marlowe otra vez.

Jericho asintió. Bajo la mesa, apretó el puño y luego lo relajó. Cuando se notó más tranquilo, dobló su servilleta, la dejó sobre la mesa y se levantó.

—Gracias por el té, señor. Debería regresar al museo.

—Oh, venga. Empecemos de nuevo...

—Te... tengo mucho trabajo pendiente —dijo Jericho.

Se quedó de pie, a la espera.

—Pero no has comido nada.

—Debería volver.

—Claro —dijo Marlowe tras una pausa. Se acercó al otro extremo de la habitación, donde su maletín descansaba junto a su paraguas. Sacó una bolsita marrón de su interior—. ¿Estás seguro de que estás bien?

—Sí, señor.

Marlowe le entregó la bolsa marrón a Jericho, que bajó la mirada hacia el suelo.

—Gracias —masculló.

Odiaba aquello. Odiaba que, una vez al año, tuviera que someterse a aquel ritual. Tener que fingir que estaba agradecido por lo que Marlowe había hecho por él. Le había hecho a él.

Marlowe le puso una mano sobre el hombro.

—Me alegro de ver que te va tan bien, Jericho.

—Sí, señor.

Se zafó de la mano de Marlowe y se marchó dejándolo allí de pie.

A solas en el pasillo, Jericho cerró la mano derecha en un puño y después abrió y cerró los dedos, los abrió y los cerró, los abrió y los cerró. Se movieron a la perfección. Deselló la bolsa que le había entregado Marlowe. Dentro había un frasco de cristal marrón lleno de pastillas y marcado como TÓNICO VITAMÍNICO INDUSTRIAS MARLOWE. Junto a él había una cajita plateada que contenía diez viales de un suero azul brillante. Durante un instante, Jericho fantaseó con tirar la bolsa en la papelera

más cercana y largarse. Sin embargo, se guardó la cajita en el bolsillo interior de la chaqueta para salvaguardarla e introdujo el tónico vitamínico en el bolsillo exterior. Se colocó el *Zaratustra* de Nietzsche bajo el brazo y salió al fresco día otoñal.



Mabel no tenía tiempo para fijarse en la belleza de las hojas otoñales mientras caminaba entre la multitud reunida en Union Square. Sabía que tenía que estar alerta: los detectives privados de la empresa Pinkerton solían hacerse pasar por trabajadores y alterar las protestas pacíficas con el objetivo de proporcionarle a la policía una excusa para lanzarse contra ellas, dispersarlas y realizar arrestos. A veces las cosas se ponían feas.

La lluvia había parado, y la madre de Mabel se hallaba sobre una improvisada tribuna de oradores inspirando a la muchedumbre con sus imponentes destrezas retóricas y su belleza de melena oscura. Su nombre de soltera era Virginia Newell, hija del famoso clan Newell, una de las familias de la élite de Nueva York. A los veinte años, lo había abandonado todo para escaparse con el padre de Mabel, Daniel Rose, un periodista judío, combativo y socialista. Su familia la había dejado sin un céntimo. Pero el glamour de los Newell perduraba. A la madre de Mabel la llamaban la «Rebelde de la Clase Alta». Y, en cierto sentido, el hecho de que Virginia lo hubiera dejado todo por amor la había hecho incluso más famosa de lo que jamás hubiera sido como la esposa de alguna celebridad social. Aquel era el motivo por el que habían podido mudarse al Bennington; nadie rechazaría a una chica Newell... ni siquiera a una caída en desgracia.

Pero a Mabel le resultaba difícil vivir a la sombra de su madre. Nadie escribía sobre ella en los periódicos. Y, para más inri, la joven había salido a su padre en lo que al aspecto se refería: la cara redonda y la nariz prominente, los ojos marrones oscuros y el pelo rizado y con matices cobrizos. «Debes de parecerte a tu padre», le decía la gente, y después se seguía un incómodo silencio. Pero cuando Virginia sonreía y la abrazaba y la llamaba «¡Mi niña, mi niña querida!», Mabel sentía que la calidez la inundaba. Y cuando su madre se veía inevitablemente involucrada en aquella causa, o en aquella otra injusticia que debía ser solucionada, Mabel la apoyaba sin condiciones, desempeñando el papel de la hija solícita, demostrando hasta qué punto era indispensable. A la gente que resultaba útil e indispensable se la quería. ¿O no?

La única persona que no parecía contemplar con asombro a la madre de Mabel era Evie. En más de una ocasión, Evie había imitado a Virginia a la perfección: «Mabel, queriiiiiiida, ¡cómo puedes quejarte de no haber cenado cuando las *abigarradas masas* aún no pueden respirar con libertad!». «Mabel, queriiiiiiida, dime: ¿qué vestido te parece mejor para una Salvadora de los Pobres y Santa del Lower

East Side?». Y por mucho que Mabel se sintiera compelida a regañar a Evie y defender a su madre, tenía que reconocer que era una de las cosas que adoraba de su vieja amiga: pasara lo que pasase, Evie siempre se ponía del lado de Mabel. «Tú eres la verdadera estrella de la familia Rose —insistía Evie—. Algún día, todo el mundo conocerá tu nombre». Mabel tan solo esperaba que Evie fuese capaz de hacer que Jericho también la viera de aquel modo.

Jericho. Se avergonzaba de lo a menudo que pensaba en él. ¡No eran más que fantasías románticas! Se suponía que era una chica sensata, pero, en lo tocante a aquel muchacho, se perdía en historias de cuentos de hadas. Era tan inteligente, estudioso y enternecedor... No un holgazán cualquiera, como aquel Sam Lloyd, que se deshacía en halagos y promesas ante cualquier chica que quisiera oírlo. No. Los afectos de Jericho significaban algo. Y aquel era el reto, ¿no? Si lograbas que un chico como Jericho se enamorara de ti, bueno, ¿no demostraba aquello lo deseable que eras?

Mabel pensaba en todas estas cosas mientras se movía por Union Square repartiendo copias de *The Proletariat* entre los trabajadores. Saludó con la mano a los hombres que controlaban la mesa del sindicato Trabajadores Industriales del Mundo, pero ni siquiera la vieron, así que siguió adelante sintiéndose perdida entre la multitud. Si decidía desaparecer, ¿notaría alguien su ausencia?

—¿Quiénes son vuestros líderes? —gritó la madre de Mabel desde la tribuna.

—¡Todos somos líderes! —contestó la muchedumbre.

Mabel sintió que alguien le posaba una mano en el brazo. Se dio la vuelta para ver a una joven con un bebé en brazos, acompañada de una mujer de más edad con un pañuelo atado a la cabeza.

La más joven habló con un inglés poco fluido:

—¿Tú eres la hija de la gran señora Rose?

«Tengo un nombre. Es Mabel. Mabel Rose».

—Sí, en efecto —contestó, irritada.

—Por favor, ¿puedes ayudar? Se llevaron a mi hermana de la fábrica.

—¿Quién se la llevó?

La joven habló en italiano con la que parecía ser su abuela antes de volverse de nuevo hacia Mabel.

—Los hombres —dijo.

—¿Qué hombres? ¿La policía?

La muchacha echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie las escuchaba y entonces contestó en voz baja:

—Los hombres que se mueven como sombras.

Mabel no entendió a qué se refería con aquello. Probablemente se tratara de un matiz idiomático que no aceptara muy bien una traducción literal.

—¿Por qué querría alguien llevarse a su hermana? ¿Estaba organizando a los trabajadores de la fábrica?

Una vez más, la chica miró a la mujer mayor, que asintió.

—Es... *profeta* —dijo en italiano. La joven parecía estar buscando las palabras apropiadas—. Habla con los muertos. Dice que están de camino.

Mabel frunció el ceño.

—¿Quién está de camino?

El agudo chillido de los silbatos de la policía resonó en los márgenes de la plaza, acompañado de los gritos y alaridos de la gente. Una lata de gas lacrimógeno aterrizó entre la multitud, y el parque quedó invadido por una niebla química que abrasaba los ojos y la garganta. Mabel oyó a su madre pidiendo calma por el micrófono, pero después el micrófono dejó de funcionar. La muchedumbre empujaba y daba empellones. La gente corría dando voces mientras la policía caía sobre los trabajadores. Alguien le dio un golpetazo a Mabel e hizo que los periódicos se le cayeran al suelo, donde inmediatamente los pisotearon y destrozaron. Era incapaz de localizar a sus padres entre la niebla y la multitud alborotada. Tosiendo y desorientada, se abrió camino entre el caos y avanzó hasta encontrarse cara a cara con un policía.

—¡Te tengo! —exclamó él.

Presas del pánico, Mabel echó a correr por la calle Quince hacia Irving Place, y el silbato del policía restalló para alertar a sus compañeros. La perseguían unos cinco polis, tranquilamente. Se dirigió hacia las verjas de hierro de Gramercy, pero unas manos fuertes la arrastraron hacia el otro lado de la puerta de servicio de la trasera de un restaurante. La chica comenzó a gritar y una mano le cubrió la boca.

—Por ahí no, señorita. Está abarrotado de policías —le susurró al oído una voz masculina, y Mabel guardó silencio.

Un segundo después, la policía pasó por delante de la puerta, con las porras a punto. Desde su escondite, los observó abandonar su búsqueda y retroceder hacia Union Square.

—Gracias —dijo Mabel.

Miró a su salvador por primera vez. Era joven..., no mucho mayor que ella.

La acompañó fuera.

—Eres la hija de los Rose, ¿verdad?

Ni siquiera allí podía librarse de aquello.

—Me llamo Mabel —dijo como retándolo a contradecirla.

—Mabel. Mabel Rose. No lo olvidaré. —Le dio un firme apretón de manos—. Bien, Mabel Rose. Que llegues a casa sana y salva.

En algún lugar cercano, se produjo una explosión.

—Vete ya —le ordenó su misterioso salvador, y echó a correr por el callejón, se

encaramó de un salto a la escalera de incendios y desapareció por encima de los tejados.



De vuelta en el Bennington, Mabel cogió el ascensor hasta el sexto piso. Dos de las luces del rellano llevaban mucho tiempo fundidas, y aquello proyectaba sobre el descansillo constantes sombras que a Mabel siempre le ponían los pelos de punta. La joven oyó unos susurros al otro extremo del pasillo y se quedó petrificada. ¿Y si la policía la había seguido pese a todo?

En contra de su propio buen juicio, decidió acercarse. La señorita Addie, en camisón, estaba de pie junto a la estrecha ventana. El pelo largo y gris le caía por la espalda hecho una maraña. Sujetaba una bolsa de sal entre las manos y vertía su contenido sobre el alféizar formando una línea gruesa. Pero la bolsa tenía un agujero y la sal también se iba acumulando sobre la moqueta que cubría el suelo.

—¿Señorita Addie? ¿Qué está haciendo?

—Tengo que mantenerlos alejados —contestó la anciana sin levantar la mirada.

—¿Mantener alejados a quiénes?

—Se están desarrollando terribles acontecimientos. Hay algo impío a la vuelta de la esquina.

—¿Se refiere a los asesinatos? —preguntó Mabel.

—Ha comenzado. Lo presiento. En sueños, he visto al hombre del sombrero alto con su abrigo de cuervos. Se acerca una elección terrible. —La mano de la señorita Addie revoloteó ante su rostro como un pajarillo herido. Parecía confusa, como si estuviese superando los efectos del éter—. ¿Dónde está mi puerta? No la encuentro.

—Está en el sexto piso, señorita Adelaide. Tiene que ir al décimo. Venga, la acompañaré.

Mabel cogió la bolsa de sal de entre las manos de la anciana y la ayudó a subir al ascensor. Después, aseguró el fastidioso pestillo de la reja.

—Cuando el pueblo malicioso se enfrentó a la acusación de brujería como si fuera un juego y nuestros patíbulos rebosaban de muertos, el hombre estaba allí. Cuando obligaron a los choctaw a marchar hacia su propia ruina por el Sendero de Lágrimas, el hombre estaba allí.

Mabel contaba los pisos, deseosa de que el ascensor subiera más deprisa.

—Dicen que se le apareció al señor Lincoln una noche antes de la guerra de Secesión. Fue como si una mano hubiera descendido y le hubiese arrancado el corazón al país, y los ríos sangraban, y las heridas de la tierra no sanaban. —La señorita Addie se volvió de repente y clavó la mirada en Mabel—. Es terrible lo que las personas pueden hacerse unas a otras, ¿verdad?

Mabel abrió la reja a toda prisa para que la señorita Addie pudiera salir del

ascensor. Sabía que debería ayudarla a llegar hasta su puerta, pero estaba demasiado asustada.

—Es a la izquierda por este pasillo, señorita Adelaide.

—Sí, gracias. —La señorita Addie recuperó la bolsa de sal y salió a la penumbra del descansillo—. No estamos a salvo, ¿sabes? En absoluto.

Pero Mabel había cerrado la verja y el ascensor ya estaba bajando.

—Es terrible lo que puede hacer la gente —repitió la señorita Addie.

Desde el ascensor, Mabel observó los pies descalzos de la anciana mientras se alejaban con dificultad. Tras ella, un reguero de sal y el bajo de encaje de su camisón dejaban una estela como de espuma de mar.

OPERACIÓN JERICHO

«Buenas tardes, señoras y caballeros de nuestra audiencia radiofónica, y bienvenidos a *La hora de Gerard Whittington*, programa que les ofrece Industrias Marlowe. Sí, Industrias Marlowe... Trayéndoles hoy el mañana. Desde las más recientes innovaciones en aviación y seguridad hasta útiles electrodomésticos para el ama de casa, Industrias Marlowe...».

—Sigo sin entenderlo —dijo Evie sobre el suave canturreo de la radio. Estaba tumbada en el sofá con el libro ilustrado entre las manos—. Nada de esto aclara el misterio de las cuatro primeras ofrendas. Si de verdad el Asesino del Pentáculo está siguiendo los rituales de este Libro de los Hermanos con el objetivo de despertar a una especie de Anticristo y provocar el Armagedón, ¿por qué empezar con la quinta ofrenda? No tiene sentido.

—El detective Malloy no encuentra ningún homicidio similar previo al descubrimiento del cadáver de Ruta Badowski —señaló Jericho, que estaba sentado a la mesa del comedor con sus notas.

Will, como de costumbre, caminaba arriba y abajo.

—Es misterioso. Pero lo que sí que sabemos es esto: si el asesino está siguiendo las ofrendas del Libro de los Hermanos, y lo cierto es que parece que así es, puede que seamos capaces de impedir el siguiente intento...

Evie leyó la séptima ofrenda en voz alta.

—¿Qué significa? ¿Quiénes son los falsos hermanos? —musitó Will.

No paraba de recorrer la distancia que separaba el ventanal de la pequeña cocina y al revés; tanto era así que Evie pensó que terminaría por dejar el camino marcado sobre la alfombra persa.

—Tal vez lo estemos enfocando desde la perspectiva equivocada. ¿Y si encontramos el templo que menciona? De ese modo, la policía podría estar allí para detenerlo —reflexionó Evie. Chasqueó los dedos—. Está el templo egipcio del Museo de Arte Metropolitano.

—Podría hacer referencia a una sinagoga, sobre todo si esto está relacionado de algún modo con el Klan —sugirió Jericho.

—¿Y qué hay de los templos de las finanzas? ¡La bolsa, o los bancos! —gritó Evie.

Era como si estuvieran pasando el rato con un extraño juego de mesa, como las charadas pero con apuestas mortalmente serias.

—Bien, muy bien —dijo Will.

Continuaron comentándolo e hicieron una lista de otros posibles significados para el templo que se mencionaba en la séptima ofrenda. Jericho se encargó de apuntarlos todos.

—Alertaré a Terrence de que nuestro asesino podría atacar en cualquiera de esos lugares. Ahora, Evie, ¿puedes comprobar si hay algo sobre iconografía religiosa en el libro de Hale? —pidió Will desde su momentánea posición junto a los ventanales.

Las farolas se habían encendido en Central Park. Acababan de dar las ocho. Llevaban un buen rato concentrados en los libros y se habían olvidado por completo de la cena. A Evie le sonaron las tripas.

—Tío, estoy muerta de hambre. ¿No podemos retomararlo después? —suplicó Evie.

Will miró el reloj, y luego hacia la oscuridad del otro lado de las ventanas. Su expresión fue de total sorpresa.

—Vaya. Claro que debes de tener hambre. ¿Por qué no bajáis Jericho y tú al comedor? Yo me prepararé un sándwich aquí.

—Yo haré lo mismo —intervino Jericho.

—Entonces tendré que cenar sola —protestó Evie—. Jericho, nos vendría bien a los dos salir un rato de aquí.

—Tiene razón, Jericho —dijo Will—. Baja un rato.

A regañadientes, el joven cerró sus libros y siguió a Evie hasta el ascensor. La joven lo detuvo en la sexta planta y abrió la reja.

—¿Por qué nos paramos aquí?

—¡Se me acaba de ocurrir que Mabel también debe de estar muerta de hambre! Esta noche sus padres están en una reunión y la pobrecita está sola.

—Probablemente ya haya cenado.

—¡Qué va! Conozco a mi Mabel. Es un ave nocturna. No come hasta tarde..., como los parisinos. No tardaremos ni un minuto.

Evie llamó a la puerta con su contraseña especial y Mabel abrió de inmediato, vestida con un albornoz y hablando:

—Espero que me hayas traído al hombre de mis sueños... Oh.

Evie se aclaró la garganta.

—Buenas tardes, Mabel. Jericho y yo íbamos a cenar abajo, por si te apetece unirte a nosotros.

Evie le lanzó una mirada a Jericho, de pie a su lado.

—Oh. ¡Oh! —dijo Mabel, y bajó la vista hacia su albornoz, horrorizada—. Dejádme que me cambie.

—Hola, Evie —dijo el señor Rose desde la mesa de la cocina, a la que estaba sentado aporreando una máquina de escribir. Evie le devolvió el saludo con un gesto de la mano.

Jericho puso mala cara.

—Creí que habías dicho que estaban en una reunión.

—¿Ah, sí? Debo de haberme confundido de día. Qué tonta. ¡Mabesie, cariño, date

prisa!

Unos cuantos minutos después, los tres se sentaron en una banqueta del comedor bajo una lámpara de araña que, debido a algún defecto del cableado, parpadeaba de vez en cuando. Evie informó a Mabel sobre los detalles de los asesinatos y de lo que habían descubierto gracias al doctor Poblocki.

—Ese tipo parece estar reconstruyendo una extraña especie de ritual antiguo de un culto ya desaparecido. Es to-tal-men-te macabro. ¡Ese hombre es un monstruo!

—Es lo que sucede cuando la sociedad descuida y maltrata a los niños —dijo Mabel mientras jugueteaba con sus cubiertos—. Crecen y se convierten en monstruos.

—¡Qué teoría más interesante! Mabel, qué lista eres —dijo Evie—. ¿A que es muy inteligente, Jericho?

El joven no levantó la vista de su guiso de pollo con patatas. Al otro lado de la mesa, Mabel articuló un ansioso «¿Qué estás haciendo?».

«Operación Jericho», fue la silenciosa respuesta de Evie.

—¿Cómo sabes que es eso lo que ocurre? —la desafió Jericho.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mabel.

—¿Cómo sabes que es la sociedad la que crea monstruos?

—Bueno, mi madre dice que cuando...

—No te he preguntado lo que opina tu madre —la interrumpió Jericho—. Cualquiera que pueda leer un periódico sabe lo que piensa tu madre. Te he preguntado que cómo sabes tú que es eso lo que sucede.

Mabel revolvió los fideos de su taza de sopa con la cuchara. Hacía una hora que había cenado y no tenía hambre.

—Bueno, he visitado los barrios pobres con mis padres. He visto los horrores que provocan la pobreza y la ignorancia.

—Entonces ¿cómo explicas lo del pobre y maltratado que alcanza la grandeza cuando se hace mayor?

—Siempre hay excepciones.

—¿Y si eso no fuera cierto en absoluto? ¿Y si existe el mal? ¿Y si siempre ha existido y seguirá existiendo, una eterna batalla entre el bien y el mal, ahora y para siempre?

—¿Te refieres a Dios y el demonio, o algo así? —Mabel hizo un gesto de negación con la cabeza—. No creo en eso. Soy atea. La religión es el opio de las masas.

—Karl Marx —señaló Jericho—. Una vez más, esa no es tu propia opinión. ¿Crees en eso porque realmente lo crees o crees en eso porque se lo has oído a tus padres?

—Creo en ello —contestó Mabel—. El mal es una invención humana. Una

elección.

—Jericho cree que estamos condenados a repetir nuestra existencia —intervino Evie. Acompañó sus palabras con un bamboleo de las cejas para señalar cuán en serio se tomaba aquella teoría—. Nietzsche.

—Supongo que no soy la única influida por las opiniones de otras personas —espetó Mabel con desdén.

Evie intentó ocultar su carcajada con una tos. Miró a Mabel y se dio unos golpecitos disimulados en un lado de la nariz, una señal.

—¡Oh, vaya! —exclamó con fingida preocupación—. Me parece que he perdido la pulsera.

—No, no la has perdido —replicó Mabel, inquieta.

Quiso darle una patada a Evie por debajo de la mesa, pero se la asestó a Jericho por error.

—Ay —se quejó él mirándola sorprendido.

—Lo siento.

El terror se reflejó en los ojos de la joven. Miró a su amiga con expresión de «Por favor, haz algo, rápido».

—¿Sabéis lo que creo yo? Creo que deberíamos comernos un trozo de tarta —anunció Evie, y le hizo un gesto al camarero.

Se sumieron en un silencio casi absoluto, pues los únicos ruidos que rodeaban la mesa eran los relacionados con la ingesta de comida. Evie intentó establecer una conversación con Mabel, pero todo resultaba forzado e incómodo. Después, los tres se subieron juntos al ascensor en medio de un silencio embarazoso. Todos se dedicaron a contemplar la flecha dorada que dejaba atrás los pisos, uno por uno.

Mabel prácticamente saltó del ascensor cuando la reja se abrió en su planta.

—Buenas noches —se despidió sin darse la vuelta, y Evie supo que en algún momento se llevaría una buena bronca por todo aquello.

La primera fase de la Operación Jericho había sido un completo fracaso.

Cuando llegaron a su piso, se encontraron con que Will había dejado una nota pegada en la puerta: «He ido a ver a Malloy, WF». Típica del tío Will, desde la brevedad a las iniciales. Evie arrugó la nota y cerró la puerta del apartamento a sus espaldas con brusquedad. Le lanzó una mirada amenazadora a Jericho, que acababa de acomodarse en la silla de Will con un libro.

La chica se sentó en el sofá y siguió mirándolo con hostilidad desde allí.

—No hacía falta que fueras tan grosero. Lo sabes, ¿verdad?

—No tengo ni idea de a qué te refieres —masculló Jericho.

—¡Con Mabel! Al menos podrías intentar ser educado.

—No me interesa ser educado. Es falso. Nietzsche dice...

—Nietzsche no tiene nada que ver con esto. Está muerto, y puede que hasta

muriera de grosería. —Evie echaba chispas—. Es una chica muy inteligente. Es tan lista como tú.

Jericho se negaba a apartar la vista del libro.

—Sus padres le tienen sorbido el seso. Esa chica piensa lo que ellos piensen. Lo que ha dicho antes acerca de que la sociedad crea monstruos... Era su madre la que hablaba.

—¡Así que estabas prestando atención!

—Necesita formarse sus propias opiniones. Debe aprender a pensar por sí misma, a no limitarse a repetir lo que dicen los demás.

—¿Te refieres a algo parecido a lo que te pasa a ti con todas y cada una de las palabras del tío Will y de Nietzsche?

Evie le arrebató el libro de las manos.

—Eso no es cierto —se defendió Jericho al tiempo que recuperaba el volumen—. ¿Y por qué estamos hablando de Mabel? ¿Por qué es tan importante para ti?

—Porque... —Evie se detuvo. No podía soltarle sin más «Porque Mabel está loca por ti. Porque, a lo largo de los tres últimos años, no he parado de recibir cartas llenas de nostalgia. Porque cada vez que entras en una habitación, ella coge aire y aguanta la respiración»—. Porque es mi amiga. Y nadie se comporta de esa forma con mis amigos. ¿Vale?

Jericho soltó un suspiro de irritación.

—De ahora en adelante seré la mismísima encarnación de la educación con Mabel.

—Gracias —dijo Evie con una reverencia.

Jericho la ignoró.

VIDA Y MUERTE

Memphis arrancó la página de su cuaderno y la estrujó, asqueado. Había intentado volver a trabajar en aquel poema, el que trataba sobre su madre y el abrigo de dolor, pero no le salía, así que se preguntó si estaría condenado a ser no solo un curandero frustrado, sino también un escritor fracasado.

El viento silbaba entre las hojas otoñales. Su madre murió en abril, y los árboles florecían como niñas que, tímidamente, se convertían en jóvenes señoritas. Era primavera, cuando nada debería morir. El padre de Memphis lo había despertado. Tenía los ojos ensombrecidos.

—Ha llegado la hora, hijo —le había dicho, y condujo al soñoliento Memphis por la casa oscura hasta la habitación de su madre, donde ardía una única vela solitaria.

Su madre yacía temblorosa bajo una manta delgada.

—Por favor, hijo. Tienes que hacerlo. Tienes que mantenerla aquí.

Su padre lo acompañó hasta la cama. La madre de Memphis era poco más que un saco de huesos, su pelo parecía de algodón de azúcar. Bajo la manta, su cuerpo permanecía inmóvil. Tenía la mirada clavada en el techo, como si rastreara algo que escapaba a la visión de Memphis. El muchacho tenía catorce años.

—Vamos, ahora, hijo —insistió su padre con la voz rota—. Por favor.

Memphis tenía miedo. Su madre parecía estar tan cerca de la muerte que no era capaz de saber cómo detenerla. Ya había intentado curarla antes, pero ella no se lo había permitido.

—No dejaré que mi hijo cargue con esa responsabilidad —había asegurado con firmeza—. Lo que ha de ser, será, bueno o malo.

Pero Memphis no quería que su madre muriera. Colocó las manos sobre ella. Su madre abrió aún más los ojos e intentó sacudir la cabeza, apartar las manos del muchacho, pero estaba demasiado débil.

—Voy a ayudarte, mamá.

Su madre separó los labios agrietados para decir algo, pero no consiguió emitir sonido alguno. Memphis sintió que la fuerza sanadora se apoderaba de él, y entonces quedó bajo su influjo, arrastrado por corrientes que no podía controlar y no comprendía, ambos transportados hasta un mar inmenso y desconocido. En sus trances sanadores, Memphis siempre sentía la presencia de los espíritus a su alrededor. Era una presencia serena, protectora, y nunca tenía miedo. Pero aquella vez fue diferente. Se encontró en un cementerio oscuro, cubierto de niebla espesa. Las sombras no le parecieron tan benevolentes cuando se acercaron a él en aquella ocasión. Había un hombre gris y delgaducho, tocado con un sombrero alto, sentado sobre una roca y con las manos apretadas en puños.

—¿Qué me darías por ella, curandero? —le preguntó el hombre, y Memphis tuvo

la sensación de que había sido el propio viento quien había susurrado la pregunta. El hombre hizo un gesto con la cabeza en dirección a sus puños—. En una mano está la vida; en la otra, la muerte. Elige. Elige y tal vez la recuperes.

Memphis dio un paso al frente con el dedo estirado. ¿Derecha o izquierda?

De pronto, vio a su madre, demacrada y débil, en el cementerio.

—No puedes recuperarme, Memphis. ¡Nunca intentes recuperar lo que se ha ido!

El hombre le dedicó a su madre una sonrisa de dientes como minúsculas dagas.

—¡La elección es de él!

Su madre parecía asustada, pero no se amilanó.

—No es más que un niño.

—La elección. Es. De él.

Memphis volvió a concentrarse en los puños del hombre. Escogió el derecho. El hombre sonrió y abrió la palma. Un pajarillo recién nacido, negro y brillante, le graznó.

La madre de Memphis sacudió la cabeza.

—Oh, hijo mío, hijo mío. ¿Qué has hecho?

Memphis no recordaba nada más después de aquello. Octavia le había contado que le había subido la fiebre y que su padre lo había metido en la cama. A la mañana siguiente, se despertó para ver a Octavia tapando los espejos con sábanas. Su padre estaba sentado en su silla, con la camisa pegada al cuerpo a causa del sudor.

—Se ha ido —murmuró.

Memphis pudo ver la acusación en sus ojos: «¿Por qué no pudiste salvarla? Tienes un don ¿y eres incapaz de salvar a la única persona que importa?».

Memphis se sacudió el polvo del cementerio de las manos. Volvió a estirar la página y la metió de nuevo en el cuaderno. A continuación, inició el camino de vuelta a casa. Cuando pasó ante la vieja mansión de la colina, le pareció oír algo. ¿Era... un silbido? No podía ser. Pero sí, allí estaba, justo bajo el rugido del viento. ¿O no era más que el propio viento? Memphis abrió la verja y avanzó dos pasos por el sendero agrietado. Cuántas veces había leído relatos de fantasmas y había pensado para sí: «¡No subas esa escalera! ¡Mantente alejado de esa vieja casa!». Y, sin embargo, allí estaba, en el jardín de la mansión más antigua y amenazante que conocía, planteándose entrar en ella. De pronto, Memphis cayó en la cuenta de lo estúpido que era atisbar por la ventana cubierta de tablones de una casa decrepita y retrocedió. Recordó de inmediato los asesinatos que se estaban produciendo en la ciudad. ¿Por qué se había acordado de aquello justo en aquel momento, allí? Una vez más, percibió el eco de un débil silbido que retumbaba en las habitaciones vacías de la vieja casa. Memphis echó a correr y dejó la verja de entrada chirriando sobre sus goznes oxidados.

De vuelta en Harlem, el muchacho recorrió la avenida Lenox sintiéndose fuera de

lugar entre la gente que había salido a divertirse un poco. Paseó un rato más hasta encontrarse frente a la grandiosa casa de la señorita A'Lelia Walker en la calle Ciento treinta y seis. Había varios coches caros aparcados delante, y un mayordomo apostado en la puerta. Todas las luces estaban encendidas, y dentro, Memphis lo sabía, era muy probable que la señorita Walker estuviera celebrando una de sus famosas reuniones a las que acudían los mayores talentos de Harlem: músicos, artistas, escritores, eruditos. Memphis se imaginó en una de aquellas fiestas, leyéndole su poesía a un público elegante. Pero la distancia que separaba la acera en la que se hallaba del salón iluminado se le antojaba imposible de salvar, así que se dio la vuelta. Pensó en ir al Hotsy Totsy o al Tomb of the Fallen Angels para ver qué se cocía por allí. Casi siempre había una fiesta en algún sitio. Sin embargo, se encaminó hacia casa, con el recuerdo de su madre aún reciente en la memoria. Bill Johnson el Ciego estaba sentado en la entrada de una casa tocando la guitarra con suavidad, aunque no había nadie para escucharla. Memphis trató de pasar desapercibido ante él.

—¿Quién anda ahí? ¿Quién pasa ante el viejo Bill el Ciego sin decirle nada?

—Soy Memphis Campbell, señor.

El rostro del anciano se relajó y esbozó una sonrisa dentada.

—Buenas noches, señor Campbell. Me siento tremendamente aliviado de que sea usted y no algún *lou-lou* que viniera a por mí.

—¿Qué es un *lou-lou*?

—Es una vieja palabra cajún. ¿Cómo se dice aquí? El hombre del saco.

—No, señor. No hay ningún hombre del saco. Solo yo.

Bill el Ciego frunció los labios como si acabara de tragarse un chupito de ginebra de garrafón mezclada con saliva.

—No es una buena noche para andar merodeando por ahí. ¿No lo siente en la piel de la nuca? ¿El *fifilet*? Como el gas de los pantanos que se levanta, los malos espíritus que lo persiguen.

Entre el asunto de la casa de la colina y las supersticiones cajún de Bill el Ciego, Memphis comenzó a sentirse asustado. No quería hablar de fantasmas y duendes.

—Mi tía dice que soy un ceporro. Sería el último en notar el movimiento de los espíritus.

Bill el Ciego volvió la cara hacia Memphis, casi como si pudiera verlo allí de pie.

—Hoy me he enterado de algo muy interesante en la tienda de Floyd. He oído que antes era curandero.

—Hace mucho tiempo de eso.

—¿Aún conserva el espíritu sanador en su interior? ¿Podría imponerle las manos al viejo Bill el Ciego y devolverle la vista?

—Ya no poseo ese don. —De repente Memphis se sintió muy cansado, demasiado cansado como para contener las palabras. Brotaron al exterior atropelladamente—:

Me abandonó cuando mi madre... Estaba muy enferma. Y yo le impuse las manos y... —Sintió un nudo en la garganta. Memphis tragó saliva para intentar diluir la tensión—. Murió. Murió justo allí, bajo mis manos. Y cualquier poder de sanación que yo pudiera poseer murió con ella.

—Es una historia realmente triste, señor Campbell —señaló Bill el Ciego tras una pausa.

A Memphis le goteaban las lágrimas por la nariz, y se alegró de que el viejo no pudiera verlo llorar. No dijo nada más.

Bill el Ciego asintió como si estuviese manteniendo una conversación privada.

—Pero usted no le hizo nada a su madre, excepto tratar de calmar su dolor. ¿Me oye? A veces, es una bendición —dijo en voz baja, y Memphis agradeció la amabilidad del anciano—. Voy a darle algo.

Bill rebuscó en su bolsillo y sacó un caramelo de mantequilla y azúcar. Tanteó en busca de la mano de Memphis y lo apretó contra su palma con los dedos secos y rasposos.

—Tome. Quédeselo. Por si alguna vez necesita pedir la protección de Papá Legba.

—¿Papá quién?

—Papá Legba. Es el guardián de la puerta de Vilokan..., el reino de los espíritus. Se sitúa en las encrucijadas. Si se pierde, él puede ayudarle a encontrar su camino. Tan solo dele algo dulce.

A la tía Octavia le daría un ataque si oyera a Bill hablar así. Una vez, los había obligado a cruzar la calle para evitar una diminuta tienda, casi invisible, cuyos escaparates tenían unas cortinas rojas y negras, además de velas y figuritas de santos con rostros africanos. Un pequeño cartel anunciaba: SE ALEJAN MALDICIONES Y SE ELIMINAN OBSTÁCULOS HACIA LA FELICIDAD.

—No os acerquéis ni de lejos al vudú —les había dicho cuando Isaiah quiso saber por qué se alejaban una manzana de su camino.

En voz muy baja, Octavia había recitado el padrenuestro.

Memphis sujetó el caramelo con inseguridad. Le resultaba extrañamente pesado.

—Mi tía dice que solo deberíamos rezar a Jesús.

Bill el Ciego gruñó y escupió.

—¿Crees que el dios de los blancos va a ayudarte? ¿Crees que está de nuestro lado?

—No creo que el dios de nadie esté de nuestro lado.

Memphis se preparó para recibir una reprimenda. En cambio, el viejo asintió de manera cómplice y curvó las comisuras de los labios en una sonrisa de amargo acuerdo.

—Puede que esa sea la cosa más sincera que haya dicho jamás, señor Campbell.

Mucho mejor que ese encanto y esa gomina que suele ponerse.

Entonces se echó a reír, una enorme carcajada de tos resollante, y se dio una palmada en la pierna. De repente, todo aquello —la conversación, el caramelo, la aventura de hacía un rato en la casa— le pareció tan absolutamente ridículo que Memphis no pudo evitar sumarse a las risas. Los dos hombres se desternillaban como tontos.

—Oh, vaya, vaya, vaya —dijo Bill el Ciego mientras se daba unos golpecitos en el pecho—. ¿No es así como funciona el mundo ahora? La buena suerte se convierte en mala. La mala suerte se vuelve buena. No es más que un gigantesco juego de azar entre este mundo y el siguiente, y nosotros somos los dados que no paran de lanzar de un lado a otro. Váyase a casa, señor Campbell. Descanse un poco. Viva para disputar otro día. Ya habrá tiempo para lamentarse. Salga y disfrute mientras sea joven.

—Eso haré, señor.

Había cambiado de opinión respecto a lo de regresar a casa. Bill el Ciego tenía razón. Memphis era joven, al igual que la noche. Así que desvió su rumbo hacia el Hotsy Totsy.

Bill escuchó los pasos de Memphis Campbell alejándose. Quería contarle al joven la suerte que había tenido porque el don lo abandonara cuando lo hizo. Qué bendición suponía. Lo agradecido que debería estar porque las personas equivocadas no lo hubieran descubierto. Bill se metió la mano en el bolsillo en busca de un poco de dinero para comprar algo de comer. Frotó la moneda de diez centavos y la de cinco entre los dedos. No era mucho. Ojalá pudiera dejar los juegos de azar. Pero aquella era su maldición; no lograba mantenerse alejado del riesgo y la suerte, ya fueran las cartas, la lotería, los dados, las peleas de gallos o las carreras de caballos. Pero no dejaba de ver aquella casa en sueños, con las nubes y la encrucijada. Aún no había descubierto la apuesta que correspondía a aquellos elementos, pero ya lo haría. Había un número en el lateral del buzón de la casa. Si lograra distinguirlo, estaba seguro, aquella cifra sería la clave para llevarse el gordo. Y una vez que tuviera el dinero, podría comenzar a cobrarse la venganza.

LA CASA DE LA COLINA

La casa se erguía como un centinela sobre la colina azotada por el viento. La hiedra trepaba por su exterior extendiéndose igual que una mancha. Los postigos de las ventanas estaban cerrados y asegurados con clavos. Las puertas talladas de cerezo eran de un tono marrón apagado. Si alguien hubiera podido ver el interior, se habría percatado de que las telarañas colgaban de los umbrales y de que sus propietarias ocultaban en las grietas a sus presas envueltas en un sudario de seda.

En su día, la casa había sido magnífica. Se celebraban fiestas y bailes. Los domingos, los carruajes pasaban por delante de ella para admirar su imponente presencia, un símbolo de todo lo bueno y esperanzador del país. La casa era un sueño hecho realidad. El hombre que la había construido, Jacob Knowles, había hecho su fortuna con el acero, el mismo acero que se había empleado para levantar la ciudad. A su esposa y a él tan solo les sobrevivió un vástago, una niña llamada Ida, que era su mayor alegría. Ida era pequeña y propensa a los resfriados y, por ese motivo, sus angustiados padres le concedían todos los caprichos. Había clases de piano, y paseos en poni, y un pequeño spaniel llamado Chester. Cuando Ida jugaba en el jardín, los sirvientes se encargaban de servirle el té a sus muñecas. Muchos eran los días en los que la niña fingía ser una princesa árabe que contemplaba su reino. Subía la escalera hasta la habitación más alta de la casa, un ático con un pequeño balcón. En 1863 divisó desde allí el humo de las hogueras de los famosos disturbios de Nueva York e imaginó que vislumbraba las guaridas de dragones lejanos, y no las hirvientes frustraciones de una guerra de clases y razas que estallaba en una brutal violencia callejera. Mientras la guerra civil continuaba arrasando el país, Ida se convirtió en una jovencita. Soñaba con casarse con un oficial atractivo para que pudieran convertirse en los próximos señores de la magnífica casa. Meses después de que terminara la contienda, algunos soldados de la Unión se unieron al mismísimo general Grant para celebrar en la mansión una fiesta que se trasladó al jardín cuando comenzaron los fuegos artificiales, mientras los compases de un vals resonaban en el interior. Pero Ida estaba resfriada y confinada en su cama con un emplasto de mostaza en el pecho, sollozando por su desgracia pese a que su madre le acariciaba la mejilla y le decía que no se preocupara, que habría otro baile y un joven esperándola; además, ellos no estaban listos para que su única hija, su querida Ida, los dejara tan pronto.

Pero era la madre de Ida quien iba a marcharse. Un año después de aquella fiesta, la señora Knowles cayó enferma de disentería y la enterraron al cabo de una semana. Al año siguiente, Jacob Knowles murió de una hemorragia cerebral repentina. La responsabilidad de mantener Knowles' End recayó sobre Ida, que tenía veinte años. Administrar un hogar era muy distinto de jugar a las princesas y, aunque un primo

lejano le advirtió a Ida que fuera prudente con sus gastos, la joven no siguió su consejo. Destrozada de dolor por la muerte de sus padres, Ida se refugió en el nuevo Espiritualismo en busca de consuelo. Abrió Knowles' End a los teósofos, los echadores de cartas y los médiums espirituales. La más dotada de aquellos médiums era una viuda rica llamada Mary White, que poseía una asombrosa habilidad para poner a Ida en comunicación con sus parientes del otro mundo. No había golpecitos en la mesa, ni trucos baratos de levitación como los que intentaban muchos. No, Mary White poseía un don verdadero y un temperamento cálido, así que Ida y ella se hicieron muy amigas, hasta el punto de que Ida la llamaba «hermana». Una vez más, la casa se llenó de actividad, y Knowles' End se convirtió en un lugar de reuniones espirituales, lecturas de cartas, sesiones de espiritismo y todo tipo de encuentros esotéricos y ocultistas. Ida estaba convencida de que solo era cuestión de tiempo que Knowles' End recuperara su pasado esplendor. Mary le había asegurado que los espíritus se lo garantizaban.

Mary tenía un acompañante en aquellos empeños, un hombre de lo más carismático y de mirada subyugante que respondía al nombre de señor Hobbes. Era, prometía Mary, un profeta. Un hombre sagrado. Sin duda, pasaba muchas horas a solas en la biblioteca leyendo, y a veces, durante sus sesiones de espiritismo, el señor Hobbes caía en extraños trances y hablaba con palabras que Ida no comprendía, prueba, según le decía Mary, de su conexión con el reino de los espíritus.

Pero los gastos de Ida eran muchos —los médiums espirituales eran caros— y la fortuna de los Knowles menguaba a toda prisa. Ida resultaría socialmente humillada si se conocieran sus deudas. Fue Mary quien se ofreció a comprar Knowles' End y aceptar a Ida como huésped para salvar su reputación. Mary accedió a que la joven se quedara con su habitación favorita, el ático con vistas de la ciudad, y le dijo que no se preocupara, que ella pagaría los impuestos atrasados y el señor Hobbes se haría cargo del duro trabajo necesario para que Knowles' End, que se había sumido en el deterioro, volviese a ser una casa hermosa.

Y eso hizo el señor Hobbes. ¡Qué clamor! Una cuadrilla trabajaba durante una semana y luego era bruscamente despedida para ser sustituida por una nueva cuadrilla que tal vez durara cinco o seis días antes de que el señor Hobbes los mandara también a la calle. Finalmente, él mismo se puso a trabajar en el viejo sótano y construyó un almacén para conservas y provisiones enlatadas... o eso dijo, porque a Ida no se le permitía la entrada allí abajo.

—Es demasiado peligroso —le decía con una sonrisa que nunca le llegaba a los ojos (sus ojos, aquellos ojos fríos e hipnotizadores)—. No querría que encontrara la muerte ahí abajo.

Se hicieron otros cambios extraños en la casa. Puertas que no llevaban a ningún sitio. Rosetones decorativos en torno a unos agujeros de la pared que expulsaban un

extraño humo que, según insistía el señor Hobbes, era bueno para los pulmones y necesario para el trabajo espiritual superior. Un largo conducto para la colada que la señora White le aseguró que facilitaría el trabajo de la pobre lavandera. Se quedaron con solo tres sirvientes: una lavandera, una doncella y un mayordomo que también hacía las veces de conductor. Era vergonzoso, e Ida albergaba la esperanza de que nadie supiera lo mal que estaban las cosas. Pero entonces Mary sonreía y le decía que el espectro del padre de Ida la había visitado y que llevaba romero en la mano, para la memoria, un claro signo de que se estaba encargando de cuidarlos a todos, y la muchacha se sentía agradecida por aquel pequeño consuelo. Cuando Ida padecía de los nervios, Mary le ofrecía vino dulce, y aquella bebida a veces le provocaba a la joven las más extrañas pesadillas de fuego y destrucción, llenos de los rostros fantasmagóricos de hombres y mujeres de expresión seria.

Las cosas comenzaron a enrarecerse. Se celebraban insólitas reuniones a altas horas de la noche. Una o dos veces al mes, Ida oía música y cantos procedentes del sótano. La gente entraba y salía.

—¿Qué hacen en esas reuniones? —les preguntó Ida ansiosamente una noche mientras cenaban.

Ella tan solo jugueteaba con la comida; la ternera asada estaba demasiado sanguinolenta para su gusto.

—¿Por qué no te unes a nosotros, querida? —le sugirió la señora White.

—Babilonia, esa gran ciudad, ha caído. Es hora de purificarse. De renacer. ¿No opina lo mismo, señorita Knowles? —le preguntó el señor Hobbes con una sonrisa.

Sus ojos eran tan azules que Ida se sintió bastante perdida. Durante un momento, al mirarlo, se preguntó cómo sería bailar con el señor Hobbes. Recibir sus besos. Sus caricias. Y, en cuanto lo pensó, el asco la abrumó.

—Lo cierto es que no sé a qué se refiere —contestó. Le temblaban las manos. La sangre de la ternera formaba un pequeño y repulsivo charco en su plato—. No... No me encuentro bien. Si me disculpan, iré a acostarme.

Aquella noche, percibió extraños sonidos que le llegaban desde el interior de la casa, los ruidos y susurros más terriblemente bestiales. Estaba demasiado asustada como para salir de su habitación. Permaneció tumbada, temblando bajo las sábanas, hasta que llegó la mañana.

En una vitrina del salón, el señor Hobbes guardaba un enorme libro forrado de cuero, un volumen bastante parecido a una Biblia. Pero cuando Ida intentó cogerlo, descubrió que la vitrina estaba cerrada con llave. Su propia vitrina en su propia casa, ¡cerrada para que ella no pudiera abrirla! Trémula de rabia, se enfrentó a la señora White (pues ya no la trataba con el mismo fraternal cariño ni la llamaba «Mary»).

—No voy a tolerarlo, señora White. No lo toleraré —le espetó.

—Esta ya no es tu casa, querida —contestó la señora White con una sonrisa cruel.

Un martes, Ida descubrió un montón de trozos de tela ensangrentados; el señor Hobbes le aseguró, con la delicadeza que reclamaba la situación, que pertenecían a la lavandera y que se debían a su maldición mensual. («La pobre chica, qué embarazoso ha debido de resultarle. Por supuesto, le hemos ofrecido ropa limpia y la hemos mandado a casa a descansar. Pobre, pobrecita. Me temo que esté demasiado avergonzada como para regresar con nosotros»). Ida le escribió una carta desesperada a su primo de Boston, que envió a las autoridades, pero cuando llegaron Ida se hallaba sumida en tal letargo que la señora White les dijo que no estaba bien, pero que la estaban cuidando, y que esperaba que el esfuerzo de bajar la escalera y someterse a sus preguntas no hubiera puesto su salud en peligro. Las autoridades se retiraron mascullando disculpas.

La última sirvienta que les quedaba, Emily, se marchó en mitad de la noche sin siquiera despedirse. No se molestó ni en reclamar sus honorarios.

Ida ya había tenido bastante. Había dejado de tomarse el vino. Su cuerpo, aunque débil, tenía la fuerza suficiente como para soportar un viaje al sótano, pues estaba decidida a descubrir qué estaba sucediendo en su propia casa. ¡Sí, su casa! ¡La había construido su padre, para su familia! Ella era una Knowles, no como aquellos advenedizos con su dinero fresco y sus aires pretenciosos: la charlatana de la señora White, que había salido para realizar una sesión de espiritismo en la casa de campo de algún pobre diablo con más dinero que juicio. Y el señor Hobbes. El señor Hobbes con su mirada fría y su arrogancia, sus mentiras y secretos. ¡Qué hombre más malvado! Ida necesitaba saber qué estaba pasando en su casa, y empezaría por mirar en el sótano prohibido.

Bajó por la escalera hasta aquel espacio frío, oscuro y húmedo. Olía a tierra y a algo más. Ida sintió náuseas ante su fetidez. Echaría un rápido vistazo por allí y, con suerte, encontraría lo que necesitaba para acudir a las autoridades y hacer que expulsaran de su casa a aquella gente horrible. Entonces buscaría un inquilino digno o, incluso —¿debería atreverse a pensarlo?—, un marido. Un noble caballero que compartiera su vida. Juntos, volverían a convertir la casa en un hogar glorioso. Ofrecerían fiestas a las que asistiría gente decente, gente de importancia y con estatus. Knowles' End volvería a reinar.

A Ida le temblaba la mano con la que sujetaba el asa del farol. La luz tremolaba sobre las paredes y las esquinas. Había llegado hasta allí en busca de conocimiento, y por fin lo obtuvo. Supo sin lugar a dudas que se enfrentaba a un mal terrible. No hubo grito alguno cuando la vela tembló y los susurros comenzaron. Y justo cuando Ida emitió el chillido que había conseguido contener, la vela se apagó y se halló sumida en la más absoluta oscuridad.

EL HOTSY TOTSY

Había sido un día de lo más aburrido; la lluvia había retenido a Evie todo el día en el museo, donde se entretuvo reordenando los libros de una estantería de acuerdo con una taxonomía que solo ella entendía. Cuando pensó que iba a perder la cabeza escuchando el sonido de la lluvia y dejándose arrastrar por el aburrimiento, se alegró al pensar que —si sobrevivía a la tarde— disfrutaría de lo que prometía ser una emocionante velada con sus amigos. Por fin había llegado el anochecer. Evie se había dado un baño, se había perfumado y se había probado todos y cada uno de los conjuntos de su armario antes de decidirse por un vestido plateado de cuentas alargadas que centelleaba sobre su cuerpo como si se tratara de lluvia. Se puso un larguísimo collar de perlas que le daba dos vueltas al cuello. En los pies lucía un par de merceditas de satén gris con los tacones negros y curvados y las hebillas de diamantes falsos de forma cóncava. Se pintó los labios de rojo oscuro, se perfiló los ojos de negro y remató el conjunto con un abrigo de terciopelo negro con el cuello de piel. Metió veinte dólares de sus manguantes reservas en un bolso de rejilla, se roció con una descarga de su atomizador y salió al salón. Jericho estaba sentado a la mesa de la cocina pintando miniaturas para la maqueta de una escena bélica. El tío Will estaba sentado a su desordenado escritorio junto a los ventanales, rodeado de montones de papeles y libros.

Al oír a Evie, levantó la cabeza un segundo, la estudió y regresó a su trabajo.

—Vas muy arreglada.

Evie comenzó a ponerse los guantes de encaje, que le llegaban hasta más arriba de los codos y dejaban los dedos al descubierto.

—Voy a bailar con Zeta y Henry al club nocturno de moda.

—Me temo que esta noche no —repuso Will.

Evie se quedó inmóvil con un guante a medio poner.

—Pero, tío, Zeta me está esperando. Si no voy, será una absoluta falta de respeto. ¡Nunca volverá a quedar conmigo!

—Por si no te has enterado de la noticia, hay un brutal asesino merodeando por las calles de Manhattan.

—Pero, tío...

—Lo siento, Evie. No es seguro. Ya habrá otra ocasión. Estoy convencido de que Athena lo entenderá.

—Se llama Zeta. Y no, no lo entenderá. —Evie notó que las lágrimas amenazaban con desbordársele. Se había pasado siglos maquillándose los ojos, así que parpadeó con fuerza para evitar que se le emborronaran—. Por favor, tío.

—Lo lamento, pero mi decisión es definitiva.

Will volvió a meter la cabeza en su libro; juicio final, caso cerrado.

En la radio, el locutor elogiaba los méritos del seguro dental de marras: «Porque su salud dental es demasiado importante como para dejársela al azar».

Jericho se aclaró la garganta.

—Podríamos jugar a las cartas, si te apetece. O escuchar la radio. A las nueve empieza un programa nuevo.

—Genial —dijo Evie con amargura, y regresó a su habitación hecha una furia.

Dio un portazo tras ella y se lanzó sobre la cama. Su nuevo tocado de perlas falsas se le cayó sobre las cejas y tuvo que volver a colocárselo en su sitio. ¿Por qué, de entre todas las noches, Will había elegido aquella para comportarse como..., bueno, como un padre? No podían vivir aterrorizados tras las paredes del Bennington y sin aventurarse jamás más allá del museo. Evie se tumbó de espaldas y contempló a través de la ventana el mundo que se extendía al otro lado de la escalera de incendios.

La escalera de incendios.

La muchacha se incorporó. Se secó los ojos con los dedos y volvió a ponerse los guantes. Abrió una rendija en la puerta de su habitación.

—Me retiro a descansar —anunció.

Con mucho cuidado, abrió la ventana y salió a la escalera de incendios. Si Evie había aprendido alguna verdad a lo largo de su corta vida, era que el perdón era más sencillo de buscar que el permiso. Aunque tampoco tenía intención de pedir ninguna de las dos cosas.

Varios pisos más abajo, Mabel gritó cuando la joven entró por la ventana de su habitación diciendo:

—Baja la voz. Soy yo.

—Creí que eras el Asesino del Pentáculo, que había venido a cortarme el cuello.

—Mi tío y tú... Siento decepcionarte.

Evie se alisó y recolocó el vestido.

—Mabel, querida, ¿qué ocurre? —preguntó la señora Rose desde el otro lado de la puerta.

—¡Nada, madre! Me pareció ver una araña, pero me había equivocado —vociferó la muchacha—. Creía que nos encontraríamos arriba —le susurró a Evie.

—Cambio de planes. Mi tío me ha prohibido salir. ¡Te juro que se está comportando igual que un padre! —Evie escudriñó el sencillo vestido de organza blanca de Mabel—. Por Dios santo, ¿has perdido las ovejas, Carita de Pan?

—¿Qué tiene de malo este vestido?

—Necesitas lápiz de labios.

—No, no lo necesito.

Evie se encogió de hombros.

—Tú misma, Mabiesie. No puedo disputar dos batallas en una misma noche.

Evie y Mabel se encaminaron de puntillas hacia la puerta. Los Rose estaban

celebrando otra de sus reuniones políticas..., algo relacionado con la apelación de Sacco y Vanzetti, los anarquistas. La señora Rose las llamó:

—Hola, Evangeline.

—Hola, señora Rose.

—Es muy amable por parte de tu tío llevaros a una lectura de poesía. Es importante que cuidéis de vuestra educación en lugar de malgastar el tiempo con pasatiempos burgueses e inmorales como bailar en clubes nocturnos.

Evie le lanzó una mirada discreta a Mabel. Tuvo que esforzarse mucho para no echarse a reír.

—Tenemos que irnos, madre. No queremos llegar tarde a la lectura —dijo Mabel, y arrastró a su amiga tras ella.

—Me parece que no soy la única fugitiva de la noche —comentó Evie mientras corrían hacia el ascensor.

Mabel esbozó una enorme sonrisa.

—Me parece que no.



—Y entonces le dije: «El placer ha sido todo tuyo». Se lo dije tal cual, además. Tuve la última palabra —explicó Evie al contarles la primera visita de Sam Lloyd al museo.

—Seguro que sí —comentó Zeta entre risas—. No deberías permitir que ese Sam te afecte de esa manera.

—¿Acaso he dicho que me afecte?

—No. Ya veo que lo has superado por completo, Evil —contestó Zeta, y Henry sonrió con ironía.

Los cuatro habían cogido un taxi hasta Harlem y Zeta había tenido el bonito detalle de pagarlo. En aquel momento se dirigían a un club nocturno llamado el Hotsy Totsy, que se suponía que era el mejor.

—Se acabó. Fin. Borrado del mapa —dijo Evie al tiempo que sacudía la mano en el aire para apoyar sus palabras.

—Bien, porque ya hemos llegado. Y estoy bastante segura de que la contraseña no es «Sam», ni «Lloyd».

Henry llamó con un golpeteo rítmico y rápido —bum-da-BUMbum— y, un segundo después, se entreabrió una puerta. Un hombre que llevaba una chaqueta de esmoquin blanca y corbata les dedicó una sonrisa.

—Buenas noches, señores. Esto es una residencia privada.

—Somos amigos del sultán de Siam —contestó Henry.

—¿Cuál es la flor favorita del sultán?

—Le edelweiss es preciosa.

De inmediato, la puerta se abrió de par en par.

—Por aquí.

El hombre del esmoquin los guio a través de una bulliciosa cocina caldeada por el vapor y por una escalera de caracol que descendía hasta un túnel subterráneo.

—Conecta con el edificio contiguo —les susurró Henry a Evie y a Mabel—. De ese modo, si hay una redada en el club, la mayor parte del alcohol está a salvo en algún punto de este edificio.

El hombre abrió otra puerta y los invitó a pasar a una habitación decorada como el palacio de un sultán. Unos helechos gigantescos rebosaban sobre los bordes dorados de unas macetas enormes. El techo estaba recubierto por un artesonado de seda color champán, y las paredes estaban pintadas de rojo carmesí. Los manteles que cubrían las mesas —rematadas con farolillos ambarinos— eran de damasco blanco. Sobre el escenario, la orquesta interpretaba una pieza de jazz que volvía locas a las *flappers* de la pista de baile mientras los hombres gritaban: «¡Vamos, vamos, vamos!» y «¡Adelante!». Los clientes ricachones, con sus cócteles en las manos, saltaban de una mesa a otra y llamaban a las vendedoras los cigarrillos, que paseaban por el local ofreciendo Lucky Strike, Camel, Chesterfield y Old Gold en bandejas esmaltadas. Un cartel enorme prometía una fiesta especial para la observación del cometa de Salomón, y Evie intentó no pensar en el siniestro significado del cometa para un loco.

—¡Esto es la pera limonera! —exclamó la joven sin dejar de contemplar todo lo que la rodeaba. Aquello era lo que tanto había esperado. Clubes como aquel no existían en ningún lugar que no fuera Manhattan—. Y la orquesta ni te cuento.

Henry asintió.

—Son los mejores. Una vez los oí tocar en el Cotton Club. Pero no me gusta ir allí porque tienen barrera del color. —Al ver la confusión de Evie, Henry le explicó—: En el Cotton Club no había problema alguno en que la orquesta actuara ante la gente blanca. Pero no podían sentarse a las mesas y pedir una copa, ni relacionarse con los clientes. Este sitio lo dirige Papá Charles King. Sirve a todo el mundo.

En la esquina, una mujer blanca charlaba en una mesa con un hombre negro. Aquello jamás habría podido pasar en Ohio, y Evie se preguntaba qué tendrían sus padres que decir al respecto. Nada agradable, seguro.

Zeta le dio un codazo a Henry.

—Ahí está Jimmy D'Angelo. Ve a engatusarlo para que te deje tocar.

Henry se disculpó y se encaminó hacia la mesa que había cerca del escenario, donde un hombre con un sombrero de copa y un monóculo se estaba fumando un puro con un loro de color verde brillante posado sobre el hombro de su esmoquin.

—Henry tiene mucho talento, pero Flo, el señor Ziegfeld, no lo ve —señaló Zeta—. Henry le ha vendido unas cuantas canciones al Tin Pan Alley..., suficiente para

cubrir gastos y poco más. Son cancioncillas que no están mal, pero nadie le compra las buenas. Pobrecito.

—Me encantaría escucharlas —dijo Mabel.

—Espero que llegues a hacerlo. El chico solo necesita un golpe de suerte, eso es todo. —Zeta se echó el chal sobre un hombro—. Hora de lucirse, muñecas. Echadle un vistazo al lugar como si fuerais demasiado buenas para este vertedero. Seguidme.

La bailarina avanzó lentamente ante las mesas sin dignarse a mirar a nadie. Varias cabezas se volvieron cuando Zeta, Evie y Mabel siguieron al camarero entre las mesas abarrotadas. Eran reinas de Saba con sus mejores galas de *flapper*, y atraían miradas de admiración. Unas cuantas personas reconocieron a Zeta por la revista.

—Debe de ser genial ser famosa —comentó Evie.

Zeta se encogió de hombros.

—Creen que me conocen, pero no es así.

El camarero las sentó a una mesa en una esquina y les entregó los menús, impresos en un grueso papel de color crema. Mabel abrió los ojos como platos.

—¡Estos precios son increíbles!

—Créetelos —dijo Zeta—. Asegúrate de que te gusta mucho lo que pides, porque tendrás que alargarlo durante toda la noche.

—A mi madre le daría un ataque ante este exceso —dijo la muchacha con tono de culpabilidad.

—Tu madre no está aquí.

—Gracias a Dios —murmuró Evie.

Un camarero se acercó a ellas con una botella de champán y una cubitera plateada.

—Lo siento, amigo. No hemos pedido burbujas —le indicó Zeta.

—Para las señoritas. De parte de un caballero que las admira —repuso el joven.

—¿Quién es? —preguntó Zeta al tiempo que estiraba el cuello para otear la sala.

—El señor Samson, de la mesa quince —respondió el camarero mientras movía la cabeza con disimulo en su dirección.

—Oh, vaya —dijo Zeta.

—¿Qué pasa? —Evie no veía muy bien en la oscuridad.

—¿Veis a ese tipo de ahí? No miréis con descaro.

Las chicas trataron de atisbarlo por encima de los menús. Cuatro mesas más allá, se sentaba un hombre fornido con un bigote muy poblado y el inconfundible aire petulante de los ganadores de Wall Street.

—¿El que parece una morsa escapada de un zoo? —preguntó Evie.

—Exactamente. Es uno de esos pringados que quiere sentirse como si aún fuera joven y fascinante. Probablemente tenga esposa y tres mocosos en Bedford y crea que vamos a hacerle pasar un buen rato. Eh, nos está mirando. Sonreíd, chicas.

Evie le dedicó un gesto amable y el hombretón levantó su copa. Las chicas hicieron lo propio como respuesta. El hombre les lanzó un beso y gesticuló para que se unieran a él.

—¿Y ahora qué? —preguntó Evie entre dientes, aún con la sonrisa dibujada en la cara.

—Ahora sí que ha llegado el momento de lucirse. —Zeta se tomó de un trago su champán y soltó un enorme eructo que atrajo miradas de asco de las mesas que las rodeaban—. ¡Nada como una buena copa de priva para quitarle los gases a una chica! —exclamó Zeta a voz en grito dándose palmaditas en el estómago.

Frente a ellas, el hombre se quedó inmóvil con la copa suspendida en el aire. Apartó la mirada de inmediato.

—¡Está escandalizado! —rio Evie.

—Ahora ya puede volver a casa con su esposa en Bedford y nosotras podemos disfrutar de este zumo de uva tranquilamente.

—¿Cómo te hiciste tan lista?

—A base de golpes —respondió Zeta.

Evie y ella brindaron y le dieron un sorbo al champán del caballero.

Mabel le hizo un gesto a un camarero.

—¿Podría traerme un Sloe Gin Fizz sin ginebra?

—¿Qué sentido tiene eso, señorita? —preguntó el camarero.

—El de mañana por la mañana —contestó ella.

—Como quiera, señorita.

—¿Cómo le va a Henry? —preguntó Zeta, y volvió a estirar el cuello.

A varias mesas de distancia, Henry estaba recostado en una silla escuchando al hombre del loro con una expresión de hermosa y aburrida elegancia.

—Henry no es realmente tu hermano, ¿verdad? —quiso saber Evie.

Zeta sonrió con ironía.

—Ya la has liado. Ahora la gente murmurará.

Zeta lo dijo tan seria que a Evie le costó unos segundos darse cuenta de que estaba de broma.

—¿Cómo os conocisteis?

—Por la calle. Me estaba muriendo de hambre y él me dio la mitad de su bocadillo. Es un amigo de verdad.

—Si no te importa que te lo pregunte, ¿por qué vosotros no...?

Zeta entrecerró los ojos y soltó una fina bocanada de humo. Evie tuvo la sensación de que estaba sopesando la respuesta.

—Simplemente no nos gustamos de ese modo. Puede que no sea mi verdadero hermano, pero para mí es como si lo fuera. Haría cualquier cosa por él.

Henry se acercó a ellas y Zeta se hizo a un lado para dejarle sitio.

—¿Qué me he perdido? —preguntó—. Eh, ¿de dónde ha salido el champán?

—De una morsa solitaria —le contestó Evie, y se echó a reír.

Ya se notaba algo borracha, más a causa de la emoción y del optimismo que del champán. Le caían bien Zeta y Henry. Eran tan sofisticados... no se parecían a nadie que hubiera conocido en Ohio. Ojalá ella también les cayera bien.

—Llegas justo a tiempo. Estábamos a punto de hacer un brindis —anunció Zeta.

Henry levantó su copa.

—¿Por qué?

—Por nosotros. Por el futuro —respondió Zeta.

—Por el futuro —repitieron Henry, Evie y Mabel.

La orquesta inició una pieza sensual, insinuante, y Evie recostó la cabeza sobre el hombro de Zeta.

—¿No te sientes como si esta noche pudiera pasar cualquier cosa?

—Esto es Manhattan. Puede pasar cualquier cosa en cualquier momento.

—Pero ¿y si conocieras al hombre de tus sueños esta noche?

Zeta dejó escapar otra voluta de humo de su cigarrillo.

—No me interesa. El amor es un lío, niña. Deja que las demás se vuelvan locas y se hagan ilusiones. ¿Yo? Yo tengo planes.

—¿Qué planes? —preguntó Mabel.

Un camarero les había llevado paté con tostadas, y lo estaba devorando con deleite.

—Cine. Ese es el futuro. Tengo entendido que van a empezar a hacer películas sonoras.

Evie soltó una carcajada.

—¿Películas sonoras? ¡Qué horror!

—Va a estar genial. Cuando mi contrato se acabe, me marcharé a California con Henry. ¿Verdad, Henry?

—Lo que tú digas, preciosa.

—He oído que tienen limoneros, y que puedes coger los frutos en cualquier momento y hacer limonada fresca. Tendremos una casa con un limonero en el patio de atrás. Y puede que hasta un perro. Siempre he querido un perro.

A Evie le entraron ganas de reírse, pero Zeta parecía muy seria, e incluso un poco triste, así que se limitó a beberse su champán.

—Suenas muy bien. —Entrechocó su copa con la de Zeta—. ¡Por los limoneros y los perros!

—¡Por los limoneros y los perros! —dijeron Henry y Zeta entre risas.

—Por los limoneros y los perros —masculló Mabel con la boca llena.

Evie se echó hacia delante y apoyó la barbilla en la palma de la mano.

—¿Y qué hay de ti, Henry?

—¿Yo? Voy a escribir canciones para las películas. Canciones de verdad. No esas tonterías pegadizas que le gustan a Flo Ziegfeld —aseguró.

—¡Por las canciones de verdad! —brindó Evie—. ¿Mabesie?

—Voy a ayudar a los pobres. Pero, primero, voy a comerme hasta la última miga de esto. —Hizo un gesto de éxtasis—. Buenísimo.

Zeta ladeó la cabeza.

—¿Qué hay de ti, Evil?

Lentamente, Evie le dio la vuelta a su copa sobre la mesa. ¿Qué podía decir? «Voy a parar de tener pesadillas con mi hermano muerto. Voy a hacer que el pasado deje de perseguirme como un fantasma vengativo. Voy a encontrar mi lugar en el mundo y demostrarle a todos de qué pasta estoy hecha». Lo había notado desde el momento en que bajó del tren en la estación de Pensilvania, la sensación de que aquel era su sitio, de que Manhattan era su verdadero hogar.

—Probablemente suene estúpido...

Henry soltó una carcajada estruendosa y dramática y después se encogió de hombros.

—Solo quería quitármela de en medio antes de escucharte, querida.

Evie sonrió abiertamente. ¡Cuánto le gustaban sus nuevos amigos!

—Desde el momento en que llegué aquí, he experimentado una sensación de destino de lo más extraña... como si lo que quiera que vaya a pasar, quienquiera que sea la persona en que voy a convertirme, estuviese esperándome a la vuelta de la esquina. Quiero estar lista. Quiero darme de bruces contra ello. —Evie levantó la copa—. Por lo que quiera que sea que me está esperando a la vuelta de la esquina.

—Espero que no sea un coche a punto de arrollarte —bromeó Mabel.

—Por las cosas buenas que estás a punto de descubrir —intervino Zeta.

—Por el destino de Evie —dijo Henry, e hizo repicar su copa contra las de las demás alegremente.

Evie se quedó inmóvil con su vaso a medio camino de los otros.

—No me lo puedo creer. ¡Qué descaró!

—¿Qué te pasa? —preguntó Zeta.

Evie dejó la copa en la mesa con brusquedad y derramó el champán sobre el mantel.

—Zeta, coge mi bolso. Hay veinte dólares dentro. Puede que los necesites para pagar mi fianza.

—Por última vez, ¿qué ocurre?

—Sam Lloyd —siseó Evie.

Se encaminó con decisión hacia donde se encontraba el muchacho, apoyado contra una columna de mármol, hablando con una rubia de labios perfectos y rojos.

—Perdone, señorita.

Evie se interpuso entre los dos.

—¡Eh! —protestó la chica, pero Evie se mantuvo firme.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exigió saber.

—¿Que qué estoy haciendo aquí? Yo siempre vengo aquí. La pregunta es ¿qué haces tú aquí?

—¿Quién es esta? ¿Tu madre? —preguntó la rubia con una voz tan aguda que podría hacer estallar el cristal.

Evie se dio la vuelta.

—Soy del Ministerio de Sanidad. ¿Has oído hablar de María Tifoidea? Este tipo tiene gérmenes como para iniciar su propia colonia.

La chica abrió los ojos de par en par.

—¡Por Dios!

—Eso mismo. Por seguridad, tal vez quieras quemar esa ropa de fiesta. De hecho, quizá quieras quemarla por principios.

—¿Eh?

Evie miró a Sam enarcando una ceja.

—Vaya, Sam, es encantadora. —A continuación se volvió de nuevo hacia la rubia, se acercó a ella y le susurró al oído—: ¿Ves a ese tipo de ahí, el del bigote? —Evie señaló al hombre morsa—. Es tan rico que podría comprarse unos grandes almacenes y aún le sobraría para una buena cena. ¿Por qué no vas a que te invite a una copa?

—¿Lo dices en serio?

—Claro. Es un pez gordo de verdad. Confía en mí.

La chica sonrió.

—Eh, gracias por el consejo, cariño.

—Las chicas tenemos que apoyarnos.

La muchacha pareció preocuparse.

—¿Estarás bien con este... tifoideo?

—No pasa nada —dijo Evie al tiempo que le lanzaba una mirada amenazadora a Sam—. Soy inmune a su enfermedad.

Sam observó a la sensual rubia mientras se contoneaba de camino a la mesa del hombre morsa y sacudió la cabeza.

—¿No te han dicho nunca que eres de lo más inoportuna, hermana?

—¿De dónde has sacado esa chaqueta de esmoquin? Parece cara.

Sam sonrió.

—Del respaldo de una silla.

—¿La has robado?

—Digamos que la he tomado prestada mientras dure mi estancia en el club.

—Tendré que decírselo al tío Will.

—Adelante. Claro, que entonces tendrás que explicarle qué estabas haciendo en un club clandestino de Harlem a las once y media de la noche.

Evie abrió la boca para soltarle una bronca a Sam justo cuando el maestro de ceremonias se acercó al micrófono. La camisa blanca que llevaba bajo el esmoquin estaba tan almidonada que parecía a prueba de balas.

—Y ahora el Hotsy Totsy presenta a las Famosas Chicas Hotsy Totsy interpretando ese baile prohibido, ¡el Black Bottom!

La orquesta atacó la melodía del baile, enérgico y jazzístico. Con un gran hurra, las coristas, jóvenes y hermosas, salieron pavoneándose al escenario. Balanceaban las caderas y marcaban un ritmo duro y rápido con sus zapatos plateados. Con cada contoneo, las cuentas alargadas de sus escandalosamente explícitos trajes se bamboleaban y agitaban. Era el tipo de espectáculo que Evie sabía que a su madre le habría resultado apabullante: un ejemplo de la decadencia moral de las jóvenes generaciones. Era sexual, peligroso y emocionante, y Evie quería más.

El pianista coreó a las chicas y ellas se lanzaron hacia el frente, con las caderas por delante. Pusieron los dedos en forma de garras y todo el mundo se precipitó a la pista de baile que había bajo el escenario, inmersos en el baile y en la noche.



Zeta estaba sentada a la mesa, sola, tras una inescrutable nube de humo de cigarrillos, observando a la gente. Henry había iniciado una conversación con un atractivo camarero llamado Billy, y Zeta se preguntó si su amigo volvería a casa con ella aquella noche. Contempló a las debutantes mimadas pasándose en grande por haber ido al norte de la ciudad a escuchar jazz en un club prohibido solo para inquietar a sus madres. Se fijó en los camareros de la barra, que llenaban las copas pero no dejaban de mirar hacia las puertas. Observó a los corazones solitarios que soñaban despiertas con tipos que, ajenos a ellas, soñaban despiertos con otras chicas. Vio que estallaba una discusión entre una pareja que después permaneció sentada en un silencio agónico. Contempló a las chicas de los cigarrillos sonriendo a todas las mesas, exaltando los beneficios para la salud de los Lucky Strike o los Chesterfield, la empresa que les pagara un poco más. Estudió a las jóvenes que bailaban sobre el escenario y se preguntó qué edad tendrían cuando comenzaron. ¿Las habrían arrastrado por el circuito de ciudad en ciudad desde los cuatro años? ¿Habrían pasado noches en blanco sobre los suelos de moteles infestados de pulgas y, al día siguiente, habrían hecho la ruta de los agentes promotores medio muertas de cansancio? ¿Habría sido alguna de ellas lo bastante temeraria como para fugarse de una ciudad pequeña en mitad de la noche? ¿Se habrían cambiado de nombre y de aspecto para convertirse en alguien completamente nuevo, alguien a quien no pudieran encontrar? ¿Poseería alguna de ellas un poder tan aterrador que tuviera que mantenerse bajo el

más férreo control?

Un chico guapo con el alfiler de una fraternidad prendido en la solapa se situó delante de la mesa de Zeta y le interceptó la vista.

—¿Te importa si me siento contigo?

Zeta apagó su cigarrillo.

—Lo siento, amigo. Estaba a punto de irme.

Cogió su chal y el bolso de Evie y se marchó en busca del salón de señoras.



Memphis había terminado los recados de la noche. Mientras atravesaba la cocina del Hotsy Totsy, se guardó unas cuantas galletas en el bolsillo para Isaiah, y después se dispuso a comprobar el ambiente del club. Una chica borracha a la que se le habían deshecho los rizos de tanto bailar lo llamó cuando pasó ante ella.

—Eh, chico, tráeme mi abrigo, ¿vale?

Le puso una moneda de veinticinco centavos en la mano.

—¿Tengo pinta de trabajar para ti? Ve tú a por tu puñetero abrigo.

Se la lanzó con rabia y la moneda aterrizó a los pies de la chica.

—Vaya, yo no...

—Y no lo harás —gruñó Memphis.

Al otro lado del pasillo había un salón con sillones de cuero y alfombras persas adonde las parejas iban a meterse mano o a fumar. Memphis pasó ante una pareja que se besuqueaba y se acomodó en su sillón favorito a leer.

—¿Te importa? —le dijo el hombre.

—Un poco. Pero no pasa nada, estaré bien —replicó Memphis con la más amplia de sus sonrisas dibujada en la cara.

Abrió el libro. El hombre soltó un taco por lo bajo y le dedicó un insulto que al muchacho no le gustó lo más mínimo. Pero no se movió y, al cabo de un momento, la pareja se marchó. Solo en la habitación, Memphis se sumió en los placeres de la lectura.



—Bailemos —propuso Sam.

—¿Contigo? —preguntó Evie con desdén—. Solo para que lo sepas, Zeta me está guardando el dinero para mayor seguridad.

—Venga, muñeca, seré tan bueno como un *boy scout*. —Entrelazó sus dedos con los de ella—. Siente el ritmo, niña. ¿No te llama?

Evie miró hacia la pista de baile. Una multitud de *flappers*, entregadas al ritmo y al alcohol, la estaban destrozando. Evie quería sumergirse en el meollo. Dejarse ir bajo las luces.

—Solo un baile —dijo, y arrastró al chico hacia la muchedumbre que giraba y giraba.

Sam tiró de Evie y adoptó la posición de vals. La joven sintió la calidez de su mano al final de la espalda.

—¿Qué haces? —le preguntó mientras se movían despacio en el sitio.

—Ir contra corriente —contestó Sam.

—Puede que a mí me guste ir a favor de la corriente.

—¿A ti? No lo creo.

—Tal vez no me conozcas tan bien como crees —le gritó cerca de la oreja.

Era difícil charlar con el ruido de la orquesta y los bailarines.

—Eso podríamos solucionarlo —repuso Sam, y la hizo girar bajo su brazo.

Era un buen bailarín. Elegante y de movimientos rápidos, sabía cómo llevarla sin resultar dominante. Al menos en la pista de baile lo hacían genial juntos.

—Hueles como para comerte —le susurró Sam tan cerca del oído que a Evie se le erizó la piel de la mandíbula.

—Eres igual que el lobo feroz —murmuró ella.

—Oye, sobre ese asunto de los fantasmas..., ¿tu tío cree de verdad en ellos o se limita a ganarse la vida con eso?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —preguntó Evie. No le apetecía pensar en Will en aquel momento—. ¿Por qué? ¿Tú crees en eso?

Sam forzó una sonrisa.

—Un hombre tiene que creer en algo.

Hizo girar a Evie una y otra vez bajo las luces.



Mabel había ido al baño para regresar a una mesa vacía. Un minuto después, un tipo llamado Scotty la había convencido para que bailara con él y se las había ingeniado para pisarle los dos pies tres veces, además de insistir en llamarla por un nombre equivocado. En aquel momento, estaba sentada de nuevo a la mesa que los demás habían abandonado escuchándolo parlotear sobre acciones y bonos, y sobre encontrar el tipo adecuado de chica para llevarla a casa y presentársela a su madre. Mabel supuso que «el tipo adecuado de chica» no era la hija de un judío socialista y una muchacha de alta cuna convertida en agitadora.

—Se te da genial escuchar, May Belle —afirmó Scotty. La lengua le pesaba a causa del whisky.

—Mabel —lo corrigió.

Entornó los ojos en el resplandor atmosférico del club y se permitió fingir que aquel idiota aburrido era Jericho. En la pista, Evie bailaba con Sam... y eso después de jurar que iba a acabar con él.

—Vaya, eres igual que...

—Una hermana —terminó Mabel por él.

—¡Eso es!

—Genial.

La joven soltó un suspiro.

El tal Scotty continuó cotorreando, haciendo que Mabel se sintiera cada vez más pequeña y vulgar. Su vestido no encajaba en absoluto; era como si quisiera presentarse a las pruebas para desfilarse en la cabalgata de Navidad. Estaba cansada de que la ignoraran o la comparasen con la hermana de alguien, o de que la tomaran por una chica dulce e inofensiva, de esas que no molestaban a nadie pero a las que tampoco nadie echaba de menos. ¿Cómo había permitido que la convencieran para vivir así? Para Evie era distinto. Ella había nacido para desempeñar el papel de una *flapper* despreocupada. Mabel no. En los clubes nocturnos y en los bailes, estaba fuera de su elemento. Por una sola vez, le gustaría ser la divertida, la chica a la que alguien deseaba.

—¿No es verdad, May Belle? —preguntó el idiota como conclusión a alguna penosa idea sobre la pesca o los coches, sin duda.

El chico le dio una palmadita un tanto brusca en el brazo.

—Lo es —contestó Mabel, y se puso en pie. Lanzó su servilleta contra la mesa—. No, no es cierto. No sé lo que acabas de decir, pero, sea lo que sea, estoy bastante convencida de que era una enorme sandez. No quiero bailar. No quiero saber nada de tus planes para hacerte con una casa de veraneo. No soy tu hermana. Y si lo fuera, tendría que decirle a la gente que fuiste adoptado por caridad. Por favor, no te levantes.

—No iba a hacerlo —replicó Scotty.

Mabel se acercó a Evie a toda prisa y le dio unos golpecitos en el hombro.

—Evie, quiero irme a casa.

—Oh, Mabel, no. ¡Pero si acabamos de empezar!

—Tú acabas de empezar. Yo ya he acabado.

Evie llevó a Mabel a un lado.

—¿Qué te pasa, Carita de Pan?

—Nadie quiere bailar conmigo.

—Le diré a Sam que baile contigo.

—No quiero que obligues a nadie a bailar conmigo. Sabes perfectamente a qué me refiero. Quizá fuera distinto si Jericho estuviese aquí.

—Intenté convencerlo de que viniera, Carita de Pan, te prometo que lo intenté. Pero es to-tal-men-te alérgico a pasárselo bien. ¿Por qué no te pides otro Orange Juice Jazz Baby?

—¡Cuestan cinco dólares!

—Venga, Mabiesie. Vive un poco. No te matará. ¡Oh, están tocando mi canción favorita!

Evie se apresuró a regresar a la pista de baile antes de que Mabel pudiera detenerla. Probablemente no fuera su canción favorita; tan solo necesitaba una excusa para marcharse y alejarse de Mabel. A veces, Evie podía ser muy egoísta.

Mabel vio que el borracho de Scotty avanzaba hacia ella a trompicones con un desagradable «Ehhhhh, Maybeline, cariño», así que echó a correr y se escondió tras una enorme maceta con helechos para planear de cuántas formas iba a asesinar a Evie cuando aquella velada terminase al fin.



Zeta recorrió los pasillos del club arrastrando su chal de piel tras ella. Alguna gente la saludó con un «Eh, ¿tú no eres...?». A lo que Zeta contestaba con un «Lo siento. Debes de haberme confundido con otra persona».

A sus espaldas, un hombre vociferó: «¡Betty!», y Zeta se dio la vuelta a toda prisa, con el corazón desbocado. Pero estaba llamando a una pelirroja que, a su vez, le contestó a gritos: «¡Espera! Necesito ir al baño de señoras».

Zeta ya había tenido bastante. No quería irse a casa, pero tampoco quería quedarse. No estaba segura de lo que deseaba, pero sí de que anhelaba algo nuevo, algo que la hiciera sentirse anclada a su vida. Se sentía como si pudiera desaparecer a la deriva en cualquier momento. Por supuesto, tenía a Henry, a su maravilloso Henry. Era como un hermano para ella. Era Henry quien le había salvado la vida cuando acababa de llegar a la ciudad, desesperada y muerta de hambre. Y era Henry quien le había salvado la vida una segunda vez. Siempre habían estado juntos. Pero últimamente Zeta sentía hambre de algo más. Aquel sentimiento tenía un aura de destino, pero ni siquiera era capaz de empezar a nombrarlo.

Un grupo de juerguistas se tambaleaba en dirección a ella por el pasillo y Zeta se escondió en la primera habitación que vio. Parecía estar vacía, pero cuando rodeó un enorme sillón verde, descubrió que estaba ocupado por un atractivo joven con un libro de poemas. Estaba tan absorto en su lectura que ni siquiera se percató de su presencia.

—Debe de ser un buen libro —dijo, y el muchacho se sobresaltó.

Memphis levantó la vista para ver a una chica impresionante, con el pelo negro como el azabache, fumándose un cigarro y observándolo.

—Walt Whitman.

—Ajá —dijo Zeta.

—Yo también soy poeta —comentó Memphis, y levantó su pequeña libreta de cuero.

Zeta la cogió y hojeó las páginas hasta llegar a una serie de números escritos al

final. Enarcó una ceja.

—Me da la sensación de que esto no es poesía. Más bien parecen las cuentas de un corredor de apuestas.

Con rapidez, Memphis le arrebató el cuaderno de las manos. Le dedicó la sonrisa resplandeciente que siempre funcionaba con las coristas y los gánsteres impacientes.

—Se lo estoy guardando a un amigo.

—Ajá...

—Me llamo Memphis, Memphis Campbell. ¿Y tú eres?

—Solo una chica en un club nocturno.

Zeta expulsó una nube de humo.

—No deberías fumar. La hermana dice que es veneno.

—Tu hermana es la monda.

Memphis se echó a reír.

—No es mi hermana. La llamamos hermana. Hermana Walker. Y es más amarga que un pepinillo. —Aquello consiguió arrancarle una sonrisilla a Zeta. Memphis no necesitó más para lanzarse—: ¿Eres francesa? Tienes cierto aire de francesa. Tal vez incluso algo de criolla.

Zeta se encogió de hombros y sacudió la colilla en un cenicero alto y plateado.

—Me parezco a todo el mundo.

—Bueno, pues yo voy a llamarte princesa Criolla.

—Puedes llamarme como te dé la gana. Pero eso no quiere decir que vaya a contestarte.

—Aun así seguiré insistiendo.

—Eres persistente, Memphis Campbell, eso tengo que reconocértelo. ¿Qué estás haciendo aquí, aparte de leer libros de la biblioteca?

—Ah, ya sabes. Un poco de esto, un poco de aquello.

Zeta enarcó una ceja finísima.

—Suena a líos.

Memphis estiró los brazos en un gesto de inocencia.

—¿Yo? Soy lo más alejado de los líos que conocerás en tu vida.

—Ajá —dijo Zeta, que había comenzado a caminar en torno a la sala.

—¿Por qué no estás arriba, en el club?

Zeta se encogió de hombros.

—Estaba aburrida.

—¡Aburrida! Es la primera vez que oigo algo así. ¿No sabes que se supone que el Hotsy Totsy es el club de moda de la ciudad?

Zeta volvió a encogerse de hombros.

—He estado en muchos clubes.

—¿En serio?

—Sí. —Le dio una calada al cigarro—. Así que poeta, ¿no? ¿Por qué no me lees algo?

—Como quieras, princesa Criolla. —Memphis abrió el libro y leyó mientras Zeta le echaba una nueva ojeada a su libreta. El chico tenía una voz agradable, muy apropiada para la poesía—. «Yo canto al cuerpo eléctrico, / me abrazan los ejércitos de quienes amo y yo los abrazo, / no han de soltarme hasta que yo vaya con ellos, hasta que les responda, / hasta que yo los purifique y los colme con la carga de mi alma...». Ese es el señor Walt Whitman, uno de nuestros mejores poetas.

Zeta había pasado otra página. En aquel instante estaba estudiando el símbolo del ojo y el relámpago que alguien había garabateado en la esquina de la hoja. El corazón se le aceleró.

—¿Esto lo has dibujado tú?

Intentó mantener la voz serena.

—¿Eso? Ah, no es más que algo que vi en sueños.

—¿En... sueños? —repitió Zeta. Tenía calor y estaba mareada—. ¿Qué es? ¿Qué sabes de eso?

—Nada. Como te he dicho, solo es algo que vi en sueños.

Por algún motivo, el dibujo parecía haber inquietado a la chica. A Memphis le habría gustado preguntarle por qué, pero no quería asustarla.

—Venga, deja que te enseñe el club.

Estiró la mano para recuperar su libreta, pero Zeta se aferró a ella. Lo miraba directamente a los ojos, pero no daba la impresión de estar enfadada; parecía atónita, puede que hasta un poco asustada.

—Yo he visto ese mismo símbolo en mis sueños —anunció.

Memphis no sabía por dónde empezar.

—¿Sabes qué es o de dónde viene? ¿Lo habías visto antes en algún sitio?

La chica hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Solo en sueños.

—¿Cuándo comenzó?

—No lo sé. Hace unos seis meses. ¿Y tú?

—Más o menos el mismo tiempo.

—¿Sueñas muy a menudo con ello? —preguntó Zeta.

—Dos veces a la semana, quizá más. Solía pasarme solo de vez en cuando, pero últimamente es cada vez más frecuente.

Zeta asintió.

—Yo también lo veo más a menudo.

Aquella chica soñaba con el mismo símbolo. Memphis trabajaba con probabilidades todos los días, y sabía que las probabilidades de que aquello sucediera eran escasísimas. Tenía que significar algo, ¿no?

—Cuéntame qué sueñas exactamente.

Zeta se dejó caer sobre un sillón. Estaba temblando.

—Siempre es igual. Estoy en algún lugar muy lejos de Nueva York. No sé dónde. No conozco el sitio. Estoy de pie en un camino y el cielo está cubierto de sucias nubes de tormenta...

El corazón de Memphis se aceleró y comenzó a golpearle las costillas con fuerza.

—¿Hay una granja? ¿Una vieja granja blanca con un porche?

Zeta abrió los ojos de par en par.

—Sí —susurró—. Y campos de trigo, o maíz. Algún tipo de cultivo. Y a lo lejos hay un árbol...

—Sin hojas. No es más que un árbol viejo, grande y nudoso, con unas ramas tan gruesas como los brazos de un gigante.

A Zeta se le erizó la piel de la espalda y el cuello.

—Y algo se acerca por el camino...

—Por detrás de una espesa pared de polvo —concluyó el muchacho por ella.

Zeta asintió. Se había quedado helada. ¿Qué estaba ocurriendo?

—Lo peor es la sensación —dijo en voz baja—. Como si se estuviera acercando algo terrible. Algo que no quiero ver.

—Algo respecto a lo cual tendrás que actuar —dijo Memphis.

—¿Qué significa?

Desde arriba les llegó un tremendo estrépito, seguido de gritos y el sonido de los silbatos de la policía. Las pisadas frenéticas retumbaban a través del techo. Memphis corrió hasta la puerta y asomó la cabeza. Descubrió a todo un escuadrón de policía irrumpiendo en la cocina.

Zeta abrió los ojos como platos.

—¡Santo Dios! Es una redada.

—No puede ser —dijo Memphis al tiempo que se echaba la alforja al hombro. Todavía llevaba el libro en la mano—. Papá Charles tiene a los polis metidos en el bolsillo.

—Pues ese bolsillo tiene un agujero, Poeta. —El terror del sueño compartido se vio reemplazado por el miedo real a ser arrestados—. ¿Cómo salgo de aquí? No puedo permitirme que me pillen.

—¡Por aquí! —Memphis le tendió la mano—. Conozco este lugar como la palma de mi mano. Te sacaré de aquí. Confía en mí.

Zeta aceptó la mano y ambos echaron a correr por el estrecho pasillo.



Mabel ahogó un grito cuando derribaron las puertas del club y dos filas de policías irrumpieron en la sala. Uno la agarró por las muñecas. La joven forcejeó, pero el

agente la sujetaba con fuerza.

—Por aquí, señorita. Tengo un coche esperándola —le dijo el policía con una sonrisa.

—Mi madre me matará —gimoteó Mabel mientras el hombre tiraba de ella alejándola del caos que se estaba desatando a sus espaldas.



Zeta y Memphis corrían. Tras ellos, la policía arrasaba el lugar destrozando paredes y volcando sillones. Dos *flappers* y sus novios gritaban y se precipitaban contra la barrera de agentes dando tumbos de borrachos. Un hombre claramente ebrio y con la cara cubierta de carmín sacó una pistola y comenzó a disparar indiscriminadamente. Una de sus balas atravesó el libro de poesía que Memphis llevaba en la mano. El joven introdujo el dedo por el agujero.

—Era un libro de la biblioteca —dijo resollando.

—¡Poeta, tenemos que largarnos!

Los dos dieron la vuelta a la esquina a toda velocidad y Memphis tiró de Zeta para meterla en una cabina telefónica. La chica levantó una mirada de pestañas pesadas hacia el atractivo rostro del muchacho. Había conocido a muchos chicos guapos antes, pero a ninguno que escribiera poesía y compartiese con ella la misma pesadilla extraña. En su interior, Zeta experimentó emociones de las que se había protegido desde Roy, Kansas y lo que había sucedido allí.

—¿Me has metido aquí para esconderme o para besuquearme, Poeta? —bromeó Zeta mientras intentaba recuperar el aliento.

—Confía en mí —insistió Memphis.

Giró tres veces la manivela del teléfono y empujó con fuerza la pared de atrás, que se abrió para revelar un pasadizo secreto.



En el piso de arriba, en el club, se instauró el caos cuando la policía reventó las puertas. Los camareros se movieron con agilidad. Le dieron la vuelta a la barra y, por un conducto, mandaron hacia su prematuro final unas dos docenas de botellas de licor de calidad; después tiraron de una palanca que había en la barra y vaciaron las botellas y las copas que quedaban en otro conducto; finalmente, limpiaron con bayetas los restos de las pruebas. Los clientes gritaban y trepaban por las mesas chocando los unos contra los otros en su afán por escapar. Algunas de las *flappers* continuaron bailando, entusiasmadas con la idea de que las arrestaran y aparecer en los periódicos. «Caballeros, ¿están seguros de que no necesitan una copa?», bromeó el encargado del club mientras los polis lo acompañaban hacia la puerta. En medio de aquella histeria, Henry se acercó plácidamente al piano, se sentó y comenzó a tocar.

—A mí no me mire, agente. Yo solo soy el pianista —dijo, pero el hombre de azul lo esposó de todos modos.

Con la aglomeración, Sam y Evie se separaron. Evie consiguió abrirse camino hasta una salida justo cuando una nueva oleada de polis irrumpía por ella. Volvió sobre sus pasos y pasó ante la rubia tonta de antes, que le estaba abriendo su corazón al policía que acababa de arrestarla: «Estos imbéciles son todos iguales..., tan pronto están intentando meterte en el asiento de atrás de su coche como pegándote la fiebre tifoidea».

Atrapada, Evie se metió bajo una mesa y se ocultó tras el mantel blanco, observando. Sacó la mano con cuidado para coger una botella abierta de champán y escondérsela. Le parecía una pena desperdiciar así un buen trago y, si iba a caer, lo haría con clase. Al cabo de unos minutos, echó un vistazo al otro lado del mantel y vio a Sam salir tranquilamente por la puerta, intacto. O más bien le pareció verlo. El muchacho se movía con tal rapidez que Evie no estaba muy segura de que fuera él. Solo sabía que volvía a estar enfadada. Se lanzó en pos del muchacho, llamándolo a gritos, pero una segunda oleada de policías dobló la esquina. Evie volvió corriendo a la sala del club procurando pasar desapercibida. Localizó un montaplatos oculto tras la barra, se precipitó hacia él y se acurrucó en su interior. Se le enganchó el larguísimo collar en un gancho y las perlas empezaron a esparcirse por el suelo, lo que hizo que un agente trastabillaré en dirección a ella. No había tiempo para lamentar la pérdida del collar, así que cerró la portezuela y se aupó hacia la libertad.



—¿No te dije que confiaras en mí? —dijo Memphis.

Zeta y él estaban en la fría y húmeda bodega de vinos que había bajo el club. Una única bombilla colocada encima de la puerta proyectaba una luz tenue sobre el suelo de tierra y los barriles almacenados en la sala subterránea.

—¿Qué es este sitio?

—Es donde almacenan el alcohol cuando llega desde Canadá —le explicó Memphis—. Ven. Ten cuidado... Estos escalones son traicioneros.

—¿Adónde vamos ahora?

Memphis se quedó quieto un momento, intentando orientarse. No pasaba mucho tiempo allá abajo, y no estaba seguro de cómo era la sala. Solo sabía que tenía que haber una puerta en algún sitio. Al final de la escalera, el pomo de la puerta se movió. Se oyeron gritos.

—Polis —susurró Zeta.

—Espera, espera —murmuró a su vez Memphis—. A ver si se van.

Durante un instante reinó el silencio; tan solo oían sus propias respiraciones. Luego, un estruendoso golpe rompió la calma y Zeta chilló cuando el hacha de un

policía abrió una hendidura en la gran puerta de madera de la bodega.

—¡Dime que sabes cómo salir de aquí! —imploró la joven.

—¡Sígueme! —dijo Memphis con la esperanza de no equivocarse.

Serpentearon entre barriles de licor. A sus espaldas, la puerta cedió y alguien disparó al aire al grito de:

—¡Deténganse ahí mismo!

—¿Deberíamos...? —jadeó Zeta.

—Ni locos, princesa —repuso Memphis sin dejar de tirar de ella.

Las pisadas retumbaban en el espacio cavernoso. Los policías habían conseguido entrar y les estaban ganando terreno. Memphis había sobornado a alguno de aquellos hombres para Papá Charles; la mayoría mirarían hacia otro lado y lo dejarían marchar. Pero había unos cuantos que despreciaban sus clubes, y encontrar a un hombre negro con una mujer blanca en una bodega llena de alcohol no pintaba precisamente bien en el caso de Memphis. Los gritos de «¡Deténganse, deténganse!» comenzaron de nuevo, en aquella ocasión subrayados con disparos. ¿Dónde estaba la salida?

Contra la pared del fondo, Memphis distinguió la silueta de una escalera. La siguió y vio el perfil de una puerta. Tenía que dar a una salida de incendios.

—Por aquí —resopló el chico mientras subía a Zeta medio a rastras por las desvencijada escalera.

—¡Ahí están! —gritó un poli desde abajo.

Memphis intentó girar el pomo, pero estaba atrancado. Se lanzó contra la puerta una vez, dos veces, y finalmente se abrió pese a las bisagras chirriantes. Empujó a Zeta hacia la salida de incendios. Al final de la misma, un par de agentes se fumaban un cigarrillo.

—¡Sube! —susurró.

Zeta asintió y comenzó a trepar hacia el tejado. Una silla medio podrida descansaba contra la barandilla. Memphis la encajó bajo el pomo de la puerta y, mientras los polis la golpeaban, subió tras Zeta. El brusco resplandor de un neón que anunciaba cigarrillos Lucky Strike sumía el tejado en una neblina blanca. Se apresuraron hasta el borde del tejado y saltaron al siguiente, y luego al otro, hasta que al final llegaron a otra escalera de incendios que llevaba a un callejón. Memphis saltó primero y luego ayudó a Zeta a hacer lo mismo. Disfrutó durante aquel breve instante de la sensación de apretarla contra su pecho. Ambos salieron del callejón y se unieron a las aves nocturnas que aún recorrían las calles de la ciudad.



El montaplatos había llegado al final de su trayecto. Entre gruñidos, Evie empujó la portezuela con los puños, y luego con los pies, pero estaba irremediabilmente

atrapada.

—¿Hola? —susurró—. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Un instante después, la puerta se abrió. Apareció una mano masculina y Evie la aceptó agradecida. Estiró despacio los brazos y las piernas y salió de la estrecha caja, aún aferrada con fuerza a la botella de champán.

—¡Genial! ¡Gracias, cariño!

—De nada, preciosa —dijo el policía al tiempo que le ponía las esposas—. Estás arrestada.



Sam se escabulló con facilidad entre la multitud y regresó por el pasillo al edificio de al lado. Cada vez que un policía lo miraba, Sam recurría al mismo pensamiento —«No me veas»— y, antes de que el agente pudiera averiguar qué había ocurrido, el muchacho había avanzado y el poli se quedaba sacudiendo la cabeza a un lado y a otro, estupefacto, hasta que comenzaba a perseguir a otra persona. El muchacho esperaba que Evie se las hubiera ingeniado para escapar. Tenía que reconocérselo, la muchacha tenía agallas. Le gustaban las chicas con agallas. Siempre daban problemas. Y a Sam le gustaban los problemas incluso más que las agallas.



—¿Los hemos perdido? —preguntó Zeta con la respiración entrecortada.

Le temblaban las piernas y la piel blanca de su abrigo estaba llena de mugre.

—Eso creo. —Memphis sujetó en alto lo que quedaba del su libro y suspiró—. La señora Andrews va a matarme.

—Al menos tendrás algo sobre lo que escribir —dijo Zeta, y se echó a reír.

Fue una carcajada demasiado parecida a un rebuzno, en total discordancia con su actitud cínica y hastiada. La frialdad que había mostrado antes hacia Memphis había desaparecido por completo. Su huida por los pelos los había dejado aturcidos y se quedaron parados en la esquina de la Séptima Avenida riéndose de su buena suerte como un par de niños en la mañana de Navidad. Zeta echó la cabeza hacia atrás y cogió aire. En aquel momento le pareció tan hermosa que Memphis deseó seguir huyendo con ella.

—¿Estás bien, Poeta? Tienes pinta de que alguien te haya metido droga en la bebida.

Memphis forzó una sonrisa y abrió los brazos de par en par.

—¿A mí? A mí no me van las preocupaciones.

—Vamos a echar un vistazo.

Bajaron una manzana y cruzaron la calle hasta un punto en el que tenían buena visibilidad sobre lo que sucedía en el club. Las sirenas aullaban en la calle y una larga

fila de coches de policía rodeaba el edificio. Los hombres de azul sacaban a los clientes del club mientras el vecindario los observaba. Había llegado la prensa y los flashes de lámpara destellaban; el olor del magnesio quemado les llegaba con el vaivén del aire nocturno.

—Esto no va a hacerle ninguna gracia a Papá Charles —aseguró Memphis—. Les paga una pasta a los polis para que no hagan redadas en sus clubes. Espero que tus amigos hayan conseguido escapar.

—Yo también —dijo Zeta. Todavía llevaba con ella el bolso de Evie—. Supongo que lo mejor será que me largue a casa para ver si lo han logrado.

Memphis sintió que se le caía el alma a los pies. No quería que se terminara la velada.

—Podría invitarte a un café antes, si te apetece. A mí no me vendría nada mal tomarme uno.

Zeta sonrió. Fue una sonrisa dulce, casi tímida.

—Gracias, Poeta. Pero debería ir a echarme un sueño reparador.

Memphis pensó en decir algo astuto —«¿por qué? Ya eres la chica más guapa de la ciudad»—, pero no lo hizo. Parecería que estaba engatusándola, y no quería seducir a aquella chica. Quería conocerla. Pero la magia de su fuga no podía llegar a todas partes.

—Tal vez te vea esta noche en sueños —comentó entonces—. En ese camino.

La sonrisa de Zeta flaqueó un segundo.

—Supongo que me daría menos miedo si tú estuvieras allí.

Los policías dieron unos golpecitos en las puertas de uno de los coches para que se pusiera en marcha. Las calles estaban atestadas de gente. Zeta le tendió la mano.

—Gracias por la huida, Poeta.

Memphis se la estrechó y se maravilló ante su suavidad.

—De nada, princesa Criolla.

Zeta echó a correr hacia el metro. En la esquina, se dio la vuelta para ver a Memphis, que aún la estaba observando. No la miraba como solían hacerlo el público o los admiradores esporádicos. No hacía que se sintiera extraña o imaginada; al contrario, jamás se había sentido tan auténtica.

—¡Eh, Poeta! —lo llamó—. Es Zeta.

—¿Cómo? —gritó él.

—Mi nombre. Es Zeta...

La muchedumbre se arremolinó a su alrededor justo en el momento en que alguien agarró a Memphis del cuello por detrás. El muchacho se volvió con brusquedad, dispuesto a pelear. Entre risas, Gabe levantó las manos en un gesto de rendición y retrocedió.

—Tranquilo, hermano. Soy yo. ¿Puedes creerte que hayan hecho una redada en el

club? Alguien está apretándole las tuercas a Papá Charles. Había salido a fumar un cigarro a la parte de atrás, si no también estaría en uno de esos coches. Eh, hermano..., ¿me estás escuchando?

Memphis le estaba dando la espalda a su amigo y estiraba el cuello en busca de algún indicio de Zeta, pero la chica ya se había marchado. ¿Cómo volvería a encontrarla? A su lado, Gabe hablaba a mil por hora, pero él no le prestaba atención. Algo se había alterado en el cosmos. Su futuro parecía haberse reducido a un punto del destino, y tenía un nombre: Zeta.



Cuando Memphis entró en el apartamento de Octavia, se encontró a Isaiah a los pies de la cama bajo un pálido resplandor de luz de luna azulada. El niño tenía la mirada perdida en la penumbra de la habitación y le temblaba ligeramente la cabeza.

—Eh, Hombre de Hielo. ¿Qué haces despierto? —Su hermano no contestó—. ¿Isaiah? ¿Estás bien?

Isaiah puso los ojos en blanco. Los párpados le temblaban con violencia.

—La séptima ofrenda es venganza. Expulsad a los herejes del Templo de Salomón. Y sus pecados serán purificados por la sangre y el fuego.

—¿Isaiah? —susurró Memphis.

Oír aquellas palabras de boca de su hermano lo dejó paralizado de miedo.

—Ungid vuestra carne y preparad las paredes de vuestras casas para recibirlo.

El cuerpecillo de Isaiah sufría pequeños espasmos.

Memphis lo agarró por los brazos. ¿Debería acudir en busca de Octavia? ¿Del médico? No sabía qué hacer.

—Isaiah, ¿de qué estás hablando? —murmuró con ansiedad.

—Están de camino. Ha llegado el momento.

—Isaiah, despierta de una vez. Estás teniendo una pesadilla. ¡Despierta, te digo!

Entre las manos de Memphis, el niño recuperó la calma. Cerró los párpados como si fuera a quedarse dormido de nuevo. De pronto, se puso rígido. Abrió los ojos de par en par. Miró a Memphis con fijeza mientras todo su cuerpo se agitaba. Sus palabras fueron un susurró ahogado: «Oh, hijo mío, hijo mío. ¿Qué has hecho?».

Isaiah se tambaleó, pero su hermano lo cogió a tiempo y lo metió en su cama, donde el muchacho continuó durmiendo como si no hubiera pasado nada.

Memphis se sentó temblando en la suya. Incapaz de dormir, observó el oscilar de la respiración de su hermano durante un tiempo, hasta que las primeras horas del amanecer llenaron la habitación de una luz débil y lechosa. ¿Cómo podía saberlo Isaiah? Nadie lo sabía excepto Memphis. Era lo que había visto cuando estaba sumido en el trance sanador de los últimos momentos de su madre, que yacía en su lecho de muerte. Cuando había entrado en aquel otro lugar, en un terreno neblinoso

entre la vida y la muerte, había visto el espíritu de su madre, apenado y asustado, con las manos tendidas hacia él justo antes de que se lo tragara una vasta oscuridad. Sus últimas palabras habían sido tanto una bendición como una advertencia.

«Oh, hijo mío, hijo mío. ¿Qué has hecho?».

SANGRE Y FUEGO

Eugene Meriwether entró en el imponente edificio blanco de la Gran Logia Masónica en la calle Veintitrés Oeste, cerca de la atronadora línea elevada de la Sexta Avenida, y subió la escalera hasta un pequeño despacho del tercer piso. Había disfrutado de una cena en un restaurante con sus Hermanos tras una reunión sobre una organización benéfica que esperaban poner en funcionamiento. En aquel momento, a la suave luz de su lámpara de banquero, comenzó a trabajar en una propuesta para que la revisara el Gran Maestro.

En el silencio de su despacho, abrió la cajita de joyería que llevaba guardada en el bolsillo interior de la chaqueta y acarició con un dedo los gemelos que descansaban sobre el terciopelo oscuro. Al día siguiente era el cumpleaños de Edward. Sonrió al imaginarse a Edward preguntando: «¿Qué es esto?», mientras abría la caja y contemplaba la calidad de los gemelos, que llevaban una «E» tallada, la inicial que ambos compartían. Casi pudo sentir el dulce beso que Edward le daría en los labios. Edward, su gran amor; Edward, su gran secreto.

Un ruido repentino captó la atención de Eugene..., un silbido alegre. Pensó con consternación en el viejo señor Saunders, a quien le gustaba beber y que podría haberse colado en el edificio dando tumbos.

Gritó:

—Saunders, viejo amigo, ¿eres tú?

El silbido paró. Satisfecho, Eugene regresó al trabajo. Pero unos momentos después, allí estaba de nuevo: un eco irritante y pegadizo que retumbaba en la logia vacía. Más que irritante... era incómodo. Había un teléfono sobre el escritorio, y Eugene se preguntó si debía o no llamar a la policía. ¿No se sentiría estúpido si al final resultaba ser el viejo Saunders? Y qué humillante resultaría para el anciano, que era amigo íntimo del mismísimo Gran Maestro. En fin, que Eugene podría acabar con su propia posición en la Hermandad y no pasar jamás de Segundo Vigilante. No, no podía arriesgarse a la mancha de la vergüenza o el ridículo. Le gustaría llegar a ser Gran Maestro un día. Sí, mejor se ocupaba de aquello por su cuenta. Si se encargaba de aquel asunto de Saunders cuidadosa y discretamente, el viejo tal vez le cogiera aprecio. ¡Aquel era el tipo de oportunidad disfrazada de obstáculo sobre el que hablaban los libros de inspiración! Se enfrentaría al reto cara a cara. Qué orgulloso se sentiría Edward cuando se lo contara después.

De nuevo, gritó:

—Saunders, ¿me oyes?

Nada excepto el maldito silbido.

Tras estirarse la corbata, Eugene Meriwether abandonó la seguridad de su escritorio y asomó la cabeza por la puerta del despacho. Al otro extremo del pasillo

oscuro, una luz dorada y refulgente brotaba de la puerta entreabierta de la Sala Gótica. Arrastrado por la curiosidad, el masón avanzó hacia ella pasando ante los retratos enmarcados de los hermanos masones difuntos. Mientras recorría el pasillo en penumbra, en el estómago de Eugene Meriwether se disparó una alarma silenciosa que se extendió por sus venas palpitantes. Algo que se retrotraía a sus más primitivos ancestros y su necesidad de recogerse en torno al fuego en una cueva, el tipo de aviso que ninguna civilización, por avanzada que fuera, jamás podría erradicar del todo. Casi deseó haber llamado a la policía, pero su ambición lo empujó a seguir adelante, hacia la habitación resplandeciente. Agarró el pomo y empujó la puerta.

Fuego. El resplandor dorado procedía de una hoguera que ardía en el altar central. Y mientras intentaba encajar las piezas de lo que estaba ocurriendo —¿una hoguera? ¿En la Sala Gótica? ¿Cómo?—, la puerta se cerró de golpe a su espalda. Tiró de la manilla dándole vueltas a mil explicaciones lógicas en la cabeza: «Es una broma. Unos vándalos que necesitan una lección. Van a lamentar mucho todo esto, muchísimo. Mantienen la puerta cerrada desde el otro lado. La juventud de hoy... Ya no hay respeto. Son todos unos vándalos».

El silbido paró. Una voz profunda y grave resonó en la sala.

—«Pues no caminaron por el sendero de la virtud y, mirad, la furia del Señor se despertó dolorosamente».

Una sombra oscura atravesó la pared. A primera vista parecía ser la sombra alargada de un hombre. Pero, cuando se acercó, se hizo evidente que lo que quiera que estuviera acechando a Eugene Meriwether distaba mucho de ser humano.

—«Y para la séptima ofrenda se exigió: Expulsad a los herejes del Templo de Salomón bajo el ojo vigilante de Dios y purificad sus pecados con una ofrenda de sangre y fuego. Porque no hay expiación del pecado sino la sangre...».

Eugene Meriwether se llevó una mano al pecho y sintió el furioso latido de su corazón debajo de la cajita cuadrada destinada a Edward. Aferrándose a los recuerdos de su amor, Eugene se volvió lentamente. Y cuando las paredes comenzaron a susurrar, perdió pie en el precipicio de la razón y comenzó la terrible caída hacia un infierno inimaginable.

AJUSTE DE CUENTAS

Evie y Mabel pasaron toda la noche en una celda de la tristemente célebre cárcel del centro de la ciudad, las Tumbas, rodeadas de *flappers* borrachas, prostitutas y una mujer enorme que gruñía como un perro cada vez que alguien se le acercaba demasiado. La madre de Mabel llegó primero, caminando por el pasillo con su característica arrogancia.

—Chicas, espero que hayáis tenido tiempo para reflexionar sobre vuestra velada —dijo, pero fue a Evie a quien le lanzó una mirada asesina, así que quedó claro quién creía que debía cargar con la culpa.

—Hasta luego, Evie —le dijo Mabel mientras su madre la guiaba afuera.

Tenía el mismo aspecto que una presa a la que llevaran a la silla eléctrica sin siquiera una última cena.

El tío Will pagó la fianza de Evie pasadas las siete. La ciudad estaba cobrando vida, una mañana cualquiera en Manhattan, cuando Will y ella salieron a la calle White.

—Debería haberte dejado ahí dentro más tiempo —le espetó su tío.

Caminaba tan deprisa que Evie apenas podía seguirle el ritmo. La cabeza le retumbaba a cada paso que daba.

—Lo siento muchísimo, tío.

—Teníamos un acuerdo: yo te doy libertad, y tú no te metes en líos.

—Lo sé, y me siento como una verdadera estúpida por haberme dejado pillar así.

Will sacudió un dedo.

—Eso no es lo importante, Evangeline. Has desobedecido a propósito mi razonable petición de que te quedaras en casa ayer por la noche. Me has mentido.

—No te he mentado, exactamente...

—Escaparse a hurtadillas es mentir.

—Sí, pero... ¿podrías ir más despacio, por favor, tío? La cabeza me está matando.

—El sol de la mañana hacía que le escocieran los ojos.

El tío Will se detuvo junto a un puesto de periódicos y se pasó una mano por el pelo. Un muchacho de la calle agitó un periódico ante su cara y Will lo espantó.

—Esto ha sido una malísima idea. Soy soltero; no tengo ni la más mínima idea de ser padre, ni siquiera tío.

—Eso no es cierto. Eres terriblemente *tiesco*. Vamos, eres la persona más *tiesca* que conozco.

—La palabra «tiesco» no existe.

—Bueno, pues debería existir. Y tu foto debería aparecer junto a ella en el diccionario.

—Tu encanto no funcionará, Evie. Anoche te prohibí que salieras por un muy

buen motivo. Aun así, tú elegiste ignorar mi razonable petición.

—Ya, pero, tío...

—Y te advertí específicamente respecto a meterte en líos, ¿no fue así? Bien, pues creo que está bastante claro que este arreglo no funcionará.

—¿Qué... qué quieres decir? —preguntó Evie.

Había empezado a dolerle el estómago.

—Que será mejor que vuelvas a Ohio. Llamaré a tu madre mañana... —Miró el reloj—, hoy, y lo prepararé todo.

—Pero... ¡si es la primera vez que me meto en problemas! —En cuanto salió de su boca, Evie se dio cuenta de lo estúpido que era su argumento... era casi una promesa de que habría más líos en el futuro... así que deseó poder retirarlo—. Por favor, tío. Lo siento mucho. No volveré a desobedecerte.

Will se apoyó contra una farola. Se estaba ablandando, Evie era plenamente consciente de ello, de modo que continuó con su ataque:

—Haré lo que sea. Barreré los suelos. Limpiaré el polvo de todos esos chismes. Haré bocadillos todas las noches. Pero, por favor, por favor, por favor, no me obligues a volver.

—No tengo ninguna intención de mantener esta discusión en la calle White con alguien que huele como una destilería. Te llevaré de vuelta al Bennington y podrás echarte una siesta y, si se me permite sugerirlo, darte un baño.

Evie olió su abrigo y puso cara de asco.

—Te espero en el museo a las tres en punto. Pronunciaré mi veredicto entonces. No llegues tarde.



Un baño largo y caliente eliminó la fetidez de las Tumbas, pero, a pesar de su agotamiento, Evie estaba demasiado inquieta como para dormir. Así las cosas, bajó al piso de Mabel y llamó con su contraseña especial.

—Eh, amiga. Estoy metida en un lío. Mi tío amenaza con mandarme de vuelta a Ohio por lo de ayer por la noche y tengo que encontrar la manera de ganármelo. Creo que se estaba ablandando un poco, pero tal vez si le dijeras que fue idea tuya se lo tomaría de otra forma, y sí, ya sé que eso no es completamente cierto, Carita de Pan, pero esto es *absolutament* una emergencia de primer grado y... Por Dios, Mabiesie, ¿es que no vas a invitarme a entrar?

Con una mirada furtiva al interior del apartamento, Mabel salió al pasillo y cerró la puerta a sus espaldas.

—Oh, oh... Conozco esa cara. ¿Qué es lo que no me estás contando? ¿Se ha muerto alguien?

—Mi madre te culpa de mi arresto. Me ha prohibido que entres en casa —

contestó Mabel.

Evie abrió la boca, indignada.

—¡A tu madre la han arrestado más veces que a mí!

—Por la causa. Opina que ser arrestada por beber en un club nocturno es amoral y un indicio de avaricia capitalista —susurró Mabel—. Dice que eres una mala influencia.

—Dios, eso espero. Dile a tu madre que si no fuera por mí todavía llevarías medias negras y leerías terribles novelas rusas sobre aristócratas desafortunados.

Mabel levantó la barbilla.

—¿Qué tiene de malo *Anna Karenina*?

—Todo, desde la «A» hasta «enina». Eh, mira, Carita de Pan, tú déjame entrar, y yo la engatusaré.

—Evie, no...

—Cinco minutos de historia lacrimógena acerca de que soy un producto de los valores burgueses de la clase media perdido en la maquinaria de un mundo corrupto, y se pondrá a organizar un mitin en mi favor...

—¿Es que nunca sabes cuándo parar? —le espetó Mabel—. ¡A veces eres muy egoísta, Evie! Para ti todo es un juego... y quieres manipularlo a tu favor en todo momento, y al carajo con lo que quieran los demás.

—¡Eso no es cierto, Mabel!

—¿Ah, no? Yo quería marcharme ayer por la noche.

—Pero entonces te habrías perdido toda la diversión. Y en cuanto hubieras llegado a casa, habrías protestado por no haberte quedado. Te habrías arrepentido. Te conozco, Mabiesie...

—¿Eso crees? —replicó su amiga.

Evie se sintió como si le hubieran dado una bofetada. Tan solo había intentado que Mabel escapara del control de su madre y se divirtiera. Que viviera un poco de verdad. ¿O no?

—Ya he tenido bastante, Evie. Estoy cansada, me vuelvo a la cama.

Evie cogió aire, temblorosa.

—Mabiesie, no... no pensé que...

—Tú nunca piensas. Ese es el problema.

Al otro lado de la puerta resonó la voz de la señora Rose.

—Mabel, cariño, ¿dónde estás?

—Ya voy —respondió ella.

Regresó al interior del piso y cerró de golpe.

Evie se quedó mirando la puerta durante unos segundos más. Volvió a llamar utilizando su contraseña secreta, pero Mabel no contestó, así que se marchó a reunirse con su tío.

De camino al museo, la muchacha intentó olvidar su pelea con Mabel, pero le resultó imposible. Mabel y ella jamás habían discutido. Y las palabras de su amiga le dolían. Aquello era lo que otras personas, las Normas cortas de miras del mundo, decían de ella. Pero Mabel no. No su mejor amiga.

Ya en el museo, Evie oyó voces. Jericho, con su tono tranquilo y académico, casi como si fuera el gemelo de Will, le estaba mostrando la colección a una excepcional pareja de visitantes. La pareja parecía aburrída.

—¿Estos chismes pueden poseerte si los tocas? —preguntó la mujer.

—Oh, no. Son inofensivos —oyó contestar a Jericho.

Aquello era una oportunidad perdida. Si hubiera sido Evie la que estuviese haciendo de guía, se habría inventado una historia que jamás habrían olvidado, algo que hubiera hecho que regresaran.

Sam pasó a toda velocidad junto a ella por el largo pasillo, de camino hacia la sala de colecciones. Le dedicó una sonrisa resplandeciente.

—Eh, hermana, me alegro de ver que tu tío te ha sacado del trullo.

La chica frunció el ceño.

—Me dejaste tirada en aquel club, esquírol. Muy poco caballeroso por tu parte.

—No estabas pensando precisamente en mí cuando te encajaste en aquel montaplatos tú solita. No finjas que eres mejor que yo, Saba. Tú también llevas una ladronzuela en tu interior.

Evie le cerró la puerta en las narices a Sam y se sentó en el despacho de Will a esperar su destino. ¿Y si su tío decidía mandarla de verdad a casa? No se había permitido planteárselo en serio; había asumido que simplemente se lo ganaría. Pero en aquel momento la idea se le coló bajo la piel e hizo que se sintiera inquieta.

Justo un minuto antes de las tres en punto, llegó Will. Colgó el sombrero y el abrigo en el perchero y se tomó su tiempo para quitarse los guantes mientras Evie se retorció en silencio. Finalmente, tomó asiento en su silla con brazos tras el escritorio, juntó los dedos de ambas manos y traspasó a su sobrina con una mirada reflexiva. Evie tragó. La saliva se le quedó atascada en la garganta y tuvo que contener una tos.

—Tu madre estaba en un almuerzo en su club cuando la he telefoneado. He dejado un mensaje para que me devuelva la llamada. Hay un tren para Zenith mañana por la tarde. Tú irás en él.

Evie ahogó un grito.

—Tío, por favor. No puedes mandarme a casa. Todavía no.

Sentía que las lágrimas le ardían en las comisuras de los ojos.

—Lo hecho hecho está. —Will se frotó el puente de la nariz—. Fue una tontería por mi parte pensar que podría lidiar con esto. Soy un viejo solterón, hecho a mis costumbres.

—No, no lo eres —lo contradujo Evie sollozando—. Lo siento. Todo irá sobre

ruedas. Ya verás. Tan solo dame otra oportunidad, por favor.

La voz de Evie fue debilitándose hasta convertirse en una súplica susurrada.

—Mi decisión es definitiva, Evangeline —dijo Will con dulzura, y su compasión fue peor que su furia—. Estarás mejor en casa, de vuelta con tus amigos.

—No, eso no es cierto.

Evie se secó las mejillas con los dorsos de las manos, pero las lágrimas no dejaban de caer.

Will estaba dando un discurso, algo acerca de que él también había sido joven y despreocupado una vez, el tipo de charla que soltaban los viejos cuando asestaban un golpe mortal, como si creyeran que sus divagaciones mojigatas disfrazadas de empatía fuesen a ser bienvenidas. Pero Evie tan solo lo escuchaba a medias. Se dio cuenta de que nunca le había contado lo de la lectura de objetos. Su tío no lo sabía. No sabía lo que Evie era capaz de hacer... que tal vez pudiera utilizar sus destrezas para ayudar a encontrar al Asesino del Pentáculo. Al fin y al cabo, algo había atisbado al sujetar la hebilla del zapato de Ruta Badowski. Puede que a fin de cuentas lo que había oído no fuese tan irrelevante.

—Tengo que contarte algo —espetó Evie interrumpiendo el soliloquio de Will acerca de la responsabilidad—. Nunca te he contado lo que ocurrió en Zenith. El lío en que me metí.

—Algo relacionado con un truco en una fiesta y calumnias —repuso Will—. Tu madre me dijo...

—No fue un truco.

—De verdad, Evie, no es necesario...

—Sí, sí lo es. Por favor.

Su tío cedió y Evie trató de reunir valor.

—La noche de la fiesta, me metí en líos por hacer de adivina. Creo que podría ser Adivina, tío, como Liberty Anne Rathbone. Y si estoy en lo cierto, quizá pueda utilizar mis poderes para ayudarte a resolver este caso.

Will la miró boquiabierto, pero Evie no le dio la oportunidad de decir nada aún.

—¿Te acuerdas de la primera escena del crimen, cuando me puse enferma? —preguntó Evie atropelladamente—. No fue por ver a aquella chica, aunque el panorama era espantoso. Había una hebilla que se le había soltado del zapato. Solo quería ponérsela de nuevo, hacer algo... bueno. Debí de agarrarla con mucha fuerza, con más de la que pretendía, y... —Evie dejó escapar un suspiro—. Vi cosas. Solo por sujetar algo que le pertenecía.

La compasión de Will se había transformado en un duro gesto de repulsión.

—Ya me imaginaba que esto sería una estratagema tuya para quedarte en Nueva York, pero no pensé que caerías tan bajo como para sacar provecho de los asesinatos de dos inocentes...

—¡Estoy intentando decirte algo importante! —casi gritó Evie, lo cual hizo que Will se sumiera en un atónito silencio—. Por favor, concédeme cinco minutos de tu tiempo. Es lo único que pido.

Will abrió la tapa de su reloj de bolsillo.

—Muy bien. Tienes cinco minutos de mi tiempo a partir de... ahora.

Se acabó. Si no conseguía convencer a su tío, Will la metería en el primer tren de vuelta a Ohio. Tenía que demostrárselo.

—Será más rápido si te lo enseño sin más. Dame algo tuyo..., un pañuelo o un sombrero. Y no me cuentes nada sobre ello.

—Evie —dijo Will con un suspiro.

La joven ya conocía aquel suspiro. Solía relacionarse con su nombre y con la decepción, así que tuvo que contener las lágrimas que querían desbordársele de los ojos. Porque ¿por qué debía tomársela su tío en serio? A la juerguista, a la *flapper* de broma rápida y el armario lleno de diamantes falsos y medias bordadas.

—Por favor, tío —rogó con suavidad—. Por favor.

—Muy bien. —El hombre echó un vistazo a su alrededor antes de decidirse por un guante—. Toma. Te quedan exactamente cuatro minutos y medio.

Evie apretó el guante entre las palmas de las manos y se concentró. El tictac del segundero del reloj de Will la distraía. Intentó ignorarlo y centrarse en el guante, pero no veía nada, así que los primeros dedos gélidos del pánico se apoderaron de ella.

—Tres minutos —anunció Will.

Evie apretó los dientes. No comprendía ni cómo ni por qué funcionaba su habilidad para leer objetos, solo que lo hacía... a su manera, a su tiempo.

—Quedan dos minutos y medio...

Las imágenes comenzaron a aparecer lentamente ante Evie.

—Los guantes estaban en una cesta en Woolworth's, rebajados a setenta y ocho centavos. Aquel día hacía frío y habías perdido un guante de tu último par. También has perdido el derecho de este par. No paras de quitártelo y olvidártelo.

Evie abrió los ojos. Will seguía mirando su reloj.

—Eso podría haber sido suerte. O ingenio. Los guantes a ese precio no son algo extraño en Woolworth's. Y es frecuente que me veas dejar el derecho en cualquier sitio. No es una prueba válida. Te queda un minuto.

Evie estaba cansada y desesperada, y más que ligeramente enfadada. Volvió a cerrar los ojos. Aquella vez, la escena tenía mucha fuerza. Vio a una mujer de pelo y ojos oscuros; se reía y llevaba las manos embutidas en un manguito de piel.

—«Eso es muy típico de ti, William. Siempre te falta un guante» —repitió Evie tras la mujer.

—Para —exigió Will con frialdad, pero Evie estaba realmente absorta en aquel instante.

Casi sentía el viento. Un Will mucho más joven se tambaleaba sobre unos patines de hielo mientras la hermosa mujer se reía. Evie sonrió inconscientemente.

—La veo. Está de pie junto a una pista de hielo... con un abrigo verde oscuro... en la nieve.

—Para, Evie.

—Es muy hermosa y... es feliz... muy feliz... podría ser el día más feliz de su vida...

Su tío le arrancó el guante de las manos a Evie con brusquedad. La joven se sobresaltó. Will se acercó amenazante a ella, sonrojado y furioso.

—¡Te he dicho que pararas! —rugió.

Evie se dio la vuelta y salió corriendo del museo, ignorando los gritos de Sam, que la llamaba a sus espaldas.

DIOS HA MUERTO

Evie caminó por las calles de la ciudad hasta que estuvo demasiado cansada como para seguir. En Central Park, encontró un banco junto al estanque y se sentó para observar un bote de remos con dos parejas en su interior. Reían plácidamente, disfrutando del día soleado. Parecían despreocupados y tranquilos, y Evie los odió por ello. La joven había albergado la esperanza de que, si existía alguien que pudiera entenderla, sería su tío. Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano. En circunstancias normales, habría acudido a Mabel en busca de consuelo. Pero en aquel momento era algo impensable, y Evie se sentía perdida y sola.

Regresó al Bennington y subió por la escalera hasta el tejado, donde se sentó con las palomas. Sentía que en el pecho se le iba formando un nudo cada vez más tenso, como si la piel le apretara demasiado. Como si hubiera girado en una curva sin visibilidad y todos los demonios que trataba de controlar la estuvieran esperando justo allí. Will daba clases sobre la fe en lo sobrenatural, pero los únicos fantasmas que asustaban a Evie eran los que habitaban en su interior. Algunas mañanas se despertaba y se prometía: «Hoy lo haré bien. No seré una chica tan terriblemente problemática. No perderé los nervios ni haré comentarios desagradables. No llevaré una broma demasiado lejos, hasta sentir que todo el mundo guarda silencio para mostrar su desaprobación. Seré buena y amable, y sensata y paciente. De esas a las que todo el mundo quiere». Pero, por la tarde, sus buenas intenciones se habrían deshecho. Habría dicho algo equivocado o hablado demasiado alto. Habría aceptado un reto que no le convenía solo para llamar la atención. Tal vez Mabel tuviese razón y fuera una egoísta. Pero ¿qué sentido tenía vivir tan en silencio que no hicieras ni un solo ruido? «Oh, Evie, es que eres demasiado», le decía la gente, y no era un cumplido. Sí, era demasiado. Por dentro, se sentía como si fuera demasiado continuamente.

Entonces ¿por qué nunca era suficiente?

Se fijó en las largas columnas de ventanas que se hundían en el edificio del otro lado de la calle. Cuántas ventanas. ¿Quién vivía tras ellas? ¿Eran felices? ¿O a veces se sentaban en un tejado poseídos por una profunda soledad para la que no parecía haber cura?

Los goznes de la puerta chirriaron y Jericho asomó sus anchos hombros por la abertura.

—Pensé que tal vez te encontraría aquí. ¿Qué ha pasado con tu tío Will?

Evie volvió la cara hacia el otro lado y se secó las lágrimas.

—Removí el té en el sentido contrario a las agujas del reloj.

Jericho se dejó caer de espaldas contra la pared y se deslizó por ella para sentarse en el suelo dejando una distancia respetable entre los dos.

—No tienes que contármelo.

Evie no dijo nada. Hacia el sur, el sol destellaba contra la punta de acero de un edificio. El humo manaba de las chimeneas de los tejados en ráfagas gruesas y renegridas. Una valla publicitaria anunciaba chicles de menta con unas letras de hierro gigantescas. En el borde del tejado, las palomas arqueaban el cuello a la caza de comida.

—Me preguntaste cómo acabé viviendo con tu tío Will. No te contesté de inmediato —empezó Jericho.

Se sacó una rebanada de pan del bolsillo y la desenvolvió.

—No, es cierto —dijo Evie. En un momento dado, había sentido mucha curiosidad al respecto. En aquel instante, tan cerca de su inminente expulsión, no le importaba lo más mínimo. Pero le agradecía a Jericho que hubiera ido a buscarla, que intentase consolarla a su manera. Tan solo quería que siguiera hablando—. ¿Me lo vas a contar ahora?

El joven entornó los ojos bajo la luz del sol.

—Me crié en una granja de Pensilvania. Vacas y prados. Muchas tierras de cultivo. Allí era donde parecían nacer las mañanas. Es casi lo más distinto a esto que puedas encontrar.

—Suenan genial —comentó Evie con la esperanza de que sus palabras no sonaran tan vacías como las sentía.

Jericho guardó silencio un instante, como si buscara los vocablos exactos.

—Hubo una epidemia. Poliomiélitis. Se llevó primero a mi hermana. Y entonces yo me desperté con fiebre. Para cuando me llevaron al hospital de Filadelfia, ya no sentía ni las piernas ni los brazos, y me costaba respirar. Tenía nueve años.

Mientras hablaba, Jericho desmenuzaba el pan en trocitos diminutos y los lanzaba hacia el tejado de brea para que se los comieran los pájaros, que se arremolinaban ansiosos en torno a ellos.

—Me metieron en una máquina, un prototipo de algo en lo que estaban trabajando, un pulmón de acero. Respira por ti. Por supuesto, quedas atrapado en su interior..., es como un ataúd de metal. Me pasé días y días mirando al techo, contemplando cómo cambiaba la luz de las ventanas que había detrás de mí, como en un reloj solar. Mi madre venía desde Lancaster a caballo y en carro todos los domingos y rezaba por mí. Pero hay mucho trabajo en una granja, y tenía otros dos niños de los que ocuparse, y otro en camino. Pronto comenzó a visitarme un domingo sí y otro no. Luego simplemente dejó de ir. —Jericho migó más pan y lo lanzó hacia la melé de pájaros y graznidos—. Me dije que era por la nieve... Era imposible que llegara hasta Filadelfia por aquellas carreteras. Me conté cientos de mentiras. Es lo que hacen los niños. Es increíble la clase de cosas que puedes llegar a creer.

Evie no estaba segura de qué debía decir, así que guardó silencio y observó a las

palomas que se enjambaban alrededor de la comida, que luchaban por ella.

—Entonces oí un pájaro que trinaba sobre el alféizar, señal de que había llegado la primavera. Supe que si el pájaro había conseguido llegar hasta allí, mi madre también habría podido. En cuanto oí el canto del pájaro al otro lado de la ventana, supe que mi madre no iba a volver. Lo supe incluso antes de que los médicos me dijeran que mis padres habían firmado los papeles que me convertían en pupilo del Estado.

Jericho se limpió las manos con el pañuelo.

—¿Cómo pudieron abandonarte sin más? —preguntó Evie al cabo de un rato.

—Los inválidos no sirven para manejar arados o máquinas de trillar. Necesitaba cuidados que ellos no podían darme. Y tenían otras bocas que alimentar.

—¿Cómo has podido perdonarlos con tanta facilidad?

—¿De qué me serviría no perdonarlos?

—Pero ahora estás sano y fuerte. ¿Cómo...?

Jericho lanzó una pequeña piedra del tejado con la misma potencia que un jugador de béisbol.

—Probaron algo nuevo. Tuve suerte; funcionó. Y, al cabo de un tiempo, me recuperé.

—¡Vaya, es un milagro!

—No existen los milagros —le aseguró él. La expresión del rostro de Jericho era impenetrable—. Will accedió a ser mi tutor. Él necesitaba un ayudante y yo necesitaba un hogar. Es un buen hombre. Mejor que la mayoría.

—Solo le importan su trabajo y ese puñetero museo —dijo Evie sin preocuparse por las palabras malsonantes.

—Eso no es cierto. No sé qué ha pasado hoy, pero estaba terriblemente preocupado. Habla con él, Evie.

La joven quería contarle a Jericho lo que había ocurrido, pero no era capaz de exponerse de nuevo al escrutinio de nadie.

—Ya se ha decidido a mandarme de vuelta a Ohio —le explicó—. Tal vez si fuera un fantasma me escucharía.

—Los fantasmas no existen. Pero no se lo digas a tu tío —dijo Jericho, y logró que Evie sonriera durante un segundo.

La joven sabía que debería empezar a hacer las maletas, pero quería prolongar lo inevitable un ratito más, grabarse el perfil de la ciudad en la mente para siempre. Habían sido unas semanas maravillosas. Era una pena que se acabaran.

Jericho sacó su libro raído y desgastado y Evie lo señaló con la cabeza.

—¿Puedo echarle un vistazo?

Jericho se lo pasó y Evie leyó de la página marcada:

—«Dios ha muerto. Dios sigue muerto. Y nosotros lo hemos matado. ¿Cómo

podríamos reconfortarnos, los asesinos de todos los asesinos?». —La chica miró a Jericho con los ojos entornados—. Está claro que sabes divertirte, ¿verdad? —Le devolvió el volumen—. ¿Me lees un poco?

—¿Quieres que te lea a Nietzsche?

—Tal y como me siento, no me hará daño.

Jericho se aclaró la garganta y se acomodó.

—«El más santo y el más poderoso que el mundo ha poseído se ha desangrado bajo nuestros cuchillos: ¿quién limpiará esta sangre de nosotros? ¿Qué agua nos limpiará?».

La voz de Jericho tranquilizó a Evie. La chica observó el relumbrar del sol contra el lateral de un depósito de agua situado en el tejado de un edificio hacia el oeste. Junto a ellos, las palomas daban saltitos en su incesante búsqueda de comida.

—«¿Qué rito expiatorio, qué juegos sagrados deberíamos inventar? ¿No es la grandeza de este hecho demasiado grande para nosotros? ¿Debemos aparecer dignos de ella?».

—Jericho, ¿han probado tu cura milagrosa con alguien más?

—Ya te lo he dicho —contestó—. No existen los milagros.

APLAZAMIENTO DE LA SENTENCIA

Will volvió a casa más o menos a la hora de la cena y llamó a Evie a su despacho. Se sentó en la silla, envarado, y se puso a jugar con un cigarrillo sin encender. La radio sonaba de fondo.

—Evangeline, antes no debería haber perdido los nervios. Te pido disculpas.

Evie se encogió de hombros.

—Todo el mundo se cabrea a veces.

—Me temo que me ha cogido bastante por sorpresa. —Will encendió el Chesterfield que sujetaba entre los dedos. Le dio una calada y después expulsó una pequeña bocanada de humo—. Cuéntame algo más acerca de ese talento tuyo.

—Comenzó hace dos años, a la vez que los sueños sobre James.

—¿James, tu hermano?

—No. James el portero —le espetó Evie, y se arrepintió de inmediato.

Lo último que necesitaba era volver a enfurecer a su tío.

—No hay antecedentes. Soy conservador de museo y profesor. Necesito disponer de los datos —dijo Will con tono objetivo—. ¿Cómo lo descubriste?

—La primera vez fue con un broche de mi madre. Quería ponérmelo, pero ella no me lo permitía. Se lo había dejado sobre el tocador y yo lo cogí, pero no fui capaz de reunir el valor de prendérmelo en el vestido. Le di vueltas una y otra vez entre las manos y tuve una sensación de lo más extraña. El broche se calentó. También se me caldearon las manos y las palmas empezaron a picarme.

Evie hizo una pausa. Antes había querido contárselo a su tío, pero en aquel instante se sentía expuesta, desprotegida.

—Sigue. ¿Qué viste? ¿Tuviste acceso a solo una hora de la historia del objeto o pudiste ver más atrás? ¿Te llegó como una sensación, una sugestión, o como si estuvieras con la persona, viviendo aquel momento?

—Entonces... ¿me crees?

Will asintió.

—Te creo.

Evie se echó hacia delante en su silla, esperanzada.

—Era igual que estar sentada en el cine, pero en una sala en la que la luz del proyector no tenía mucha fuerza. Fue solo un instante. Vi a mi madre sentada a su tocador y sentí lo que había sentido ella al ponerse el broche.

—¿Y qué era?

Evie lo miró a los ojos.

—Deseó que hubiera muerto yo en lugar de James.

Will apartó la mirada.

—Las madres quieren a todos sus hijos por igual.

—No, no es cierto. Eso no es más que lo que todos nos ponemos de acuerdo en decir.

—¿Y aquella fue la primera vez?

—Sí. Luego lo puse a prueba. Cada vez que me concentraba en un objeto, percibía algo de su historia. No siempre sucede igual. En ocasiones, las imágenes que veo son débiles; otras veces tienen más fuerza. Creo que cuando la emoción es fuerte, siento y veo más.

—¿Crees que el don se ha ido haciendo más fuerte? ¿O que por el contrario se ha debilitado?

—No lo sé. No lo he practicado como las castañuelas —contestó Evie—. ¿Puede practicarse como las castañuelas?

—¿Has conocido a alguien más que pueda hacer lo mismo que tú? —prosiguió Will ignorando la pregunta de su sobrina.

—¿Es que acaso existen otros como yo?

—Si es así, no se han presentado. ¿Se lo has contado a tus padres?

—Ya ha sido bastante duro contártelo a ti después de lo que ocurrió en Ohio. Creen que fue una de mis bromas pesadas.

—Bien, bien —dijo Will.

—¿Por qué me estás haciendo tantas preguntas?

—Estoy intentando comprenderlo —contestó su tío.

A Evie nadie le había dicho algo así jamás. Sus padres siempre querían aconsejar, u ordenar, o exigir. Eran buenas personas, pero necesitaban que el mundo se plegara a ellos, que encajara en su forma de entender las cosas. Evie nunca había encajado del todo, y cuando lo intentaba, salía disparada hacia fuera de inmediato, como una muñeca aprisionada en una caja demasiado pequeña.

—Así que nadie lo sabe —murmuró Will.

—Bueno, presumí un poco en aquella fiesta a la que me llevó Zeta —dijo Evie, titubeante.

—¿Te pusiste a hacerlo en una fiesta?

Will parecía alarmado.

—¡No tuvo importancia! Solo averigüé lo que la gente había tomado para cenar, o los nombres de sus mascotas de cuando eran pequeños. La mayor parte de ellos estaban como cubas. —Evie se cuidó mucho de no mencionar su propia ingesta de alcohol—. Solo lo hice para divertirme. ¿Por qué no?

—¿No fue eso lo que te metió en un buen lío para empezar?

—¡Pero aquello fue en Ohio! Esto es Nueva York. Si las chicas pueden bailar medio desnudas en los clubes nocturnos, no veo por qué yo no puedo hacer unas cuantas adivinaciones.

—A la gente no le dan miedo las chicas medio desnudas de los clubes nocturnos.

—Entonces ¿crees que la gente me tendría miedo?

—Las personas siempre temen lo que no comprenden, Evangeline. La historia lo demuestra. Supongo que si estaban bebiendo... —El profesor no concluyó su pensamiento—. Y ¿dices que tuviste uno de esos... episodios con la hebilla del zapato de Ruta Badowski?

Evie asintió.

—Vi una habitación terrible, una caldera grande y el contorno de un hombre, creo. Pero no era más que una silueta, una sombra. No estoy segura. —Hizo un gesto de negación con la cabeza—. ¿Crees que lo que vi estaba relacionado con el asesinato?

La expresión de Will era sombría.

—No lo sé.

—¿Crees que debería contárselo a la policía? —preguntó Evie.

—No, sin duda.

—Pero ¿por qué no? Si ayudara...

—Lo más probable sería que pensarán que eres una especie de chiflada. O peor..., una aspirante a famosa que intenta que su nombre aparezca en los periódicos. Terrence y yo somos amigos desde hace tiempo. Sé cómo piensan los policías.

—Pero si pudiera leer algo de los asesinatos, algo que perteneciese a Tommy Duffy, por ejemplo...

—Desde luego que no —ordenó Will—. No creo que debas tocar nada relacionado con estos asesinatos. —De repente, el profesor se levantó de la silla y comenzó a pasear de un lado al otro de la sala. A medio camino, se detuvo para sacudir la ceniza del pitillo en un cenicero alto y plateado, junto a un sillón de rayas marineras en el que nadie parecía haberse sentado jamás. Era como si la energía contenida de Will no le permitiera permanecer sentado el tiempo suficiente como para dejar su huella en el cojín—. Vamos a coger a nuestro asesino con un buen trabajo detectivesco a la vieja usanza, aunque tengamos que consultar todos y cada uno de los libros sobre ocultismo de la biblioteca del museo.

—Entonces... ¿puedo quedarme? —se arriesgó Evie.

—Sí. Puedes quedarte. De momento. Pero habrá nuevas normas. Nada de juergas en tugurios clandestinos. Y tendrás que echar una mano en el museo.

—Por supuesto. —Aquello era mejor que un tren de vuelta a Ohio. Y en cuanto le demostrara hasta qué punto era indispensable, el profesor tendría que quedarse con ella—. Gracias, tío.

Evie rodeó con los brazos a Will, que se puso rígido y esperó a que la muchacha se apartara.

En el umbral, Jericho se aclaró la garganta y esperó a que se percataran de su presencia. Dejó caer la edición vespertina del periódico sobre el escritorio de Will.

—Tal vez quieras leer esto.

—«Exclusiva para el *New York Daily News*, por T. S. Woodhouse. El museo se encarga de los Asesinatos del Pentágulo» —leyó Will en voz alta. Frunció el ceño y sacudió el periódico en el aire—. ¿Qué es esto?

Evie le quitó el periódico de las manos y continuó leyendo:

—«Nueva York, esa metrópolis bulliciosa, no es ajena a la violencia. Gánsteres como Bugsy Siegel, Meyer Lansky y el resto de los chicos de Brownsville pertenecientes al sindicato del crimen, han acumulado cadáveres a más velocidad de la que los polis pueden aceptar sobornos para mirar hacia otro lado. Pero los Asesinatos del Pentágulo han provocado escalofríos incluso a los curtidos neoyorquinos. Las madres no dejan jugar a sus hijos en la calle cuando ha oscurecido. Las dependientas se gastan sus merecidos salarios en taxis que las llevan directamente a sus pisos sin agua caliente de Murray Hill o de la calle Orchard. El Sultán del Swing, el gran jugador de béisbol, el mismísimo señor Babe Ruth, ha prometido una recompensa de quinientos dólares a quien proporcione información que desemboque en la captura de ese repugnante desalmado. Pero en medio de esta histeria asesina de Manhattan, hay un lugar que está sacando una buena tajada: el Museo del Folclore Norteamericano, la Superstición y el Ocultismo. El Museo de los Escalofríos para los más informados». ¡Tío, el museo ha salido en los periódicos!

Evie prosiguió:

—«Su actividad se centra en lo espeluznante, y las cosas espeluznantes son buenas para los negocios. Un viernes de hace no mucho, este reportero vio a una multitud apostada junto a las puertas de la vieja mansión de Cornelius T. Rathbone cerca de Central Park. Se debe a que el conservador del museo, el profesor William Fitzgerald...». ¡Tío, ese eres tú! —exclamó Evie—, «... está ayudando a los chicos de azul de Nueva York a averiguar qué mueve a este diabólico asesino, con la esperanza de encontrarlo antes de que vuelva a atacar. En esta tarea cuenta con la asistencia de su sobrina, la señorita Evie O'Neill, originaria de Zenith, Ohio, una atractiva Saba de diecisiete años que sabe mucho de cofias de brujas y huesos de hechiceros chinos. Pero cuando este reportero intentó obtener información sobre la caza del asesino, la dama contestó con evasivas. “Me temo que no puedo hacer comentarios al respecto”, dijo y batió sus preciosos ojitos azules. Chicos, empezad a hacer cola. En esta ciudad hay más de un asesino».

Evie intentó ocultar su sonrisa. Al final T. S. Woodhouse lo había conseguido.

—Evangeline, ¿has hablado con este tal Woodhouse? —exigió saber Will.

Evie abrió los ojos de par en par.

—Tío, ¡no tenía ni idea de que fuera reportero! Vino como cliente, y pagó. Le hice la ruta por las salas. Cuando empezó a preguntar, contesté con evasivas. ¡Ese sinvergüenza me tomó por tonta!

—Tienes que tener más cuidado. Hacerte más neoyorquina. —Will le dio unos golpecitos contra la mesa a su segundo cigarrillo para comprimir el tabaco antes de encenderlo—. ¿Qué ha ocurrido con el periodismo objetivo y veraz?

—¿No te has enterado? No vende periódicos —contestó Jericho.

—Qué razón tienes, tío. Ese Woodhouse es una rata. Pero, al menos, ha mencionado el museo —añadió Evie—. ¿Sabes lo que significa eso?

Will expulsó dos chorros gemelos de humo por los agujeros de la nariz.

—Problemas —respondió.

El teléfono comenzó a sonar y los sobresaltó a todos. Will cogió la llamada y se le agrió la expresión.

—Nos encontraremos allí.

—¿Qué pasa? —preguntó Evie.

—El Asesino del Pentáculo ha actuado de nuevo.

EL HOMBRE DEL SACO

Un hombre pequeño, con un bigote fino y unas gafas redondas y negras que le agrandaban los ojos hasta convertirlos en dos enormes órbitas, azules y parpadeantes, que a Evie le recordaban a un búho, recibió a Will y a su sobrina en la puerta principal de la Gran Logia Masónica.

—Por aquí —les señaló el hombrecillo con nerviosismo—. La policía ya ha llegado, por supuesto.

Los guio por un pasillo con panelado de madera hasta llegar a una puerta lisa. Una placa de bronce indicaba que se trataba de la Sala Gótica. El búho abrió aquella puerta, que daba a una antecámara bochornosa, antes de abrir una segunda que desembocaba en una habitación grande como el santuario de una iglesia. Evie notó la bofetada del olor de inmediato... Un hedor terrible, empalagoso, a humo y carne cocinada, que se le quedó pegado en el fondo de la garganta.

La mirada de la joven se concentró primero en la grandiosidad de la sala: los techos altos con vigas de madera y las gigantescas lámparas de araña. En un extremo había un órgano de tubos; en el otro, la letra «G» colocada dentro de un sol. En el centro de la habitación, una falange de policías y un forense rodeaban un pequeño altar. Los agentes se hicieron a un lado y Evie ahogó un grito. Sobre el altar descansaba el cuerpo calcinado de la última víctima del Asesino del Pentáculo.

—Un miembro de nuestra Hermandad encontró el cadáver esta mañana en torno a las diez —dijo el hombrecillo parpadeante. Se trabó al pronunciar la palabra «cadáver» y arrugó el bigote con disgusto—. Se lo hemos notificado por cable al Venerable Gran Maestro. Está fuera con su familia.

—El fallecido es el hermano Eugene Meriwether... —dijo Malloy.

—Es el segundo vigilante —lo interrumpió el hombre búho.

—Era —lo corrigió Malloy para dejarle claro quién estaba al cargo de la situación—. Se quedó a trabajar hasta tarde en su despacho ayer por la noche. Salió aproximadamente a las ocho para cenar con un par de masones en un restaurante de la Octava Avenida. Se despidieron en torno a las diez, y el señor Meriwether regresó aquí solo. Esta vez el asesino se ha llevado los pies.

Evie reaccionó dirigiendo la mirada hacia los muñones redondeados de las piernas del hombre y notó que una oleada de malestar la recorría de la cabeza a los pies. Se aferró al respaldo de una silla para equilibrarse y cerró los ojos, pero la imagen permaneció en sus retinas.

—Le grabó a la víctima el mismo sello del pentáculo. Es la única parte de su cuerpo que no está chamuscada.

El detective señaló un círculo de carne sin quemar en el torso del hombre.

—Que el Gran Arquitecto nos ampare a todos —dijo el hombrecillo con

solemnidad.

—Las puertas estaban cerradas por dentro. —Malloy se pellizcó el puente de la nariz. Miró al hombre búho con los ojos entornados—. ¿Hay alguien en la Hermandad que quisiera ajustarle las cuentas? ¿O tal vez alguien que esté al límite?

—Claro que no. —Los enormes ojos del hombre no parpadearon tras sus gafas—. George Washington, Benjamin Franklin, John Jacob Astor, Henry Ford, Harry Houdini, Francis Bellamy..., el autor del Juramento de Lealtad, ¡del mismísimo juramento, señor! Son nuestros Hermanos, grandes hombres todos ellos. Este país no podría haberse fundado, y tampoco continuaría floreciendo, sin la influencia masónica.

El hombre y el detective Malloy comenzaron a discutir y elevaron las voces en la habitación profanada.

—Todos estamos muy lejos de casa y cansados —dijo Will al fin.

El búho puso fin a su indignada perorata y sonrió.

—No sabía que fuera un compañero de ruta, caballero. Perdóneme, ¿señor...? —Le tendió la mano para estrechársela, pero Will lo evitó manteniendo la atención centrada en el cuerpo.

—¿Tenía algún enemigo el difunto?

—¿El señor Meriwether? No. Lo teníamos en muy alta consideración.

—Pues a alguien no le caía muy bien —refunfuñó Malloy.

—Podría haber llegado a ser Venerable Gran Maestro algún día. Su discurso ante el Club Kiwanis del año pasado tuvo una muy buena acogida. Muy buena.

—No tenemos nada, Will. ¡Dios!

Malloy, frustrado, le dio una patada a una silla.

Pese a su trabajo, no estaban más cerca de atrapar a aquel loco. Una sensación de impotencia flotaba en el ambiente, junto con el humo empalagoso. Evie comenzó a aproximarse poco a poco al hombre muerto. El cuerpo quemado se había tornado de un color negro azulado, con parches de carne viva y roja por debajo. Tenía las manos retorcidas y la cabeza arqueada hacia atrás, como si se dispusiera a proferir un grito agonizante. El miedo y el dolor que debía de haber experimentado eran inimaginables. Y si Evie hacía lo que estaba pensando en hacer, bien podría averiguar lo horrible que había sido con exactitud. Se le aceleró el corazón cuando notó que la idea se convertía en determinación. El anillo de masón de Eugene Meriwether se había fusionado con su dedo ennegrecido, pero quizás aún pudiera ofrecerle una lectura.

El tío Will continuaba hablando con el hombre búho y el agente Malloy. El resto de los policías registraban la habitación tomando notas. Nadie le estaba prestando ninguna atención a Evie. Era ahora o nunca. La muchacha cogió aire por la boca y cerró una mano en torno a la de Meriwether. Cuando sus dedos lo rozaron, la piel del

masón se agrietó ligeramente y Evie tuvo que tragarse el grito que le trepaba por la garganta. Las lágrimas se le acumularon en los ojos y la respiración se le quedó atascada en el pecho.

No podía hacerlo; era demasiado terrible. Apartó la mano de la de la víctima y buscó el consuelo de la moneda de su colgante. Un recuerdo la asaltó.

—¿Por qué tienes que ir? —le había preguntado a James entre lágrimas aquel día en el jardín.

—Porque, amiga —le había contestado él mientras le secaba las mejillas—, hay que defender lo que está bien. No podemos permitir que ganen los malos.

Evie respiró hondo tres veces, cerró los ojos y apretó con fuerza la mano en torno al anillo casi derretido y la carne desmenuzada del masón. Fue vagamente consciente de que apretaba los dientes cuando las imágenes comenzaron a aparecer tras sus párpados cerrados como una llovizna irregular que iba ganando intensidad.

Eugene Meriwether puliendo el anillo con un paño. Lo orgulloso que se sentía de él. Un día en la playa con un amigo. El sol reflejándose sobre la arena. Una limonada... Evie sintió su frescor. Pero ninguno de aquellos recuerdos atraparía a un asesino. La chica lo apretó con más fuerza, deseando que el anillo revelara más, pero las imágenes continuaban siendo débiles y titilantes, fotografías mostradas a demasiada velocidad como para que el observador detectara nada significativo en ellas.

«Respira —se dijo Evie a sí misma—. Reduce la velocidad. Míralo todo». Pero estaba distraída tanto por el horroroso estado del cuerpo como por sus propios nervios. Perdió la conexión y tuvo que luchar por recuperarla. Y entonces lo oyó: un silbido. Era la misma melodía que había escuchado cuando tocó la hebilla del zapato de Ruta Badowski. Evie fue consciente de que su ritmo cardíaco se aceleraba. En su estado de duermevela, se encontró de pronto junto a Eugene Meriwether mientras avanzaba por el pasillo en penumbra hacia la luz dorada que brotaba de la Sala Gótica. Vio que estiraba la mano. El bronce reluciente del pomo de la puerta. La puerta que se abría...

—¿Qué haces?

Uno de los agentes agarró con fuerza la mano de Evie y rompió la conexión. La miró con repugnancia.

—Yo... yo... —susurró Evie—. Estaba rezando —se las arregló para decir.

Había estado tan cerca... Un momento más y tal vez hubiera visto la cara del asesino. Por las mejillas empezaron a rodarle lágrimas de frustración y el poli se ablandó. Le dio unas palmaditas en el hombro.

—Ahora apártate de ahí, cariño.

Se dejó guiar. No le cabía duda de que había oído algo. ¿Era importante? ¿El silbido procedía del asesino o de algún otro sitio? ¿Era la misma melodía? Sí. Estaba

segura.

Una cuadrilla de señoras de la limpieza con delantales almidonados llegó armada con mopas y cubos de agua enjabonada.

—¡No toquen nada! —gritaron Malloy y Will al mismo tiempo.

El hombrecillo les indicó que se marcharan con un gesto de sus suaves dedos, así que las mujeres se retiraron a la oscuridad de la antecámara a la espera de instrucciones.

—Nos hemos metido en una buena, Will —comentó Malloy.



Salieron pestañeando a la luz difusa de la calle Veintitrés y una horda de reporteros vociferantes se abalanzó sobre ellos. Un flash de lámpara estalló y Evie tuvo que parpadear para borrar los puntitos brillantes que bailaban en el aire ante sus ojos.

—¡Buitres! —rugió Malloy—. ¡Largaos de aquí!

T. S. Woodhouse se adelantó a los demás, cuaderno y lápiz en mano. Estaba claro que aquella mañana se había peinado el enmarañado pelo castaño hacia atrás, pero en aquel momento un largo mechón le caía sobre el ojo izquierdo como un velo. Evie esperaba que no se cargara su coartada.

—¡Perdón! Caballeros, T. S. Woodhouse, para el *Daily News*. Tengo entendido que tienen otro fiambre ahí dentro. Y este no es una bailarina de maratones ni un crío del West Side.

—Piérdete, Woody —gruñó Malloy.

El agravio no pareció hacer mella en el señor Woodhouse. Le lanzó una mirada a Evie y luego se volvió hacia Will.

—¿Cuál es su papel en todo esto, profesor? Debe de ser bastante malo para que involucren a un civil. ¿Es una guerra de territorios? ¿Un asunto de la mafia? ¿Anarquistas? ¿Rojos? ¿Los sindicatos? —Woodhouse sonrió—. ¿El hombre del saco?

—¡Podría ser un reportero! —lo provocó Malloy—. ¿Por qué no apuntas eso, Woody? Danos una razón para meteros a todos en un barco con destino a Rusia.

—Libertad de prensa, detective.

—Libertad de chacales, más bien. Si seguís tratando los hechos con tan poco respeto, terminaremos por leer reportajes tan fiables como las anécdotas de pesca de mi abuelo.

—Los anarquistas pretenden abolir el Estado —afirmó Will, como si aún estuviera tomando parte en la conversación anterior—. Quieren provocar el caos, derrocar el orden. Esto es metódico. Está planificado.

El reportero garabateó la página con el lápiz.

—Entonces ¿el hombre del saco?

—Amigo, ¿no eres un poco joven para estar en este asunto? —volvió a intervenir Malloy.

—Ya es hora de librarse de algunas de esas viejas cotorras que escriben historietas cuidadas, detective. Hace falta sangre nueva. Vivimos en un mundo moderno. La gente necesita algo de emoción en las noticias, algo de brío. ¿No está de acuerdo, señorita O’Neill?

Evie no contestó.

—Mucha suerte —dijo Malloy.

—No creo en la suerte. Creo en la oportunidad. Usted y yo, profesor, podríamos trabajar juntos en esto. Poner al asesino contra las cuerdas. ¿Qué me dice?

El tío Will se colocó el sombrero y se encaminó hacia la Sexta Avenida. T. S. se acercó a Evie con disimulo y la saludó con un gesto de la cabeza.

—La escena de ahí dentro debe de haber sido horrorosa. Pobrecita, estás temblando. Deja que te ayude. Perdón, perdonad, chicos, voy a pasar.

T. S. condujo a Evie hasta la parte de atrás de una camioneta de la policía. Se abrió la chaqueta para dejar al descubierto una petaca.

—¿Necesitas, eh..., un poco de valor líquido?

Evie le dio un sorbo y luego lo remató con un segundo.

—Gracias.

—No tienes que dárme las. Lo que sí podrías darme es detalles de cómo es la escena del crimen.

Evie le facilitó algunos datos y le ocultó otros intencionadamente.

—Si alguna vez necesitas un favor, díselo a T. S.

—Lo recordaré, señor Woodhouse.

Evie le dio un último trago a la petaca y luego se ajustó el pañuelo.

—¿Cómo estoy?

T. S. Woodhouse esbozó una gran sonrisa.

—Genial, Saba.

—Que tu fotografía me coja del perfil izquierdo. Es mi lado bueno. Ah, y deberíamos aparentar que discutimos. Ya sabes.

T. S. Woodhouse apretó los labios al sonreír.

—Todo profesionalidad.

—No hay peor clase de ser humano sobre la tierra que los asesinos de sangre fría. Excepto los reporteros —gritó Evie mientras pasaba ante la cadena de policías que contenía a los periodistas.

Se volvió muy discretamente y mantuvo la pose el tiempo justo para que el fotógrafo del *Daily News* captara su imagen. Después, tras echarse el pañuelo sobre un hombro, corrió hacia Will y el coche que los esperaba en la esquina.

El dolor de cabeza había comenzado. Evie se recostó contra el respaldo de su

asiento y observó pasar la Sexta Avenida ante las ventanillas del coche de policía. En una calle secundaria, varios niños jugaban al béisbol dichosamente ajenos a todo. Evie esperaba que pudieran continuar así durante mucho tiempo. En el asiento delantero, el agente Malloy garabateaba en su cuaderno. El ruido del lápiz hacía que le doliera la cabeza todavía más. Cerró los ojos. No fue consciente de que estaba silbando la canción que había escuchado en el templo hasta que Malloy le dijo:

—Hacía mucho que no la oía.

Evie se incorporó.

—¿Conoce esa canción? ¿Cuál es?

—«John el Travieso, John el Travieso, hace su trabajo con el delantal puesto. Te corta el cuello y te saca los huesos, los pone a la venta por un par de ceros». En mi edificio solían cantárnosla a los pequeños, para asustarnos y que nos comportáramos. Nos decían que John el Travieso vendría a por nosotros si no nos portábamos bien.

—¿Quién?

—John el Travieso. John Hobbes. Un profanador de tumbas, estafador y asesino. Guardaba huesos humanos en su casa, una vieja mansión al norte de la ciudad.

—¿Cree que podría estar tras estos asesinatos?

La sonrisa de Malloy fue condescendiente.

—No es muy probable, señorita O'Neill.

—¿Por qué no?

El detective dejó de escribir y la miró a los ojos.

—Porque John Hobbes está muerto, desde hace casi medio siglo.

JOHN EL TRAVIESO

Evie siguió a Will hasta el interior del museo sin dejar de hablar a toda velocidad pese al martilleo que sentía en la cabeza.

—Oí esa canción con la hebilla de Ruta Badowski, y hoy otra vez con el anillo de Eugene Meriwether.

—¿No te pedí específicamente que no hicieras eso...?

—¿Y si hay algún tipo de conexión que se nos ha escapado? ¿Y si nuestro asesino está siguiendo los patrones de ese tal John el Travieso?

—Estás basando tu asunción en una canción...

—¡Una canción que sabemos que está relacionada con un asesino!

—Es una intuición bastante cuestionable como para seguirla...

Jericho y Sam observaban el desarrollo de la escena como si fuese un partido de tenis que se hubiera torcido.

—¿De qué va esto? —quiso saber Jericho al mismo tiempo que Sam le preguntaba a Evie:

—¿Por qué has tocado el anillo de un hombre muerto?

Will y Evie los ignoraron y continuaron discutiendo.

—¿Tocarías el anillo de un hombre muerto? —le preguntó Sam a Jericho, que se encogió de hombros.

—Tío, es la única pista que tenemos —aseguró Evie.

—Muy bien —concedió Will—. Si estás convencida de ello...

—Lo estoy.

—Entonces podrías hacer lo que hacen los eruditos cuando se apasionan por un tema.

—¿Qué?

—Visitar la biblioteca —contestó Will—. La Biblioteca Pública de Nueva York debería tener lo que necesitas saber respecto al tal John Hobbes.

—Entonces eso haré.

Evie colgó el sombrero y el pañuelo en la garra gigante del oso disecado.

—Lo que ya sabemos con certeza es que el asesino está siguiendo el Libro de los Hermanos —comentó Will—. El Templo de Salomón: los francmasones también se refieren a sus logias como templos, y se consideran descendientes del rey Salomón.

—Acertamos con la idea, pero nos equivocamos con el lugar —señaló Sam—. ¿Cuál es la siguiente ofrenda? —preguntó.

Jericho pasó a la página siguiente del Libro de los Hermanos.

—«La octava ofrenda, la Veneración del Heraldo Angélico» —leyó. Inmediatamente, comenzó a sugerir posibilidades—: Ángeles..., una iglesia, un sacerdote o una monja, alguien llamado Ángel o Angélica. Un heraldo..., algún tipo

de mensajero..., cartero, locutor de radio, reportero, músico...

—Reportero —repitió Evie, y se frotó las sienes.

—¿Qué ocurre? —le preguntó su tío.

—No es más que un dolor de cabeza.

—¿Dolor de cabeza? ¿Desde cuándo te duele?

—Es solo una pequeña molestia. Mi madre dice que es porque necesito lupas... eh... gafas, pero soy demasiado presumida para llevarlas. Ya le he dicho que veo perfectamente. En serio, un par de aspirinas y estaré como nueva.

Jericho le preparó a Evie un par de aspirinas y un vaso de agua.

—Tío, ¿por qué me miras así? —preguntó la muchacha.

Will había estado observándola con el ceño fruncido. De pronto, fingió estar ocupado con una inútil limpieza de su escritorio.

—Tómate las aspirinas —fue toda su respuesta.

LA PERSONA EQUIVOCADA

Memphis estaba distraído. Llevaba todo el día rememorando su encuentro con Zeta, la emoción de su huida por los pelos de la policía. La forma en que ella lo había mirado cuando quedó claro que lo habían conseguido, con gratitud y algo de timidez. En aquel momento Memphis no había deseado nada más que envolverla en un beso romántico. De hecho, había sido pensar en aquel beso lo que había estado a punto de meterlo en un lío. Aquella mañana, cuando había ido al salón de belleza de la señora Jordan para tomar nota de sus apuestas, había mezclado los números habituales de la señora Jordan con los de la lavandera de la señora Robinson porque tenía la cabeza en otro sitio.

—Memphis, ¿dónde tienes la cabeza? —se había quejado la señora Jordan amistosamente, y el joven se había disculpado y llevado sus apuestas a la Barbería de Floyd justo antes del anuncio de la cámara de compensación.

Papá Charles había convocado una reunión en el Restaurante Dee-Luxe, uno de los que poseía, para hablar de la desastrosa redada de la noche anterior. Le aseguró a todo el mundo que la situación no tenía importancia, que era un malentendido que ya estaba en proceso de solucionarse y que el candado habría desaparecido de las puertas del Hotsy Totsy muy pronto. Pero Memphis se dio cuenta de que, bajo sus elegantes modales y su discurso calmado, Papá Charles estaba nervioso. Tenía ese tic en la mandíbula que ya le había notado unas cuantas veces, cuando había tenido que lidiar con un cliente borracho y beligerante o un contrabandista colgado. Pero aun así, los pensamientos de Memphis continuaban centrados en Zeta.

Zeta, Zeta, Zeta. Había conocido a la chica de sus sueños —una chica que tenía el mismo sueño que él— para luego perderla entre la multitud. Justo cuando parecía que su destino iba cobrando forma, se había perdido de nuevo. No tenía ni idea de dónde vivía la joven, ni de dónde era... Ni siquiera sabía su apellido. Y aquel pájaro chiflado había vuelto para seguir todos y cada uno de sus pasos.

—¡Largo! —Memphis espantó al cuervo con la mano—. ¡Vete, Berenice! ¡Imbécil!

Memphis llegó tarde al colegio para recoger a Isaiah. Entró en el aula pidiendo disculpas, pero su hermano no quiso saber nada de él. Ya en la calle, el niño hizo gala de su mal humor dándole pataditas a una piedra y corriendo tras ella para poder volver a patearla.

—¡Se suponía que estarías aquí a las tres en punto!

—Tenía unos asuntos de los que ocuparme, Hombre de Hielo.

—¿Qué tipo de asuntos?

—Mis asuntos. No los tuyos.

—La próxima vez, me iré yo solo a casa.

—La próxima vez no llegaré tarde.

—Seguro que estabas de paseo con la princesa Criolla —refunfuñó Isaiah.

Memphis se detuvo.

—¿Dónde has oído eso?

Su hermano se echó a reír.

—Lo vi escrito en tu libro, ayer por la noche. ¡Memphis tiene novia! ¡Memphis tiene novia!

El joven agarró a Isaiah por el brazo.

—Escúchame bien: ese cuaderno es privado. Me pertenece a mí, y solo a mí. ¿Entendido?

El niño levantó la barbilla.

—¡Suéltame el brazo!

—¡Prométemelo!

—¡Suéltame!

Isaiah consiguió zafarse y echó a correr por la calle atestada. Era impredecible cuando estaba enfadado, así que podría llegar a casa y contárselo todo a Octavia. O no.

Memphis se ablandó. No tenía por qué volcar su frustración en Isaiah, por muy irritante que fuera el pequeño. Corrió para darle alcance, gritando:

—¡No te enfades, Hombre de Hielo! Venga. Vamos al establecimiento del señor Reggie a comer una hamburguesa. Puedes sentarte a la barra, en los taburetes que giran. Pero no des demasiadas vueltas y vomites la hamburguesa.

Isaiah se detuvo. Le goteaba la nariz.

—Quiero chocolate.

—Entonces vamos a por chocolate —le prometió Memphis.

El muchacho se preocupaba por su hermano pequeño. La hermana Walker había descubierto los talentos especiales de Isaiah por casualidad. Hacía aproximadamente seis meses, la mujer se había mudado a Harlem y se había acercado a visitar a Octavia. Se presentó como una vieja amiga de la madre de los niños y se apenó mucho al enterarse de su fallecimiento.

—Viola era una buena mujer —había comentado la hermana Walker.

Octavia la había evaluado y la mujer no había superado su examen.

—Es curioso que nunca me hablara de usted. Y teníamos una relación muy estrecha.

—Bueno, supongo que incluso las hermanas se guardan algunos secretos —había contestado la hermana Walker.

Memphis se dio cuenta de que aquel comentario no le había sentado nada bien a su tía.

Pero cuando la señorita Walker se ofreció a ayudar a Isaiah con la aritmética, una

asignatura que le causaba problemas, y a hacerlo gratis, Octavia cedió. Un día, mientras la hermana Walker se servía de los naipes para enseñarle a multiplicar, Isaiah comenzó a nombrar las cartas antes de tiempo, así que la hermana le preguntó si podía hacer otras cosas de ese estilo. Aseguró que era una habilidad que podría ayudar a Isaiah en la vida, y comenzó a insistirle en que la trabajara como si fuera otra asignatura del colegio. Memphis no tenía claro de qué modo podría contribuir la destreza de Isaiah a mejorar su posición en el mundo, como tocar la trompeta del modo en que lo hacía Gabe o resolver ecuaciones matemáticas con la misma habilidad que la señora Ward en el colegio. Y si Octavia descubría alguna vez lo que sucedía en realidad en casa de la hermana Walker, se pillaría un cabreo de los que hacen historia. Pero a Isaiah le importaba. Hacía que se sintiera especial y feliz como antes, cuando su madre estaba viva y jugaba al escondite con ellos mientras tendía la colada en las cuerdas del jardín que compartían con los Touissant en la casa de la calle Ciento cuarenta y cinco. Memphis aún podía oír la risa de su madre cuando les decía: «Muy bien. Veamos si sois tan buenos recogiendo estas sábanas como escondiéndoo entre ellas».

Aquellos habían sido buenos tiempos. Su padre regresaba a casa de su trabajo con la Orquesta Gerard Lockhart con un alegre: «Bueno, bueno, bueno, ¿a qué se han dedicado hoy los hermanos Campbell?». Memphis extrañaba el olor de la pipa de su padre en la salita delantera. A veces pasaba por delante de la tienda de tabaco de la avenida Lenox solo para encender aquel recuerdo en su mente.

—Cuida de Isaiah —le había dicho su madre. Por aquel entonces, ya no era más que piel y huesos y yacía en la habitación delantera. La enfermedad la había privado de las ganas de divertirse que Memphis siempre había adorado en ella. Sus ojos albergaban una mirada vacía—. Prométemelo.

Y él se lo había prometido. Tres días más tarde, la habían enterrado en el Cementerio Woodlawn. La Orquesta Gerard Lockhart se había trasladado a Chicago, y el padre de Memphis con ella, hasta que pudiera ahorrar lo suficiente como para mandar a buscar a Memphis e Isaiah. Pero nunca parecía haber suficiente, y allí se habían quedado, en la habitación trasera de Octavia. Isaiah era lo único que le quedaba de aquellos tiempos más felices, cuando toda su familia estaba unida, cuando solo tenía que entrar en casa para oír a alguien riéndose o gritando: «¿Quién es el que llama a mi puerta?», así que Memphis se aferraba a su hermano. Si a Isaiah le ocurría algo, no estaba seguro de poder superarlo.

Pero todo aquello era el pasado, y no iba a obsesionarse con él. La noche que había pasado con Zeta le había dado una nueva esperanza. Ella estaba ahí fuera, en algún lugar de aquella ciudad, y Memphis estaba decidido a seguir buscando hasta encontrarla de nuevo.

En el drugstore, Isaiah y él ocuparon dos asientos en la barra, y el señor Reggie

puso en marcha su pedido. Colocó dos hamburguesas sobre la parrilla y las apretó con una espátula, lo que provocó un reconfortante siseo de grasa y calor. Las sirvió sobre unos platos y se las puso delante a los chicos, junto con un refresco para Memphis y un batido de chocolate para Isaiah. El pequeño inició la tarea metiéndose en la boca el batido espeso a cucharadas, aunque la mitad se le escurrió por la barbilla.

—Parece que llegó justo a tiempo. —Gabe se dejó caer sobre el taburete que había al lado de Memphis. Cogió la hamburguesa de su amigo y le dio un buen mordisco—. Señor Campbell. Justo el hombre al que quería ver. Alma va a dar una fiesta. Vamos a ir. Ah, y consíguenos priva de la buena.

Le entregó a Memphis un grueso fajo de billetes.

—Delante de Isaiah no —susurró el chico.

—No sabe de qué estamos hablando. Está disfrutando de su batido —repuso Gabe.

—¿Que no sé qué? —preguntó Isaiah.

Memphis le lanzó a su amigo una mirada de «¿Ves?».

Gabe frunció los labios y se cruzó de brazos sobre el pecho.

—Hombrecito, ¿es que tienes orejas mágicas o qué?

Isaiah esbozó una gran sonrisa.

—No, pero tengo poderes.

—Isaiah —advirtió Memphis.

—Ah, ¿ahora resulta que tienes poderes? Ya, y yo me lo creo —lo provocó Gabe.

—Apuesto a que sé cuánto dinero tienes en el bolsillo —dijo Isaiah mientras daba una vuelta completa en su taburete.

—Isaiah, Gabe no tiene tiempo para tus juegucitos ahora —le espetó Memphis con aspereza—. Cómete la hamburguesa.

El niño entornó los ojos. Memphis conocía lo bastante bien aquella mirada como para saber que por lo general presagiaba problemas.

—Tienes un billete de cinco, uno de uno y dos monedas de veinticinco centavos. Y la dirección de una señorita que se llama Cymbelline.

Gabe se vació los bolsillos y enarcó las cejas, asombrado.

—¿Cómo lo has sabido?

—¡Te lo he dicho! Tengo un don. También hago profecías.

—No hace ninguna de esas cosas. Isaiah, deja de inventarte historias —lo reprendió Memphis al tiempo que le lanzaba otra mirada de advertencia.

—Puedo decir lo que me dé la gana —le replicó el niño.

—Puede decir lo que le dé la gana —intervino Gabe con una gran sonrisa—. Cuéntame más cosas, hombrecito.

—A veces puedo ver el futuro de la gente.

—Isaiah. Para ya. Además, tenemos que irnos a casa...

—Espera, hermano. El crío está a punto de leerme el futuro. Tal vez sepa algo acerca de la grabación. Entonces, dime, Isaiah, ¿voy a ser la nueva estrella de Okeh Records?

—Tengo que estar tocando algo tuyo.

—¡Señor Reggie! ¡Perdone, señor Reggie! —llamó Memphis a toda prisa—. ¿Qué le debemos?

—Espera un segundo, Memphis —le contestó el dueño del establecimiento.

Llevaba dos platos de comida en la mano.

—Dímelo —susurró Gabe mientras extendía una mano.

Isaiah se la tomó entre las suyas y se concentró. Al cabo de unos segundos eternos, soltó la mano de Gabe a toda velocidad y se apartó de él con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué has visto? No me lo digas... ¿Es fea? —bromeó Gabe.

—No he visto una mierda —contestó Isaiah, y Memphis ni siquiera se molestó en regañarlo por su lenguaje.

El pequeño levantó la mirada hacia su hermano, con los ojos muy abiertos, y Memphis supo que lo que quiera que Isaiah hubiera visto lo había asustado de verdad.

—Coge el abrigo, Hombre de Hielo.

Pero Gabe no quería dejarlo pasar.

—Venga, dímelo. ¿Qué ves para tu viejo amigo Gabriel?

—Debajo del puente... No pases por debajo del puente —respondió Isaiah—. Está allí.

—¿Qué puente? ¿Quién está allí? ¿Qué va a pasarme si voy?

—Morirás.

—¡Isaiah! —rugió Memphis—. No lo dice en serio, hermano. Solo está de broma. Dile que lo sientes, Isaiah.

Aún con los ojos como platos, el niño miró a Gabe, y luego a Memphis, y de nuevo al primero.

—Lo siento, Gabe —se disculpó en voz muy baja.

—¿Estás bromeando, Isaiah? —preguntó Gabe.

—Eso es —susurró el pequeño, y bajó la cabeza.

La expresión de Gabe se relajó en una sonrisa que era en parte alivio, en parte irritación.

—Hermanos pequeños —dijo al tiempo que sacudía la cabeza. Le dio una palmada a Memphis en la espalda—. No te olvides de ese otro asunto, Memphis.

—No lo haré —contestó él.

Bill Johnson el Ciego estaba sentado en la esquina, aferrado a la taza de sopa que Reggie había tenido la amabilidad de darle. El caldo estaba aguado pero caliente, y se

lo había tomado despacio mientras se desarrollaba la escena de la barra. Entonces, una vez acabada la sopa, se colgó la guitarra a la espalda con un gruñido y salió a las calles de Harlem golpeando con su bastón. El aire olía a lluvia cercana. No le gustaba la lluvia. Le recordaba a Luisiana, a cuando era el hijo con dos ojos sanos de un aparcerero y se pasaba el día recolectando algodón. Allí la lluvia prácticamente ahogaba a los hombres que tan solo intentaban obtener su cuota. Le recordaba al día en que el propietario, el señor Smith, le había sacudido con una correa por estar tocando la guitarra en lugar de recogiendo algodón, y a que después la mitad de las cosechas del hombre se habían echado a perder —reducidas a cenizas— y habían encontrado el cadáver hinchado del señor Smith en el río, inflado como una bolsa de arroz podrido. Comenzaron las murmuraciones acerca de que Bill Johnson no era un hombre de fiar, de que tenía algo de *Mabouya*. La lluvia le recordaba a que se había plantado en la encrucijada a media noche y maldecido a Papá Legba. A que había escupido sobre la cruz. A que le había vendido su alma al diablo.

Llovía el día en que los hombres de los trajes oscuros habían ido al campamento. Eran las cosechas lo que había llamado su atención. Se había corrido el rumor de que podría haber sido Bill Johnson. De que era capaz de sacrificar un perro viejo cuando necesitaba clemencia o de que, cuando estaba enfadado, cogía una mariposa en la mano y el insecto caía fulminado. Los hombres de los trajes oscuros se sentaron, tremendamente fríos y pacientes, todo sonrisas insípidas y serena cortesía, en la salita de la señora Tate para beber limonada en vasos cubiertos de gotas de condensación.

Llevaron a Bill ante su presencia. En aquella época, era un hombre robusto de veinte años y un metro ochenta de altura, con la piel lisa, de color marrón oscuro y desprovista de las marcas con hierro candente que sus ancestros lucían con vergüenza. Bill se sentó en una vieja silla de mimbre con las manos apoyadas en las rodillas mientras los hombres le formulaban preguntas: ¿Quería contribuir a mantener su país a salvo? ¿Le gustaría dar un paseo con ellos y charlar?

Bill quería escapar de los campos de algodón y de Luisiana, de sus hombres de capuchas blancas que incendiaban la noche con sus cruces. Así que se había ido con los hombres de los trajes oscuros, se había montado en el asiento trasero de su coche con las cortinas echadas sobre las ventanillas laterales. Había hecho las cosas que le habían pedido. Les había explicado que aquello le estaba pasando factura a su cuerpo, les había mostrado que se le encorvaba la espalda y se le encanecía el pelo. Solo tenía veinte años, pero aparentaba cincuenta. Los hombres habían esbozado las mismas sonrisas insípidas de siempre y le habían pedido: «Solo uno más, Bill».

Y cuando su vista se redujo a minúsculos puntos de luz borrosa que terminaron por fundirse en negro, lo dejaron sin nada más que su guitarra, una cicatriz abultada en la piel y un apretón de manos para advertirle que mantuviera la boca cerrada. Había perdido la vista, tenía el cuerpo consumido y roto. Y su don —si es que podía

llamárselo así— también parecía haberlo abandonado. ¿Cuántas veces había clamado al cielo deseando recuperar su don? Y entonces, de repente, hacía unos tres meses, había experimentado los primeros síntomas de esperanza. Tan solo necesitaba encontrar la chispa adecuada para volver a ponerlo en funcionamiento.

En aquel instante, cuando los hermanos Campbell salieron a toda prisa del drugstore de Reggie haciendo tintinear la campanilla de la puerta, Bill los oyó discutir. El más pequeño de ellos tenía el don —eso estaba totalmente claro— y el mayor quería mantenerlo en secreto. Era una actitud inteligente. No era bueno que los secretos así llegaran a oídos de la gente. Podría descubrirlos la persona equivocada. Alguien que ni siquiera pareciera peligroso.

Las primeras gotas de lluvia impactaron contra las gafas oscuras de Bill y el hombre frunció el ceño. Maldita lluvia. Sin pensar, se frotó la cicatriz de la mano izquierda y avanzó colina abajo dando golpes con su bastón.

UNA ESTRELLA CELESTIAL

Zeta estaba enfadada. Probablemente, cualquier otra persona habría pensado que solo estaba aburrida. Pero Henry lo sabía todo sobre Zeta, y sin duda estaba enfadada. La chica se había sentado en el borde del escenario, ataviada con un mono de pantalón corto y unas medias negras que dejaban intuir su cuerpo ágil. Se había atado un pañuelo verde con estampado de cachemira alrededor de la frente, a lo bohemio. Llevaba los labios pintados de rojo, en marcado contraste con los ojos marrones oscuros y su bronceado a la moda.

Henry estaba sentado al piano de ensayo y la observaba suspirar y poner mala cara, y mover una pierna hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás.

—El señor Ziegfeld llegará pronto, gente —gritó el director de escena—. Quiere trabajar en el número de la Estrella celestial del segundo acto. Cree que se está pasando de moda.

—Ya está pasado de moda. Esos chistes ya eran viejos antes de que naciera mi madre. Y la canción es odiosa —le espetó Zeta mientras se encendía un cigarrillo.

—Como siempre, te agradecemos tu valiosa opinión, Zeta —le replicó el hombre—. Tal vez si pasaras más tiempo ensayando tus pasos y menos quejándote, tendríamos un buen espectáculo. Tomaos un descanso de diez minutos, todos.

—Podría hacer esos pasos con las dos piernas rotas —masculló Zeta cuando se acomodó junto a Henry en el banco del piano.

—Alguien está de mal humor —dijo el joven con tono burlón y en voz baja para que solo su amiga pudiera oírlo.

Zeta reclinó la negrísima cabeza sobre el hombro del pianista.

—Gracias por tu apoyo.

—¿Aún languideces por tu misterioso caballero de la brillante armadura?

—Si lo hubieras conocido, lo entenderías.

—¿Guapo?

Henry tocó unas notas sexis.

—Y mucho.

—¿Gallardo?

Cambió a un ritmo galopante, heroico.

—También.

La música de Henry se tornó suave y romántica.

—Seductor pero aun así sensible.

—Ajá.

—¿Rico?

Zeta negó con la cabeza.

—Poeta.

—¿Poeta? —Henry dejó caer las manos sobre las teclas con un golpetazo discordante—. ¿No te has enterado, querida? Se supone que debes casarte por dinero, no por amor.

—Tiene la misma pesadilla que yo, Hen. Ha visto esa locura del ojo con el relámpago, y la encrucijada. ¿Qué probabilidades hay de que suceda algo así?

—Debo admitir que es bastante siniestro. —Henry bajó la voz—. ¿Crees que es... especial, como tú y yo?

—No lo sé. Es solo que tenía algo, como si lo conociera de toda la vida. No puedo explicarlo.

Henry tocó una cantarina melodía de jazz compuesta por él mismo.

—Ahora estás empezando a ponerme celoso.

Zeta le dio un beso en la mejilla.

—Nadie podrá reemplazarte jamás, Hen. Eso ya lo sabes.

—Podríamos ir a Harlem e intentar encontrarlo.

—El Hotsy Totsy está precintado.

—Hay muchos otros clubes que explorar. Y, además, así podrías ver en cuáles buscan bailarinas, porque ya sabes lo que diría Flo de que salieras con un poeta negro que vive de la lotería ilegal.

—Flo no tiene por qué saberlo.

—Flo lo sabe todo.

Wally llegó corriendo por el pasillo, dando palmadas para llamar la atención de todo el mundo.

—¡Todos a sus puestos! ¡Ha llegado el señor Ziegfeld!



El ensayo fue largo y descorazonador. El señor Ziegfeld lo rechazaba todo. Los obligaba a parar en medio de los números, gritando:

—¡No, no, no! Eso podría colar en el Scandals, ¡pero esto es un espectáculo Ziegfeld! Aquí representamos algo.

Llevaban casi una hora repasando el número de la Estrella celestial, y nada iba bien.

—Ese trozo no dice nada —vociferó el señor Ziegfeld desde el fondo del teatro. Era un hombre elegante, con el pelo canoso peinado hacia atrás y un bigote muy bien cuidado. Se rumoreaba que sus trajes, y siempre llevaba traje, se confeccionaban en Savile Row, en Londres—. Necesitamos una risa. Algo.

—Bueno, podríamos relanzar al señor Rogers —sugirió Wally.

—No me preocupa Will Rogers. ¡Will Rogers podría ponerse a hacer gárgaras y sería divertido! ¡Me preocupa este número!

Todo el mundo estaba nervioso. Cuando el señor Ziegfeld no estaba contento,

nadie lo estaba. Podría despedirlos a todos, contratar un coro nuevo y encima convertir el asunto en un reclamo publicitario.

—¡Otra vez! —gritó el gran Ziegfeld.

Henry atacó la música. El protagonista del número, un arrogante cantante melódico llamado Don, bajó por la escalinata, larga y ancha, entonando la pieza que daba título al número, *Estrella celestial*, con un vibrato melodramático.

Henry puso los ojos en blanco cuando Zeta miró hacia él. «Estreñimieeeeeento», articuló con los labios, y la bailarina intentó contener la risa. Con los brazos estirados, las chicas iniciaron su elegante descenso. En el patio de butacas, Flo tenía la misma cara que si hubiera chupado un pepinillo amargo. Terminarían por repetirlo, Zeta lo tenía clarísimo. Pero por más que ensayaran, no conseguirían que aquel número funcionara. Era repugnante..., sentimental y barato. Mientras medía cada escalón con los pies, recordó un consejo que le habían dado en un vodevil: si quieres provocar la risa, haz algo inesperado.

Las chicas continuaron contoneándose con elegancia por la larga escalinata, pero Zeta cambió de dirección a propósito y se deslizó hacia la izquierda como una Isadora Duncan enajenada, fastidiando a las otras bailarinas, que tenían que apartarse para sortearla.

—¡Eh, ten cuidado! —protestó Daisy.

—Lo siento, Madre —contestó Zeta, y se ganó unos cuantos resoplidos de varias de las otras chicas.

—¡Zeta! ¿Qué estás haciendo? ¡Regresa a tu puesto! —gritó Wally.

La chica siguió adelante. Se chocó contra una estrella brillante que colgaba del techo.

—¡Oh! —exclamó, y se puso a acariciarla como si fuera una *flapper* borracha—. Lo lamento, señor Rogers.

La compañía miró a Zeta con nerviosismo, y luego volvió a centrarse en el señor Ziegfeld, sentado en el auditorio. Don, que odiaba apartarse de la rutina, retomó la canción desde el principio, sin dejar de mirar a Zeta con una sonrisa tensa. La muchacha bajó la escalera tambaleándose y gritando:

—No pares, Don, cariño. ¡Lo estás haciendo genial! Le ha gustado incluso al señor Rogers —dijo señalando a la estrella brillante—. ¡Oh, Henry!

Zeta corrió al lado de Henry y le rodeó el cuello con los brazos para después darle un beso apasionado.

—Eh, no pasa nada, es mi hermano.

—Pero no se lo digáis a nuestras madres —saltó Henry, y en aquella ocasión todos rieron, excepto Don, Daisy y Wally, cuyas mejillas enrojecieron.

—¡Señorita Knight! Creo que ya hemos tenido bastante de su mala conducta...

—Vaya, Wally, eso no es lo que me decías ayer por la noche —le espetó Zeta.

Se estaba acercando peligrosamente al límite. Tal vez incluso lo hubiera rebasado ya. Era muy probable que dentro de un minuto estuviera en la calle. En algún lugar de la oscuridad, Flo la estaba observando, a la espera de emitir su juicio.

—Señor Ziegfeld, yo no puedo trabajar en estas condiciones —gruñó Don.

La compañía entera se sumió en el silencio cuando el gran Florenz Ziegfeld inició su marcha por el pasillo central.

—Bien, Don. No tienes por qué hacerlo. Siempre puedo buscarme a otro. —El señor Ziegfeld miró a Zeta con los ojos entornados. Despacio, en su rostro fue dibujándose una sonrisa que aplaudía su actuación—. ¡Vaya, eso sí que ha sido divertido!

Zeta dejó escapar la respiración que había estado conteniendo.

Ziegfeld señaló al director de escena y habló a la misma velocidad que el tráfico de Nueva York:

—Wally, añade ese trozo. Construye un número en torno a él. Y consígueme un titular en las secciones de cotilleo: «Ziegfeld descubre una nueva estrella en...».

Le dedicó una sonrisa a Zeta.

—Zeta. Zeta Knight.

—¡La señorita Zeta Knight!

—Y su hermano, Henry DuBois —agregó ella.

Las chicas del coro volvieron a reír ante aquellas palabras, a excepción de Daisy, que se había puesto del lado de Don y le lanzaba a Zeta miradas asesinas.

—Y su hermano —repitió Flo—. Me gusta esta chica. ¿De dónde eres, cielo?

—De Connecticut —mintió Zeta.

—¿Connecticut? ¿Quién es de Connecticut? —El gran Ziegfeld puso cara de haberle dado un trago a un vaso de leche agria. Comenzó a pasear junto al foso de la orquesta, sumido en sus pensamientos—. Eres un miembro hace tiempo desaparecido de la nobleza rusa cuyos padres fueron asesinados por los comunistas... Eso se ganará unos cuantos corazones. Unos sirvientes leales consiguieron sacarte del país en una arriesgada fuga nocturna y te mandaron en barco a Estados Unidos. Wally, hagámosle unas cuantas fotos en un barco. Ponle un lazo en la cabeza. Un lazo grande. Azul. ¡No, rojo! No, azul. Cariño, dame una mirada triste.

Zeta levantó los ojos al cielo y cruzó las manos delante del pecho.

—¿Le parece lo bastante triste? —preguntó entre dientes sin borrar la expresión lastimera de su rostro.

—¡Perfecta! Un minuto más y necesitaré un pañuelo. Bien, te criaron unas compasivas monjas de Brooklyn... Wally, encuéntrame un convento en Brooklyn que necesite una donación... A las que mi querida esposa, Billie, fue a visitar... Asegúrate de que los periódicos incluyen ese dato sobre Billie, además de una foto de ella con un bebé en brazos... Y ella te oyó cantar *Noche de paz*. —Ziegfeld hizo una

mueca—. ¿Es demasiado lo de *Noche de paz*?

Miró a Henry, que se encogió de hombros.

—Pues *Noche de paz* será —continuó el gran Ziegfeld—. Y mi esposa te trajo directamente a mí, tu tío Flo, que reconoce la belleza y el talento cuando los ve. Me gusta. Estás a punto de hacerte famosa, niña.

—Señor Ziegfeld, Henry podría escribirle un número genial. Tiene mucho talento. Después, Zeta le lanzó al pianista una mirada de «Habla en tu favor».

—Es cierto, podría hacerlo.

—Bien, bien. Hank...

—Henry, señor.

—Hank, escíbeme ese número. Que sea...

—Tarareable —acabó Henry por él.

—¡Exacto!

Entonces fue Henry quien le dedicó a Zeta una mirada de «Te lo dije», y ella contestó con un imperceptible encogimiento de hombros que decía «¿Qué se le va a hacer?».

—Wally, pon esto en marcha. Yo tengo que ir con Billie a ver una casa de campo... a esa mujer le encanta gastar dinero. Por suerte, yo tengo mucho.

—Claro, señor Ziegfeld —dijo Wally mientras seguía al gran hombre hacia el exterior del teatro.

Volvió la mirada hacia Zeta y la bailarina le sacó la lengua.

Las chicas se arremolinaron en torno a ella para felicitarla por su buena suerte, pero Daisy se marchó indignada, soltando una buena ristra de tacos.

—Las personas que eclipsan a otras no son muy agradables —le espetó Don al pasar a su lado.

—Si fueras bueno, no sería capaz de eclipsarte, Don —le gritó Zeta a sus espaldas. Se abrazó a Henry—. ¿Sabes lo que significa esto?

—¿Más ensayos?

—¡Por fin podremos permitirnos un piano, Hen! Y todo el mundo va a salir del espectáculo cantando tu canción.

—¿No querrás decir tarareando mi canción?

—No te hagas el gracioso. Es un comienzo.

—Ya lo veo —dijo Henry al tiempo que hacía un gesto grandilocuente con la mano—: ¡Florence Ziegfeld presenta la memorable melodía del señor Henry DuBois: *El blues del estreñimiento!*

Zeta le propinó un puñetazo.

DESPERTAR AL DEMONIO

La Biblioteca Pública de Nueva York, esa reina neoclásica de los libros, preside la Quinta Avenida entre las calles Cuarenta y Cuarenta y dos con una majestuosidad que pocos edificios pueden igualar. Exactamente a las once en punto de la mañana, Evie llegó al final de los magníficos escalones de mármol confiada en que encontraría justo lo que necesitaba para destapar el caso del Asesino del Pentáculo, y en que lo encontraría en más o menos media hora, aproximadamente. Había acosado al detective Malloy con preguntas respecto a lo que sabía de John Hobbes, que no era mucho, pero sí que le había mencionado que lo colgaron, creía, en el verano de 1876.

Evie tarareaba al pasar ante uno de los dos leones esculpidos en piedra que guardaban la entrada. Le dio unas palmaditas en la garra derecha. «Lindo gatito», le dijo, y entró. Le indicaron que subiera tres pisos de escaleras zigzagueantes hasta una sala enorme, con panelado de madera, abarrotada de estanterías. Un bibliotecario cuya placa identificativa rezaba «Sr. J. Martin» levantó la mirada de una copia de *La casa de la alegría* de Edith Wharton.

—¿Puedo ayudarla?

—¡Por supuesto! —contestó Evie sonriente—. Tengo que echarle el guante a un asesino en nombre de mi tío, el doctor William Fitzgerald, del Museo del Folclore Norteamericano, la Superstición y el Ocultismo. Puede que haya oído hablar de nosotros.

Evie esperó mientras el señor Martin, con el ceño fruncido, pensaba en sus palabras.

—La verdad es que no puedo decir que sea así.

—Oh —contestó Evie, desanimada—. Bueno, en cualquier caso, ¿qué puede contarme acerca de un hombre llamado John Hobbes y que fue a juicio por asesinato en 1876? Ah, y ¿podría hacerme un favor y darse prisa? Hay unas rebajas fantásticas en B. Altman y quiero llegar antes de que se llene de gente.

—Soy bibliotecario, no un oráculo —repuso el señor Martin. Le ofreció un trozo de papel y un lápiz—. ¿Podría apuntar el nombre, por favor?

Evie garabateó «John Hobbes, asesino, 1876» en el papel y se lo devolvió. El señor Martin desapareció durante un rato. Luego regresó con dos pilas de periódicos sujetas con una varilla de madera y las dejó sobre el escritorio delante de Evie. En aquellos dos volúmenes tenía que haber al menos una semana de trabajo. No iría de compras aquel día. Ni nunca, posiblemente.

—¿Todo esto? —preguntó Evie.

—Oh, no —contestó el señor Martin.

—Gracias a Dios.

—Volveré con el resto dentro de un momento.

—¿El resto?

—Sí. Los catorce.



A las seis y media, Evie entró en el museo tambaleándose. Llegó a la biblioteca dando pasos pesados, dejó atrás la mesa a la que Will, Jericho y Sam estaban sentados trabajando, tiró el pañuelo al suelo y, con un profundo suspiro, se dejó caer sobre el sofá de terciopelo, con el sombrero de campana aún en la cabeza.

—Estoy agotada.

—Creía que ibas a la biblioteca —comentó el tío Will.

Evie le lanzó una mirada asesina al profesor, que no levantó la vista de su libro.

—¿Por qué crees que estoy tan cansada? Si queréis saber cualquier cosa sobre esta ciudad en 1876, por favor, levantad la mano. ¿No hay manos levantadas? Vaya, sorprendente. —Evie colocó un cojín en un extremo del sofá y apoyó la cara sobre él—. Hay un invento horrible que se llama Sistema de Clasificación Decimal Dewey. Y tienes que buscar tu tema en los libros y los periódicos. Páginas, y páginas, y más páginas...

El tío Will frunció el ceño.

—¿Es que en ese colegio tuyo no te enseñaron a abordar una investigación?

—No. Pero sé recitar el «Himno de batalla de la República» mientras hago martinis.

—Lloro por el futuro.

—Ahí es donde entran en juego los martinis. —Evie bostezó y se estiró—. Por algún motivo, creía que lo de la investigación sería más glamuroso. Le diría al bibliotecario una palabra clave secreta y él me daría el único libro que necesitaba y me susurraría los números de las páginas necesarias. Como un bar clandestino. Pero con libros.

—No veo ningún libro —señaló el tío Will con cautela.

—Lo tengo todo aquí. —Evie se llevó la mano a la cabeza—. Y aquí —dijo al tiempo que le daba unas palmaditas a su cartera.

—¿Has robado libros de la Biblioteca Pública de Nueva York? —Will levantó la voz, alarmado.

—Eres un hombre de poca fe, tío. He tomado notas.

Evie sacó un cuaderno de taquigrafía de su bolso atestado.

Will estiró una mano.

—¿Podría verlas?

Evie sujetó el cuaderno con fuerza y se lo acercó al pecho.

—Ni loca. He perdido horas de mi valiosa juventud que nunca recuperaré, y además no he podido ir a B. Altman. Así que voy a hacer de locutora de radio. —La

muchacha se tumbó en el sofá con los pies apoyados sobre el respaldo y pasó páginas hasta que dio con la que necesitaba—. John el Travieso, nacido John Hobbes, criado en Brooklyn, Nueva York, en el Orfanato Madre Nova, donde lo abandonaron a los nueve años. Joven conflictivo, intentó escaparse dos veces y terminó por conseguirlo a los quince. Vuelve a aparecer en los registros policiales a los veintinueve años, cuando una señora lo acusó de drogarla e intentar aprovecharse de ella... ¡Qué chico más malo malísimo! —Evie hizo un gesto jocoso con las cejas y Sam se echó a reír—. No obstante, la señora en cuestión era una prostituta, así que el caso fue sobreseído. Pobrecilla. —Evie pasó a otra página—. Trabajó en una fundición, de donde lo echaron cuando lo pillaron utilizando hierro de la empresa para fabricar sus propios productos. Vuelve a aparecer mencionado en 1865 por venderles drogas a los soldados de la Unión que regresaban. En 1871, trabajó para un embalsamador... y aprovechó para montar un negocio paralelo muy rentable vendiéndoles cadáveres a las facultades de medicina. En algún momento, se reinventó como espiritista y comenzó a dirigir sesiones en Knowles' End, una mansión elegante del norte de la ciudad, sobre el Hudson. Ida Knowles, la propietaria del lugar, se quedó sin pasta y tuvo que vendérselo a una señora... —Evie recorrió la página con el dedo hasta llegar al punto que necesitaba— llamada Mary White, la compañera de John el Travieso, que era una médium viuda y rica que se hizo bastante amiga de Ida cuando los padres de esta fallecieron. La tal Ida era una verdadera pardilla que no andaba muy bien de la azotea...

—¿Cómo dices? —la interrumpió Will.

—Que era bastante ingenua —aclaró Sam.

—Porque empezó a gastarse todo su dinero en sesiones de espiritismo con Mary y John. En cualquier caso, el comadreo decía...

—¿El qué? —preguntó Will.

—Los rumores —contestó Sam.

—Que John Hobbes tenía un montón de sustancias y que aquellas reuniones «espiritistas» deberían haberse llamado «drogadictas», porque todo el mundo estaba bastante colocado de una especie de morapio adulterado. Y que a lo que se dedicaban habría hecho que todo puritano e hijo de vecino de aquí a Topeka tuviera que recurrir a las sales aromáticas.

Will levantó la mano.

—¿Puedo, por favor?

—Tú mismo.

Evie le pasó las notas, así como varios artículos de periódico, que su tío contempló con expresión alarmada.

—¿Cómo los has sacado de la biblioteca?

—Los devolveré mañana y les diré que siento muchísimo haber pensado que eran

mi *Daily News*.

—¿Sabe tu madre que eres una mente criminal en desarrollo?

—Por eso me mandó contigo.

Sam esbozó una gran sonrisa.

—Buen trabajo, Saba.

—No hay de qué. —Evie se recostó sobre los cojines y cerró los ojos—. Puede que esté demasiado cansada para ir al cine mañana.

Will caminaba de un lado para otro mientras leía.

—«... la señora Mary White, una viuda bastante peculiar cuyo compañero era John Hobbes. Ida continuó viviendo allí, en el ala este, y Mary y ella se hicieron íntimas amigas. Sin embargo, a Ida no le caía especialmente bien el señor Hobbes. En cartas a su primo, escribió: “Mary y el señor Hobbes celebraron otra de sus reuniones espirituales en la sala ayer por la noche, y se prolongó hasta mucho más allá de una hora decente. Yo asistí por un conjuro. El señor Hobbes me ofreció un vino que me hizo sentir muy rara. Vi y oí unas cosas tan extrañas que no estaba segura de lo que era real y lo que no. Me excusé y me fui a la cama, donde me afectaron mis peculiares sueños.

»“El viejo libro, el que no me permite leer, sigue encerrado en la vitrina. ‘Es el libro de mis hermanos, y me lo dio mi querido y difunto padre antes de que me mandaran al orfanato’, me dijo con una sonrisa...”».

—¡El libro de mis hermanos! —exclamó Evie—. ¡Genial!

—«Pero no confío en nada de lo que dice ese hombre —prosiguió Will—, porque parece mentir con la misma facilidad que otros ríen. Miente para ganarse la simpatía de la gente o para asustar. Una vez me dijo que poseía el poder de despertar al demonio si así lo quería. La casa apesta, es como si las mismísimas paredes estuviesen corrompidas, y oigo ruidos de lo más aterradores. La gente entra y sale a todas horas del día y de la noche. La mayor parte de los sirvientes nos han dejado. Temo que en esta casa se esté llevando a cabo algo malévolo, querido primo. Oh, por favor, envía a las autoridades a investigar, pues yo estoy demasiado enferma como para encargarme de ello personalmente».

Will guardó silencio mientras leía los artículos de periódico que Evie había robado.

—Entonces ¿cómo terminó el tal John Hobbes? —quiso saber Sam.

—Ida Knowles desapareció —contestó Evie deleitándose en la crueldad de la historia—. La poli fue a investigar. John el Travieso intentó colarles una milonga respecto a que Ida se había escapado con un chaval de la calle. Dijo que Mary White y él no lo habían difundido por miedo a arruinar la reputación de Ida, porque —Evie se llevó la mano a la frente en actitud melodramática— la querían como a una hermana.

—Vaya montón de mentiras —dijo Sam.

—Tú lo has dicho, hermano. La policía tampoco se creyó ni una sola palabra. Registraron la casa y encontraron diez cadáveres. El señor Hobbes confesó que estaban relacionados con su tarea de proporcionarle fiambres a las facultades médicas. Pero la policía tampoco lo tenía muy claro.

—De ahí es de donde surge la canción —intervino Jericho.

—«Te corta el cuello y te saca los huesos, los pone a la venta por un par de ceros» —entonó Evie como si se tratara de una canción de taberna—. La guinda es...

—«Cuando buscaron más —leyó Will en voz alta— encontraron el cuerpo de una mujer. Daba la casualidad de que llevaba un broche que pertenecía a Ida Knowles».

Evie dejó caer las manos a los costados en un gesto de decepción.

—Tío, me has robado mi gran final.

Will la ignoró.

—«Aunque Mary White y él defendieron su inocencia, John Hobbes fue hallado culpable del asesinato de Ida basándose en las pruebas de las cartas y el broche, además de en los diez cadáveres, y sentenciado a la horca».

—Me pregunto si venderían su cuerpo a una escuela médica —bromeó Sam.

Will sacó un cigarrillo de su pitillera plateada y registró sus bolsillos y su escritorio lleno de papeles en busca de un encendedor.

—Lo enterraron en una fosa común. Ninguna funeraria lo quiso, y no tenía familiares que lo reclamaran.

—¿Creéis que podría haber algún tipo de relación con nuestro asesino? ¿Podría conocer esta historia? ¿La estará imitando? —preguntó Evie.

Sam metió la mano tras un montón de libros, cogió el mechero de plata que tenía las iniciales de Will grabadas y se lo pasó. El cigarrillo chisporroteó y el doctor Fitzgerald lanzó una bocanada de humo.

—Sigo pensando que te agarras a un clavo ardiendo, Evangeline. Admitiré que hay ciertas correlaciones...

Evie las fue contando con los dedos.

—El cometa. El Libro de los Hermanos. La canción...

—Pero ¿cómo averiguaste lo de esa canción? —preguntó Jericho.

La chica miró a su tío, que le lanzó una mirada de advertencia.

—Intuición femenina —contestó.

—Hobbes dijo «El libro de mis hermanos»... no es lo mismo —la corrigió Will—. Semántica.

—Tonterías —dijo Evie—. Bien, he aquí algo que os hará cambiar de opinión. —Se echó hacia delante en su asiento, disfrutando de la atención, aunque en realidad Will parecía más impaciente que en suspense—. Había una mención a unas cuantas personas desaparecidas y a un homicidio sin resolver que tuvo lugar en el verano de

1875. ¡Se encontró un cadáver con marcas extrañas en la piel!

—Hace cincuenta años —dijo Will enfatizando sus palabras—. Y no sabes qué eran aquellas marcas. No logro ver qué conexión tiene esto con nuestro caso.

Evie suspiró.

—Yo tampoco. Pero es interesante.

La chica tamborileó los dedos sobre el extremo de la mesa mientras intentaba establecer unos vínculos que se desvanecían como el humo.

—¿Qué le pasó a la chica de John, a Mary White? —preguntó Sam.

—Después de que colgaran a John Hobbes, se casó con un tipo llamado Herbert Blodgett, en 1879. Se marcharon de Knowles' End. Se dice que se cayó de un caballo y tuvo mala salud, pero no vuelve a aparecer en ningún registro después de aquello.

—Probablemente muriera —comentó Sam.

De pronto, un furioso golpeteo resonó por todo el museo. Evie corrió hasta la puerta y la abrió para encontrarse con un grupo de casi una docena de personas haciendo cola al otro lado. El hombre que ocupaba el primer lugar sujetaba en alto el artículo de T. S. Woodhouse en el *Daily News*.

—Hemos venido a ver a qué se debe tanto alboroto.



Al cabo de unos cuantos días de la publicación del primer artículo de T. S. Woodhouse, al que rápidamente siguieron un segundo y un tercero, el museo recibía más clientes de los que había tenido desde hacía años. A Will le habían pedido que impartiera conferencias en todas partes, desde en clubes privados hasta en almuerzos de damas de la alta sociedad, en los que, por más que intentara mantener la charla a un nivel académico, lo único que le interesaba a la gente eran los asesinatos. En los barrios más elegantes de Nueva York, las élites, que eran demasiado estupendas como para admitir que tenían miedo, organizaban «Clubes del Asesino», donde sorbían cócteles con nombres como Veneno del Pentáculo, Esmalte Vudú o Cóctel del Homicida —una potente mezcla de whisky, champán, zumo de naranja y cerezas machacadas que supuestamente conseguía que cualquiera deseara estar muerto a la mañana siguiente—. Los asesinatos eran una razón más para pasar la noche bebiendo y bailando. Eran muy buenos para los negocios. Daba la sensación de que todo el mundo hubiera cogido la fiebre del Asesino del Pentáculo. Y Evie tenía toda la intención de aprovecharse de ello.

Durante las visitas guiadas al museo que encabezaba la joven, una simple capucha de lino se convertía en la cofia de una bruja de Salem que había sido acusada de bailar con el demonio en los bosques. Un cuenco con agua que la propia Evie había servido aquella mañana y colocado sobre una mesa con dos velas encendidas era «una bendición de unos monjes para mantener la habitación a salvo de la corrupción

espiritual». Fabricó un pequeño altar, colocó el fragmento de hueso del trabajador chino del ferrocarril junto a una fotografía espiritista tomada en la parte oeste de Massachusetts y les contaba a los visitantes ingenuos que era el hueso de la chica de la foto... Una chica cuyo espíritu aún se aparecía en el museo. Tras aquellas palabras, Sam soplaba unos fuelles ocultos que hacían que se movieran las cortinas, y las chicas hastiadas y sus citas elegantes ahogaban gritos y soltaban risitas, emocionados por la cercanía del fantasma.

Fue una de esas tardes cuando Will regresó de una conferencia y se encontró el museo atestado de visitantes que intentaban adentrarse en la sala de colecciones. Trató de acercarse, pero un joven le espetó:

—Espere su turno, abuelo.

Will echó un vistazo por encima de las cabezas de dos *flappers* y vio a Evie parloteando sin parar:

—Por supuesto, deben tener mucho cuidado con estos objetos. Son muy poderosos. No les conviene que les ronden una vez se hayan marchado.

—¿Pueden hacerlo? —preguntó una mujer de la primera fila. Parecía alarmada.

—¡Pues claro! —contestó Evie—. Pero por eso vendemos amuletos en la tienda de regalos. Son réplicas de antiguos símbolos que, según se dice, repelen el mal. — Evie les mostró un pequeño disco plateado—. Yo siempre llevo varios encima. Uno nunca está lo bastante a salvo, sobre todo con un asesino ocultista suelto por la ciudad.

—¡Evie! —ladró Will desde el pasillo—. ¿Podría hablar contigo un segundo en privado?

La muchacha forzó una sonrisa.

—Por supuesto, doctor Fitzgerald. Este es el profesor Fitzgerald, el conservador del museo y el mayor experto de la ciudad en el campo de las Cosas que Ponen los Pelos de Punta. Como saben, el doctor Fitzgerald está ayudando a la policía en su investigación sobre los horribles homicidios que tienen aterrorizada a la ciudad. Al igual que yo.

Al unísono, la multitud se volvió para mirar a Will, entusiasmada.

—Cuéntenos más sobre los crímenes, por favor, profesor —pidió una mujer joven—. ¿Es verdad que se bebe la sangre de sus víctimas y se pone su ropa? ¿Es cierto que está cometiendo esos terribles asesinatos como protesta contra la ley seca?

Will le lanzó una mirada asesina a su sobrina, que inmediatamente fingió estar ocupada frotando una mancha imaginaria en la pared.

—Evie, a mi despacho. Ahora, por favor.

—Claro, tío..., doctor Fitzgerald. Volveré dentro de un segundo, damas y caballeros. Por favor, sean cautelosos. No querría que molestaran a los espíritus. Si alguien quiere gastarse los cuartos en nuestros amuletos protectores, por favor, que

acuda a nuestro compañero, el señor Sam Lloyd, en la tienda de regalos.

—¡Evangeline! ¡Ya!

Evie cerró las puertas del pequeño despacho a sus espaldas. La cháchara de los entusiasmados clientes retumbaba a través de la madera.

—¿Sí, tío?

—¿Qué narices estás haciendo? —exigió saber Will.

Había encendido un cigarrillo y cogido un puñado de frutos secos a la vez, y parecía no estar muy seguro de qué llevarse primero a la boca.

—Estoy guiando una visita.

—Eso ya lo veo. ¿Qué tipo de tonterías le estás contando a esa gente?

—¡Estoy creando atmósfera! Tío, ¡por fin tenemos visitantes! Clientes que pagan. Podríamos tener una buena oportunidad entre manos.

—¿Y desde cuándo tenemos tienda de regalos?

—Desde ayer por la noche. Pero no te enfades... no estamos vendiendo ningún chisme valioso. He utilizado papel de aluminio, tu sello y lacre, y... *Voilà!* Amuletos instantáneos.

—¡Eso es fraudulento!

—No, es un negocio —replicó Evie. Will intentó hablar de nuevo, pero su sobrina lo silenció con un gesto suplicante de las manos—. Tío, cuando Lucky Strike te vende cigarrillos, ¿te dice «Tenemos un producto de tabaco metido en una caja para usted»? ¡Pues claro que no! Te dicen «¡Lucky Strike es el mío!», y te enseñan imágenes de personas guapas en lugares hermosos disfrutando de ese pitillo como si... ¡como si estuvieran haciendo el amor!

Will tosió y expulsó una enorme bocanada de humo.

—¿Cómo dices?

—Te obligan a desearlo. Tienes que tenerlo. Es lo que tiene todo aquel que se considere alguien, así que será mejor que te subas al carro, muchacho, o te quedarás al margen. Eso es lo que yo estoy haciendo con nuestro museo.

—¿Nuestro museo? —Will volvió a dejar los frutos secos en el plato y le dio otra calada al cigarro. Luego lo utilizó para señalar a Evie—. No venderás más «amuletos». Y atente a los hechos. ¿Te ha quedado claro?

—Como desees —repuso Evie. Abrió las puertas correderas para volver con la multitud—. Por aquí, por favor, chicos. Nos dirigimos al comedor, donde es posible que se celebraran sesiones de espiritismo y tal vez se conjuraran espíritus —dijo Evie, y a continuación volvió la mirada hacia Will—. Y pese a que no lo sabemos con seguridad, se rumorea que nada menos que el presidente Abe Lincoln podría haberse comunicado con el más allá en esta misma mesa.

Su tío apagó el cigarro e, inmediatamente, encendió otro.



—Preguntadme cuánto dinero hemos ganado hoy.

Evie les dedicó una enorme sonrisa a Sam y Jericho. Eran las seis menos diez y habían tenido que echar al último visitante hacía solo diez minutos.

—¿Cuánto?

—Suficiente para pagar la factura de la luz y que aún nos quede para una taza de té. Bueno, de agua caliente.

—Buen trabajo, tú —dijo Sam.

—Buen trabajo, todos —lo corrigió ella.

El golpe seco del llamador de bronce resonó por todo el museo vacío. Evie le echó un vistazo al reloj.

—Es casi la hora de cerrar. Largaos —dijo con un suspiro de agotamiento.

—¿Quieres que me libre de ellos? —preguntó Sam.

—No, ya me encargo yo. Jericho, ten cuidado de que Sam no se acerque a la caja —dijo la chica con un guiño.

Fuera, Memphis esperaba en los escalones de la entrada del museo sin apartar la mirada de las puertas macizas de roble. Desde que la hermana Walker le mencionara la historia de los Adivinos y la hermana de Cornelius Rathbone, Liberty Anne, había sentido curiosidad por el museo. Se preguntaba si el tal doctor Fitzgerald sería capaz de arrojar algo de luz sobre los dos asuntos que le preocupaban, el de Isaiah y el del extraño símbolo de sus propios sueños. En aquel momento, no obstante, ni siquiera estaba seguro de si debería haber ido hasta allí. No conocía a aquellas personas. ¿Qué podría decirles que no le hiciera parecer un loco? ¿Y cómo sabría si podía confiar en ellos? Probablemente, el museo incluso le negara la entrada a los negros. «Actúas como si no tuvieras ni una pizca de seso», se regañó Memphis a sí mismo, igual que si la tía Octavia estuviese a su lado. Estaba a punto de darse la vuelta y regresar al metro cuando las gigantescas puertas de roble se abrieron y una chica blanca, pequeña como una muñeca, de rizos rubios y enormes ojos azules, se apoyó contra el marco de madera.

—Me temo que el museo cierra dentro de diez minutos —anunció en tono de disculpa.

—Ah, entiendo. Regresaré otro día, entonces. Siento haberla molestado. —Memphis se maldijo por haber malgastado un billete de metro.

—Oh, vaya. Entre. Pero se lo advierto, ha sido un día muy largo, así que es posible que tenga que quitarme los zapatos.

Memphis la siguió hasta el interior de la grandiosa y oscura mansión, con sus paredes con panelado de madera y sus vidrieras de colores. Se parecía más a una catedral que a una casa vieja.

—Evie O'Neill, a su servicio.

—Memphis Campbell.

—Bien, señor Campbell, dado que solo tenemos diez minutos, podría ofrecerle una visita rápida a la sala de colecciones, aunque es posible que deba especializarse. Elija su veneno: ¿brujas, fantasmas o vudú?

Memphis abrió su alforja y sacó su cuaderno.

—Para serle sincero, señorita, he leído sobre ustedes en los periódicos, y me preguntaba si podrían decirme qué significa este símbolo.

Memphis le mostró el dibujo del ojo y el relámpago. Evie lo estudió. Negó con la cabeza.

—No tengo ni la más mínima idea. Lo siento muchísimo, pero si quisiera volver otro día, podría echarle un vistazo a nuestra biblioteca y ver si lo encuentra.

—Gracias. Eso haré —contestó Memphis.

Le frustraba no haber obtenido respuestas. Ya casi estaba en la puerta cuando se volvió.

—¿Algo más, señor Campbell? —le preguntó Evie.

—Sí. Eh..., no. Es decir, me da un poco de vergüenza preguntarlo. Verá, hay una casa vieja al norte de donde vivo. No es más que un sitio ruinoso y decrepito, aunque tengo entendido que solía ser un verdadero espectáculo.

La chica le sonreía con paciencia, del mismo modo en que lo haría con una abuela un poco ida, así que Memphis volvió a darse cuenta de lo ridícula que era toda aquella empresa. Aun así, se sentía obligado a contárselo a alguien, aunque no fueran más que imaginaciones suyas y quedara como un estúpido por preocuparse por ello. Comenzó a jugar con la hebilla de su alforja.

—A veces subo hasta allí y, bueno..., hay algo raro en esa casa últimamente. Casi parece habitada y, verá... —«Suenas como un loco, Memphis»—. Solo me preguntaba si tendrían algún libro sobre Knowles' End o si saben algo de ella. Está en estado ruinoso, así que...

—¿Qué acaba de decir?

La chica tenía los ojos abiertos como platos.

—He dicho que está en estado ruinoso...

—Antes de eso. ¿Ha dicho Knowles' End?

—Así se llama la casa. O se llamaba hace mucho tiempo. Ahora no es más que arañas y tabloneros podridos.

La muchacha observaba a Memphis con una fijeza que lo hacía sentir muy incómodo. Se dio cuenta de que a Evie le temblaban las manos.

—¿Le importaría esperar aquí, señor Campbell? No tardaré ni un segundo.

Evie O'Neill echó a correr por el pasillo y sus tacones repiquetearon contra los desgastados suelos de mármol. Memphis se quedó de pie en el vestíbulo vacío, aferrado con fuerza a su sombrero, y entonces cayó en la cuenta: ¿y si la chica pensaba que él era el Asesino del Pentáculo?

Memphis no esperó a que la joven regresara. Se escabulló por las puertas principales y corrió durante varias manzanas; tan solo bajó el ritmo cuando se percató de que estaba atrayendo miradas extrañas de los transeúntes blancos. Se forzó a caminar como si estuviera dando un paseo y a desplegar los encantos de su sonrisa mientras lo hacía, como si no tuviese ni la más mínima preocupación en la vida aunque el corazón le latiera a mil por hora. Aún sonriendo ampliamente, Memphis dio la vuelta a una esquina y se chocó contra una chica. Tuvo que sujetarla para que no se cayera.

—¡Le ruego que me disculpe, señorita!

—Eso es, ruega —contestó ella con una voz ahumada que le resultó familiar.

Memphis se echó a reír. El corazón se le había desbocado de nuevo, pero en aquella ocasión era de pura alegría.

—¡Vaya, pero si es la princesa Criolla!

—Tenemos que dejar de encontrarnos así, Poeta.



En el museo, Evie regresó con Will, Sam y Jericho tras ella para encontrarse con el vestíbulo vacío y ningún rastro de Memphis Campbell en la calle.

—¡Estaba justo aquí! —aseguró Evie con un largo resoplido—. Y, tío, ¿me ha hablado de Knowles' End! ¿No te resulta curioso?

—¿Estás segura de que no era un periodista? —preguntó Will.

—Supongo que podría serlo... —concedió Evie—. Pero parecía muy sincero. Me ha preguntado por un símbolo... un ojo con... Mira, mejor te lo dibujo.

Evie bosquejó el ojo y el relámpago y se lo tendió a Will. Sam se acercó a Evie con disimulo y le preguntó:

—¿Ha preguntado por ese símbolo?

—¿Cómo has dicho que se llamaba? —quiso saber el profesor.

—Memphis. Memphis Campbell —contestó Evie.

—¿Sabe lo que significa ese símbolo, doctor? —preguntó Sam.

El muchacho no dejaba de mirar el boceto del ojo con gran interés.

Will le echó un rápido vistazo a la página.

—No lo había visto nunca. Ahora, por favor, no me molestéis. Tengo trabajo pendiente.

Les dio la espalda y los dejó a todos en el vestíbulo sin más explicaciones.



Memphis y Zeta se sentaron ante un par de batidos en el drugstore del señor Reggie, en Harlem, y charlaron sin parar. Zeta se sentía como si no hubiera hablado tanto desde que conoció a Henry. Hizo reír a Memphis con sus anécdotas sobre el

comportamiento ridículo y ruina de la gente del espectáculo, y él le habló de la lotería ilegal y de su trabajo recogiendo las apuestas, y también de lo irritante que podía resultar Isaiah, pero Zeta se dio cuenta de que quería a su hermano con locura. Hablaron tanto que ambos perdieron la noción del tiempo. Zeta se había saltado su hora para el espectáculo, pero le restó importancia:

—Les diré que había un incendio en el metro —dijo.

—¿Estás segura de que no quieres nada más? ¿Un bocadillo o algo de sopa? —le preguntó Memphis.

—Por última vez, estoy bien —contestó ella.

Era consciente de que todos los clientes del local los estaban mirando. En cuanto levantaba la vista y los pillaba, desviaban la mirada a toda prisa y fingían estar ocupados con sus cubiertos o leyendo el periódico.

A Memphis aún le quedaban muchas preguntas por hacerle. ¿De dónde era? ¿Seguía soñando con el ojo? ¿Había pensado alguna vez en él desde la noche de la redada? ¿Había permanecido tumbada en la cama, mirando al techo sin poder dormir, imaginándose su cara, tal como le había ocurrido a él con ella?

—Una chica Ziegfeld, ¿eh? —fue todo lo que dijo.

—Pero he oído que el puesto de poeta ya está cogido —bromeó Zeta—. Hablando de poesía, ¿has leído *The Weary Blues*, de Langston Hughes?

—«Y hasta bien entrada la noche entonó la melodía» —citó Memphis sin poder dejar de sonreír.

—«Salieron las estrellas, y lo mismo hizo la luna» —concluyó Zeta—. Nunca había leído nada tan hermoso.

—Yo tampoco.

El resto del establecimiento pareció desvanecerse —el tintineo de los platos en la parte de atrás, el alegre timbre de la máquina registradora, el zumbido grave de las conversaciones de la gente— y solo quedaron Memphis, Zeta y el momento. Zeta deslizó ligeramente una mano hacia la de Memphis. Él también se acercó con sutileza, solo para rozarle las puntas de los dedos con las suyas.

—Este sábado por la noche mi amiga Alma da una fiesta en su casa, ¿te gustaría venir? —le preguntó.

—Me gustaría —contestó Zeta.

El drugstore pareció recobrar su ruidosa vida. Un hombre mayor pasó ante ellos y los miró con el ceño fruncido. Y Zeta y Memphis devolvieron las manos a su posición anterior y guardaron silencio.

UNA DECISIÓN TERRIBLE

Evie y Jericho estaban comiendo, ya tarde, en el trasnochado comedor del Bennington. Jericho charlaba, pero ella estaba perdida en sus propios pensamientos. Con la barbilla apoyada sobre un puño, observaba, sin verla, su taza de café, cuyo contenido llevaba removiendo distraídamente más de diez minutos.

—Así que disparé al hombre por la espalda —dijo el joven para poner a prueba la atención de Evie.

—Interesante —comentó ella sin levantar la mirada.

—Y luego me llevé su cabeza, que está guardada debajo de mi cama.

—Claro —murmuró Evie.

—Evie. ¡Evie!

—¿Sí? —La chica alzó la vista y sonrió débilmente.

—No me estás escuchando.

—¡Pues claro que sí, Jericho!

—¿Qué acabo de decir?

Evie le dedicó una mirada vacía.

—Bueno, fuera lo que fuese, estoy segura de que era algo muy, muy inteligente.

—Acabo de decir que disparé a un hombre por la espalda y me llevé su cabeza.

—No me cabe duda de que se lo merecía. Vaya, Jericho, lo siento. No puedo evitar pensar que existe un vínculo entre el tal John Hobbes y nuestros asesinatos.

—Pero ¿por qué?

Evie no podía contarle lo de la canción y, sin eso, la verdad era que no había mucho a lo que agarrarse.

—¿No te parece interesante que hubiera varios homicidios sin resolver y de una naturaleza similar hace cincuenta años?

—Interesante pero remoto. Pero si quieres saber más sobre ellos, podríamos volver a la biblioteca...

Evie gimió.

—Por favor, no me hagas regresar allí. Seré buena.

Jericho esbozó la más ligera insinuación de una sonrisa.

—La biblioteca es tu amiga, Evie.

—Puede que la biblioteca sea amiga tuya, Jericho, pero a mí me odia, está claro.

—Solo tienes que aprender a usarla. —Jericho jugueteó con su tenedor. Se aclaró la garganta—. Yo podría enseñarte a hacerlo en algún momento.

Evie se irguió en la silla.

—¡Jericho! —exclamó con una gran sonrisa.

Él le devolvió el gesto.

—No me supondría ninguna molestia. Incluso podríamos ir...

—¡Sé de alguien que podría buscarnos información sobre los viejos asesinatos!

—¿Quién? —preguntó el joven.

Esperaba que Evie no percibiese su decepción.

—Alguien que me debe un favor.

La chica se acercó corriendo a la cabina telefónica del Bennington y cerró la puerta de cristal biselado a su espalda.

—Algonquin cuatro, cinco, siete, dos, por favor —dijo en el micrófono, y esperó a que la operadora obrara su magia.

—T. S. Woodhouse, *Daily News*.

—Señor Woodhouse, soy Evie O'Neill. Le llamo por lo de ese favor que me prometió.

—Dispare.

—¿Puede recabar información sobre un homicidio sin resolver durante el verano de 1875 en Manhattan?

Oyó las risas del reportero al otro lado de la línea.

—¿Tiene un examen de historia, Saba?

—Tan solo dígame lo que encuentre, por favor. Es muy importante. Ah, y señor Woodhouse... Esto es entre usted y yo, ¿lo entiende?

—Como usted quiera, Saba.

Sintiéndose muy lista, Evie salió de la cabina telefónica y se encaminó de nuevo hacia el comedor. Cuando pasó por delante del ascensor, se abrieron las puertas y vio a una confusa señorita Lillian en su interior.

—Oh, vaya, he bajado en lugar de subir.

La mujer iba cargada con una bolsa de la tienda, y Evie se ofreció para ayudarla a llevarla hasta el apartamento.

—Entra, entra, querida —insistió la señorita Lillian—. Qué agradable tener una visita. Pondré la tetera al fuego.

—No, por favor, no se moleste —replicó Evie, pero la anciana ya estaba en la cocina.

La muchacha oyó el chisporroteo de la cerilla y el siseo del gas al prenderse. No había sido su propósito verse atrapada en una conversación. Aquel era el problema de ofrecerle ayuda a la gente mayor. Casi se tropieza con un gato atigrado, que maulló, sorprendido, y salió disparado. Un segundo gato, negro y con los ojos amarillos, se asomó desde debajo de una mesa. Resultaba complicado verlo en la penumbra. La señorita Lillian volvió a entrar en la habitación y encendió una lámpara.

—Qué casa más bonita tiene —consiguió decir Evie con la esperanza de que su mohín pasara por una sonrisa.

Aquel lugar era un absoluto desastre, había papeles y libros amontonados por todas partes, todas y cada una de las superficies estaban ocupadas por algún tipo de

cachivache: relojes recargados y puestos a horas ligeramente distintas, candelabros de bronce con velas oscuras consumidas hasta el final, un busto de Thomas Jefferson, un cuadro enmarcado que representaba a unas peregrinas solemnes en una colina, plantas, flores muertas en un jarrón de cristal en el que el agua se había secado hasta convertirse en una película adherida a los laterales, un pequeño ferrotipo pintado en el que aparecían las que Evie supuso que eran Lillian y Adelaide de jóvenes, con sus mandiles almidonados. «Si hubiera un premio al gusto horrible —pensó Evie—, lo ganarían las hermanas Proctor, no hay duda».

—Aquí está tu té, querida. Siéntate —anunció la señorita Lillian.

La anciana le señaló una mecedora junto a un viejo armonio.

—Gracias —contestó Evie, que ya estaba pensando en excusas de por qué debía marcharse: tío enfermo, edificio en llamas, un caso repentino de gangrena.

—Addie y yo vivimos en el Bennington casi desde el principio. Nos mudamos aquí en la primavera de 1875. Abril. —Frunció el ceño—. O tal vez mayo.

—Primavera de 1875 —repitió Evie, pensativa—. Señorita Lillian, ¿se acuerda de la historia de un hombre llamado John Hobbes, que fue ahorcado por asesinato en 1876?

La mujer frunció la boca, intentando hacer memoria.

—Lo cierto es que no.

—Se le acusó de asesinar a una mujer llamada Ida Knowles.

—¡Ah, Ida Knowles! Sí, eso lo recuerdo. Se comentó que se había escapado con un caza fortunas. Y entonces... Sí, sí, ¡ahora me acuerdo! Aquel hombre...

—John Hobbes.

—Lo juzgaron por ello. Parecía un mal tipo. Un profanador de tumbas, si mal no recuerdo. Un charlatán.

—¿Se acuerda de algún detalle del caso, o de algo de él? ¿De cualquier cosa?

Evie le dio un sorbo a su té. Sabía raro.

—No, me temo que no, querida. Soy una vieja desmemoriada. Ah, aquí está nuestra Addie.

La señorita Adelaide llevaba en brazos al gato negro de los ojos amarillos y lucía un vestido que probablemente hubiera visto sus mejores días cuando Teddy Roosevelt era presidente.

—He cazado a Hawthorne intentando comerse mis begonias. Pequeño diablo —dijo, y hundió la cara en el pelaje del animal.

—La señorita O'Neill me estaba preguntando sobre el caso de Ida Knowles... Te acuerdas de aquello, ¿verdad, querida? Y de aquel hombre horrible al que ahorcaron por ello. Pero me temo que no he sido capaz de recordar mucho. Hawthorne, ven aquí y come un poco de pienso.

La anciana puso un poco de ensalada de pollo en un plato a sus pies y el gato

saltó de los brazos de Adelaide y se precipitó sobre él.

—Lo colgaron la noche del cometa —dijo la señorita Addie como si estuviera soñando.

—¿El cometa de Salomón? —preguntó Evie con cautela.

—Sí, eso es. Él les pidió que así fuera. Fue su única exigencia.

—¿John Hobbes pidió que lo ahorcaran la noche del cometa de Salomón? —volvió a preguntar Evie. Quería estar segura de que lo había entendido bien. Le daba la sensación de que era un dato importante, aunque no sabía por qué—. Vaya, me pregunto por qué haría algo así.

—¡Los cometas son augurios muy poderosos! —cloqueó la señorita Lillian—. Los antiguos creían que eran los tiempos en los que el velo entre este mundo y el siguiente era más fino.

—No lo entiendo.

—Si querías abrir una puerta hacia el gran reino de los espíritus para asegurarte el regreso, ¿qué mejor momento para planear tu muerte?

—Pero, señorita Proctor, eso es imposible —replicó Evie tan amablemente como pudo.

—Este es un mundo imposible —señaló la señorita Lillian con una sonrisa—. Bébete el té, querida.

Evie se tragó el resto y escupió pequeños restos de hojas.

—Qué talismán más bonito —comentó la señorita Addie al fijarse en el colgante de la joven.

—Ah, fue un regalo de mi hermano —explicó Evie.

No ofreció más detalles. Si les contaba que habían matado a James, tal vez se mostraran compasivas o, por el contrario, dirigieran la conversación hacia todos y cada uno de sus parientes muertos, y entonces se pasaría allí todo el día y toda la noche. Tenía que escapar.

La señorita Addie estiró un dedo y lo pasó por la superficie del medio dólar; palideció al hacerlo.

—Qué decisión más terrible que tomar.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Evie.

—Addie puede ver el alma eterna —le aclaró la señorita Lillian—. Addie, querida, se te va a enfriar el té. Y aún tenemos muchas cosas por hacer. —La señorita Lillian se puso en pie con bastante prisa—. Me temo que debemos despedirnos de usted, señorita O'Neill. Gracias por la visita.

—Una decisión terrible —repitió la señorita Addie mirando a Evie con tal compasión que la muchacha se sintió bastante desarmada.

Fuera, bajo la luz titilante del pasillo —¿por qué en aquel viejo edificio no eran capaces de arreglar las lámparas?—, Evie pensó en la extraña última petición de John

Hobbes. ¿Acaso pensaba que podía regresar tras la muerte? Aquello era ridículo, por supuesto, la idea del loco ególatra que parecía ser. Al cabo de dos semanas, aquel mismo cometa regresaría a los cielos de Nueva York.

Mientras esperaba el ruidoso ascensor, un escalofrío le recorrió la espalda, aunque no habría sabido decir por qué. Deseó poder hablar con Mabel de todo aquello, deseó que pudieran compartir unas risas a cuenta de la horrorosa decoración de las hermanas Proctor. Pero Mabel y ella seguían enfadadas. Nunca habían pasado tanto tiempo sin hablar, y Evie se debatía entre estar furiosa con su amiga y echarla muchísimo de menos. Cuando la puerta del ascensor se abrió, sobrevoló con un dedo el botón que llevaba al piso de Mabel. En el último instante, sin embargo, apretó el botón del vestíbulo.

En el abarrotado apartamento de las hermanas Proctor, Hawthorne se restregaba cariñosamente contra la pierna de la señorita Adelaide. En la otra habitación, su hermana parlotteaba sin cesar sobre las actividades del día. La señorita Addie le echó un vistazo a los posos del té de Evie, examinó el patrón que las hojas habían dibujado en el fondo de la taza y frunció el ceño.

LAS TUMBAS

El detective Malloy entró a toda prisa en el museo y se abrió camino con brusquedad entre los buscadores de curiosidades, silenciando con una expresión aterradora a todo aquel que intentaba preguntarle acerca del Asesino del Pentáculo.

—Señorita O’Neill —dijo a modo de saludo al tiempo que le daba un toquecito al ala de su sombrero.

—El tío no está aquí en estos momentos, detective. ¿Tiene algo nuevo?

Él hizo un gesto con la cabeza en dirección a la biblioteca. Evie le pidió a Sam que la sustituyera y acompañó al detective hasta la biblioteca. Cerró las puertas tras ellos. Malloy dejó caer el sombrero sobre la escultura de bronce de un águila.

—He seguido esa pista de los Hermanos que nos dio su tío. Resulta que a lo largo de los últimos años se ha producido un resurgimiento de ese culto religioso. Los lugareños han presentado quejas contra ellos. Y ¿adivina quién es el líder?

—Supongo que no es el cómico Will Rogers.

—El hermano Jacob Call —dijo Malloy. El detective cogió un puñado de frutos secos del cuenco de cristal que descansaba sobre el escritorio de Will—. Dicen que ha estado predicando sobre la llegada del cometa de Salomón, y de la Bestia con él. —Dejó que sus palabras calaran—. Por lo que se ve, cría ganado y viene a la ciudad cada pocas semanas a vendérselo a los carniceros.

—¡Es carnicero!

—Sí. Y estuvo por aquí en cada uno de los asesinatos. Mandé a los chicos a buscarlo y lo trajeron a Nueva York. Pero hasta ahora se ha negado a hablar con nosotros. Pensé que quizá su tío podría intentarlo.

Evie se mordió el labio.

—Detective, ¿podría probar yo?

Malloy enarcó las cejas.

—¿Probar a interrogar a un posible asesino? Me temo que no.

—Tal vez se abra a una chica. Al fin y al cabo, yo no soy una amenaza, como la policía.

—Admiro su valor, señorita O’Neill, pero ese no es su trabajo.

Se puso el sombrero y se despidió deseándole un buen día.

Evie salió corriendo al pasillo en cuanto el hombre se hubo marchado. El museo estaba hasta la bandera de gente y, por una vez, deseó que no fuera así. Comenzó a dar saltitos intentando que se la viera por encima de las cabezas de los clientes.

—¡Sam! —llamó—. ¡Sam Lloyd! ¡Te necesito!

El muchacho se acercó a ella con una gran sonrisa.

—Sabía que entrarías en razón.

Evie puso los ojos en blanco.

—Date una ducha, amigo. Necesito que me ayudes a colarme en las Tumbas.

—¿Es que aún no has aprendido la lección?

—¡Jericho! —volvió a llamar—. ¿Podrías hacerte cargo del museo? Necesito a Sam para una misión de la máxima importancia.

—Podría ayudarte yo —sugirió Jericho.

—¡Ya lo estás haciendo! —gorjeó Evie. Entrelazó su brazo con el de Sam y tiró de él en dirección a la puerta—. Te daré los detalles por el camino.

Sam y Evie tomaron prestado el viejo coche de Will para ir desde el Upper West Side hasta la infame cárcel de la ciudad. Era un paseo largo, y Sam tenía ganas de charla.

—¿Tu amiga Mabel sigue loca por el gigante?

—¿Por Jericho? Ajá —dijo Evie, que casi esbozó una mueca de dolor al oír las palabras «tu amiga Mabel».

—¿Qué es lo que tiene ese tipo?

—A ti no te cae bien porque te odia.

—Ese no es el único motivo —repuso Sam.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Supongo que a ti también te gusta ese gigante.

—¿Jericho? Bueno, es bastante majo, supongo.

—Así que no te gusta —dijo Sam con una sonrisa.

—Yo no he dicho eso.

Habían pasado ante las muchas discográficas del Tin Pan Alley a la altura del número veinte de la calle West y ya estaban cerca de las casas elegantes de Gramercy.

—¿Tienes novio formal? —preguntó Sam al cabo de un rato.

—No hay novio que me retenga mucho tiempo.

Sam le lanzó una mirada de soslayo.

—¿Eso es un desafío?

—No. La constatación de un hecho.

—Ya veremos.

—Todavía me debes veinte pavos —dijo Evie.

—Te pareces a mí mucho más de lo que piensas, Evie O'Neill.

—¡Ja!

—Lo que quiero decir es que te gusto mucho más de lo que crees.

—Sigue conduciendo, Lloyd.

El coche continuó avanzando y pasó ante un rebaño de hombres de negocios con trajes oscuros que aferraban sus bombines con fuerza para protegerlos del fuerte viento que soplaba desde el East River y azotaba los desfiladeros de las calles.

—Tengo una cosita para ti —anunció Sam. Su sonrisa era críptica.

Evie enarcó una ceja.

—¿Sí? ¿Qué es? Ya te he dicho que el banco está cerrado.

—Un relámpago para el cuello.

Se sacó un collar del bolsillo y se lo ofreció a la chica.

Evie ahogó un grito.

—¡Ostras! ¡Eso de ahí parece un diamante de verdad! ¿De dónde lo has sacado?

—¿Te creerías que de una tía generosa?

—No.

—Ya decía yo. No lo echarán de menos en el lugar de donde lo he sacado. Tienen muchos.

Evie suspiró.

—Sam...

—Conozco a esa gente. No les importa lo que le ocurra a nadie que no sean ellos mismos. Compran todo lo que las revistas y las vallas publicitarias les dicen que compren y se olvidan de ello en cuanto aparece algo nuevo.

—¡Y el tío Will piensa que yo soy cínica! —Evie volvió a embutir el collar en el bolsillo de Sam—. No puedes ir por ahí cogiendo cosas que no te pertenecen, Sam.

—¿Por qué no? Si lo hacen los jefes de la industria, son héroes. Si lo hace la gente normal, como yo, somos delincuentes.

—Ahora hablas como un bolchevique. Oye, no serás un anarquista de esos, ¿verdad?

—¿Bombas y revolución? No es mi estilo. Yo tengo mi propia misión —repuso Sam, y sus últimas palabras sonaron un poco duras.

—¿Qué misión es esa? ¿Llevar a las chicas por el mal camino sirviéndote de joyas robadas?

Sam la miró por el rabillo del ojo.

—¿Has oído hablar alguna vez de algo llamado Proyecto Búfalo?

—Lo cierto es que no.

—Bueno, si buscas información al respecto, no la encontrarás. Fue una operación secreta del gobierno durante la guerra.

—Y entonces ¿cómo es que tú la conoces?

—Mi madre trabajó en ella. Se sometió a una especie de prueba...

—¿Una prueba? ¿Qué...?

—No lo sé. Fuera lo que fuese, sacó una nota bastante alta. Mi padre y ella tuvieron una gran pelea al respecto. Los oí en la habitación de al lado. Ella decía que sentía que tenía que ir. «¿Qué se le va a hacer?», decía. Mi padre se lo prohibió. Al hombre le encanta la palabra «no». —El rostro de Sam se ensombreció—. En cualquier caso, más o menos un mes después, aparecieron en casa unos tipos del gobierno. Tenían los papeles de mi padre. Le dijeron que podían mandarlo de vuelta a Rusia si no cooperaba. Él no quería volver a Rusia a morir de hambre o a que lo

mataran. Tenía una casa bonita y una tienda de pieles. Así que aquella noche mi madre hizo las maletas y se marchó. Solo nos envió una carta. Habían tachado la mayor parte de lo que decía. Pero nos contaba que estaban haciendo un buen trabajo, importante para el país. Decía que cambiaría a la humanidad. Y después no volvimos a saber de ella. Cuando mi padre les escribió, le dijeron que había muerto de gripe. Yo tenía ocho años.

—Lo siento. Es terrible. —Bajo el sol de primera hora de la tarde, la ciudad titilaba como un espejismo—. Pero Sam Lloyd no suena muy a ruso.

—Sergei Lubovitch. Mi padre se cambió el apellido a Lloyd cuando mi madre y él llegaron a Nueva York. Cuando nací, insistió en que me llamaran Sam. Como el Tío Sam.

—Ya decía yo que me sonaba tu cara —bromeó Evie—. ¿Dónde está ahora tu padre?

—Supongo que de vuelta en Chicago.

—¿No lo sabes?

—Mi padre y yo no nos llevábamos muy bien. A él le gusta decir que no, y se suponía que yo debía decir que sí. No le hizo gracia cuando yo también pude empezar a decir que no. Y todavía le gustó menos que dijera que quería descubrir lo que de verdad le había pasado a mi madre.

—Creía que habías dicho que murió.

—Eso es lo que nos dijeron. Hace dos años, recibí esto.

Se sacó del bolsillo la postal desgastada de los árboles y las montañas. Evie fingió que era la primera vez que la veía.

—Qué bonito. ¿De dónde es?

—No lo sé. La frase que hay ahí, detrás, está en ruso.

Evie estudió la suave caligrafía, obviamente femenina.

—Significa «zorrillo». Era el apodo por el que me llamaba mi madre. Era la única persona que me llamaba así. Fue entonces cuando supe que mi madre estaba viva, y que yo iba a encontrarla. Así que me largué. Me enrolé en la marina durante un tiempo... hasta que se enteraron de que solo tenía quince años. Luego me uní a un circo.

—¡Venga ya!

—Palabra de *boy scout*.

—Tú no eres *scout* —replicó Evie. Pillaron un bache y la joven se precipitó contra Sam durante un instante—. Lo siento.

Se incorporó de nuevo, ruborizada.

Sam sonrió.

—No es necesario que te disculpes. Vaya, puede que tenga que pillar otro.

Evie se aclaró la garganta.

—¿El circo?

—El circo. Aprendí a hacer acrobacias. Llegué a ser bastante bueno en el alambre. ¡Pies rápidos! Incluso trabajé como piloto acrobático y hacía trucos aéreos en las alas.

—¿En un avión en marcha?

Sam esbozó una gran sonrisa.

—Deberías probarlo alguna vez. Aunque si de verdad quieres ver a alguien que lo haga bien, deberías ver a Belle Butler, la equilibrista maravilla.

—¿Quién es esa?

—Una vieja amiga.

Evie enarcó una ceja.

—¿Qué tipo de amiga?

Sam sonrió, pero no satisfizo la curiosidad de la chica.

—El circo me trajo a Coney Island. Cuando se encaminaron hacia Florida para pasar el invierno, decidí quedarme aquí durante una temporada y tratar de conseguir el dinero suficiente para encontrar a mi madre.

Evie volvió a mirar la postal. Era un hermoso paisaje de cielos azules y árboles altos, con montañas al fondo. Se la devolvió a Sam, que se la guardó de nuevo en el bolsillo de la chaqueta.

—No parece un gran hilo del que tirar.

—Voy a encontrarla —repuso Sam con gran determinación—. Así que ahora ya sabes más sobre mí. ¿Qué hay de ti? ¿Por qué vives con tu tío?

¿Debería contarle la verdad? Entonces tal vez tendría que admitir que había intentado leer la postal de su madre y que no había sacado nada de ella. Tal vez Sam se pusiera furioso. O le pidiese que lo intentara de nuevo. Y cuando no pudiera obtener una lectura, pensaría que era una mentirosa.

—Maté a un hombre por ofender mi honor —contestó despreocupadamente.

—Claro. ¿Y?

—Y... robé en una tienda de baratijas. Nunca tengo suficientes pulseras de pasta.

—¿Quién tiene bastantes? ¿Y?

—Y... acusé al chico de oro de la ciudad de dejar preñada a una camarera.

Sam dejó escapar un silbido.

—¿Por diversión?

Evie levantó la mirada. El sol parecía estar lo bastante bajo como para tocarlo, igual que si fuera una resplandeciente pieza del decorado de un espectáculo de Broadway.

—Estaba en una fiesta llena de esos «jovencitos descarados y a la moda» a los que te encanta odiar. Sí, yo era uno de ellos. Era tarde y estaba borracha y... Da igual, no era más que un rumor que había oído —mintió—. Pero resultó ser verdad.

—No lo entiendo. Si era cierto, ¿por qué te mandaron a galeras?

Evie deseó poder contarle la verdad, pero también le había prometido a Will que mantendría la boca cerrada y no quería hacer nada que pudiera poner en peligro su estancia en Nueva York.

—Es verdad lo de que maté a un hombre en Ohio.

—Ajá. Y entonces los asesinatos comenzaron en Nueva York. ¿Coincidencia?

—Me has pillado, Lloyd. Me temo que ahora también tendré que matarte a ti. Sé bueno y quédate quieto mientras te estrangulo.

Evie le rodeó el cuello con las manos juguetonamente y Sam dio un volantazo que hizo que el coche virara con brusquedad y la muchacha diera un grito.

—Me estaré quietecito, hermana —dijo Sam al tiempo que corregía el rumbo del coche—. Pero no nos empotres.

Aparcaron el viejo Model T de Will a una manzana de distancia y, de camino hacia las Tumbas, esquivaron el tranvía que traqueteaba en dirección norte por los adoquines de la calle Centre. La prisión, imponente y elíptica, estaba varada por una torreta en cada extremo y rodeada por un alto muro de piedra y una verja de hierro, lo cual hacía que pareciera más una especie de fortín medieval que un edificio moderno de la ciudad de Nueva York.

—Si te hago esta señal —Sam se llevó un dedo a un lado de la nariz—, quiere decir que distraigas a los polis mientras yo robo lo que necesitamos. ¿Lo pillas?

—Lo pilló. Pero ¿cómo vamos a descubrir dónde lo tienen retenido? —preguntó Evie, desesperada.

Entraron en el edificio y se encontraron con una algarabía de agentes y malhechores. Era como la noche del estreno de un espectáculo de Broadway para delincuentes.

Sam se dirigió al agente del mostrador de información.

—Perdone. Esta señorita ha oído que podrían tener aquí retenido a su hermano, Jacob Call.

El agente consultó con alguien por teléfono y regresó sacudiendo la cabeza.

—No puede recibir visitas.

—Entiendo. Solo queremos asegurarnos de que no lo tienen encerrado abajo. Tuvo una pulmonía el mes pasado y el aire húmedo y frío no es bueno para sus pulmones —explicó Sam.

El oficial se volvió hacia Evie.

—Está en el despacho del alcaide, en esta planta, así que puede quedarse tranquila, señorita.

Evie batió las pestañas y trató de parecer desolada.

—Gracias. Ha sido un auténtico encanto, señor.

Sam se llevó el dedo al lateral de la nariz. Ante la señal secreta, Evie comenzó a

parpadear y balancearse como si estuviera a punto de perder el equilibrio.

—Oh, ohhhhh...

Se desvaneció tan elegantemente como pudo y el agente tuvo que cogerla entre sus brazos. Por el rabillo del ojo, Evie vio que Sam le robaba las llaves.

—Oh, gracias, agente. ¿Podría sentarme en algún sitio hasta que sea capaz de mantenerme en pie por mí misma?

El policía los guio hasta un banco del interior. Evie le guiñó un ojo a Sam y él hizo que se le pusiera el vello de punta cuando le susurró al oído:

—Hermana, juntos podríamos formar un equipo magnífico.

En la entrada, se formó un alboroto entre un grupo de borrachos y el agente abandonó a Evie y a Sam para ir a ayudar. La chica agarró a Sam de la mano y tiró de él para que la siguiera mientras se adentraba en el edificio.

—Para que conste, hermana, esta no es mi idea de pasar un rato genial —murmuró el muchacho mientras ambos recorrían a hurtadillas los pasillos laberínticos de la cárcel de la ciudad.

—¿Cómo vamos a superar a los guardias? —preguntó Evie.

Había visto a un policía sentado en un taburete tras un escritorio, rellenando papeles.

—Déjame a mí.

—Sam... —le advirtió Evie a medida que se acercaban.

El agente levantó la vista y la chica tuvo la sensación de que los miraba directamente a ellos. Oyó a Sam mascullar algo en voz muy baja, como si estuviese rezando. El joven levantó una mano para que les hiciera de pantalla, y el policía volvió a centrarse en su trabajo, casi como si no los hubiera visto. Fue muy extraño, y Evie se dijo a sí misma que en realidad el hombre no había llegado a verlos en ningún momento.

—¡Vaya golpe de suerte! —dijo al tiempo que soltaba el aliento que había contenido.

—Sigue caminando —ordenó Sam.

Encontraron a Jacob Call sentado en una sórdida sala que tan solo tenía dos sillas y una mesa. Llevaba el mismo mono y el mismo sombrero negro que la última vez que lo vieron. El colgante seguía rodeándole el cuello. Tenía las mangas un poco recogidas y Evie se fijó en los toscos tatuajes que le asomaban por debajo de las esposas.

—Hola de nuevo —comenzó Evie—. ¿Se acuerda de mí, señor Call?

El hermano Call apenas la miró.

—Sí.

—Tengo entendido que no quiere hablar con la policía. ¿A qué se debe?

—No hablaré con ellos. Y no hablaré con usted —contestó el hombre.

—Es una pena, porque creo que tendríamos un montón de cosas de las que hablar. De esto, por ejemplo.

Evie dejó el Libro de los Hermanos sobre la mesa, a medio camino entre los dos. El rostro de Jacob Call se ensombreció.

—¿De dónde ha sacado eso?

La muchacha abrió el volumen y pasó las páginas, pero no permitió que Call las viera.

—Una lectura fascinante. Mucho mejor que *Moby-Dick*. Como este fragmento, por citar un caso.

Había llegado a la página de la undécima ofrenda, la boda de la Bestia y la Mujer Vestida de Sol. Depositó el libro sobre la mesa y observó a Jacob Call mirarlo anonadado.

—El ritual de las ofrendas. Ya ha empezado, ¿verdad? ¿El despertar de la Bestia?

El hombre se echó hacia delante y, reverencialmente, puso una mano sobre la página.

—Justo como vio el profeta —dijo—. Cuando el fuego abraza el fuego, el elegido realizará la ofrenda final. La Bestia despertará en él y comenzará el Armagedón.

A Evie se le pusieron los pelos de punta. Luchó por mantener la compostura.

—Y la Bestia llega a este mundo por medio de los asesinatos ritua... eh... de las ofrendas. ¿Correcto?

Jacob Call hizo un breve gesto de asentimiento.

—El mundo ha caído en el pecado. El Señor lo purificará con sangre por medio del elegido.

—Y usted es ese elegido —probó Evie.

El hombre esbozó una mueca de desdén.

—¿Por qué debería decírselo? No es ni un agente de la ley ni creyente. No es nada más que una chica.

—¿Nada más que una chica, como Ruta Badowski? —le espetó Evie. Jacob Call no le gustaba ni lo más mínimo—. Dígame, ¿de verdad le envió por correo a la policía los ojos de esa muchacha como ofrenda para la Bestia, para que supiera que cumpliría la profecía? —trató de embaucarlo.

—Eh... eso hice. Para complacer al Señor.

«Este tipo no sería un buen jugador de póquer», pensó Evie. En aquel instante breve, espontáneo, había mostrado su mano... No sabía que la joven le estaba mintiendo. No conocía los detalles del homicidio.

—¿Y qué hay de las manos de Tommy Duffy? ¿Qué hizo con ellas? —presionó.

Jacob Call continuó impertérrito.

—Ya he dicho todo lo que voy a decir. No diré nada más.

—Muy bien, entonces. Tan solo quiero saber una cosa más. Y luego lo dejaré en

paz. Su colgante... ¿qué significa?

El hombre permaneció en silencio.

—Vámonos, Evie —rogó Sam—. Oigo a alguien que se acerca por el pasillo.

—¡Es una monada! —exclamó Evie provocándolo a propósito—. Tengo que comprarme uno como sea. ¿De dónde lo ha sacado?

—¡El Señor no será burlado! —repuso el hombre mirándola con odio.

—¿Quién ha dicho nada de burlarse del Señor? Solo quiero saber cómo se llama su joyero. O que me deje comprarle el suyo...

Evie estiró un dedo como si quisiera tocar el colgante, pero Jacob Call estampó el puño contra la mesa y la hizo retroceder de un salto.

—¡Es mío y solo mío! Y el Señor dijo: «Ungid vuestra carne y preparad las paredes de vuestras casas. Doblegad vuestro espíritu a la Marca Sagrada y llevadla siempre sobre vuestra persona y estaréis protegidos tanto en esta vida como en el más allá. Pero cuidaos de que la Marca Sagrada no sea destruida. ¡Porque entonces cortaréis el vínculo con vuestro espíritu!».

—Entiendo —dijo Evie intentando no sonreír. Había conseguido lo que quería, aunque tenía el corazón desbocado—. Probaré en Tiffany's, entonces. Gracias de todos modos.



—¿Qué ha sido esa locura de doblegarse a la Marca Sagrada? —le preguntó Sam una vez que se escabulleron de las Tumbas y comenzaron a caminar a buen paso hacia el lugar donde habían aparcado el coche de Will.

—Parece creer que puedes unir tu espíritu a ese colgante, que es una especie de objeto mágico que te permite continuar con vida.

Sam dejó escapar un silbido. Luego hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Vaya cosas que se cree la gente. Entonces ¿opinas que es nuestro asesino?

Evie sacudió la cabeza despacio.

—No, no lo creo. El asesino no envió por correo los ojos de Ruta Badowski. Me lo he inventado, y él me ha seguido la corriente.

—Puede que solo esté fingiendo que no lo sabe.

—Tal vez —concedió Evie, pero no estaba convencida.

Un muchacho vendía la última edición del periódico en la esquina.

—¡Extra! ¡Extra! ¡Daily News! ¡Exclusiva del Asesino del Pentáculo! ¡Léanlo todo!

Evie le lanzó unas monedas al niño y miró el titular boquiabierta: ¡ASESINO IMITADOR! ¿ESTÁ EMULANDO EL MONSTRUO DEL PENTÁCULO UNA CRUENTA PÁGINA DE LA HISTORIA?

—¡Será chivato! —exclamó Evie, furiosa—. ¡Le doy una pista, y él va y la utiliza

para hacerse un nombre!

—Nunca te fíes de la prensa, muñeca —le dijo Sam.

Evie pasó las páginas del periódico hasta llegar al reportaje y ambos lo leyeron en la calle, en medio del bullicio de los transeúntes.

—«En el verano de 1875, el cadáver parcialmente descompuesto de un hombre no identificado fue encontrado en el hipódromo de Belmont. El cuerpo tenía marcas de extraños tatuajes —entre los que se contaba una estrella de cinco puntas— y se halló una nota prendida a su camisa. Los elementos habían deteriorado gran parte del escrito, pero pudieron distinguirse dos palabras: “jinete” y “estrellas”». —Evie ahogó un grito—. El jinete pálido montando a la muerte ante las estrellas. La tercera ofrenda. Sí que está tomando una página de la historia.

Se subieron de un salto al coche de Will y regresaron con prisa al norte de la ciudad. Mientras Sam aparcaba, Evie entró en el museo a toda velocidad e interrumpió la clase de Will. Le mostró el periódico.

—¡He encontrado la tercera ofrenda! —exclamó, y se marchó corriendo, lo cual dejó a Will y a sus alumnos alucinados.

El profesor irrumpió en la biblioteca unos segundos después.

—Evie, ¿qué demonios pretendes interrumpiendo así mi clase?

—¡Tío, escucha esto! —Le leyó el artículo de T. S. Woodhouse—. Hace cincuenta años. ¡La tercera ofrenda tuvo lugar hace cincuenta años...!

—Evie —dijo Will.

—Por eso el asesino ha comenzado por la quinta ofrenda... porque las otras cuatro ya se habían realizado y ahora tan solo tiene que terminar el trabajo.

—¡Evie, Evie! —la silenció Will—. Jacob Call ha confesado.

—¿Que... qué?

—Hace solo media hora. Terrence me ha llamado. Lo ha confesado todo. Ha dicho que es el elegido, designado para provocar el final.

—Pero él no es el asesino. No puede serlo.

—Lo es, Evie. La policía de New Brethren ha confirmado que lleva los seis últimos meses predicando sobre la venida de la Bestia y la llegada del cometa de Salomón. Ha admitido el delito. Se ha acabado —anunció Will con rotundidad—. ¿Por qué no te tomas una noche libre para salir a bailar con tus amigos? Te la has ganado. Ahora, debo regresar a clase.

Evie se sentó en la amplia escalinata y escuchó la voz de su tío, que brotaba desde el aula, mientras hablaba de la naturaleza del mal.

Jericho fue a sentarse a su lado.

—Proyectan el *Fausto* de Murnau en el Palace.

—Genial —dijo Evie sin dejar de darle vueltas al asunto que le preocupaba.

—Me preguntaba si querrías...

Llamaron a la puerta.

—Ya voy yo —dijo Evie con un suspiro—. Probablemente no sea más que otro periodista.

—... ir conmigo —concluyó Jericho mientras la observaba alejarse.

La mujer negra que esperaba en los escalones del museo era alta y de hombros anchos, e iba elegantemente vestida con un traje a cuadros marrones y un sombrero gris con una cinta roja. No tenía pinta de reportera; de hecho, su porte era más bien el de una reina.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó Evie.

La sonrisa de la mujer era educada pero formal.

—Estoy buscando al doctor William Fitzgerald.

—Me temo que en estos momentos está impartiendo una clase.

—Entiendo. —La mujer asintió; parecía pensativa—. ¿Podría dejarle mi tarjeta de visita?

—Por supuesto.

La mujer sacó de su cartera una sencilla tarjeta color crema. Evie acarició las letras con un dedo. Señorita Margaret Walker, y una dirección del norte de la ciudad.

—¿Usted trabaja para el doctor Fitzgerald? —quiso saber la mujer.

Pronunció la palabra «trabaja» de una manera extraña, con cierta suspicacia que hizo que Evie se pusiera a la defensiva.

—Soy su sobrina, Evie O'Neill.

—Su sobrina —repitió la señorita Walker asombrada—. Vaya. Qué importante.

La joven no tenía muy claro qué pensar de la señorita Margaret Walker. No era habitual que alguien hiciera que se sintiese tan perdida.

—Y usted, señorita Walker... ¿Trabaja usted con mi tío?

La señorita Walker torció la boca, flirteando con algo parecido a una sonrisa, antes de adoptar una expresión mucho más dura.

—No.

La mujer comenzó a bajar la escalera, pero luego se dio la vuelta.

—Señorita O'Neill, si no le importa que se lo pregunte, ¿cuántos años tiene?

—Tengo diecisiete.

—Diecisiete. —La mujer pareció sopesar la respuesta de Evie—. Que tenga un buen día, señorita O'Neill.

Evie le dio la vuelta a la tarjeta de visita y se sorprendió al ver que Margaret Walker había dejado una nota manuscrita que era tan precisa y cortante como parecía serlo ella misma: «Está de camino».

¿Qué estaba de camino? ¿Quién era Margaret Walker? ¿Y qué tenía que ver con Will?

Al regresar a la biblioteca, Evie se sorprendió de encontrar allí a su tío.

—Ah, ya has terminado. Alguien acaba de preguntar por ti. Una mujer. Ha dejado su tarjeta.

Will miró con fijeza el nombre impreso. Le dio la vuelta a la cartulina y leyó el dorso.

—¿Quién es, tío?

—Nadie que conozca —contestó Will, y tiró la tarjeta de Margaret Walker a la papelera.

METE TUS PROBLEMAS EN EL PETATE

Evie estaba soñando.

En la lógica exótica y circular de lo onírico, aparecía sentada en el viejo columpio de madera de su casa familiar, en Ohio, mientras James la empujaba. Sentía la desesperada necesidad de mirar hacia atrás para asegurarse de que su hermano estaba allí y para susurrarle una advertencia, pero el columpio se elevaba cada vez más y lo único que podía hacer Evie era agarrarse fuerte. Al cuarto empujón, subió tan alto que el colgante se le escapó del cuello. Entonces estiró una mano para cogerlo y comenzó a caer, caer y caer hacia una eternidad aterciopelada.

Un cuervo se lo arrebató de entre los dedos y se lo llevó volando hacia un cielo tormentoso, gris oscuro, sobre un vasto campo de trigo. Un relámpago emergió de entre las nubes y golpeó la tierra. El trigo echó a arder. Evie levantó un brazo para protegerse del calor.

Cuando lo apartó, se encontró en las calles de una desierta Times Square. Bajo la gigantesca valla publicitaria de Industrias Marlowe, el demacrado veterano de guerra sacudía la lata sentado en su silla de ruedas.

—Ha llegado la hora —dijo.

La hermosa mujer de la fotografía del tío Will pasó patinando a su lado. «Eso es muy típico de ti, William», dijo. Evie oyó una carcajada, y se dio la vuelta para ver que era su tío, el joven Will de las fotografías familiares. Pero cuando volvió a mirar, era James, de pie al borde de aquel bosque ya conocido, entre la neblina. Estaba pálido. Muy pálido. Tras sus ojos vacíos se arremolinaban sombras oscuras. Le hizo un gesto con la mano a Evie, y ella lo siguió a través del bosque hasta el campamento del ejército. Encima de un barril sonaba una gramola, y el disco giraba una y otra vez: «Mete tus problemas en tu viejo petate y sonríe, sonríe, sonríe...».

Varios sacos de arena formaban un muro ante una larga trinchera. Una valla de alambre de púas se extendía a lo largo de kilómetros y más kilómetros. Y la niebla se aposentaba pesadamente sobre todo ello.

«No dejes que tu alegría y tu risa oigan las dificultades. Sonreíd, chicos, ese es el quid...».

Por encima de los árboles, se veía un tejado largo y dentado, como un olvidado castillo de cuento de hadas en mitad de la niebla. ¿Dónde estaba James?

El disco seguía: «¿Qué sentido tiene preocuparse? Nunca mereció la pena...».

Los soldados estaban por allí charlando, comiendo de latas de conserva, bebiendo de cantimploras. Evie parpadeó y, durante una milésima de segundo, los chicos se convirtieron en espectros esqueléticos. La muchacha gritó y apartó la mirada; cuando volvió a mirar, no eran más que soldados. Uno alzó la cantimplora hacia ella a modo de brindis. Sonrió, y de su boca comenzaron a salir langostas.

«Así que mete tus problemas en tu viejo petate y sonríe, s...».

Una explosión sacudió el suelo. Una columna de luz blanca y violenta perforó el cielo y se esparció en veloces oleadas diezmado los árboles y a los soldados allí donde se hallaran: carne arrancada de los huesos, cuencas desprovistas de ojos, miembros que se funden, bocas abiertas en gritos inauditos mientras la gramola continuaba girando con un siseo. Evie echó a correr. Sus pies descalzos chapoteaban sobre los campos de barro sanguinolento. Aquella materia le salpicaba el camisón, la cara y los brazos. La sangre se transformó en amapolas que se alzaban junto a los árboles abrasados. La joven vio a James a lo lejos, de espaldas a ella. ¡Estaba vivo e ileso!

«James». Gritó su nombre, pero en el mundo del sueño no emitió sonido alguno. «¡James, James!». Estaba cerca. Llegaría hasta él y ambos huirían de aquel horrible lugar. Sí, correrían. Se salvarían, se...

Su hermano se volvió despacio hacia ella y se quitó la máscara de gas; Evie vio que su hermoso rostro estaba espantosamente pálido y esquelético, lleno de dientes protuberantes después de haber perdido los labios.

Y entonces James comenzó a derretirse, como todos los demás.

Evie se despertó temblando. Se sentó en la cama, se llevó las rodillas al pecho y esperó a que su respiración recuperara la normalidad. Sabía que ya no dormiría más aquella noche. Agotada, se acercó a la cocina a por un vaso de agua; después se sentó en la silla del despacho de Will e intentó consolarse ordenando el caos que era su escritorio. Cogió un pisapapeles de cristal. Un abridor de cartas. Una foto enmarcada de la mujer que había visto cuando leyó el guante de su tío. Si quisiera, podría sujetar cualquiera de aquellas cosas entre las palmas de las manos, concentrarse y extraerle los secretos de Will. Y también los de Jericho. Y los de Sam, y los de Mabel, y los de Zeta. La lista era interminable. Pero descubrir los secretos de la gente sin su consentimiento era una forma de robo. Y, además, no estaba segura de querer la responsabilidad de conocerlos.

Volvió a dejar la fotografía en su lugar y se llevó la mano al colgante de la moneda de medio dólar que le rodeaba el cuello. Su presencia la reconfortaba. Nunca había sido capaz de leerlo; la moneda estaba demasiado imbuida de sus propios recuerdos. Pero le gustaba sentir su peso sobre el pecho. Era su último vínculo con James, y él había sido su conexión con todo lo bueno. Recordó la nota de cumpleaños que acompañaba el regalo:

Feliz cumpleaños, chica mayor.

¿Ya tienes siete años? Antes de que me dé cuenta, estarás prendiéndote gardenias en los vestidos y recibiendo a caballeros en el porche... bajo la atenta mirada de tu querido hermano, por supuesto. Me temo que Francia está terriblemente enlodada. Te lo pasarías genial aquí, haciendo tartas de barro y lanzándoselas a los alemanes. Mañana es un gran día, así que no volveré a escribir en un tiempo. Te envío un detallito para que te recuerde a tu hermano mayor. No te lo gastes todo en la tienda de caramelos de Hale.

Una semana después, habían recibido el horrible telegrama que les comunicaba que James estaba muerto, y su familia se había roto y había vuelto a pegarse con esparadrapo, una fotografía posada expuesta tras un cristal fracturado.

Sobre el escritorio de Will, el *Daily News* descansaba abierto por el último artículo de T. S. Woodhouse sobre el Asesino del Pentáculo. Su hermano llevaba mucho tiempo muerto, y en algún lugar de aquella ciudad un asesino estaba partiendo corazones. Evie jugueteó con su colgante y pensó en las afligidas familias de Ruta Badowski, Tommy Duffy y Eugene Meriwether. Sabía lo que era esperar a alguien que jamás volvería a casa. Conocía aquel dolor, como una cicatriz, que se atenuaba pero no desaparecía nunca. El tío Will no había querido que Evie utilizara sus talentos para ayudar a cazar al asesino; lo consideraba demasiado peligroso. Pero se equivocaba. Lo peligroso era no emplearlos. Aunque ya no importaba, teniendo en cuenta que Jacob Call había confesado. ¿Por qué no era capaz de sentirse mejor al respecto?



Jericho se había olvidado de echar la cortina antes de acostarse y el agotador neón de la ciudad noctámbula lo despertó. Se acercó al espejo y, descamisado, se colocó frente a él. Se examinó. Era alto, medía más de uno ochenta, y tenía los hombros anchos de un granjero, profesión a la que se habría dedicado si no se hubiese puesto enfermo. En silencio, abrió el cajón de su cómoda y sacó la bolsita de cuero de su escondite, bajo un montón de camisetas interiores dobladas. La desenrolló y acarició con un dedo los viales azules oscuros. Quería asestarles un puñetazo y romperlos todos. Sin embargo, se limitó a estirar las manos ante su cuerpo y las mantuvo así durante unos cuantos segundos, observándolas, antes de dejarlas caer de nuevo. Tenía las manos firmes, la piel suave, los ojos claros. Su corazón latía a un ritmo estable y reconfortante. Con tan solo mirarlo, nadie lo averiguaría jamás. Solo una persona muy cercana a él podría saber la verdad. Y no tenía ninguna intención de dejar que nadie se acercara tanto a él.

Percibió movimiento en el apartamento y abrió una rendija en su puerta para ver a Evie abandonando el despacho de Will, de vuelta a su habitación. La luz azulada que entraba por las ventanas dibujaba la silueta de su cuerpo bajo el camisón y Jericho sintió un estremecimiento en lo más profundo de su vientre. Se reprendió a sí mismo por mirarla, pero no dejó de hacerlo. Cuando Evie desapareció de su vista, Jericho cerró la puerta de su cuarto con cuidado y se tumbó para hacer flexiones, se obligó a realizar una rigurosa rutina de ejercicio mientras iba contando mentalmente:

«Treinta... cincuenta... cien». Cuando hubo terminado, una fina película de sudor destellaba sobre su cuerpo y le proporcionaba cierta sensación de alivio. Sudar era bueno. Era saludable. Normal. Volvió a estirar las manos. Firmes como una roca. Enterró la bolsita de cuero bajo las camisetas y cerró el cajón.



En un apartamento con jardín de Harlem, la fiesta de Alma estaba en pleno auge. La trompeta de Gabe gemía y suspiraba como un hombre en busca de un ligue. El minúsculo piso estaba repleto de cuerpos que bailaban y bebían, que cantaban y gritaban en la noche. Cuando Memphis entró en el atestado apartamento con Zeta agarrada del brazo, se había ganado una o dos miradas de asombro y unas cuantas cejas enarcadas. Aquello acabó cuando la amiga de Alma, Rita, se acercó a Zeta y le preguntó en voz muy alta:

—¿Tienes un cigarro?

Zeta le contestó:

—Tengo diez. ¿Cuál quieres?

Ante lo cual Rita se echó a reír y dijo:

—No está mal.

Y todo fue bien después de aquello. Enseguida, todo el mundo se perdió en la diversión. O casi todo el mundo.

Gabe se llevó a Memphis a un lado.

—Hermano, cuando te dije que te buscaras una chica, no me refería a una blanca.

Memphis no quería hablar de ese tema con Gabe, así que se limitó a decir:

—Estamos en un país libre.

Entró en la cocina a coger un par de bebidas y su amigo lo siguió.

—No, no lo es. Eso ya lo sabes.

—Bueno, pues debería serlo.

—«Debería» y «es» no son lo mismo. ¿Qué pasa cuando se canse de ti, o peor, te acuse de algo? ¿Te acuerdas de Rosewood?

—¡Dos cervezas! —le pidió Memphis al hombre del alcohol—. ¿Por qué comparas esa ciudad con esta, Gabriel?

—Quemaron hasta el último rincón de ese sitio porque una mujer blanca dijo...

—¡Ga-bri-el! —vociferó Alma por encima del estrépito—. ¿Vas a tocar esa trompeta o a darle al palique toda la noche?

—No te calientes, cariño —replicó Gabe sonriendo. Cuando se volvió hacia Memphis, borró la sonrisa de su rostro—. ¡Como si no bastara con que se dediquen a subir hasta aquí y quedarse con las mejores mesas de nuestros clubes cuando nosotros ni siquiera podemos sentarnos en los suyos! ¡O con que estén intentando quedarse con nuestros negocios desde dentro, como lo que ha pasado en el Hotsy Totsy!

¿Ahora resulta que quieres ir por ahí exhibiéndote con una de ellos?

—No me estoy exhibiendo, Gabriel.

—Hermano, te estás metiendo en un buen lío. Haznos un favor a todos: acompáñala a la salida, métela en un taxi de camino al centro y dile adiós.

—No me digas qué tengo que hacer con mi vida, Gabe —le espetó Memphis.

Gabe lo agarró por la manga.

—No pretendo decirte qué tienes que hacer con tu vida; pretendo salvártela. Si te pillan la gente equivocada, no podrás curarte lo que te harán.

—Ya te lo he dicho, ya no puedo sanar —le dijo Memphis con los dientes apretados.

Se zafó de la mano de Gabe, recogió su cerveza y se abrió camino entre los bailarines hasta donde estaba sentada Zeta, bamboleando la pierna al ritmo del piano del Conde.

—¿Estás bien, Poeta? —le preguntó la chica.

—¿Yo? A mí no me van las preocupaciones.

—Ya, seguro que no —repuso ella sin dejar de estudiarle el rostro con detenimiento—. Hay mucho humo aquí dentro, ¿no? Tal vez deberíamos salir a tomar el aire.

El piso de Alma estaba saturado de gente desde donde estaban hasta la puerta del otro extremo. Les costaría un triunfo intentar llegar hasta allí. Así que Memphis señaló la ventana con la cabeza y Zeta y él salieron a través de ella hasta un jardincito cuadrado y entrecruzado de cuerdas de tender cargadas con la colada del día. Corría una brisa fresca, pero se agradecía después del agobio del interior.

—¿De dónde eres? —le preguntó Memphis a su acompañante.

—De todas partes.

—Pero ¿de dónde es tu gente?

—En este país a todo el mundo le encanta saber de dónde eres, quién es «tu gente» —gruñó Zeta—. Para serte sincera, no lo sé. Mi padre se largó antes de que yo naciera. Mi madre me dejó en las escaleras de una iglesia cualquiera en Kansas cuando no era más que un bebé. A los tres años me adoptó una mujer llamada señora Bowers. No era precisamente lo que llamaríamos una mujer maternal. Desde el momento en que pude ponerme zapatos de claqué, comencé a trabajar en el circuito de los vodeviles, ocho espectáculos a la semana.

—No puedo comprender que alguien te abandonara —dijo Memphis con tal sinceridad que Zeta sintió que se le formaba un nudo en el pecho.

—Ten cuidado, Poeta. Podría comenzar a creerte.

—Soy un tipo creíble.

—¿Ah, sí? Demuéstramelo. Cuéntame un secreto sobre ti.

Memphis se lo pensó mucho antes de contestar al cabo de unos segundos:

—Antes tenía la capacidad de sanar —dijo al fin—. Me llamaban el Curandero de Harlem. Memphis el Milagro. Una vez al mes, en la iglesia, me colocaba en la parte delantera y le imponía las manos a la gente, les quitaba el dolor, la enfermedad.

—¿Me estás tomando el pelo?

La expresión de Zeta era muy seria.

Memphis negó con la cabeza.

—Ojalá fuera así. —Le contó lo de la muerte de su madre, que aquella noche había perdido su don y que jamás lo había recuperado—. Supongo que fue lo mejor.

Zeta lo escuchó con atención. Estaba segura de que todo aquello era verdad. Quiso contarle a Memphis lo de Kansas. Lo que había hecho y por qué había tenido que huir. Pero ¿qué tipo de chico se quedaría a su lado después de descubrir algo así?

—Ven aquí.

Zeta le hizo un gesto con un dedo y el muchacho la siguió por el estrecho pasillo que quedaba entre las dos filas de colada. Escondidos y a salvo, compartieron un beso mientras la noche rugía a su alrededor. Sus bocas conservaban el sabor dulce del pastel de coco de Alma y de la cerveza casera.

—Todo esto va muy rápido, ¿no? —comentó Memphis.

No era capaz de recordar un tiempo en el que no conociera a Zeta, un tiempo en el que la joven no ocupara sus pensamientos y sueños.

—La vida va rápido, Poeta.

Memphis le acarició la mejilla con la mano y acercó sus labios a los de la joven. Nunca la habían besado como Memphis lo estaba haciendo en aquellos momentos. Había habido chicos torpes que temblaban de inquieta avidez. Había habido propietarios de teatros, «caballeros» mayores que la manoseaban cuando pasaba ante ellos o que deseaban «inspeccionar» su traje para asegurarse de que incluso la ropa interior era decente, hombres a los que les concedía algún que otro beso esporádico para evitar algo peor. Y estuvo Roy, claro. El hermoso y cruel Roy, cuyos besos eran una declaración de intenciones, como si necesitara conquistarla, marcarla a hierro con su boca. Aquellos hombres nunca habían visto a Zeta de verdad. Pero el beso de Memphis no se parecía en nada a los de ellos. Era apasionado, y aun así tierno. Un mutuo acuerdo de deseo. Era un beso compartido. La estaba besando a ella. Estaba con ella.

Memphis se apartó.

—¿Va todo bien?

—No —contestó Zeta.

—¿Qué ocurre?

Zeta levantó la mirada hacia él tras sus pestañas abundantes y oscuras.

—Que has parado.

Memphis tiró de ella hacia él. Zeta se aferró a la cuerda de tender para no perder

el equilibrio y ambos cayeron al suelo entre risas, en medio de un caos de ropa que alguien tendría que volver a lavar.

—Quedémonos aquí —dijo Memphis, y Zeta apoyó la cabeza sobre su pecho y escuchó los firmes latidos de su corazón mientras el joven la abrazaba.

Fuera, la ciudad se removía y suspiraba en sueños. El vapor sibilante brotaba de las alcantarillas y se arremolinaba en torno a las farolas como la cola de un dios olvidado. En las profundidades de la tierra, en los túneles a medio terminar de las nuevas líneas de metro, las ratas corrían entre las vías justo delante de algo que creían que las perseguía, algo más terrible que cualquier cosa que sus sueños de ratas hubieran podido conjurar jamás. En su tienda, una vidente cuya única conexión con los espíritus era una cuerda que llevaba atada a un dedo del pie y de la que tiraba para dar golpecitos bajo la mesa se sintió empujada, de pronto, a cubrir su bola de cristal con un paño y encerrarla en un armario. En Chinatown, la chica del pelo oscuro y los ojos verdes se inclinó reverencialmente ante sus ancestros, les ofreció sus oraciones y se preparó para caminar en sueños, entre los vivos y los muertos. Subiendo hacia el norte por el Hudson, en un pueblo abandonado y en ruinas, el viento portaba los terribles gritos agónicos de unos habitantes fantasmagóricos, y aquel ruido reverberó tan débilmente en el pueblo de abajo que los hombres que jugaban a las damas en la parte de atrás de la tienda de ultramarinos se miraron los unos a los otros con nerviosismo e interrumpieron el juego, con el aliento contenido durante varios segundos, hasta que el viento y el ruido desaparecieron. En otros lugares del país se produjeron alteraciones similares: una madre soñó con su hija muerta y se despertó, podría haberlo jurado, con el escalofriante sonido de las palabras «Mamá, estoy en casa». Un miembro del Klan que se había apartado de su reunión en el bosque para hacer pis junto a un viejo árbol se sobresaltó repentinamente al sentir los pies de un ahorcado rozándole los hombros, marcándolo. Allí no había nada, pero se pasó las manos por los hombros de todas formas y se apresuró a regresar al fuego y la compañía de sus hermanos vestidos de blanco. Un joven ojibwa observó el resplandor plateado de un halcón que trazó un círculo por encima de su cabeza y después desapareció. En una vieja granja, un niño despertó a sus padres para decirles en un susurro: «Hay dos niñas llamándome para que juegue con ellas al escondite en los campos de maíz». Su padre, soñoliento, le ordenó que volviese a acostarse, y cuando el muchacho pasó junto a la ventana del piso de arriba, vio a las niñas incandescentes, con sus faldas largas y sus blusas de cuello alto, desvaneciéndose entre el maíz mientras gritaban desconsoladamente: «Ven, ven a jugar con nosotras...».

Y aún más lejos, en las vastas praderas convertidas en mito en las mentes norteamericanas, una figura lúgubre se alzaba en la oscuridad aguardando su momento, como un espantapájaros a la espera de la cosecha.

EL ÁNGEL GABRIEL

Gabe no sintió la aglomeración de fantasmas mientras caminaba hacia el oeste, de vuelta a casa, con la cabeza aún aturdida por el canuto que se había fumado en la fiesta de Alma. La noche había refrescado, y se sopló las manos para calentárselas. Había sido un buen día, el mejor que era capaz de recordar. Había conocido a la gran Mamie Smith. Solo tenía dieciocho años, pero los otros tíos lo habían tratado como si fuese uno de ellos, sonriendo mientras ejecutaba sus solos, felicitándolo por sus cambios de ritmo.

La única mancha había sido la discusión con Memphis. ¿En qué estaba pensando al llevar a aquella chica a la fiesta? Estaba claro que era guapísima. Pero había muchas chicas preciosas que no suponían un problema... o, al menos, no un problema mayor del que ya suponían de por sí la mayor parte de las mujeres. No le gustaba que se hubieran separado dejándolo todo en tan malos términos. Memphis y Zeta se habían largado sin siquiera decirle adiós. Si así era como Memphis quería que fuera, muy bien. Cuando aquella chica lo dejara por algún pez gordo blanco, ¿quién tendría que tragarse toda la historia lastimera? Gabe, por supuesto.

Un ruido lo asustó. «Un, dos, tres; un, dos, tres». Una cadencia en tres tiempos, como un vals desacompañado. Pero cuando se dio la vuelta, no vio a nadie.

Se estaba poniendo nervioso por lo de Memphis y la chica blanca, y aquello estaba acabando con su buen rollo. Gabe se subió el cuello de la chaqueta, una protección temporal contra el viento que aullaba desde el Hudson, y continuó caminando. El viento tuvo que contentarse con empujar una lata calle abajo. Por encima de la cabeza de Gabe, las vías del tren elevado de la Novena Avenida gemían en su soledad. Gabe repasó mentalmente los mejores momentos del día. La camaradería con los otros músicos. Estrecharle la mano a Clarence Williams, que le había prometido un futuro brillante con Okeh Records. «Voy a hacer que toques para todo el mundo», le había dicho, y Gabe se había sentido más que satisfecho.

El ruido volvió a entrometerse... «Un, dos, tres, un, dos, tres, clic, paso, paso, clic, paso, paso».

—¿Hay alguien ahí? —gritó Gabe hacia las sombras. Algo salió disparado de entre los anchos neumáticos de un Ford aparcado junto a la acera y Gabe dejó escapar un grito. Cuando el gato se escabulló hacia el interior de un callejón, el trompetista se echó a reír—. Por Dios, gato. La próxima vez avisa, que yo no tengo siete vidas.

Sacudiendo la cabeza, siguió adelante tarareando una de las canciones de Mamie Smith en voz muy baja e, inconscientemente, tocando con las manos una trompeta imaginaria. El entramado de las vías del tren proyectaba rayas de luz sobre la carretera a través del puente, y la advertencia de Isaiah resonó en su cabeza. «Debajo del puente... No pases por debajo del puente». Gabe jamás le diría nada al respecto a

Memphis, pero estaba claro que había algo que no marchaba del todo bien en Isaiah. Aquel asunto de leerle el futuro a Gabe era un buen ejemplo. Isaiah había llevado la broma demasiado lejos; de hecho, Gabe estaba convencido de que el crío también se había asustado. Demasiada imaginación... Aquel era el problema de ese niño.

«Un, dos, tres, un, dos, tres, clic, paso, paso».

¡Y allí estaba aquel puñetero ruido otra vez! Gabriel se dio la vuelta. La niebla lo había invadido todo de repente. Las luces del Whoopee Club eran una bruma lejana.

«No pases por debajo del puente. Está allí».

Gabe se acercó aún más el cuello del abrigo a la garganta. ¿Por qué estaba dejando que las estúpidas palabras de aquel crío lo afectaran? Oyó el eco de unas pisadas. Parecían llegarle desde todas partes. La niebla seguía espesándose. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía haberse hecho más espesa en cuestión de segundos? ¿Se estaba acercando al río? ¿Se había perdido? Gabe se sintió desorientado. ¿Por dónde tenía que regresar hacia los clubes? El sonido de un silbido le llegó a través de la niebla.

—Gabriel...

Alguien pronunciaba su nombre. No reconocía la voz.

—¿Quién anda ahí?

—Gabriel, el ángel. El mensajero...

—Memphis, ¿eres tú? Deja de fastidiar...

Gabe buscó algo que pudiera utilizar como arma si lo necesitaba, pero no veía nada.

«No pases por debajo del puente. Está allí».

Si aquello era una broma, no le estaba haciendo ninguna gracia. Avanzó con rapidez.

El hombre surgió de la niebla como si hubiera nacido de ella. Su ropa estaba pasada de moda y llevaba un bastón plateado. Sonreía a Gabe. Era una sonrisa fría, gélida, y el joven sintió que perdía el equilibrio.

—Gabriel el arcángel, cuya trompeta desgarró el cielo.

—Si está buscando un trompetista, ya toco con el grupo del Conde —dijo Gabe.

El corazón se le había acelerado. No era más que un tipo raro con un bastón, y probablemente estuviese borracho. Gabe podría darle una buena paliza llegado el caso. Entonces ¿por qué estaba tan asustado?

«No pases por debajo del puente. Está allí. Morirás».

—Gabriel, cuya trompeta anunció el nacimiento de Juan el Bautista. De Jesucristo. Y cuya llamada será testigo de la llegada de la Bestia —prosiguió el extraño. Sus ojos parecían estar llenos de remolinos de fuego, y Gabe se dio cuenta de que no podía apartar la mirada de él—. «Y la octava ofrenda fue la ofrenda del ángel, el gran mensajero cuya música celestial alineaba las esferas y daba la

bienvenida al fuego en el cielo. Y, mirad, tocó una melodía en su trompeta dorada y anunció el nacimiento de la Bestia».

Daba la sensación de que el hombre se hacía cada vez más grande. Sus ojos eran llamas gemelas y su piel se agitaba. Cambiaba.

—«Y el señor dijo: que toda lengua reciba y alabe al Dragón Antiguo, pues Suyo es el camino de la justicia».

De la niebla brotó el terrible estrépito de los susurros demoníacos, un aliento salido del mismísimo infierno.

—Mírame, Gabriel. Mírame y asómbrate.

Gabe se dio cuenta de que no podía hablar. Porque la cosa que se alzaba ante él escapaba a las palabras.

KNOWLES' END

Los periódicos informaron del arresto de Jacob Call con titulares estridentes: ¡ASESINO ATRAPADO! ¡CASO RESUELTO! ¡TODO VA BIEN! Aunque el detective Malloy insistió públicamente en que Jacob Call solo era un sospechoso, en el tribunal de la opinión pública ya había sido juzgado y hallado culpable. Pero Evie había hablado con Jacob Call. Estaba claro que aquel hombre no sabía mucho sobre el asesinato de Ruta Badowski. Era casi como si hubiera querido desviar la atención hacia él en cuanto lo encerraron.

Evie le había hecho una ofrenda de paz a Mabel: una fotografía de Jericho que había encontrado rondando por casa. La había metido dentro de una carta que tan solo decía: «Lo siento, Carita de Pan. ¿Perdonas a tu mala amiga? Evie». Mabel había reaccionado subiendo de inmediato y abrazando a Evie, y ambas habían prometido que nunca volverían a enfadarse. Evie había organizado un almuerzo con Jericho y luego, una vez sentados a la mesa, había anunciado que lo sentía muchísimo pero que tenía que hacer una importante llamada de teléfono. Cuando regresó cuarenta minutos después, encontró a la pareja charlando tranquilamente sobre Tolstói. No eran fuegos artificiales y pasión, pero tampoco era una conversación desagradable, así que Evie lo interpretó como una buena señal.

Ahora, envueltas en capas, Mabel y Evie estaban cómodamente sentadas en un salón de belleza de la calle Cincuenta y siete mientras un par de peluqueras les lavaban y acondicionaban el cabello.

—¿Te apetece una aventura? —gritó Evie por encima del ruido del agua que corría en la pila.

—¿Qué tipo de aventura? —vociferó también Mabel.

—Tú confías en mí, ¿verdad?

—¡Ja!

La conversación se interrumpió durante unos segundos mientras las peluqueras les secaban un poco el pelo y las guiaban hasta otras sillas, donde comenzaron a trabajar en las ondas de Evie y a cepillar la larga melena de Mabel.

—Hay ocasiones en las que una amiga necesita la fe ciega de otra, querida niña. Y esta es una de esas ocasiones —dijo Evie tras una larga pausa—. Además, ¿cuándo te he llevado yo por el mal camino?

—¿Te hago una lista?

—¿Y si te dijera que esto tiene que ver con los homicidios del Asesino del Pentáculo y que estaríamos a punto de iniciar una investigación necesaria? —La peluquera dejó de mover el cepillo con el que peinaba a Mabel y Evie la miró de soslayo—. Apuesto a que usted sí que iría conmigo, ¿o no?

—¡Pues claro que sí! Me llevaría una pistola y le dispararía a ese hombre tan

horrible las seis balas. Luego lo apuñalaría para asegurarme de que está muerto. —La peluquera se encogió de hombros y retomó su tarea—. Hay que cerciorarse.

—Por supuesto —dijo Evie.

—¡Ay! —se quejó Mabel cuando el cepillo encontró con un enredo.

Se llevó la mano a toda prisa al punto dolorido.

—Lo siento, señorita. Tiene muchísimo pelo. ¿No ha pensado nunca en cortárselo?

—Ni lo intente —dijo Evie con un suspiro—. Llevamos años diciéndoselo.

—Muy bien —repuso Mabel con determinación—. Lo haré.

Evie abrazó a su amiga.

—Mabel, ¡bienvenida al siglo xx! ¡Hip, hip, hurra!

—*Carpe diem!* —exclamó Mabel.

La peluquera sacudió la cabeza.

—Bueno, yo no sé nada de esas actrices de cine extranjeras, pero el corte de pelo de Clara Bow le quedaría genial —dijo, y cogió sus tijeras.



El sol era una bola rolliza y hermosa cuando Mabel y Evie se bajaron del tren en la calle Ciento cincuenta y cinco y caminaron hacia el norte por las calles llenas de edificios de apartamentos estilo Tudor y casitas pequeñas, pasaron ante la taberna Old Wolf y los Ultramarinos Johnson, giraron en una esquina ocupada por una agencia inmobiliaria con pisos de alquiler y continuaron hacia el río, donde las viviendas eran más escasas. Un par de niños vestidos con monos polvorientos se pasaban una pelota de béisbol el uno al otro y narraban su juego como si estuvieran en un partido de los Yankees: «Babe Ruth va a batear, el Gran Bambino, el Rey del Swing golpea hacia las gradas...». Las saludaron con un gesto de la cabeza y Evie imitó el movimiento del bateador:

—¡Machácala como el Sultán del Bateo! —dijo.

Finalmente, las chicas giraron hacia Knowles' End, una olvidada calle secundaria que serpenteaba por un cerro con vistas al Hudson. Allí se alzaba la casa, sobre la colina azotada por el viento, como una gárgola.

—Por favor, no me digas que es ahí adonde vamos —jadeó Mabel casi sin aliento. La subida era pronunciada—. Es probable que nos coman las ratas o que nos encontremos con el monstruo del doctor Frankenstein.

—¿Y no sería una tarde emocionante? Al menos saldrás con el peinado más elegante de la ciudad. ¡Tu pelo es absolutamente la pera limonera! ¡Me alegro de que hayas decidido cortártelo a la moda!

Mabel no se dejó engatusar.

—Evie, ¿por qué me has traído hasta aquí? ¿Qué tiene esto que ver con la

investigación del asesinato?

—Creo que esta podría ser la guarida del Asesino del Pentáculo.

Mabel la miró con fijeza, anonadada.

—Zeta acertó al apodarte Evil. Me parece que necesitas los servicios de Sigmund Freud. Es la única persona que tendría posibilidades de entender el funcionamiento de tu mente enferma.

Evie entrelazó su brazo con el de Mabel.

—Voy a contarte algo confidencial sobre el caso. Pero debes jurar sobre la Biblia...

—Soy atea.

—Debes jurar sobre la Biblia atea no contarle.

—No existe ninguna Biblia atea.

—Entonces deberíamos escribir una. ¡Júralo sobre la tumba del mismísimo Valentino!

—Lo juro sobre la tumba de Valentino —repuso Mabel.

—Sé de buena tinta que dentro de esa casa podría haber pistas que demostraran la identidad del asesino. —No estaba mintiendo, exactamente.

—Pensaba que la policía ya tenía encerrado al asesino... a ese tal Jacob Call. —Mabel escudriñó el rostro de Evie durante un instante—. No te crees que él sea el Asesino del Pentáculo.

—Llámalo corazonada.

—Oh, no —dijo Mabel—. ¡No, no, no!

—Por favor, Mablesie. Necesito hacerlo.

Evie se derrumbó y le confesó a Mabel todo lo que no le había contado hasta entonces acerca de la investigación de los homicidios: que tuvo entre las manos la hebilla del zapato de Ruta, el silbido, el vínculo de John el Travieso con Knowles' End y la extraña y breve visita de Memphis Campbell al museo, durante la que le dijo que últimamente la casa parecía habitada.

—Demonios, Evie —dijo Mabel temblando, y luego se sumió en sus pensamientos. Evie conocía las expresiones pensativas de Mabel; su vieja amiga estaba trazando un plan—. No vamos a acercarnos a esa casa sin tomar precauciones.

—La joven le hizo un gesto a Evie para que la siguiera colina abajo en dirección a los chicos que se lanzaban la pelota—. ¿Conocéis esa vieja mansión de la colina?

—Sí, señorita —contestaron.

—¿Vive alguien ahí? ¿Habéis visto a alguien entrar o salir?

—Ahí no entra nadie. Ni siquiera por una apuesta —dijo uno de los muchachos con énfasis.

Mabel miró a su amiga como diciéndole «¿Ves?».

—Bueno, pues nosotras vamos a entrar. Es... una apuesta. Con nuestra

hermandad —los informó Mabel.

El otro niño hizo un gesto de negación:

—Es su funeral, señorita.

—¿Os apetecería ganaros diez centavos, muchachos?

Los chicos las siguieron hasta la esquina, que era lo más lejos que sus madres les permitían ir, dijeron.

—Si la señorita O'Neill y yo no hemos salido dentro de treinta minutos, traed a las autoridades —les instruyó Mabel.

—No vamos a ir a buscar a las autoridades ni locos. Son tan malos como la casa.

—Y qué hay de esto: si no hemos salido dentro de treinta minutos, lanzáis esa pelota de béisbol contra la ventana con todas vuestras fuerzas y corréis a buscar a vuestras madres. ¿Eso sí lo haríais?

—Es nuestra única pelota.

—Cincuenta centavos —dijo Evie.

—¿Por cincuenta centavos? Señorita, lanzaré como Babe Ruth.

—¡Estupendo! —Evie le entregó una moneda de veinticinco centavos a cada niño—. Bien, confiamos en que seáis honestos, como un par de buenos tipos, y montéis guardia. Sois caballeros a los que se les ha confiado una cruzada.

—¿Eh?

—Que no apartéis los ojos de ese antro y no se os ocurra largaros —explicó Evie.

Hizo que escupieran y lo juraran y luego, agarradas del brazo, Mabel y ella comenzaron a avanzar hacia la amenazadora ruina de Knowles' End.

Resultaba obvio que la casa había sido una belleza en sus días, con sus torres, el balcón, dos chimeneas pequeñas y una muy grande y las ventanas en forma de arco. Pero ahora las ventanas estaban selladas con tablones y las dos únicas contraventanas que quedaban colgaban de un clavo cada una, a punto de desprenderse.

Las dobles puertas de roble se habían puesto grises con el paso del tiempo. Unas cicatrices de metal marcaban el punto en el que antaño hubo un gran llamador, pero ahora este había desaparecido, probablemente vendido o tal vez robado. La puerta estaba atrancada.

—Tiene que haber una forma de entrar. Miremos por este lado —dijo Evie.

Se tropezó con algo en el jardín y vio que era la muñeca de una niña. Tenía la cara de porcelana rota y moho entre las costuras, que parecían cicatrices.

En la parte de atrás había una entrada de servicio. Evie se quitó una horquilla del pelo y la utilizó para forzar la sencilla cerradura, que cedió con facilidad. La puerta se abrió con un crujido y las chicas se encontraron en una despensa con armarios altos. Olía a podrido y a polvo. Unos débiles rayos de luz solar penetraban a través de los listones de los postigos.

Evie sacó una linterna de su maletín y su haz iluminó unos techos de hojalata

agrietada y millones de motas de polvo.

—¿Qué demonios estás buscando aquí, Evie?

Lo cierto era que no estaba segura del todo. Necesitaba algo que le proporcionara una lectura.

—A ver si encuentras un viejo colgante con un pentáculo en la parte delantera.

—¿Un pentáculo como el del Asesino del Pentáculo? —preguntó Mabel con cautela.

—No es más que un colgante —mintió Evie—. Tranquila, amiga. Ostras...

Evie entró en lo que en su día debió de ser un salón de baile. Algunos de los muebles estaban cubiertos con sábanas y le conferían un aspecto más de cementerio que de hogar. Junto a una enorme chimenea había un diván de terciopelo mohoso cuyo relleno caía al suelo como si de una catarata se tratase. Un mugriento papel amarillo se desprendía a tiras de las paredes. En algunos puntos se había desvanecido por completo y dejaba al descubierto las vigas en descomposición de la estructura. Hacía mucho tiempo que cualquier cosa de valor que pudiera haber contenido la casa había desaparecido. No había libros, ni plata, ni figuritas, nada que ayudase a Evie. Incluso las lámparas se habían esfumado. Un piano de cola cubierto de telarañas y al que le faltaban un montón de teclas ocupaba una esquina. Evie presionó una de las que quedaban y la nota resonó con estridencia en el espacio muerto. Una araña negra y pequeña salió de entre dos teclas y Evie apartó la mano con rapidez. En la pared del lado opuesto había un espejo roto. Reflejaba la habitación como un cuadro fragmentado. Durante un instante, Evie tuvo la sensación de ver movimiento en una de las esquirlas y dio un respingo.

—¿Qué pasa? —preguntó Mabel, y Evie se dio cuenta de que no había sido más que su amiga al acercarse.

—Nada. —Evie observó el conjunto de la habitación—. Qué curioso —comentó.

—¿El qué?

—Desde fuera, he visto una chimenea grande, pero este hogar no lo es tanto.

—No tenemos tiempo de criticar la arquitectura, Evie. Esos chicos van a ir a buscar a sus madres en cualquier momento. Si es que no se han largado ya al drugstore a por unos refrescos. Te has equivocado al darles el dinero.

—Sigue buscando —le pidió Evie.

—¿Buscando qué? —preguntó Mabel.

«No lo sé».

—Voy al piso de arriba.

Mabel echó a correr tras ella.

—¡Evangeline Mary O'Neill! ¡No vas a dejarme sola ni un momento! Me voy a pegar a ti como una lapa.

—Qué bonito. Así nunca estaré triste —bromeó Evie, aunque resultaba extraño

hacerlo en aquella especie de tumba.

—¿Quieres moverte, por favor?

Una ostentosa escalera central llevaba al segundo piso. Los postes de la barandilla estaban elegantemente tallados, y podridos en algunos puntos. Los escalones crujían y gemían a cada paso que daban, y Evie pensó que ojalá aguantaran el peso de ambas chicas. Iluminó con la linterna unos austeros retratos al óleo cubiertos de telarañas plateadas. Al final de la escalera había un largo pasillo que se extendía a derecha e izquierda y estaba plagado de puertas. Evie se mantenía atenta a algo que llevarse, algo que le ofreciera una buena lectura, algo personal.

—Por aquí —dijo, y se encaminó hacia la derecha.

Probó los pomos de varias puertas, pero todas estaban bien cerradas. Al fondo de la casa, encontraron otra escalera. Aquella era estrecha y cerrada y llevaba a un ático cuya claraboya había sido claveteada con tablones. Unas pequeñas vetas de sol sangraban a través de las juntas, pero no bastaban para eliminar la oscuridad. Evie movió la linterna en torno a la habitación. Su haz de luz aterrizó sobre una cama con dosel rodeada de cortinas. Un escritorio con un espejo de tres hojas. Un armario. Con mucho cuidado, Mabel abrió las puertas chirriantes del armario. El interior estaba vacío, excepto por unos cuantos sombreros. Sobre el escritorio había un espejo de mano deslustrado y un cepillo del pelo.

De pronto Mabel soltó un grito espeluznante.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntó Evie con el corazón desbocado.

Mabel siguió chillando cuando señaló hacia la cama, donde la luz de la linterna de Evie cazó la escurridiza silueta de una rata que escapaba, y Evie y Mabel casi se suben la una encima de la otra sin dejar de gritar en ningún momento.

—¡Esto es la gota que colma el vaso, Evie! —resolló Mabel—. ¿Podemos irnos, por favor?

—Muy bien —dijo Evie.

No podía evitar sentir que había fracasado. Cuando se dio la vuelta para marcharse, se tropezó y se estrelló contra Mabel.

—¡Evie! ¿Quieres matarme del susto?

—Lo siento, amiga.

Evie desvió el haz de la linterna hacia el suelo. Parte de uno de los tablones de madera se había podrido y, debajo, a duras penas, atisbó algo oculto.

—Sujeta esto —dijo, y le pasó la linterna a Mabel.

Con un gruñido, apartó el tablón.

—Dime que no vas a meter la mano ahí —rogó Mabel.

—Vale, no te lo diré. —Evie se tragó un grito e introdujo los dedos en el hueco oscuro que había bajo la madera podrida. Tanteó con mucho cuidado en busca del objeto. Cuando lo tuvo sujeto, lo liberó con un chillido y se estremeció de arriba

abajo—. ¡Por Dios santo! No quiero volver a hacer esto en la vida.

Mabel se pegó a ella.

—¿Qué es?

Evie sacudió las capas de polvo de la caja de medias y levantó la tapa. Dentro había un librito de cuero. Mientras Mabel sujetaba la linterna, Evie lo abrió por una página cualquiera. En la parte superior aparecía una fecha: 22 de marzo de 1870.

—«Esta noche, papá yace sobre la mesa del comedor envuelto en su sudario, listo para ser enterrado. Soy la única Knowles que queda. ¡Oh, estoy perdida!» —leyó Evie en voz alta—. El diario de Ida Knowles —susurró atónita.

—¿Era lo que esperabas encontrar?

—¡Aún mejor!

—Genial. Larguémonos. Este sitio me da escalofríos.

Bajaron por la escalera tan rápido como pudieron sin llegar a hacerse daño y Mabel se encaminó hacia la cocina, por donde habían entrado. Pero a Evie le llamó la atención una puerta ligeramente entreabierta al final del pasillo que se extendía a sus espaldas. No se había fijado en ella antes. ¿Y si dentro había alguna pista importante?

—Evie, ¡vámonos! —siseó Mabel, pero su amiga ya estaba junto a la puerta.

La sorteó y se encontró en una habitación pequeña. Era extraño, pero había otra puerta en el centro de la pared. Giró el pomo de la segunda puerta y en el suelo se abrió una trampilla que hizo que cayera a toda prisa por un conducto para la colada. Gritando, tanteó los laterales lisos en busca de algo a lo que aferrarse, algo que ralentizara su caída. Cuando salió despedida por el extremo contrario, se le enganchó el abrigo en un borde afilado y quedó suspendida en el aire. Con cuidado, se liberó de la prenda y se agarró a ella con fuerza para bajar al suelo. Pero la tela se rasgó a la altura del cuello y Evie cayó sin apoyo el resto del camino. Aterrizó en el suelo de tierra con un golpetazo que hizo repiquetear todos sus huesos. No se rompió nada, pero había perdido la linterna y su nuevo abrigo de brocado dorado estaba hecho jirones; un trozo de tela brillante colgaba de la boca del conducto de la colada.

Evie consiguió ponerse en pie. Esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad y la habitación comenzase a tomar una forma borrosa. Una caldera vieja. Una mesa de trabajo cubierta de herramientas. Sábanas colgadas de una cuerda, rígidas y polvorientas debido al abandono. Una se movió ligerísimamente, y Evie notó que la sangre le bombeaba en los oídos. Allí no había nadie. Pero se había movido; estaba segura de ello. Levantó una mano y sintió una débil corriente de aire. Pero ¿de dónde procedía? No había ventanas en aquella tumba lúgubre.

—¡Evie! ¿Estás bien? —La voz aterrada de Mabel retumbó sin fuerza por el conducto de la colada—. ¡Evie!

—Mabel, cariño, deberías ver esto... Aquí abajo hay un club clandestino de lo mejorcito, y John Barrymore me está preparando un cóctel de champán —bromeó

Evie para tratar de calmarse.

—¡No te atrevas a tomarme el pelo!

—Todo va genial, Carita de Pan. Estoy buscando la escalera. Estaré ahí arriba dentro de un minuto.

Mabel siguió hablando. Era lo que hacía cuando estaba nerviosa, pero Evie lo agradeció mientras daba tumbos de un lado a otro por el sótano sombrío, con la mano alzada en busca de la minúscula corriente de aire.

—... creer que me hayas convencido para esto...

La corriente de aire conducía a una pared. Aquello era imposible; el aire no podía filtrarse a través de un muro.

—... nunca, jamás volveré a seguirte, Evil O'Neill...

Estaba muy oscuro. Evie palpó la pared en busca de una abertura. En el silencio, creyó oír susurros, un tono bajo y constante. Se le erizó la piel de los brazos y le llegó hasta la nuca. Sí, susurros. Como rasguños de alas. El zumbido de los insectos. El gruñido grave de los perros. Mil lenguas murmurando a la vez.

—Tranquila, amiga, tranquila —se dijo en voz alta a sí misma.

Era lo que James le decía cuando la ayudaba a aprender a patinar sobre el estanque helado agarrándola de las manos.

Le temblaban los dedos, además de la respiración. Oyó un crujido cuando pisó algo duro con el pie. Se agachó para coger el objeto y se encontró con los restos de un broche de diamantes falsos. Una hebilla. Idéntica a la que faltaba en el zapato de Ruta Badowski. La cabeza comenzó a darle vueltas, la invadió el malestar. Dejó caer la hebilla al suelo como si fuese algo impuro. Los susurros regresaron. Tenía la sensación de que algo se movía en la oscuridad. La vieja caldera cobró vida y Evie se cayó de espaldas a causa del sobresalto; con la misma rapidez, la caldera se apagó.

Procedente de arriba, le llegó un estrépito seguido de un breve chillido de su amiga.

—¡Mabel! ¡Mabel! —gritó.

—¡Esos gamberros por fin han lanzado la pelota de béisbol, una eternidad después! —vociferó Mabel por el conducto—. Será mejor que nos larguemos antes de que vengan sus madres y nos arresten por allanamiento.

Evie continuó tambaleándose por el sótano en busca de una salida y casi rompió a llorar de alegría cuando al fin encontró la escalera. Subió a toda prisa por los escuálidos escalones del sótano y golpeó la puerta hasta que Mabel acudió a abrirla. Agarradas del brazo, salieron a toda prisa por la puerta principal hacia la reconfortante luz del sol, sin preocuparse del candado y sin parar hasta llegar al andén del metro y ver el tren que se acercaba por las vías del largo espinazo metálico de la ciudad.



Evie sabía que a Will le daría un ataque cuando le contase las hazañas del día en Knowles' End, pero esperaba que se controlara cuando le mostrase el diario de Ida. Se las había ingeniado para arrebatárselo a Mabel con la promesa de que ambas lo leerían juntas cuando lo hubiera compartido con el tío Will. Pero la joven se sentó a una mesa del segundo piso de la biblioteca del museo, junto a una lámpara de banquero verde, y leyó las escasas entradas del final.

7 de septiembre de 1874. ¡Esta noche ha estado llena de prodigios! En la sala en penumbra, mi querida Mary ha contactado con los espíritus de mis difuntos padres. Nos hemos agarrado de las manos y Mary y el señor Hobbes han hablado en lenguas extrañas. Se oyó un sonido rítmico y la llama de la vela tembló sobre su mortaja de cera y se apagó. Nos sumimos en la más completa oscuridad.

—No te asustes, niña mía —dijo Mary desde el trance.

Y supe de inmediato que era mi padre quien me hablaba a través de ella. Oh, oír sus palabras dedicadas a mí desde una distancia tan misteriosa, que se levantara el velo para el más valioso de los momentos, ha sido un bálsamo mejor que cualquiera de los que haya conocido.

—¿Cómo están mis lilas? —preguntó mi madre, tal como hacía en vida.

¡Sus queridas lilas! Apenas pude hablar debido a la añoranza que me invadía el pecho.

—Tan hermosas como siempre —contesté, y aunque resultara indecoroso, no pude contener el torrente de lágrimas que brotaba de mis ojos.

Demasiado breve ha sido su estancia en este plano, y espero volver a intentarlo en cuanto sea posible.

3 de octubre. El señor Hobbes es un hombre muy peculiar. Luce un colgante de lo más extraño, un medallón redondo que lleva grabada una constelación de símbolos curiosos. Mary dice que es una reliquia sagrada de una orden secreta. A veces lo veo sentado en la fría biblioteca estudiando un texto antiguo que él asegura que encontró escondido en el hueco de un roble de dos troncos gracias a las indicaciones del Buen Señor. El libro es un texto místico lleno de claves para el otro mundo que no pueden compartirse con los no iniciados, me dijo en tono de disculpa, y confinó el libro en la vitrina y se guardó la llave en el bolsillo. Me resultó bastante grosero que se apropiara así de mi vitrina. Pero Mary me dice que el señor Hobbes es un hombre espiritual que no se preocupa de los asuntos y los modales terrenales, a pesar de que es lo bastante amable como para supervisar, a su propia costa, las reparaciones de la casa, lo cual me supone un gran consuelo, pues deseo que Knowles' End sea devuelta a su antiguo esplendor.

28 de octubre. ¡Qué estrépito! Los martillos del señor Hobbes nos molestan día y noche. Me he trasladado a la vieja habitación del ático para evitar el polvo y el ruido infernal.

22 de noviembre. El señor Hobbes no me permite acceder a mi propio sótano. Cuando me mostré ofendida por ello, me dijo con toda la amabilidad de que fue capaz que había sucedido una terrible desgracia en el sótano y que había que reemplazar la vieja caldera, junto con casi todo lo demás. Sonrió al decírmelo, y me fijé en que su sonrisa nunca se refleja demasiado en sus ojos, que son del más gélido tono de azul.

15 de enero. No me encuentro bien y estoy postrada en la cama. Mary dice que estoy alterada por el dolor de haber hablado con mis queridos padres con tanta frecuencia y por las constantes cartas del asesor en cuanto al pago de impuestos. No tengo ese dinero. «Véndeme Knowles' End, querida, y yo pagaré los impuestos y tú vivirás como antes, sin la más mínima sospecha de que ya no eres la única propietaria de la casa. Tu buena posición no se pondrá nunca en entredicho», me ha dicho Mary. No puedo soportar la angustia de vender Knowles' End, pero sería mucho peor perderla en una subasta. Me lo pensaré. Mary me ha dado un vaso de vino dulce y ha insistido en que me lo beba para calmarme los nervios.

20 de enero. Las pesadillas más terribles perturban mi sueño.

21 de abril. Me lo encontré en la penumbra de la sala, desnudo. «Mírame y asómbrate», rugió. Y sus ojos ardían en la oscuridad como dos fuegos gemelos. No recuerdo nada de lo sucedido después, excepto que me desperté en mi cama, pasado el mediodía, con un gran dolor de cabeza. Mary sigue insistiendo en que no necesito un médico,

sino descansar y dejar que ella me cuide.

Mayo. No sé en qué fecha estamos, pues los días se entrelazan unos con otros como las corrientes en un arroyo. Abajo celebran extrañas sesiones de espiritismo. Los oigo, pero estoy demasiado débil para bajar la escalera, y demasiado asustada.

Agosto. Hace un calor terrible. Un hedor fétido permea la casa y me revuelve el estómago. El huésped se ha ido, no sé adónde.

1 de septiembre. La bestia merodea por los pasillos de la casa aterrorizando a todo lo que los habita. Los sirvientes, los pocos que quedan, lo temen. Les cuenta las historias más fantasiosas. Una vez aseguró ser el último miembro vivo de una tribu elegida y perdida, cuando yo sé que era pobre como una rata, tan vulgar como el polvo, criado en un orfanato de Brooklyn. Cada vez se inventa algo nuevo, hasta que es imposible distinguir la verdad de la locura.

20 de septiembre. No tomaré más vino dulce de esa mujer.

28 de septiembre. La falta de vino me ha puesto terriblemente enferma. Durante una semana, he estado postrada en la cama, retorciéndome y vomitando, asistida por la última criada que nos queda, mi querida Emily. Me ha confesado que está tan asustada como yo. Parece que un día entró por casualidad en una habitación que se habían dejado abierta y casi se desploma por una trampilla y un conducto que supone que solo pueden llevar al sótano.

3 de octubre. Unos gritos me despertaron en mitad de la noche, pero no fui capaz de distinguir dónde terminaban los sueños y dónde comenzaba la vigilia.

8 de octubre. Emily no viene desde hace seis días.

10 de octubre. Con mucho esfuerzo, me levanté de la cama y bajé la escalera. Las contraventanas estaban selladas y la casa parecía una tumba.

—¿Dónde está Emily? —le pregunté al señor Hobbes con tanta frialdad como pude, pese a que bajo la bata me temblaban las rodillas.

—Se ha marchado de improviso a ver a su hermana, que estaba de parto —contestó la bestia.

—Es raro que no me lo haya mencionado ni haya recogido su sueldo —repuse.

—No quería molestarla con esas nimiedades —respondió.

—Entonces ¿por qué se ha marchado sin llevarse su bolso? —insistí, pues antes había ido a su habitación y lo había visto allí, intacto.

La señora White se materializó en aquel instante a su lado, atraída por el tono de mi voz, sin duda.

—Nos encargaremos de hacérselo llegar, pobrecita. Estaba muy preocupada por su hermana.

¿Qué mujer se olvida el bolso?

13 de octubre. Una vez más, el señor Hobbes me ha impedido entrar en el sótano. «No es seguro», me dijo, y algo en el tono de su voz, en el azul gélido de su mirada, hizo que regresara a toda prisa a mi habitación.

15 de octubre. Oigo susurros incluso en las paredes. ¡Oh, estoy segura de que se acerca alguna terrible calamidad!

17 de octubre. La señora White se ha ido al campo a prestar sus servicios como médium. ¡Qué charlatana! Estoy sola con él en la casa.

19 de octubre. Hoy, cuando vi que el carruaje del señor Hobbes salía a la calle desde el garaje, corrí escaleras abajo y, con una horquilla, manipulé la cerradura de la vitrina hasta que la oí ceder. Entonces leí ese libro horrible. ¡Profano! ¡Obsceno! ¡Lleno de degradación e inmundicias! Tuve que contenerme para no lanzarlo a las llamas de la estufa. ¡Oh, estoy en peligro! He vuelto a escribir a mi querido primo y se lo he contado. ¿Por qué accedí a venderle la casa a esa terrible mujer? ¡Falsedades y engaños! ¡Mentiras y más mentiras! La recuperaré. Soy Ida Knowles, y esta es mi casa, construida por mi padre. Pero primero pretendo averiguar qué está ocurriendo en el sótano. Debo verlo por mí misma.

—¿Qué estaba sucediendo en el sótano? —se preguntó Evie a sí misma.

Jericho asomó la cabeza por las puertas de la biblioteca. Estaba sin aliento.

—Evie, ¿puedes echarnos una mano? Estamos hasta arriba.

—Enseguida —contestó, y dejó el diario a un lado.

PRELUDIO

Memphis salió de casa a una mañana que se había despertado de mal humor: gris, fría y húmeda. La lluvia de la noche había lanzado un chaparrón de hojas de otoño al camino de entrada, donde formaban una apelmazada alfombra dorada. Octavia le había pedido a Memphis que las barrieras antes de que se marcharan a la iglesia, y el joven lo hizo, sirviéndose del recogedor para tirarlas al cubo de la basura. Un sedán de la policía subió por Broadway haciendo sonar la sirena, y lo siguieron un segundo y un tercero. Memphis se asomó por encima de la verja para intentar ver qué estaba pasando. Paró a un vecino que pasaba por delante a toda prisa.

—¿Qué ocurre?

—He oído que han encontrado un cadáver en el Cementerio de la Trinidad —contestó el hombre.

—Hay muchos cadáveres en el Cementerio de la Trinidad. Por eso es un cementerio —repuso Memphis con ironía.

—Creen que ha sido el Asesino del Pentágulo —añadió el hombre, y se apresuró a retomar su camino para reunirse con los demás.

Memphis dejó la escoba y lo siguió.

Junto a las altas verjas de hierro forjado del Cementerio de la Trinidad se había congregado una multitud; alguna gente aún llevaba puesta la bata, las zapatillas de estar por casa y pañuelos en la cabeza. Las madres obligaban a sus hijos a volver a subirse a las aceras, y les decían que se quedasen allí a no ser que quisieran recibir un buen azote en el culo. La policía abarrotaba las suaves colinas del viejo cementerio, donde se había producido una gran batalla durante la guerra de la Independencia y todavía se exhibía una placa que conmemoraba tal acontecimiento. Memphis retrocedió y trepó a una farola para intentar ver mejor.

En la calle se oyó un grito. Lo siguieron gemidos y más gritos a medida que la noticia se iba pasando de boca a oreja, propagándose entre la multitud como una ola gigantesca. Memphis divisó a Floyd el barbero y bajó de su atalaya para ir a hablar con él.

—¿Qué pasa, Floyd? ¿Qué está ocurriendo?

Floyd lo miró con los ojos tristes y sacudió la cabeza.

—Nada bueno, Memphis.

El chico se sintió como si se hubiera tragado un trozo de hielo que se estuviera derritiendo lentamente en su interior.

—¿Quién es? —preguntó, pero la sangre ya le retumbaba en los oídos, como un preludeo.

—Es Gabriel Johnson. Dicen que el asesino se llevó su boca y lo colgó como a un ángel crucificado.

LA MUERTE YA NO TIENE POTESTAD

Memphis había tomado asiento en un banco abarrotado de la Iglesia Episcopal Metodista Madre Africana Sion, entre la tía Octavia e Isaiah. Al frente, el ataúd de Gabe resplandecía bajo una manta de lirios donados por la mismísima Mamie Smith. No había ni un solo sitio libre, y una multitud de hombres se había quedado de pie junto a la pared del fondo. Hacía calor en la sala, y las mujeres trataban de refrescarse con abanicos de madera proporcionados por la funeraria.

El pastor Brown se subió al púlpito e inclinó la cabeza en un gesto de dolor.

—Un joven, derribado en la flor de su vida por una violencia tan atroz... Es casi imposible de soportar...

La gente lloraba y suspiraba mientras el pastor Brown hablaba sobre el difunto amigo de Memphis, acerca de su prometedora vida, que había terminado demasiado pronto. Memphis tragó con dificultad al pensar en la discusión que habían tenido la noche en que lo mataron. Deseó poder dar marcha atrás, hablar las cosas con calma. Deseó poder impedir que Gabe se marchase solo de la fiesta. Si se hubieran ido juntos, ¿seguiría vivo? Se sacó del bolsillo la pata de conejo de la suerte de Gabe. La señora Johnson se la había dado antes diciéndole: «Él habría querido que la tuvieras tú. Eras como un hermano para él». Memphis la apretó con fuerza en la mano.

—La muerte ya no tiene potestad sobre el hermano Johnson —tronó el pastor Brown.

—Amén —dijo una mujer.

—Pues la Biblia nos asegura: «Así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva. Porque si nos hemos unido a Cristo en su muerte, así también nos uniremos a él en su resurrección». Así habló el Señor.

—Aleluya —gritaron varias personas. Y a continuación—: Palabra del Señor.

—Recemos ahora por nuestro hermano, Gabriel Rolly Johnson, que Jesucristo lo acoja en su seno y encuentre la paz eterna. Amén.

—Amén —contestaron los feligreses.

El coro comenzó a cantar un himno religioso, y las desconsoladas notas de aquella melodía conocida inundaron a Memphis. Como si de piedras en los bolsillos se tratase, lo arrastraron hacia las terribles profundidades de un océano de dolor. La tía Octavia lloraba tras su pañuelo repitiendo quedamente entre lágrimas: «Señor, Señor». De vez en cuando, estiraba una mano enguantada y apretaba la de Memphis para consolarlo, pero su sobrino permanecía incommovible, con los ojos totalmente secos. El joven bajó la mirada hacia Isaiah, que no había dejado de contemplarse los zapatos. Pensó en lo que su hermano le había dicho a Gabe en el drugstore del señor Reggie: «Morirás». ¿De verdad había visto Isaiah que a Gabe iba a ocurrirle algo? ¿Y

si alguien los había oído hablar? ¿Y si alguien se lo contaba a la policía? Tenía que proteger al pequeño, costara lo que costase.

Tras la ceremonia, el cortejo fúnebre realizó su desfile lento y afligido por Broadway. El Club Elks había pagado el entierro, y habían insistido en ofrecerle a Gabe una despedida adecuada. Encabezaban la comitiva luciendo sus bandas, con Papá Charles al frente, con el sombrero sujeto a la altura del pecho. Tras él, varios de los mejores músicos de Harlem tocaban una triste melodía con sus trompetas, acompañados por un coro de mujeres vestidas de negro. Un camión con plataforma cargaba con el ataúd de Gabe por las calles hasta su lugar de descanso temporal, la Funeraria Merrick. Más adelante, su familia lo enterraría. Los periodistas se apelotonaban a lo largo del recorrido, tomando notas y sacando fotos, quitándose los sombreros en el último momento al paso del féretro. Memphis caminó tras el ataúd con pasos lentos y cuidadosos hasta llegar a la funeraria. No había entrado allí desde la muerte de su madre, y en aquel momento no fue capaz de enfrentarse a ello.

—Voy a tomar un poco el aire —le explicó a Octavia, que le dio unas palmaditas en la mejilla, lo llamó «pobrecito» y le hizo un gesto con la mano para que se marchase.

Memphis se escabulló tratando de pasar desapercibido entre el gentío que intentaba echarle un vistazo a la última víctima del Asesino del Pentágulo. Algunos no eran más que mirones indiscretos. Otros estaban furiosos e increpaban a los policías exigiéndoles respuestas. ¿No habían cogido al asesino? ¿No estaba entre rejas? ¿Y ahora qué? ¿Qué estaban haciendo para proteger a los ciudadanos de Nueva York? ¿Cuándo volverían a sentirse seguros? Los agentes guardaban silencio.

En la esquina, Memphis vio a la chica del museo. ¿No se suponía que estaban ayudando a coger a aquel asesino? ¿Por qué no lo habían atrapado ya? El muchacho estaba rebosante de ira, así que se acercó a Evie O'Neill y le dio unos golpecitos en el hombro. La muchacha tardó unos segundos en reconocerlo.

—Es usted. Señor Campbell.

—¿Todavía no saben quién es el asesino?

—Todavía no.

Memphis asintió, con la mandíbula apretada.

—¿Conocía... conocía al fallecido? —le preguntó la chica.

—Era mi mejor amigo.

—Lo siento muchísimo —dijo, y Memphis pensó que parecía sincera.

No como aquellos reporteros, que le decían «lamento su pérdida» y a continuación le preguntaban si su mejor amigo era yonqui o si creía que la culpa la tenía el jazz.

—¡Memphis!

Al escuchar la voz de Zeta, tanto Memphis como Evie volvieron la cabeza. Se

acercaba corriendo calle abajo, aún con el maquillaje de escena en la cara, con tan solo un abrigo sobre el traje del espectáculo. Evie se fijó en las lentejuelas que asomaban por debajo. Zeta le dio a Evie un abrazo rápido y luego se volvió hacia Memphis.

—He venido en cuanto me he enterado.

—¿Os... os conocéis? —preguntó Evie.

—Se ha ido —dijo Memphis, y la voz se le rompió al pronunciar la última palabra—. Gabe se ha ido.

Zeta le dedicó palabras suaves y consoladoras a Memphis, y Evie se sintió extraña allí plantada, sin abrir la boca.

—Siento mucho lo de su amigo —dijo, pero sus palabras sonaron huecas.

Memphis se volvió hacia ella, con el rostro endurecido.

—Quiero ayudarla a encontrar al asesino de Gabe.

—Hay algo que nos resultaría muy útil —comenzó a decir Evie un tanto insegura—. Nos ayudaría poder tener algo de la víctima... eh... de Gabriel. Preferiblemente algo que llevara con él la noche de su muerte.

—¿Y por qué iba a ayudarles eso? —la desafió Memphis.

—Por favor —le rogó Evie—, por favor, confíe en mí. Deseamos atraparlos tanto como usted.

Memphis se metió la mano en el bolsillo y sacó la pata de conejo.

—Era su amuleto de la suerte. Nunca salía sin él.

—Gracias. Le prometo que lo cuidaré mucho —dijo Evie, pero Memphis no la estaba escuchando.

Zeta había entrelazado su mano con la del joven y ambos se miraban el uno al otro como si no existiera nada más en el mundo. Evie se alejó para que pudieran continuar con su conversación privada y silenciosa.

La prensa se amontonaba contra las barricadas pidiendo comentarios, intentando sonsacar declaraciones, pero los policías se mantenían firmes, con la boca cerrada. T. S. Woodhouse estaba en el centro, en primera línea. Evie trató de escapar sin que la viera.

—Vaya, pero si es la reina de Saba —dijo, y le bloqueó el paso—. Tenemos que dejar de vernos así.

—Entonces ¿por qué no se larga?

—No estará enfadada por lo de ese reportaje, ¿verdad?

—¡Pues sí! Le pedí un favor y usted me lo pagó robándome la pista y publicándola en los periódicos.

T. S. Woodhouse estiró los brazos en un gesto conciliatorio.

—Soy periodista, señorita O'Neill. Deje que se lo compense. Dígame lo que sabe sobre esto y le dedicaré a usted un artículo en exclusiva. Tal vez incluso le consiga

unas cuantas líneas en una columna para que escriba lo que quiera. Será la *flapper* más famosa de Manhattan.

—Lo siento... Ya no hablo con reporteros.

Echó a andar y Woodhouse se apresuró a seguirla.

—Venga, Saba. Los polis no nos dan nada más que la misma bazofia de siempre. Sabemos que Jacob Call no puede ser el Asesino del Pentáculo, excepto que sea capaz de eliminar a alguien desde la cárcel o tenga un cómplice. Eh... un cómplice. Esa es buena.

—Adiós, señor Woodhouse.

El reportero agarró a Evie por el brazo y ella le lanzó una mirada asesina hasta que el hombre se vio obligado a soltarla. Woodhouse hizo un gesto con la cabeza en dirección a los demás periodistas.

—Estos tipos me llevan ventaja, no tengo artículo para hoy. No he parado de dedicarle flores al museo de su tío Will. Yo también estoy intentando hacerme un nombre aquí, ¿lo entiende?

Claro que lo entendía. También comprendía que T. S. Woodhouse haría cualquier cosa, diría cualquier cosa, pisaría a cualquiera con tal de conseguir su artículo. Había sido un error hacer tratos con él. Y ya era hora de que se llevara su merecido.

—Muy bien, señor Woodhouse —empezó a decir Evie—. Creemos que el asesino trabaja siguiendo un texto místico, el *Ars Misterium*.

—¿Sí? —dijo el reportero casi salivando ante el dato—. Eso es bueno.

—Además, no le diga ni una sola palabra de esto a nadie, ni siquiera a su editor. —Evie se mordió el labio y miró exageradamente a un lado y a otro para asegurarse de que nadie les oía—. Pero creemos que el siguiente asesinato tendrá lugar esta noche, en el puente Hell Gate. Puede que quiera acudir con su fotógrafo.

—¿Lo dice en serio?

—¿Cree que le mentaría a un miembro tan destacado de la prensa?

T. S. Woodhouse sopesó su ambición frente a la historia de Evie. La chica lo dedujo de la expresión de su boca.

—Gracias, Saba —dijo al fin.

—Ni lo mencione... Y lo digo también literalmente, señor Woodhouse.

Había sido un día terriblemente horroroso, pero mientras se alejaba del periodista, Evie no pudo evitar sentir una punzada de satisfacción al pensar en T. S. Woodhouse aquella noche, helándose a causa del gélido viento del puente Hell Gate, esperando una noticia que jamás se produciría mientras todos los demás reporteros le tomaban ventaja.

LA MISMA CANCIÓN

—¡Maldita sea!

Will apagó el cigarro con fuerza en el cenicero.

Los cuatro —Evie, Jericho, Sam y Will— estaban sentados a una de las largas mesas de la biblioteca. El tío Will había cerrado antes el museo a pesar de las multitudes que reclamaban visitas guiadas a lo sobrenatural a cargo del mayor experto en ocultismo de Manhattan.

—Va a seguir matando, y siempre iremos un paso por detrás de él.

—No tiene por qué ser así —dijo Evie, y le sostuvo la mirada a su tío—. Yo puedo descubrir lo que necesitamos saber.

—¿Cómo? —preguntó Jericho.

—Con esto.

Evie depositó la pata de conejo de Gabe sobre la mesa.

Sam enarcó las cejas.

—¿Pretendes atrapar a un asesino con un trozo de piel muerta?

—Pertenece a Gabriel Johnson. Lo llevaba con él la noche en que murió. —Evie miró a Will—. Tío, puedo leerlo. Sé que puedo. Solo necesito que me des una oportunidad.

—¿Leer el qué? —preguntó Jericho.

La expresión de Will se tornó amenazadora.

—¿De dónde has sacado eso?

—De un amigo suyo.

Will sacudió la cabeza.

—Es demasiado peligroso, Evangeline.

Evie se levantó de su asiento de un salto y le asestó un puñetazo a la mesa. Ya estaba harta de la reticencia de Will. Lo habían intentado a su manera, y lo único que habían conseguido era otro cadáver.

—¡Es demasiado peligroso no intentarlo siquiera!

Jericho miró a Sam, que se encogió de hombros.

—A mí no me mires. Yo no sé nada —dijo Sam.

—Ahí fuera hay un asesino y tenemos que detenerlo como sea —suplicó Evie—. Por favor.

—Esto es una locura —susurró su tío.

Se pasó una mano por el pelo.

—¿Podría contarme alguien qué es lo que está sucediendo, por favor? —rogó Jericho.

—Soy Adivina —contestó Evie.

—¡Evangeline!

—¡Tienen que saberlo, tío! Estoy cansada de mantenerlo en secreto. —Se volvió hacia Jericho y Sam—. Puedo leer las cosas. Un anillo, un abridor de cartas, un guante... para mí son más que simples objetos. Dadme vuestro reloj y podría deciros lo que tomasteis para cenar... o vuestros secretos más oscuros. Depende. —Volvió a mirar a Will—. ¿Qué me dices, tío?

Con las manos a la espalda, Will dio una vuelta completa a la biblioteca. Se detuvo junto a Evie y la miró durante un rato incómodamente largo.

—Lo haremos de una forma controlada. ¿Lo entiendes?

—Como tú digas, tío.

—Yo te guiaré. No profundices demasiado, Evangeline. Debes mantenerte a distancia. Como una espectadora.

—Veré qué puedo encontrar y volveré.

—Si te sientes remotamente amenazada, debes soltarlo de inmediato.

—Lo he pillado, tío.

—Me alegro de que alguien lo entienda —intervino Sam sacudiendo la cabeza.

—Se hará evidente dentro de un momento —contestó Will—. Evie, ven a sentarte aquí.

La chica se instaló en un sillón de cuero.

—¿Estás cómoda? —quiso saber su tío.

—Sí.

El corazón le latía a toda prisa y tenía la boca seca. Esperaba estar a la altura de aquello.

—Recuerda, si te asustas lo más mínimo...

—Lo comprendo, Will —le aseguró.

—Will, ¿esto es seguro? —preguntó Jericó.

—Cuidaré de ella —lo tranquilizó Will—. Puedes empezar cuando quieras, Evie.

Will depositó la pata de conejo entre las manos abiertas de Evie. La muchacha cerró los ojos y palpó las costuras del amuleto, expectante. «Vamos —pensó—. Por favor...». Le costó unos segundos conectar, pero una vez que estableció el vínculo, las imágenes del día de Gabe le llegaron en un caos vertiginoso. Evie se sintió como si se hubiese lanzado a un lago helado e intentara abrirse camino hacia la superficie chapoteando.

—No puedo... No puedo distinguirlas...

—Tranquilízate. Tómate tu tiempo. Respira y concéntrate —le pidió Will.

La respiración de Evie se acompasó. La oía, junto con el suave fluir de su sangre. Las imágenes más tempranas e inconsecuentes del día de Gabriel habían desaparecido. Estaba con él en las calles oscuras de la noche de Harlem. Veía la escena borrosa, como si fuera una fotografía sin acabar de revelar, pero pudo distinguir a Gabriel caminando bajo las vías de la línea elevada, y sentir lo que él

sentía.

—Está enfadado por algo... —dijo Evie con la voz entrecortada.

—No te acerques demasiado —le advirtió Will.

Su sobrina volvió a respirar hondo. La imagen se tornó un poco más nítida cuando Evie se concentró. El parpadeo de un neón lejano, incluso el olor del humo y la basura, comenzaron a cobrar vida en su mente. Oyó pasos, un repiqueteo extraño y hueco.

—Alguien lo está siguiendo.

—Cuidado, Evie.

—La niebla lo ha invadido todo de repente, pero hay alguien a sus espaldas.

Lo primero que vio fue el bastón, un objeto de plata con la cabeza de un lobo. El hombre que lo llevaba aún estaba envuelto en la penumbra y la niebla. Gabe preguntó a gritos si había alguien ahí y, al no obtener respuesta, siguió caminando bajo la gran sombra de las vías elevadas. Evie tan solo podía ver lo que veía Gabriel. Pero oía las pisadas lentas y acompasadas que retumbaban en la calle. Percibió la primera punzada de miedo de Gabe. Y luego oyó el silbido.

Evie ahogó un grito.

—¡Es la misma canción!

—Evie, ya es hora de parar —le ordenó Will, pero ella no tenía ninguna intención de dejarlo.

Estaba cerca. Muy cerca.

Pisadas. Próximas. «Un, dos, clic. Un, dos, clic». El bastón centelleó en la niebla.

—Es él. Se acerca...

—Evie. Para —exigió Will.

La joven se aferró a la pata de conejo con fuerza. El hombre salió de entre las sombras y el pulso de Evie se aceleró.

—¡Lo veo!

—¡Evie, para! —rugió Will.

Dio varias palmadas estrepitosas y Evie salió del trance. Su sobrina dejó caer el amuleto y parpadeó, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Lo conozco! ¡Lo he visto antes! —exclamó.

Echó a correr hacia la vasta colección de notas y archivos que habían reunido entre todos y apartó papeles a un lado y a otro hasta que encontró lo que estaba buscando. Sentía mariposas en el estómago a causa del entusiasmo y la incompreensión.

—Es él —dijo al tiempo que aplastaba sobre la mesa la fotografía de John Hobbes que publicaron los periódicos—. El hombre de debajo del puente era John Hobbes. Gabriel Johnson fue asesinado por un difunto.

SOLO SON HISTORIAS

Will observaba el fuego con atención. Tenía la mandíbula apretada.

—¿Cómo es posible, tío Will? ¿Cómo es posible que un hombre que lleva cincuenta años muerto matara a esas personas?

—Viste a alguien que se parecía a él, muñeca. Eso es todo —intervino Sam.

—¡Sé muy bien lo que vi!

—Ya te lo he dicho... es el poder de la sugestión. Hemos repasado toda la leyenda de John Hobbes y habías visto su careto en los periódicos, así que ya lo tenías en la cabeza cuando entraste en trance. Le pusiste al asesino la primera cara que te vino a la mente.

—¡Deja de mirarme así, por favor! —le espetó Evie a Jericho, que apartó la mirada de inmediato, ruborizado. Las minúsculas garras de un nuevo dolor de cabeza comenzaban a arañarle el cráneo—. Tío, no has contestado a mi pregunta. ¿Cómo puede haber asesinado John Hobbes a Gabriel Johnson y, probablemente, a todos los demás?

Sam le rodeó los hombros con un brazo a la chica.

—Te lo estoy diciendo, preciosa, no era él.

—Es él —dijo Will rompiendo al fin su mutismo.

La habitación se sumió en el silencio, excepto por el crujir de los troncos que el fuego consumía poco a poco.

—Will —dijo Jericho al cabo de unos segundos—, no puedes estar diciendo en serio que crees que un fantasma es el asesino de esas personas, ¿verdad?

—Pues sí —contestó con voz áspera.

—No pretendo ofenderle, profesor... Su museo es genial... pero los fantasmas no existen —dijo Sam.

—Pareces estar muy seguro de eso, ¿no? —Will se volvió hacia ellos. La luz del fuego le proyectaba sombras sobre la cara—. Hay puertas entre este mundo y el mundo de lo sobrenatural. Fantasmas. Seres demoníacos. Lo inexplicable y lo indefinido. Lo misterioso. Tengo libros y archivos enteros dedicados a ello.

—Pero eso solo son historias que cuenta le gente —repuso Evie.

El dolor de cabeza comenzaba a extenderse por detrás de los ojos.

—En este mundo no hay poder mayor que el de las historias. —Will comenzó a caminar de un lado a otro por la sala—. La gente piensa que los límites y las fronteras construyen naciones. Tonterías... Son las palabras las que lo hacen. Creencias, declaraciones, constituciones... Palabras. Historias. Mitos. Mentiras. Promesas. Historia. —Will cogió uno de los fajos de recortes de periódico que descansaban sobre su escritorio—. Esto, y todo eso —hizo un gesto en dirección a las abarrotadas estanterías de la biblioteca— es un testimonio de la rica historia de lo sobrenatural de

este país.

—Pero, Will, no solo estás afirmando que existen los fantasmas, sino que estás diciendo que pueden regresar de entre los muertos y matar —señaló Jericho.

Will se dejó caer sobre su silla, pero continuó dando golpecitos rítmicos en el suelo con un pie.

—Lo sé. Imposible. No deberían ser capaces de hacerlo... —dijo más para sí mismo que para cualquier otra persona—. He estado alerta.

—¿Alerta respecto a qué? —preguntó Jericho.

La silla no pudo retenerlo y Will se puso de nuevo en pie y retomó los paseos. Por el camino, cogió otro montón de recortes de periódico del escritorio.

—Respecto a esto. Apariciones de fantasmas. Actividad paranormal. A lo largo del último año, se ha incrementado. En lugar de unas cuantas noticias aquí y allá, se han producido cientos, todos los días se mencionaba algo.

—¿Y crees que está relacionado con nuestro caso, que John el Travieso ha regresado de entre los muertos?

Evie se llevó una mano a la sien y se la frotó.

—Estoy seguro de ello —contestó su tío—. La pregunta no es si John Hobbes ha regresado de entre los muertos, sino cómo y por qué.

—Los fantasmas existen. Los fantasmas son reales —susurró Evie para sí como si fuera un mantra. Levantó la vista y se encontró a Jericho observándola con fijeza—. ¿Qué pasa?

—Nada —respondió él, y volvió a apartar la mirada a toda velocidad.

Will cayó en la tentación y se encendió un cigarrillo. Le dio varias caladas antes de volver a hablar.

—Las partes del cuerpo —dijo al tiempo que soltaba una bocanada de humo—. Creo que necesita ingerirlas para hacerse más fuerte. Más corpóreo. El espíritu hecho carne. Una perversión de la transustanciación. Se vuelve más fuerte con cada asesinato. En estos momentos ya es muy poderoso. Pronto, será imparable.

Evie se estremeció con solo pensar en ello.

—¿Y entonces?

—El Armagedón. El infierno en la tierra, literalmente.

—Pero en realidad no puede convertirse en una especie de Anticristo, ¿verdad? —preguntó Jericho.

—Él cree que puede transformarse en la Bestia por medio de este ritual. La fe lo es todo. Y, además, no entendemos todo lo que es capaz de hacer. Aquí no estamos jugando según las reglas de nuestro mundo, Jericho. Son sus reglas... Las reglas del mundo de lo sobrenatural.

—Entonces ¿cómo lo frenamos? —quiso saber Evie—. ¿Cómo le ponemos freno a un fantasma?

—Tenemos que ponernos a su altura. Tenemos que eliminarlo mediante sus propias creencias. Si la última página del Libro de los Hermanos contenía alguna especie de conjuro o hechizo para librarse de John Hobbes, necesitamos averiguar qué decía esa página. Y debemos resolver el misterio de su conexión con ese libro. ¿Por qué es tan importante para él?

Evie abrió el Libro de los Hermanos y pasó los dedos por el borde irregular allí donde se había arrancado la última página. Quedaban tres ofrendas: la Destrucción del Ídolo de Oro, el Lamento de la Viuda y la Boda de la Bestia y la Mujer Vestida de Sol. Retrocedió varias páginas hacia las ofrendas anteriores.

—El cadáver encontrado en Belmont en 1875... Aquella tuvo que ser la tercera ofrenda, el Jinete Pálido Montando a la Muerte ante las Estrellas —afirmó.

—Y, aparte de Ida Knowles, encontraron exactamente diez cuerpos en el sótano de Knowles' End —señaló Jericho.

—Los diez sirvientes del señor —dijo Evie, emocionada—. Una lavandera y una doncella desaparecieron, al igual que varias personas que se hospedaban allí. Todos podrían considerarse criados. La segunda ofrenda. Oh, tío. ¡Encaja!

—¿Y cuál era la primera ofrenda? —preguntó Sam. Luego, levantó las dos manos—. Solo os sigo el juego, yo no me trago lo de los fantasmas.

Evie estudió la imagen de lo que parecía una casa o un granero.

—La primera ofrenda... El Sacrificio del Fiel. Ida Knowles era creyente. Al menos lo fue durante un tiempo.

—Pero no fue la primera —dijo Jericho.

—Cierto —admitió Evie con un suspiro.

El tío Will cogió otro cigarrillo.

—No me gusta que fueras a Knowles' End, Evie. No con lo que sabemos ahora.

—Pero si no es más que una casa, tío.

—Una casa terrible, antaño llena de cadáveres —repuso Sam alegremente—. Estoy seguro de que está genial en la época de Navidad.

—Es su casa —dijo Will—. Es su guarida, y me imagino que los intrusos no serían precisamente bienvenidos. Evie, Mabel y tú no os dejaríais nada allí, ¿verdad?

Evie pensó en el trozo de tela que se quedó prendido del conducto de la colada. Era demasiado pequeño... demasiado pequeño como para ser visto. ¿O no?

—No, tío.

—¿Por qué no nos limitamos a ir allí y quemarla hasta los cimientos? —preguntó Sam.

—Porque no sabemos muy bien con qué tipo de entidad estamos tratando —explicó Will—. ¿Y si eso tan solo consiguiera hacerlo más fuerte? No. Hasta que no hayamos contestado a la pregunta de por qué John el Travieso está reconstruyendo este ritual, por qué le afecta, y hayamos averiguado qué decía la página que falta,

nuestra única esperanza es impedir que vuelva a matar. Sabemos que tiene que completar los asesinatos antes de la llegada del cometa de Salomón...

—Que será dentro de cuatro días —les recordó Jericho a todos.

—Si podemos evitar que termine su tarea a tiempo, perderá por incumplimiento. El tiempo es fundamental.

Sam jugueteó con una moneda sobre los nudillos de su mano derecha, la lanzó por los aires y la atrapó limpiamente con la izquierda.

—¿Tiene intención de contarle al detective Malloy que está persiguiendo al fantasma de un asesino al que ahorcaron hace cincuenta años? No me importa lo buen amigo suyo que sea, profesor... nos encerrará a todos en el loquero.

—Sam tiene razón —concedió Jericho.

Will hizo un gesto de asentimiento.

—Cierto. No podemos contárselo a Terrence. Estamos solos en esto. Evie, ¿cuál es la siguiente ofrenda?

Evie regresó a la página correcta.

—La Destrucción del Ídolo de Oro. «Y, mirad, ellos no creían pero fueron seducidos por el becerro de oro. Pagaron tributo a falsos ídolos y fueron condenados por ello. Y la novena ofrenda surgió de la lujuria y el pecado. El becerro de oro fue destruido, despojado de su piel de deshonra y depositado sobre el altar del Señor. Y la Bestia estuvo satisfecha». —Evie levantó la mirada para descubrir que Jericho seguía mirándola de aquella manera tan incómoda—. Por todos los santos, Jericho, ¿qué pasa? ¿Me ha salido una segunda cabeza?

—Lo siento. Es solo que... no eres lo que pensaba.

El muchacho no pretendía que sonara así.

Evie estaba cansada y asustada, y la jaqueca se había apoderado de ella por completo. Y encima Jericho pensaba que era un bicho raro. Le tenía miedo. Ella creía que, de algún modo, las cosas serían diferentes con Jericho. Era un gran pensador, un filósofo, pero en realidad no era distinto de las mentes pequeñas de su pequeña ciudad. Enfadada, le agarró una mano fría y colocó la suya sobre su reloj.

—Tienes razón, soy un auténtico mono de feria —dijo. El joven intentó zafarse de ella, pero Evie introdujo los dedos bajo el reloj—. ¿Qué te parece, Jericho? ¿Quieres que te cuente tus secretos? ¿Todas las mentirijillas que le ocultas al mundo?

—¡No!

Jericho apartó la mano de la de Evie con tanta rapidez que estuvo a punto de perder el equilibrio.

A la chica se le llenaron los ojos de lágrimas y se le formó un nudo en la garganta. No tenía ni la más mínima intención de ponerse a llorar allí, así que se marchó corriendo de la biblioteca y se encerró en el baño.

—Buen trabajo, Gigantón —gruñó Sam, y salió tras ella.

Sam se sentó en el suelo, al otro lado de la puerta del baño, con la esperanza de que Evie pudiera oírlo.

—Muñeca, no me importa que seas capaz de leer todos y cada uno de mis secretos. Ni siquiera me importaría que me tuvieras sentado aquí fuera toda la noche. Bueno, a mis piernas sí les importaría, pero no les hagas ni caso... Les gusta quejarse.

Evie no respondió y Sam dejó escapar una bocanada de aire contenido. Nunca había conocido a ninguna otra persona con un don extraño. Jamás. Así que eran dos. Una pareja. Una pareja estaba bien.

—No eres ningún bicho raro. Solo quiero que lo sepas.

Silencio.

—Tómate tu tiempo, muñeca. Ya sabes dónde encontrarme. Te guardaré el sitio. En el interior del baño, Evie recostó la cabeza contra la puerta.

—Gracias —susurró, aunque Sam ya no estaba allí para escucharlo.



El extraño estaba de pie en medio de la oscuridad del sótano, escuchando los susurros que la casa le dedicaba. Sabía que algo no iba bien. La casa se sentía violada. Sucia. Tendría que volver a pintar los símbolos para devolverle su pureza. «Ungid vuestra carne y preparad las paredes de vuestras casas». La alianza sagrada continuaba.

John el Travieso arrancó el retal del abrigo de Evie del borde del conducto de la colada. Una vez más, la casa le susurró. Una chica. Una chica había cometido aquella violación. Pagaría por su falta. Pero primero debía preparar la casa a tiempo para la ofrenda del día siguiente.

Silbando su vieja melodía, palpó en busca de la puerta secreta. Se abrió para él y dentro lo recibieron con suspiros y susurros.

LA NOVENA OFRENDA

Cuando el detective Malloy fue a visitarlos la tarde siguiente, no parecía contento. Hizo un gesto en dirección a la multitud de visitantes.

—El negocio va bien, por lo que veo.

—En unas cuantas semanas, hemos pasado de estar olvidados a ser la novedad de la ciudad —dijo Will.

Dos universitarias risueñas le pidieron un autógrafo a Will y él se lo negó educadamente, para decepción de las muchachas.

El detective Malloy observó el intercambio.

—Ese es el problema.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Evie.

Nunca había visto al detective con una pose tan formal. Estaba incómodo, aquello resultaba evidente. Pero la chica no tenía ni idea de por qué. Al fin y al cabo, ¿no debería alegrarse de que el museo de su viejo amigo funcionara al fin?

El detective bajó la voz.

—Will, se rumorea que podrías estar involucrado en los asesinatos.

El profesor abrió los ojos de par en par.

—¿Qué?

—¡Eso es un disparate! —protestó Evie.

—Lo sé. Pero no tiene buena pinta... el tipo que lo sabe todo sobre el ocultismo, que nos facilitó la pista de Jacob Call, cuyo museo se ha convertido en la atracción más visitada de la ciudad y del que escriben en todos los periódicos...

—Yo no tuve nada que ver con esos artículos de periódico, te lo aseguro —le espetó Will, y Evie esperó que nadie se diera cuenta de que se había sonrojado.

—Solo te digo que tal vez quieras mantenerte al margen. Dejárselo a la policía.

—Pero estamos muy cerca —intervino Evie—. Vamos a encontrarlo.

Deseó que pudieran contarle al detective Malloy a qué se enfrentaban en realidad, pero, por supuesto, era algo imposible. ¿Cómo iban a confesarle que buscaban a un fantasma? Los encerraría para el resto de sus días.

—Will, te lo estoy diciendo como amigo, estás fuera del caso. Vuelve a dar clases. A partir de ahora me encargo yo.

El tío Will se puso firme.

—¿Y si me niego?

—Entonces estarás solo. No puedo protegerte. —El detective Malloy volvió a ponerse el sombrero—. Fitz, no hagas ninguna estupidez. Hay que saber cuándo retirarse.

—¿Vamos a retirarnos? —pregunto Evie una vez el detective se hubo marchado.

—Ni locos.

A última hora de la tarde, Evie, Jericho, Sam y Will estaban una vez más arremolinados en torno a la mesa de la biblioteca.

—La novena ofrenda, la Destrucción del Ídolo de Oro —dijo Evie, y soltó un taco en voz muy baja—. Está ahí fuera a punto de matar de nuevo y no tenemos ni idea de adónde se dirige.

Enterró la cabeza entre las manos.

—Evangeline, no dejes que la frustración te supere. Pensad. Ídolos de oro...

Will hacía girar la rueda de su mechero de plata; las chispas saltaban y él las apagaba con el pulgar.

—Oro. Dinero, avaricia... Wall Street, ¿un banquero o bróker? —propuso Jericho.

—¿El palacio dorado de Chinatown? —sugirió Sam.

Evie percibió el agotamiento en su voz.

—En la Biblia aparece un becerro de oro. Pero no podemos estar seguros de que la ofrenda sea una referencia bíblica. El Libro de los Hermanos es un pastiche, ¿lo recordáis? —dijo Will.

—Probablemente nos pasemos aquí toda la noche —dijo Evie con un suspiro.

—No creo que tengamos toda la noche —señaló Jericho.

—Ninguno de vosotros ha comido —dijo de pronto Will, y Evie supo que su tío debía de tener hambre, porque de lo contrario jamás habría dicho nada—. Voy a ir a Wolf's Delicatessen en Broadway para comprar unos cuantos sándwiches de pastrami. Seguid trabajando. No tardaré.

—Déjame ver eso —dijo Evie cuando Will se marchó, y le quitó la Biblia de las manos a Jericho.

No habían intercambiado más que unas cuantas palabras desde que el joven descubriera que Evie era Adivina. A ella aún le escocía su comentario. Evie leyó el pasaje de la Biblia una y otra vez en busca de alguna pista, pero no se le ocurría nada.

—Venerar a falsos ídolos, venerar a falsos ídolos... —Algo intentaba cobrar forma en su mente—. ¿Cómo se llama...? —Se interrumpió a medio pensamiento y comenzó a pasar páginas en la Biblia como una loca. Puso el dedo sobre un pasaje—. Baal —dijo de pronto—. La adoración de Baal. Oh, Dios...

—¿Qué pasa, muñeca? —le preguntó Sam.

—Sé dónde actuará a continuación —contestó Evie, que ya estaba cogiendo el abrigo y el sombrero.

—¿Adónde vamos?

—¡Al Teatro Globe! —gritó la chica.

—¿Qué hay en el Globe? —preguntó Jericho.

—La revista de Ziegfeld —contestó Sam, y echó a correr tras Evie.

LA PEQUEÑA BETTY SUE BOWERS

Zeta estaba sentada ante el espejo de su tocador limpiándose los restos de maquillaje de la cara. Los espejos estaban rodeados de pañuelos y boas de plumas. La encargada de vestuario ya había recogido los trajes que las chicas habían abandonado a toda prisa para ir a reunirse con sus admiradores esporádicos y sus novios corredores de bolsa. Era la única que quedaba en el teatro. A Zeta siempre le había gustado la sensación de hallarse en un teatro vacío.

Tenía seis años cuando realizó su debut en el emporio musical de Peoria, Illinois, como la Pequeña Betty Sue Bowers, vestida con un pichi rojo, blanco y azul y unos zapatos de claqué plateados que brillaban bajo las luces. Cantó y bailó al ritmo de *God Bless America* mientras su autoritaria madre adoptiva articulaba todas y cada una de las palabras de la letra entre bambalinas. El público quedó fascinado. «La Diablilla de los Tirabuzones», la llamaban, y «Betty la Muñequita». Pronto comenzó a participar en el circuito teatral del Medio Oeste. Zeta odiaba los vodeviles, odiaba las horas de trabajo, las frías habitaciones entre bastidores, los «caballeros» lascivos que la invitaban a sentarse en sus regazos. Recorrer el país de un lado a otro, todas aquellas ciudades pequeñas y sus agonizantes teatros de variedades. Todas las noches, la señora Bowers le llenaba la cabeza de rulos y le daba un azote en el culo con el cepillo del pelo tras decirle: «No te lo estropees». Zeta se sentía demasiado aterrorizada para dormir, tenía miedo de que se le soltaran los rulos y de recibir otro azote, mucho más fuerte, por la mañana. Nunca había ido al colegio. Nunca había celebrado una fiesta de cumpleaños ni tenido un amigo de verdad.

Para cuando cumplió los catorce, ya estaba claro que Zeta no podría seguir siendo la Diablilla de los Tirabuzones. Su cuerpo y su cara se estaban convirtiendo en los de una mujer, con unas piernas largas y bien torneadas y una boca carnosa. Era demasiado mayor para desempeñar el papel de la niña adorable, y demasiado joven para actuar en los números más atrevidos. Estaba a punto de convertirse en una persona no apta para el trabajo. Acababan de firmar para un espectáculo de un mes de duración en el Palace de Kansas City cuando la muchacha conoció a un atractivo vendedor de refrescos llamado Roy. Se escapó con él dos semanas después. Aquello resultó ser un error aún más grande que quedarse con la señora Bowers. Al principio, Roy había hecho que se sintiera protegida. Pero muy pronto se obsesionó con ella... lo que se ponía, adónde iba, a quién veía. Una vez incluso la encerró en el cuarto de baño durante toda la noche mientras él salía de juerga con sus amigos. Zeta forzó la cerradura y se escabulló por una ventana del segundo piso para largarse. A Roy no le hizo ninguna gracia. En absoluto.

A la mañana siguiente, con el ojo hinchado y morado y el labio abierto, intentó volver con la señora Bowers. Se presentó en el porche delantero de la casa de

huéspedes con su pequeña maleta de fieltro a cuadros. Las lágrimas le escocían en la boca malherida.

—Por favor, mamá, lo siento —le suplicó.

—Tú te lo guisaste, tú te lo comes, Betty Sue —le contestó la señora Bowers, y cerró la puerta.

Zeta había intentado ser lo que creía que debía ser una buena esposa, pero a Roy todo parecía molestarle. Llevaba las medias torcidas. La tostada estaba demasiado hecha. No llevaba el pelo largo, grueso como las cerdas de una escoba, arreglado como las mujeres decentes, y por eso parecía «¡una india piel roja cualquiera!». La casa no estaba lo bastante limpia. Si no conseguía un buen corte de carne en la carnicería, era un ama de casa terrible. Si se llevaba un buen filete, bueno, debía de haber flirteado con el carnicero. El escozor del cepillo del pelo no era nada comparado con los golpes de la mano de Roy. Las noches eran lo peor. Zeta apretaba los dientes y se quedaba mirando al techo, esperando a que aquello terminara cuanto antes. En una ocasión, intentó conseguir un papel en un número del Palace, pero Roy se lo prohibió y, en cualquier caso, las películas eran la nueva moda. Los teatros de revistas y variedades estaban casi acabados. A veces, cuando Roy estaba en el trabajo y el calor del restaurante de abajo se filtraba a través del linóleo y envolvía el apartamento en una calima vespertina, Zeta se desnudaba hasta quedarse en ropa interior, recogía las alfombras y bailaba al ritmo de la radio imaginándose que era Josephine Baker en el Folies Bergère de París. En aquellas fantasías no eran el amor y la adulación imaginadas del público, el deseo colectivo, los que la impulsaban. Más bien era la sensación de libertad absoluta, de bailar porque podía, de bailar porque le gustaba hacerlo y no porque fuera lo que se esperaba de ella.

Cantaba las canciones de moda con su voz ronca y los dedos de una mano extendidos sobre la esbelta curva de su vientre. La otra, la estiraba tanto como podía, como si, en cualquier momento, pudiera arrancar una estrella de los cielos o hacer un agujero en el paraíso para escaparse por él. Fue durante una de aquellas tardes bochornosas y sofocantes de la pradera cuando Zeta se perdió tan por completo en su insignificante vía de escape, cantando al ritmo de la radio y deleitándose con los movimientos de su cuerpo —sus miembros, sus caderas, solo suyos, suyos, suyos— que no oyó la llave de Roy en la cerradura.

—Vaya, vaya, vaya. Qué escenita, ¿no? —gruñó, y Evie se dio la vuelta con un grito ahogado para verlo ocupando todo el espacio de la puerta, con el pecho ligeramente inclinado hacia delante y los musculosos antebrazos apoyados contra las jambas, como un tirachinas nervudo a punto de disparar—. ¿A esto es a lo que te dedicas cuando yo estoy fuera, trabajando?

Había vuelto a casa borracho y enfadado. En la mente de Zeta comenzaron a zumbar los preparativos, las miles de minúsculas formas de congraciarse con él, las

esperanzadas ofrendas de paz y las distracciones de su rabia que necesitaría tener a punto para evitar una paliza.

—¿Quieres que te prepare algo de cena, Roy? Siéntate y relájate, que te hago un sándwich —dijo, con la esperanza de que su voz no reflejara su desesperación.

—¿Un sándwich? ¿Esa es tu idea de una cena casera? —gritó Roy.

Había elegido mal. Daría igual que chillara o llorase. Ya lo había hecho muchas veces. Nadie había acudido en su ayuda. Las cortinas echadas y las ventanas cerradas ignoraban su miseria. Así eran las cosas en aquella ciudad. Había aprendido a soportarlo en silencio. Había descubierto que así la paliza era más corta. La mano de Roy se enredó en su pelo, como podría haberlo hecho la de un amante, pero no hubo ni la más mínima ternura en el violento estirón que le llenó los ojos de lágrimas, que la obligó a inclinar el cuello hacia él, que le dobló el cuerpo de manera que solo pudo seguirlo como un perrito faldero. La primera bofetada fue una advertencia. La mejilla comenzó a escocerle.

—¿Quieres bailar, eh? —Bofetada—. A mí me gusta bailar. —Bofetada—. Bailemos, entonces. Quiero bailar con mi chica.

La empujó contra la cama y le sujetó ambos brazos por encima de la cabeza con una única mano enorme. Zeta contuvo un grito cuando notó que le arrancaba la endeble protección de la ropa interior, y otro cuando, con aquella misma mano, le asestó una lluvia de puñetazos que hizo que le sangraran los labios y le pitaran los oídos. Después Roy le separó los muslos bruscamente con los suyos, y Zeta tan solo pudo tragarse el miedo junto con el sabor metálico de su propia sangre.

El pánico despertó una sensación nueva y extraña en el interior de la joven, algo que no podía controlar. Recordaba que las manos se le pusieron cada vez más calientes, que le aumentó la temperatura de todo el cuerpo. Recordaba la expresión del rostro de Roy: la esclerótica de sus ojos agrandada, la boca que se abría a causa de la sorpresa antes de que un grito brotara de lo más profundo de sus entrañas.

Zeta cerró los ojos con fuerza. La mente siempre se le quedaba en blanco tras aquella parte, como una película a la que le faltara un rollo. Lo único de lo que se acordaba era del tren que llevaba a otro tren y, después, de Nueva York, adonde había llegado sucia, destrozada y medio muerta de hambre. Luego sobrevivió durmiendo en los bancos de los parques, refugiándose en el baño de señoras de la estación Grand Central y colándose en los cines para dormir durante el día, hasta que la echaban. Bajo el anonimato de la noche, robaba las botellas de leche que esperaban a ser recogidas en los portales. Esquivaba por los pelos a los hombres violentos que la observaban desde los callejones y los automóviles que reducían la velocidad a su paso. Podría haber seguido así durante mucho más tiempo si no hubiera visto a Henry sentado a una mesa cerca del escaparate del Automat de la Sexta Avenida, escribiendo sobre un papel blanco y fino, sin prestarle atención a su comida. Zeta

estaba a punto de desmayarse de hambre. Se aventuró a entrar y comenzó a merodear en torno a la mesa de Henry con la esperanza de robarle las sobras; entonces, sin mediar palabra, el joven le tendió la mitad de su sándwich. Al principio dudó... Zeta había aprendido mucho en la calle, y en la calle se decía que nunca debías aceptar nada de un extraño. Pero el hambre que sentía era como un animal que la devoraba desde dentro. La bestia de la voracidad ganó y la muchacha se comió el sándwich a tal velocidad que casi lo vomita. Aún en silencio, Henry se acercó a las máquinas iluminadas y relucientes, introdujo dos monedas de cinco centavos, esperó a que la bandeja se diera la vuelta, abrió la puertecita de cristal y primero sacó un trozo de pudín de arroz y luego un cartón de leche. Se los llevó a la mesa lacada y cubierta de migas y se los puso delante a Zeta. A continuación, observó cómo la chica se iba llevando el pudín a la boca con precisión mecánica y lo deglutía con cuatro rápidos tragos de leche, sin importarle que el líquido le resbalara por la barbilla formando dos regueros blancos. Después, la chica permaneció sentada, con los ojos vidriosos, en un estupor casi narcotizado, sintiéndose llena y revuelta a la vez.

—¿Cómo está? Soy Henry Bartholomew DuBois IV —le dijo Henry con un lento discurrir de sílabas con acento galés, al tiempo que le tendía una mano.

Tenía los dedos más largos y elegantes que Zeta hubiera visto jamás. En aquel chico, todo era claridad: el pelo largo, espeso, pardusco. Las cejas suaves y el pesado ribete de pestañas pálidas que hacía que la mirada de sus ojos estrechos y almendrados pareciera permanentemente soñolienta. Las desvaídas constelaciones de pecas de sus brazos, mejillas y nariz, que tan solo se hacían visibles a la luz del sol. Incluso su boca, dispuesta en una perpetua mueca de diversión, era tan solo un tono más oscura que su piel. Podría haber pasado completamente desapercibido, si no fuera por su excéntrica forma de vestir: un par de pantalones de tweed sujetos por unos tirantes que atravesaban una camisa de esmoquin blanca y almidonada, cubierta por un chaleco abierto, y, sobre la cabeza, un vivaz sombrero de paja con una cinta a rayas rojas y azules. Lo llevaba torcido, en un ángulo que insinuaba cierta picardía... o al menos impertinencia.

—Betty —se las arregló para decir, y le estrechó la mano brevemente.

Henry levantó la barbilla y la miró de arriba abajo, evaluándola.

—Ese nombre es terriblemente soso para una chica tan interesante.

La muchacha se esforzaba por mantener los ojos abiertos.

—¿Necesita un lugar donde quedarse? —le preguntó Henry en voz baja.

Zeta abrió los ojos de inmediato y cogió un cuchillo de encima de la mesa.

—Intente algo raro, tipejo, y lo lamentará.

—Bueno, la verdad es que, después de todo, odiaría encontrar mi final con un simple cuchillo de mantequilla —dijo Henry sin darle ninguna importancia al asunto—. Puedo asegurarle, Betty, que soy un caballero, y un hombre de palabra.

Zeta estaba muy cansada. Era como si el hambre hubiera sido la compuerta que contenía sus emociones. Pero alguien la había levantado, y la muchacha comenzó a sollozar sin moverse de la silla.

—No pasa nada, querida. Vamos.

Henry le confesó más adelante que nunca había visto a nadie tan hermoso llorar de una forma tan fea.

Zeta siguió a Henry hasta su casa, un apartamento de una sola habitación con goteras en el techo en St. Mark's Place, donde le ofreció una almohada y una manta. Mientras la chica se colocaba ambas cosas sobre el regazo, aún recelosa, Henry arrastró una vieja silla de mimbre hasta un piano desvencijado situado junto a una ventana que daba a un patio de luces. Tarareaba en voz baja y dibujaba notas en aquellas mismas hojas de papel llenas de rayas y manchas de tinta.

—Puede quedarse aquí todo el tiempo que quiera —dijo sin levantar la vista—. No hay señora de la limpieza. Las tuberías gotean. El baño del final del pasillo es compartido con diez vecinos muy raros. Hace frío en invierno y un calor del demonio en verano. En definitiva, no es mucho mejor que la calle. Pero es bienvenida de todos modos.

Zeta supuso que querría algo a cambio, pero en ningún momento intentó nada. Durmió toda la noche y gran parte del día siguiente. Cuando se despertó, se encontró con un pastel en un plato desportillado y, junto a él, una margarita fofa metida en una botella de leche vacía que sujetaba una nota:

Espero que haya dormido bien.
Le pediría que no me robara nada,
pero no hay nada que robar.
Puede quedarse todo el tiempo que quiera.

Atentamente, Henry DuBois IV

No tenía otro sitio adonde ir, así que se comió el pastel y lavó el plato. Luego lavó los otros platos y los colocó. Henry regresó a un apartamento tan limpio que tuvo que salir y volver a entrar para asegurarse de que no se había equivocado de puerta.

—No se llamará Blancanieves por casualidad, ¿verdad? —preguntó con ironía.

Compartieron un cuenco de fideos de una tienda que había debajo y hablaron hasta muy tarde.

Fue Henry quien la convenció para que se cortara el pelo a lo bob. Agarrados del brazo, fueron hasta la peluquería de la calle Bleecker, Zeta vestida con la ropa de Henry. La chica se sentó y permaneció completamente inmóvil, con la mirada al frente, mientras las tijeras zigzagueaban entre sus rizos espesos. El pelo caía en montones livianos alrededor de la silla de la peluquería. Zeta sentía la cabeza cada vez más ligera, como si le estuvieran esquilando el peso de la memoria, los fantasmas de su pasado. Cuando el peluquero le dio la vuelta al sillón para que pudiera mirarse

en el espejo, Zeta se quedó completamente boquiabierta. Con cuidado, se acarició la piel suave del cuello y disfrutó de la sorpresa que le producía palpase la nuca al descubierto, donde el corte de pelo formaba una «V» provocativa. En el espejo, vio a Henry mordién dose el labio.

—¿Qué estás mirando con esa cara de tonto, Pianista? ¿Es que nunca habías visto a una *flapper*? —le dijo con un guiño.

—Eres la chica más guapa de esta calle —repuso Henry, y Zeta esperó a que la besara.

Como no lo hizo, sintió una extraña mezcla de decepción y alivio.

Lo habían celebrado con champán en un club bohemio del Greenwich Village, cerca de la calle MacDougal, donde, lejos de las miradas llenas de prejuicios, las parejas de chicos guapos bailaban elegantemente juntas, pecho contra pecho, abrazándose el uno al otro, intercambiando miradas de anhelo en mesas adornadas con hombres decorativos. Zeta había oído hablar de aquellos lugares, y había conocido a hombres a los que les gustaban otros hombres —«maricas», los llamaba la señora Bowers con un gesto de desdén, y Zeta sentía la humillación de la palabra oprimiéndole el corazón—, pero en verdad nunca había estado en un club así. Le daba miedo no ser bienvenida, pero descubrió que sí lo era.

En la penumbra del club, Henry se recostó en su asiento y contempló la escena, aunque su mirada terminaba por recaer una y otra vez en un joven atractivo, de pelo oscuro, que de vez en cuando se la devolvía con timidez. En aquel momento, Zeta por fin lo entendió.

—Lo pillo, niño —le dijo.

Luego, con los andares de una actriz, se acercó al joven moreno, colocó una silla junto a la de él y le espetó:

—Mi amigo, Henry, va a ser el próximo compositor de moda. Deberías pedirle que baile contigo antes de que se haga rico y famoso.

Mucho más tarde, todos se apelotonaron en un sofá de terciopelo, Zeta a un lado de Henry y el chico guapo al otro, junto con dos chicos de una universidad de Nueva Jersey y un marinero originario de Kentucky, riendo y bebiendo, entonando canciones e intercambiándose las corbatas. Intentaron ponerle otro nombre a Zeta, pues, según Henry, era imposible que fuera una simple Betty. Habían pasado por todos los tipos de nombres, desde los glamurosos —Gloria, Hedwig, Natalia, Carlotta— a los estúpidos —Mah Jong, Merry Christmas, Ruby Valentino, Mary Pickaxe.

—¡Tal vez podrías ser Sigma Chi! —dijo uno de los universitarios, y todos volvieron a desternillarse de risa.

—Es horrible —dijo Henry entre carcajadas.

Tenía las mejillas ligeramente sonrosadas. Aquello le daba el aspecto de un monaguillo depravado.

—¡Alfa Beta! ¡Delta Épsilon! ¡Fi Beta Kappa! ¡Delta Zeta!

—Espera, ¿qué es lo último que has dicho? —preguntó Zeta.

—Zeta —repitió el universitario, y todos los demás lo corearon.

La felicidad contagiosa de la borrachera los empujaba a gritar.

—Zeta —artículo la joven disfrutando de la sensación que le provocaba en la lengua—. Zeta será.

Insistió en apellidarse Knight. Hacía que se sintiera fuerte y osada. Un nombre como una armadura. Porque en aquella nueva vida se defendería a sí misma.

—Por la señorita Zeta Knight —brindaron los chicos, y Zeta bebió a la salud de su nuevo nombre.

Entre risas, bailaron en círculo bajo una lámpara de araña que los bañaba en una luz moteada, y Zeta deseó que la noche no acabara jamás.

Una semana después, la joven despertó a Henry tan temprano que la luz del día no era más que un pensamiento de matiz azulado que los privaba de color. Tenía los ojos hinchados y rojos, y las mejillas manchadas de lágrimas. Hacía dos meses que había abandonado Kansas y a Roy, desde que él le había hecho daño por última vez.

Henry se incorporó apoyándose en los codos. Tenía la voz espesa a causa del sueño.

—¿Qué pasa, cariño?

Zeta le contó todo lo que había sucedido en Kansas, y se las arregló para no llorar más o menos hasta el final. Durante las últimas semanas se había sentido muy ligera, como si la hubieran rescatado de la furiosa corriente de un río espoleado por la lluvia y se hubiera calentado en la orilla bajo un sol ardiente, solo para despertarse más tarde y descubrir que el río había crecido durante la noche y había vuelto a arrastrarla.

Henry la escuchó con seriedad. Cuando terminó de hablar, la atrajo hacia sí y la abrazó contra su pecho desnudo y suave.

—Yo me casaré contigo, si quieres —le dijo.

Ella le besó las palmas de las manos y se cubrió la cara con ellas.

—No puedo tener este bebé, Hen.

Henry asintió despacio.

—Conozco a alguien que tal vez pueda ayudarnos.

Lo había dicho así: «ayudarnos», en plural. Y fue entonces cuando Zeta supo que nunca se habían separado, que siempre habían sido así, dos mitades de un mismo todo, los mejores amigos del mundo.

Tenían el nombre de un hombre y una dirección, escritos en un trozo de papel que Zeta sujetaba con fuerza en la palma de la mano. Llovía mientras avanzaban por un callejón de camino a un edificio destartado, en cuyo portal dos hombres fumaban y paseaban con nerviosismo, con pinta de estar asustados. Después realizaron el penoso ascenso por los cinco pisos de escaleras a punto de desmoronarse; pasaron ante

puertas cerradas tras las que los niños berreaban y las madres los mandaban callar. El olor a pescado guisado anegaba un pasillo largo y oscuro e hizo que a Zeta se le revolviere el estómago. Tuvo que forzarse a no vomitar. Al fin llegaron al último piso y llamaron a la puerta marrón y lisa de un apartamento que apestaba a desinfectante. Un hombre enjuto con la cara llena de arrugas los invitó a entrar en una sucia sala de espera con tres sillas desparejadas. A la derecha, había una bañera medio llena de agua sanguinolenta y una colección de cuchillos de trinchar. Tras una cortina, una mujer gemía. Zeta le apretó tanto la mano a Henry que pensó que iba a partírsela. El hombre enjuto le señaló un catre con una sábana y le dijo que se desnudase y se tumbara. La mujer volvió a gritar, y Zeta echó a correr escaleras abajo hasta llegar al húmedo callejón, sin importarle que la lluvia la estuviera empapando.

—No pasa nada —le dijo Henry cuando la alcanzó. Estaba sin aliento—. Ya veremos de dónde sacamos el dinero.

Henry vendió su piano y encontraron a otro doctor, caro pero limpio. Una vez estuvo hecho, Zeta se tumbó en la cama de Henry, con escalofríos y grogui a causa del éter, y le prometió que le compraría un piano nuevo aunque fuese lo último que hiciera en su vida. Henry le apretó la mano y la joven se quedó dormida. Dos semanas más tarde, Zeta consiguió el trabajo en el coro de la revista. Tuvo que mentir respecto a su nombre, su historia y su edad, pero todo el mundo lo hacía. Era lo que más le gustaba de la ciudad: podías ser cualquier persona que quisieras ser. Cuando el pianista de los ensayos se marchó para comenzar a tocar en un club nocturno del norte de la ciudad, Zeta propuso que contrataran a Henry. Con el dinero extra, alquilaron un apartamento más grande en el Bennington haciéndose pasar por hermanos, lo cual era de risa, la verdad, pues su aspecto era tan distinto como iguales eran sus almas. Y todas las semanas Zeta metía un dólar en una vieja lata de café con un cartel: FONDO PARA EL PIANO DE HENRY.

La joven creía que todo seguiría así para siempre, Zeta y Henry, sin que ninguno de ellos perteneciera a nadie más que a sí mismo y al otro. Pero no había contado con conocer a Memphis. No era solo que ambos soñaran con el mismo símbolo extraño, cosa que ya era bastante significativa, sin duda. No, era el propio Memphis. Era amable, fuerte y guapo. Estar con él la llenaba de ligereza y esperanza, aunque la idea de que pudieran estar juntos parecía algo completamente imposible. Y si Flo llegaba a descubrirlo, la expulsaría de su espectáculo.

Daisy se había olvidado un par de pendientes de rubí sobre su tocador, uno de los muchos regalos que recibía de su corredor de bolsa o de aquel crítico teatral. Zeta se planteó muy seriamente venderlos y entregarle la pasta a un orfanato, solo para darle una lección sobre cómo cuidar sus cosas a aquella arpía frívola. Sin embargo, los dejó donde estaban y apagó las luces. Comenzó a andar por el teatro en penumbra, guiándose tan solo por el débil resplandor de las luces de emergencia. Acababa de

llegar a la parte de atrás del escenario cuando oyó un agudo silbido, procedente de algún punto del teatro, que hizo que se frenara en seco.

—¿Wally? ¿Eres tú? —preguntó con el corazón desbocado.

El silbido se detuvo. No hubo respuesta.

Zeta aceleró el paso. Si algún idiota le estaba gastando una broma, bien podría llevarse un repentino puñetazo en la mandíbula si lo pillaba. Zeta se sentó en el borde del escenario y saltó hacia la primera fila. Volvió a oírlo... Un alegre silbido que provenía de algún lugar del interior del teatro. Deseó haber dejado todas las luces encendidas.

—¿Quién hay ahí? —gritó—. Daisy, si eres tú, te juro que no podrás bailar durante meses cuando te rompa las piernas.

Pero el silbido no paró y Zeta era incapaz de localizar su origen. Parecía llegarle desde todas partes a la vez. Echó a correr por el pasillo de la derecha y, en la oscuridad, se golpeó una pierna contra el apoyabrazos de una silla, pero no se detuvo. Se lanzó contra las puertas cerradas del teatro solo para descubrir que estaban atrancadas.

¿De dónde salía el silbido? Retrocedió por el pasillo para intentar atisbar los palcos. De pronto, un foco se encendió y la cegó. Parpadeando para librarse de los puntos negros de su visión, se dio la vuelta y echó a correr de nuevo hacia los camerinos. La tonada hueca la siguió. Todas las puertas estaban abiertas, y Zeta avanzó poco a poco por el pasillo, largo y mal iluminado, temerosa de que quienquiera que estuviese silbando la cancioncilla pudiera salir de detrás de alguna de aquellas puertas. La bailarina estaba muerta de miedo. Bajo sus guantes, notaba la piel muy caliente y una picazón.

—No —susurró—. No.

Al final del pasillo brillaba una luz plateada; la puerta trasera del teatro estaba abierta. Corrió hacia ella. Los dedos le ardían con un calor indeseado. Ahora el silbido le llegaba con mayor intensidad. Parecía proceder de detrás de ella. Las luces de emergencia titilaban y se fundían al pasar ante ellas. Tropezaba y se golpeaba las rodillas, que cada vez le dolían más. Colocó una mano en la pared y notó que la madera se calentaba. Jadeando, Zeta tomó impulso y corrió hacia la puerta. La puerta, la puerta, la puerta. La puerta trasera, su vía de escape. La puerta trasera, que en aquel instante se estaba cerrando.

AQUEL QUE TRABAJA CON AMBAS MANOS

Memphis se despertó con la sensación de que algo no iba bien. Cuando miró hacia la cama de Isaiah y vio que estaba vacía, se levantó de inmediato y comenzó a recorrer el apartamento a toda prisa, con el corazón acelerado. Miró en el baño y en la cocina. Octavia roncaba en su cama, y Memphis se esforzó por no hacer ruido y no despertarla. Miró por las ventanas de la sala y vio a su hermano, en pijama, de pie en mitad del gélido jardín. Se apresuró a llegar a su lado.

—Isaiah, ¿qué estás haciendo?

Memphis sacudió al chico. El niño estaba helado.

—Hablar con Gabriel. —A Isaiah le castañeteaban los dientes. Sus ojos tenían el aspecto fijo, inalterable, del trance—. Memphis, hermano —susurró Isaiah—. Se acerca la tormenta... Se acerca la tormenta...

—¡Isaiah! ¡Isaiah!

El muchacho sacudió al pequeño con violencia.

—Por todos los cielos, ¿qué está pasando? —Octavia había salido al jardín en camisón—. ¿Qué estáis haciendo aquí fuera en mitad de la noche?

—Isaiah tiene una pesadilla. Venga, Hombre de Hielo. ¡Despierta!

—La novena ofrenda fue una ofrenda de lujuria y pecado... —dijo Isaiah.

Se le pusieron los ojos en blanco y se le crispó la boca.

Octavia se llevó una mano a los labios, conmocionada.

—Oh, Dios santo. Memphis, ayúdame a meterlo dentro.

Juntos, guiaron al tembloroso Isaiah al interior de la casa y lo metieron en la cama. Octavia cayó de rodillas junto al lecho y le puso una mano en la frente al niño al tiempo que se colocaba la otra sobre el corazón.

—Ponte de rodillas, Memphis John. Reza conmigo. Vamos a expulsar al demonio de este niño.

—¡Isaiah no tiene ningún demonio dentro! —gruñó Memphis.

—Están de camino, hermano... —susurró el pequeño.

Sus temblores se habían vuelto más violentos.

—Repite conmigo —ordenó Octavia—: El Señor es mi pastor, nada me falta.

Memphis contempló horrorizado la escena que se estaba desarrollando en la habitación. Su mejor amigo estaba muerto. Su hermano tenía visiones. Su madre yacía en una tumba demasiado temprana y lo acechaba en sueños, y su padre se había marchado y probablemente no regresaría jamás. Estaba harto y cansado de todo. Quería coger a Zeta y escapar.

—En verdes praderas me hace recostar —rezaba Octavia con fervor—, me conduce hacia fuentes tranquilas. Conforta mi alma... Memphis John, ¿adónde te crees que vas?

—¡Lejos de aquí! —gritó Memphis.

Se puso un abrigo sobre el pijama, metió los pies descalzos en sus zapatos y salió a toda velocidad de la casa. Comenzó a deambular sin rumbo y lleno de furia. La niebla se había levantado con la llegada de la noche. Emborronaba las farolas y convertía Harlem en una ciudad fantasma. Ocultas por la bruma, las pocas personas que había por la calle eran como sombras que reían. Memphis se alejó de ellas y se encaminó hacia el norte de la ciudad.

¿Por qué estaba ocurriendo aquello? ¿Y si Isaiah estaba enfermo, como su madre? Entonces no supieron lo grave que era la situación hasta que ya fue demasiado tarde. ¿Era aquello un aviso? Recordaba lo que la hermana Walker había dicho respecto a que Isaiah era como una radio que captaba señales. ¿Qué señales estaba recibiendo su hermano? ¿Y cómo podía hacer él que pararan?

Se encontró delante del Cementerio de la Trinidad. La verja abierta chirriaba con el viento. ¿Por qué estaba abierta? Un gato negro se cruzó en su camino y lo asustó.

—¡Lárgate! ¡Imbécil! —siseó.

Memphis se estremeció. La temperatura había descendido bastante, aunque no sabía muy bien por qué. No era el viento. De hecho, el aire estaba muy calmado. No se movía ni un solo árbol. Las hojas no se agitaban lo más mínimo. A Memphis se le puso la piel de los brazos y la nuca de gallina. De repente pensó que debería darse la vuelta, volver a casa y taparse la cabeza con las sábanas.

—¡Crac!

Posado en lo alto de las ramas de un árbol seco, un cuervo lo observaba.

—¡Déjame en paz! —aulló Memphis.

En el cementerio, vio la silueta de una figura en la niebla. La persona estaba absolutamente inmóvil. Tan solo estaba allí, de pie.

—Memphis...

La voz era áspera, como el crujir de las hojas secas en una alcantarilla. El joven se quedó totalmente quieto, excepto por el temblor de sus rodillas. Su respiración salía al exterior en un nebuloso código morse del miedo. Intentó hablar, pero la lengua se le había quedado muy seca.

—¿Gabe?

La figura le hizo un gesto para que se acercara.

—Hermano...

El cuervo volvió a graznar y Memphis comenzó a reírse. Estaba perdiendo la cabeza... Eso era lo que ocurría. Estaba atrapado en una especie de pesadilla y no era capaz de despertarse. Con cierta sensación de fatalidad, siguió a la figura hacia el interior del brumoso cementerio, hasta llegar al mausoleo en el que habían colgado el cadáver de Gabe como el de un ángel roto. Su amigo estaba de pie, en la niebla, ataviado con el traje de su funeral. Tenía la piel del rostro luminosa y tirante, y su

silueta brillaba por los bordes, efímera, fosforescente, como un pez de aguas profundas que se asoma fugazmente a la superficie. Memphis tomó conciencia de un sonido, como una nota aguda e irregular mantenida en una trompeta. Penetró en sus oídos e hizo que se le desbocase el corazón. Le cedieron las rodillas y cayó al suelo, paralizado. Por encima de él, su amigo titilaba, como en un sueño, como si Memphis estuviera viendo un ciclo de Gabes desfilar ante sus ojos: su amigo de ojos enternecedores. Un demonio que reía. Una máscara mortuoria en descomposición, repleta de moscas, con los ojos cosidos, sin lengua.

La voz de Gabe brotó en un susurro largo, laborioso, como si aquellos fueran los últimos sonidos que iba a emitir jamás.

—En la encrucijada tendrás que tomar una decisión, hermano. Cuidado con aquel que trabaja con ambas manos. No dejes que el ojo te vea...

Memphis experimentó una sacudida en todo el cuerpo. La trompeta alcanzó un tono que le hizo querer gritar. La niebla se arremolinó en torno a Gabe, y lo último que oyó Memphis antes de desmayarse fue la tenue advertencia de su mejor amigo:

—Se acerca la tormenta... Todos son necesarios...



La hermana Walker estaba sentada en bata a la mesa de su cocina, con el pelo recogido en un pañuelo y una taza de café aún intacta ante ella, mientras escuchaba a Memphis hablar sobre su amigo muerto. Se mantuvo perfectamente inmóvil mientras el muchacho le soltaba su frenético relato, que comenzaba con el trance de Isaiah y terminaba en el Cementerio de la Trinidad; ni siquiera se movió cuando le contó que Gabe le había hecho una advertencia —«Se acerca la tormenta»— justo antes de desvanecerse entre la niebla. Cuando Memphis hubo terminado, tan solo quedaron el constante tictac del reloj de la cocina y la primera luz lechosa del amanecer en la ventana.

Finalmente, la hermana Walker habló:

—Memphis, quiero que me escuches con mucha atención: has sufrido una conmoción terrible. No sé qué ocurrió en el cementerio pero, de momento, me gustaría que esto quedara entre nosotros dos. No se lo cuentes a nadie... A nadie, ¿me entiendes?

Memphis estaba demasiado cansado como para hacer algo más que asentir.

—En cuanto a Isaiah, voy a dejar de trabajar con él durante un tiempo, hasta que esté mejor. Cuando venga la próxima vez, nos centraremos en la aritmética, y en nada más.

—No le va a gustar. —La voz de Memphis sonó a hueco.

—Deja que yo me encargue de eso. —La mujer comenzó a toser con fuerza y se metió una pastilla en la boca. Luego le echó el abrigo por encima de los hombros a

Memphis, tal y como habría hecho una madre, y el muchacho sintió que se le formaba un grito en el fondo de la garganta—. Ahora vete a casa, Memphis. Descansa un poco.

La hermana Walker se quedó en la puerta observando al joven caminar fatigosamente en dirección a su casa. Estaba muy mal de la tos, había dormido demasiado poco. Un trago de jarabe y un té caliente la ayudarían de momento. Para lo que acababa de escuchar, en cambio, no tenía remedio... Solo una profunda sensación de miedo a que un horror innumerable estuviese a punto de cubrir la tierra con su ala oscura y a que todos se perdiesen bajo su sombra.

FALSOS ÍDOLOS

El coche frenó bruscamente delante del Teatro Globe y Evie se bajó de un salto antes de que el motor dejara de chisporrotear.

—¡Cerrado! —gritó.

—Por la puerta de atrás —dijo Jericho.

Echó a correr hacia el callejón con Evie y Sam pisándole los talones. La puerta trasera estaba abierta. El pomo estaba medio derretido, los marcos ennegrecidos.

Las rodillas de Evie amenazaban con ceder mientras avanzaba por un oscuro pasillo situado detrás del escenario y pasaba ante las puertas de unos camerinos cuyos espejos destellaban en la penumbra.

—¿Jericho? —susurró con urgencia—. ¿Sam?

—Aquí —dijo Sam, que salió por sorpresa de un camerino y le dio un buen susto.

Evie vio luz a lo lejos, en el escenario, y cuando estuvo más cerca se percató de que todos los focos estaban encendidos. Vio la escalera iluminada del número de la adoración de Baal y le dio un vuelco el corazón.

—¿Zeta? —dijo.

No obtuvo respuesta.

La muchacha entró en el escenario. Levantó una mano para protegerse de un foco cegador y comenzó a subir en dirección al altar que coronaba la escalera. Miles de chispas de luz se reflejaban en el traje de cuentas de la chica que yacía sobre él, muerta.

—¡Sam! ¡Jericho! —gritó y, a pesar de su miedo, continuó ascendiendo.

Al ver el cadáver, estiró una mano para evitar caerse de espaldas.

—¿Es ella? —gritó Sam mientras subía a toda velocidad.

—No —dijo Evie con un susurro.

La chica era rubia.

—Su piel... —dijo Sam.

Le puso una mano en el hombro a Evie y la chica dio un respingo.

—Se la ha llevado —concluyó Jericho.

Las puertas se abrieron de par en par y los gritos de «¡Quédense donde están!», y «¡No se muevan!» los salpicaron cuando una oleada de agentes de policía, con las pistolas en ristre, comenzó a inundar los pasillos. Evie distinguió las esposas que destellaban en el foso oscuro.

—Están arrestados —dijo un agente.

La joven le ofreció las manos y dejó que la condujeran a la comisaría de policía sin una sola protesta.

El detective Malloy estaba furioso. Evie permanecía sentada con Jericho y Sam en las sillas que había junto a la puerta de su despacho y lo oía gritarle al tío Will:

—... contaminar una escena del crimen... allanamiento... creía que te había dicho que os mantuvierais al margen...

La mirada de Will se cruzó con la suya una sola vez a través de la puerta entornada del despacho, pero aquello bastó para que Evie volviera a mirar al frente a toda prisa.

—Le diré que fue idea mía —dijo Sam.

—Genial. Yo también le diré que fue idea tuya —repuso Evie.

Los agentes arrastraron a un quejoso T. S. Woodhouse hasta el interior de la comisaría y lo lanzaron sin contemplaciones hacia una de las sillas que había junto a la de Evie y los demás.

—Eh, tengo derechos, ¿lo sabían? —vociferó Woodhouse.

—¿Ah, sí? —le espetó un agente—. No durante mucho más tiempo. Eh, sargento..., he pillado a este en el teatro, sacando fotos del cadáver a escondidas con una cámara que llevaba atada a la pierna. ¿No es el colmo?

—¿Esa cámara es propiedad del *Daily News*, amigo! —gritó T. S. Luego, al ver a Evie, continuó—: Vaya, vaya, vaya, pero si es mi Saba favorita. —Woodhouse la miró con desagrado—. Muy buena la caza del tesoro a la que me envió la otra noche. El *Ars Misterium*, ¿no?

—Consiguió exactamente lo que se merecía, señor Woodhouse.

Los ojos del periodista destellaron de rabia.

—¿Sí? ¿Qué cree que diría su tío si descubriera que era usted la que me proporcionaba información sobre el caso?

—¿Eras tú? —preguntó Sam con las cejas enarcadas.

—¡Claro que sí! —contestó Woodhouse sin apartar la mirada de Evie ni por un segundo.

—¿Me está chantajeando, señor Woodhouse?

El reportero se encogió de hombros.

—Tal vez.

—Bien. ¿Quiere saber quién es el Asesino del Pentáculo? Es el mismísimo John el Travieso, que ha regresado de entre los muertos para concluir el ritual que comenzó en 1875. Y cuando haya terminado, desatará el infierno sobre la tierra.

—Evie —le advirtió Jericho.

La muchacha le sostuvo la mirada a T. S. Woodhouse, que reaccionó con una carcajada cínica.

—Es la monda, Saba. Eso tengo que reconocérselo. Pero, si yo fuera usted, no esperaría más artículos favorables sobre el museo... o sobre usted, ya sabe a qué me refiero.

Will salió al pasillo.

—Que nadie diga ni una sola palabra hasta que lleguemos a casa.

—Hasta pronto, Saba —dijo T. S. Woodhouse—. Ha sido un placer conocerla.



Henry estaba dormido, hecho un ovillo, mirando hacia la pared. Zeta se coló en la cama del pianista y se acopló a la curva de su espalda. Le pasó un brazo por encima del costado. Henry se removió y entrelazó los dedos con los de su amiga. Zeta comenzó a llorar y el joven se volvió hacia ella.

—¿Zeta? ¿Qué pasa?

—Estaba en el teatro. Oí... oí ruidos. ¡Había alguien allí dentro, Hen!

Henry trató de combatir el sueño y de encontrarle algún sentido a lo que le decía Zeta.

—¿Quién era? ¿De qué estás hablando, cariño?

—Volví y Wally estaba allí con los polis. Parecía que le hubieran dado una paliza. Fingí que había salido por la zona, que pasaba ante el teatro por casualidad, y le pregunté qué pasaba.

Zeta enterró el rostro en el costado de su amigo. Henry se dio cuenta de que estaba temblando.

—Era Daisy —consiguió decir al fin—. El Asesino del Pentáculo se ha llevado a Daisy. Debió de volver a por sus pendientes y... Podría haber sido yo, Henry.

Zeta empezó a llorar de nuevo. Henry la estrechó contra sí. La sola idea de perder a Zeta lo aterrorizaba.

—¿Estás herida?

—No. Oh, Hen, oí un horrible silbido que me llegaba desde todas partes a la vez. Corría, pero era incapaz de abrir las puertas, y... —Bajó la voz hasta convertirla casi en un susurro—. Empezó a pasar de nuevo, Hen. Justo igual que en Kansas.

Henry sabía lo que había sucedido en Kansas. También sabía que no había vuelto a ocurrir desde entonces.

—Bueno, ahora estás a salvo. Estás conmigo.

—¿Qué está pasando, Hen?

—No lo sé, cielo.

Henry rodeó a Zeta con los brazos. Ella apoyó la cabeza sobre su pecho y así permanecieron hasta el amanecer.

EL HOMBRE SALVAJE DE BORNEO

Los periódicos de la mañana estuvieron muy atareados con el asesinato de Daisy Goodwin. ¡SALUDO FINAL! ¡ASESINATO EN LA REVISTA! ¡ACTUACIÓN DEL PENTÁCULO! Evie estaba leyendo el artículo de portada del *Daily News* cuando Sam entró corriendo y sacudiendo por encima de su cabeza un papel que parecía un documento oficial.

—¡Tengo noticias!

Subió a toda prisa por la escalera de caracol metálica hasta donde se encontraba Evie, junto a las altas estanterías de la biblioteca, y se pavoneó como un gato que sabe que le espera un plato de su comida favorita.

—Vale. Morderé el anzuelo. ¿De qué demonios presumes tanto?

—He encontrado el registro de los impuestos de Knowles' End.

Pasó las piernas por encima de la barandilla, se subió de un salto a la escalera deslizante y cogió impulso.

—¿Y desde cuándo te has vuelto tan diestro en las artes de la investigación?

—Bueno, confié en mi encanto —confesó Sam—. Te sorprendería lo voluntariosa que puede llegar a ser la chica de la oficina del registro.

Evie atacó los escalones de dos en dos hasta el primer piso y echó a correr junto a Sam mientras este se desplazaba por la escalera deslizante.

—¿Y bien? ¿Has descubierto algo interesante?

Sam le dio otro empujón a la escalera.

—Pues sí. A lo largo de los treinta últimos años, los impuestos los ha estado pagando una tal señora Eleanor Joan Ambrosio.

Hizo una pausa dramática.

Evie puso los ojos en blanco.

—¿Y?

—Ese nombre no me decía nada. Así que investigué un poco más. Ambrosio es su nombre de casada. Blodgett es el de soltera. ¿Te suena de algo?

—No.

Evie estiró una mano para agarrar la escalera, pero Sam volvió a coger impulso y la dejó con el brazo suspendido en el aire a medio camino. Era evidente que el chico estaba disfrutando con la situación, la joven se daba perfecta cuenta de ello.

—Mary White se casó con un tipo llamado Blodgett. Eleanor era su hija.

Evie seguía el ritmo de la escalera.

—¿Así que su hija mantuvo al día el pago de los impuestos de Knowles' End? ¿Por qué?

—Eso es exactamente lo mismo que dije yo. ¿Ves? Pensamos igual.

—¿Quieres bajar de ahí, por favor? Me estás mareando.

La chica detuvo la escalera con brusquedad y Sam descendió de un salto.

—Ay, muñeca. Qué cosas tan dulces dices.

—Sam, te lo advierto. Tú podrías ser la próxima víctima.

El muchacho se acomodó en una silla y puso las botas sobre la mesa. Se colocó ambos brazos detrás del cuello y los codos doblados le sobresalían uno a cada lado de la cabeza, como si fueran alas.

—Fue bastante ingenioso por mi parte pensar en el registro de los impuestos, aunque esté mal que sea yo mismo quien lo diga.

—Cuando termines de felicitarte, ¿podrías explicármelo?

—Me pareció raro. Si la hija heredó la vieja casa, ¿por qué quedársela? ¿Por qué no venderla y sacar algo de pasta? ¿Por qué aferrarse a tal engendro?

Volvió a guardar silencio.

—¿Vas a tenerme toda la noche en suspense?

Sam esbozó una gran sonrisa picarona.

—¿Toda la noche?

—¡Venga, sigue!

Sam empujó la silla hacia atrás y comenzó a balancearse ligeramente sobre sus patas traseras.

—Indagué un poco más y descubrí un documento con una oferta de una agencia inmobiliaria para comprar la casa. Al parecer pensaban que su emplazamiento era perfecto para una vivienda elegante, y además estaban dispuestos a pagar bien por ella. Pero la oferta fue rechazada, con la firma de la legítima propietaria, la señora Mary White Blodgett.

Se metió una uva en la boca y dejó que sus palabras calaran en Evie.

—¿Nuestra Mary White? ¿La antigua amante de John Hobbes?

—Sí. La misma.

A Evie se le aceleró el ritmo cardíaco.

—¿Cuánto tiempo hace que se realizó la oferta?

—Tres meses.

—¿Mary White está viva? —preguntó la joven con los ojos abiertos como platos.

—En efecto. Vive en una de esas chozas de Coney Island y aún se aferra a esa casa de lo alto de la colina.

—¿Y por qué haría algo así, me pregunto?

—Tal vez deberíamos averiguarlo.



Mary White Blodgett vivía en la avenida Surf, en un bungalow azotado por el viento y el salitre con vistas a la montaña rusa Thunderbolt. La hija de la señora White, Eleanor, recibió a Will y a Evie en la puerta, ataviada con ropa de estar por casa y el

pelo recogido con pinzas.

—¿Señora Ambrosio? —preguntó Will.

—¿Quién quiere saberlo?

—¿Cómo está? Soy William Fitzgerald. Del museo. Hemos hablado por teléfono.

Una breve chispa de reconocimiento brilló en los ojos de la mujer.

—Ah, sí. Es cierto. Mi madre es una mujer mayor y está muy enferma. Así que no la pongan nerviosa.

—Por supuesto —dijo Will, y se quitó el sombrero.

La señora Ambrosio los guio a través de una sala de estar atestada de cajas de bombones vacías y de una colección de botellas de jarabe que aún no habían logrado llegar al cubo de la basura. La casa olía a cerveza rancia y salitre.

—Es el día libre de la chica de la limpieza —dijo, y resultó difícil distinguir si se trataba de humor negro o de una excusa... o tal vez de ambas cosas—. Esperen un minuto aquí, en la cocina.

Evie se cuidó mucho de no tocar nada. Ni siquiera quería estar allí, así que sentarse le apetecía todavía menos. Sobre la caótica mesa de la cocina, un bote con la etiqueta MORFINA se encontraba peligrosamente cerca de otro con las palabras VENENO PARA RATAS. Una jeringuilla sucia descansaba sobre un puñado de algodón manchado de sangre.

La señora Ambrosio desapareció tras una cortina, pero su voz se oyó alta y chillona:

—¡Madre! Estas personas han venido a verte para preguntarte por el señor Hobbes.

La señora Ambrosio reapareció de repente y trasladó los botes a un armario a toda prisa. Luego, cerró la puerta de la alacena.

—A veces tenemos ratas —explicó—. Como les he dicho, está muy enferma. Disponen de quince minutos. Luego tiene que echarse la siesta.

Tras la cortina, la habitación de Mary White parecía una tumba. Las persianas estaban bajadas, pero el resplandor del sol de la playa se filtraba por los bordes. La anciana estaba sentada en la cama, recostada sobre una almohada. Llevaba un gorro de dormir y una sucia capita de seda color melocotón. Bajo la frágil piel de sus brazos, las venas azules y grisáceas se elevaban como una cordillera nudosa sobre los pliegues de un viejo mapa.

—Quieren preguntar sobre mi John —dijo con la voz débil y la respiración trabajosa.

—Sí, señora Blodgett. Gracias.

El tío Will ocupó la única silla disponible, y aquello obligó a Evie a sentarse en el borde de la cama. La mujer olía a mentol y a algo empalagosamente dulce, como a flores muertas. La muchacha quiso salir disparada de la casa y correr hacia la luz

cegadora de la playa.

—¿Conocieron a mi John?

Mary White sonrió y dejó al descubierto unos dientes a medio camino entre el gris y el marrón.

—No. Me temo que no —contestó el tío Will.

—Era un hombre encantador. Me regalaba un clavel todas las semanas. A veces blanco, a veces rojo. O rosa, los días especiales.

Evie se estremeció. Hasta donde ellos sabían, John Hobbes había sido de todo menos un hombre encantador. Había asesinado a mucha gente y les había robado partes del cuerpo. Había aterrorizado y probablemente matado a Ida Knowles. Y si estaban en lo cierto, su espíritu había regresado para terminar un ritual macabro y provocar una destrucción terrible.

—Sí. Bueno. ¿Podría hablarnos de las creencias de John? —preguntó Will—. Sobre el culto de los Hermanos y...

—¡No era un culto! —exclamó la mujer entre toses. Evie la ayudó a beber un poco de agua de un vaso mugriento—. Intentaron que pareciera algo diabólico. Pero no lo era. Era hermoso. Éramos buscadores que manifestaban la esfera espiritual en este plano. Jefferson, Washington, Franklin... Hombres ilustrados, los fundadores de nuestra gran nación... Ellos conocían los secretos de los antiguos. Secretos que ni siquiera conocían los masones, en sus logias sagradas. Pretendíamos liberar las mentes de la gente, librarlos de sus grilletes. El mundo que conocemos moriría, y en su lugar nacería uno nuevo. Esa era nuestra misión... el renacimiento. John lo sabía.

—¿Qué hay del huésped que desapareció? ¿Y de la sirvienta? —insistió Will.

—Mentiras —escupió Mary—. El huésped se marchó sin pagar el alquiler. La sirvienta fue una desvergonzada. Se fue a ver a su hermana y no se molestó ni en despedirse.

—¿Y qué pasó con Ida Knowles?

—¿Ida? —Mary se pasó la mano por la boca y comenzó a mirar a su alrededor, como si buscara algo—. ¿Quiénes son? ¿Qué quieren? —dijo elevando la voz—. ¡Yo no he dicho que quisiera recibirlos!

Evie cogió las manos frías y delgadas de Mary White entre las suyas.

—Comprendo muy bien lo que quiere decir respecto al señor Hobbes —comenzó—. Los puritanos piensan que nosotras, las *flappers*, somos moralmente indecentes. Pero tan solo intentamos vivir la vida al máximo. —Evie miró a Will, que le hizo un ligero gesto de asentimiento para que prosiguiera—. Vamos, que apuesto a que si el señor Hobbes estuviera hoy aquí, se le consideraría un hombre moderno.

La señora White sonrió. Tenía dos dientes completamente podridos. Le puso una mano húmeda a Evie sobre la mejilla.

—Usted le habría gustado. A John siempre le gustaron las caras bonitas.

Evie consiguió contener el grito que se le había formado en la garganta.

—Solo tengo curiosidad, si no le importa que se lo pregunte, por saber por qué sigue aferrada a Knowles' End. Estoy segura de que podría haber ganado una fortuna si la hubiese vendido.

—Nunca haría algo así.

—Claro que no. —Evie mostró su conformidad asintiendo con vehemencia—. Solo me gustaría saber por qué.

—Para que John tenga un lugar al que regresar. Dijo que era muy importante. «Nunca vendas la casa, Mary, o no podré volver a ti».

Evie sintió que un escalofrío le recorría la columna.

—Pero ¿cómo?

Mary White apoyó la cabeza en el almohadón de satén desgastado y miró hacia la luz que se filtraba por los bordes de la ventana.

—Johnny no me lo contaba todo. Solo él entendía el plan infinito del Todopoderoso. Su cuerpo estaba ungido, ya sabe, como una obra de arte... La *Venus* de Botticelli, el *David* de Miguel Ángel. Marcas, por todas partes. Las llevaba como una segunda piel.

—¿Por qué?

—Todo era parte del plan. Él regresaría. Renacería. Una resurrección. Y, una vez renaciera, traería el fin. El mundo se purificaría con fuego. Él lo gobernaría como un dios. Y nosotros estaríamos a su lado. —Se echó a reír; fue una carcajada como de colegiala, completamente incoherente con su rostro ajado—. Me llamaba su Dama del Sol. Oh, era un príncipe. Tome. —Con gran esfuerzo, Mary abrió el cajón de su mesilla de noche y sacó una minúscula caja negra—. Ábrala.

Sobre el terciopelo negro, descansaba una gruesa alianza de oro deslucida por el tiempo.

—Es muy bonita —dijo Evie.

—Era de él —susurró la anciana en tono conspirativo—. Yo se la regalé. Marido mío, lo llamaba, aunque aún no estuviéramos casados. La llevó puesta casi hasta el final, mi Johnny.

A Evie le ardían los dedos de deseo por tocarla, por leerla. Le pertenecía a él. A John Hobbes.

—Guárdela otra vez, si me hace el favor —le pidió la señora Blodgett.

A regañadientes, Evie cerró la caja.

—Vaya, señora Blodgett, es imposible que así esté cómoda. ¿Doctor Fitzgerald? ¿Podría ayudarla a colocarse en una posición más cómoda, por favor?

Will pareció sentirse desconcertado durante unos instantes, pero enseguida empezó a tratar de ayudar a la anciana, que se lo puso bastante difícil. Aprovechando la distracción, Evie se guardó la alianza en el bolsillo con premura, y luego guardó la

caja en su sitio y cerró el cajón.

—Así. Mucho mejor, ¿verdad?

—Sí, gracias —contestó Mary como si hubiera sido a ella a quien se le había ocurrido la idea. Luego continuó—: Pero tenía que preparar al mundo. Purgarlo del pecado. Hacerse cargo de él, como un sabio. Comerse el pecado del mundo. —A Mary White se le llenaron los ojos de lágrimas—. Lo mataron. A mi Johnny. Era tan hermoso... y lo mataron. ¡Filisteos! Filisteos. —Volvió a toser, y Evie la ayudó a beber de nuevo—. Nunca le hizo daño a nadie. La gente se sentía atraída hacia él... Especialmente las mujeres. —La anciana sonrió y le dio unas palmaditas en el brazo a Evie. La mera idea de tocar a John Hobbes hizo que a la joven se le revolviera el estómago—. Me duele. ¿Dónde está Eleanor con mi medicina? Estúpida. Siempre se retrasa.

—Sí, sí —la tranquilizó Evie—. Le daremos su medicina dentro de un momento. Pero sigo teniendo curiosidad por otra cosa. ¿Mencionó el señor Hobbes en alguna ocasión un ritual para contener a un espíritu, o para devolverlo al otro mundo una vez que hubiera concluido su tarea?

Mary White frunció el ceño.

—No. ¿Puede llamarla para que me traiga mi medicina?

—Claro que sí. Y el señor Hobbes llevaba un colgante especial, ¿verdad?

—Sí —contestó la anciana con la voz debilitada por el dolor—. Siempre.

—¿Y dónde está ese colgante ahora?

—¿El colgante?

Mary White tenía la mirada perdida, y Evie se temió que no obtendrían a tiempo la información que necesitaban.

—¿Se lo dio a usted? —insistió—. ¿Como un regalo de enamorados, tal vez?

—Ya se lo he dicho, él lo llevaba siempre encima —le espetó la mujer—. Lo tenía puesto cuando murió. Lo enterraron con él. ¡Eleanor! ¡Mi medicina! —gritó la señora White.

—Lo enterraron en una fosa común. Habrá desaparecido hace tiempo —le dijo Will a su sobrina en voz baja.

—¡No, no, no! Nada de fosas comunes para mi Johnny —lo corrigió Mary White, que parecía conservar el oído mucho mejor que la memoria.

—Le ruego que me perdone. Creía que...

—Pagamos a un guardia para que nos diera el cadáver. Siguiendo sus deseos, enterramos a Johnny en su casa.

—¿En Brooklyn o en Knowles' End?

—No —repuso la mujer con enfado—. En su verdadera casa.

—¿Y dónde estaba? —quiso saber Evie.

—Pues en Brethren, querida. Arriba, en la vieja colina, con los fieles.

Evie tuvo la sensación de que la habitación daba vueltas a su alrededor. Oyó su voz como en la lejanía.

—¿El señor Hobbes era de Brethren?

—Sí. Por supuesto.

—Pero no hubo supervivientes en aquel incendio —señaló Evie.

—Solo uno. ¿Podría pasarme esa caja de sombreros, querida?

Evie cogió la caja de la cómoda. Mary White metió la mano dentro y quitó un fondo falso para dejar al descubierto un libro de himnos forrado de cuero. Del interior de sus finísimas páginas, sacó un trozo de papel más pequeño, doblado, y se lo pasó a Evie.

Era un certificado de nacimiento del pueblo de Brethren, fechado el 6 de junio de 1842: Yohanan Hobbeson Algoode, hijo del pastor John Joseph Algoode y Ruth Algoode (fallecida durante el parto).

—Qué gran sacrificio hicieron por él, el elegido.

La cortina se abrió de golpe. En el umbral, la hija de Mary White llevaba la jeringuilla en una mano y un trozo de goma en la otra.

—Te estaba esperando —ladró la anciana—. Quieres que sufra, ¿verdad? Ay, qué bien vivía antes.

—Sí, sí, cuando vivías en la mansión de la colina. Ya lo sé. Si no hubieras seguido pagando los malditos impuestos de esa vieja casa, no tendríamos que vivir en este agujero apestoso. ¿Lo has pensado alguna vez?

Mary White gruñó cuando su hija le clavó la aguja en la maltrecha doblez del brazo y luego soltó la goma. Un instante después, los ojos de la anciana resplandecieron a causa de la morfina.

—Está de camino, ¿saben? —Sus palabras se iban tornando espesas—. Dijo que volvería a por mí y lo esperé. Lo he mantenido todo tal y como estaba para él. Dijo que volvería y yo sabía que lo haría. —Se le pusieron los ojos vidriosos—. Qué hombre tan maravilloso.

La morfina le cerró los párpados y Evie y Will se marcharon.

De nuevo a salvo bajo la brillante luz del sol, ambos avanzaron deprisa entre las familias que paseaban junto a la playa.

—¡Claro! —exclamó Will.

Se había parado ante un colorido cartel que anunciaba al «Hombre salvaje de Borneo». Justo delante de la carpa, un hombre vestido con la chaqueta roja de un maestro de ceremonias circense y un sombrero de copa tentaba a los curiosos a «Entrar y ver al salvaje... ¡parte monstruo, parte hombre!». Tras ellos, la montaña rusa trepaba por la pendiente con un continuo clic clic clic antes de dejarse caer y comenzar a girar. Sus ocupantes gritaban con una mezcla de miedo y placer. Era el último viaje del año antes de que las atracciones del paseo marítimo cerraran hasta el

verano siguiente.

—Claro —repitió Will como amonestándose a sí mismo—. Ahora todo tiene sentido.

—Estupendo. ¿Podrías explicármelo a mí?

—Yohanan es la forma hebrea de John. John Hobbeson Algoode. John Hobbes —dijo Will—. John Hobbes el Travieso era el hijo del pastor Algoode... el elegido. La Bestia vaticinada, destinada a despertar. Ha vuelto para terminar el trabajo de su padre, para traer el infierno a la tierra.

Habían comenzado a andar de nuevo, y las palabras de Will brotaban a la misma velocidad que avanzaban sus pasos.

—Mary ha dicho que tenía que comerse el pecado del mundo. Hacerse cargo de sus pecados. Por eso se lleva partes de las víctimas, en concordancia con las marcas. Ingiere trozos de sus cuerpos. Es magia antigua, la idea de que comerte partes de tus enemigos te hace más fuerte. Así no pueden vencerte. Dos, por favor... ¡con salsa de pepinillos!

Will se había parado delante de un puesto de perritos calientes. Se sacó del bolsillo dos monedas de cinco centavos y se las dio al chico de detrás del mostrador, que a cambio le entregó dos perritos. Le pasó uno a Evie, que lo cogió con torpeza.

—Uf —dijo poniendo cara de asco ante la comida—. De verdad, tío...

Will engulló el suyo sin dejar de hablar.

—En el caso de John, lo está ayudando a manifestarse. Le está dando fuerzas.

Evie probó un pequeño mordisco de su perrito. Le resultó sorprendentemente delicioso, y se dio cuenta de que ni siquiera la charla sobre canibalismo podría evitar que lo devorara.

—Si ese colgante es su vínculo con este plano, su protección, lo único que tenemos que hacer es destruirlo, y así acabaremos con su conexión con este mundo. ¿Me equivoco? —le dijo a su tío.

—Parece lógico.

—Pero nos ha dicho que lo enterraron con él.

—Sí —admitió Will, y se paró a pensar—. Será desagradable.

Evie se detuvo con un trozo de perrito a medio masticar en la boca.

—No puedes decirlo en serio. —Miró a su tío con fijeza—. Ay, madre de Dios, ¡lo dices en serio!

Will tiró a la papelera el envoltorio de su perrito caliente.

—Vamos a ir al norte del estado, a Brethren. Y vamos a necesitar una pala.



Jericho regresó al Bennington de vuelta de la oficina de registros, adonde lo había enviado Will, y ni siquiera se molestó en quitarse el abrigo.

—¡La he encontrado! ¡La documentación!

Se la pasó a Will y le hizo un forzado gesto de saludo a Sam, que estaba sentado a la mesa del comedor con Evie.

—Sam. Te has quedado hasta tarde.

—Solo estoy haciéndole compañía a Evie —comentó el joven, y le dedicó a Jericho una sonrisa triunfante.

Will leyó el documento en voz alta:

—«Yohanan Hobbeson Algoode fue trasladado al Orfanato Madre Nova, donde fue admitido el 10 de octubre de 1851. Las entradas del director sobre él son breves, pero hablan de un Yohanan Algoode tranquilo pero malhumorado. Mojaba la cama. Era arrogante y propenso a los pequeños actos de crueldad. Cuando lo llevaban ante el director como castigo, se limitaba a decir: “Soy el Dragón Antiguo, el elegido del Señor nuestro Dios”. Los otros niños lo rehuían. Se llamaba a sí mismo la Bestia. Tras dos intentos frustrados, Yohanan consiguió escaparse durante el verano de 1857. No existe más documentación».

—Así que sabemos que es él. Pero seguimos sin saber cómo vamos a ponerle freno —comentó Jericho, que al fin se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero—. La última página del Libro de los Hermanos, la que incluía el conjuro para contener y destruir a la Bestia, está arrancada. Y tú mismo dijiste que tenemos que enfrentarnos a él siguiendo sus propias creencias. Pero ¿cómo vamos a encontrar esa información a tiempo? El cometa llegará dentro de dos días.

—Tengo que enseñaros algo.

Evie desenvolvió el pañuelo que ocultaba el anillo de John Hobbes.

—¿Es eso lo que creo que es? —preguntó Will. Su sobrina asintió—. Esto se está convirtiendo en una costumbre, Evangeline.

—Will, si puedo verlo, comprenderlo, iremos un paso por delante de él.

—¿Crees que es una buena idea, muñeca? —preguntó Sam—. Ese tipo es un asesino.

—Y un fantasma —añadió Jericho.

—¿De qué sirve tener este poder si no lo utilizo?

—Reconozco tu valor, pero cuestiono tu cordura —dijo Sam.

Will se acuclilló junto a la chica.

—Evie, esto no es un truco de entretenimiento. Esa alianza pertenece a la mismísima Bestia.

—Lo entiendo.

—Entra, consigue lo que necesitamos y sal —le aconsejó su tío. Evie asintió—. Daré tres palmadas para ayudarte a volver. Si en cualquier momento sientes que estás en peligro...

—No me gusta como suena esto. ¿A ti qué te parece, Grandullón? —murmuró

Sam.

—... dirás una palabra clave. Acordémosla ahora.

—¿Qué tal «no»? —dijo Sam—. ¿O «chorradas»? ¿O «para»?

—«James» —dijo Evie—. La palabra clave es «James».

Will asintió.

—Muy bien.

—Evie, ¿estás segura de que quieres hacerlo? —preguntó Jericho.

—To-tal-men-te. —La chica trató de esbozar una sonrisa. Las manos le temblaban de aprensión y entusiasmo; entrar en trance era más emocionante que una mesa de primera fila en el club nocturno más exclusivo—. Pónmelo en la mano, por favor.

—Esto no me gusta nada —masculló Sam, pero aun sí le entregó la alianza.

Evie la apretó con fuerza en una mano y se puso la otra encima, como un sello. Le llevó un instante encontrar el ritmo, pero pronto comenzó a retroceder en el tiempo en su mente.

—Veo una ciudad con las calles embarradas... —dijo Evie desde el trance—. Caballos y carros. No puedo... Se está acelerando...

—Concéntrate. Respira —la guió Will.

Evie respiró hondo tres veces y la imagen se estabilizó.

—Hay mucha gente, y un predicador...

Un hombre alto, de barba espesa y vestido con un traje negro se había encaramado a una caja de fruta dada la vuelta para predicar a las afueras de una ciudad pequeña. A su alrededor se había congregado una multitud. Muchos se mofaban de él. Evie percibía sus caras sonrientes como rostros casi satánicos. Pero el predicador no se detenía. De hecho, con las risas su voz se hizo más fuerte.

—Debes armarte para que cuando llegue el día del juicio, cuando la Bestia haga recaer la justicia de Dios sobre los pecadores, te cuentes entre los números del Señor y te salves. ¡Preparad las paredes de vuestras casas con sus marcas para abrirle paso a su sagrada venida y ungid vuestra carne para ser testigos de su gloria! —rugió el predicador.

A su lado había un niño pequeño, de no más de nueve o diez años, con la cara pálida y unos impresionantes ojos azules.

El muchacho levantó un libro con las tapas de cuero.

—¡Esta es la Palabra del Señor! ¡El Evangelio de los Hermanos!

Alguien lanzó un tomate que impactó contra la cara del predicador y, al estallar, le manchó el traje de pulpa. Todo el mundo se echó a reír. El hombre se limpió la cara con un pañuelo sin detener su apasionado sermón. Pero el niño le lanzó una mirada asesina al que había tirado el tomate, y hubo algo en su expresión que silenció de inmediato las carcajadas del agresor.

—¿Evie? —preguntó Will, pues la chica se había quedado callada.

—Sí. Estoy aquí —contestó ella—. Está cambiando. Veo carromatos junto a un río. Hace frío. El aliento del predicador forma pequeñas nubes de vaho cuando sale de su boca. Están rezando...

En su mente, vio al reverendo Algoode levantar las manos al cielo al dirigirse a su pequeña congregación.

—Sois los elegidos, los fieles, los Hermanos...

—«El ángel del Señor se me apareció en los cielos como un rayo de fuego y me ordenó que apartara nuestro camino de la corrupción del viejo mundo y construyera un nuevo y piadoso cuerpo celestial en este país... —repitió Evie—. La Sangre del Cordero corre por nuestras venas, y con la sangre venceremos a nuestros enemigos y llevaremos a cabo la verdadera misión de Dios en la tierra».

La conexión titubeó durante un instante y luego Evie comenzó a caer de nuevo. Se concentró cuanto pudo y vio los pies del niño mientras corría entre las hojas, oyó las sacudidas de su respiración. Se tumbó junto a la orilla del río y observó las nubes perezosas del cielo y, durante un instante, Evie sintió su soledad y sus dudas. Un ciervo salió de entre los árboles, husmeando en busca de comida. Levantó la cabeza, y el niño le tiró una piedra. Rompió a reír cuando el ciervo se asustó y echó a correr hacia el bosque.

—Evie, ¿dónde estás?

—Dentro de la iglesia, creo —contestó despacio mientras la imagen volvía a cambiar.

El niño de los ojos azules estaba desnudo hasta la cintura y atado a una silla. Los fieles lo rodeaban. Se retorció en su asiento y no apartaba la mirada del predicador, que hacía girar un hierro candente entre las brasas de una estufa. Había doce hierros en total: un pentáculo y uno por cada una de las once ofrendas.

—Vuestra carne debe ser fuerte. El señor no tolerará la debilidad entre sus elegidos —dijo el predicador.

Apartó el hierro candente del fuego y se lo acercó al niño, que gritaba y gritaba sin parar.

—Oh, Dios —dijo Evie.

No era consciente de que las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Will, haz que pare —le pidió Jericho.

—Yo estoy con el Gigantón —se sumó Sam.

Will dudó.

—Solo un poco más. Estamos cerca.

Sam no quiso esperar.

—Eh, muñeca. Hora de salir a coger aire. ¿Me oyes?

—¡He dicho que un poco más! —le espetó Will.

La mente de Evie se alejó del miedo del muchacho. Durante unos momentos, dio violentos tumbos entre una rápida cascada de imágenes. Se forzó a respirar y mantener la calma, a no huir. Pronto, las escenas volvieron a ralentizarse en su mente.

—Estoy bien —dijo con voz calmada—. Estoy bien.

El niño estaba sentado junto al río con el Libro de los Hermanos abierto por la última página. A Evie se le aceleró el corazón al intentar verla.

—La página que falta. La tengo —dijo, y su tío se apresuró a coger una pluma—. «A esta vasija confino tu espíritu. Al fuego encomiendo tu espíritu. A la oscuridad te arrojo, Bestia, para que no despiertes nunca jamás».

El joven John Hobbes arrancó la página del libro, la hizo pedazos y los lanzó al río.

—Lo tenemos, Evie. Ya puedes parar —dijo Will.

La chica nunca se había adentrado tanto en el trance. Solo era vagamente consciente de las voces de los de fuera, como si formaran parte de una conversación que se desarrolla en otra sala cuando estás a punto de quedarte dormido. Aquella sensación era casi como una droga, y no estaba preparada para abandonarla.

—Ahora estoy en otro sitio —dijo desde su ensueño.

Se sorprendió andando sobre una gruesa alfombra de hojas empapadas, en un bosque azul grisáceo, en dirección a un campamento. Hombres y mujeres de rostros sombríos y vestidos con ropas sencillas salían de sus modestas cabañas de troncos y se encaminaban con sus hijos hacia un granero de listones blancos pintados con los mismos símbolos mágicos que John Hobbes había garabateado al final de todas sus notas. Y allí, en la puerta, estaba el emblema de la estrella de cinco puntas y la serpiente.

—El Pentáculo de la Bestia —murmuró.

—Evie, voy a dar las palmadas —anunció Will.

Lo hizo, pero la chica se sumió aún más en su estado. Había quedado fuera del alcance de su tío.

En su trance, siguió a los demás hasta el interior de la iglesia. Las mujeres se sentaron a un lado, en unas sillas sencillas, con los niños a sus pies, y los hombres al otro. Con el rostro sombrío, el pastor Algoode se situó al frente, con su hijo al lado.

—Ha llegado la hora. He oído en la ciudad que las autoridades están cabalgando ahora mismo hacia Brethren para detenernos. Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen. Sí, ¡ha llegado el momento de que el elegido comience su viaje!

—¡Aleluya! —gritó una mujer con las manos levantadas hacia el cielo.

—¡Ha llegado la hora de que comience el ritual! ¡De que la Bestia se despierte y los pecadores sean juzgados!

—¡Aleluya! —exclamaron varias voces.

—Somos los fieles. Debemos ser fuertes. El Señor no tolerará la debilidad entre

sus elegidos. —El pastor Algoode abrió el libro y buscó la página que necesitaba—. «Y oí la voz del ángel como la voz de un trueno que decía: “Ninguno de los fieles entrará en el reino del Señor si no ha purificado antes su carne con aceite y las llamas del cielo. Su sacrificio será el primero, el sacrificio de los fieles, y la Bestia les arrebatará el libro y se impregnará en el humo de su diezmo. Así se realizará la primera ofrenda y comenzará el ritual”». ¡Aleluya!

El pastor Algoode puso en circulación dos recipientes y los fieles se vertieron su contenido por encima. Evie percibió el fuerte olor a queroseno. Se le aceleró el pulso. El pastor Algoode le puso el colgante alrededor del cuello a su hijo y le colocó una mano sobre la frente.

—Come de nuestra carne y hazla tuya. Así habló el Señor. Ve. Haz lo que debas. Encuentra una morada y conviértela en sagrada. Prepara las paredes de tu casa. No olvides honrarnos con ofrendas.

Serena y silenciosamente, el niño salió del cobertizo y lo cerró desde el exterior. Al otro lado de la puerta, el pastor Algoode continuó rezando mientras la congregación entonaba un himno lastimero. Evie olió el humo. Por las grietas de las paredes salían volutas negras. Las llamas lamían el tejado. El niño se mantuvo firme, también rezando, y dejó que el humo le llenara los pulmones.

—El Señor no tolerará la debilidad entre sus elegidos —repetía una y otra vez.

En el interior, los niños gritaban y tosían. Las mujeres intentaban que la canción no decayera. El dolor ahogaba la voz del pastor Algoode, convertía sus oraciones en un grito aterrador. Evie quería marcharse, pero no podía. No era capaz de ordenarle a su mano que soltara la alianza, y tampoco conseguía recordar la palabra clave. Estaba demasiado sumida en el trance, y no tenía ni idea de cómo salir o pedir ayuda. Los chillidos habían quedado reducidos a gemidos aislados. El tejado se desplomó. El humo. Evie tosió, se estaba asfixiando. Voces desde el bosque... alguien se acercaba montaña arriba. El niño separó los párpados de inmediato. Durante un segundo, Evie creyó ver llamas reflejadas en el frío cristalino de aquellos ojos. El muchacho se encaminó lentamente hacia los bosques y hacia la voz de un hombre que llamaba a gritos. De pronto se detuvo y se volvió hacia Evie. La expresión de su cara —calmada, fría, cruel— hizo que a la chica se le desbocara el corazón. ¡La estaba mirando directamente a los ojos!

—Te veo —dijo, y su voz no era la de un niño; era algo terrible, más animal que humano—. Te estoy viendo ahora mismo.

—Ja... James —susurró Evie, que de pronto se acordó de la palabra clave—. Socorro. James.

Lo siguiente que recordaba era que Jericho la sacudía agarrándola por los hombros. Evie seguía con los dedos apretados, pero el anillo había desaparecido; Sam se lo había arrebatado.

—¡Evie! —gritó Jericho—. ¡Evie!

Angustiada, cogió una gran bocanada de aire, como una mujer a punto de ahogarse que logra salir a la superficie del lago.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios!

—¡Deberíamos haber parado, Will! —rugió Jericho.

—No pasa nada —dijo Will con un tono de voz mecánico.

—Lo he visto. He visto a la Bestia. ¡Es terrible! ¡Terrible!

La chica tuvo una arcada, pero no vomitó. Comenzó a dolerle la cabeza y se le empañó la visión.

—Voy a traerle un poco de agua —dijo Sam, que corrió hacia la cocina.

Evie se aferró al borde del escritorio para recuperar el equilibrio a pesar de que estaba sentada. Tenía las mejillas pálidas y la frente empapada en sudor. La habitación daba vueltas a su alrededor.

—Me... me ha mirado. ¡Directamente a los ojos! Me ha dicho: «Te veo, te veo».

—¿Qué demonios quiere decir eso? —preguntó Sam.

Había vuelto con un vaso de agua e intentaba hacer que Evie bebiera, pero era imposible.

—No pasa nada —dijo su tío, inquieto.

—¡Claro que pasa! No puedes hacerle esto. No es un experimento —le espetó Jericho a un sorprendido Will.

El muchacho cogió a la chica en brazos, la llevó a su habitación y la depositó sobre la cama.

Evie nunca se había encontrado tan mal. Mientras yacía entre las sábanas empapadas de sudor en su habitación en penumbra, parecía que iba a estallarle la cabeza, y el estómago se le retorció una y otra vez. Los ruidos le retumbaban en el cráneo. Era vagamente consciente de que estaba teniendo otra vez la pesadilla sobre James, pero aquellas imágenes se mezclaban como en un caleidoscopio con las que había obtenido de la alianza de John Hobbes, hasta que ya no podía estar segura de qué estaba sucediendo en realidad. En un momento dado, vio a John el Travieso jugando al ajedrez con James en el campo de batalla, y la gramola giraba a tal velocidad que la canción parecía una broma. También vio a Henry, corriendo entre los árboles, buscando a gritos a alguien llamado Louis. Había una mujer en la linde del bosque, en camisón y con una máscara de gas. Se quitó la máscara y Evie vio que era la señorita Addie. «Qué decisión más terrible», dijo al tiempo que el cielo se iluminaba y las primeras oleadas de la explosión se acercaban a todos ellos.

A las nueve y media de la noche, Evie se despertó con una sed horrible. Se tambaleó hasta la cocina y vio que la luz del tío Will seguía encendida. La puerta estaba abierta, pero ella llamó con suavidad de todos modos.

—¿Cómo te encuentras? —la saludó Will.

—Mejor. —Evie se sentó en una silla incómoda. Parecía haber sido diseñada para que el visitante no se acomodara—. ¿Qué ha pasado antes, al final?

—Has establecido una conexión psíquica con él. Tú podías verlo a él, y él también a ti. Ese es uno de los peligros de tu don: puedes abrirte al otro lado. —Will unió las yemas de los dedos de ambas manos y comenzó a golpearse la barbilla con ellas suavemente—. ¿Conoces la historia de las hermanas Fox de Hydesville, Nueva York?

—¿Cantan en la radio?

Una sonrisa curvó brevemente los labios de Will.

—No había radio a mediados del siglo XVIII. Las hermanas Fox vivían en Hydesville, Nueva York, en una casa que, según los rumores, estaba encantada. Las dos hermanas más jóvenes, Maggie y Kate, aseguraban estar en comunicación con el mundo de los espíritus. Formulaban preguntas y un espíritu, al que llamaban señor Splitfoot, les contestaba mediante golpecitos. —Will aporreó el escritorio con los nudillos a modo de ejemplo—. Se convirtieron en toda una sensación durante el período del Espiritualismo, y dirigieron sesiones de espiritismo para muchas personas famosas.

—Eso es lo que pasa cuando no hay transistores —comentó Evie.

—Sí, bueno, más adelante, las muchachas cambiaron de parecer. Se volvieron religiosas y confesaron que su comunicación con los espíritus no había sido más que un fraude elaborado, que los golpecitos los daban ellas con los dedos de los pies. Las hermanas pasaron una mala época. Se dieron al alcohol; algunos decían que bebían para atenuar los fenómenos paranormales.

Evie se observó el dedo gordo del pie mientras jugueteaba con él sobre el pelo de la alfombra.

—¿Esta historia tiene moraleja?

—Un año más tarde, Margaret Fox se retractó. Volvió a cambiar de opinión. Le dijo a todo el mundo que las cosas habían sucedido tal y como habían dicho en un principio. Yo la creo. Me parece que las hermanas estaban asustadas, así que lo dejaron y renunciaron a todo. Fue como si le dijeran a los espíritus inquietos: «Idos. Estamos cerradas a vosotros». Y mucho después de que murieran, se encontró un esqueleto humano en el sótano de su casa de Hydesville.

Will amontonó los recortes de periódico esparcidos por el escritorio. Probablemente llevara horas estudiándolos, pensó Evie.

—¿Por qué está ocurriendo esto ahora? —quiso saber la joven.

Will volvió a unir las yemas de los dedos.

—No lo sé. Algo llama a John Hobbes y sus semejantes. Algún tipo de energía. Los espíritus se sienten atraídos por los cambios de energía sísmica, el caos y las revueltas políticas, los movimientos religiosos, la guerra y los inventos, la industria y

la innovación. Se dijo que hubo muchas apariciones de fantasmas y fenómenos inexplicables durante la Revolución americana, y también durante la guerra civil. Este país está fundado sobre cierta tensión. —Presionó un puño contra el otro—. Hay un dualismo inherente a la democracia... Fuerzas opuestas que se empujan la una a la otra, siempre. Choques culturales. Sistemas de creencias distintos. Todos se unieron para crear este país. Pero ese equilibrio requiere gran cantidad de energía... y, como ya he dicho, los espíritus se sienten atraídos por la energía.

Apoyó las manos sobre el escritorio.

—¿Podemos pararlo?

—Creo que sí. —Will esbozó una leve sonrisa—. Por la mañana, iremos en coche hasta Brethren y exhumaremos su cuerpo para quitarle la fuente de su poder en este plano, el colgante.

—¿Y entonces qué?

—Entonces lo traeremos de vuelta al museo, donde podemos crear un círculo protector. Utilizando el hechizo, atraparemos su espíritu en el colgante y luego lo destruiremos antes de que el cometa de Salomón pase sobre nuestras cabezas.

Evie sintió que Will la miraba con nuevo aprecio.

—Hoy has sido muy valiente, Evangeline.

—Sí, ¿verdad?

—Muy valiente. Es una característica familiar, ya sabes.

Evie se sintió mucho mejor tras las palabras de Will. Se le había asentado el estómago y notaba la cabeza más ligera. Se sorprendió mirando la única fotografía que había sobre el escritorio de su tío, la de la mujer misteriosa que había visto cuando leyó el guante de Will aquel día, hacía poco más de una semana. ¿Hacía solo una semana? Parecían años.

—¿Quién es, tío?

Inconscientemente, Will acarició con un dedo el rostro de la mujer.

—Rotke Wasserman. Fue mi prometida durante un tiempo.

—¿Por qué no te casaste con ella? —preguntó la joven, y enseguida se dio cuenta de su error.

¿Y si aquella mujer había dejado plantado a Will en el altar? ¿Y si lo había abandonado por un hombre con más dinero y mejor estatus?

—Porque murió —contestó su tío en voz baja.

—Ah.

—Fue hace muchos años —añadió Will como si aquello debiera suavizarlo—. Desde entonces no he sido capaz de conservar ese otro guante. Siempre está... perdido.

Por una vez, Evie no supo qué decir. Lo cierto era que nunca había pensado en su tío como en alguien muy humano. Era más bien como un libro de texto que de vez en

cuando se acordaba de ponerse una corbata. Pero estaba claro que, en efecto, era humano, y que tenía una herida profunda llamada Rotke.

—Lo siento —dijo tras una pausa.

—Sí. Bueno. Los dos hemos perdido a alguien, supongo.

Will volvió la foto contra la pared.

Evie buscó con la mano el consuelo de su moneda talismán. Quería hacerle una pregunta a su tío, había querido hacérsela desde que le descubrió por primera vez que los fantasmas eran reales. Pero hasta entonces no había conseguido reunir el valor de hacerlo.

—Esas historias sobre gente que se comunica con los espíritus de los muertos, los médiums... ¿De verdad podrías contactar con alguien del otro lado si quisieras?

La mirada de Will se concentró en la mano de Evie, que se aferraba con fuerza al colgante que le rodeaba el cuello.

—Es mejor dejar a los muertos descansar en paz —le dijo con suavidad.

—Pero ¿y si no están en paz? ¿Y si parecen necesitar ayuda? ¿Y si no dejan de aparecerse en tus sueños una y otra vez? —Evie sintió que las lágrimas volvían a amenazarla. Últimamente se había convertido en una llorona de categoría. Luchó contra ellas—. ¿Y si están intentando contactar contigo y decirte algo, pero tú no lo entiendes muy bien?

—¿Y si están intentando hacerte daño? —repuso Will—. ¿Lo has pensado de esa forma alguna vez?

No. Lo cierto era que no. Pero ¿James? Su hermano nunca le haría daño. ¿Verdad?

—La gente tiende a pensar que el odio es el sentimiento más peligroso. Pero el amor también lo es —continuó Will—. Hay muchas historias de espíritus que acechan a las personas y los lugares que más significaban para ellos. De hecho, hay más historias de ese tipo que de venganza.

—Tío, si crees en los fantasmas y los duendes...

—Yo no creo en los duendes...

—En lo «duendesco» —se corrigió Evie poniendo los ojos en blanco—. ¿Por qué te resulta tan complicado creer en Dios?

—¿Qué tipo de dios dejaría que existiese este mundo? —dijo, y le sostuvo la mirada durante un instante demasiado largo antes de comprobar su reloj de bolsillo—. Creo que es justo la hora de ese programa de radio de acción. ¿Quieres que lo escuchemos?

—Suena genial.

Will encendió la radio. Una música ominosa inundó la habitación. «Allá donde aceche el mal, dondequiera que se acumulen las sombras, allí encontraremos al capitán Nightfall y su brigada secreta luchando contra las fuerzas de la iniquidad y

salvaguardando a los ciudadanos de este país de cualquier forma de villanía...».

El salón en penumbra se llenó de efectos de sonido, de música, y de las moduladas voces de los actores que fingían poner a los malos en su sitio.

Pero no bastó para alejar a los fantasmas.

La lluvia golpeaba las ventanas con suavidad. Los árboles de Central Park se doblaban bajo el viento. Y en la oscuridad de la calle se oía un silbido mientras John Hobbes recorría las empapadas manzanas que lo separaban del Museo del Folclore Norteamericano, la Superstición y el Ocultismo. Entró con facilidad en la vieja mansión, con sus colecciones de bolsas de grisgrís, cartas de brujas y fotografías espiritistas. Meras baratijas. Juegos de niños. Paraguas para protegerse de un tifón. Al cabo de dos días, nada de aquello importaría, de todas formas. Pero, antes, había trabajo que hacer. Silbando, John Hobbes se acercó a la vieja biblioteca. Estaba envuelta en la lobreguez de la noche, pero pudo distinguir el escritorio desordenado sin ningún problema. Cada vez veía mejor en la oscuridad. Primero abrió el cajón y dejó un regalito. Pero también necesitaría llevarse algo. Lo vio allí, sobre el escritorio, asomando bajo una pila de recortes de periódico. Aquello serviría. Sí, aquello le iría a la perfección. Se lo metió en el bolsillo y se marchó del museo cantando con suavidad: «John el Travieso, John el Travieso, hace su trabajo con el delantal puesto...».

Arriba, en su habitación, Sam se despertó un momento pensando que había oído a alguien cantar, pero todo estaba en silencio, así que se dio la vuelta y volvió a quedarse dormido.

TODO IRÁ BIEN

Memphis caminaba por las calles cubiertas de hojas del Upper West Side con el abrigo bien abrochado para protegerse del aire frío. Ya era pleno otoño. El humo de las chimeneas quemaba los bordes del aire y perfumaba el viento. Las noches pesaban. «Todo irá bien, Memphis. Deja de preocuparte». El joven aceleró el paso, ansioso por llegar al Museo del Folclore Norteamericano, la Superstición y el Ocultismo. La hermana Walker le había dicho que se guardara para sí el incidente con el fantasma de Gabe, que probablemente estuviese viendo cosas a causa de la pena y el agotamiento. Pero entre los trances de Isaiah, la aparición de Gabe y el sueño que compartía con Zeta, Memphis sentía que todo aquello era demasiado como para ignorarlo y quería que alguien le explicara qué estaba sucediendo.

A lo lejos, el muchacho divisó las torres góticas del Bennington asomando entre el escaso follaje de los árboles. Allí era donde vivía Zeta, y durante un instante deseó poder ir corriendo a verla, olvidarse de todo aquel mundo de locura. Pero el mundo de Zeta era igual de misterioso que el resto de las cosas que lo preocupaban. No podía hacer nada al respecto y, además, necesitaba obtener respuestas, así que continuó avanzando.

Fue entre Central Park y la calle Ochenta y ocho donde Memphis se dio cuenta de que lo estaban siguiendo. Cuando se volvió para mirar por encima del hombro, los vio: dos hombres que lo perseguían a una distancia respetuosa pero constante. Supo de inmediato que eran polis vestidos de paisano. El corazón comenzó a latirle a toda prisa y se dijo a sí mismo que debía mantener la calma. No llevaba ningún boleto encima. Estaba a salvo. Memphis aumentó la velocidad. Y lo mismo hicieron los hombres. Entonces ya no cabía duda de que lo estaban siguiendo. El joven estudió la calle en busca de una escapatoria. A lo largo de Central Park Oeste, las excavadoras vaciaban la calzada por donde circularía la nueva línea de metro. ¿Podría esconderse allá abajo? No, lo atraparían seguro, y además probablemente se partiera una pierna en el intento. Pero tal vez sí fuera capaz de dejarlos atrás si echaba a correr. Esperó hasta que vio a un coche que subía por la calle y después salió disparado delante de él, lo cual obligó al conductor a dar un volantazo y a bloquear el bulevar y el tráfico durante unos instantes. Memphis esprintó hacia Central Park. Le ardían los pulmones y sus zapatos resonaban con fuerza sobre el enrevesado camino, que serpenteaba entre árboles y piedras negras y afiladas, moteado por el sol de falsas promesas de luz. Por encima de sus respiraciones agitadas, Memphis oía los gritos de los polis que corrían tras él. Eran más rápidos de lo que parecían, pero él pretendía ser aún más veloz. Se arriesgó a echar otra mirada atrás; vio que los estaba perdiendo, y una repentina alegría le inundó el pecho. Se dio la vuelta justo a tiempo de ver a la niñera con el carrito de bebé justo en mitad de su trayectoria, y la expresión aterrorizada de

la mujer, que se quedó paralizada en el sitio, incapaz de apartarse de su camino. Memphis llevaba demasiada velocidad cuesta abajo. Trató de frenar y derrapó, de modo que acabó rodando por la hierba, contusionado, golpeado y aturdido. Tenía los pantalones rotos y manchados de sangre a la altura de la rodilla. Aun así, intentó ponerse en pie como pudo, dispuesto a echar a correr de nuevo. Pero ya era demasiado tarde. Los hombres se le habían echado encima y lo levantaron bruscamente poniéndole los brazos a la espalda.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo uno de los polis jadeando, y Memphis se alegró de, al menos, haberlos dejado sin respiración—. Parece que nos hemos agenciado a un colaborador de la lotería ilegal.

—No —replicó Memphis—. Yo no llevo ni un solo boleto encima.

—¿Ah, no? ¿Y entonces qué llevas en los bolsillos? —preguntó el otro policía.

Se sacó un montón de boletos de su propio bolsillo y los embutió en el de Memphis.

—Yo diría que ahí hay al menos veinticinco boletos... Suficiente para que un juez te meta entre rejas, chico.

—¡Pero no son míos!

En cuanto aquellas palabras salieron de su boca, Memphis se dio cuenta de lo estúpidas que eran, de lo fútiles que resultaban sus protestas. ¿La palabra de dos polis blancos contra la de un negro relacionado con la lotería ilegal? Era un combate amañado.

—Llamad a Papá Charles —dijo Memphis—. Él os dará lo que necesitéis.

—Nosotros no trabajamos para Papá Charles —replicó uno de los agentes con desdén, y Memphis supo que Dutch Schultz los tenía comprados—. Vas a ir a la cárcel, amigo.

Los policías lo llevaron a empujones hasta un coche que los esperaba junto a la acera. Detrás de él, Memphis vislumbró los altos picos del Bennington, que flotaban tras una gasa de nubes itinerantes, como un espejismo.

UNA HERENCIA NOTABLE

Eran casi las cuatro de la tarde y las sombras del día se alargaban sobre las montañas Catskills, cuando el tío Will cogió la desviación de la vía principal, justo después de la deteriorada señal hacia Brethren. La carretera zigzagueaba hacia el valle pasando ante una granja pequeña cuyo granero tenía un símbolo mágico pintado de blanco en un lateral. Las hojas se habían teñido de rojos, dorados y naranjas otoñales. Más abajo, el pueblo se extendía como una foto de postal: tejados a dos aguas, farolas de gas y agujas de iglesias. Tenía un aspecto pintoresco, como si se hubiera quedado detenido en el tiempo a comienzos de siglo. Era el tipo de lugar que los políticos usaban para ponerse nostálgicos y presentarlo como símbolo de todo lo estadounidense, de todo lo que el país se arriesgaba a perder.

Luego se dirigieron hacia el norte. Los caminos estaban embarrados y llegaron bastante más tarde de lo que pretendían. Se registraron en un motel a las afueras de la pequeña ciudad. Era un lugar rústico, con aspecto de cabaña, con un gran terreno para que aparcaran los coches y los carros. El tío Will hizo sonar la campana. El propietario, un hombre con bigote a lo francés pero con una chaqueta de corte más moderno, los saludó. Will firmó el registro como señor John Smith y familia, de Albany, y reservó dos habitaciones: una para Evie y otra que compartirían Jericho y él.

—¿Han venido para la feria del condado? —les preguntó el hombre del motel.

—Pues sí. Tenemos entendido que es la mejor de Nueva York —contestó Will con una sonrisa tensa—. Mis hijos están impacientes por verla.

Evie le lanzó a Will una mirada de sorpresa. Aún sonriendo, su tío le hizo un disimulado gesto de advertencia con la cabeza: «Sígueme el juego».

—La verdad es que sí es la mejor —dijo el posadero con orgullo—. Les recomiendo la mermelada de melocotón de la Primera Iglesia Metodista. Es algo realmente especial.

—A Evangeline le encanta la mermelada de melocotón, ¿verdad, cariño?

—Nunca me canso de ella —contestó Evie.

Will cogió las llaves y los guio a toda prisa hacia las habitaciones.

—¿Por qué tenemos que alojarnos aquí? —preguntó su sobrina con desmayo cuando vio la habitación oscura y forrada con madera de cedro y la cama llena de bultos.

Había visto una adorable posada antigua cuando habían llegado a la ciudad. Aquella ni siquiera tenía teléfono.

—Llamaremos menos la atención —contestó Will, y extendió un mapa sobre el escritorio desconchado—. Bien. De acuerdo con esto, el viejo campamento está montaña arriba, más o menos por aquí. La tumba de John Hobbes debería estar en el

bosque, en algún lugar pasada la vieja iglesia. Solo hay un camino que lleve hasta allí... si es que a eso puede llamársele camino. Probablemente sea complicado llegar, sobre todo si el tiempo se pone feo. Y, por desgracia, tenemos que ir cuando sea de noche...

—Según *El almanaque del granjero*, el sol se pone a las seis y veinticinco —apuntó Jericho.

—Entonces debemos reencontrarnos aquí a las seis menos cuarto, como muy tarde.

—¿Reencontrarnos? ¿Adónde vamos?

—Adónde vais —la corrigió Will—. Jericho y tú iréis a la feria.

—Vaya... Tío, ¡creía que solo estabas siendo educado!

—Nos irá bien. Hará que parezcamos unos simpáticos turistas. Distraerá a cualquiera de la sospecha de nuestro verdadero propósito.

Evie conservaba un nítido recuerdo de asistir a la Feria Estatal de Ohio y vomitar a causa del olor de los animales de granja y de comer demasiado algodón de azúcar. Las ferias estatales no se parecían en nada a los clubes nocturnos de Manhattan; probablemente Jericho y ella murieran de aburrimiento antes incluso de llegar al viejo asentamiento de Brethren. Pero el tono de voz de su tío le había dejado claro que la decisión estaba tomada.

La muchacha soltó un largo suspiro.

—Vale, tío. Iré a comer mermelada de melocotón con los pueblerinos. Pero me debes una.

Will llevó a Evie y a Jericho en coche a la feria y luego se acercó al centro de la ciudad para ver si podía reunir más suministros para su expedición. Evie y Jericho compraron sus entradas y se abrieron camino hacia el interior del recinto con el resto de la multitud. Se habían instalado varias carpas blancas y largas, y aquello le otorgaba a la feria cierto aspecto de campamento medieval. Una Arabia de placeres soñados les esperaba en el interior: los puestos de madera endeble estaban abarrotados de enormes calabazas. Los carteles pintados a mano prometían LA MEJOR TARTA DE MANZANA DEL CONDADO Y JABÓN DE SOSA... ¡NO HAY MEJOR AGENTE LIMPIADOR!, así como pepinillos dulces, conservas de ciruela, palomitas con caramelo en conos de papel de periódico y tapetes de ganchillo hechos a mano con tal delicadeza que apenas se apreciaban las puntadas. El alegre alboroto alcanzaba hasta el último rincón del mercado: «Equipación hípica Ferber's... ¡Por aquí!». «¡Partida de damas, solo un penique!». «¡Vengan a la exposición automovilística y vean los coches del futuro!».

Atravesaron el gran pabellón ganadero, donde los corrales rebosaban de animales acicalados hasta la perfección mientras los granjeros, con expresión seria y los brazos cruzados, rondaban a su alrededor esperando con nerviosismo el veredicto de los

hombres que juzgaban su valor.

Al salir de aquella carpa, se encontraron con una orquesta de metal a la vieja usanza encaramada a una glorieta central. Tocaban un himno religioso y varias parejas de pelo canoso sentadas en sillas de madera cantaban la letra. Los niños, vestidos con sus mejores galas de domingo, corrían como locos, sonrientes y con las miradas llenas de asombro, mientras la brisa hacía que sus molinetes giraran sin parar. A pesar de sus anteriores reticencias, Evie estaba encantada. Durante un breve instante, pudo olvidarse de que habían ido hasta allí con un terrible propósito. Hicieron cola para montar en los carros de heno y rieron cuando las ruedas de madera rebotaron sobre el campo surcado. Volvieron a reír cuando se quitaron las virutas de heno del pelo y la ropa, como perros recién bañados que se sacuden el agua. En un pequeño mostrador de madera, vertieron unas gotas de miel sobre rebanadas de pan fresco empapadas en mantequilla fundida y las engulleron. Evie soltó una carcajada cuando a Jericho se le escurrió una gran gota de miel por un lado del pan y el joven intentó atraparla con la lengua.

—Te has dejado un poco —dijo y, sin pensarlo, le quitó la miel de la comisura con el pulgar.

Jericho separó los labios ligeramente, como si pretendiera atraparle el dedo con la boca. Retrocedió de inmediato y sustituyó la mano de la chica por la suya propia.

—Gracias, Evie.

—De nada —contestó ella con timidez. Jericho la estaba observando de una forma que no podía identificar—. ¡Eh, mira! Vamos a montarnos en la noria —dijo encaminándose hacia ella a buen paso.

Compraron los boletos por un penique cada uno y se acomodaron en la silla de metal. Se balanceó un poco cuando se subieron a ella, y Evie soltó un grito y se agarró al brazo de Jericho. Él reaccionó agarrándola de la mano y, cuando la atracción comenzó a elevarlos hacia el cielo, Evie sintió mariposas en el estómago no solo por la altura, sino también por la cercanía del joven.

—¡Mira hacia allí! Si te esfuerzas se ve el motel —dijo Evie, y liberó la mano para señalar.

Señalar era de mala educación, pero aun peor era agarrarle la mano al chico por el que tu mejor amiga estaba colada, aunque solo estuviera siendo caballeroso.

—¿Dónde?

Jericho se inclinó ligeramente sobre ella para mirar y el cuerpo de Evie volvió a vibrar.

—Vaya... Cre... Creo que ya no se ve.

Se reclinó sobre el asiento con las manos firmemente asidas a la barra.

Al bajar de la noria, se dieron cuenta de que la temperatura había bajado. Unas nubes ralas vagaban por el cielo neblinoso sobre las colinas rojizas.

—¿Tienes frío? —le preguntó Jericho.

—Un poco —contestó Evie. Le castañeteaban los dientes. Hizo un gesto con la cabeza en dirección a un pabellón de tablas que había a su derecha—. Parece que ahí hace calor.

Sobre la puerta, un cartel proclamaba: MEJORES FAMILIAS PARA FUTUROS HOGARES. Un niño rubio bajó disparado la escalera mostrando con orgullo una medalla de bronce sobre una cinta.

—¡He ganado!

—¡Ese es mi chico! ¿Qué has ganado? —le preguntó Evie, y el niño le enseñó la inscripción de la medalla—. «Sí, tengo una herencia notable» —leyó la chica—. Bueno, bien por ti, supongo.

Dentro, había varias mesas largas y unas zonas delimitadas con cortinas marcadas con una señal de EXAMEN. Las familias se sentaban en las sillas a esperar su turno mientras unas enfermeras con delantales almidonados y cofias blancas se movían a su alrededor anotando datos y acompañándolos, de uno en uno, al otro lado de las cortinas. Los padres rellenaban encuestas y contestaban preguntas mientras las madres mecían en sus regazos a bebés alterados y exigían a sus hijos que se sentaran rectos en las sillas, todo con la esperanza de salir de allí con una medalla de bronce, como aquella de la que el niño de fuera se había mostrado tan orgulloso. Había chocolate caliente, así que Jericho fue a buscar un par de tazas mientras Evie esperaba.

En una mesa cercana, un hombre alto, delgado y de pelo cano le hacía preguntas a una joven pareja.

—¿Ha tenido algún miembro de su familia problemas cardíacos en alguna ocasión? ¿Poliomielitis? ¿Escoliosis? ¿Raquitismo?

La pareja negó con la cabeza y el hombre del pelo gris sonrió.

—Bien, muy bien. ¿Y qué me dicen de alguna historia de alteraciones nerviosas? ¿Han demostrado ustedes o cualquiera de los miembros de sus familias poseer alguna habilidad extraña? Por ejemplo, si sujetara un naipe en la mano, ¿podrían tener un... bueno, llamémoslo una sensación de cuál es la carta? ¿Les gustaría que los examinaran para ver si pueden hacerlo?

Evie solo escuchaba a medias. Le había llamado la atención la pared del otro extremo, de la que colgaba un cartel grande. El cartel, que contenía unas bombillas pequeñas y destellantes, estaba dividido en dos. A la izquierda, donde una flecha señalaba hacia una luz que no paraba de parpadear, se leía: CADA CUARENTA Y OCHO SEGUNDOS, EN ESTADOS UNIDOS NACE UNA PERSONA QUE SERÁ UNA CARGA PARA LA SOCIEDAD. NUESTRO PAÍS NECESITA MENOS DE ESOS Y MÁS DE ESTOS...

En el lado derecho, una flecha señalaba una bombilla que apenas parpadeaba. El texto decía: CADA SIETE MINUTOS Y MEDIO, EN ESTADOS UNIDOS NACE UNA PERSONA DE

CALIDAD SUPERIOR QUE TENDRÁ LA CAPACIDAD DE TRABAJAR Y ACTUAR COMO UN LÍDER. SOLO EL CUATRO POR CIENTO DE LOS ESTADOUNIDENSES ENCAJAN EN ESTA CATEGORÍA. DESCUBRA LA HERENCIA. PUEDE AYUDAR A CORREGIR ESTAS CONDICIONES. LA FUNDACIÓN PARA LA MEJORA DE LA HUMANIDAD: FORTALECIENDO ESTADOS UNIDOS GRACIAS A LA CIENCIA DE LA EUGENESIA.

Jericho regresó con el chocolate. Frunció el ceño al ver el cartel. Una enfermera sonriente que llevaba una carpeta entre las manos se acercó a ellos.

—¿Quieren examinarse?

—¿De qué? —preguntó Evie.

—No necesitamos ninguna medalla —dijo Jericho con brusquedad.

—¿Conocen la eugenesia? —prosiguió la enfermera como si no lo hubiera oído—. Es un maravilloso movimiento científico diseñado para ayudar a Estados Unidos a lograr su máximo potencial. Es la autogestión de la evolución humana.

»Todo granjero sabe que la clave para tener el mejor ganado posible reside en la cría —les explicó la enfermera como si estuviera impartiendo catequesis a unos niños—. Si crías con animales inferiores, tendrás un ganado inferior. Debe mantenerse la superioridad de la estirpe para obtener un ganado verdaderamente superior. Con las personas ocurre lo mismo. ¿Cuál es el coste para Estados Unidos cada vez que nacen personas defectuosas? Hablamos de los desgraciados. Los degenerados. Los incapaces, los locos, los tullidos y los débiles mentales. Los delincuentes habituales que se encuentran en las clases bajas. Los defectos característicos de algunas de las razas. Muchos de los agitadores que provocan inquietud en nuestra sociedad son un ejemplo del elemento inferior que está llevando al mestizaje de nuestra cultura estadounidense. La pureza es la piedra angular de nuestra gran civilización. La eugenesia propone correcciones para lo que hay de enfermo en nuestra sociedad.

—Vámonos —susurró Jericho con urgencia al oído de Evie, pero la enfermera seguía hablando.

—Imaginen un país en el que nuestros males tanto físicos como sociales hayan sido eliminados de nuestra progenie. No habría enfermedades. Ni guerra. Ni pobreza ni crímenes. Habría paz entre personas de mentes superiores y similares que podrían razonar sus diferencias. ¡Una verdadera democracia! No todos los hombres son creados iguales, pero podrían serlo. ¡La humanidad estaba destinada a avanzar, siempre hacia delante, siempre hacia arriba, siempre imparable! Correcciones —repitió la risueña enfermera—. ¿Están seguros de que no les gustaría someterse al examen? No les robaré más que unos momentos de su tiempo, y tenemos unas galletas deliciosas.

—No estamos interesados —le espetó Jericho con brusquedad, y se marchó a toda prisa.

—¡Jericho! Jericho, espera, por favor —resopló Evie. Lo había seguido hasta el

exterior del pabellón de «Mejores familias». El chico caminaba muy rápido, y le estaba costando alcanzarlo—. ¿Qué pasa? ¿Qué problema hay?

—Ninguno —contestó Jericho, aunque no cabía duda de que sí que lo había. Evie nunca lo había visto tan enfadado. Siempre se mostraba frío, sereno—. Eso no es ciencia. Es intolerancia. Y... y no me gustan los experimentos. —Respiró hondo, como si se estuviera obligando a tranquilizarse—. Es hora de irse. Ya llegamos tarde.

Salieron por el otro extremo del recinto y se dirigieron hacia la camioneta que esperaba para devolver a la gente a la ciudad. Justo al otro lado de la valla, aproximadamente media docena de hombres se habían encaramado a una pequeña plataforma improvisada. Vestían monos, chaquetas negras y sencillas y sombreros negros. Evie frenó en seco.

—Mira, es Jacob Call.

Con su libro sagrado en alto, el hermano Jacob Call rugía a la multitud:

—El pastor Algoode dijo la verdad y señaló el camino. ¿No veis lo que le está pasando a este país? El pecado ha echado raíces en nuestras casas. La avaricia y la envidia pudren sus cimientos. Hemos perdido el camino. ¡Arrepentíos, pecadores, pues el fin está cerca! ¡Escuchad la palabra del Señor tal como le fue revelada a su profeta, el buen reverendo Algoode, amén!

—Los Hermanos —murmuró Evie.

—Y el señor habló con la lengua de mil serpientes, y dijo: «Ungid vuestra carne y preparad las paredes de vuestras casas, pues el fin llegará». ¡El Señor vuestro Dios ha enviado a la Bestia para que despierte!

—La Bestia despertará —repitieron los hombres.

Uno de ellos comenzó a convulsionar y se le pusieron los ojos en blanco. Hablaba en distintas lenguas mientras se le retorcía el cuerpo.

—El cometa de Salomón se acerca. ¡El Dragón Antiguo se alzaré y solo los fieles serán salvados para disputar la guerra sagrada de Dios mientras los pecadores perecen!

Evie y Jericho tenían que pasar por delante de ellos para llegar a la camioneta.

—No puedo —dijo ella.

—No te preocupes. Yo estoy contigo —la tranquilizó él, y se interpuso entre Evie y los hombres.

Evie sintió que todos los de la plataforma la miraban con fijeza y, automáticamente, se cruzó el abrigo sobre el cuerpo. Deseó no llevar medias estampadas y pintalabios, a pesar de que la enfurecía que el desprecio de los fanáticos hiciera que se sintiese así. Un niño de no más de catorce años la observaba atentamente, con una expresión a medio camino entre la lujuria y el odio.

—El pecado del mundo fue el pecado de una mujer —gritó el muchacho.

Ni siquiera le había cambiado la voz todavía; era más pequeño de lo que Evie se

había figurado.

—Sigue caminando —susurró Jericho, y cogió la mano de Evie entre las suyas.

La chica trató de mantener la mirada al frente, pero oyó que el niño decía algo, una palabra que le llamó la atención. No era una palabra agradable. Evie se volvió hacia él. El crío tenía la cara deformada por el odio.

—Ramera —siseó el niño.

Echó el brazo hacia atrás, como si fuera a lanzar algo, y Evie se quedó completamente estupefacta cuando el barro impactó contra ella. Ahogó un grito al ver que le había ensuciado la parte delantera del abrigo.

—¡Ramera! —repitió el niño gritando.

La gente no dejaba de mirarla... ¡A ella! ¡Como si hubiera sido Evie quien había hecho algo malo! La chica quería gritarles. Quería darle un puñetazo con todas sus fuerzas al niño. También quería echarse a llorar.

—¡Ramera! —vociferó Jacob Call, y el resto de los hombres se sumó a él—: ¡Ramera! —dijeron a coro.

Jericho le apretó la mano con más fuerza y la llevó a toda prisa hacia las puertas de la feria. Pero Evie los oía gritar a sus espaldas.

«¡Ramera, ramera, ramera, ramera!».

LO JURO POR MI VIDA

Memphis llegaba tarde. Le había dicho a su hermano que lo recogería en casa de la hermana Walker a las cinco, pero se acercaban las seis e Isaiah tenía hambre. La tía Octavia servía la cena a las seis y cuarto en punto. Si a esa hora no estaban lavados y sentados a la mesa, se iban a la cama con hambre. Isaiah ya estaba enfadado porque la hermana Walker no le había dejado leer las cartas. Aquella tarde no habían hecho más que sumas y cálculos, y estaba bastante molesto por ello. No tenía ninguna intención de pasarse la noche dando vueltas en la cama con el estómago vacío solo por culpa de Memphis. Isaiah sabía que la hermana no le dejaría marcharse a casa sin un adulto, así que esperó hasta que la mujer se marchó a la cocina a por su té y entonces gritó: «¡Creo que ya viene, hermana!» y salió corriendo hacia la puerta antes de que ella pudiera siquiera contestarle. Nunca había vuelto solo a casa desde el piso de la hermana Walker. Era emocionante, como si tuviera todo un mundo secreto por explorar. Sin embargo, pensó que ojalá no estuviera anocheciendo ya. No le gustaba la oscuridad. Tuvo que pasar por delante de la funeraria, y recordó a su madre, tumbada en su ataúd con el vestido blanco de los domingos, y también a Gabe. Aquello hizo que se sintiera triste y un poco asustado. Iba a pasar por delante del Cementerio de la Trinidad de noche. Todo el mundo sabía que era en ese momento cuando los muertos salían a pasear. Le rugieron las tripas y pensó en que la tía Octavia no le daría de cenar.

Isaiah contuvo el aliento —se suponía que siempre tenías que contener el aliento cuando pasabas ante un cementerio; eso también lo sabía todo el mundo— y pasó corriendo por delante de los altos muros de piedra y hierro entre las primeras hojas caídas del otoño. Esperaba que le aguantaran los pulmones. Era difícil correr y contener el aliento al mismo tiempo. Para cuando llegó al final, estaba mareado. Chocó de frente con Bill Johnson el Ciego y gritó.

—¡Me ha asustado!

Bill sonrió.

—¡Isaiah Campbell! ¿Te has creído que era un fantasma?

—Ajá. No me gusta pasar por delante del cementerio, pero si no llego a casa a tiempo mi tía Octavia no me dará de cenar.

—Entonces será mejor que nos demos prisa. Ven, conozco un atajo. —El bastón del ciego comenzó a dar golpecitos calle abajo. Se detuvieron en la esquina—. Dime, ¿te gustan los trucos de magia?

—Supongo.

—¿Supones? ¿Qué tipo de respuesta es esa? —dijo Bill fingiendo estar desolado—. Verás qué divertido. He estado practicando uno. ¿Quieres verlo?

—Claro —contestó Isaiah.

El niño lanzaba una pelota al aire y la cogía al vuelo en cada ocasión.

—¡Mira! En esta mano hay una rosa. —Bill abrió la mano derecha para enseñársela al niño, luego volvió a cerrarla—. ¡Alakazam! —Abrió la mano otra vez—. ¿Qué ves?

Isaiah le echó un vistazo a la flor, ligeramente chafada.

—No ha pasado nada.

—¿Nada?

—No.

—Deja que lo intente de nuevo.

—Oh, magníficos espíritus de la tierra, ¡dadme una rana en la mano derecha!

Bill el Ciego abrió el puño. La rosa seguía siendo una rosa.

Isaiah se echó a reír.

—Ahí no hay ninguna rana —dijo.

—¡Demonios! —protestó Bill el Ciego—. Hasta me he leído un libro de magia y todo. Supongo que, simplemente, no tengo el toque.

Isaiah quería contarle al anciano lo que él era capaz de hacer. Memphis siempre le decía que no hablara de ello, pero su hermano no estaba allí. Se había largado a algún sitio y se había olvidado por completo de él. Aquello hacía que le entraran ganas de llorar, pero se suponía que los chicos no lloraban. Daba la sensación de que había una lista muy larga de cosas que se suponía que Isaiah no debía hacer, y estaba harto de ella.

—Yo sí sé hacer magia —soltó sin pensárselo más.

—¿Ah, sí?

—Sí. La hermana dice que soy algo especial.

Si Memphis le ocultaba secretos, entonces Isaiah podía ocultarle secretos a él. Y también podía revelarlos.

—¿Eso dice? ¿Y qué te hace tan especial?

—La hermana dice que se supone que no debo contarlo.

—Bueno, al viejo Bill el Ciego sí puedes contárselo, ¿no? ¿A quién iba a decírselo yo?

—La hermana dice que no.

—Ajá. Entiendo. ¿Vas a dejar que una mujer te diga lo que tienes que hacer, hombrecito?

Con la rapidez de una serpiente, atrapó la pelota con la mano izquierda y la levantó en el aire para que Isaiah no pudiera cogerla.

—¡Eh!

—Si eres tan especial, ¿por qué no me la quitas? ¿O es que en verdad no eres tan especial? ¿Es eso?

—¡Sí lo soy!

—No pasa nada, hijo. No todos podemos ser especiales.

—¡Soy especial! —replicó Isaiah, tan enfadado que se le saltaron las lágrimas.

Bill el Ciego le devolvió la pelota y le dio unas palmaditas en la cabeza.

—Venga, venga, no pretendía ofenderte, hombrecito. Claro que eres especial. Lo noto. Bill el Ciego lo nota.

—¿Sí?

—Sí, señor; sí, señor.

Las palabras del anciano cayeron como un bálsamo sobre Isaiah. Al menos a alguien le importaban sus sentimientos. Isaiah estaba cansado de ser pequeño y de que lo ignoraran. Estaba cansado de que todo el mundo —la hermana, Memphis, Octavia, sus profesores, los feligreses de la Iglesia Episcopal Metodista Madre Africana Sion— le dijera lo que podía y lo que no podía hacer. ¿De qué le valía tener algo especial si no podía contárselo a nadie?

—Vale, muy bien. Se lo contaré. Pero tiene que prometerme que me guardará el secreto.

El viejo se llevó la mano al corazón.

—Lo juro por mi vida.

Aquella era la promesa más solemne que Isaiah conocía.

—Veo cosas en mi cabeza. Cuando la hermana coge las cartas, adivino cuáles son sin verlas siquiera.

Bill el Ciego frunció los labios.

—¿De verdad? Serías muy bueno jugando al póquer.

—La hermana no me deja.

—No, ya me imagino que no.

—Y a veces... —Isaiah se detuvo.

—¿Sí?

—A veces puedo ver cosas que todavía no han pasado.

Bill sintió un estremecimiento en el estómago, que pronto se abrió camino por sus venas como un hambre voraz.

Con la mano temblorosa, volvió a darle unas palmaditas en la cabeza al muchacho.

El niño agarró la manaza del hombre y le dio la vuelta.

—Tiene una cicatriz.

—Un viejo corte de cuando trabajaba en el algodón. Esas hojas secas se levantan y ¡TE PILLAN!

Bill asustó a Isaiah, que soltó un grito y luego se echó a reír. Le caía bien Bill, le gustaba que el anciano le tomara el pelo. Le recordaba a su padre, que solía balancear a Isaiah agarrándolo de ambos brazos mientras caminaban por la calle, y su madre los reñía a los dos diciendo: «Para, Marvin, vas a estirarle los brazos hasta sacárselos».

Pensar en su padre y su madre lo entristecía.

Habían llegado al pequeño callejón que Bill le había dicho que estaban buscando.

—Atajo —le dijo al anciano.

—Gracias. —Bill comenzó a caminar más despacio—. ¿Estás bien, hombrecito? Pareces triste.

—Solo pensaba en mi madre. Murió.

—Vaya. Eso es muy triste. —Bill frenó solo una pizca más. Sabía perfectamente que el callejón moriría frente a una pared de ladrillo. Había dormido allí unas cuantas veces—. Podría sacarte la tristeza de la cabeza si quisieras.

—¿Cómo vas a hacerlo?

—Ven por aquí y te lo enseñaré.

Isaiah tenía dudas. No era solo que su tía le hubiera advertido que tuviese cuidado con los extraños; Bill el Ciego no era un extraño, exactamente. Hubo una pausa momentánea, algo en lo más profundo de su ser que le hizo desconfiar, pero siguió a Bill de todas formas.

—No es precisamente un atajo, señor Johnson. Va a dar a una pared de ladrillos.

—Vaya, me he equivocado. Debía de estar pensando en otra calle. Es difícil para un ciego, ya sabes. Ahora ven por aquí. Venga, ven.

Isaiah miró hacia atrás, al callejón que desembocaba en la calle desierta.

—No estarás asustado, ¿verdad? ¡Un tipo especial como tú!

—No. No lo soy —dijo Isaiah.

«Lo estoy», le habría corregido Memphis. Bueno, pero Memphis no estaba allí. Isaiah se acercó al anciano.

—Solo tengo que ponerte la mano sobre la cabeza, así. ¿Te hace cosquillas?

Sí se las hacía, un poco, e Isaiah se echó a reír.

—Me lo tomaré como un sí. ¿Y aquí?

Bill movió las manos hacia delante de manera que las yemas de sus dedos sujetaran con firmeza la frente del muchacho.

—Ahí está bien.

—Estupendo, entonces. Notarás un pequeño apretón, y luego ya no volverás a sentirte triste nunca más.

En aquel momento, Isaiah pensó en Memphis, y de repente tuvo una premonición sobre su hermano, una creciente sensación de que estaba metido en un lío, de que algo no iba bien.

—Tengo que irme a casa, señor Johnson. Octavia estará esperándome para cenar.

—No te muevas, hijo.

—Tengo que irme.

—No te resistas, venga. No te resistas.

El pánico golpeó a Isaiah en las costillas. La sensación de miedo se transformó en

una visión aterradora: vio a su hermano de pie en una encrucijada bajo un cielo ennegrecido.

—¡Suélteme! —gritó Isaiah tratando en vano de liberarse de las firmes manos del ciego—. ¡Suélteme, suélteme!

Bill gruñó, lo sujetó con más fuerza y recibió la recompensa de la sacudida eléctrica.

Bajo sus dedos, Isaiah se revolvió y temblaba y, si era igual que en el pasado, como cuando aún podía ver, Bill supo que al niño se le habían dado la vuelta los ojos dentro de las órbitas. Tal vez se le hubiera acumulado un poquito de baba espumosa en las comisuras de los labios. Al anciano se le aceleró el pulso y, durante un segundo, recordó que corría descalzo por los campos de tabaco bajo un cielo que se extendía en todas direcciones. Un número apareció ante él: uno, cuatro, cuatro. Un número. ¡Además había conseguido un número! Otra sacudida, más fuerte que la primera, recorrió el cuerpo de Bill. La lengua se le retorció en la boca y notó el sabor a metal. Vio una encrucijada y una nube de polvo que se iba formando en el camino, como un indicio de tormenta, y a un hombre alto, gris y delgado como un palo, con un sombrero de copa. Bajo la palma de su mano, Isaiah permanecía inmóvil y callado. Cayó al suelo, a los pies de Bill, y el anciano se acuclilló a su lado para escuchar el sonido de su respiración.

—¡Eh! ¡Eh! —gritó alguien desde la calle.

Bill soltó una maldición en voz baja y apartó la mano del niño.

—¡Por aquí! ¡Aquí! ¡Necesitamos ayuda!

La voz avanzó hacia ellos y se convirtió en la tenue silueta de un hombre. Una sombra. ¡Ah, si le hubieran concedido tan solo unos segundos más! ¿Hasta dónde podría ver? ¿Hasta dónde podría saborear el poder?

—¿Qué ha pasado? —La voz del hombre era dura, acusatoria.

—No lo sé. El hombrecito estaba perdido. Estaba intentando ayudarlo a encontrar su camino, pero empezó a sufrir una especie de ataque, creo. No puedo saberlo con exactitud debido a mi condición. —Bill puso una mano sobre su bastón—. He gritado pidiendo ayuda... ¿No me ha oído?

—Supongo —contestó el hombre—. Supongo que eso es lo que me ha traído hasta aquí. Es una suerte que usted anduviera cerca.

—El Buen Señor debía de estar atento.

La gente era tan sugestionable...



Octavia gritó cuando vio al hombre que cargaba con el cuerpo inerte de Isaiah por el camino de entrada y a Bill Johnson pegado a su espalda. Metieron al niño en la cama. Llamaron a un médico.

Les ofreció platos de pan de maíz. Bill se colocó el suyo sobre el regazo y lo engulló a toda prisa. Hacía mucho tiempo que no probaba la comida casera, y Octavia era una buena cocinera.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Octavia.

—Bueno, señora, el hombrecito estaba perdido y yo solo intentaba ayudarlo... — El ciego le contó la misma historia que había relatado antes. Casi había acabado cuando oyó al mayor de los hermanos Campbell irrumpir por la puerta principal como si quisiera romperla.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Isaiah? —El pánico permeaba su voz.

—Descansando. —La gelidez la de su tía.

—Lo siento, me...

—Ahórrate las palabras para rezar, Memphis John. La señora Robinson ya me ha contado que te han arrestado y que Papá Charles ha tenido que pagar tu fianza —dijo con enfado.

—¿Puedo ver a Isaiah?

Bill no oyó nada, así que solo pudo asumir que la respuesta había sido una señal: un movimiento de la cabeza, un gesto. ¿Cuántas conversaciones silenciosas como aquella se habría perdido a lo largo de los años? Oyó que Memphis se escabullía hacia alguna otra habitación, para estar junto a su hermano, sin duda. Los dos muchachos estaban muy unidos, un vínculo forjado por la tragedia. Aquello hizo que Bill se lo pensara un segundo, pero enseguida apartó la idea de su mente. No era tarea suya restaurar la justicia en el mundo.

—No sea demasiado dura con el chico —le dijo a Octavia a modo de ofrenda de paz.

Se puso de pie para marcharse y Octavia le dio su bastón y otro trozo de pan de maíz envuelto en papel encerado.

—Gracias, señor Johnson.

—Bill.

—Gracias, Bill. —El ciego percibió que se le ahogaba la voz—. Oh, por el amor de Dios, por todos los santos. ¿Y si no hubiera estado con él? ¿Y si hubiese estado solo?

—Los caminos del Señor son inescrutables, señorita.

—Venga cuando quiera —dijo Octavia a sus espaldas.

Bill el Ciego estaba ya junto a la pequeña verja que salía a la calle.

—Gracias. Creo que lo haré.

Bill Johnson se dio la vuelta hacia la noche, que no era tan oscura como el lugar donde había estado. Se sacó la rosa del bolsillo y la apretó con fuerza en el puño izquierdo.

—Lo siento, hombrecito. Lo siento de verdad —susurró el anciano.

Cuando volvió a abrir la mano, la rosa se había convertido en ceniza.

En el silencio de la habitación trasera, Memphis observaba la respiración del pequeño. Cada resuello le parecía una acusación: «¿Dónde... estabas... hermano?». Tragó saliva con dificultad, aterrorizado. ¿Y si era él quien le había provocado aquello a Isaiah? ¿Y si una maldición destinada a Memphis se había desviado y caído sobre su hermano? Se sentía enfermo por dentro y el sudor le perlaba la frente.

—No te preocupes, Hombre de Hielo —susurró—. Lo solucionaré, yo me haré cargo de esto.

Memphis colocó las manos sobre el cuerpecillo de Isaiah, cerró los ojos con fuerza y esperó el calor y el trance, los extraños sueños de curación. Pero no sucedió nada. El calor no llegó a sus manos. Su hermano siguió durmiendo, como el habitante encantado de un reino de cuento de hadas embrujado, y Memphis, el encargado de matar al dragón, se quedó al otro lado de las inexpugnables murallas del reino.

Se dejó caer junto a la cama y hundió la cabeza entre sus inútiles manos.

BRETHREN

Las ruinas del viejo asentamiento de Brethren se encontraban en los espesos bosques de la montaña Yotahala, un nombre que le habían concedido los oneida y que significaba «sol». Pero el astro brillaba más bien poco mientras el Ford de Will realizaba el constante ascenso de más de tres kilómetros por el estrecho camino de tierra que serpenteaba entre las densas arboledas apenas acariciadas por la melancolía de última hora de la tarde. Había comenzado a caer una ligera nevada de principios de octubre. Los escasos copos danzaban ante los focos del Model T. El coche no conservaba mucho el calor, y Evie temblaba en el asiento trasero mientras recibía el impacto de todos y cada uno de los baches del camino.

—Ya estamos cerca —anunció Will por encima del constante quejido del motor—. Buscad un roble de dos troncos. Ese es el desvío.

—No estaba haciendo nada, tan solo pasaba por allí —dijo Evie continuando una conversación anterior. Todavía estaba conmocionada por el encuentro con los fieles a la salida de la feria—. Nada en absoluto.

—No es culpa tuya. No hay nada más aterrador que la inmutabilidad del que cree que tiene razón —dijo Will. Estaba encorvado sobre el volante y estiraba el cuello para mirar a uno y otro lado; no se conformaba con encomendarle a Evie y Jericho la búsqueda—. El hombre del registro me ha dicho que en los últimos años se ha producido un resurgimiento del culto de los Hermanos.

—Pero ¿por qué?

—Cuando el mundo avanza demasiado rápido para algunas personas, estas intentan hacernos retroceder a todos con su miedo —le explicó Will—. Esperemos que se queden en la feria. Odio pensar en qué podría ocurrir si nos sorprendieran exhumando el cadáver del hijo de su profeta.

A la derecha del camino, donde hacían guardia unos árboles con las cortezas como rodillas desolladas, Evie vislumbró un amuleto de piel de animal, estampada con el consabido pentáculo, colgando de una rama enclenque. Por impulso, se subió la solapa del abrigo para cubrirse el cuello desnudo.

—Creo que nos estamos acercando.

—Ahí está el roble de dos troncos.

Jericho señaló un árbol enorme cuyas ramas nudosas se habían unido en una extraña danza de madera retorcida.

Will sacó el coche del camino y se internó en el claro. Lo aparcó tras un matorral aún bastante frondoso y dijo:

—Espero que estos arbustos oculten nuestra presencia el tiempo suficiente.

Sacó del maletero un farol de queroseno, lo encendió y lo reguló para que ofreciera una luz suave; le entregó una linterna a Evie y cogió también dos palas, una

de las cuales era para Jericho. Cuando las vio, Evie recordó cuál era su desagradable empresa. Will se echó su pala al hombro y levantó el farol hacia la imponente ladera boscosa que se alzaba ante ellos.

—Por aquí —dijo, y echó a andar colina arriba por la cicatriz apenas visible de un sendero de tierra.

La luz neblinosa del crepúsculo teñía los bosques de gris oscuro. Evie intentó imaginarse al joven John Hobbes viviendo así de aislado, lejos de los acogedores fuegos de las tabernas y de las charlas amigables de los vecinos, con aquellos bosques como únicos compañeros.

La pendiente era muy pronunciada y las piernas de Evie protestaban por la subida. Se alegró de haberse calzado de forma sensata. El aire escaseaba y hacía que cada inspiración fuese más trabajosa que la anterior. La chica miró hacia atrás, pero ya no pudo distinguir el Ford en su escondite.

—¿Cuánto... queda... tío? —resolló. Sus músculos se quejaban a gritos.

—Casi estamos —contestó Will igual de jadeante.

Casi por arte de magia, el sendero se allanó. Dieron la vuelta alrededor de un montículo que se proyectaba hacia fuera y Evie tuvo que contener el poco aliento que le quedaba en los pulmones.

—Damas y caballeros, Viejos Hermanos —dijo Will en voz muy baja.

Habían llegado a las ruinas abandonadas del viejo asentamiento. Un puñado de cabañas de madera medio desmoronadas se desperdigaban por el claro. Una puerta podrida colgaba, abierta, de unas bisagras oxidadas; las ventanas, oscuras, vacías, le conferían a la casa una apariencia cadavérica. Las malas hierbas rodeaban la carcasa de piedra de un pozo. Aún se atisbaba un camino de piedra bajo una manta de hojas y tréboles. Zigzagueaba entre los árboles envueltos en bruma. A su izquierda, el ruido del río se mezclaba con el chirriar de los grillos y los pájaros. La linterna de Evie se reflejó en los ojos de un zorro e hizo que la muchacha diera un respingo. El animal se escabulló en busca de su refugio; la linterna comenzó a temblar en la mano de la chica.

—La vieja iglesia —señaló Will, que avanzó a buen paso hacia un cuadro grande situado en el centro, donde, en silencioso testimonio, como un mausoleo, yacía un montón de madera carbonizada y putrefacta.

Con cuidado, Evie pasó por encima del umbral destrozado, cubierto de hierbas altas, y entró en las ruinas de la iglesia. A lo largo de todas sus discusiones filosóficas nocturnas acerca de la naturaleza del mal, nada la había preparado para aquella sensación, para experimentar sobre su piel desnuda el peso real y auténtico de una especie de maldad hambrienta. La vieja iglesia de Brethren conservaba en su deterioro la influencia inconfundible y la paciente persistencia del mal. A pesar del viento, Evie casi pudo distinguir la risa de un niño, una oleada de gemidos, una

amenaza de susurros. Quería echar a correr. Pero ¿hacia dónde? ¿Qué lugar escapaba del alcance del mal?

Varios montones de ladrillos rotos formaban un semicírculo en una esquina, y Evie lo reconoció como el seno de la hoguera que había visto al leer el anillo de John Hobbes. Ya no era más que un pesebre renegrido, pues los ladrillos se habían puesto grises y estaban cubiertos de musgo. Justo detrás de ellos, sobre la hierba, descansaba un hierro de marcar. Evie lo cogió con delicadeza. El Pentáculo de la Bestia. Lo dejó caer de inmediato y sobresaltó a una pequeña culebra que salió reptando de debajo de un montón de piedras. La muchacha le echó un vistazo al interior del semicírculo y vio leña reciente, velas a medio gastar. Alguien lo había utilizado hacía poco. El corazón se le aceleró al pensar en quién o qué podría rondar aquellos bosques.

—Siguen usándola como lugar de culto —dijo Will como si le estuviera leyendo el pensamiento.

Su tío señaló varias piedras planas dispuestas en círculo en torno a una señal de hojalata. Con el zapato, le dio la vuelta a la señal. La parte de atrás también estaba adornada con la estrella de cinco puntas y la serpiente.

Will levantó la mirada hacia la luz que se desvanecía.

—Encontremos esa tumba.

El anochecer avanzaba con rapidez. Los bosques estaban envueltos en una mortaja de sombras azul oscuro. Una media luna diáfana apareció en el cielo mientras caminaban hacia el otro lado de la iglesia y bajaban por la colina. La pared de piedra del cementerio se presentó a la luz del farol de Will. Tras ella, las lápidas oscurecidas se combaban como dientes torcidos en una boca podrida. Evie fue iluminándolas una por una con su linterna, tratando de leer los nombres que figuraban en ellas. Jedidiah Blake. Richard Jean. Mary Schultz. Todas las losas llevaban la inscripción DESPERTARÁ.

—Buscad cualquier cosa fuera de lo normal... huesos de animal, un pentáculo, amuletos u otras ofrendas. Probablemente veneren su tumba —indicó Will.

Evie se quedó cerca de Jericho. Se le hundían los tacones en la tierra reblandecida e intentaba no pensar en lo que había enterrado bajo aquel suelo. Deseó haberse puesto las medias de lana; hacía mucho más frío allí que en el valle. Todos expulsaban vaho al respirar, sus pulmones parecían arrojar fantasmas de aire. Los últimos estertores de luz habían desaparecido del cielo, como una anfitriona que cierra la puerta tras los invitados más persistentes. Unas cuantas estrellas tempranas cobraron vida. El haz de la linterna de Evie paseaba sobre unas lápidas que se tornaban macabras bajo sus destellos.

—¿Y si no la encontramos? —preguntó.

—Tendremos que cavar todas las tumbas hasta que lo hagamos —respondió Will.

El viento volvía a soplar sobre la montaña. Evie pensó que era como si las yemas

de sus dedos le acariciarán la piel y le dieran vueltas en un juego de niños en el que ella tenía los ojos vendados.

—Aquí —dijo Jericho.

Will acudió a su lado y acercó el farol a un punto marcado por una simple cruz de madera llena de amuletos. La calavera de un animal pequeño descansaba a sus pies.

—¿Creéis que es esta? —quiso saber Evie.

Will limpió la capa de polvo de la cruz y dejó al descubierto unas iniciales grabadas en la madera: YHA.

—Yohanan Hobbeson Algoode —dijo—. Comencemos a cavar.

Will depositó el farol junto a la cruz. Jericho y él se quitaron las chaquetas, se remangaron las camisas hasta el codo y comenzaron a trabajar con las palas. La tarea de Evie consistía en iluminarlos con la linterna y estar atenta a los ruidos. Pero se sobresaltaba con cualquier cosa y hacía oscilar el haz de luz continuamente.

—Por favor, déjala enfocada hacia nosotros, si no te importa —le pidió Will.

La chica necesitaba mantener la mente ocupada en algo, así que se puso a observar los antebrazos de Jericho mientras el joven se afanaba con la pala, se concentró en la tensión de sus músculos, en la fuerza de sus dedos. Recordó la sensación que había experimentado cuando la había agarrado de la mano, como si la protegiera un escudo. Jericho era un misterio para ella en muchos sentidos, y la joven descubrió que quería conocer sus secretos... No arrancárselos sirviéndose de una cartera o de su pluma favorita, sino que él mismo se los ofreciera como un regalo. Quería ser digna de su confianza. Ser especial para él. Tenía algo que la ponía nerviosa. Era ligeramente peligroso, al igual que ella. A Evie jamás le funcionaría estar con un hombre que no entendiera esa característica suya, la oscuridad que se ocultaba tras la fachada despreocupada, que flirtease con ella pero que huyera muerto de miedo si se enfrentaba a la tormenta interior. Observó las grandes manos de Jericho mientras trabajaba y se las imaginó acariciándole la piel desnuda, fantaseó con el sabor de su boca, con el peso de su cuerpo sobre el de ella.

De inmediato, trató de librarse de aquellas imágenes. Jericho era el chico de Mabel. Evie pensó en las muchas cartas de su amiga hablándole sobre el tema. Pero eran fantasías románticas de colegiala. Jericho y Mabel no estaban hechos el uno para el otro. Si así fuera, ya habría sucedido, ¿verdad? Evie no podía arrebatarse a Mabel lo que nunca había poseído, ¿no?

En silencio, la chica se regañó por pensarlo siquiera. Probablemente Jericho necesitase a alguien como Mabel. La buena, inalterable y sensata Mabel, que se acordaría de apagar las lámparas y recoger la leche. Una chica que lo cuidaría. Evie tenía la terrible sensación de que ella era del tipo descuidado: la ropa tirada sobre la cama de cualquier manera. Los libros manchados de café. Cuentas sin pagar hasta el último momento. Chicos a los que había besado y después olvidado en menos de una

semana. Lo comprendía, pero entenderlo no la consolaba.

Desde la tumba brotó un ruido sordo cuando la pala de Jericho impactó contra la madera. A pesar del frío, Will y él estaban empapados en sudor. El joven se metió de un salto en el agujero. Hizo palanca con el borde de la pala bajo la tapa de pino del ataúd para aflojarla. Con un gruñido, Jericho consiguió soltarla y dejó al descubierto el cuerpo putrefacto de John Hobbes.

No había habido cuerpo que enterrar cuando James murió. Nada para conmemorar su fallecimiento. Existía una tumba, que visitaban todos los años por su cumpleaños, pero no contenía los huesos, ni el uniforme, ni la esencia de su hermano.

El cuerpo de John Hobbes yacía calladamente en su cubil de madera ataviado con un sencillo traje de lana, y el colgante del Pentáculo de la Bestia brillaba sobre su pecho. Le habían zurcido los labios con un hilo que se había descosido en los extremos y mostraba unos dientes largos y amarillentos. Su cuerpo estaba tan carente de vida, tan deteriorado y estropeado, como las cabañas abandonadas de Brethren. Era una cosa. Inerte. Como una piedra. Como un recuerdo. Aquel era, entonces, el aspecto que tenía la muerte. Irrefutable. Y al fin Evie experimentó una extraña sensación de alivio por no haber visto el cadáver de James, como si, ante aquella censura, pudiera fingir que en realidad no había muerto.

Jericho estiró la mano y le quitó el colgante. Se lo pasó a Evie, que lo cogió como si fuera un lagarto y lo agarrase por la cola. El joven salió de la tumba y se limpió las manos en los pantalones... Un gesto inútil, pues sus pantalones estaban tan sucios como sus manos.

Evie observó con fijeza el objeto que sujetaba. Quería destrozarlo, quemarlo allí mismo y en aquel momento.

—No creo que deba tocar esto —dijo—. Tío, ¿me dejas tu pañuelo?

Con mucho cuidado, Evie envolvió el colgante en su funda protectora. Estaba a punto de pasárselo a Will cuando percibió una vibración aguda a su derecha. La muchacha hizo girar el haz de la linterna en dirección al ruido. La luz tremoló sobre unas ramas otoñales que se rozaban entre sí. Las hojas secas se desplazaban sobre el suelo por los huecos que quedaban entre las lápidas. Nada, y luego otra vez el ruido, a la izquierda esta vez. En aquella ocasión, Evie movió la linterna más deprisa. El haz captó un movimiento fugaz. Le temblaban las manos. Otro gorjeo, justo delante de ella. Otro detrás. A su derecha, luego a la izquierda. De pie al borde de la tumba, Evie movía la linterna incontroladamente.

Los hombres de la feria salieron de la oscuridad. Evie contó cinco, más el crío que le había manchado el abrigo de barro. Cargaban con cuerdas y cuchillos de caza. El muchacho llevaba un rifle a un costado. El arma parecía demasiado grande para él, como si estuviera jugando a disfrazarse.

—Esto es propiedad privada. Terreno sagrado —dijo el niño.

Evie escondió el colgante envuelto en el pañuelo en su puño y se puso la mano a la espalda.

—Sí, sí. Por supuesto —dijo Will.

Parecía aterrorizado, perdido, y aquello asustó más a Evie que la presencia de los hombres.

—¿Qué infracción están cometiendo? —preguntó uno de ellos.

—Nos habían dicho que aquí había oro enterrado —intervino Jericho de repente—. Ha estado mal por nuestra parte. Ahora nos damos cuenta. Nos iremos. Sentimos haberles molestado.

Con tranquilidad, se agachó para recoger su pala. Un disparo de rifle atravesó el silencio del cementerio y sobresaltó a Jericho, que dejó caer la herramienta.

Jacob Call surgió de entre las sombras con el rifle aún humeante entre las manos.

—Nuestros enemigos nos engañan. El Señor dijo: en los tiempos de tribulación antes del Día del Juicio, vuestros enemigos serán más que los pecados del hombre. Os engañarán —predicó—. Esta es la palabra del mensajero del Señor aquí en la tierra, el bendito pastor Algoode. Amén.

—Amén —repitieron los otros.

—Los fieles han mantenido su alianza. Estamos esperando la voluntad y el propósito del Señor. El cometa lo confirma: «Cuando la luz abraza el cielo como una cola de dragón». La Bestia despertará.

—¡Despertará! ¡Aleluya! —exclamaron los hombres.

—El Día del Juicio se acerca. Benditos seamos. ¡Aleluya!

—¡Aleluya! —corearon.

—Por favor. Escúchenme. —Will levantó una mano para frenarlos—. John Hobbes no es la Bestia que su padre profetizó. No tiene ninguna intención de regresar al plano espiritual una vez que se haya manifestado. Solo está completando el ritual de las ofrendas para poder gobernar...

Jacob Call le asestó un bofetón a Will.

—La Bestia acabará con los malvados. Llevará plagas y pestes a Sodoma y Gomorra. Los fieles serán ungidos. —Se abrió el cuello de la camisa para dejar al descubierto dos hierros, y Evie se imaginó que debía de haber más—. Se nos reconocerá por nuestras marcas y nos salvaremos. Nuestro gran ejército se alzará y devolverá a la Bestia a los fuegos del infierno, donde el elegido será resucitado y glorificado. Ascenderá a las alturas del cielo y se sentará en el consejo celestial con el pastor Algoode, y este país será un país divino. ¡Aleluya!

—¡Aleluya! —repitieron los fieles.

—¿Cómo lo expulsarán una vez que haya concluido su tarea? ¿Y si la Bestia se niega a ser derrotada? ¿Han pensado en eso? ¿Y si, tras haberse hecho con todo el orbe, decide que no le apetece renunciar al poder?

—Está decretado. El sendero está marcado en el Libro de los Hermanos. Es la voluntad de Dios. Lo que ha iniciado Dios, que no lo destruya el hombre.

—¡Aleluya!

No había forma de razonar con aquella gente. Evie percibía su odio. Su convicción. Podrían destruir el colgante y al fantasma de John Hobbes, pero no podrían acabar con lo que continuaría vivo después. El mundo era un rufián.

El niño le susurró algo a Jacob, que miró a Evie con los ojos entornados.

—¿Qué tienes ahí, Hija de Eva?

—Nada.

Evie mantuvo a su espalda la mano con la que sujetaba el colgante.

—La ramera miente —dijo el niño, y bajó el rifle que llevaba colgado al hombro.

—No te creo.

Evie miró a su tío, que le hizo un gesto de asentimiento. Despacio, la muchacha estiró la mano y les mostró el colgante.

—Ladrones. Idólatras. Fornicadores. Pecadores. ¿Cuál es el castigo para los enemigos de Dios? —rugió Jacob Call.

—¡Deben arder! —gritó uno de los fieles.

Una antorcha comenzó a circular de mano en mano hasta que llegó al hombre alto, que la encendió. La llama proyectó sombras macabras sobre los troncos de los árboles teñidos de luna.

—No les conviene hacerlo —dijo Will cuando prendieron fuego a una segunda antorcha—. Tan solo conseguirán llamar la atención de la policía.

Uno de los hombres del círculo comenzó a mecerse y a hablar en una lengua extraña, con las palmas de las manos rígidas y vueltas hacia arriba. La saliva se le acumulaba en las comisuras de los labios.

—¡Llamarán la atención antes de que la Bestia pueda despertar! ¡Se enfadará con ustedes! —continuó Will desesperadamente.

Ya habían encendido todas las antorchas. Dos de los hombres se aproximaron a ellos con las cuerdas y Jericho cogió su pala, preparado para luchar.

—¡Acallad a los mentirosos! —ordenó Jacob Call.

Los hombres fueron a por Jericho, que hizo oscilar la pala a su alrededor, como una guadaña, para mantenerlos a raya.

—Dejen que nos marchemos y nunca regresaremos —dijo Will.

Pero los hombres siguieron acercándose. Jericho volvió a mover la pala y el niño cargó el rifle, listo para disparar. Estaban atrapados. Indefensos. Habían llegado hasta allí para nada. El rufián del mundo ganaría, al igual que ocurrió el día en que el hermano de Evie salió volando por los aires y no dejó nada que enterrar pero sí mucho que llorar. Estaban muertos.

—El Señor no tolerará la debilidad entre sus elegidos —gritó el niño, y algo se

rompió en el interior de Evie.

Su miedo se transformó en rabia. Le lanzó una mirada de odio a aquel crío pretencioso, triunfante, que sería capaz de prender fuego al mundo entero con tal de tener razón. Le escupió en la cara.

—Entonces a ese hijo de puta le gustaré de verdad —gruñó.

Con un único y rápido movimiento, lanzó el farol con fuerza al interior de la tumba. La llama prendió rápidamente en el viejo traje de lana de John Hobbes. El cadáver comenzó a arder de inmediato.

—¡Corred! —gritó Evie, y rompió a correr hacia el bosque a toda velocidad.

La acción y el deslumbrante calor de las llamas dejaron a los nuevos fieles de los Hermanos sumidos en unos necesarios momentos de parálisis durante los que intentaron decidir qué era más importante: si salvar el cuerpo de su amado ancestro o darles caza. Bastó para que sus adversarios cogieran algo de ventaja.

—¡Por aquí! —gritó Evie, que descendía por la colina en una dirección que esperaba que fuese la correcta, pues la noche había dotado a los bosques de una uniformidad de color y apariencia que hacía que resultara complicado distinguir dónde se encontraban—. ¡Will! ¡Jericho! —llamó.

—¡Aquí! —contestó el más joven, y Evie distinguió su camisa justo a su derecha.

Continuaron corriendo juntos, la chica con el colgante aún apretado en la mano. El viento había repuntado y chocaba contra ellos, su ulular resonaba como cientos de voces airadas. Evie cedió ante él y retrocedió. El chasquido de un rifle resonó en la cresta de la montaña. Era una advertencia.

—¿Dónde... está... el coche? —jadeó la joven.

—¡Por aquí!

Jericho la arrastró tras él. La muchacha atisbó el Ford entre los árboles y corrió hacia él como si fuera un bote salvavidas.

Will abrió la portezuela del lado del conductor y se colocó tras el volante mientras intentaba localizar el embrague.

—¿Por qué no arranca? —rugió.

—El motor está demasiado frío. Tendrás que usar la manivela —dijo Evie.

—Jericho... manivela —resolló Will.

—Voy a comprarte un coche nuevo; te juro que lo haré —prometió su sobrina.

Jericho corrió hasta la parte delantera del coche y apoyó una mano en el capó para equilibrarse. Con la otra, agarró la barra de metal. Justo entonces restalló otro tiro.

—¡Jericho! Pon el pulgar junto a los dedos por si la manivela vuelve de golpe hacia atrás —le gritó Evie—. ¡No queremos que te rompas el brazo!

Jericho asintió. Giró la manivela hacia delante una vez, dos veces. El motor crujió y tosió, y a continuación volvió a guardar silencio. Las antorchas parpadeaban entre los árboles sombríos justo por encima de ellos. Los fuegos de la cima de la colina

hicieron una pausa, delimitaron su titilar momentáneamente a un solo espacio, como perdidos, sin estar seguros de si debían arrasar o iluminar en aquellos bosques. Jericho empujó una vez más. Tal como Evie le había advertido, la manivela retrocedió rápidamente, y el joven apenas tuvo tiempo de dar un salto hacia atrás y evitar que le hiciera daño. El motor cobró vida con un estremecimiento.

Desde lo alto de la colina les llegaban gritos. Las antorchas, que ya no estaban indecisas, serpenteaban ladera abajo dejando tras de sí furiosas colas de fuego y humo. El motor convulsionó y amenazó con morir de nuevo.

—¡No! —gritó Evie como si su reprimenda pudiera hacer que aquel cuatro latas funcionara.

Con sombría determinación, Will apretó el embrague y en aquella ocasión el motor vibró y accedió a ponerse en marcha. Las antorchas estaban cerca. Evie atisbó las siluetas de la turba mientras Jericho se dirigía hacia el asiento del pasajero del viejo Ford.

El rifle estalló. Jericho dio un respingo y se estampó de espaldas contra el coche en una danza terrible.

—¡Jericho! —chilló Evie.

El joven gimió y cayó de rodillas.

—Will, ¡creo que le han dado!

—¡No dejes que el motor se pare! —exclamó su tío.

Corrió hacia Jericho y Evie se colocó tras el volante. Su corazón latía al ritmo del motor del Ford y la chica lloraba de modo reflejo, como si pudiera exorcizar su miedo a través de las lágrimas y las respiraciones entrecortadas. Los hombres avanzaban de nuevo.

Will arrastró a Jericho hasta el asiento trasero y Evie pisó el acelerador, con cuidado de no ahogar el motor.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Will.

—¡Conducir!

El coche avanzó a trompicones y los neumáticos escupieron piedrecillas y hojas mientras el Ford traqueteaba hacia el camino de tierra. Se produjeron varios disparos, pero Evie era demasiado rápida para los fieles. Para cuando llegaron al camino, la chica ya había puesto varios metros de distancia entre el coche y ellos.

Jericho gemía con la cabeza recostada contra el respaldo del asiento. Evie apretó el acelerador a fondo y tomó la primera curva a una velocidad vertiginosa. Las ruedas traseras del Ford derraparon. El tío Will miró hacia el precipicio y las luces del valle que se extendía al fondo del mismo.

—Dios mío —resolló.

—Mi padre tiene un concesionario —gritó Evie—. ¡He conducido cualquier cosa que puedas imaginarte!

—Tan solo quiero que lleguemos de una pieza.

La muchacha tomaba las curvas muy cerradas, y una vez tuvo que dar un volantazo para esquivar por los pelos a un coche que subía por la colina. El Ford se bamboleó sobre dos ruedas antes de volver a caer con brusquedad sobre las cuatro. En el asiento de atrás, Will soltó un taco. Al fin se veían las luces de la ciudad delante de ellos.

—¿Dónde está el hospital en este pueblucho? —gritó Evie cuando entraron en la calle Mayor.

—Ve al motel —ordenó Will.

—Virgen santa, ¡le han disparado, Will! ¡Necesita un médico!

—No podemos llevarlo al hospital.

—¿Por qué no?

Se dio la vuelta para mirarlo.

La expresión de su tío era seria.

—Te lo explicaré más tarde. Ahora, confía en mí. Nos ocuparemos de él en el motel. ¡Mira a la carretera!

Evie quería chillar. Quería gritarle a Will... por el caso, por Brethren, por Jericho. Era una locura, y ya estaba harta.

—Más te vale tener razón, tío.

Alejó el coche del centro del pueblo y se encaminó hacia el motel.

—Haga lo que haga, sígueme la corriente —dijo Will cuando llegaron.

Entre los dos, le pusieron a Jericho el abrigo y se lo abrocharon. Will desapareció en el interior del motel y volvió con dos hombres que lo ayudaron a cargar con Jericho y remolcarlo hasta la recepción del motel. Desde detrás del mostrador, la ceñuda esposa del posadero miraba con los labios apretados en un gesto de desaprobación a aquel trío mugriento que arrastraba a un joven apenas inconsciente hacia el interior de su establecimiento.

—Te he advertido sobre los peligros del pecado —dijo el tío Will lo bastante alto como para que la esposa del posadero lo oyera.

—Mi hermano —añadió Evie esforzándose por parecer contrita y preocupada. Aún temblaba a causa del susto—. Padre lo intenta con todas sus fuerzas...

—Estos jóvenes de hoy... —cloqueó la mujer.

Una vez dentro de la habitación, el tío Will dejó al aturdido Jericho sobre la cama y agradeció la ayuda de los hombres con una propina. Evie cerró la puerta y echó la llave mientras su tío se lavaba la tierra de la tumba de las manos y le quitaba el abrigo a Jericho. Evie no pudo ver con exactitud dónde había recibido el impacto su amigo. No había sangre por ningún lado, pese a que su camisa, llena de polvo y manchas de hierba, estaba empapada.

—Evie, te necesito —ordenó Will—. Abre mi maleta y saca la bolsita de cuero

con cremallera que hay dentro.

La chica obedeció y le pasó la bolsa a su tío. En su interior había cuatro pequeños viales llenos de un líquido espeso y azul y una jeringuilla extraña.

—¿Qué es eso?

—No hay tiempo para explicaciones. Rápido, antes de que su cuerpo deje de funcionar. Pon el vial en la cámara de la jeringuilla.

Evie hizo lo que le pedían. Percibió un sonido agudo cuando el tío Will le rasgó la camisa a Jericho. La joven se esforzó por comprender lo que veía. Durante un instante, el mundo se ralentizó mientras ella trataba de encontrarle a aquello algún sentido, pero era incapaz. La bala le había hecho un enorme agujero a Jericho justo debajo del corazón. Bajo la herida, había una especie de maquinaria, un intrincado sistema de tubos de bronce y cables.

—¡Evie!

La voz de Will hizo que volviera a concentrarse en la tarea que tenía entre manos. Su tío cogió la jeringuilla y le dio unos golpecitos al vial para eliminar las burbujas del líquido azul.

—No hay tiempo para atarlo. Se pondrá muy nervioso y tienes que estar preparada.

—No entiendo... —comenzó a decir Evie, que no pudo apartar la mirada, horrorizada, cuando Will le clavó la jeringuilla en el pecho a Jericho y apretó el émbolo.

—¡Otro!

Evie cargó la jeringuilla con un segundo vial y Will se lo administró. Jericho no se movió.

—¡Otra vez!

—¡No! ¡Necesitamos un médico!

—¡He dicho que otra vez!

—Mierda, Will —masculló Evie, y cargó una tercera ampolla.

Will apuntó con la jeringuilla justo cuando Jericho se levantó de la cama con un violento ataque, como un hombre poseído. Su mirada era salvaje, escrutadora, como si no supiera dónde estaba o quiénes eran. Giró el brazo izquierdo y estampó la lámpara de la mesilla contra el suelo. Con el derecho, alcanzó a Will en la mandíbula y el profesor cayó desplomado y aturdido.

—¡Evie! Clávasela. ¡Ya!

La chica se lanzó a por la jeringuilla que su tío no había podido utilizar y se la clavó a Jericho en la pierna. Cuando el joven se dio la vuelta para agredirla, se refugió en una esquina.

—Jericho... —susurró Evie.

El muchacho avanzó hacia ella dando tumbos, se tambaleó durante un par de

segundos y luego cayó sobre la cama y se desmayó.

Evie seguía acurrucada en la esquina.

—¿Está...?

Su tío se tocó la mandíbula hinchada e hizo un gesto de dolor. Luego se dejó caer sobre la otra cama, agotado.

—Se pondrá bien. Déjalo dormir.

Unos fuertes golpes en la puerta los sobresaltaron. Will tapó a Jericho con una manta y Evie se acercó a abrir. La esposa del dueño intentó ver lo que ocurría en el interior de la habitación, pero la joven se limitó a asomar la cabeza por una rendija estrecha.

—¿Qué diantres está pasando aquí?

—Mi hermano se ha caído y ha roto una lámpara —contestó Evie casi sin aliento—. Mi padre pagará los daños, por supuesto.

—Este es un establecimiento de gente decente. No toleraré que se llene de chusma.

La mujer se esforzó por ver por encima de la cabeza de Evie.

—Sí. Claro.

La joven cerró la puerta y se sentó en la cama de Will a observar cómo su tío suturaba con pericia la piel desgarrada del pecho de Jericho. Contempló al muchacho dormir. En aquellos momentos, parecía un ángel.

—¿Qué era ese líquido?

—Es un suero especial. No puedo decirte mucho más.

La cabeza de Evie retrocedió hasta el momento álgido de la noche. Tuvo que esforzarse para articular las palabras:

—¿Qué es Jericho?

—Un experimento —contestó Will con rotundidad, como un profesor que da la clase por finalizada. Cortó el delgado hilo de sutura y guardó los enseres en la bolsita que contenía la jeringuilla y los viales—. ¿Dónde está el colgante?

Con todo aquel caos, Evie lo había olvidado. Se acercó a su abrigo y sacó el repugnante objeto para entregárselo a su tío.

—¿Qué hacemos con él?

—Cuando lleguemos al museo, formaremos un círculo protector. Sirviéndonos de lo que averiguaste sobre la página perdida, volveremos a encerrar a ese espíritu en el colgante y lo destruiremos.

—¿Crees que funcionará?

—Tengo que creer que así será —respondió.

—Quiero que me expliques lo de Jericho —exigió Evie.

Will cogió un cigarrillo. Se llevó la mano al bolsillo de la camisa.

—¿Dónde demonios está ahora mi mechero?

—Siempre lo pierdes. —Su sobrina le pasó una caja de cerillas—. ¿Jericho?

Will encendió el pitillo y dejó escapar una voluta de humo.

—Opino que es mejor que sea el propio Jericho quien te lo cuente. Es su historia, no la mía. —Hizo una pausa—. Evie, buen trabajo el de esta noche —le dijo, y le tendió la mano para que se la estrechara, pero la chica lo ignoró. Si aquello le molestó, el profesor no lo dejó entrever—. Creo que, teniendo en cuenta la visita que nos han hecho antes, deberíamos marcharnos mañana temprano, antes del amanecer —dijo Will—. Deberías ir a descansar.

Evie negó con la cabeza.

—Voy a quedarme a cuidar a Jericho.

—No es necesario. Estará bien.

—Voy a quedarme.

—No es necesario...

—¡Will! ¡Alguien tiene que hacerlo!

El tono de Evie era de enfado y suplicante a un tiempo. Todo el horror de lo ocurrido a lo largo de la noche quedó reflejado en su negativa a que la apartaran del lado de Jericho.

Will asintió.

—Muy bien. Yo dormiré en tu habitación.

Un momento después, Evie oyó a su tío moverse al otro lado de la delgada pared. Probablemente estuviera caminando de un lado para otro y fumando. La muchacha mojó una toalla y, con cuidado, limpió los restos de mugre y suero de la herida de Jericho. Luego se metió en la cama vacía de Will y se tumbó de lado para observar el movimiento del pecho de Jericho al respirar. Se mantuvo en guardia durante tanto tiempo como pudo. Pero fue incapaz de vencer al agotamiento y se sumió en un sueño intranquilo.

LAMENTO

Una lluvia constante aporreaba los puestos cerrados y las atracciones paralizadas del paseo marítimo de Coney Island cuando Mary White Blodgett emergió del sopor de la morfina con el corazón acelerado y la sensación de que el mundo giraba demasiado deprisa sobre su eje. Comenzó a llamar a su hija, pero luego se acordó de que Eleanor se había marchado al casino.

El dolor le trepó por el brazo. Ah, cómo deseaba poder inyectarse más morfina. Si tenía que sobrevivir a las horas que faltaban para que aquella miserable desagradecida que tenía por hija regresase, tendría que mantener la cabeza ocupada de algún modo. Cerró los ojos y recordó sus días de mujer importante.

Oh, había sido la reina del baile antes de casarse, había tenido pretendientes a montones para una chica de medios tan modestos. Pero había sido Ethan White quien había llamado su atención. Era mayor que ella, un tanto arrogante y quisquilloso y nada romántico, pero tenía buen ojo para los negocios y aquello la situaría en una posición cómoda. La noticia de su boda había aparecido en los periódicos de Poughkeepsie para que todo el mundo pudiera verla. Su marido había ganado dinero con la especulación petrolera. Una polvorienta ciudad de Texas vomitó oro negro y el dinero comenzó a manar hacia la cuenta corriente de los White.

Hubo caviar, y una casa al norte de la ciudad, y abonos de palco para la ópera, que a Mary en realidad no le gustaba, pero asistía para que todos pudieran verla con sus pieles y sus joyas, la gran dama, la señora de Ethan White.

Sabía lo de la chica de Lubbock. No habría pasado nada si Ethan hubiera decidido mantenerla y ser discreto. Pero la muchacha se quedó embarazada y de pronto a su marido se le metieron en la cabeza ciertas ideas románticas de caballerosidad. Pretendía dejar a su esposa por la chica. Mary estaba escandalizada. Ya no podría sentarse en la zona noble de la ópera y contemplar con superioridad a todas aquellas personas insignificantes que le devolvían la mirada desde abajo y envidiaban su vida. La mirarían con compasión. Y la compasión era algo que Mary White no podía tolerar. Había discutido con Ethan, hasta le había suplicado —Mary nunca suplicaba, e incluso en aquellos momentos, postrada en una cama empapada por los sudores de la morfina, torció el gesto ante el desagradable recuerdo—, pero el señor White estaba decidido. Iría al abogado a primera hora de la mañana y prepararía los papeles. Ella quedaría bien provista siempre y cuando mantuviera la boca cerrada y no montase un escándalo.

Mary no tenía la más mínima intención de convertirse en el blanco de todos los cotilleos.

Todas las noches, Ethan se tomaba un vaso de jerez para calmar los nervios. Mary llamó a la criada para que le llevara el licor, como siempre. Pero luego le añadió el

arsénico que guardaban a mano para combatir a los ratones de campo que intentaban instalarse en la despensa del sótano. En la oscuridad de la habitación, se sentó en una mecedora con un volumen de poesía de John Donne mientras su marido se retorció y temblaba en la cama, con una mano crispada tendida hacia ella. Entretanto, la joven pasaba las páginas tranquilamente. Con veinticuatro años, Mary White se convirtió en una viuda muy rica. Metió en una maleta su ropa de luto junto con todos sus objetos de valor y se mudó al Hotel Plaza de Manhattan.

Un crujido distrajo a Mary de sus recuerdos y la anciana se puso alerta, a la escucha, hasta que se convenció de que no eran más que el viento y la lluvia que azotaban el bungalow.

Conoció a Johnny en una noche de tormenta. Fue seis meses después de que hubiera ido a escuchar una conferencia de la gran teósofa madame Blavatsky en la Universidad Cooper Union. Mary quedó cautivada por la dama rusa y sus ideas de una humanidad en continua evolución, de unión con lo divino y el reino espiritual. Se reunió en privado con la gran mujer y le ofreció financiación a cambio de conocimientos esotéricos. «Conocerás a un hombre que te abrirá una puerta hacia otro mundo», le dijo madame Blavatsky, y al día siguiente, durante un chaparrón que la sorprendió sin su coche de caballos, un hombre impresionante y con unos hipnotizadores ojos azules se ofreció a llevarla. Se llamaba John Hobbes, y compartía con ella su fascinación por lo místico. Descendía, le confesó, de una tribu sagrada conocida como los Hermanos, favorecida por Dios, y había sido elegido entre todos ellos para llevar a cabo su misión sagrada en la Tierra. Le mostró maravillas que Mary no podía explicar, y compartió con ella unos conocimientos que jamás habría considerado posibles. La convirtió a su fe y le prometió un camino resplandeciente, pues sería su Dama del Sol.

Fue aquel sentimiento de destino, de preponderancia, lo que unió a Mary y a John. Ambos estaban por encima de las normas. Existían en un plano superior y por un propósito superior. Antes de aventurarse en el mundo espiritual, Mary White de vez en cuando experimentaba dudas respecto a lo que le había hecho a Ethan. Pero con la ayuda de John vio que era un acto imbuido de justicia, un plan preordinado: si ella no hubiera castigado la perversidad de Ethan y heredado su dinero, no habría podido ayudar a John en su misión. Por lo tanto, era bueno, justo y necesario que ella hubiese asesinado a su esposo aquella noche en su cama.

Un tablón del suelo crujió en la casa, pero Mary solo fue vagamente consciente de ello; estaba perdida en sus ensoñaciones. Se acordó del momento en que John le enseñó el viejo libro con las once ofrendas y le explicó lo que pretendía hacer... lo que había sido elegido para hacer. Al principio, debía reconocerlo, tuvo ciertas reservas. Incluso miedo. Pero entonces él la besó con dulzura, y luego con pasión, y la subyugó de la forma que más le gustaba, de la manera que ansiaba, y fue

completamente suya. Era un dios dorado. Y ella, Mary White, su consorte sagrada. La Bestia despertaría. El mundo ardería. Y de las cenizas resurgiría una nueva sociedad. Ellos la gobernarían como su rey y su reina. Ella, la pequeña Mary White, que procedía de la nada. Y cuando John vio que iban a atraparlo, un sacrificio como uno de menor importancia sucedido dos mil años antes, ella siguió sus instrucciones y sobornó a los guardias y al conductor para poder llevarse su cadáver en mitad de la noche por las calles adoquinadas de Nueva York. Hizo que lo enterraran en las colinas situadas tras las ruinas del viejo asentamiento y, como había prometido, mantuvo Knowles' End a salvo de las bolas de demolición y los nuevos propietarios, pagó los impuestos todos los meses aunque para hacerlo tuvo que dilapidar su fortuna y vivir en un tugurio. John había sido muy claro al respecto, y cuando ella le preguntaba que por qué debía ser así, él jamás le contestaba. Era el único misterio que se negaba a compartir con ella.

Los tablones del suelo protestaron con estrépito.

—¿Quién es? ¿Quién anda ahí? —Se tapó con las sábanas hasta el cuello—. ¡Soy una anciana! ¿Qué quieren?

Más crujidos. No era el viento jugando con un postigo. Definitivamente procedía del interior de la casa, sin duda eran los tablones del suelo. Oh, ¿por qué le había dicho a Eleanor que podía salir aquella noche?

El ruido se detuvo al otro lado de la cortina. Mary notó el bombear de su sangre en los oídos.

—¿Quién... quién? —ululó como un búho.

La cortina se abrió muy despacio y la oscuridad se llenó de un resplandor dorado. Mary White dejó escapar un gritito de felicidad.

—¡Sabía que vendrías!

John Hobbes avanzó hasta los pies de la cama de la anciana. No llevaba camisa, y Mary contempló la tinta negra de los símbolos que serpenteaban sobre la luminiscencia de su piel. ¿Por qué no corría a abrazarla? ¿Estaba tan vieja que lo repelía? Pero su forma, su rostro, no eran más que un armazón; ellos estaban unidos en espíritu. Pronto la convertiría en su reina, ¡su Dama del Sol! Había regresado a ella, tal y como dijo que haría.

—He sido fiel, como prometí. He conservado la vieja casa.

Silencio por su parte. Nada salvo el repiqueteo de la lluvia, el lamento agorero del viento. Un relámpago destelló a través de la ventana del dormitorio e iluminó un lado del rostro de John. Sus ojos. Había algo extraño en sus ojos.

—Johnny. Johnny, amor mío... —Las lágrimas se acumularon bajo los párpados de la mujer—. Ha pasado tanto tiempo. Deja que te mire.

Él siguió sin decir nada. Mary estaba furiosa. ¿No había mantenido ella su parte del trato a lo largo de todos aquellos años?

—«Y la Bestia se hizo carne, y cuando habló fue con lenguas de fuego, y los cielos se estremecieron ante aquel sonido».

Mary White soltó otro grito ahogado de alegría. ¡Su voz! Después de tantos años, aún tan grave. Aún tan magnífica.

—Sí, sí, amor mío... Háblame, soy tu humilde servidora...

—Necesito que escribas una nota, Mary.

—Sí, amor. Lo que tú digas.

El papel apareció bajo sus manos como por arte de magia. Al igual que la pluma. Él le dijo lo que debía escribir, le ordenó que se guardara la nota en el bolsillo, donde pudieran encontrarla.

—¿Encontrarla? No lo entiendo, Johnny...

—«Ante el lamento de la viuda, todas las lenguas se paralizaron y los cielos se abrieron a sus gritos...».

No. Aquello no podía estar bien. No podía ser la décima ofrenda. Se refería a la undécima: la boda de la Bestia y la Mujer Vestida de Sol. Ella era su Dama del Sol. Quedarían unidos. Ella se tornaría inmortal, como él. Serían...

—Y así se completó la décima ofrenda.

—John. ¡John!

—Contempla mi nueva forma y asómbrate.

Todo el amor que Mary había sentido antes se transformó en un miedo helado. John emergió tras los latidos de un relámpago: un ala. Una garra. Las puntas de los dientes afiladas como navajas. Y los ojos, los ojos ardientes, sin fondo, las ventanas del alma, pero no había alma en aquellas pozas de fuego gemelas. En ellas, la anciana vio la farsa de su vida desplegada como un libro, la estúpida fe en que ella, en que cualquier persona, podría escapar a las consecuencias de aquel mundo, podría burlar a la muerte. Aquel era el engaño. La verdadera serpiente oculta entre la hierba. «Y polvo comerás todos los días de tu vida...».

—Mírame.

Mary White lo miró, y se asombró, y no pudo apartar los ojos de su imagen, no pudo evitar que el aire seco se le quedara atrapado en la garganta cuando el grito murió antes de poder alcanzar su boca.

Junto a la orilla del mar, el viento formaba minúsculas dunas con la arena y a continuación las deshacía para llevarse los granos a otra parte. Los trabajadores de las barracas recogían sus cartas y sus dados. Un perro ladró y fue recompensado con restos de perritos calientes. La mujer barbuda suspiraba junto a la ventana; su amante llegaba tarde. El globo terráqueo giraba y se tambaleaba, impulsado por algún dedo invisible. Una fina capa de nubes grises atravesó el cielo nocturno. La luna se ocultó tras ellas y escondió su cara de dolor.

EL SARGENTO LEONARD

Jericho se sentó en la cama y se estremeció de dolor. Estaba magullado y no llevaba camisa. La cicatriz desvaída que le atravesaba el amplio torso estaba parcialmente oculta por una capa de pelusa suave. Había una herida nueva —un agujero cosido sobre el músculo pectoral derecho— y Jericho se acordaba de que los habían rodeado en el bosque, recordaba el restallido del rifle y el impacto. Unió las piezas de lo que debía de haber ocurrido y se dio cuenta con espanto de que entonces Evie ya debía de saberlo todo. Pero allí estaba, en la otra cama, dormida con la ropa puesta, con los zapatos sin quitar. Se había quedado con él, pensó. Lo había descubierto y había elegido quedarse.

Se tumbó de costado y la observó respirar a apenas un brazo de distancia de él. No estaba guapa cuando dormía: tenía la boca abierta y roncaba muy levemente, y aquello, a pesar de todo lo que había sucedido, lo hizo sonreír. En sueños, Evie se revolvió y se estiró, y Jericho apartó la mirada. Los primeros atisbos del amanecer se colaban por la ventana. El minúsculo reloj de la mesilla decía que eran las cinco y diez. Evie abrió los ojos y Jericho se echó la sábana por encima a toda prisa para ocultar sus cicatrices.

—¿Jericho? —preguntó Evie con la voz todavía pastosa a causa del sueño.

—¿Qué pasó, Evie?

—Te dispararon. El tío y yo te trajimos hasta aquí —contestó con cautela—. Jericho, ¿qué había en esos viales azules?

—¿Cuántos hicieron falta?

—Tres.

—¿Os... os hice daño a Will o a ti?

—No —mintió—. Jericho, por favor.

—No lo entenderás —dijo él con voz suave.

—Por favor, deja de decirme eso.

—Es cierto.

—Desde luego que no lo entenderé si no me lo cuentas.

—La poliomielitis. No hubo ningún milagro. Me abrasó por dentro al igual que había hecho con mi hermana. Me paralizó las piernas, luego los brazos y finalmente los pulmones. Me metieron en el pulmón de acero y me dijeron que me pasaría allí dentro el resto de mi vida. Atrapado. Nunca volvería a respirar por mí mismo. Jamás caminaría o montaría a caballo de nuevo. Nunca volvería a tocar a nadie. —Su mirada revoloteó sobre la curva del cuerpo de Evie—. No haría nada más que contemplar aquel techo hasta que muriera. Después de la guerra, los soldados regresaban con los brazos y las piernas amputadas. Eran hombres hechos pedazos. Los médicos estaban haciendo pruebas con un experimento secreto, el programa

Dédalo, para ayudar a los soldados que volvían.

—¿De qué tipo de experimento hablas?

Jericho respiró hondo.

—Una fusión entre el hombre y la máquina. Un híbrido humano-autómata —contestó el joven—. Reemplazaban con acero, cables y engranajes lo que la guerra o la enfermedad habían dejado inservible. Seríamos el milagro perfecto de la era industrial. Los robotnik. Me estás escudriñando como si fuera un bicho raro.

Evie apartó la mirada rápidamente.

—Lo... lo siento. Parece una fantasía. Es solo que no comprendo... —Volvió a centrarse en él—. Por favor.

—Fuimos los sujetos de prueba —prosiguió el joven—. No nos explicaron nada aparte de que la maquinaria sustituiría nuestras partes defectuosas y, con el tiempo, se fusionaría con nuestros propios sistemas humanos. Aquello se lograba gracias a un nuevo suero milagroso, el de los viales de líquido azul, y a un tónico vitamínico. Se suponía que debían mantener el equilibrio entre nuestros dos seres. Nos prometieron que cambiaríamos la humanidad.

—Es alucinante. Pero ¿por qué no ha aparecido en los periódicos? ¿Por qué no es la historia más importante desde que Moisés bajó de la montaña los Diez Mandamientos?

—Porque no funcionó —dijo Jericho con amargura.

—Pero... no lo entiendo.

—Ya te he dicho que hubo otros. —Con un dedo, Jericho hizo girar sobre la palma de su mano una de las ampollas gastadas—. Sus cuerpos rechazaron la fórmula, o la maquinaria, o ambas cosas. Podía retrasarse unos cuantos días o unas cuantas semanas, pero luego les subía la fiebre y la infección arrasaba sus cuerpos devastados. Aquello no hacía más que demostrar cuán humanos eran, al fin y al cabo. Pero los que murieron tuvieron suerte.

—¿Suerte? —repitió Evie con incredulidad.

La expresión de Jericho se tornó sombría.

—Algunos se volvieron locos. Veían cosas que no existían, hablaban solos. Vociferaban profecías. O se ponían tan agresivos que al final los celadores tenían que ir a ponerles la camisa de fuerza, e incluso entonces hacía falta un buen puñado de hombres para contenerlos. Los médicos los mantenían drogados mientras trataban de averiguar qué debían hacer. Yo los veía encerrarse en sí mismos. Terminaban siendo pellejos a los que enviaban a morir al manicomio.

Jericho dejó el vial sobre la mesilla de noche. El cristal seguía teniendo un cierto tono azulado.

—En la cama contigua a la mía había un soldado. El sargento Barry Leonard, de Topeka. Recuerdo que me decía que, si quería saber qué aspecto tenía Topeka, solo

tenía que imaginarme el infierno como si fuera una tienda de ropa. Y una tienda de ropa en la que nunca había nada que te gustase. Era un tipo bastante divertido.

Jericho sonrió ante algún recuerdo privado, pero enseguida volvió a ponerse serio.

—Había vuelto de la guerra con las dos piernas y un brazo amputados. En aquella cama yacía menos de medio hombre. La gente lo ignoraba cuando pasaba por delante de él. No se molestaban ni en mirarlo. Era como si les diera miedo que, si lo hacían, les contagiara su mala suerte. Para ellos su dolor era más aterrador que la muerte.

Evie se incorporó ligeramente, dobló un brazo y apoyó la cabeza sobre la mano. Jericho se sentó en la cama y se envolvió con la sábana, pero no antes de que la chica consiguiera echarle un vistazo furtivo a su torso: el vello suave y dorado, los músculos hermosos, la cicatriz más antigua y larga junto a la más reciente, zurcida por el tío Will. Quería tocarlo, darle un beso en el centro del pecho.

—Nos seleccionaron a los dos para Dédalo, dijeron que éramos buenos candidatos. Nuestras camillas entraron a la vez. Justo antes de caer bajo los efectos del éter, vi al sargento Leonard sonriéndome. «Que no te den gato por liebre, chico». Era lo que siempre me decía. —La sonrisa de Jericho se debilitó—. Todavía recuerdo la sensación de mover los dedos de los pies por primera vez desde hacía meses. No me imaginaba que un dedo gordo pudiera ser tan increíble. La primera vez que salí al exterior y noté el sol en la cara... —Hizo un gesto de negación—. Quise levantar las manos y abrazarlo, tirar de él como si fuera una pelota que me hubiesen regalado por mi cumpleaños y no volver a soltarlo jamás. Al cabo de una semana, ya corría. Podía hacerlo durante kilómetros y kilómetros y no cansarme nunca. El sargento Leonard corría a mi lado, retándome a seguirle el ritmo. Cuando terminábamos, me daba unas palmaditas en la espalda como un hermano. Afirmaba que éramos una nueva raza, el futuro. Lo decía lleno de asombro y esperanza... —Jericho trató de librarse de aquel recuerdo sacudiendo la cabeza—. Nos sentábamos juntos en un banco del patio y contemplábamos la puesta del sol sobre las colinas, atónitos ante su constancia.

Evie se sintió como si debiera decir algo, pero no se le ocurrió nada que no sonase vacío. Además, Jericho le estaba hablando, le estaba contando la historia que deseaba oír, y le daba miedo romper el hechizo.

—Comenzó por una mano. —Jericho hizo una pausa, le dio un sorbo al vaso de agua de Evie y continuó—: Un día, no pudo cerrarla en un puño. Recuerdo aquel momento con gran claridad. Se volvió hacia mí y me dijo: «Es como si esta condenada estuviera borracha. Chico, no te habrás llevado a mi mano por ahí a tomar una copa rápida mientras dormía, ¿verdad?». Lo dijo como si fuera una broma. Pero me di cuenta de que tenía miedo. Sin embargo, no se lo contó a los médicos. Les repetía una y otra vez que estaba sano como un roble.

Jericho agarró el borde de la sábana entre los dedos y lo estiró para volver a doblarlo.

—Se ponía de muy mal humor. Nervioso. Una vez tiró un plato de patatas contra una pared y la dejó agujereada. Tenía ojos de poseído. Me pidió que saliera a correr con él. Acabé por los suelos. Él no podía ni quería parar. Lo dejé marchar, no pude seguirle el ritmo. Después, lo vi de pie en el patio, bajo la lluvia. Allí parado, sin más, dejando que lo empapara. Salí a toda prisa para decirle que entrara, y él me contestó: «Es como si tuviera demasiado en mi interior. Empuja y empuja, pero no tiene adónde ir». Conseguí que entrase y se tumbara. Lo oí susurrando en la oscuridad: «Por favor... por favor... por favor». Finalmente, una noche se volvió loco. Se desnudó por completo y se puso a correr por todo el hospital como si fuera un mono, colgándose de las tuberías y rompiendo ventanas. «¡Soy el futuro!», gritaba. Hicieron falta cuatro celadores para reducirlo y atarlo a la cama. El médico fue a verle y le explicó que el proceso se había vuelto inestable. Por su propio bien, debían detenerlo.

Jericho enterró la cabeza entre las manos durante un minuto antes de proseguir:

—Comenzó a gritarles, repetía sin parar: «¡No pueden hacerme esto! ¡Soy un hombre! Mírenme, ¡soy un hombre!»». Le inyectaron algo para calmarlo, pero continuó forcejeando, siguió gritando que era un hombre, que tenía derechos, que solo tenían que darle una oportunidad, una puñetera oportunidad. Luego la medicina comenzó a hacer efecto; ya no podía oponer mucha resistencia. Lloraba, rogaba, les suplicaba a ellos y a Dios cuando se lo llevaron en la camilla. —Jericho negó con la cabeza ante algún recuerdo que escapaba incluso a las palabras—. Oí que le habían revertido el proceso. Aun peor, que habían tenido que amputarle también el otro brazo. Se le había extendido por todo el cuerpo.

El joven se sumió en el silencio. Fuera, alguien intentaba arrancar un coche a pesar del frío. El motor protestó con un estremecimiento.

—Se colgó con el cinturón en las duchas.

—Oh, Dios —dijo Evie—. Qué horror.

Jericho asintió mecánicamente.

—No fueron capaces de averiguar cómo lo había hecho, sin brazos y sin piernas.

El motor del coche arrancó y ambos escucharon el consuelo de su banal ronroneo mientras temblaba, al ralentí, y luego se ponía en marcha y se alejaba. La voz de Jericho se tornó incluso más suave, hasta convertirse casi en un susurro.

—Era tarde; yo estaba dormido. Me desperté al oírlo llorar. El pabellón estaba oscuro, tan solo la luz del puesto de enfermeras se filtraba en su interior. «Chico», me dijo, y su voz..., su voz era como la de un fantasma. Como si aquella parte de él ya hubiera muerto y hubiese regresado a por el resto. «Chico, esto es peor que Topeka». Me contó que una vez, en la guerra, se había topado con un soldado alemán tirado en la hierba, con las entrañas fuera. Estaba allí tumbado, agonizando. El soldado había levantado la mirada hacia el sargento Leonard y, aunque ni siquiera hablaban la misma lengua, ambos se comprendieron el uno al otro con tan solo mirarse. El

alemán tirado en el suelo; el estadounidense de pie sobre él. Le metió una bala en la cabeza a aquel soldado. No lo hizo con rabia, como un enemigo, sino como su prójimo, como un soldado que ayudaba a otro. «Un soldado que ayudaba a otro». Esas fueron sus palabras. —Una vez más, Jericho se quedó callado durante un instante—. Me dijo lo que necesitaba que hiciera. Me dijo que no tenía por qué hacerlo. Me dijo que, si lo hacía, él mismo se encargaría de que Dios me perdonara, si era eso lo que me preocupaba. Un soldado que ayudaba a otro.

Jericho guardó silencio. Evie se quedó tan inmóvil que pensó que podría partirse.

—Encontré su cinturón en el armario y lo ayudé a sentarse en la silla de ruedas. El pasillo estaba en silencio de camino a las duchas. Recuerdo que el suelo estaba muy limpio, como un espejo. Tuve que hacer un agujero nuevo en el cuero para ajustárselo al cuello. Aun sin brazos y piernas, pesaba bastante. Pero yo era fuerte. Justo antes, me miró, y jamás olvidaré su cara mientras viva: como si acabara de descubrir un gran secreto pero fuese demasiado tarde para hacer algo al respecto. «Esta vida es como un juego de dados, chico. No dejes que te ganen sin plantarles cara», me dijo.

Silencio. Un perro ladrando a lo lejos. Una ráfaga de aire contra el cristal, queriendo entrar en la habitación.

—Después, me llevé la silla de ruedas y la aparqué en el mismo lugar. Luego me metí bajo las sábanas y fingí dormir hasta que llegó la mañana y lo encontraron. Entonces sí dormí. Durante doce horas seguidas.

Evie tenía la garganta seca, pero no quería estirar la mano para coger el agua. Tragó saliva para aliviar el dolor, tratando de hacer el menor ruido posible, y al cabo de un instante Jericho continuó:

—No sé si aquella historia sobre el soldado alemán era cierta o si se la inventó para conseguir que lo ayudara. No importa. Y tampoco importa el perdón de Dios. Tras la muerte del sargento Leonard, clausuraron el programa Dédalo. Era demasiado arriesgado. Los médicos y los científicos querían revertirme el proceso a mí también. Me habrían vuelto a encerrar en aquel ataúd de metal hasta que me pudriera, pero tu tío se interpuso. Dijo que me llevaría con él a casa para que muriera con dignidad. Luego cogió un kit con suero. Por lo que a ellos respecta, Jericho Jones murió hace diez años. Si Will no me hubiera aceptado, ahora estaría allí, contemplando aquel techo, sin ningún soldado que me ayudase.

Evie se sentó en la cama.

—Pero te curaste. Podrías ser la clave de un avance asombroso.

—¿Curarme? —dijo el joven con desdén—. Vivo cada día sabiendo que algo podría ir mal y que entonces regresaría a ese cofre. Soy el único de mi especie. Medio hombre, medio máquina. Un bicho raro.

—No eres un bicho raro.

—Ni siquiera sé lo que soy —le aseguró. Luego miró a Evie—. Tú también eres diferente.

—Eso parece.

—Tal para cual.

Jericho cogió las manos de Evie entre las suyas. Les dio la vuelta y le acarició el interior de las muñecas con los pulgares. La suavidad de su piel era un milagro. Jericho no sabía si funcionaría como un hombre normal. Solo sabía que tenía los sentimientos de un hombre normal. Deseaba a Evie. La deseaba desesperadamente. Con sus manos sobre las de ella, imaginó cómo sería besarla, hacerle el amor. Estaba un poco mimada y solía tener un comportamiento egoísta, era una fiestera con una vena sorprendentemente amable. Corría al galope hacia la vida, mientras que Jericho se quedaba atrás, sin atreverse. Hacía que se sintiera vivo, y el joven quería más de aquello.

Un estrepitoso golpe en la puerta hizo que Evie se sobresaltara. Tuvo miedo de que fuera el posadero que hubiese ido a echarlos, pero era Will, que se quedó al otro lado de la puerta con el sombrero puesto y el reloj de bolsillo abierto. El cielo ya clareaba hacia el alba.

—Ah, bien. Estáis despiertos. Ya casi ha amanecido. Hora de irse, antes de que los Hermanos vengan a buscarnos.

EL COMETA DE SALOMÓN

El roñoso coche de Will pasó del South Bronx al Upper Manhattan y la ciudad apareció bajo una bruma de nubes y humo como un espejismo hecho de polvo y acero. Evie estaba agotada debido al vía crucis de Brethren, la noche vigilando a Jericho y la revelación de su desgarradora confesión. Además, estaba inquieta por los sentimientos que había desarrollado hacia él.

La infinita línea de edificios de Manhattan pasaba volando ante las ventanillas del vehículo y la chica pensó en lo cerca de la muerte que habían estado en Brethren. Pero habían vencido. Tenían el colgante. Aquella noche llevarían a cabo el ritual y expulsarían a John Hobbes de aquel mundo de una vez por todas. Y después le pediría a Will que le explicara qué significaba todo aquello. Le pediría que le detallase con exactitud qué era ella y qué debía hacer al respecto. Después. Descansó la mano sobre su propio talismán y se dispuso a dormir.



Evie pasó el día hecha un manojo de nervios. Daba la sensación de que el museo nunca hubiese estado tan lleno; el cometa de Salomón había doblado el número de visitantes. La ciudad entera era un hervidero. El alcalde Walker había pedido a los neoyorquinos que apagaran las luces justo antes de la medianoche para que el cometa pudiera observarse sin obstáculos durante su extraordinaria aparición. Muchos habitantes de la ciudad habían sacado ya sus sillas y cojines —incluso colchones— a los tejados de los edificios o a las terrazas. Las tiendas de baratijas se habían quedado sin gorras y silbatos. Los clubes nocturnos anunciaban rifas especiales que se celebrarían a las doce y ofrecían bebidas como la Sensación de Salomón y la Estrella Caída. Incluso había un concurso de belleza en trajes de baño que prometía coronar a Miss Cometa. Era como si alguien diera una fiesta y hubiera invitado a todo Manhattan. Pero Evie no estaba de humor para celebraciones. Si no lo hacían todo exactamente como debían, aquel sería el final. John Hobbes habría llegado para quedarse, y con él se desataría el infierno.

Cuando el último cliente se hubo marchado del museo, Evie cerró las puertas con llave y Sam, Jericho y ella se reunieron en la biblioteca. Eran las siete en punto. El cometa pasaría por los cielos de Nueva York un minuto antes de la medianoche. Jericho se acomodó en el sofá, aún débil a causa del incidente de la noche anterior.

—¿Te encuentras bien, Jericho? —preguntó Evie con cierta timidez—. ¿Quieres que te traiga algo?

—No, estoy... genial, gracias.

Jericho sonrió al utilizar aquella palabra que tanto repetía Evie.

Sam los observaba a ambos desde la distancia. En Brethren había ocurrido algo más, aparte de lo de haber encontrado el colgante y escapado de los nuevos fieles. Y al joven no le gustaba ni lo más mínimo.

—Ay, madre. Estoy hecha un flan —dijo Evie, y encendió la radio.

La Orquesta Paul Whiteman tocaba jazz en un programa especial de una hora dedicado al «Viejo Rey Salomón». Aquellas canciones alegres parecían estar fuera de lugar, dado el propósito de la noche.

—Hay algo que no termino de entender —dijo Sam—. ¿Cómo es posible que aún no haya realizado la décima ofrenda? ¿Creéis que va a hacer las dos ofrendas juntas, esta noche?

Evie se mordió una uña. En efecto, era extraño.

—No lo sé. Lo único que sé es que si esta noche quemamos el colgante y repetimos el conjuro, nos libramos de John Hobbes para siempre.

Will irrumpió en la biblioteca cargado con una bolsa de suministros.

—Aquí tengo todo lo que necesitamos.

Le entregó a Evie una tiza y a Sam un bote de sal.

—Evie, dibuja un círculo grande en el suelo, y un pentáculo en su interior. Sam, rodea el perímetro de la habitación con la sal, por favor.

Alguien llamó a la puerta del museo con mucha fuerza e insistencia.

—¿Y ahora qué? —protestó Evie—. No os preocupéis, les diré que el museo ya está cerrado.

Se sorprendió al encontrarse al detective Malloy en la puerta principal. El hombre no destilaba su habitual humor negro. De hecho, su expresión no podía describirse sino como sombría. A Evie le dio un vuelco el estómago. Rodeado por varios agentes, prácticamente la arrolló de camino a la biblioteca. Will palideció cuando los vio.

—Ha habido otro asesinato —anunció Malloy—. Han encontrado el cadáver de Mary White Blodgett en Coney Island, en el Túnel del Amor. Con las mismas marcas que todos los demás. Le habían cortado la lengua.

—«Ante la imagen de la Bestia, la viuda lanzó lamentos hasta que su lengua fue acallada...» —dijo Evie en voz baja.

—El Lamento de la Viuda. La décima ofrenda —intervino Sam.

Will estaba pálido, como si estuviese enfermo.

—La hija de la señora Blodgett ha dicho que hace dos días la visitaste en compañía de una chica joven. Que le hiciste todo tipo de preguntas extrañas acerca de John Hobbes —continuó Malloy.

—Es cierto —confirmó Will.

—¿Y no se te ocurrió compartirlo conmigo, Fitz?

El detective parecía dolido y enfadado.

—No pensé... No era relevante. Solo seguía una corazonada.

—A mí me pagan por seguir corazonadas —repuso Malloy—. Y te dije que te mantuvieras alejado del caso. Y si te preguntase si tienes la otra hebilla del zapato de Ruta Badowski en el museo, ¿qué me dirías?

—Diría que eso es absurdo —respondió Will.

La expresión de Malloy reflejaba pesadumbre y algo de cansancio, como si acabaran de avisarle de la muerte inminente de un amigo enfermo.

—Te lo estoy preguntando como amigo, Will.

La mirada del doctor era acerada.

—Como ya he dicho, absurdo.

Malloy asintió despacio.

—Espero que no te equivoques. ¿Te importa si echamos un vistazo, profesor?

La policía ya pululaba por el museo, vaciando cajones y abriendo armarios. Un agente estuvo a punto de tirar una escultura al suelo y Will levantó la voz:

—¿Podrían tener cuidado con esas cosas, por favor? Tienen un valor incalculable.

Otro agente abrió el cajón del escritorio de Will y sacó la hebilla del zapato de Ruta Badowski.

—Está aquí. Tal y como decía la nota.

—¿Cómo ha llegado...? —Por una vez, Will se quedó perfectamente inmóvil, como si estuviera clavado a aquel sitio—. Esperen un momento... ¿Qué nota? ¿De qué están hablando?

—¿Puedes explicarme cómo ha llegado a tu museo una prueba relacionada con una víctima de asesinato?

Malloy no parpadeó.

—No lo sé —contestó Will en voz baja—. Te juro que no lo sé, Terrence.

—Y supongo que tampoco sabes cómo acabó tu encendedor en una escena del crimen, ¿verdad?

El detective mostró el desaparecido mechero de Will.

El profesor se llevó inmediatamente la mano al bolsillo vacío de la camisa.

—Lo... lo había perdido hace poco, y...

—Lo encontraron en casa de la señora Mary White Blodgett.

—Yo robé la hebilla —soltó Sam de repente—. La encontré en el puerto y pensé que podría ganar algún dinero con ella. Hay tipos repulsivos que pagan por esas cosas.

—Sam, no —le advirtió Evie.

Él le dedicó una sonrisilla débil.

—No pasa nada, muñeca. Digamos que al fin estamos en paz por esos veinte dólares.

—Te has montado un equipo curioso, Fitz —dijo Malloy, y le echó un vistazo a la habitación: el pentáculo dibujado con tiza en el suelo. La sal a medio verter. El

colgante—. ¿Qué está pasando aquí, Will?

—Si te lo cuento, creerás que me he vuelto loco.

—¡Si no me lo cuentas aquí, tendrás que contármelo en la comisaría! —rugió Malloy—. ¡Me parece que no entiendes en qué lío estás metido, Fitz!

—Detective Malloy, por favor, ¿qué nota han encontrado? —insistió Evie.

—La escribió la señora Blodgett justo antes de morir y se la guardó en el bolsillo de la bata. Su hija confirma que es la letra de la anciana. En ella asegura que Will es el asesino.

El profesor se volvió hacia él a toda prisa.

—¿Qué?

—¡Eso es una tontería! —gritó Sam.

—Decía que encontraríamos la prueba en el museo. Que llevabas un tiempo preguntándole por los asesinatos, que lo has hecho para avivar el interés por el museo. —Los voluminosos hombros de Malloy estaban hundidos. Parecía haber envejecido diez años en los pocos minutos que llevaba sujetando la hebilla del zapato de Ruta Badowski—. Señor Fitzgerald, va a tener que acompañarnos a la comisaría y contestar algunas preguntas. Chicos, traed también al ladronzuelo, por si acaso.

—Qué listo es. Es muy, muy listo —dijo Will más para sí que para cualquier otra persona—. ¿No lo veis? ¡Sabía que estábamos cerca! ¡Lo sabía! La obligó a escribir esa nota. Nos ha tendido una trampa, y nosotros nos hemos lanzado a ella de cabeza.

—¡Oh, tío...! —exclamó Evie—. ¿Y ahora qué hacemos?

—¿De qué estáis hablando? —quiso saber Malloy.

—Terrence, esto va a sonar como si hubiera perdido la cabeza, pero te aseguro que estoy totalmente cuerdo. El Asesino del Pentáculo no es un imitador, y desde luego no soy yo. Es John Hobbes.

La pétrea expresión de Malloy no se alteró.

—¿John Hobbes, el que murió hace cincuenta años? ¿Me estás diciendo que un hombre muerto ha cometido estos asesinatos?

—Mediante algún tipo de magia, su espíritu manifiesto en este plano, sí. Sé que parece una absoluta locura...

—¡Pero es cierto! —lo interrumpió Evie—. Por eso teníamos que ir a Brethren, a su tumba secreta, y exhumar su cadáver. Por eso debemos destruir su colgante... para expulsar a su espíritu de este mundo. Y si no lo hacemos antes de que el cometa pase esta noche, todos estaremos perdidos.

Evie se dio cuenta de lo ridículo que sonaba todo aquello. Los otros agentes se reían disimuladamente. Solo Malloy continuaba serio. De hecho, parecía furioso.

—Sabes, Fitz, nunca imaginé que creyeras en esas chorradas que vendes en este museo. Y tampoco imaginé que fueras un asesino. —Se volvió hacia los otros policías y dijo—: Lléváoslo.

Los agentes rodearon a Will y a Sam y los condujeron hacia el exterior del museo.

—Asesinato. Profanación de tumbas. Destrucción de la propiedad. Robo. Y corrupción de menores... —Malloy se interrumpió, pero no antes de que Evie percibiera en su voz el hastío absoluto y el asco—. Supongo que uno nunca llega a conocer verdaderamente a las personas, ¿no crees?

Evie echó a correr tras ellos, sus tacones repiqueteando contra el suelo de mármol.

—Por favor, ¿no puede llevárselo, detective Malloy! Tenemos que detener a John Hobbes esta noche. Va a actuar durante el paso del cometa de Salomón y a convertirse en la Bestia. ¡Es nuestra última oportunidad!

—Cariño, no sé lo que te habrá estado contando, pero no existen los fantasmas asesinos. No existen los fantasmas, y punto. Ningún hombre del saco va a despertar a una Bestia empeñada en provocar el fin del mundo. Eso es un cuento de hadas. Nada más. Lo siento.

El rechoncho rostro de Malloy emanaba compasión.

—Terrence, por favor, escúchame... Tienes que detenerlo antes de que lleve a cabo su última ofrenda esta noche —suplicó Will mientras los agentes lo metían en el asiento trasero de un vehículo policial.

—Si actúa esta noche, quedará libre de responsabilidad, profesor —se burló uno de los policías antes de cerrar la portezuela.

De nuevo dentro del museo, Evie no paraba de dar vueltas alrededor de la biblioteca. Jericho la observaba.

—¿Cómo vamos a detenerlo? Piensa, Evie, piensa.

—Se han llevado el colgante con ellos.

—Tiene que haber otra forma de conseguirlo.

Evie abrió el Libro de los Hermanos y examinó con detenimiento todas y cada una de las páginas. Cuando llegó a la última, a la de la undécima ofrenda, se quedó mirándola con fijeza. La Bestia se alzaba sobre el cuerpo tendido de una mujer; ambos estaban agarrados de las manos. Había un pequeño altar. Sobre ellos, el cielo nocturno brillaba con el fuego del cometa.

—¿Por qué le pediría a Mary White que conservara la casa? —musitó Evie.

—Necesitaba un hogar al que regresar —contestó Jericho—. Necesitaba un refugio seguro.

—Pero ha dejado los cadáveres en lugares muy públicos. Así que podría haber ido a cualquier sitio. ¿Por qué allí? ¿Qué necesita de esa casa?

Evie había retomado los paseos en torno a la habitación.

—Estás empezando a recordarme a tu tío —señaló Jericho—. Y me estás mareando un poco.

—Lo siento. —Evie se sentó a la mesa larga, junto a las peligrosas montañas de

libros, pensativa. Cogió el diario de Ida Knowles—. La última entrada de Ida Knowles es de justo antes de que bajara al sótano, presumiblemente. ¿Qué había allí abajo?

—La policía no encontró más que una sala llena de huesos.

—«Ungid vuestra carne y preparad las paredes de vuestras casas...» —recitó Evie.

Volvió a pensar en el día en que Mabel y ella habían ido a Knowles' End. Desde el exterior de la casa se había fijado en que había una chimenea gruesa, pero no fue capaz de encontrar el hogar correspondiente en el interior. Y luego, en el sótano, había notado una corriente de aire.

De pronto Evie se puso en pie y comenzó a correr por la biblioteca guardándose cerillas en los bolsillos y buscando linternas.

—¿Qué haces?

—Creo que hay una especie de habitación secreta, un lugar especial para él, y que ahí es donde esconde lo que quiera que sea que lo mantiene con vida. —Evie miró el reloj. Eran las diez y media—. Tenemos que darnos prisa si queremos llegar a tiempo.

Jericho se levantó y esbozó un gesto de dolor debido a la herida.

—¿Adónde vamos?

—No vamos a esperar a que John Hobbes se lleve a su última víctima. Vamos a ir a por él. Vamos a Knowles' End.

EL VIENTRE DE LA BESTIA

¿Cómo detienes a un fantasma? ¿Cómo cortas una hebra de maldad una vez que se ha entretejido en el mundo? Aquellas preguntas daban vueltas una y otra vez en la mente de Evie mientras Jericho y ella se abrían camino en el coche de Will por las calles atestadas de juerguistas preparados para darle la bienvenida al cometa de Salomón. Varias *flappers* improvisaron un cancán espontáneo mientras se tambaleaban hacia la siguiente fiesta. Justo delante de ellos, un hombre encaramado a unos zancos daba tumbos sobre aquellas patas larguiruchas bloqueándoles el paso. A través de la ventanilla, un borracho con un sombrero de arlequín hizo sonar una bocina de improvisto junto al oído de Evie; la muchacha soltó un grito. «¡Te pillé!», gorjeó el hombre, y se alejó a toda prisa, riéndose como un demonio. Evie hizo sonar el claxon con furia para librarse del zancudo hasta que el saltimbanqui se apartó. Ante ellos se abrió un estrecho pasaje y Evie volvió a tocar el claxon como aviso para todos los demás.

Más al norte, no había tanta gente. Por encima de sus cabezas, las sombras de la gran jaula de metal de las vías elevadas se precipitaban sobre el capó del Ford: luz, oscuridad, luz, oscuridad. Pronto avanzaron por las desoladas orillas del Hudson, con los focos del coche como única iluminación. Al final llegaron a la vieja casa Knowles. Se cernía sobre la calle como un dios olvidado, con la luna rechoncha y blanca tras ella.

Evie la rodeó de camino a la maltrecha entrada de servicio por la que se había colado la otra vez en el interior. La puerta se abrió con un sonoro crujido. En la ocasión anterior, había visitado la casa a plena luz del día, con la ayuda de los resplandecientes rayos del sol. En aquel momento, reinaba la oscuridad y todas las siluetas resultaban amenazantes. Evie encendió su linterna. El pálido haz de luz cayó sobre un congelador roto, una alacena y un fregadero doble. Iluminó la forma jorobada de una rata sobre una encimera. El animal volvió el hocico afilado hacia la luz antes de escabullirse de nuevo hacia el consuelo de la oscuridad.

—Por aquí —señaló Evie.

Condujo a Jericho hacia la despensa y trató de no pensar en John Hobbes acechándola desde el interior de alguno de aquellos armarios, listo para saltar sobre ella cuando pasara por delante. Llegaron al pasillo que conectaba la cocina con el resto de la casa.

—Con cuidado —susurró Evie—. Está lleno de trampas.

Había muchas puertas, y la chica no estaba segura de cuál era la que llevaba al sótano. Desde luego, no quería bajar de la misma forma en que lo había hecho la otra vez.

—¿Qué podría estar manteniéndolo con vida? ¿Cuál es su conexión con este

mundo? —preguntó Jericho.

—No lo sé, pero debe de estar escondido en algún lugar de esta casa. Si tengo que hacerlo, derribaré hasta la última de sus paredes para encontrarlo —respondió Evie—. ¿Qué hora es?

Jericho dejó en el suelo las latas de queroseno con las que cargaba y acercó su reloj de pulsera a la linterna de Evie.

—Las once y veinte.

—No tenemos mucho tiempo.

La casa le transmitía una sensación diferente a la chica. Se esforzó por averiguar qué había cambiado con exactitud. «Viva. Despierta. A punto». Aquellas fueron las palabras que le acudieron a la mente, como si la casa fuese un organismo vivo, una enorme matriz a punto de un terrible alumbramiento. La luz de su linterna enfocó el papel de pared enmohecido. Las paredes rezumaban condensación. La espalda de Evie también estaba empapada de sudor. El frío de su primera visita había sido reemplazado por un calor casi asfixiante. Abrió una puerta y no encontró más que un pequeño armario. El interior estaba húmedo. Probaron otras puertas y encontraron un dormitorio, un despacho y un baño.

—¿Por qué no la encontramos? —preguntó Evie—. No entiendo por qué no somos capaces de dar con la entrada. Antes estaba aquí. Es casi... —«Es casi como si la casa se estuviera escondiendo de nosotros», había empezado a decir—. Sigamos buscando. Estoy segura de que debo de acordarme mal. A la derecha hay un salón.

Se acercaron a él, pero las puertas correderas estaban cerradas con llave.

—Antes estaban abiertas.

Con esfuerzo, consiguieron forzarlas. Jericho iluminó con la linterna el interior de la habitación, despacho. Pero también estaba diferente. Habían quitado las sábanas que cubrían los muebles.

—La otra vez no estaba así —susurró Evie.

—Es como si nos hubiera estado esperando —dijo Jericho en voz baja.

—¿A quién te refieres? —preguntó Evie.

Jericho no contestó, pero ambos lo sentían... La casa. La casa los estaba esperando.

Evie estudió las paredes a la luz de su foco. Parecían combarse ligeramente hacia fuera. «Como pulmones que respiran», pensó, y después apartó aquella idea de su cabeza. Resultaba difícil ver algo en la penumbra. El haz llegó al espejo roto y la cegó con su reflejo. Parpadeó y podría haber jurado que, durante aquellos instantes, había visto rostros lúgubres, fantasmagóricos. Ahogó un grito y se volvió con la linterna, pero no había nada a sus espaldas. La casa gimió y crujió.

—Esto no me gusta —dijo Jericho.

—¿Qué alternativa tenemos? Si no lo detenemos ahora, esta noche, se manifestará

por completo. Y entonces no podremos combatirlo.

—Pero ya no tenemos el colgante. ¿Cómo vamos a...? —bajó la voz, como si la casa pudiera escucharlos—. ¿Cómo vamos a confinar su espíritu?

—Algo encontraremos —contestó Evie también en un susurro—. O, si es necesario, quemaremos este lugar hasta los cimientos.

Jericho movió una mano arriba y abajo.

—¿Ves esa luz? —Siguió el delgado rayo hasta un rosetón tallado en la chimenea—. Creo que podría haber algo aquí detrás.

Acercó la cara para intentar vislumbrar lo que ocultaba.

—¡No, Jericho! —gritó Evie de repente.

Una ráfaga de aire polvoriento impactó contra el rostro de Jericho. El joven tosió, escupió y trató de disolverla con la mano. Tenía un olor terriblemente empalagoso, como a flores muertas. Jericho parpadeó y sacudió la cabeza.

—¿Estás bien?

—Sí, muy bien —contestó, pero le temblaba la voz.

La chimenea cobró vida, y Jericho y Evie dieron un respingo.

—Sabe que estamos aquí —murmuró la chica.

—¿Cómo puede saberlo?

—Creo... creo que la casa se lo está diciendo. Tenemos que darnos prisa. ¿Qué hora es?

Jericho volvió a mirar el reloj.

—Las once y veinte.

—Es la misma que me dijiste la última vez que te pregunté.

Una vez más, Jericho acercó el reloj al haz de luz de la linterna.

—Se ha parado. Iba bien antes de que...

«Entráramos en la casa». No hizo falta que lo expresase con palabras.

—Esto no me gusta —repitió en un susurro al tiempo que se enjugaba el sudor de la frente. Jericho tenía los ojos un tanto vidriosos, y Evie pensó que ojalá estuviese en plena forma—. ¿Crees que lo que mantiene su espíritu con vida está escondido en el interior de esta casa?

Evie asintió con la cabeza.

—Entonces propongo que no perdamos más tiempo. Quemémosla. Prendámosle fuego y corramos.

El viento azotó la casa y las paredes gimieron. Will había sido muy claro respecto a que tenían que eliminar al fantasma de John Hobbes según sus propias normas: debían atraparlo en el colgante y quemarlo. Pero la policía había requisado el colgante y Will estaba arrestado. Todo dependía de Evie y Jericho.

—Le prendemos fuego y corremos —accedió Evie. Cogió una de las latas de queroseno. Había que rociar una enorme extensión de casa—. Tenemos que destruirla

por completo. Yo me encargo del piso de arriba. Tú ocúpate de este.

Jericho hizo un gesto de negación.

—No voy a permitir que te apartes de mi vista.

—Jericho, sé razonable.

—No. No vamos a separarnos.

—Empecemos a trabajar, entonces.

Se movieron con presteza de habitación en habitación, vertiendo queroseno sobre cualquier cosa que pudiera arder. Evie subió hasta la habitación del ático que una vez perteneció a Ida Knowles. A través de una rendija que quedaba entre los tablones clavados en la ventana, vio la ciudad a lo lejos. La gente estaba allí fuera, divirtiéndose, bailando, celebrando el regreso del cometa, sin tener ni idea de lo que significaba en realidad. Desde el piso de abajo, le llegó el débil tintineo de una melodía. Le recordó vagamente a un coro de voces unidas cantando un himno. Le hizo un gesto a Jericho para que dejara de derramar queroseno y se estuviese quieto. Dejó de oír la música.

—Deprisa —dijo.

Cuando bajaban las escaleras, un peldaño cedió y Jericho estuvo a punto de desplomarse por él. Evie tuvo que ayudarlo a ponerse en pie de nuevo. Regresaron al salón de baile y la chica ahogó un grito. Las sillas estaban dispuestas en círculo, al igual que lo habían estado en Brethren.

—Jericho —susurró Evie mientras salía de espaldas de la habitación.

—John el Travieso, John el Travieso, hace su trabajo con el delantal puesto —cantó su amigo, y se echó a reír.

—Jericho, no tiene gracia.

En la cara del joven se dibujaba la más extraña de las sonrisas.

—¿Oyes la música?

Evie inclinó la cabeza para escuchar con atención, pero aquella vez no percibió más que los gemidos y crujidos de la vieja casa.

—No.

—¡Es como una fiesta! —Jericho sonreía alegremente—. Bailemos. A ti te encanta bailar, ¿verdad, Evie?

La rodeó con los brazos y la hizo girar a tal velocidad que la chica comenzó a marearse.

—Jericho, ¿qué te pasa? —preguntó Evie, y luego se acordó: la nube de polvo que había salido del rosetón.

Las poderosas plantas que los Hermanos utilizaban para hacer el vino y el humo. Jericho estaba bajo sus efectos en aquellos momentos.

—Siempre he querido bailar contigo —murmuró, y acomodó la cara en la curva del cuello de Evie—. Te he observado, ¿sabes? Cuando creías que nadie miraba. —

Acercó la boca al oído de la chica. Su aliento era cálido e hizo que a Evie se le pusiera la piel de gallina—. He pensado en ti por las noches, muchas noches...

Tenía que sacarlo de la casa; aquella era la clave. Evie había cometido un error de cálculo con aquel lugar. Era un cómplice, y tan formidable como el propio John Hobbes hasta el último de sus rincones. Haría cualquier cosa por protegerlo.

—Pues claro que bailaremos —dijo Evie al tiempo que se zafaba de Jericho—. Pero no aquí.

—Sí. Aquí —la contradijo él, y volvió a atraerla hacia sí para apretarla contra su cuerpo.

Las paredes suspiraron, Evie podría haberlo jurado, y de algún sitio brotó una carcajada terrible.

—¡Conozco un sitio mejor! Por aquí.

Arrastró a Jericho hacia la cocina. Tenía que sacarlo de la casa, conseguir que le diera el aire. Entonces podría lanzar una cerilla encendida hacia el interior de la vieja mansión y huir con Jericho tan lejos como pudiera.

—¿Adónde me llevas? —preguntó el joven como si estuviese soñando.

—Ya casi estamos —respondió ella. Aunque procuró aparentar tranquilidad, le tembló la voz.

Como si pudiera sentir su plan, la puerta se cerró de golpe.

—¡No!

Evie forcejeó con el pomo, girándolo a uno y otro lado sin parar, pero no consiguió que la puerta cediera, ni siquiera cuando la joven se precipitó contra ella una y otra vez. Estaban atrapados. La casa no les permitiría salir.

Jericho le tendió la mano.

—Baila conmigo —dijo con la voz ronca.

—Jericho, tenemos que irnos. Ahora. ¿Lo entiendes?

—Solo entiendo que te deseo.

El olor a queroseno lo invadía todo. No sería complicado convertir todo aquel antro en una bola de fuego con los dos dentro. Bien. Si no podían escapar por allí, probaría otra salida... Arrancarías las tablas de una ventana, estamparía una silla contra una cerradura, lo que fuera con tal de salir de allí.

Evie agarró la mano extendida de Jericho y lo arrastró tras ella. El chico no paraba de reírse. A la joven aquel sonido le producía escalofríos, hacía que quisiera salir corriendo y dejarlo todo —incluido el propio Jericho— atrás. Ya había llegado a la puerta principal cuando oyó un ruido en el exterior. ¿Se acercaba alguien por la calle? Si gritaba, ¿la oirían? Se aproximó a las ventanas que había junto a la puerta, lista para arrancar la madera con sus propias manos si era lo que había que hacer.

Silbidos. La persona que se acercaba por la calle iba silbando aquella vieja melodía que ya le resultaba conocida. A Evie se le erizó la piel de los brazos.

—Viene hacia aquí. Tenemos que escondernos.

Evie registró la habitación con la mirada sin dejar de dar vueltas sobre sí misma a toda prisa. ¿Dónde? ¿Dónde podían esconderse? ¿Y si en aquel momento John el Travieso estaba a punto de llegar a casa llevando con él su última ofrenda? ¿Sería Evie capaz de esperar escondida, de actuar antes de que concluyera su espantosa tarea? Tan solo tenía que aguardar y atacar antes de que pasara el cometa. Entonces todo habría terminado para John Hobbes. Lo haría. Tenía que hacerlo. Pero ¿dónde ocultarse? La linterna de Evie se deslizó por las paredes relucientes, rezumantes de limo espeso.

El silbido estaba cada vez más cerca.

—¿No los oyes? —murmuró Jericho—. Están aquí. Están a la espera.

Jericho. Tenía que conseguir que cerrara la boca. Había una habitación pequeña a la izquierda. Evie lo empujó hacia ella.

—¡Adentro! —dijo.

Jericho giró el pomo de la puerta y el suelo cedió bajo sus pies. Desapareció en la oscuridad.

—¡Jericho! ¡Jericho! —le gritó Evie al agujero negro que se había tragado a su amigo.

No hubo respuesta. ¿Llevaría aquella trampilla al sótano, al igual que el conducto de la colada? ¿Estaría Jericho tendido en el suelo de tierra en aquellos momentos, con un brazo roto o una contusión en la cabeza? Pero ¿dónde estaba la entrada? Volvió corriendo al amplio recibidor y se quedó callada, a la escucha. El silbido se había detenido. El corazón le golpeaba las costillas con tanta fuerza que pensó que iban a romperse a causa de la presión. Tenía la garganta demasiado seca como para poder tragar. «Muévete, Evie», se dijo a sí misma, pero estaba paralizada de miedo. El peso de la desesperación le impedía actuar. ¿Cómo iba a vencer en una batalla contra un mal tan atroz? Si se rendía en aquel momento, todo terminaría rápido, y además en ese caso ella ya no estaría allí para ver arder el mundo. La casa suspiró y ronroneó a su alrededor, como si mostrara su acuerdo.

Y entonces, de pronto, la vio: bajo la escalera había una puerta que antes no estaba allí. Rebosaba humedad, destellaba como un hueso en la oscuridad.

—¡Jericho! —volvió a gritar—. Voy a por ti. No te muevas.

La casa inspiró y contuvo el aliento. Una sombra pasó ante las ventanas delanteras, rápida como el ala de un pájaro. Estaba en casa. Había llegado. Resollante, Evie corrió hacia la puerta del sótano. El pomo giró con facilidad. La puerta se abrió de par en par. No se podía ir en ninguna dirección excepto hacia abajo, a las profundidades del campo de exterminio de John el Travieso.

La escalera estaba envuelta en las tinieblas más absolutas. Evie apoyó una mano en cada pared y fue buscando el borde de los peldaños con los pies. El enlucido

estaba húmedo al tacto, cálido y pegajoso. El pulso de la chica era tan rápido y superficial como el de un pajarillo. La cabeza le latía al ritmo que marcaba su corazón. La casa había vuelto a sumirse en el silencio, y aquello le resultaba aun más terrorífico que los silbidos. Albergaba la esperanza de que Jericho no estuviese herido. Se forzó a seguir avanzando hasta que al fin llegó al sótano. Hacía un calor insoportable. A sus pies, el suelo de tierra parecía estar blando, empapado. El calor permeó las suelas de sus zapatos y la obligó a moverse. Daba pasos pequeños, tentativos. ¿Hacia dónde debía ir? ¿Dónde estaba John Hobbes? ¿Debería encender la linterna? ¿O estaba más segura resguardada en la oscuridad? ¿Qué había allí, en aquella negrura vasta, incognoscible?

Las paredes respiraban. «Oh, Dios». ¡Las oía! Evie no aguantaba más la oscuridad. Temblando, encendió la linterna.

Desde algún lugar situado por encima de su cabeza, le llegó el silbido agudo y suave de una canción infantil. Pero aquella melodía no tenía nada de inocente.

La voz de John Hobbes retumbó en el sótano.

—«El Señor habló como con las lenguas de un millar de ángeles. Tan solo quedaba la undécima ofrenda, la boda de la Bestia y la Mujer Vestida de Sol...». Sé que estás aquí, Dama del Sol. Te siento.

Evie se esforzó por entenderlo. La había llamado Dama del Sol. A ella. La Dama del Sol. La Mujer Vestida de Sol. John el Travieso estaba en casa. Estaba en casa y listo para completar su transformación. La estaba buscando... ¡a ella! Evie se forzó a continuar avanzando, proyectando la luz de su linterna en torno a la habitación, buscando a Jericho. Deseó encontrarse muy lejos de allí..., en un club nocturno, o en el Bennington, o en la aburrida biblioteca del museo. Había sido una estúpida al pensar que podría enfrentarse a un asesino, a un fantasma, a la mismísima Bestia.

En el piso de arriba, el silbido se detuvo y comenzó la canción: «John el Travieso, John el Travieso, hace su trabajo con el delantal puesto. Te corta el cuello y te saca los huesos, los pone a la venta por un par de ceros».

El miedo redujo el raciocinio de Evie hasta convertirlo en un mero recuerdo de sí mismo. Tenía que salir de allí. Escapar. Echó a correr de vuelta hacia los raquíticos escalones. Le daba igual, se arriesgaría. Subiría y saldría de allí. Buscaría ayuda. Gritaría como una loca hasta que todo Nueva York la oyera y acudiese. Pero no... Jericho. Tenía que encontrar a Jericho primero. Tal vez al caer hubiera encontrado una salida. Se repetía aquello a sí misma mientras obligaba a sus piernas a seguir adelante. De hecho, lo más seguro era que Jericho estuviese buscando ayuda en aquel instante y la puerta estuviera a punto de venirse abajo para que la policía pudiese invadir aquella guarida dejada de la mano de Dios. Sí, de un momento a otro oiría la voz de Jericho gritando su nombre: «¡Evie! ¡Evie! Estás a salvo, ¡sal!». Atenazada por el miedo, la chica comenzó a reír con nerviosismo y tuvo que taparse la boca con

la mano.

Sobre su cabeza, los tablones del suelo crujieron. Su ritmo cardíaco duplicó su velocidad. Pese a la humedad que impregnaba la habitación, Evie tenía la garganta tan seca como una tiza y sintió náuseas. Las pisadas del piso de arriba retumbaban con una meticulosidad completamente contraria al caos que arrasaba sus venas. «Pum. Pum. Pum. Pum». La sombra de dos zapatos se perfiló tras la fina rendija que quedaba entre la puerta y el principio de la escalera.

En la mente de Evie, un hervidero de ideas y órdenes abruptas, de una sola palabra: «Él. Aquí. Escóndete. ¿Dónde? Vete. Ya. ¿Adónde? Viene. Viene. Baja. Escóndete. ¿Dónde?».

Recordó la corriente de aire que había sentido durante la primera visita a la casa con Mabel y se apresuró a volver al sótano en tinieblas. Levantó la mano con la esperanza de encontrarla de nuevo. Una ráfaga de aire frío le acarició la palma. La siguió hasta la pared del otro extremo, tras la caldera. La puerta secreta podría habersele pasado completamente por alto si no hubiera tanteado el muro y notado la rendija. La palpó con detenimiento y contuvo un sollozo cuando no pudo encontrar ni pomo ni manija. No había forma de entrar.

La puerta del sótano se abrió con un quejido. Los pasos resonaban ahora en la escalera.

Y entonces la puerta que tenía delante se abrió por su propia voluntad. Dentro brillaba una luz. La luz de la luna, se percató Evie. Era una salida. Tenía que ser una salida.

La chica pasó por un estrecho vestíbulo que parecía desembocar en una cámara más grande. Se dio cuenta de que la luz provenía de una oquedad situada a gran altura, una pequeña ventana que miraba al cielo nocturno. «La chimenea que faltaba», pensó, y sintió un escalofrío. La habitación no tenía ni puertas ni ventanas, excepto la que conducía a su interior. Tenía una forma extraña, como de estrella. En una esquina descansaba un viejo brasero de hierro. Un pentáculo pintado ocupaba todo el suelo. En el centro exacto del pentáculo se había erigido un grandioso altar con el grabado de un cometa. Evie se dio la vuelta lentamente para examinar toda la sala. Las paredes estaban cubiertas de símbolos: un símbolo por cada una de las once ofrendas, por cada uno de los asesinatos.

Una comprensión terrible, gélida, la alcanzó en aquel instante. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Cuántas veces había oído la frase sin extraer ninguna conclusión de ella? Estaba en el Libro de los Hermanos, y en el diario de Ida Knowles. Había oído al pastor Algoode pronunciarla durante su trance. Los discípulos de los nuevos Hermanos la habían repetido junto a la feria. Las casas podridas del viejo asentamiento de la colina estaban pintadas exactamente con los mismos símbolos.

«Preparad las paredes de vuestras casas...».

No era un colgante, ni un libro, ni ningún otro objeto lo que mantenía con vida a John Hobbes. Era un lugar. Una sala. Aquella sala.

El Libro de los Hermanos yacía sobre el altar, abierto por la página de la undécima ofrenda. Evie contempló el dibujo de la hermosa joven vestida con un resplandeciente vestido dorado, con un ojo omnisciente pintado en la frente y las manos extendidas con las palmas hacia arriba. Tenía el pecho abierto y su corazón descansaba en las manos de la Bestia.

Entonces aquella era su verdadera guarida. La razón por la que había hecho que Mary White conservara la casa hasta que volviese. Y Evie acababa de penetrar en ella, en el vientre de la Bestia. Debía salir de allí de inmediato. Si tenía que hacerlo, lanzaría una cerilla y enviaría a John el Travieso de vuelta a cualquier infierno que lo quisiera.

Desde las profundidades del sótano le llegó su voz cantarina: «John el Travieso, John el Travieso, hace su trabajo con el delantal puesto».

Evie rebuscó con dedos temblorosos las cerillas que llevaba en el bolsillo. Sí, tiraría la cerilla y huiría. El pánico le nublaba el pensamiento. Estaba desesperada. Se sentó en el suelo, como un animal que sabe que el lobo lo tiene acorralado.

«No te desmayes, no te desmayes, no te desmayes. Pase lo que pase, no te desmayes, muchacha...».

El lobo estaba en la puerta. Su sombra se derramó en la habitación y la inundó por completo. Aún temblando, Evie encendió una cerilla y la lanzó contra las sombras y el aire, pero la llama murió hasta quedar reducida a humo. Encendió otra, y otra, absolutamente incapaz de razonar, hasta que todo el paquete quedó reducido a muñones. Y pese a sus advertencias, la mente de Evie no cooperó. Se le pusieron los ojos en blanco y se deslizó hasta el suelo, inconsciente.

LA MUJER VESTIDA DE SOL

Estrellas. Aquello fue lo primero que vio Evie. Por encima de ella, el cielo entintado titilaba con la falsa esperanza de las estrellas. Le dolía la cabeza en el punto donde se había golpeado contra el suelo. La boca le sabía a sangre.

—Ah. Ya estás despierta —dijo la voz—. Bien.

La vista se le nubló durante un instante, pero luego la enfocó en la imagen de John Hobbes. Era un hombre corpulento con un bigote espeso. Se había quitado la camisa y Evie distinguió los hierros que le cubrían el pecho, la espalda y los brazos. Su cuerpo era un tapiz de pesadilla. «Ungid vuestra carne...».

Sus ojos eran los mismos que la chica ya había visto antes: fríos y azules.

—Muy amable por tu parte venir hasta aquí. Me has ahorrado la molestia de ir a buscarte.

Resplandecía ante ella como la cera de una vela: un objeto inestable, pero aun así capaz de arder.

—¡Jericho! —gritó Evie—. ¡Jericho!

John el Travieso sonrió.

—Tu acompañante no se encuentra bien en estos momentos —dijo, y Evie tuvo miedo de preguntarle qué significaban sus palabras.

La joven se incorporó y se sorprendió de poder hacerlo con tal libertad.

—¿Qué sentido tendrían las ligaduras? —preguntó John el Travieso como si pudiera leerle el pensamiento.

Evie estaba paralizada por el pánico.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha.

Fue lo único que consiguió articular. El miedo la había dejado casi sin palabras.

—¿Por qué? —repitió John Hobbes como si Evie fuera una alumna insolente y él su irritado pero paciente maestro—. ¿Por qué iba a dejar que este mundo siguiera adelante? Está lleno de pecado, y vicio, y toda suerte de corrupción. Requiere un nuevo dios que lo gobierne, Dama del Sol.

—Yo no... no soy su Dama del Sol —susurró ella.

John Hobbes sacó el pequeño fragmento de tela de su abrigo de brocado dorado.

—La Mujer Vestida de Sol.

Sonrió y aquello provocó que Evie notara las pulsaciones de su sangre en la cabeza. Miró desesperadamente en torno a la habitación en busca de algún modo de escapar, fijándose en cualquier cosa que pudiera utilizar en su beneficio. El corazón se le aceleró de nuevo cuando vio que la puerta estaba ligeramente entornada. Se precipitó hacia ella y, de nuevo como si presintiera su plan, la puerta se cerró antes de que la alcanzase. La golpeó con los puños.

—«Y el Señor dijo, que la Bestia se una con la Mujer Vestida de Sol. Ungid su

carne como la vuestra».

John Hobbes se acercó con calma al brasero encendido. Varios hierros de marcar sobresalían ahora de él mientras sus símbolos se calentaban en las ascuas.

—Yo... yo...

El terror ahogó las palabras de la chica en su garganta.

«Piensa, Evie, muchacha». Su intención había sido la de quemar la casa y a John el Travieso con ella, pero aquel plan había fracasado. Necesitaba uno nuevo. El tío Will había dicho que tenían que confinar su espíritu en un objeto sagrado como el colgante, luego repetir el hechizo y destruir el objeto. Pero ¿qué tenía a su alcance? Volvió a estudiar la sala con desesperación, en busca de algo, de cualquier cosa, que pudiese utilizar.

—En esta habitación reside su fuerza, ¿no es así? «Preparad las paredes de vuestras casas». ¿No es eso lo que dice el libro? ¿Qué pasaría si destruyo estas paredes? ¿Cómo se manifestaría entonces? —preguntó casi sin aliento.

—Es demasiado tarde para eso. El cometa está casi encima de nosotros. Tres minutos más. Serás mi novia, y tu corazón asegurará mi inmortalidad. Y tú permanecerás, como los fieles. Es la hora, Hermanos míos.

Junto a Evie, las paredes resplandecientes respiraban. Se combaban como una membrana, y la chica distinguió caras y manos apretadas contra ellas. Evie retrocedió dando tumbos hacia el altar cuando los cuerpos las atravesaron y la sala se llenó de los muertos vacíos de Brethren: cadáveres vivientes con la piel roja y chorreante, quemados hasta los huesos en algunos puntos. Rostros esqueléticos sin ojos. Bocas arrancadas. Los fieles. Los malditos. Preparados para el sacrificio final, la última ofrenda. No pararían hasta que le arrancasen el corazón del pecho y la Bestia se completara.

—Están aquí conmigo. Los elegidos de Brethren, sacrificados en la primera de las once ofrendas. ¡Para el beneplácito del Señor!

Sonó como el viento que azotaba Brethren cuando los fieles repitieron:

—Amén, amén, amén...

—Exigen tributo por su sacrificio. Y lo obtendrán.

Los muertos de Brethren se iban acercando a ella. Iban a por ella. Evie se adelantó a John Hobbes y cogió un hierro candente del brasero. Le quemó la mano y lo dejó caer, gritando de dolor. Enrolló el bajo de su falda en torno al asa de hierro y levantó de nuevo el sello colocándolo ante ella. La mano le temblaba con violencia.

—A esta vasija co... confino tu espíritu. Al fu... fuego...

No se acordaba del conjuro.

La risa de John Hobbes borbotó con toda la crueldad de un niño encantado por poder aplastar un insecto con su bota.

—¡Debe ser una reliquia sagrada! Solo un objeto divino puede contener el

espíritu.

—¡Jericho! —gritó Evie de nuevo, aunque sabía que era inútil.

Tiró el hierro de marcar contra la pared y salió despedido por el suelo.

—Da igual. Puedo ungirte la carne cuando estés muerta.

Evie se puso una mano sobre el pecho, como si aquello bastara para evitar que la Bestia y sus fieles le arrancaran el corazón. Rozó con los dedos el borde de su colgante de medio dólar y lo cogió; se aferró a él con la fuerza de una cría asustada.

Rompiendo su mutismo, los muertos de Brethren abrieron la boca en un estrépito colectivo que hizo que un escalofrío le recorriese la columna vertebral a Evie. Se les descolgaron las mandíbulas y vomitaron una sustancia negra y oleosa que cayó al suelo como un río de víboras. Aquello trepó por las piernas de John Hobbes, donde se fusionó con los hierros de su piel. Lo cubrió como una armadura y luego se impregnó en su interior.

—¡Contempla mi forma y asómbrate!

Estiró los brazos, echó la cabeza hacia atrás y lanzó un grito bien de éxtasis, bien de agonía. Su carne se agitó, como si algo intentara rompérsela desde dentro. Evie observó con horror cómo se desfiguraba la cara de John Hobbes. Su boca se retorció en una mueca cruel. Los dientes le crecieron, afilados como navajas. De las yemas de los dedos le brotaron garras. En la espalda le salieron dos enormes alas tan blancas como la lana de un cordero. La habitación se llenó de luz. Se estaba manifestando en un ser de terrorífica belleza justo delante de ella. A Evie le dolían los ojos de contemplarlo. Para estar totalmente completo, solo necesitaba arrancarle el corazón.

—¡El Señor no tolerará la debilidad entre sus elegidos! —dijo la Bestia.

Su voz era como mil voces hablando a un tiempo, una sinfonía demoníaca.

Durante un instante, Evie perdió todo deseo de combatir. No tenía sentido luchar contra un mal tan magnífico, tan perfecto. Lo único que podía hacer era rendirse. Dejar que ocurriera y acabar con ello de una vez por todas. El cielo nocturno que se veía a través de la abertura comenzó a iluminarse: el cometa de Salomón en su profetizado retorno a los cielos. La futilidad de la batalla pesaba sobre Evie como una losa funeraria.

—El cometa ya está casi sobre nosotros —anunció John Hobbes.

Su mano era una garra lo bastante afilada como para abrirla en dos. Evie sería como todos los demás... Ruta Badowski, con sus zapatos de baile rotos. Tommy Duffy, aún con la mugre de su último partido de béisbol bajo las uñas. Gabriel Johnson, asesinado el mejor día de su vida. O incluso Mary White, agonizando por un futuro que nunca llegó. Sería como todos aquellos muchachos hermosos, relucientes, que marcharon a la guerra con los rifles en las caderas y en los labios promesas a sus novias de que volverían a tiempo para la Navidad, con el entusiasmo del juego reflejado en sus rostros resplandecientes. Regresarían a casa convertidos en

hombres, en héroes con aventuras que contar: que habían hecho morder el polvo al enemigo y vuelto a poner el mundo a derechas, que lo habían encauzado en perfectas líneas de sí y no. Blanco y negro. Bueno y malo. Aquí y allí. Nosotros y ellos. Pero en realidad habían muerto enredados en alambre de espinas en Flandes, demacrados por la gripe en el Frente Occidental, lanzados por los aires en tierra de nadie, marchitos en las trincheras con aquellas sonrisas aún en la cara, cortesía del fosgeno, la clorina o el gas mostaza. Algunos habían vuelto a casa traumatizados y parpadeantes, con las manos temblorosas, mascullando para sí mismos, siguiendo órdenes en alguna guerra privada que todavía se estaba disputando en sus mentes. O, como James, simplemente habían desaparecido, relegados a libros de historia que nadie se molestaba en leer, medallas metidas en alacenas que siempre estaban cerradas. No eran más que un montón de piezas de ajedrez manejadas por unas manos invisibles en un universo aburrido de sí mismo.

Y allí estaba ella, convertida en un peón más. Evie quería llorar. De miedo. De agotamiento, sí. Pero, sobre todo, por la cruel inutilidad, la maldita y estúpida arbitrariedad de todo aquello.

—«Una gran señal apareció en el firmamento, el cielo abrasado de fuego, una mujer vestida de sol y coronada con las estrellas, y su corazón era un regalo para la Bestia, el corazón del mundo. Él lo devoraría, y se completaría, y caminaría sobre la tierra durante mil años...».

El medio dólar rozó la mano de Evie y la chica pensó en James y, al hacerlo, un pensamiento horrible, desesperado, tomó forma en su mente. No. No podía. Tenía que haber algo más.

Los muertos se acercaban. Iban a por ella.

Temblando, Evie se quitó el colgante del cuello y lo sujetó frente a ella.

—A esta vasija co... confino tu es... espíritu...

Temblaba tanto que tuvo miedo de no ser capaz de pronunciar las palabras.

Los muertos continuaron acercándose. Evie tan solo veía órbitas de ojos vacías en rostros esqueléticos, ensombrecidos. Dedos blancos y muertos que querían tocarla. Bocas renegridas supurando zumo negro sobre barbillas moteadas.

—Al fuego encomiendo tu espíritu —dijo Evie con voz más alta.

Las manos se estiraron hacia ella. Los dedos muertos se enredaron en sus pies y ella los pateó, gritando, con cuidado de no perder el equilibrio y derrumbarse sobre la impía turba. La habitación se iluminó. ¿Cuánto tiempo quedaba para que el cometa la sobrevolara? ¿Un minuto? ¿Treinta segundos?

Los gruñidos de los Hermanos eran ensordecedores. Hablaban en mil lenguas. Pero bajo aquella cacofonía, Evie oyó unos cuantos quejidos. Bajo su rabia, percibió su miedo. Sus rugidos ansiosos, sobrepuestos, rebotaban por la habitación.

—Mátala, mátala, mátala. Eres la Bestia, la Bestia, la Bestia. La Bestia debe

despertar...

—Esa moneda no es ninguna reliquia sagrada, Dama del Sol —se burló John Hobbes.

Evie asió el medio dólar con fuerza, notó sus muescas en la palma de la mano, consuelo y castigo a un tiempo. Su único vínculo físico con su hermano.

—Para mí sí —graznó. Y después gritó por encima del caos—: ¡A la oscuridad te arrojo, Bestia, para que no despiertes nunca jamás!

Las almas de los Hermanos chillaron. El fuego comenzó a lamer las paredes. Era como una pintura macabra que hubiese cobrado vida. Los Hermanos gritaban como si, una vez más, las llamas los estuvieran devorando. Evie cerró los ojos y se aferró a la esperanza. El colgante temblaba con violencia en el interior de su mano. Los siseos habían desaparecido. En su lugar apareció una aterradora sinfonía de gritos y alaridos, gruñidos guturales y ladridos, ruidos que no podía y que no quería identificar. Olió el humo. Cuando separó los párpados de nuevo, vio que las paredes, que estaban envueltas en las llamas de antaño, arrastraban hacia sí a las vociferantes almas de los Hermanos hasta absorberlas.

John el Travieso resistió. Se había hecho más fuerte gracias a las diez ofrendas. Tal vez demasiado fuerte como para que ella pudiera confinarlo. Y Evie tuvo miedo de que nada de lo que tuviese fuese suficiente al final.

—Te haré pedazos —gruñó la Bestia, y embistió contra ella.

Evie levantó el medio dólar hacia él.

—A esta vasija... —gritó con más fuerza esta vez.

La silueta de la Bestia destelló, su carne se agitó en una serie de contorsiones que Evie imaginó que debían de ser bastante dolorosas. Por las comisuras de los labios le goteaba sangre negra. Los dientes se le aflojaron y cayeron al suelo. Las garras se retrajeron.

—Co... confino...

Su terror vencía a su memoria.

—Destrúyeme y jamás sabrás lo que pasó. O lo que está por venir —escupió John con el aliento roto.

Pretendía distraerla. Engaño. Mentira.

—A esta vasija confino tu espíritu...

John Hobbes soltó un alarido. Cayó de rodillas. Su piel serpenteaba como si estuviera llena de cientos de ratas en estampida.

—Nunca sabrás... lo que le sucedió a tu hermano —dijo.

Evie se quedó helada.

—¿Qué debo saber sobre mi hermano?

De lo más profundo del pecho de la Bestia brotó una carcajada que se transformó en tos. Unas cuantas gotas de sangre negra salpicaron a Evie en la cara, y la chica

tuvo que contener las ganas de gritar.

—¿Qué debo saber sobre mi hermano? —vociferó.

—No tienes ni idea... de lo que se ha... liberado.

—¿Qué quieres decir?

John Hobbes esbozó una gran sonrisa. Los dientes que le quedaban estaban cubiertos de sangre.

—Pregúntaselo... a James.

Se dio la vuelta con brusquedad y sus alas casi derriban a Evie, que dejó caer el colgante. Con un grito, se precipitó hacia él, pero lo mismo hizo la Bestia, y su mano fue más rápida. Forcejearon y John Hobbes le tomó ventaja. Se colocó encima de ella; el cometa ya estaba muy cerca. Una garra asomó a través de la piel de su dedo índice derecho, y a continuación una segunda hizo lo propio en el dedo del medio... Suficiente para rajarle el pecho, suficiente para arrancarle el corazón.

Evie colocó la mano sobre el colgante desde el otro lado, cubriendo los dedos de la Bestia con los suyos.

—A esta vasija confino tu espíritu. Al fuego encomiendo tu espíritu. A la oscuridad...

—Has perdido...

—... te arrojo, Bestia, para que no despiertes nunca jamás —concluyó Evie.

Por primera vez, los ojos azules de John Hobbes mostraron verdadero miedo cuando el cometa de Salomón brilló sobre su cabeza y su forma fue absorbida por el colgante de medio dólar, que tembló y enrojeció en la mano de Evie hasta que la joven se vio forzada a dejarlo caer. Una gran columna de fuego salió despedida de la moneda y se unió con el cometa, el resplandor igual que una explosión. Entonces, tan rápido como había llegado, el cometa desapareció, junto con el colgante, que ya no era más que un puñado de cenizas. El cielo de la noche se oscureció y calmó de nuevo. Unas cuantas estrellas nuevas titilaron en la neblina.

Evie oyó otro siseo y se puso en pie con gran esfuerzo. De las paredes renegridas brotaron llamas, y aquella vez no tenían nada que ver con un recuerdo antiguo. Era fuego de verdad. El calor hacía que le escocieran los ojos, que no pudiese respirar sin toser, y la muchacha volvió a dejarse invadir por el pánico. ¿Cómo saldría de allí? ¿Qué debía hacer? Durante un instante, se quedó perfectamente inmóvil, paralizada por el miedo y el terror de la noche. Levantó la mirada hacia el cielo, como a la espera de que tomara una decisión por ella. El humo, espeso y negro, flotaba en el aire y bloqueaba la visión de las estrellas. No. No había llegado hasta allí y sacrificado lo que más le importaba para acabar así. El techo cedió y comenzó a caer sobre ella como una tormenta de escayola. Con un aullido casi animal, Evie echó a correr hacia la puerta, con las manos sobre la cabeza para protegerse de los escombros. Atravesó el sótano y subió la escalera con las piernas temblorosas y sin

dejar de llamar a Jericho a gritos.

—¿Evie? ¡Evie!

Al oír la voz del joven, la chica sintió una renovada esperanza.

—¡Jericho! ¡Sigue hablando!

Siguió los gritos del chico hasta la habitación por la que había caído. Cogió una linterna y la enfocó hacia el agujero. No era tan profundo... entonces pudo verlo. Jericho debía de haberse golpeado la cabeza al caer antes. La chica le tendió un brazo y aquello bastó para que Jericho pudiera ponerse en pie.

—Tenemos que largarnos, y rápido —ordenó.

—¿Qué ha pasado con...?

Jericho se frotó los ojos.

—Ya está —dijo Evie—. Acabado.

Las tablas restallaban. Las ventanas se hacían añicos y los bañaban con finas esquirlas de vidrio. La casa se estremecía sobre sus cimientos y se hundía con el fuego como si pretendiese llevárselo todo y a todos con ella. Evie y Jericho corrieron hacia la cocina.

—¿Por qué has encendido la cerilla? —gritó Evie.

—¡No lo he hecho! —juró Jericho.

La puerta de la cocina no cedía. Evie tiró de la manija con todas sus fuerzas. Jericho la golpeó, pero tampoco lo consiguió. La muchacha gritó cuando el tejado se derrumbó y la puerta se abrió bajo su peso. No esperó, sino que agarró a Jericho de la mano y tiró de él. Ambos bajaron a toda prisa por el césped hasta llegar a la calle mientras la casa ardía con violencia.



Los bomberos apuntaban con las mangueras hacia las ruinas humeantes de Knowles' End y la casa se derrumbaba sobre sí misma en una especie de reverencia final. No habría forma de salvarla. El queroseno se había encargado de ello antes incluso del último intento de resistencia de John el Travieso.

Evie estaba sentada en el bordillo, con una manta sobre los hombros, y la observaba arder. Jericho se había negado a que lo viera un médico asegurando que no tenía más que un chichón en la cabeza. Se acercó y se sentó a su lado, con las pupilas aún un poco vidriosas. Una multitud de curiosos miraba desde el principio de la calle. Varios niños trataban de acercarse más, atraídos por las llamas y la emoción, pero sus madres les advertían que mantuvieran una distancia segura.

Evie jamás volvería a creer en las distancias seguras.

—Estás llorando —le dijo Jericho.

—¿Ah, sí? —repuso ella débilmente—. Qué tonta.

Se llevó una mano al hueco vacío del cuello y sollozó.

LA GENTE SE CREERÁ CUALQUIER COSA

En la pequeña, fría y húmeda sala de interrogatorios, Will apoyó la cabeza sobre sus brazos. El reloj marcaba las cinco de la tarde. La puerta se abrió y Malloy acomodó su corpachón en una silla frente a la del tío Will.

—Hemos cogido a tu sobrina y a tu ayudante en la vieja casa Knowles.

—¿Está...?

—La chica está bien. La casa ha ardidido hasta los cimientos, pero ella está bien. — Malloy hizo una pausa demasiado larga—. Jura que se ha enfrentado al asesino... al espíritu de John Hobbes el Travieso, que había vuelto a la vida.

Will clavó la mirada en sus manos entrelazadas y no dijo nada.

—Es de lo más curioso, pero ¿ese colgante que exhumasteis? Bueno, parece que cuando los chicos han ido a recogerlo a la sala de pruebas no era más que un montón de cenizas. Es lo más raro que han visto jamás. Supongo que tú no sabes nada al respecto, ¿verdad?

Will continuó callado.

—He tenido noticias de los compañeros de la local de Brethren. Ayer por la noche también hubo un incendio allí... Comenzó más o menos a la hora en que el cometa pasó por encima de Nueva York, es decir, a la misma hora que el incendio de Knowles' End. No es que los bosques estuvieran secos, precisamente... De hecho, se había pasado el día lloviendo. Y tampoco fue un pirómano. No, al parecer el viejo asentamiento de los bosques, y solo el viejo asentamiento, se quemó hasta no dejar ni rastro en cuestión de segundos. No ha quedado nada. Ni un palo ni una piedra. — Malloy se inclinó hacia delante. Las bolsas que tenía bajo los ojos estaban más hinchadas que de costumbre—. Will, ¿qué está pasando aquí?

El profesor al fin levantó la mirada.

—¿Qué quieres que diga?

El detective pareció meditar su respuesta durante un buen rato, y finalmente dejó escapar un suspiro como un larguísimo soliloquio.

—Nada —contestó al final—. No lo sé y no quiero saberlo, Fitz. Me gustaría cobrar mi pensión dentro de diez años, así que seré yo quien te diga a ti lo que ha pasado. En lo que respecta al ayuntamiento, el Asesino del Pentáculo ha recibido un disparo mortal y se ha calcinado en el incendio. No se conoce su identidad. Lo mató uno de nuestros agentes. El agente Lyga está propuesto para un ascenso. Es un buen hombre. Ahora es un héroe. Los héroes son buenos. Los héroes hacen que la gente duerma mejor por la noche. Esa es la historia. ¿Lo entiendes?

—¿Crees que la gente se lo creerá?

—La gente se creerá cualquier cosa si significa que pueden seguir con sus vidas sin tener que pensar mucho en ello. —Malloy se puso en pie y abrió la puerta—.

Puedes marcharte.

Cuando Will llegó a la puerta, el detective le puso una mano en el hombro. Su tono era de angustia.

—Fitz, ¿qué está sucediendo?

—Descansa un poco, Terrence.

—No me conviertas en tu enemigo, Will —gritó Malloy a sus espaldas.

El profesor recorrió los laberínticos pasillos de la comisaría. Pasó ante una habitación con ventanas y las persianas a medio bajar donde dos hombres vestidos con trajes oscuros esperaban para hablar con el jefe. Ambos estaban tranquilamente sentados, en silencio, como si no tuvieran urgencias que resolver. Como si estuviesen acostumbrados a salirse con la suya y aquella reunión no fuera a suponer una excepción.

Will palideció y aceleró el paso, abrió las puertas de la comisaría y salió a la neblina gris de la mañana. Le lanzó una moneda de dos centavos al chico de los periódicos y leyó el último titular del día sobre la muerte del Asesino del Pentágulo, tras el que se incluía una fotografía del agente Lyga junto a una bandera estadounidense. El pie de la misma decía: HEROICO AGENTE MANTIENE LA CIUDAD A SALVO. Habían trabajado deprisa. No se mencionaba ni a Will ni el museo. El doctor dejó el periódico en un banco cercano y se metió las manos en los bolsillos de los pantalones para ocultar su temblor.



Memphis esperó hasta que Octavia estuvo profundamente dormida y luego cerró la puerta de la habitación en la que descansaba Isaiah y se echó a su lado. Se observó las manos. Habían pasado tres años desde que Memphis tratara de curar a su madre y sintiese la influencia de los espíritus en medio de un gran batir de alas. Tal vez hubiese perdido su don de sanar para siempre. Pero estaba harto de tener demasiado miedo para averiguarlo.

Se arrodilló junto a la cama. Pensó en rezar, pero ¿por qué rezaba? ¿Para pedirle a Dios ayuda o para pedirle que lo perdonase? No estaba seguro de creer en ninguna de las dos cosas, así que no dijo nada cuando puso las manos sobre el cuerpo de su hermano y pensó en la sanación. De rodillas junto a Isaiah, Memphis no sintió nada. Ni el más mínimo atisbo de calor. Ni olor a flores antes de ser transportado al mundo de los espíritus y las visiones extrañas.

—No voy a rendirme, maldita sea —dijo con los dientes apretados—. ¿Me oyes? ¡No me rendiré!

El joven respiró hondo. Comenzó como un picor en los dedos. Luego, la calidez familiar empezó a recorrerle las venas como un grifo que se hubiera abierto de repente. Y antes de que tuviese tiempo de pensarlo, se vio arrastrado hacia aquel

reino de las sombras entre los mundos. A su alrededor, sintió el influjo de los espíritus, que le ponían las manos con suavidad sobre los hombros y los brazos, una gran cadena de curación. Oyó la voz de su madre, suave y grave.

—Memphis.

Llevaba una capa tan iridiscente como un lago iluminado por la luz de la luna. No estaba enferma y demacrada como la última vez que la vio; estaba preciosa, aunque un poco triste. Su madre estaba allí, y quiso correr hacia ella.

—Nuestro tiempo es breve, hijo mío.

—¿Mamá? ¿Eres tú?

—Debo contarte algo mientras pueda. Serás llamado para tomar grandes decisiones y hacer grandes sacrificios —le dijo con cierta amargura—. Todo será necesario, pero solo tú puedes decidir cuál es el camino adecuado que tomar. Se acerca una tormenta, y debes estar preparado.

—¿Qué hay de Isaiah?

Su madre no contestó.

—Hay algo que nunca te conté. Algo que debería haberte dicho...

El agradable consuelo de los espíritus se desvaneció. Estaban de pie en la encrucijada de sus sueños. A lo lejos se veían la granja y el árbol nudoso. Las nubes oscuras enturbiaban el cielo salpicado de relámpagos. La madre de Memphis elevó la mirada, con miedo. El viento sopló con furia y levantó un remolino de polvo.

—No puedes recuperar nada, Memphis. Una vez que se ha ido, se ha ido. ¡Prométemelo!

El polvo estaba a punto de engullirla.

—¡Mamá, corre!

—¡Prométemelo! —gritó ella justo cuando la pared de polvo la envolvió.

Memphis avanzó por el camino dando tumbos, intentando escapar del polvo asfixiante. En el campo de cultivo que había a su derecha, vio que el trigo se iba convirtiendo en un despojo renegrido a medida que un hombre delgado, con un abrigo oscuro y un sombrero de copa, caminaba entre las espigas. El cuervo se cruzó a gran velocidad en el camino de Memphis.

El trance se extinguió. Memphis cayó de espaldas al suelo y se dio un buen golpe. Estaba empapado en sudor y temblaba. Había estado en el reino de la sanación. Había visto a su madre en aquel mundo.

—Memphis. ¿Qué estás haciendo en el suelo?

Isaiah estaba despierto y lo miraba con ojos soñolientos, como si aquella fuera una mañana cualquiera.

—¿Isaiah? —Memphis tenía la voz entrecortada—. ¿Isaiah?

—Así me llamo. Estás un poco raro —comentó el pequeño, y se estiró—. Tengo sed.

Su hermano estaba curado. Estaba curado y Memphis era el responsable. Aún le picaban las palmas de las manos debido al contacto. No había perdido el don; lo había recuperado. Memphis estrechó a Isaiah entre sus brazos, llorando.

—¿Qué pasa?

—Nada. Nada, hombrecito. Ahora todo va bien.

—Sigo teniendo sed.

—Te traeré algo de beber. Quédate aquí. No te vayas a ningún *lao*.

—A ningún lado —lo corrigió Isaiah, todavía adormilado.

—Eso, bien dicho.

Memphis corrió a la cocina y puso un vaso debajo del grifo, deseando que se llenara más deprisa.

—Gracias —dijo, aunque no sabía bien a quién se lo decía, o por qué.

Cerró el grifo y se apresuró a volver junto a su hermano.

Al otro lado de la ventana de la cocina, los relámpagos destellaban entre las nubes. El cuervo observaba en silencio.

LA TORMENTA QUE SE ACERCA

Evie, Zeta y Mabel salieron a la tarde clara y fresca. Era un día soleado y sin nubes; el aire parecía recién nacido y Evie tenía ganas de comprarse un sombrero nuevo. Habían pasado cuatro días desde que se enfrentara a John Hobbes, a la Bestia, en aquella pequeña habitación. Cuatro días desde que atrapase su espíritu en su reliquia más sagrada y renunciara a ella para salvarlos a todos. Todavía se llevaba la mano al cuello desnudo bajo el pañuelo, deseando sentir el peso de la moneda. No había tenido ni un solo sueño desde entonces, pero intentaba no pensar en ello. Intentaba no pensar en nada. El tío Will y ella apenas habían hablado de aquella noche. El profesor parecía estar incluso más distante que antes, enclaustrado con sus libros y sus recortes de periódico hasta casi convertirse él mismo en un fantasma. Más adelante, le preguntaría acerca de los Adivinos. Le preguntaría cómo podía saber si había otros como ella y cómo podía aumentar su poder, controlarlo más. Había tantas cosas que Evie quería saber... Pero todo aquello podía esperar. De momento, Mabel, Zeta y ella iban en el tranvía de camino a una tienda de sombreros que la bailarina conocía. Evie pretendía comprarse un sombrero de campana con una cinta dispuesta en un elaborado lazo para indicar que estaba soltera y totalmente disponible. Aquella era su ciudad. Aquel era su momento. Le había prometido a Mabel que le sacarían todo el partido posible, y tenía intención de cumplir por fin aquella promesa.

El tranvía frenó ante un semáforo y, justo antes de que volviera a arrancar, Sam se encaramó al exterior agarrándose a las barras que quedaban justo junto a Evie.

—Hola, señoritas —saludó.

—¡Sam! ¡Bájate! —lo regañó Evie.

El muchacho miró hacia atrás, al asfalto que desaparecía a gran velocidad bajo sus pies.

—Creo que es una mala idea.

—Todavía me sorprende que te dejaran salir de las Tumbas.

—Achácaselo a mi encanto, hermana. Además, me las ingenié para llevarme unas esposas.

Su sonrisa sugería alguna picardía, y Evie puso los ojos en blanco.

—Solo quería que supieras que voy a marcharme unos cuantos días —le dijo.

—Me pondré un velo negro y lloraré todas las noches.

Zeta y Mabel soltaron unas risitas y desviaron la mirada.

—Me echarás de menos. Sé que lo harás, hermana.

Le dedicó una de sus sonrisas lobunas.

—¡Eh! —gritó el conductor—. ¡Bájese de ahí!

—Sam, ¡vas a meterte en un lío!

El muchacho esbozó una gran sonrisa.

—Vaya, nena, creía que te encantaban los líos.

—¿Vas a bajarte antes de que te mates?

—¿Tanto te preocupa mi bienestar?

—Vete. Ya.

Sam bajó de un salto y casi tira al suelo a una mujer que empujaba un carrito de bebé.

—Lo siento, señora. —Se limpió las manos y vociferó tras el tranvía—: Un día de estos, Evie O’Neill, vas a volverte loca por mí.

—Espera sentado —contestó Evie a gritos.

Sam fingió que una flecha le atravesaba el corazón y se desplomó contra el suelo. Evie rio a pesar de sí misma.

—Idiota.

Zeta enarcó una ceja.

—Ese chico está colado por ti, Evil.

La chica puso los ojos en blanco.

—No te engañes. No tiene nada que ver conmigo. Ese chico solo quiere lo que no puede tener.

Zeta miró hacia las brillantes luces de Broadway, que comenzaban a cobrar vida con el crepúsculo.

—¿No es eso lo que queremos todos?



Cuando Evie llegó al museo, ya había oscurecido y los últimos visitantes del día se habían marchado. Tarareando una melodía que había escuchado en la radio, dejó caer su pañuelo, su abrigo y su cartera en una silla y se encaminó hacia la biblioteca. Las puertas estaban ligeramente entornadas, y una voz desconocida de mujer le llegó a través de la rendija.

—Se acerca la tormenta, Will. Estés listo o no, se acerca.

—¿Y si nos equivocamos? —preguntó él. Parecía tenso.

—¿De verdad crees que esto ha sido un incidente aislado? Lees los periódicos, al igual que yo. Has visto las señales.

La conversación bajó de tono y Evie tuvo que acercarse más para intentar oírla.

—Te dije que no llegaría a buen puerto.

—Lo intenté, Margaret. Lo sabes.

Debían de haberse movido; las palabras le llegaban amortiguadas y Evie tan solo podía distinguir algunos fragmentos: «Refugio seguro». «Adivinos». «Van a ser necesarios».

Evie se aproximó aún más, esforzándose por oírlos mejor.

—¿Y qué hay de tu sobrina? Sabes lo que es. Tienes que prepararla. Hacer que

esté lista.

A la chica se le aceleró el corazón.

—No. Ni por asomo.

—Tienes que decírselo. Si no, lo haré yo.

Incapaz de soportarlo, Evie irrumpió en la habitación.

—¿Decirme qué?

—¡Evie! —Su tío dejó caer sus cigarrillos—. Esto es una conversación privada.

—Sí, sobre mí. —Evie se volvió hacia la mujer alta, imponente, que esperaba de pie junto al escritorio de su tío. Era la misma mujer que había preguntado por él hacía casi dos semanas, la que había dejado la tarjeta de visita. La que Will fingió no conocer—. ¿Qué es lo que no me estás contando?

—La señorita Walker ya se marchaba.

Will le lanzó una mirada de advertencia a la mujer, que sacudió la cabeza despacio... Evie no estaba segura de si el gesto era de resignación o de desaprobación.

—Supongo que sí. —La señora se puso el sombrero—. No hace falta que me acompañes, conozco la salida. La tormenta se acerca, Will, estés listo o no —le repitió, y salió de la biblioteca con sus andares de reina.

Evie esperó hasta que oyó el rápido repiqueteo de los tacones de la mujer sobre las baldosas de mármol del exterior y luego se volvió hacia Will.

—¿Quién es esa mujer?

—No es de tu incumbencia.

Will se encendió un cigarrillo y Evie se lo arrebató de los dedos y lo apagó con furia en un cenicero.

—¡Estaba hablando de mí! Quiero saber por qué —exigió—. Y, además, ¡me dijiste que no la conocías!

Durante un instante, Will se mostró dubitativo. Pareció estar completamente perdido. Luego, se dejó inundar por su característica frialdad erudita y volvió a convertirse en el intachable Will Fitzgerald. Fingió ordenar los objetos que anegaban su escritorio.

—Evie, he estado pensando. Tal vez sea mejor que regreses a Ohio.

Evie retrocedió como si le hubieran dado un puñetazo.

—¿Qué? Pero, tío, me prometiste que...

—Que podrías quedarte un tiempo. Evie, soy un viejo solterón aferrado a sus costumbres. No estoy capacitado para cuidar de una chica...

—¡Tengo diecisiete años! —gritó ella.

—Solo.

—No podrías haber resuelto este caso sin mí.

—Lo sé. Y estoy intentando perdonarme a mí mismo por haberte involucrado en

él.

Will se dejó caer sobre una silla. No estaba acostumbrado a permanecer sentado y quieto, así que pareció confuso respecto a qué hacer con las manos, hasta que al final las colocó sobre los brazos de la silla como si fuera Lincoln posando para su monumento.

—Pero... ¿por qué? —preguntó Evie.

Daba lástima allí de pie, ante su tío, como una colegiala que le suplica otra oportunidad al director. Se odió a sí misma por ello.

—Porque... —comenzó Will—. Porque aquí no estás a salvo.

Evie se dio cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar de rabia. Le temblaba la voz.

—¿Por qué te niegas a contarme lo que está pasando?

—Tienes que confiar en mí, Evie: cuanto menos sepas, mejor. Es por tu propio bien.

—¡Estoy cansada de que todo el mundo decida lo que es por mi propio bien!

—Hay algunas personas en este mundo, Evie... No sabes de lo que son capaces.

Las lágrimas comenzaron a acumularse en las pestañas cubiertas de rímel de Evie.

—Me prometiste que podría quedarme.

—Y he honrado esa promesa. El caso ha terminado. Es hora de volver a casa —dijo Will con tanta amabilidad como pudo.

Evie había ayudado a resolver el caso. Se había enfrentado a los dolores de cabeza y a la maldita batalla contra John Hobbes y la fantasmagórica congregación de Brethren en aquel agujero inmundo. Había renunciado a lo que más le importaba —al talismán del medio dólar y a la oportunidad de saber qué le había sucedido a James— para acabar con todo aquello. ¿Y aquella era su recompensa? No era justo. En absoluto.

—Te odiaré para siempre —dijo perdiendo el combate contra las lágrimas.

—Lo sé —admitió su tío con suavidad.

Jericho asomó la cabeza por la puerta. Habló con urgencia:

—Will. Deberías ver esto.

La prensa se había reunido en los escalones de la entrada del museo, con las libretas a punto. Parecían resentidos, aburridos y ansiosos de una buena historia sangrienta. El Asesino del Pentáculo había sido bueno para el negocio; debía de resultarles duro dejar escapar la noticia. En primera fila se hallaba el mismísimo T. S. Woodhouse.

—Ya me encargo yo —dijo Will. Salió y los reporteros centraron en él su atención—. Caballeros. Damas. ¿A qué debo este honor? Si se mueren por echarle un vistazo al museo, abriremos de nuevo mañana a las diez y media.

—¡Señor Fitzgerald! ¡Eh, Fitz...! ¡Aquí!

Los periodistas trataban de pisarse unos a otros.

—¿Se ha recuperado de su arresto?

—Sí, profesor... ¿Por qué lo llevaron a comisaría? ¿Se ha cargado a alguien?

—¿Qué puede decirnos sobre el Asesino del Pentáculo?

—¿Hay algo de cierto en el rumor de que había algún tipo de elemento sobrenatural involucrado? ¿Una especie de magia antigua? —preguntó T. S. Woodhouse.

Will levantó una mano para apaciguarlos. Intentó esbozar una sonrisa que más bien pareció un mohín.

—Dejo lo sobrenatural para el museo.

—¿Es verdad que el asesino era un fantasma? —insistió T. S. Woodhouse—. Es el rumor que circula por ahí, profesor.

—La policía ha emitido un comunicado. Ya tienen su artículo, damas y caballeros. Me temo que yo no tengo nada que añadir. Que pasen una buena noche.

Woodhouse se volvió hacia Evie.

—Señorita O'Neill, ¿tiene alguna declaración que hacer?

—Evie. Entremos. Hace frío —dijo Will.

Evie estaba de pie en los escalones, pequeña y pálida bajo las luces tenues. Se había dejado el abrigo dentro y el frío viento de octubre traspasaba la tela de su vestido. Will quería que entrase. Y entonces la mandaría de vuelta a Ohio, donde sus padres también le dirían que se mantuviera encerrada. Estaba cansada de que aquella generación que había fastidiado tanto las cosas le dijera qué tenía que hacer. Le habían vendido a sus hijos un puñado de mentiras: Dios y patria. Amor a los padres. Todo es justo. Y luego habían mandado a aquellos muchachos, a su hermano, a combatir en una guerra monstruosa que mutilaba, mataba y destruía lo que quiera que tuviesen dentro. Y ellos seguían mintiendo, y esperaban que ella repitiera sus palabras y les siguiese el juego. Bien, pues no lo haría. Ahora sabía que el mundo distaba mucho de ser justo. Sabía que los monstruos existían de verdad.

—Les diré lo que ocurrió —dijo.

En sus ojos brilló una luz dura.

—Evie, no —la advirtió el tío Will, pero la prensa ya se había centrado en ella.

Un hombre con un sombrero de fieltro negro le hizo una foto y Evie parpadeó ante el repentino destello blanco.

—¿Cómo se llama, preciosa?

—Evangeline O'Neill. Pero mis amigos me llaman Evie. Claro, que suelen llamarme desde la cárcel.

Los reporteros se echaron a reír.

—Eh, me cae bien esta chica. Es un verdadero torbellino —dijo uno—. Y toda una belleza.

—Sí, lo es —murmuró T. S. Woodhouse con admiración.

—¡Señorita O’Neill! John Linden, para el *Gotham Trumpet*. ¿Qué tal si me concede una exclusiva?

—Patricia Ready, del Grupo Hearst, señorita O’Neill. Las chicas tenemos que apoyarnos unas a otras, ¿no cree?

—Eh, muñeca... ¡Aquí! Una sonrisa, por favor. ¡Esa es mi chica!

Suspiraban por su historia con gritos de «¡Señorita O’Neill! ¡Señorita O’Neill!». Su nombre aclamado en Manhattan, el centro del mundo.

—¿A cuál de nosotros va a concederle la exclusiva? —preguntó un reportero.

—Eso depende... ¿Quién de ustedes tiene la ginebra? —replicó Evie, y todos estallaron en carcajadas.

T. S. Woodhouse se echó el sombrero hacia atrás y se acercó a Evie.

—Su viejo amigo T. S. Woodhouse, del *Daily News*. Ya no está enfadada, ¿verdad? Ya sabe que siempre he tenido debilidad por usted, Saba. Tengo el lápiz a punto y afilado... Casi tan afilado como su ingenio. ¿Qué le parece si nos cuenta las novedades, querida?

Evie miró hacia atrás, a su tío y a Jericho. Tras ellos, el museo permanecía en silencio. Por encima de sus cabezas, la ciudad resplandecía con mil cuadrados de luz fría y dura.

—¿Señorita O’Neill? ¿Evie?

T. S. Woodhouse apoyó la punta del lápiz en su libreta.

—Mi tío no está siendo sincero del todo. Se emplearon poderes especiales... supongo que podrían llamarlos sobrenaturales... para resolver el caso. Mis poderes.

Los periodistas volvieron a estallar en gritos y comentarios.

Evie levantó las manos.

—Dado que todos somos neoyorquinos y no un montón de paletos, supongo que querrán una demostración. Puede que al fin me resulte útil, señor Woodhouse.

Los reporteros rieron de nuevo y T. S. le hizo una venia.

—Sus deseos son órdenes.

—Genial. ¿Puede darme algo suyo? Un guante, un reloj... en realidad cualquier tipo de objeto servirá.

—Quiere tu cartera —dijo un reportero entre carcajadas.

—Una pena que no sea tu corazón lo que pide, Thomas.

—¿No te has enterado? Soy periodista. Yo no tengo de eso —replicó Woodhouse.

Evie estiró la mano.

—Cualquier cosa valdrá.

T. S. le entregó su pañuelo y dejó que sus dedos se entretuvieran un momento más de lo necesario entre los de la chica. Al principio, no sintió nada, y Evie tuvo que contener una punzada de pánico. Cerró los ojos y se concentró. Finalmente, sus labios

perfectamente delineados se curvaron en una sonrisa encantadora.

—Señor Woodhouse, usted vive en el Bronx, en una calle cercana a una pastelería irlandesa llamada Black Holly's Biscuits. Le debe a su corredor de apuestas cincuenta pavos por el combate Martin-Burns. Le sugeriría que se los pagara pronto; no me transmite la sensación de ser un hombre muy paciente.

Woodhouse frunció el ceño.

—Cualquiera podría saber esas cosas.

—¿Una chica de diecisiete años? —vociferó otro reportero.

Evie se concentró aún más y el pañuelo reveló sus secretos más ocultos. Se agachó para susurrarle aquellas intimidades al reportero al oído. La expresión de sorpresa de Woodhouse se transformó en un gesto de amarga comprensión.

—Nuevo titular —anunció el periodista a la multitud—. «Encantadora vidente lo cuenta todo, resuelve caso de asesinato con misterioso talento».

Los reporteros se enjambraron en torno a Evie, exigentes.

—¿Qué ocurrió, Evie?

—¡Aquí, Evie!

—Eh, señorita O'Neill. Sonría... ¡Eso es!

T. S. Woodhouse levantó el lápiz.

—Se me está enfriando la mina, querida.

Evie clavó la mirada en él.

—Desde hace algún tiempo, tengo este... don —comenzó.

Les explicó que su habilidad para leer objetos los había guiado hasta el asesino. No se apartó mucho de la historia oficial: un hombre con problemas derribado por los valientes agentes de uniforme. No les contó que había cosas de las que asustarse, que los fantasmas que se imaginaban en las noches oscuras con un escalofrío en la nuca eran de verdad. No mencionó la tormenta que se acercaba según la advertencia de la señorita Walker. Los entretuvo con otra demostración, apenas unos cuantos datos divertidos arrancados de la libreta de un reportero. La multitud era cada vez mayor. Lo adoraban. La adoraban. En la ciudad más increíble del mundo, en su momento más fantástico, ella era el centro de todas las miradas. Will ya no podría mandarla a casa. Se produciría una protesta. La organizaría ella misma si debía hacerlo.

—Señorita O'Neill... ¡Eh, guapa! ¡Aquí!

El flash explotó en minúsculas garras de luz. Luego estalló otro, y después otro. Deslumbraron y cegaron a Evie hasta que la joven se vio obligada a volver la cabeza. Esperaba ver a Will y a Jericho, pero a sus espaldas los escalones estaban vacíos. Evie miró de nuevo hacia la multitud. Al otro lado de la calle, junto al parque, Margaret Walker la observaba inmóvil. El flash restalló una vez más y, cuando Evie recuperó la visión, ella también había desaparecido.

EL PROYECTO BÚFALO

Bill Johnson el Ciego llamó a casa de la tía Octavia y esperó hasta que le abrió la puerta y la oyó invitarlo a que pasara. Se sentaron en el salón y Octavia sirvió un par de tazas de café acompañadas de un plato de galletas de mantequilla.

—No sé cómo darle las gracias por haber estado allí, señor Johnson —dijo Octavia con la voz entrecortada.

—Bueno, señora, yo solo me alegro de que el Buen Señor me pusiera allí.

—Qué bonitos son su sombrero y su traje nuevos, señor Johnson.

—Bill. Gracias, señorita. Me los he comprado con lo que he ganado a la lotería. Salió mi número. Gané doscientos dólares, así como así.

El ciego chasqueó los dedos.

—Debe de haber sido una recompensa celestial por sus buenas obras.

Bill se aclaró la garganta.

—Y... eh... ¿Cómo está el hombrecito?

—Ah, ¿no se ha enterado? —Bill percibió la euforia en la voz de la mujer—. Está bien. Bueno, está mejor que bien. Hecho un roble, como si no hubiera pasado nada.

—Entiendo. —Al ciego comenzaron a temblarle las manos y se las colocó, entrelazadas, sobre el regazo—. ¿Y se acuerda de lo que pasó?

—No, no, de nada. El médico dice que podría tratarse de algún tipo de fiebre. Supongo que nunca lo sabremos.

—Puede ser... —dijo Bill, y luego hizo un gesto de negación con la cabeza, como si descartara una idea de inmediato—. Tal vez no esté bien que se lo diga...

—¿A qué se refiere?

—No dejo de preguntarme si no se sería tan solo que estaba agotado de adivinar cartas en casa de la señorita Walker.

Le dio un sorbo a su café y esperó. Cuando Octavia habló al fin, sus palabras le llegaron cargadas de aprensión y rabia.

—La señorita Walker ayuda a Isaiah con la aritmética. Tiene problemas con las cuentas. Yo no sé nada de esas cartas.

—Vaya, la he liado. He hablado más de lo debido. No me haga ni caso, señorita Octavia.

—Le agradecería mucho, señor Johnson...

—Bill.

—Bill, le agradecería mucho que me contara lo que sabe.

No pudo ver a Octavia, pero sí oyó el frufú de su vestido cuando se acomodó en el borde de la silla. Entonces supo que se la había ganado.

—Bueno, señorita, supongo que no conozco todos los detalles... El hombrecito me dijo que tenía un don y que la señorita Walker le estaba enseñando a utilizarlo. Es

lo que mi abuela llamaba la visión. —Bill cogió otra galleta y la mojó en el café. Estaban deliciosas—. Pero ya sabe cómo son los niños. Supuse que el hombrecito tan solo me estaba soltando un cuento. Ya sabe, intentando darse un poco de importancia.

—Entiendo.

Estaba enfadada. Sin duda no habría más visitas a casa de la señorita Walker. Bill estaba bastante seguro de ello.

—¿Podría ver un momento a Isaiah, si no es mucha molestia?

—Bueno, ahora está descansando —contestó Octavia titubeante.

—Ah, de acuerdo. Bueno, no querría molestar. Solo tenía ganas de rezar un poco por él.

—Las oraciones siempre son bienvenidas.

—Sí, señora. Supongo que sí.

Octavia condujo a Bill hasta la habitación trasera y lo dejó junto a la cama de Isaiah.

—Oh, Dios —comenzó el ciego, y agachó la cabeza—. Lo siento, señorita Octavia, pero me da un poco de vergüenza rezar delante de otras personas.

—Por supuesto —dijo ella, y el hombre oyó que la puerta se cerraba a sus espaldas.

Bill estiró una mano y le tocó la cabeza al niño. Era suave como la de un cordero. Solo un poquito. No necesitaba más. Tan solo otro número. Aquella vez tendría cuidado. Sintió que la energía del niño fluía hacia él, y entonces, de pronto, no podía respirar. Apartó las manos a toda prisa. Le temblaban los dedos. ¿Qué era aquello? ¿Qué había sentido?

En la penumbra de la habitación, Bill pudo distinguir formas vagas: el amplio bulto de una cómoda, la débil luz de una ventana. Formas. Luz. Podía... ver. Solo un poco, pero allí estaba. Y Bill supo que alguien había empleado el don de la sanación con el niño. Alguien tenía un poder mayor que el de Isaiah Campbell. Mucho mayor. A Bill le ardían las manos de deseo por volver a intentarlo, pero oyó que la tía del crío lo llamaba. Ya habría tiempo. Recordó una historia que había oído en los campos de algodón cuando era pequeño. Algo acerca de una tortuga y una liebre. «Sin prisa pero sin pausa se gana la carrera». Aquella era la frase. Paciencia. De momento se requería paciencia. Bill sería la tortuga. Sí, ya habría tiempo de sobra.



Hacía mucho tiempo que Bill Johnson se había marchado cuando Memphis llegó a casa, pero la tía Octavia seguía sentada en la salita delantera con un par de agujas de tejer entre las manos, manipulándolas como si pretendiera asesinar al jersey en lugar de tejerlo.

—¿Qué pasa? ¿Le ha ocurrido algo a Isaiah? —preguntó el muchacho.

—Sé lo de vuestras visitas a casa de la hermana Walker, y lo de las cartas. Lo sé todo, y va a acabarse de inmediato —contestó ella con tono cortante—. Es eso a lo que os dedicáis con la tal Walker lo que ha provocado esta situación. Estoy convencida.

Memphis clavó la mirada en el suelo.

—Tiene un don.

—¿Qué le ha hecho esa mujer?

—¡Nada! Ya te lo he dicho, tiene un don.

—Coge la Biblia. Vamos a rezar.

Octavia se encaminó hacia la habitación de Isaiah. Memphis la siguió a regañadientes.

—Memphis John, tienes que colocarte a mi lado. Ahora vamos a rezar por tu hermano, a rezar porque esa mujer no haya metido al diablo en esta casa.

Memphis se arrodilló junto a su tía, al lado de la cama de Isaiah, pero aquello no le gustaba ni lo más mínimo. «¿Por qué? —pensaba—. ¿Por qué debería rezarle a Dios? ¿Qué ha hecho Él por mí o por mi familia?». Sintió que la rabia se iba acumulando en su interior, que las lágrimas lo aguijoneaban.

—No lo haré.

La sorpresa inicial de Octavia se convirtió en grave determinación.

—Le prometí a tu madre que cuidaría de sus hijos, y tengo la intención de cumplirlo. Reza conmigo.

Memphis explotó.

—¿Por qué no le preguntas a Dios por qué se llevó a mi madre? ¿Por qué no le preguntas cuándo va a volver mi padre a casa? ¿Por qué no le preguntas qué tiene en contra de mi hermano pequeño?

Quería golpear algo o a alguien. Quería prenderle fuego al mundo entero, sanarlo, y volver a quemarlo otra vez.

Esperaba que Octavia le gritara por blasfemar contra el Señor y que lo echase de casa. Sin embargo, le dijo con suavidad:

—Ve y coge un poco de pollo del frigorífico. Yo rezaré, y luego hablaremos. —Y fue casi peor. Octavia agachó la cabeza—. Señor Jesucristo... por favor protege a este niño. No sabía lo que estaba haciendo. Es un buen niño, Señor...

Isaiah se despertó.

—Tía, ¿por qué estás rezando? ¿Memphis? ¿Adónde vas?

Memphis no tenía hambre, ni ningún sitio adonde ir. No había vuelto al cementerio desde que vio al fantasma de Gabe. Ya no quería sentarse entre los muertos. Era a los vivos a quienes necesitaba. Era a Zeta a quien quería. Se fue a la biblioteca, y allí, en el silencio de su interior, ofreció su propia plegaria. Abrió su cuaderno y escribió hasta que los dedos se le adormecieron y la luz del restaurante de

enfrente se apagó. Escribió hasta que sintió que se había quedado vacío. Tenía una razón para escribir y alguien a quien dedicárselo. Al final de la última página, solo trazó dos palabras: «Para Zeta». Una vez completada su confesión, la dobló, la guardó en un sobre y la metió en un buzón.



En el Teatro Globe, la revista Ziegfeld estaba en su momento álgido. El público de la noche era animado. Sus carcajadas inundaban la sala y aplaudían con entusiasmo. Toda la velada había tenido cierta atmósfera febril, delirante. Desde el asesinato de Daisy, el interés por el espectáculo había sido mayor que nunca; entre bambalinas se decía que algunos cazatalentos de Hollywood habían ido hasta allí en busca de la siguiente actriz de moda. Todo el mundo lo daba todo. Bajo los focos, Zeta brillaba con un resplandeciente vestido escotado mientras Henry y ella intercambiaban bromas.

—Este es mi hermano, Henry —dijo Zeta al tiempo que movía una cadera hacia el piano—. Al menos eso es lo que le digo a mi casero.

Guiñó un ojo y el público rugió de risa.

Lo estaban bordando, y la prensa tomaba buena nota de ello. Al fondo del teatro, Florenz Ziegfeld sonreía. Algunos pobres pringados podían matarse a trabajar toda su vida y no ver jamás sus nombres escritos en neón. Pero otras personas tenían aquel don especial, y Zeta Knight era una de ellas. Estaba a punto de convertirse en una estrella, le gustara o no.

Zeta entonó una canción picante.

—Nos la enseñó nuestra querida madre —gritó Henry, y el público se carcajeó de nuevo.

Las canciones eran una mentira, una baratija resplandeciente cuyo propósito era distraer al público de sus penas y preocupaciones. Pero todos habían acordado tácitamente dejarse deslumbrar por ella. Las luces del escenario convertían a Henry y a Zeta en una pantomima recortada contra un decorado. Henry aporreaba las teclas y Zeta cantaba como si le fuera la vida en ello.

Hacían que la mentira siguiera adelante, y a la gente le encantaba.



Sam estaba sentado a una mesa combada en la parte de atrás de un tugurio situado a unas cuantas manzanas del Astillero de Brooklyn. Era el tipo de taberna que frecuentaban los matones y los viejos marineros, y olía a alcohol del malo y a sudor. Sam se había colocado de espaldas a la pared para tener una visión panorámica del lugar. Observó al hombre del abrigo empapado por la lluvia sacudirse en la puerta y caminar hacia el fondo del local. El tipo se sentó en la banqueta junto a Sam. Durante

unos instantes, no hablaron. El chico dejó la postal sobre la mesa. Al cabo de un momento, el hombre la levantó y se guardó en el bolsillo los cincuenta dólares que había debajo. Le dio la vuelta a la postal, la leyó y se la devolvió a Sam.

—Proyecto Búfalo. Dijeron que lo habían clausurado tras la guerra. Pero no fue así.

—¿Qué es?

El hombre sacudió la cabeza casi imperceptiblemente.

—Un error. Un sueño que fracasó. La misma cantinela de siempre.

Sam apretó los labios.

—Te he dado cincuenta dólares. ¿Sabes lo difícil que me ha resultado reunir esa pasta?

El hombre se puso en pie y se encasquetó el sombrero sobre la frente para ocultar su rostro bajo las sombras.

—Aún está viva, si es lo que quieres saber.

—¿Dónde?

—En este mundo hay verdades que en realidad la gente no quiere saber. Por eso contratan a gente como nosotros. Para que los demás puedan seguir bailando y trabajando, volver a casa con sus pequeñas familias. Comprarse radios y pasta de dientes. ¿Quieres un consejo? Olvídalo, muchacho. Sal por ahí y disfruta de la vida. De lo que quede de ella.

—Yo no soy así.

—Entonces te deseo suerte.

—¿Eso es todo? ¿De verdad vas a largarte y dejarme sin nada?

El hombre se mordió el interior de la mejilla y echó un rápido vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie los estaba observando. La gente que los rodeaba permanecía ajena a ellos, como la mayor parte del mundo. Se sacó un lápiz de un motel barato del bolsillo y escribió un nombre en una servilleta.

—¿Quieres respuestas? Ese es un buen sitio por el que empezar.

Sam clavó la mirada en la servilleta. Se le tensó la mandíbula.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Te dije que lo olvidarás, ¿o no?

El hombre caminó hasta la puerta y salió a la lluvia y a la noche.

Sam se quedó observando la mesa con fijeza. Tenía ganas de darle un puñetazo a algo. Quería emborracharse como una cuba y lanzar la botella contra la luna. Miró el nombre de la servilleta y luego la convirtió en una bola arrugada que se guardó en el bolsillo. Encontraría a su madre y la verdad, daba igual el tiempo que le llevara o lo peligroso que pudiese resultar. No importaba quién saliera herido en el proceso.

Un hombre se volvió ligeramente hacia él.

—No me veas —gruñó Sam, y la mirada del hombre se perdió en el infinito.

Sin que nadie reparara en su presencia, el muchacho se zambulló entre la multitud, robando carteras a su paso.



Una ráfaga de viento aulló sobre los adoquines de la calle Doyers y agitó los farolillos de papel de la casa de té. En la habitación de atrás, la chica de los ojos verdes salió de su trance con un grito ahogado.

—¿Qué pasa? —preguntó el hombre mayor—. ¿Qué ha visto?

—Nada. No he visto nada.

Él frunció el ceño.

—Me dijeron que tenía el poder de caminar en sueños, de hablar con los muertos. Ella se encogió de hombros y cogió su dinero.

—Puede que los muertos no quieran tener nada que ver con usted.

—¡Soy un hombre de honor! —gritó.

—Ya veremos.

—¡Es una mentirosa! ¡Una mestiza sin honor! —la acusó el hombre.

Al salir, pegó tal portazo que las ventanas temblaron.

El joven salió de la cocina con aspecto de estar asustado.

—Creí que me habías dicho que podías mantener alejados a los fantasmas.

La chica miró por la ventana.

—Me equivoqué.



Mabel a duras penas podía estudiar a causa del barullo que había en la habitación de al lado. Sus padres estaban celebrando otra de sus reuniones. La conversación se había acalorado a lo largo de los últimos veinte minutos, y la chica supo que el encuentro se prolongaría hasta altas horas de la madrugada.

—No apoyamos la violencia —dijo el señor Rose—. Buscamos una reforma, no una revolución.

—Sin revolución no puede haber reforma. Mira Rusia —insistió un hombre con un marcado acento.

—Sí, mira Rusia —intervino otro—. Es un caos.

—¿Y qué hay de los trabajadores? Si no permanecemos unidos, nos caemos. La unidad es la fuerza.

Mabel asomó la cabeza por la puerta para ver qué sucedía. La habitación estaba repleta de gente y de humo. Había papeles y panfletos diseminados por todas partes. Su madre no paraba de hablar acerca de las condiciones de trabajo en una fábrica textil donde las mujeres no estaban protegidas.

—Justo como en la fábrica Triangle Shirtwaist —explicó.

Mabel se sorprendió al ver a un joven atractivo sentado en el sofá. La estaba mirando directamente a los ojos, y la chica se dio cuenta de que le sonaba de algo. Mabel regresó a su habitación y salió a la escalera de incendios para respirar un poco de aire fresco. Un momento después, el chico guapo salió también por la ventana para unirse a ella.

—¿Te acuerdas de mí?

—De Union Square —contestó la chica al recuperar aquel recuerdo—. Tú me salvaste.

El chico le tendió la mano.

—Arthur Brown.

—Mabel Rose —dijo ella mientras se la estrechaba.

Él esbozó una sonrisa irónica.

—Ya lo sé.

—¿No deberías estar ahí dentro con los demás?

—Van a pasarse la próxima hora discutiendo sin llegar a ningún sitio —contestó entre risas, y Mabel sonrió. Así era exactamente como tendían a desarrollarse aquellas veladas—. Al final acordarán dar otro discurso o escribir un editorial en el periódico. Tal vez intenten sindicarse a los trabajadores del puerto u organizar un piquete en uno o dos negocios.

—¿Y eso no es bueno? —preguntó Mabel.

—Se autodenominan radicales, pero en realidad no lo son.

—Y tú sí lo eres, supongo. —Mabel se sintió un poco ofendida por la parte que tocaba a sus padres—. Mis padres han sacrificado mucho por el bien de otros.

La mirada de Arthur Brown se mantuvo inalterable.

—¿Incluyendo a su hija?

Mabel sintió que aquel comentario se le clavaba en las entrañas. Se le enrojecieron las mejillas.

—Eso ha sido una grosería.

—Sí, es cierto. Lo siento. Tienen buenas intenciones.

Mabel ladeó la cabeza.

—Pero...

Arthur sonrió como si quisiera disculparse.

—Hay ocasiones en las que el cambio requiere un poco de ayuda. Un grupo de nosotros queremos acelerarlo. A nuestra manera. Si alguna vez te apetece asistir a nuestras reuniones, no nos vendría mal la colaboración de una chica lista como tú.

—Por lo general ayudo a mis padres —dijo Evie.

Arthur asintió.

—Claro. Olvida que te lo he dicho. No tiene por qué ser en una reunión. Hay un sitio cerca que prepara los mejores batidos del mundo. ¿Te gustan los batidos?

Tenía unos enormes ojos marrones. Mabel sintió una pequeña descarga eléctrica cuando los miró.

—¿No le gustan a todo el mundo?

El muchacho se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y Mabel distinguió la silueta de una pistola.

—Aquí tienes mi tarjeta.

La chica contempló las letras negras. ARTHUR BROWN.

—¿Es tu verdadero nombre? —preguntó.

Él sonrió con picardía.

—Ahora sí.

Mabel se estremeció en el frescor de la noche.

—Debería ponerme a estudiar otra vez.

—Un placer, Mabel Rose.

La saludó llevándose un dedo al sombrero y le sujetó la ventana para que pudiera entrar antes de regresar al comedor y a la discusión que, como Mabel sabía, se prolongaría hasta bien entrada la noche.

Desde la seguridad de su dormitorio, observó a Arthur Brown defender sus argumentos con pasión. Hablaba con mucha confianza para ser tan joven. En un momento dado, la pilló mirándolo y sonrió. Mabel se escabulló a toda prisa. Lo meditó durante unos segundos; luego abrió el cajón secreto de su caja de música y guardó allí la tarjeta de Arthur Brown.



En su desvencijado apartamento del Bennington, la señorita Addie se apartó de la ventana y caminó con nerviosismo por su habitación, tratando de averiguar qué debía hacer a continuación. Al final le dijo a gritos a su hermana:

—Deja que me cambie de ropa, hermana.

Unos segundos después, apareció vestida con un viejo camisón y un delantal.

—Ahora.

La señorita Lillian cogió a uno de los gatos de la cocina, un animal atigrado llamado Felix que era un cazador de ratones bastante decente, lo cual era una lástima. El gato yacía inmóvil entre sus brazos tras haber ingerido el opio. Lo colocó sobre la mesa de la cocina, que ya estaba cubierta de papeles de periódico. Tarareando, la señorita Addie abrió un cajón del secreter y sacó una daga. El puñal estaba tan afilado como viejo.

—Qué melodía más bonita, hermana. ¿Cuál es? —preguntó Lillian.

—Algo que oí en la radio. La cantaba una soprano, pero no me gustó su voz. Demasiado aflautada.

—Suele pasar a menudo —cloqueó la señorita Lillian—. ¿Estamos listas?

—Ha llegado la hora —dijo la señorita Addie.

Su hermana agarró con fuerza a Felix, cuyo pequeño corazón comenzó a latir con fuerza. El gato intentó zafarse, pero estaba demasiado grogui como para conseguirlo.

—Todo habrá terminado enseguida, gatito —lo tranquilizó la señorita Lillian.

La mujer cerró los ojos y comenzó a entonar largas marañas de palabras, tan viejas como el tiempo, mientras la señorita Addie clavaba la daga en el vientre del animal para realizar la incisión necesaria. El gato se quedó paralizado. La anciana le metió la mano en la cavidad del estómago y le sacó los intestinos, que depositó en un cuenco. Le salpicaron el delantal, así que la mujer se alegró de haberse cambiado de ropa. Observó el cuenco con detenimiento y frunció el ceño. La señorita Lillian dejó el cadáver ensangrentado del gato sobre la mesa y se unió a ella.

—¿Qué pasa, hermana?

—Están de camino —dijo la señorita Addie—. Oh, hermana querida, están de camino.



En el silencio del museo, Will estaba sentado a su escritorio con el resplandor verde de la lámpara de banquero como única iluminación. Antes, se había fijado en el sencillo sedán aparcado al otro lado de la calle y en los dos hombres vestidos con trajes oscuros que ocupaban sus asientos, vigilantes. Uno de ellos tenía una bolsa de papel llena de frutos secos e iba tirando las cáscaras por la ventanilla a medida que se los comía. Will había echado la llave y, silbando una cancioncilla despreocupada, se había acercado hasta un Automat cercano al museo para tomarse un café y un bocadillo que apenas tocó. Solo se atrevió a regresar al museo cuando vio que el sedán se marchaba. Frunció el ceño al ver que el trozo de celofán que había dejado pegado a la jamba estaba roto. Dio un largo y lento paseo por el edificio examinando todas y cada una de las salas. Tras un atento inventario, vio que no había desaparecido nada. Tan solo habían echado un vistazo. De momento.

El profesor estiró el cuello para contemplar el mural de la habitación, los ángeles y demonios que flotaban sobre las colinas, las llanuras y los ríos, por encima de los patriotas, los pioneros, los indios y los inmigrantes del nuevo mundo. Luego, en el tranquilo resplandor verde de la biblioteca, caminó ante las estanterías hasta que llegó a una enorme edición forrada en cuero de la Declaración de Independencia. Del interior de sus páginas, sacó un sobre desgastado. Llevaba un sello en la esquina superior derecha: DEPARTAMENTO DE LO PARANORMAL DE EE.UU., 1917. Abrió el informe por la primera página.

«Memorándum. Para: William Fitzgerald, Jacob Marlowe, Rotke Wasserman, Margaret Walker.

»Alto secreto.

»Proyecto Búfalo».

Will se sentó a su escritorio para releer el informe. Cuando hubo terminado, se quedó inmóvil contemplando las sombras.

Estuvo sentado durante mucho rato.

EL HOMBRE DEL SOMBRERO DE COPA

La tierra era una promesa, y la tierra era una idea de libertad nacida del anhelo colectivo de una nación inquieta construida sobre los sueños. Todas y cada una de sus piedras, de sus arroyos, cada amanecer y cada puesta de sol parecían un trato cumplido, la garantía de algo más. La tierra era robusta. Los ríos transcurrían rápidos por cauces de deseo. Las montañas púrpura coronaban llanuras cubiertas de hierba. Una algarabía de olmos y robles, de inmensas secuoyas y pinos protectores cantaba por las laderas que descendían con suavidad hacia valles que agradecían su tonada. Los postes de telefonía destacaban junto a las carreteras, y sus cables solitarios se extendían por los campos abiertos, finas promesas de conexión. Las desvencijadas vallas de pacana, de esas que hacían buenos vecinos, rodeaban las granjas rústicas enclaustrando graneros rojos y estoicos molinos de viento. El maíz crujía levemente bajo las brisas cálidas.

En los pueblos, había muchas calles principales de esas que forraban los ayuntamientos de recuerdos neblinosos, agradables. La aguja de una iglesia. Una barbería. Un puesto de helados. La plaza del pueblo y un parque público perfecto para ir de picnic. Carnicero. Panadero. Fabricante de velas. A las afueras de los pueblos legendarios, los puentes cubiertos, heroseados por la gloria reflejada del follaje otoñal, se alzaban sobre riachuelos llenos de peces dignos de un rey pescador. En el juzgado, bajo el zumbido de un ventilador de techo, los dedos de las mujeres se afanaban con las labores de costura —HOGAR DULCE HOGAR, DIOS BENDIGA A AMÉRICA— y sus maridos se abanicaban con periódicos enrollados mientras se desarrollaba una incesante discusión sobre si el hombre fue hecho a imagen de un maestro artesano, le dieron cuerda en la espalda y lo pusieron en marcha para que desempeñara su papel en un misterioso destino, preordinado, o si había salido del barro y los árboles de la jungla, primo de las bestias, un experimento evolutivo de libre albedrío al que soltaron en un mundo de elecciones y posibilidades. No se alcanzó ningún veredicto.

Las carreteras necesitaban espacio. Se extendían. Merodeaban y conquistaban. Transcurrían ante los campos de ganado. Los ciervos y los antílopes. Los búfalos. Pasaban ante las tribus hechas a un lado bajo la vigilancia de la cruz, pues aquella nación tenía sus reservas. Continuaban junto a las vías del ferrocarril, el gran espinazo de acero del progreso, columna vertebral de la industria. La canción de las cigarras se unía a la del silbido del tren de vapor, a las estridentes alarmas de las fábricas de ladrillos cuando liberaban a los sudorosos trabajadores a las cinco y luego volvían a admitirlos a las siete. Los mineros del carbón arrancaban y acarreaban su carga en las profundidades de la tierra, con un ojo siempre en el canario. Hacia el oeste, el petróleo manaba de la tierra y lo manchaba todo de dinero. En los campos de

algodón, los llorones dejaban sus armónicas sobre los árboles.

Las carreteras llegaban a las ciudades. Las deslumbrantes ciudades frenéticas de ambición, ricas en el comercio del anhelo, un paraíso dorado para los profetas de los negocios, vallas publicitarias que anunciaban la abundancia augurada en Wall Street, prometida por la avenida Madison: «Lucky Strikes, ¡tostados para el placer!». «Muévase con los tiempos. Imperial Airways». «¡Pues claro que quiere la pasta de dientes de Colgate!». «Studebaker: el automóvil con una reputación a sus espaldas». La gente erigía monumentos a los grandes hombres, los hombres que habían construido la nación, dirigido los ejércitos, sus creencias firmemente resguardadas en mármol y granito. La gente fabricaba ídolos y los derribaba de nuevo, los bautizaba en desfiles llenos de serpentinas, los bendecía en largas rachas de beneficios y pérdidas, tributos desechables lanzados con abandono desde ventanas altas, una celebración de los buenos tiempos que parecía que no iban a terminar jamás, la tierra como un ternero cebado.

La rueda del cielo giró hacia el anochecer; las estrellas aún no se habían encendido. Un viento ansioso molestó a las copas de los árboles con un inquieto bamboleo. Desde las puertas traseras, las madres llamaron a los niños para que volvieran de sus juegos del escondite y guardias y ladrones y se lavaran y bendijeran la mesa antes de cenar. Los niños se quejaron con ganas, pero las madres se mantuvieron firmes y los juegos se abandonaron con promesas de mañana. Las farolas cobraron vida. Las fábricas, los colegios, las comisarías, las iglesias, se sumieron en el silencio. Una suave niebla crepuscular cayó como un bálsamo de olvido.

En los cementerios, los muertos dormían con los ojos abiertos.

El hombre gris del sombrero de copa salió de entre la bruma y escudriñó la tierra. Hacía bastante tiempo que no la visitaba, y muchas cosas habían cambiado durante su ausencia. Siempre cambiaban muchas cosas. Su piel era del mismo gris moteado que el ala de una polilla. Tenía los ojos estrechos y negros, la nariz afilada y los labios tan finos como un pensamiento nuevo. Su abrigo andrajoso colgaba de él como una mortaja deshecha, y el hombre sacudió el polvo de las muchas arrugas de la prenda. Los cuervos echaron a volar, graznando, hacia un cielo entonces teñido con las nubes ominosas de una tormenta cercana. Se dirigió a los cuervos en un susurro. Luego les habló a los árboles y las piedras, los ríos y las colinas. Habló en muchas lenguas y con un lenguaje que escapaba a las palabras.

En sus tumbas, los muertos escucharon.

El hombre gris penetró en el campo color miel y dejó que las espigas le hicieran cosquillas en las curtidas palmas de las manos. El brillo desgastado de su sombrero reflejaba una miniatura borrosa de la tierra. Un conejo saltaba de un sitio a otro, husmeando en busca de alimento. Curioso, se acercó a la punta afilada de la bota del

hombre gris y él levantó a la azorada liebre por el pellejo de la nuca. El animal se retorció y forcejeó con violencia. Con la rapidez del juego de manos de un mago, el hombre gris atravesó el pelaje y la piel del conejo con sus largos dedos y le arrancó el diminuto corazón, que aún palpitaba febrilmente. El animal dio justo dos patadas más, un reflejo, y luego se quedó inmóvil. El hombre del sombrero de copa estrujó el corazón con el puño crispado. La sangre se filtró gota a gota en la tierra fértil.

Los muertos lo oyeron.

El hombre del sombrero de copa cerró los ojos e inhaló la dulzura del aire. En su mano, el órgano latía con debilidad.

—Ha llegado la hora —dijo con una voz tan rota como su abrigo.

El corazón resbaló de entre sus dedos. Echó la cabeza atrás y levantó las manos ensangrentadas hacia el cielo color pizarra. Las nubes se agitaron. El viento azotó el trigo. El hombre pronunció las palabras y los relámpagos crepitaron en las puntas de sus dedos. Ascendieron. El cielo se llenó de luz furiosa. Una de sus lanzas impactó contra un árbol solitario que se incendió, una señal ardiente en la gran llanura ocre que no vio nadie más que el viento, que no oyó nadie más que los muertos despiertos.

El hombre del sombrero de copa avanzó a través del campo roto, hacia los pueblos y ciudades dormidos, las fábricas y los campos de algodón, las vías del ferrocarril, las carreteras, los postes de telefonía y los desfiles llenos de serpentinas. Hacia los monumentos de los héroes, hacia el anhelo y la desilusión de la gente. Los relámpagos restallaban a su alrededor mientras avanzaba y, tras él, el suelo era tan negro como la ceniza.

SENTADO EN LA CIMA DEL MUNDO

Desde el límite del bosque envuelto en la niebla, James la llamó con un gesto. Evie oía el ruido de su respiración mientras lo seguía entre la nieve y los árboles. El olor a pino era fuerte, el aire frío e, incluso en sueños, Evie cobró conciencia de que las cosas estaban diferentes. Mal. Nunca había oído su respiración u olido los pinos con anterioridad. Acarició un árbol con una mano y notó la rugosidad de la corteza contra su palma. Como antes, siguió a James hasta el claro de los soldados condenados. Miró hacia la derecha. La niebla espesa clareaba lo bastante en las alturas como para permitirle ver un tejado dentado y lo que parecían ser torres. «¿Un castillo?», se preguntó Evie.

El sargento dejó caer su cigarrillo y Evie quiso gritarle, decirle que corriera. Pero no pudo. No era más que una espectadora en aquel sueño. El destello, cuando llegó, le pareció infinitamente más brillante y más poderoso que antes. La chica salió de la trinchera y corrió por los campos de amapolas ensangrentados. James la esperó. En sueños, los músculos de Evie se tensaron a la espera del momento en que su hermano se quitara la máscara y se convirtiese en una aparición espantosa.

James se llevó la mano a la máscara. Cuando se la quitó, seguía siendo el chico de oro, el hijo favorito.

Él abrió la boca y Evie se tensó otra vez, esperando un nuevo horror.

—Hola, chica mayor —dijo James con una voz que su hermana no oía desde hacía diez años—. No deberían haberlo hecho.

Evie se despertó con un jadeo estrangulado y la frente perlada de sudor. Le temblaban las manos. ¡James le había hablado! Aire. Necesitaba aire. Salió a la escalera de incendios y subió a su puesto del tejado. El aire nocturno le secó el sudor de los brazos. Estaba helada —ya era noviembre; el verano había escapado definitivamente—, pero no podía soportar la idea de regresar a su habitación y a sus sueños turbulentos. En el borde de Central Park, un borracho zigzagueaba de la acera a la calle aullando el nombre de una chica y llorando. De vez en cuando, levantaba la cara hacia el cielo, como suplicando clemencia a un tribunal invisible, y luego sacudía la cabeza.

Evie se sobresaltó al oír un ruido a sus espaldas. Jericho estaba allí, con el abrigo sobre el pijama y un libro en la mano.

—Perdona, no pretendía asustarte —dijo Jericho.

—Ya lo estoy.

—Estás temblando.

—Estoy bien.

—No, no lo estás.

Se quitó el abrigo y se lo echó por encima de los hombros.

—Ahora serás tú el que tenga frío.

—No lo siento mucho.

—Ah —dijo Evie.

—¿Has vuelto a tener el sueño?

La chica asintió.

—Pero ha sido distinto. Me ha hablado, Jericho. Me ha mirado directamente a los ojos y me ha dicho: «No deberían haberlo hecho».

—¿Quién? ¿Hacer qué?

—No lo sé. Pero no puedo evitar sentir que esto es algo más que un sueño, que está intentando decirme algo muy importante.

—O tan solo es que lo echas de menos. Yo todavía sueño a veces con mi familia.

—Puede ser.

Jericho le cogió una mano entre las suyas. La sensación de su caricia le trepó por el brazo y Evie también trato de ignorar aquello.

—No creía... No me atrevía a esperar que lo entendieras. Asumí que pensarías que era un bicho raro —dijo Jericho.

—Todos somos bichos raros. Podríamos ponernos a trabajar en el paseo marítimo. ¡Venga a ver a los Inadaptados de Manhattan! Prohibido el paso a niños pequeños y señoras embarazadas.

La chica rio con amargura, tratando de contener las lágrimas.

—Durante todo este tiempo, he pensado que estaba solo. Que era diferente. Pero tú también lo eres. —La miraba de un modo distinto, nuevo—. Durante mucho tiempo quise morir. Suponía que ya estaba muerto por dentro, que me habían matado cuando me convirtieron en una máquina. Pero ya no me siento muerto. —Tenía la cara muy cerca de la de Evie. Su mano descansaba sobre la espalda de la joven—. Ahora sé lo que quiero.

—¿Y qué es? —susurró Evie.

El beso de Jericho no tuvo nada de incómodo o vacilante. Apretó su boca contra la de Evie con una insistencia feroz. Ella sintió que todos y cada uno de los rincones de su cuerpo estaban despiertos, vivos.

Lo apartó de sí.

—No puedo.

—¿Por qué no? —Su expresión se endureció—. ¿Es por lo que soy?

Evie sacudió la cabeza.

—¡Es por Mabel!

Jericho la miraba a los ojos.

—Bueno, yo no quiero a Mabel. Yo te quiero a ti. Dime que no quieres que te bese y no lo haré.

Evie no dijo nada. Jericho la atrajo hacia sí y la besó de nuevo. Ella se lo

devolvió, feliz por el roce de los labios del chico contra los suyos. Feliz por las manos de Jericho enredadas en su pelo. Feliz por estar aferrada a su camisa. Así era como funcionaba el mundo, ¿no? Ponías tus miras en algo, y la vida venía y lo ponía todo patas arriba. Mabel quería a Jericho; Jericho quería a Evie. Y justo en aquel instante, Evie quería olvidar. Besar a Jericho aquella noche no tenía por qué significar nada. Al día siguiente, la manivela giraría de nuevo y los engranajes del mundo se pondrían en movimiento otra vez. Aún podría arreglar las cosas al día siguiente, o al otro. Pero aquello era el ahora y, en aquel momento, lo necesitaba. Necesitaba a Jericho. Evie se recostó sobre el amplio torso del chico y dejó que él la acunara entre sus brazos. El joven le dio un beso en la cabeza mientras ambos miraban hacia el este, donde el sol se elevaba manchando los edificios con una tenue acuarela de esperanza.

Pero algo se acercaba. Algo que Evie no entendía. Algo terrible. Y tenía miedo.

—¿Estás bien? —murmuró Jericho con los labios apretados contra su cuello.

—Sí. Todo va estupendamente —mintió Evie.

En la calle, el borracho paró de llamar a su chica. Se dejó caer de rodillas, apoyó la cabeza contra los duros adoquines y lloró.

—Lo que perdimos, lo que perdimos...

En algún lugar de uno de los edificios sin rostro sonó una radio. Una alegre canción titulada *Sentado en la cima del mundo* ahogó la tristeza del borracho hundido.

El sol aclaró el horizonte. La luz hizo que a Evie le escocieran los ojos.

—Bésame —le dijo a Jericho.

Y él le cogió el rostro entre las manos y su beso eclipsó el cielo.

NOTA DE LA AUTORA

Crear el mundo de *Los Adivinos* ha requerido mucha investigación. He pasado muchas horas en distintas bibliotecas y archivos o con la cabeza metida en libros, PDF, fuentes primarias y fotografías. No se ha maltratado a ningún historiador ni bibliotecario a lo largo del proceso de creación de este libro, pero algunos sí que fueron extensamente importunados con preguntas. Agradezco la ayuda y la experiencia de esas personas maravillosas y sabias.

Dicho esto, esta es una obra de ficción y, con la intención de servir a los dioses de la trama, hay que tomarse ciertas libertades. La autora asume toda la responsabilidad de este deliberado acto de manipulación narrativa. (Manipulación Narrativa es el nombre de mi nuevo grupo. Me imagino que es un grupo *hipster* posmoderno con diversos grados de barbificación. Pero estoy divagando).

«¿Qué tipo de manipulación?», podrían preguntarse. Bien, existió un auténtico Club Hotsy Totsy dirigido por el famoso gánster Legs Diamond. Estaba situado cerca del Distrito de los Teatros de Nueva York, no en Harlem. Pero el nombre me resultaba demasiado irresistible como para no utilizarlo, así que decidí conservarlo. No existe ningún cementerio africano secreto en el Upper Manhattan, o resulta que es tan secreto que ni siquiera yo lo conozco; no hay ningún Museo de los Escalofríos; ni ningún edificio de apartamentos llamado Bennington, habitado por ancianas extrañas rodeadas de gatos y sospechosamente mal iluminado, a excepción del que existe en mi imaginación.

Pero mucho de lo que han leído está directamente sacado de los libros de historia, y algunos de los fragmentos más inquietantes están basados en hechos reales: el movimiento de la eugenesia fue muy cierto, al igual que los espeluznantes carteles iluminados de las ferias estatales. Lo mismo vale para las Mejores Familias para Futuros Hogares, el ККК, la Ley de Exclusión de los Chinos (y la Ley de Inmigración de 1924) y la Iglesia Columna de Fuego. A menudo, los monstruos que creamos en nuestra imaginación no son ni por asomo tan aterradores como los actos monstruosos perpetrados por los seres humanos normales en nombre de una u otra causa.

He intentado mantenerme lo más fiel posible al contexto cronológico y a la historia real al tiempo que creaba un argumento que engloba el misterio, la magia, los monstruos y lo inexplicable... o, como lo llamamos en mi casa, un día como otro cualquiera.

Por ahí circulan algunos recursos buenísimos si están interesados en investigar más sobre la época en la que está ambientado el libro. Puede encontrarse una bibliografía completa en la página web de *Los Adivinos*: TheDivinersSeries.com. Feliz escalofriante lectura.

AGRADECIMIENTOS

Muchas personas han sido fundamentales a la hora de llevar a *Los Adivinos* del caótico impulso inicial de «Tengo una locura de idea...» al libro terminado, y sería negligente por mi parte no reconocer aquí sus inestimables contribuciones. Le debo un agradecimiento enorme a toda la pandilla de Little, Brown Books for Young Readers: Megan Tingley, Andrew Smith, Victoria Stapleton, Zoe Luderitz, Eileen Lawrence, Melanie Chang, Lisa Moraleda, Jessica Bromberg, Faye Bi, Stephanie O’Cain, Renée Gelman, Shawn Foster, Adrian Palacios y Gail Doobinin.

Mi editora, la asombrosa Alvina Ling, trabaja aún más duro que James Brown (sobre todo ahora que él ha muerto), y guio este manuscrito con mano firme, brillante agudeza y algún esporádico interludio en el karaoke. Lo mismo vale para la ayudante editorial Bethany Strout, que tiene un ojo buenísimo para los detalles y que canta una versión terrible de *Baby Got Back*.

Mi agente, Barry Goldblatt, es, como siempre, el mejor hombre del mundo, y lo diría incluso aunque no estuviésemos casados. Pero, afortunada que es una, sí que lo estamos.

Lo más probable es que la correctora JoAnna Kremer sea una especie de agente gubernamental creada en un laboratorio con el propósito de liberar los manuscritos de atroces errores. Sin duda, la documentalista Elizabeth Segal salió de ese mismo laboratorio. Mi eterno agradecimiento, señoritas.

No podría haber hecho nada de esto sin las proezas de mi increíble ayudante, la sin par Tricia Ready, que me ayudó con todo, desde la investigación a la planificación, desde las lecturas del manuscrito a las peleas sobre los refrescos Dr Pepper.

Siempre me quedo patidifusa ante la generosidad de los expertos que se muestran dispuestos a ayudar a los desgraciados escritores con sus investigaciones. Por eso, debo darle las gracias a la incomparable Lisa Gold, la reina de la investigación. Quiero ser egoísta y quedármela para mí, pero es demasiado asombrosa como para eso: www.lisagold.com.

La ciudad de Nueva York tiene muchas bibliotecas y muchos bibliotecarios maravillosos; bastantes de esos bibliotecarios han acudido en mi ayuda como superhéroes, pero sin las capas ostentosas. Muchas gracias y una maqueta a tamaño natural de Ryan Gosling a mis amigas bibliotecarias Karyn Silverman, del Instituto Elisabeth Irwin, y Jennifer Hubert Swan, de Little Red School House. Más gracias y una cesta de fruta a Eric Robinson, de la Sociedad Histórica de Nueva York. Richard Wiegel y Mark Ekman, del Centro Paley para los Medios; Virgil Talaid, del Museo del Tráfico de Nueva York; Carey Stumm y Brett Dion, de los Archivos del Museo del Tráfico de Nueva York; y las plantillas de la Biblioteca Pública de Nueva York, el

Centro Schomburg para la Investigación de la Cultura Negra, y la Biblioteca Pública de Brooklyn.

Los historiadores Tony Robinson y Joyce Gold me dieron varias «clases de historia paseadas» por Harlem y Chinatown/el Lower East Side, respectivamente; no puedo agradecerles lo suficiente el tiempo que me dedicaron. El doctor Stephen Robertson, de la Universidad de Sidney y autor de *Playing the Numbers: Gambling in Harlem Between the Wars* y del blog Digital Harlem, fue lo bastante amable como para contestar a mis preguntas sobre la lotería ilegal tras su conferencia en la Universidad de Columbia. Y el músico Bill Zeffiro fue una maravillosa fuente de conocimiento sobre la música de la década de 1920.

Tengo una enorme deuda de gratitud con mis lectores beta: Holly Black, Barry Lyga, Robin Wasserman, Nova Ren Suma y Tricia Ready, por sus inestimables comentarios sobre los primeros borradores. Mucho cariño y agradecimiento a mis amigos por correspondencia, que me han hecho compañía en partes de este viaje, me han escuchado quejarme, han contestado preguntas y me han dejado hablar sin parar sobre varios supuestos argumentos sin tragarse ni una sola vez un comprimido de cianuro: Holly Black, Coe Booth, Cassandra Clare, Gayle Forman, Maureen Johnson, Jo Knowles, Kara LaReau, Emily Lockhart, Josh Lewis, Barry Lyga, Dan Poblocki, Sara Ryan, Nova Ren Suma y Robin Wasserman.

Gracias como siempre a mi hijo, Josh, por su paciencia bondadosa y por sus amables gestos de hartazgo: «Se pone así cuando llega la fecha de entrega». Eres el mejor, muchacho.

Y en último lugar, pero no por ello menos importante, un saludo a los maravillosos camareros del Red Horse Café de Brooklyn —Chris, Derrick, Bianca, Aaron, Jen, Julia, Seth, Brent, Carolina—, que me han suministrado suficiente café como para que pueda considerarse un delito menor.

Si me he olvidado de alguien, por favor, que acepte mis más sinceras disculpas. La próxima vez que me vea, que frunza el ceño con fiereza hasta que le compre un helado para compensar.



LIBBA BRAY. Nació el 11 de marzo de 1964 en Alabama. Su padre era predicador y su madre, profesora. Vivió en Texas hasta los 26 años. Después se mudó a Nueva York, donde ahora vive con su marido y su hijo de 9 años. Es autora de novelas para jóvenes adultos.

Cuando tenía 18 años, Bray tuvo un serio accidente de coche y fue sometida a trece cirugías en seis años para reconstruir su cara. Su ojo izquierdo es artificial debido a este accidente. Se licenció en Teatro en la Universidad de Austin en Texas. Su primer trabajo fue en el departamento de publicidad de *Penguin Putnam*, seguido de tres años en *Spier*, una agencia publicitaria especializada en libros.

Bray fue animada a escribir una novela para jóvenes adultos por su marido, Barry Goldblatt, un agente de libros infantiles y Ginee Seo, una editora de *Simon & Schuster*. Después de esto, usando un pseudónimo, escribió tres libros para *17th Street Press* (una editorial de novelas rosa). Su primera novela, *A La Orden de la Academia Spence* fue un bestseller del *New York Times*, seguido por *Ángeles Rebeldes* y *The Sweet Far Thing*. En julio de 2006, *Icon Productions* anunció la adaptación al cine del primer libro.

Bray es amiga de autores de novela fantástica para jóvenes adultos como Holly Black y Cassandra Clare; todos ellos representados por su marido, un agente literario.

Notas

[1] Anglicismo por el que, en la década de 1920, comenzó a conocerse a las mujeres que desafiaban las convenciones sociales mediante su forma de vestirse, maquillarse y comportarse. (*N. de la t.*) <<

[2] En Estados Unidos, el término *drugstore* solía utilizarse para designar establecimientos en los que, aparte de medicinas, productos de higiene, cosmética, papelería, etcétera, podían consumirse refrescos y comidas poco elaboradas. (*N. de la t.*) <<

[3] En inglés, «mal, malicia». (*N. de la t.*) <<

[4] Brethren significa «Hermanos». (*N. de la t.*) <<